



*"VITRAL QUIERE SER UN ESPACIO
PARA LA TRANSPARENCIA
Y LA LUZ MULTICOLOR
DE NUESTRA CULTURA
Y NUESTRA SOCIEDAD..."*





LA LIBERTAD DE LA LUZ

Compilación de editoriales
de la revista *Vitral*

CUBA





Dagoberto Valdés Hernández
Editor

LA LIBERTAD DE LA LUZ

Compilación de editoriales de la revista *Vitral*
publicación sociocultural
del *Centro de Formación Cívica y Religiosa*

Diócesis de Pinar del Río
CUBA

Desde mayo 1994 hasta abril 2007



Corrección: Rafael A. Bernal Castellanos

Diseño: Virgilio Toledo López

Obra de portada: *Sobrevolando el desierto*. Serie el “Via Crucis de la gaviota” de Juan Suárez Blanco. Óleo/lienzo 77 x 95 cms. 1992

Obra de la primera página: *Día*. Foto de Alberto Borrero Blanco. Plata gelatinada. 11x14``

Al comienzo de cada Editorial: Ilustración de la portada de cada número.

Sobre la presente edición:

Ediciones 2006

Primera edición por Ediciones Vitral: enero de 1998

Segunda edición por Ediciones Vitral: octubre de 1998

Tercera edición por Ediciones Vitral: noviembre de 2005





Presentación

a la primera edición

Con motivo de la trascendental visita de Su Santidad Juan Pablo II a nuestra patria, hemos querido poner en las manos del lector pinareño y de todos los interesados el compendio de los editoriales de la revista *Vitral*.

Más de tres años después de su editorial inaugural no quedan dudas: un Vitral no sólo es una cubanidad que se añora o un proyecto para una nación irisada, celeste casi, es una ecuación actualísima para que en nuestro acontecer tratemos con lo luminoso teniendo la libertad como signo.

De uno a otro editorial se traspasa un matiz de la realidad, no como filtro que impide otra coloración sino como detenimiento en un determinado aspecto de nuestras vidas e invitación para que todos pongamos nuestra pupila. Es la actualidad que se participa y a la que nos acercamos con la intencionalidad de aquel primer diálogo de Dios con el hombre, situado ya en el mundo, “¿Dónde está tu hermano?” (Gen. 4,9).

¿Dónde estás tú? ¿Dónde estamos mientras tantos cubanos buscan afanosamente una visa o se lanzan al mar? ¿Dónde estamos cuando la semilla de la violencia se esparce y brota a nuestro alrededor? ¿Dónde estamos cuando se cierran las posibilidades a expresiones personales o colectivas, fruto y signo de una cultura cristiana? ¿Dónde estamos cuando unos cubanos proponen reconstruir la sociedad civil y se aprestan a la moderación y el diálogo entre limitaciones y carestías?...

Tienen estos editoriales la martiana virtud de intentar decir la verdad y decirla a tiempo; y situar al hombre frente a los obstáculos que le impiden expresarla libremente.

Impregnados de la Doctrina Social de la Iglesia y de una profunda antropología cristiana, serán de especial interés para los que intenten aplicarlas a situaciones y ambientes concretos de la Cuba de hoy. El centro –y la periferia- de estos editoriales es el hombre, coincidiendo con aquella esencial opción que ya en su primera encíclica –Redemptor hominis- alienta Su Santidad; el camino se hace a través de la persona humana y debe llegar a ella, que es la más natural manera de seguir a Aquel que dijo “Yo soy el camino, la verdad y la vida” (Jn. 14,6).

Su Vicario en la Tierra ha venido “a confirmar y potenciar, a bendecir y animar las obras que los católicos y todos los cubanos hayamos sido capaces de emprender para poner en práctica esa fe, esa esperanza y ese amor, aquello que los católicos y todos los cubanos hayamos sido capaces de hacer para contribuir a que Cuba crezca en humanidad, en libertad y solidaridad, en



reconciliación y dignidad nacional, en virtud y auténtica religión, en soberanía y servicio desinteresado a las demás naciones”(Editorial No. 17).

Que estos editoriales de la revista *Vitral*, que esta obra de fe profética, fermente la tierra que el Santo Padre ha besado, el día veintiuno de este primer mes del Año de Pentecostés, que nos conducirá al Gran Jubileo del Tercer Milenio del Cristianismo.





Nota a la Tercera Edición

Gracias a Dios hemos llegado al número 77 de la Revista *Vitral* y con ese motivo queremos presentar a nuestros lectores esta tercera edición del Compendio de los Editoriales.

Vitral ha querido ser “un espacio para la transparencia y la luz multicolor de nuestra cultura y nuestra sociedad”, como dijimos desde el primer Editorial, es decir, queremos servir de espejo y de semilla fecundante para la forma de ser, de vivir, de pensar y de relacionarnos entre los cubanos y con los demás.

Los Editoriales son aquella parte de la ventana que nos comunica con el paisaje que contempla cada día, en su convivir, nuestro pueblo. Pero los Editoriales no sólo han querido sólo ser vistas fijas del panorama cubano, sino que han querido aportar, también y sobre todo, una visión acertiva y global de la realidad que vivimos.

En este camino de casi 13 años, Dios nos ha regalado un tiempo precioso para que acompañemos a nuestros compatriotas, reflexionando y proponiendo, nuevas perspectivas en la gestación y en el nacimiento mismo de los tiempos nuevos.

Nuestras fuentes de inspiración principal han sido Cuba y el Evangelio de Jesucristo. Lo decimos claramente y sin disimulos. Es desde nuestra visión humanista cristiana que nos hemos asomado a esta ventana de Cuba. Pero esa inspiración cristiana no ha cerrado la puerta a miembros del Consejo y colaboradores no creyentes y no católicos con los cuáles compartimos el mismo amor a Cuba y a su destino. Así, *Vitral* es una publicación de la Iglesia católica en Pinar del Río, Cuba, pero ha querido ser una revista socio-cultural no confesional y abierta a la participación de todos, aún de aquellos con los que no compartimos ideas o incluso, con los que no coincidimos en las mismas visiones de la historia y de la persona humana.

Los Editoriales, sin embargo, son la expresión de la identidad de la Revista. Ellos reflejan como ninguna otra sección nuestra mirada sobre la realidad, las valoraciones éticas y las actitudes cívicas que hemos propuesto a toda persona de buena voluntad que desee conocer y reflexionar con nosotros sobre la Nación de la que todos, todos, sin excepción, formamos parte en la Isla y en la Diáspora.

Al tender una mirada integradora a estos Editoriales nos damos cuenta que ellos reflejan gran parte de los principales problemas y aspiraciones del pueblo cubano. Y no sólo los analiza con mirada crítica, comprometida y cordial sino que propone, para cada una de ellas las necesarias alternativas de esperanzas. Un día, cuando ya hayamos dejado atrás la mayoría de estas circunstancias,



una parte de cada uno de estos Editoriales habrá quedado como historia, pero la otra parte, quizá, seguirá siendo regalo anticipado, propuesta y camino para un porvenir “donde quepamos todos”.

Quede, pues, este pozo de reflexión, hecho desde el amor y el compromiso con Cuba, como reserva para la peregrinación por el desierto que, después de pasar este Mar Rojo, tendremos que recorrer los cubanos en camino hacia una nueva etapa en el devenir de “la tierra más hermosa que ojos humanos han visto”. Esa no será tampoco la meta definitiva, ni la mejor de todas “las tierras prometidas” de nuestra historia patria, pero será nueva y dará la oportunidad de reconstruir el entramado de la sociedad civil cubana con los mejores hilos del alma nacional.

Nuestra palabra en este momento crucial y gestante de nuestra historia es: ¡Ánimo! Cuba, cada uno de los cubanos y cubanas podemos remontar este “paso”, esta Pascua, de muerte y vida y resucitar como Nación.

Pinar del Río, 25 de febrero de 2007.

154 Aniversario de la muerte del Siervo de Dios Pbro. Félix Varela y Morales
Padre de nuestra cultura y de nuestra nacionalidad





Prólogo

Un arco de setenta y siete cuerdas se tensa durante 13 convulsos, contradictorios, connotativos años cubanos. La odisea cubre -pertinaz y pertinente- de mayo de 1994 a febrero de 2007. Cuando este libro salga con el favor de Dios, otras sesgaduras bimestrales habrán enriquecido a *Vitral*. La revista que enorgullece a sus lectores y creadores -representativa del Centro de Formación Cívica y Religiosa de la Diócesis de Pinar del Río, Cuba- es un raro oasis dentro de las publicaciones periódicas del insilio y signo inequívoco de expresión emancipada. Sus setenta y siete editoriales que aquí se recogen por primera vez son algo más. Esta introducción intentará argumentar el porqué.

El oasis pudo haber sido un lugar común: el avestruz que según dicen esconde la cabeza cuando los leones le acechan. No pocos cobijos de esa índole se han fabricado dentro de nuestro atormentado archipiélago en el último medio siglo, parecidos a otros que afean la colonia y las primeras fases republicanas hasta 1959. Pero el oasis que *Vitral* representa ha asumido siempre el único compromiso válido: el de la verdad, que no hace más que expresar lo que el Cristianismo propugna desde que produjera la única revolución genuina en la historia de la humanidad. La suprema dignidad de la persona humana.

Por su parte el signo de emancipación también alberga una dialéctica presocrática. Un equilibrio -¿quién se halla verdaderamente emancipado?- que al situarse en la cruda realidad de nuestro país adquiere matices arriesgados, bajo signos que *Vitral* ha sabido alejar de fanatismos y resentimientos. Su sentido crítico nunca se ha visto subordinado a credos políticos cerrados ni dictámenes emanados -fea palabra- de cumbres inaccesibles. Por ello ha sido y es una emancipación determinada por la medida reflexiva y sobre todo por la certeza de que la coral es más rica cuando incorpora el contrapunto.

Oasis de emancipación, *Vitral* ha sabido caer muy bien contra el hastío y la desidia de los avestruces, a la vez que lucha contra el sopor de la unanimidad y el aburrimiento del monólogo. Y al hacerlo cristianamente -adverbio muy superior a "constructivamente"- viene dejando un saludable antídoto contra los catastrofistas de bandos opuestos, que coinciden en la paradoja de lo inevitable de polarizaciones y contiendas.

Criticada por los extremistas -no importa si meten el pie izquierdo o derecho-, su sabiduría ha conseguido distanciarse de fundamentalismos anacrónicos, de los que niegan la evidencia de las espirales transicionales y de los enceguecidos por sus prejuicios restauradores de lo imposible. También, desde luego, de aquellos oportunistas que buscan en la aquiescencia lo que su mediocridad les tiene vedado, lo que son incapaces de obtener con su trabajo honrado.



Un paralelo entre el primero y el más reciente editorial así lo muestra, lo exhibe como signo frágil y deseo de lo que alguna vez será tan cotidiano en Cuba como las mareas o los movimientos de traslación y rotación -hermosas palabras- de un planeta cada vez más solidario e íntimo, de una humanidad que a pesar de terrorismos, corrupciones y desigualdades parece menos enferma que en el truculento siglo XX, con mejores expectativas tras el fin de las diabólicas utopías totalitarias y donde la globalización electrónica -que, por ejemplo, ha favorecido la existencia del sitio web de *Vitral* (www.vitral.org)- abarata y socializa el acceso libre a la información.

En mayo-junio del balseño año 1994 aparece el No. 1: “La libertad de la luz”. Su título -como el de los subsiguientes- son por lo general un termómetro de las preocupaciones más acuciantes del momento, de lo que se infiere la necesidad ineludible de una referencia histórica precisa, y también la enorme significación que cada uno ya posee para el conocimiento de lo que ha pasado en Cuba de esa fecha a hoy.

La diglosia característica de un país donde todos los medios de comunicación masivos todavía pertenecen al Estado, entorpecerá la valoración crítica de cada día transcurrido. Por ello publicaciones autónomas como esta permitirán -ya lo hacen- un acceso a fuentes reales, dignas de crédito, sin los virus y bacterias del triunfalismo y del bovarismo. Parece obvio que hasta una gota de cientificidad analítica privilegiaría estas fuentes referenciales. Lo que para nada significa otorgarle a los editoriales -sería caer en lo mismo que se critica- una risible infalibilidad, parecida a la que suelen invocar ciertos ideólogos o historiadores más atentos a las premisas que a la aventura exegética de corte fenomenológico.

“La libertad de la luz” que inaugura la odisea simboliza además, si lo relacionamos con las funciones arquitectónicas del vitral, la poética de la revista, sus principios y objetivos. Su primera frase es emblemática: “*Vitral* quiere ser un espacio para la transparencia y la luz multicolor de nuestra cultura y nuestra sociedad”. Y prosigue con lo que ahora observamos como logro, pues al tener “el alma como raíz”, lanza una invitación “a que aporten sus propios colores y tonalidades para que el Amor pueda realizar la maravillosa síntesis de fundir la luz y el cristal para dejar pasar la tenue claridad de nuestra existencia cotidiana amanecida en libertad”.

Allí mismo señala como una causa secundaria de su existencia la escasez dentro de Cuba de “ventanas” como la que se inauguraba, aunque su primer objetivo no era talar árboles sino plantar el suyo. Al propugnar “la diversidad de diseños y matices” plantaba lo que para los enemigos de las corales barrocas era y es un acto plural, tal vez soportado por provenir de una obra de la Iglesia Católica.

Cada uno de los editoriales rinde honor al título de la publicación bimestral. Matizan la demasiada luz. Si no evitan la oscuridad, al menos la aclaran al enunciar o denunciar. Ese ha sido el propósito de su Consejo de Redacción, presidido por el sagaz ensayista Dagoberto Valdés Hernández y asesorado por el sabio Obispo de Pinar del Río, Monseñor José Siro González Bacallao. A



Dagoberto Valdés se debe la autoría de cada texto en su calidad de Director-Editor que, sin embargo, han sido en cada edición, minuciosamente debatidos y aprobados por todo el Consejo, por lo tanto le pertenecen a la revista y expresan la opinión de la misma y del Centro de Formación Cívica y Religiosa de la Diócesis de Pinar del Río.

En este sentido no puede haber equívocos, nunca *Vitral* ha invocado al pueblo o a las masas, nunca ha pretendido ser dueña de ninguna verdad sino sólo del punto de vista de su Consejo de Redacción.

Como afirmé en el acto pinareño por el IX aniversario de la revista, en julio del 2003, tras recordar las exactas premoniciones de José Ortega y Gasset en *La rebelión de las masas* y las precisiones deconstructivistas de Elías Canetti en *Masa y Poder*: “El juego de gradaciones de la revista, a través del acierto de su título, es la certeza de que mucha palabrería determinista oscurece las percepciones más sencillas, las ontológicamente importantes, las que entre cada ser -y sus estares- formando mutas- prioriza la familia como célula básica, en una dimensión íntima que rehuye por inasibles las de pueblo y muchedumbre”. Las petulancias le son tan ajenas a los editoriales como las soberbias de las élites que se esconden detrás del concepto de masa, que hacen creer a ingenuos o ignorantes que la interpretan y representan, cuando en realidad al excluir a la persona y a la familia lo que hacen es discriminar lo diferente, lo otro.

Los editoriales, por supuesto, no son más que la proa que taja. Cada número ofrece tras ese *punto de vista*, otros textos que cubren los diversos géneros periodísticos, desde la crónica y el reportaje hasta la entrevista y el artículo, desde la reseña hasta la inclusión de cuentos y poemas. Contextualizar cada editorial rebasa los límites de este prólogo, pero al menos -para los que nunca hayan tenido el privilegio de hojear un número impreso- es útil informar que dentro de las lógicas heterogeneidades casi siempre ha primado la calidad, extensible al diseño y a muchas cubiertas, desde aquella primera entrega, con carátula en azul papel de bajo gramaje.

Y desde luego, podemos encontrar la inclusión sin fronteras de ninguna índole de cubanos, baste mencionar las entrevistas a Willy Chirino y Maggie Carlés, o Albita Rodríguez, el artículo tras la muerte de Celia Cruz, para sólo hacer referencia a la zona musical de nuestra cultura, tan única y diversa como cualquier otra.

Bajo el sello de *Vitral* ha surgido una editorial homónima y cada año la convocatoria a un concurso literario nacional en diversos géneros, que han abierto espacios alternativos en el país, tan necesarios como el agua dulce. Impresiones en CD se añaden a las tradicionales en papel, se trata de *Vitral Multimedia* que cuenta ya con 6 producciones que compendian en soporte digital desde la Historia y Actualidad de la Diócesis de Pinar del Río hasta un Galería de los principales artistas plásticos del siglo XX nacidos en Vueltabajo. Desde Los servicios y publicaciones de la Consultoría Cívica hasta la suma de todo lo publicado en *Ediciones Vitral* y en los Cursos del Centro Cívico. Piénsese en las dificultades, desde las aprensiones policíacas, hasta las económicas y técnicas,



y se podrá valorar mejor el esfuerzo de estos cubanos y cubanas entregados a una obra de amor a Cuba y a su Iglesia, tras las huellas del Padre fundador de nuestra nacionalidad, el Siervo de Dios y Presbítero Félix Varela. No es casual que una de las fundaciones más prestigiosas de Europa -la holandesa Príncipe Claus- le otorgara a *Vitral*/su premio anual en 1999.

Este es a grosso modo el contexto de los editoriales, a lo que se agrega -como pude observar personalmente en los escasos veinte metros con barbacoa que ocupan en la sede del Obispado de la más occidental de las provincias de Cuba- su valor decisivo: el espíritu cristiano que caracteriza al pequeño grupo que día a día, en las condiciones que padecen los cubanos de a pie, hace posible el milagro de una odisea ejemplarizante, antídoto perfecto contra los “no vale la pena”, los temblores paranoicos y los plañidos de la “culpa ajena”, tan abundantes -por conocidas razones- entre nosotros.

Esa dinámica esperanzadora permite apreciar mejor las palabras del Obispo pinareño en el número inicial: “...será un espacio de comunicación y diálogo con la iglesia ad intra y con la sociedad que necesita de orientaciones sabias y mensajes válidos”. Mantener durante más de una década tal difícil coherencia con sus postulados iniciales, en un medio cuya hostilidad rebasa cualquier comparación dentro del actual mundo de habla hispana, esta muy lejos de cualquier “teleología insular” de las que han perdido la brújula o se han cansado de buscarla, pero muy cerca del espíritu del Padre Félix Varela, de los cubanos que apostaron por lo propositivo y dialogante. A ellos rinde tributo.

La visión holística que cada editorial hace de un fenómeno de nuestra compleja realidad -las partes no son el todo, y viceversa- siempre apuntan no hacia un sentido pendular -tragedia que castra cualquier esfuerzo- sino a un infinitivo poco usado por los escasos filósofos sociales cubanos de hoy: remontar. La inspiración cristiana, pero sin una confesionalidad excluyente, alimenta el precioso infinitivo, ha evitado confrontaciones que al dispersar favorecen el monólogo e hipotecan la transparencia, la confianza de los lectores en quienes les escriben, rara ave en los círculos cubanos de cualquier latitud u orientación.

Las afirmaciones del párrafo precedente no son una loa ditirámica, a rechazar por los mismos creadores de *Vitral*, siempre ajenos a las variadas formas del triunfalismo. Vale argumentarlas con un rápido recorrido por algunos editoriales que se destacan dentro del disímil conjunto. Piénsese -y bastaría leer el índice- en la diversidad temática en relación con el carácter holístico. Ella va desde el 50 aniversario de la ONU o el 100 de la caída de José Martí en Dos Ríos -efemérides significativas-, hasta problemas tan cotidianos como los apagones y la carencia de agua potable (Año III, No. 15, sept-oct, 1996). Más disímil no puede ser.

Este rasgo podría considerarse un defecto por aquellos que suelen saltar de nube en nube hacia la nada. Es cierto que a veces los editoriales tratan temas más generales o abstractos, pero la no exclusión de asuntos cotidianos le dan mayor fuerza, cualifican la pertenencia. El espectro, por su amplitud, es un mérito. Una breve enumeración aleatoria prueba la cualidad: Entre un “No a la cultura del individualismo”, tan frecuente en años duros; un llamado a la



“Moderación y diálogo”, que provoca alergia entre los fanáticos; un deslinde sobre la cultura: “¿Ajiaco o caldosa?”, que privilegia el ajiaco porque cada elemento -vianda o carne- mantiene su integridad; un “No a la violencia”, desolador y más desolador hasta la violencia doméstica; un “La fuerza de lo pequeño”, lejano de los macroproyectos y macrocifras; un bien calientico sobre “La libertad de expresión”, que nada contra la corriente del miedo; un “La educación: el derecho a elegir cómo ser”, donde se dice: “A cambio de masividad hemos abandonado la responsabilidad personal de educar. A cambio del acceso gratuito a la instrucción no hemos ejercido la libertad de elegir el tipo de educación. Y cuando expresamos que esto es un problema se nos dice que debemos dar las gracias por la oportunidad de poder estudiar gratuitamente. A cambio de la gratuidad hemos descuidado la calidad”, para concluir con valentía ante uno de los iconos: “La gratuidad tiene un precio en Cuba: agradecer y ser felices” (Año IV, No. 24, mayo-abril, 1998).

El sentido de remontar que caracteriza a los editoriales ha llegado a cualquier icono del triunfalismo oficial -¿de cuál material estarán hechos los iconos? Es posible que algunas argumentaciones hayan sido ingenuas, como las de “Sin trabajo no hay país”, aparecido en mayo-abril de 1996, pero aun en esos casos debatibles han favorecido las tan necesarias polémicas, han roto el espeso silencio o el estruendoso aplauso. La inconformidad ante lo mal hecho no siempre ha tenido una fundamentación rigurosa, como ocurriera en el editorial dedicado a “Cuba y las relaciones internacionales (Año VI, No. 33, sept-oct de 1999), pero sin duda el solo enunciado catalizó análisis, propició reflexiones críticas.

“La libertad de la luz” no es una frase carcomida. Desde ella se mide el esfuerzo y los logros que cada editorial ha representado en la vida nacional. Porque si en escasas ocasiones algún especialista puede diferir del tejido argumental, el mismo acto de abrir el diálogo, aunque haya sido de manera general o poco profunda, aunque se puedan rebatir ciertas conclusiones, lo innegable es -exactamente- haber sacado el tema a la luz, es decir, tan sencillo: “La libertad de la luz”. Lo triste es que algunos de sus críticos -encaramados en cercas protectoras- hayan preferido el comentario de salón al enriquecimiento del tema, a meterse en el tema y colaborar en la revista, cuyas páginas sé que siempre han estado abiertas de par en par.

Tan abiertas como los temas que los editoriales han tratado abiertamente, sin redundancia, la misma que no existe cuando hablamos de “la Isla aislada”. Otro breve recuento -al azar concurrente- reafirma las afirmaciones acerca de los sesgos libertarios, parecidos en pequeño a los que propugnaron los cristianos en los primeros siglos de la Iglesia. Si revisamos -por ejemplo- los números entre el 49 y el 55, hallamos que el primero está dedicado -año 2002- al centenario de la primera República. En él se dice: “Debemos hacer que la República de Cuba sea cada vez más una sociedad inclusiva y abierta, nunca más excluyente y sectaria. Debemos hacer que la República de Cuba sea un hogar nacional de reconciliación y consensos, de proyectos pluralistas y concertaciones solidarias”. No hay que



ser mago o adivino para coincidir en que tres años después el clamor es mucho más acuciante.

El siguiente editorial (no. 50) se titula “Todo pasa”, bajo la sapiencial paradoja de que todo llega. Y en efecto, se trata de una sólida diatriba contra las quietudes: “Si no nos preparamos para el futuro nos sorprenderán los cambios inevitables y será el caos y la violencia que nada quiere (...) Pensémoslo sosegadamente. Cese la crispación. Ceda la presión para que disminuya el miedo. Demos espacios de auténtico debate público. Pongamos en manos de todos los ciudadanos toda la información y no las partes de ella que nos convenga. Confíemos en que las personas son seres normales que, con sus pobrezas y limitaciones, pueden informarse, discernir, elegir y equivocarse. Lo otro no es ni humano, ni considera a los demás como lo que son”. Otra vez el clamor parece trasladarse al 2005, con el lógico agravante del tiempo perdido, con la tragedia que los empecinamientos fraguan y el avizorar un desplazamiento hacia extremos que la abrumadora mayoría de los cubanos rechazamos.

El del No. 51 trata sobre el transporte público. Parece una clase de metafísica, si no lacerara tanto la felicidad cotidiana. No es necesario citar ejemplos, hoy recrudescidos, ahondados como los baches de calles, avenidas y carreteras. Sólo apuntar que la última frase exhorta: “No nos acostumbremos a la calamidad”. ¿Cuántos cubanos no se han acostumbrado a las calamidades? ¿Cuánta calamidad no pasa como normal, bajo la ignorancia de que originaría desde huelgas hasta escándalos, desde renuncia en pleno de gobiernos hasta condenas de las Naciones Unidas en cualquier país del mundo occidental?

“¿Hacia dónde va la Iglesia en Pinar del Río?” corresponde al No. 53, tras un 52 que tiene en su título la clave: “Navidad: celebrar entre todos la convivencia pacífica”. Queda claro, en efecto, que *Vitral* nunca ha desviado su tendencia católica. Pero el 53 merece una meditación que lo relacione con las encíclicas sociales y el papel del laicado, su voluntad autocrítica “al filo del primer centenario de nuestra querida y pequeña Diócesis”, porque al mirar hacia dentro, mira hacia el horizonte, predica con el ejemplo, demuestra que dentro de los católicos se favorecen y producen más debates y hasta agudas polémicas que en cualquier partido político. El siguiente (no. 54) es bien puntual contra “Una confusión lamentable”, la suscitada por la inauguración de un convento de las Hermanas de la Orden del Santísimo Salvador de Santa Brígida en La Habana, ocurrida el 8 de marzo de 2002. La polémica dentro de la Iglesia cubana por aquel acto es otra prueba de que hay un debate democrático, de que salvo en artículos de Fe cualquier tema puede ser objeto de análisis crítico, de refutaciones.

El editorial de mayo-junio del 2003 (No. 55), no puede ser más sereno y más inmerso en los reprobables acontecimientos de entonces, en lo esencial aún pendientes de solución satisfactoria, de prohibir la pena de muerte y liberar a los presos de conciencia. Su titular es elocuente y triste: “Quien cierra el paso al cambio en paz, abre la puerta a la violencia”. En un párrafo se sugiere: “Pero los cubanos también sabemos que quienes cierran la puerta



al diálogo, a la tolerancia, a la solución pacífica de las crisis, quienes se dejan tentar, aunque sea por un momento, por las incitaciones de la represión y de la fuerza, no solamente ponen en manos de los enemigos de nuestra soberanía y nuestra dignidad los motivos para entrar en la dinámica de la confrontación que a nadie más que a los violentos sirve, sino que, al mismo tiempo, al cerrar la puerta al cambio gradual y pacífico, se abre, aun cuando no se quiera, el camino pendiente y resbaladizo de la violencia. Y eso no puede ser. No puede ser, si queremos ser fieles a lo más sagrado de las tradiciones de la historia, la cultura y la religión del pueblo cubano. Y lo más sagrado de esas tradiciones es ‘el culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre’, lo más sagrado es la vida y la paz”.

Los mejores proyectos nacionales siguen este mismo espíritu ajeno a la violencia y a la represión, enaltecedor de la dignidad de cada ser humano. ¿No es cierto que aquel Editorial 55 podría simbolizar a plenitud los anhelos de la mayoría de nosotros? Mucha vida para *Vitral* y muchas ediciones más de la libertad de la luz -por encima de mis observaciones o de cualquier otra- es lo que deseamos para nuestro país...

Por ello quizás podamos al reconocer esta labor esperanzadora reconocernos a nosotros mismos, debatirnos con Cuba ante el espejo. ¿O será tan sencillo como sintetizar la realizado por los editoriales de *Vitral* con un pasaje bíblico que proclama la misión de Jesucristo?

En efecto, como el antiguo profeta Isaías y como Jesús, estos editoriales salen hoy bajo la intemperie cubana “a llevar la Buena Noticia a los pobres, a anunciar la liberación de los cautivos, a dar la vista a los ciegos y a poner en libertad a los oprimidos, a anunciar el Año de Gracia del Señor”(Lucas 4.18-19)

José Prats Sariol





La libertad de la luz

Año I. N° 1, mayo-junio 1994

VITRAL quiere ser un espacio para la transparencia y la luz multicolor de nuestra cultura y nuestra sociedad.

Queremos que sea una ventana tan abierta y serena como las “marinas” de Tiburcio Lorenzo, tan cubana como los “medio punto” de Amelia, tan participada como un danzón de los Rubalcaba, tan audaces y sugerentes como “los balcones” de Oliva..., tan pinareña como el Valle de Viñales.

Y aspiramos tan alto para que, al abrir este *Vitral*, no se nos quede disminuido el proyecto, porque sin grandes sueños no habrá nunca obra noble y permanente, ni podrá pasar la luz –siempre incontenible- que brota de los hombres sencillos y entrañables de nuestro pueblo cuando cultivan la virtud.

Mucho más modesta y limitada será la realidad de esta revista pero tendrá “el alma como raíz”.

VITRAL es palabra y cauce, resonancia y espejo, que ofrece el Centro Católico de Formación Cívica y Religiosa de Pinar del Río, a cuantos tengan sed de comunicación, reflexión y diálogo, sin distinciones de colores ni empobrecedores filtros para la luz. Tan policroma y plural quiere ser nuestra revista como escasos son, en nuestras ventanas actuales, la diversidad de diseños y matices.

Muchos son hoy los que critican nuestras puertas y ventanas –decía hace tiempo a un amigo cordial- algunos las cierran o clausuran para evitar que se deshagan. Creemos que la crítica es necesaria y saludable pero baldía y frustrante si es estéril.

Por eso, queremos ir más allá de la amargura de contemplar las limitaciones de nuestra convivencia actual para –entre todos- salir de la postración por los caminos de la creatividad. Y más que criticar la pobreza asfixiante de nuestra casa, cambiémosla y empecemos a proyectar, para agrandarla y embellecerla, un amplio y sencillo vitral que conserve su cubanía y enriquezca con nuevas luces nuestra siempre mestiza identidad.

Las reflexiones de este número hablan de Diálogo y Jardín, son actitud y entorno sin nostalgias que queremos promover en nuestra angustiada ciudad. Para ella y para Cuba, a quienes queremos de raíz, pedimos aquel parque con el significado que le da Nelson Simón en el “Poema donde sueño una ciudad



distinta". Las entrevistas con el Sr. Obispo y el pintor Pedro Pablo Oliva nos acercan al arte y la religión, esencias y alimento para nuestra urgida humanidad. Para ir cultivando ese humanismo nuestro, son también las secciones de *VITRAL* que abre hoy este espacio pinareño con el ansia de compartirlo con cuantos, sin distinción, deseen descubrir y recrear nuevas ventanas –aire y luz- para nuestro porvenir.

Invitamos, pues, a todos los pinareños de buena voluntad y ansias de renovadas vertientes a que se asomen a este vitral; a que diseñen con nosotros sus siempre mejorables contornos; a que aporten sus propios colores y tonalidades para que así el Amor pueda realizar la maravillosa síntesis de fundir la luz y el cristal para dejar pasar la tenue claridad de nuestra existencia cotidiana amanecida en libertad.

Pinar del Río, 20 de mayo de 1994.
92 aniversario del Nacimiento de la República de Cuba





Irse del país, solución o problema

Año I . Nº 2, julio-agosto 1994

Todos nos hemos preguntado, alguna vez por lo menos, por qué tantos cubanos quieren marcharse de su país y a qué se debe que más de un millón de nuestros compatriotas hayan emigrado en las últimas tres décadas.

Muchos son los enfoques que intentan explicar esta realidad: problemas ideológicos, búsqueda de mejoras económicas, exilio político, escape a las dificultades y penurias en que hemos vivido, nuevos espacios de realización personal, conocer algo nuevo...

En los últimos años se ha incrementado el número de personas que desean marcharse del país y lo intentan desesperadamente por cualquier vía y medios, y aumentan también las explicaciones y razonamientos que, de todos lados, se procura dar al hecho de la creciente e imparable emigración cubana.

Habría, en todo caso, que dejar bien claro antes de seguir adelante que emigrar es un derecho consagrado universalmente en el artículo 13 de la Declaración de los Derechos del Hombre proclamada por la ONU el 10 de diciembre de 1948 que dice: "Toda persona tiene derecho a salir de cualquier país, incluso del propio, y a regresar a su país". Y en el artículo 14.(1) dice además: "En caso de persecución, toda persona tiene derecho a buscar asilo, y a disfrutar de él, en cualquier país".

Pero no es este derecho inalienable lo que deseamos presentar en este editorial. Queremos ir más al fondo del problema, no a sus motivaciones que todos conocemos, desde uno u otro enfoque, sino a su significado y consecuencias.

¿Es realmente la salida del país, una solución para los cubanos o un problema?

Si nos quedamos en la superficie, esta pregunta puede parecer ingenua. Para otros podría ser dolorosa... Nosotros creemos que es necesaria.

En todos los tiempos, si usted es un perseguido político y se encuentra en una situación límite, con riesgo de su vida o la de su familia, o al borde de la resistencia psicológica o en una penuria económica y social insostenible... el exilio ha sido una última salida para su problema personal y familiar, si logra salir con toda su familia.



¿Ha sido esta la situación del millón y medio de cubanos que se ha ido del país? Si la respuesta fuera negativa tendríamos ya una apreciación sobre el asunto. Si la respuesta fuera positiva, podríamos seguir preguntándonos si la solución es ir resolviendo “uno a uno”, los problemas personales y familiares o buscar –entre todos- la solución al problema de los cubanos. Es como si para curar a un enfermo se fuera extirpando célula a célula, sanas o enfermas. ¿Con eso se mejoraría?

Contra todo pesimismo, consideramos que se pudiera resolver el problema de Cuba si en lugar de escapar uno a uno de esta situación nos pusiéramos a resolverla entre todos; haciendo lo que tenemos que hacer. Reconozco que es una opción. Pero nos parece que sería la mejor opción.

Una de las trampas en que casi todos hemos caído históricamente es sucumbir y secundar aquella falsa disyuntiva que nos priva del derecho de ser como somos y empobrece a la nación porque le resta muchos talentos y capacidades de sus hijos: “O te adaptas o te vas del país”. Lo que significa: “O te acomodas a las cosas como están o abandonas tu Patria porque no cabes en ella”.

O peor aún: “O te haces igual a una forma de pensar y actuar o tienes que ir a buscar fuera”.

Si entramos en esta encrucijada:

hemos perdido la iniciativa personal, pero al irnos “parece” que ganamos esa iniciativa;

hemos renunciado al derecho de ser iguales y diversos en nuestro país, pero al irnos nos “creemos” que estamos ejerciendo un derecho mayor;

estamos renunciando a la nación –casa de todos- para dejar en manos de algunos la nación.

Si permanecemos en Cuba, siendo como somos, pensando como pensamos, actuando en consecuencia, asumiendo los riesgos que esto conlleva en una sociedad como la nuestra, dialogando con todos los que deseen dialogar porque les interesan los problemas de Cuba y no sólo sus problemas personales o familiares, entonces Cuba podrá contar con más hijos, con más posibilidades humanas, con más virtud –que es fuerza interior irrefrenable- para que tengamos una Patria mejor.

Buscar fuera la solución de “mi problema” es un derecho individual.

Buscar fuera la solución de “nuestros problemas” es renunciar a las posibilidades de resolverlos entre nosotros y desconfiar en la capacidad de los cubanos de aquí para hacer lo que les corresponde por derecho propio.

Buscar la solución a “nuestros problemas” permaneciendo en Cuba con las máscaras de la doble moral o en un exilio interno creándonos artificialmente –a fuerza de dólares- un mundo distinto al resto de los que no tienen esa posibilidad, es otra forma mucho más enfermiza –alienada- de resolver “mis problemas”.

Una solución más constructiva sería cultivar, poco a poco, otras opciones:

- Empezar por reconocer que el binomio “o te vas o te acomodas a esto” es falso y excluye la riqueza del pluralismo, la igualdad de derechos y el ejercicio de la propia ciudadanía.



- Remontar el pesimismo y el espanto de que no hay nada que hacer si permanecemos aquí, siendo lo que somos y actuando en consecuencia; aceptando audazmente las consecuencias.

- Descubriendo que en mi propio medio, por muy reducido e insignificante que sea, mi sola presencia, distinta al patrón de pensamiento y comportamiento, es ya algo que se puede hacer. Y algo muy eficaz por la fuerza del ejemplo.

- Ejercer la posibilidad, que siempre nos brindan nuestras relaciones humanas transparentes y honestas, de crear nuevos espacios donde podamos ser y expresar lo que somos y queremos: -Ambientes familiares, amistosos, informales, donde cada cubano pueda realizarse como persona y como miembro activo y responsable de la sociedad civil.

Y otras muchas opciones que con la creatividad y capacidad de recuperación de los cubanos podamos ir inventando. Así cuando algunos jóvenes y otros muchos nos vengán a preguntar qué sentido tiene permanecer aquí en las actuales condiciones podamos tener algo serio y audaz que responderles para que le encuentren sentido a sus vidas...

Y si no encontramos algo convincente que decirles, por lo menos permanezcamos viviendo aquí, buscando juntos, soluciones a nuestros problemas, sin abandonar a Cuba a su suerte y sin buscar su suerte lejos de aquí...

Pinar del Río, 8 de julio de 1994





No a la violencia

Año I. Nº 3, septiembre-octubre 1994

Los últimos acontecimientos que desde el pasado mes de agosto han conmovido la vida de nuestras ciudades y puertos no pueden ser considerados como hechos aislados. Ellos son un signo que deberíamos interpretar.

¿Qué significan para la vida de nuestro pueblo las manifestaciones de protesta masiva, la tolerancia de una emigración que además de permanente se permita irresponsable y desordenadamente sin medir sus proporciones?

¿Qué significan las muertes del remolcador hundido y de los dos jóvenes – policía y marinero- junto con heridos en las calles y desaparecidos en el mar?

¿Qué significan las frases que invitan a aplastar al contrario y a ajustarle cuentas?

¿Qué significado tiene que sean civiles –según se anuncia y podemos verlos– que se enfrentan con los ciudadanos que gritan “libertad” y con los otros ciudadanos que lanzan piedras a las vidrieras de tiendas y hoteles?

¿Qué significa, en fin, llamar a las calles de nuestras ciudades campos de batalla y llamar al pueblo al combate y a la lucha?

Antes de ahondar en estos significados aclaremos que desde 1868, un 20 de octubre, muchos cubanos patriotas llamaban “al combate” a todos los que amaban la libertad, la justicia y la verdad. Pero eran nuestras luchas contra un poder colonial extranjero (España), que no estaba en la Península y nos amenazaba, sino que usurpaba el suelo y el alma de la nación sosteniendo la falsedad de que los insulares de aquí eran iguales o debían serlo a los peninsulares de allá. Desde entonces las luchas contra todo tipo de intromisión, hegemonía o dependencia de una nación foránea han sido intento y frustración, realidad y sueño de los cubanos.

Pero en estos tiempos parece que se trata de otro problema y de otros métodos para resolverlos que, evidentemente, no son aquellos del 68.

Lo que sucede hoy no es totalmente nuevo pero es sustancialmente distinto a lo que ha ocurrido antes en la historia de Cuba: la disyuntiva es o la nación y sus calles son de todos, o sólo de algunos.



Si este debate se llevara a nivel del diálogo y de proyectos viables no habría problemas. El asunto es que la respuesta a toda postura contraria va siendo cada vez más violenta desde todas partes.

Consideramos que los acontecimientos de los últimos meses pudieran ser interpretados sólo como una indisciplina social o sólo como actos de violencia “en defensa propia” o, incluso, como una muestra de la situación límite en que se encuentran los que se deciden a manifestarse así. Lo que sí podemos percibir más claramente son dos aspectos de este complejo problema.

Primero, una nueva etapa parece abrirse paso en medio de no siempre coherentes acontecimientos y no poco manipuladas noticias de todos lados.

Segundo, la violencia quiere obtener carta de ciudadanía.

Nuestra reflexión serena quisiera relacionar estos dos aspectos como causa y efecto, respectivamente, de una profunda crisis.

En realidad, toda violencia verbal o física, personal o masiva, es sólo el efecto de una situación en que se quiebran las fronteras de la razón, el diálogo y las más elementales normas de convivencia.

Por tanto, invitaríamos a nuestros lectores a no quedarse en el lamento estéril. La queja infecunda sólo sirve para agriar el corazón, entristecer el alma y paralizar la vida. La postración es la epidemia de la queja. Es necesario –es más saludable- pasar de la queja al análisis sosegado y de éste a la actitud consecuente y a la acción cuerda y mesurada.

Opinamos que toda violencia –como señalara Pablo VI- engendra violencia. Busquemos entonces cuáles son las causas y motivaciones profundas de estos actos de violencia y, todavía más a lo hondo, qué provoca esa actitud de violencia cotidiana que se manifiesta, sin mucho ruido ni noticias en cada casa y cada barrio de nuestro pueblo.

Opinamos que cuando se violenta el pensamiento del otro, cuando se quiere diseñar –desde fuera de sí mismo o desde fuera de su país- su propia vida, algo se rebela; que cuando se violenta la libre expresión y se amordaza la conciencia, algo se rebela; que cuando se violenta la propia voz y se exige repetir o imitar la única voz, o las voces con acentos foráneos, algo se rebela dentro de nosotros; que cuando se violenta la mirada para que nada más vea lo bueno o nada más vea lo malo, algo se rebela en nosotros, que cuando se limita el andar y el viajar, el manifestarse y el “caminar” por otros caminos, cerrando todas las salidas y comunicaciones con el otro y con el propio país, algo se rebela en nosotros y puede impulsarnos falsamente a salir por otras vías. En fin, que cuando se bloquea al hombre es peor y más violento que cuando se bloquea a las naciones, que ya es bastante malo, y algo del interior de ese hombre se rebelará contra ese bloqueo antropológico que impide que cada persona realice su proyecto personal, gestione su progreso y contribuya así al bien común de la sociedad que lo acepta como sujeto de su historia y no como dócil objeto de sus peripecias y acrobacias manipuladoras de su libertad.

Una de las causas más profundas y últimas de toda violencia es la injusticia. La espiral de la violencia comienza en el mismo lugar donde se niega la posibi-



lidad y la equidad en el acceso a los bienes, ya sean materiales o espirituales. Los signos y la dirección de las acciones violentas que vemos hoy marcan en primer término esos “lugares-símbolos” de la injusticia y la desigualdad. No importan las explicaciones y justificaciones, la injusticia, desgraciadamente, siempre engendra violencia.

La otra causa es la falta de voluntad para el cambio, lo que llamamos comúnmente tozudez.

Realmente las injusticias las hay dondequiera, lamentablemente, porque el hombre puro y la sociedad perfecta no existen en ningún lugar de este planeta. Por tanto, las injusticias son una causa de la violencia pero no la única. Todo depende de los niveles de injusticia y del aguante de los oprimidos por ella. Pero aún así, las mayores y menores injusticias pueden ser rectificadas, enmendadas... siempre y cuando haya voluntad de cambio.

Toda voluntad de cambio siempre abre el horizonte a la confianza y a la colaboración para suprimir las injusticias. Pero cuando los horizontes se cierran dentro de cada persona y para toda la nación, la violencia se convierte en el único recurso de la desesperación.

Sería verdaderamente ingenuo condenar la violencia –que siempre es condenable cuando existen otras vías de solución- y no ir al fondo de las causas que la provocan. Llegar a la raíz de la violencia es la única forma de cortarla de raíz. Si nos quedamos en las ramas, rebrotará. Si nos lamentamos del sabor amargo de sus frutos, no podremos endulzarlos cuando vuelva a parir la violencia. Si no alcanzamos a resolverla no digamos como la zorra de la fábula: “están verdes”. Pero lo peor de todo es abonar con resentimientos y revanchas la tierra donde crece la violencia y cultivar con obstinación las injusticias que la provocan.

La violencia siempre corre por un plano inclinado y como alud de piedras despeña en su camino cada vez más violencia. Hablando de violencia y de piedras, recordamos a alguien que hace 2 000 años, serenamente sentado, escribiendo con su dedo sobre la tierra, cortó la violencia disfrazada de justicia farisaica contra una mujer adúltera, contra una antisocial de su época: el que esté libre de culpa que lance la primera piedra! Él fue directo al interior de cada hombre y le preguntó sobre su propia responsabilidad frente a aquella mujer desclasada. Y nadie tiró ninguna piedra.

Eso quisiéramos para Cuba. No tanto hacer un juicio implacable a los que consideramos, desde cualquier punto de vista, culpables, ni responder en defensa de los débiles con más piedras. Se trata de detenerse serenamente frente al violento y al culpable y remover el interior de sus conciencias. Ese día se pararán las piedras.

Mientras tanto, sigamos diciendo sin perder la calma y la voluntad de cambio: no a la violencia, no a la injusticia y a la obstinación que la provoca. No a la muerte que es su fruto más amargo. Sí a la vida y a la reconciliación entre los cubanos y para ello en lugar de convertir nuestros instrumentos de construir, en armas para defendernos o atacarnos, cumplamos la milenaria exhortación del



alma civilizada de la humanidad que hoy adorna los jardines de la ONU, pero que no siempre se hace realidad en las naciones:

“Compartirás tu pan con el hambriento,
los pobres sin techo entrarán en tu casa,
vestirás al que veas desnudo
y no volverás la espalda a tu hermano...
Si en tu casa no hay gente explotada,
Si apartas el gesto amenazante
y las palabras perversas,
Si das al hambriento lo que deseas para ti
y sacias al hombre oprimido,
brillará tu luz en las tinieblas
y tu oscuridad tendrá la claridad del mediodía.”
(Isaías 58,7-10)

Entonces:

“Convertirán sus espadas en arado
Y sus lanzas en podaderas” (Isaías 2,4)

Pinar del Río, 20 de agosto de 1994.





Navidad, fiesta de utopías

Año I. Nº 4. noviembre-diciembre. 1994

"No temáis nunca al instante, dice la voz de lo eterno"
Rabindranath Tagore (*Pájaros perdidos.59*)

Navidad es una fiesta. La fiesta de lo nuevo y de lo eterno. La fiesta de la luz sobre la sombra, el nacimiento del niño que hemos sido, que hemos perdido, que queremos ser...

Pero no podemos hacer fiesta en la nostalgia, porque no hay fiesta verdadera en lo pasado, ni puede haber fiesta en el temor de lo futuro.

Navidad es la voz de lo perenne, es la Palabra que se hace carne y habita entre nosotros. Esa voz de la ternura recién nacida nos susurra al corazón: ¡No temáis!

No hay amor en el temor, ni hay paz en el desasosiego del instante. Pero el niño que nos ha nacido se llama Jesús. Hijo del Dios del Amor. Príncipe de la Paz sin límites.

Vitral recoge, de la seca hierba de un pesebre, la serena alegría de la pobreza que encuentra su único sentido en la entrega de la propia humanidad: Su mensaje es al principio el llanto del que nace en lo sencillo y luego el anuncio de la esperanza para todos los hombres de buena voluntad. Para que nadie piense que porque hoy llora, mañana no encontrará la paz.

Este es nuestro deseo para todos los pinareños, para todos los cubanos en esta Navidad: Paz.

Navidad puede ser para ti el encuentro contigo mismo, entre la paja seca de tus miserias y el niño que siempre hemos tenido sin crecer en nosotros. Que al encontrarte con este nuevo nacimiento, logres aceptarte y quererte como eres y con todo lo que tienes y no tienes... reconcíliate contigo en la noche de tu propia Navidad y encontrarás la paz. La paz interior y profunda, serena y tierna que nadie te podrá quitar... porque es de Dios.

Navidad puede ser para tu familia un nuevo nacimiento, si en lugar de anhelar lo que se fue, lo que no tienes, aquellas Navidades... intentas vivir estas Navidades, antes que el tiempo las pase a la cuenta de las nostalgias. Si tú logras reunir tu familia y compartir en paz un instante, vivirás la experiencia que



te dice que más valen los que logran formar un hogar junto a la mesa, que lo que logres poner sobre ella.

Navidad puede ser para nuestro pueblo un momento para mirarnos a la cara, abrir nuestro corazón y aceptarnos tal como somos, con nuestras diferencias y anhelos, con nuestras coincidencias y frustraciones, con nuestro pasado y los proyectos de futuro; y así, asumiendo las riquezas de nuestra diversidad, poder encontrarnos y querernos como pueblo en el diálogo que rompe el tedio y la reconciliación que anuncia la paz.

Hace casi dos mil años, gente de campo como nosotros, que pastoreaban sus ovejas en la noche de Belén, recibieron este anuncio: “¡no teman, les traemos una buena noticia que será de gran alegría para todo el pueblo: hoy les ha nacido un Salvador!” (Luc. 2.10).

Navidad es hoy para nosotros un anuncio similar. Si algo nuevo y mejor nace en cada uno de nosotros en la nochebuena de nuestras vidas, eso será una gran alegría para nuestro pueblo.

Si algo nuevo y mejor nace en cada rincón de nuestra Patria, ella misma encontrará la “estrella” que desde siempre la ha conducido al encuentro de la ternura y la paz de un hogar nacional recién nacido.

Esto queremos todos, pastores y reyes, los que están junto a Jesús y los que se dejan guiar por una estrella solitaria en la confianza y la buena voluntad, de que aún por caminos lejanos y diversos, se llega a encontrar el sentido de nuestras vidas.

Eso hicieron los Reyes Magos del Oriente, aquellos que vistieron de regalos y camellos nuestra fantasía infantil y el cariño cómplice de nuestros padres. Desde entonces el seis de enero se convirtió en la fiesta de la ilusión y la utopía. Ilusión del que sueña y escribe confiado en que su regalo llegará. Utopía de los que sueñan que, algún día, no unos cuántos sino todos los hombres serán niños y todos los niños podrán tener regalos.

Así, la fiesta de los Reyes Magos ha sido en nuestra historia: fiesta de sana ingenuidad y creadora fantasía. Poco crecen los niños y los pueblos sin ingenuidad sana y fantasía creadora.

Fiesta de negros y cabildos, que en efímera libertad daban rienda suelta a la imaginación y a las raíces; y poco sirve ser libre un día; y menos sirve sin imaginación personal y sin raíces conscientes y fundantes, cualquier grado de libertad.

Fiesta, en fin, de la cultura, del sincretismo, de la mezcla afrocubana, de la Isla que se abre al universo. Eso era el Día de Reyes, aunque la amargura de la pobreza no permitiera que los hombres-niños cultivaran la fantasía.

Pero no podemos hacer nostálgica la fiesta. Ni dejar sin raíces la utopía. Por eso *Vitral* envía este mensaje de buena voluntad y paz a todos: los que colaboran con esta ventana y los que la cierran frente a sí; los que algunas veces la mejoran criticándola y otras veces la empeoran callando, a los que creen oír hoy cañones y mañana campanadas; a los que descubren tendencias y a los que buscan equilibrarlas; a los que cierran su imaginación frente al reto y a quienes, frente



al desafío de un vitral a medio construir, prefieren aportar su propio color a esta ventana que, sólo así, llegará a ser de todos los pinareños.

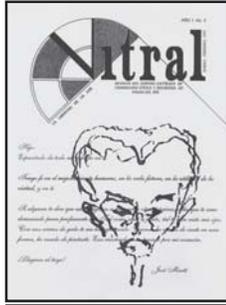
A todos, francamente, les deseamos esa paz interior que amanece en la alegría. A todos deseamos que crezcan entre nosotros la ternura y la ilusión del niño que siempre llevamos dentro y que puede renacer en cada nochebuena, en cada Navidad, que es un nacimiento de algo nuevo y superior en cada hombre.

...Que la epifanía de los Reyes, traiga para la cultura pinareña, aquellas fiestas de cabildo, de raíces y de mezclas, para que nadie quede fuera en Vueltabajo de esta recién-nacida fiesta de utopías.

Pinar del Río, 8 de diciembre de 1994.







No cerremos la puerta a la esperanza

Año I. N° 5 . enero-febrero 1995

*“Pluralidad de hechizos, diversidad inocente,
que aseguran el diseño de su morada futura,
su imagen en los hijos de la resurrección”*

(J. Lezama Lima. “La imagen histórica”)

Encarnada en el desierto de la supervivencia, atrapada en el pugilato entre las tímidas soluciones y todo lo senil aferrado al «saber» y al poder, empujando finalmente los muros interiores y foráneos que la asedian, Cuba se debate en los inicios del 95 entre quienes se lanzan a lo imposible para buscar un futuro resurrecto y los que manejan los cerrojos del temor, la obstinación y la parálisis con imagen de gesto.

Y como quien cierra un ciclo conmemoran hoy -con las generaciones jóvenes por delante- la muerte de Martí aquellos mismos que -con lo frustrado y caduco detrás- se esforzaron por dignificar el centenario del nacimiento del Apóstol.

Buenas son las coincidencias históricas y las conmemoraciones cuando “esos hechos son orgánicos dentro del mundo que los motiva y engarza, lo revela su característica más valiosa, es decir, que vuelven, que se reiteran, que son necesidad afanosa de reintegrarse” ...como decía Lezama en “A partir de la poesía” refiriéndose al acto histórico creador, a toda creación o «poesía».

Pero el tiempo exige su costo y el mundo cambia y las consecuencias de ese «paso» de la historia las sentimos todos, porque todos somos responsables de la vida que nos exige siempre más. Así lo expresa la obra citada cuando dice: “Surgidos esos hechos, cuando alcanzan la plenitud en su presentación, adquieren una trágica eficacia, por el rendimiento fabuloso que se exige de las personas que coinciden en él, por el paréntesis que ofrecen entre una incitación potencial y una extinción, que es una suspensión”.

Y si no estamos atentos a las nuevas connotaciones que tiene toda conmemoración importante como lo es la del centenario de la muerte de Martí, podría pasar que la nueva conmemoración no se convierta en nueva «poesía», en nueva creación, y “volverá a reincidir ese hecho privilegiado, pero desecho el encantamiento que encuadraba esa coralidad en una misma unidad de tiempo,



rompe el mecanismo interno de sus compuertas, que ruedan o se sobreviven con el tatuaje de aquella situación. Cautiverio que atrajo todas las luces en su marcha, pero que el tiempo de la dispersión fue extinguendo sus luces y redobles, quedando como un procesional de pesadillas” (*Ob.cit.*).

Hacemos hoy nuestra, la pregunta de Lezama: “¿Por qué escogemos como entidad coral imaginaria los que esperan a los pies de las murallas, y no la ciudad sitiada? Porque los sitiados se acogen a la permanencia y a la muerte... pero el que espera a los pies de las murallas, corre el riesgo de que su espera se trueque en otra entidad imaginaria: la retirada...”

Nosotros los cubanos sufrimos «murallas» puestas desde afuera y «murallas» puestas desde adentro por todos los que, haciendo de cerrajeros de la creatividad y la iniciativa, intentando quizás cuidarla, cierran la puerta a la esperanza.

Pero si somos honestos comprenderemos que todo, alguna vez, hemos sido sitiadores de la ciudadela personal, de los que con viven con nosotros y también todos hemos sentido en nuestra propia carne-sitiada el asedio y el miedo que nos provoca el ignoto sonido de los cierres que intentan amurallar la libertad irreprimible del espíritu humano.

Es hora ya de superar sobre este caimán verde y caribeño el maniqueísmo de sitiados y sitiadores, de los buenos y los malos, la trasnochada y medieval confrontación entre «montescos y capuletos», el subdesarrollo cultural de quienes ven ataques cuando se ejerce el criterio diverso y no ven en el ejercicio del disentimiento franco y abierto, signos de unidad, gestos de auténtica cordialidad sin máscaras, que es la amistad que brota del corazón de la nación que queremos levantar y salvaguardar y no sólo brota del cerebro que cada cual usa en su original y propia cabeza.

Al comienzo del año del centenario del testimonio supremo del Apóstol de esta República “una, cordial y sagaz” que se dispone a “salvarse de los peligros internos y externos que la amenazan, y a sustituir el desorden económico en que agoniza un sistema de hacienda pública que abra al país, inmediatamente, a la actividad diversa de sus habitantes”. (J.Martí. *E. Trópico*. Tomo 2 pág.120).

En lugar de acumular frases entresacadas de su contexto y celebraciones nostálgicas, deberíamos asumir la imagen de Martí, es decir, lo que su vida significa: “La majestad de su ley y la majestad de sus acentos, nos recuerdan que para los griegos, mártir significa testigo. Testigo de su pueblo y de sus palabras, será siempre un cerrado impedimento a la intrascendencia y la banalidad”.(Lezama. *Orígenes* No.33,1953).

Los cubanos podríamos descubrir en este año del sacrificio de Martí cuál es el sentido de “su permanencia indescifrada”, cómo alimentar nuestra indiferencia con “la viviente fertilidad de su fuerza como impulsión histórica, capaz de saltar las insuficiencias toscas de lo inmediato, para avizorarnos las cúpulas de los nuevos actos naciotes”. (*Ibidem*).

Para mirar al horizonte es necesario el espacio y la apertura, es necesario hacer realidad aquella canción del otro poeta, Nicolás Guillén, que en sencilla dialéctica invita a cerrar la “muralla” a todo lo malo que oprime y mata para que



se pueda abrir la puerta a todo lo bueno, lo bello y lo verdadero que hay en nosotros y en los otros.

Para “abrir la muralla” convocamos con Guillén a “todas las manos”, pero a todas de verdad y no sólo en voz —emblema que no llega a ser nunca palabra actuante. Se trata de convocar a todos para abrir la muralla que bloquea los caminos de la esperanza de nuestra nación en sí misma sitiada:

-Abramos la puerta a la creatividad y a la iniciativa personal que son “rosa y clavel” del verdadero progreso económico y cultural.

-Abramos la puerta a la libertad de expresión discrepante y a los genuinos espacios de participación pluralista que son la “paloma y el laurel” de una convivencia civilizada y pacífica.

-Abramos la puerta a una cultura sin censuras internas empobrecedoras y sin degeneraciones éticas deshumanizantes que es la cultura del “mirto y la yerbabuena”.

-Abramos la puerta a la mística nacional secuestrada por «una parte» de los de adentro y «otra parte» de los de afuera. Que esa mística nacional vuelva a ser para todos “ruiseñor en la flor”.

-Abramos la puerta a la franca coherencia entre lo que decimos y hacemos, entre lo que se concibe para presentar afuera y lo que seguimos haciendo contradictoriamente adentro, entre lo que queremos llamar «cultural» y lo que debe ser una cultura comprometida con lo social, seamos coherentes entre los esfuerzos por reformar la economía y la necesaria reestructuración de la política, que es lo mismo que abrir la muralla “al corazón del amigo”, que es lo mismo que extender “la mano franca”.

-Pero hay que cerrar el camino y la “muralla” a la fuerza que se impone a la razón y a la verdad donde quiera que esté, porque esa fuerza es el “sable del coronel” que nos recordaba Guillén.

-A las ansias de anexionismos o soberanías cerradas a la integración y a la diversidad que son “el alacrán y el ciempiés” de los reductos de una modernidad superada.

-A los que postulan la violencia y la desesperación como soluciones y a los que filtran la cordura por los coladores de las ideologías y el omnipresente control estatal sobre personas e instituciones, porque estas realidades son el “veneno y el puñal” de nuestra cubanidad redimida.

Si en lugar de buscar los acentos y las entrelíneas nos pusiéramos a reflexionar serenamente en qué medida mi propia vida y la vida de los grupos e instituciones en que participo están hoy abriendo o cerrando la puerta de la esperanza para los cubanos... somos de la opinión que nuestras quejas por la pobreza dejarían de ser invalidez temerosa y la frase “sí se puede”, dejaría de sonarnos a voluntarismo empecinado o respuesta socorrida a cuantos, con mucho realismo, se enfrentan cotidianamente con lo imposible.

Con decir que “se puede” no se logra construir nada, como nada se logra paralizados frente a lo imposible... por eso pensamos que hay que buscar las causas profundas y verdaderas que cierran la puerta a los proyectos que son



“como un ceremonial de la luz en la espera...” y luego actuar con audacia que (como ha dicho Alfredo Guevara en reciente entrevista) “no es sólo un acto de valor, sino un acto de vida”.

Que nos inspire esta certeza resucitada que Lezama nos entregara entre el 19 de mayo del 57 y el mes de enero del 60 sobre Martí:

“Lo imposible al actuar sobre lo posible engendra un ‘potens’, que es lo posible en la infinitud... Todos los posibles atraviesan la puerta de los hechizos. Todos los hechizos ovillan en posibilidad, como una energía que en un instante es un germen. La tierra transfigurada recibe ese germen y lo hincha al extremo de sus posibilidades”.

(Lezama, “Martí”, 1953 y “A partir de la poesía”, 1960)

Que lo que ahora nos parece imposible se convierta en germen de lo posible para Cuba... y que nuestro pobre barro personal se transfigure en tierra fértil que fecunde esas semillas fundantes de nuevos proyectos hasta el extremo de sus posibilidades en este año 1995.

Y para eso, que nadie cierre la puerta a la esperanza.

Pinar del Río, 1 de enero de 1995.





Buscando la verdad en carne viva

Año I. N° 6. marzo-abril 1995

Nuestros abuelos decían que todo hombre honrado debe caminar por la vida “con la verdad por delante”, como una luz.

Nosotros hoy escuchamos muchas veces decir “si digo la verdad, me perjudico”, “es mejor no decir la verdad para no quemarme”, “yo nunca suelto lo que pienso para no buscarme problemas”.

Todos hemos oído hablar de la doble moral, de la mentira que dicha cien veces puede llegar a parecer verdad... pero lo más grave es que todos, alguna vez, hemos sentido miedo de decir la verdad.

Cuando el miedo a la verdad nos paraliza o nos disfraz, algo anda mal en nuestras vidas y en nuestra sociedad. Hay que arreglarlo.

Cuando los mecanismos de la vida cotidiana exigen que digas una mentira para alcanzar un beneficio que por derecho te corresponde, algo anda mal en nuestra convivencia ciudadana y hay que arreglarlo.

Cuando en las oficinas, en las escuelas, en los centros de trabajos y en las estructuras estatales se llenan los informes de mentiras, se avanza ocultando la verdad o hay que recomendar a un joven que resuelva los problemas sobre la base de engaños, algo anda muy mal, algo está minando por dentro nuestra sociedad, como el comején, que si no lo arreglamos a tiempo, convierte a la mejor estructura en hueco, cáscara y barniz.

En nuestra propia casa hay algunos que pasan por el lado de un bello y viejo mueble, ve un imperceptible orificio y junto a él, en el piso, un pequeño montón de virutas acumuladas. Pasan y dicen: ¡parece que le va a caer comején!, y siguen en sus asuntos. En nuestra sociedad también ocurre así.

Hay otros que miran aquello y dicen a los demás de la casa: parece que hay comején. Sería mejor fumigar a tiempo: todos asienten y siguen sus ocupaciones más importantes dejando “para después” aquel “detalle” que en su opinión no perjudica la estabilidad familiar. Se trata de un pequeño y silencioso comején. Así pasa también en nuestra sociedad cuando se conoce una indefensa mentira en medio del aparato informativo y de las relaciones humanas.

Hasta que un buen día, hay una fiesta en nuestra casa, hemos invitado a los vecinos y cuando nos vamos a sentar a la mesa, uno de los visitantes se cae



porque el asiento era sólo apariencia, se lo había comido pacientemente el perseverante comején. Así pasa con las mentiras.

Entonces, cada uno de la casa se puso a echar las culpas a los demás de la catástrofe de la silla. Todos lo habían visto y todos pensaban para sus adentros que había que arreglar la silla, pero nadie hizo nada y cada uno se buscó su propia excusa. Entonces, acusando al otro de la parte de responsabilidad que cada uno tenía, se dividió la familia, se enemistaron los padres que le echaban la culpa a los hijos y éstos que decían que eso era asunto de los viejos. Los vecinos al ver eso se excusaron elegantemente y se marcharon, diciendo: ¡qué resuelvan su problema entre ellos! No faltó quien diera su consejo y ofreciera su ayuda, pero muy desde afuera.

Podríamos preguntarnos cuántas veces hemos encontrado en nuestra convivencia cotidiana el comején de la mentira y, dándole de lado para no buscarnos problemas, hemos dejado que siga destruyendo silenciosamente las estructuras sociales y familiares y hasta el edificio interior de las personas que aprenden el contubernio con el engaño.

Nada se puede sostener sobre la mentira y la doble moral.

Nada se puede reconstruir sobre estructuras falseadas.

Nada se puede salvar sin tocar primero el fondo de la verdad.

Por eso, cada vez que nos encontremos con la mentira, por muy pequeña que sea y por muy silenciosa que ande, sabemos que algo se destruye, que algo perece.

Por eso hay que ir abriendo camino a la verdad.

El primer camino de la verdad es la humildad.

¡Nadie tiene toda la verdad!

¡Todos somos responsables de cultivar la verdad!

¡Nadie está libre de falsedades en su vida!

Los que se creen jueces de los demás. Los que enarbolan la verdad teórica para condenar a los demás: cierran el camino de la verdad que cada hombre lleva en su corazón.

Éste es el segundo camino de la verdad: El respeto a la parte de ella que hay en cada persona. Cuando una persona, o un grupo, o una religión, o un partido, creen tener la verdad absoluta y excluyente, además de servir al dogmatismo sectario, no respetan la cuota de verdad que alumbra el interior de cada hombre.

El tercer camino de la verdad es el amor: La verdad se debe cultivar para sanar lo que se enfermó de falsedad y salvar al enfermo de mentira que a lo mejor se contagió en medio de la epidemia generalizada.

La verdad no es de «horca y cuchillo» para acorralar a los hijos de la mentira, sino para liberarlos. Desde hace casi dos mil años Aquel que vino para salvar y no para condenar dijo: “La verdad os hará libres”.

La verdad ilumina y por eso pone en evidencia, denuncia toda falsedad, pero es benevolente con las personas que han caído en la doble moral y ayuda a su



recuperación personal. La verdad reconcilia a la persona con su misma interioridad, la reconcilia con los demás y la hace transparente ante la Verdad Total que llamamos Dios.

Los servidores de la verdad saben que nadie la posee totalmente en este mundo y que a cada persona hay que quererla como es, para estimularla a ser mejor de lo que es. Pero a partir de la verdad, sobre sí misma y sobre el mundo que lo rodea.

La verdad duele, pero sana como algunos remedios. Pero, remedio al fin, cura y fortalece. En efecto, cuando se abre paso a la verdad, crecemos en la confianza mutua y se fortalece la convivencia fraterna y pacífica. Porque el mayor enemigo de la paz personal es la incoherencia entre lo que somos, lo que decimos y lo que hacemos, y el mayor enemigo de la paz social es hacer creer a los demás lo que no se cree, decir lo que no se piensa y hacer lo contrario de lo que se dice, y de lo que se piensa.

Para ser auténticos cubanos debemos ser servidores de la verdad:

-Un servidor de la verdad no es su dueño para poseerla sino su seguidor para buscarla sin descanso, donde quiera que esté. Por eso cada vez que se limita a un científico, a un investigador, a un estudioso, o un simple ciudadano, y se le cierran los caminos para buscar la verdad, algo se aplasta en la dignidad de la persona, algo se debilita en la estructura de la sociedad.

-Un servidor de la verdad no es el que usa la palabra para encubrir, sino para proclamarla, para comunicarla, como dijera Martí. La falta de información disminuye la dignidad del hombre y su responsabilidad ante la sociedad. Una sociedad desinformada es débil y asustadiza y, además, lo mismo puede sucumbir ante la verdad dura que se le ocultó, que ante una nueva estafa por parte de oportunistas de la desinformación.

Una sociedad donde la verdad no pueda decirse, donde la comunicación a nivel social, laboral, familiar y hasta interpersonal esté viciada, es una sociedad que se corroe a sí misma por dentro. Su enemigo es la falta de comunicación, transparencia y honestidad. Y este enemigo está siempre dentro, silencioso y perseverante.

-Un servidor de la verdad, en fin, no es sólo el que la busca y la proclama sino, y sobre todo, el que vive la verdad encontrada y proclamada. La verdad que no se vive en el interior de nosotros mismos llegará a parecerse extraña y envejecerá como los libros, los sistemas y los medios. Vivir en la verdad, es encontrar cada mañana que es más fácil ser honesto que falso. Es encontrarnos que en nuestra familia valoramos más al que es auténtico que al que oculta sus defectos para hacerse querer. Vivir en la verdad, es encontrar en nuestras escuelas padres y maestros que eduquen a los niños en la honestidad y en la verdad y no en la simulación y el engaño por conseguir una carrera o una beca. Vivir en la verdad, es encontrarnos un centro de trabajo donde no se alteren las cifras, no se manipule la información, no se tenga que mentir para alcanzar la benevolencia del jefe, no se engañe a la nación para hacer quedar bien a la provincia, no se oculte a la provincia lo que pueda perjudicar a la empresa, no



se olvide en la empresa que cada trabajador tiene un alma y cada alma acuna su verdad de donde únicamente saldrá la riqueza de la nación.

Si queremos que Cuba mejore comencemos por buscar en nuestro pequeño espacio de vida, la verdad donde quiera que la escondan, digamos con sencillez y audacia esa pequeña verdad y tratemos de vivirla con autenticidad y abnegación.

No se trata solamente de las grandes verdades que son más evidentes y fáciles de encontrar. El reto está en encontrar la verdad en lo cotidiano, vivirla y defenderla como se vive y de defiende una gran verdad aunque nos cueste quedarnos en carne viva.

Sí, porque más vale reconstruir a Cuba en la carne viva de la verdad que somos, que permanecer indolentes, esperando que se deshaga en hueco, cáscara y bar-niz, lo que nunca hemos sido.

Pinar del Río, 1 de marzo de 1995.





Primer aniversario: Espacio y proyecto

Año II. N° 7. mayo-junio 1995

Hace un año, abrimos esta ventana. *Vitral* es su nombre y su sonido. Para que “la libertad de la luz” tocara a la puerta de nuestras conciencias, penetrara el recinto de lo que somos, fecundara nuestras potencialidades y desatara la creatividad que, entre dormida y frustrada, esperaba el espacio. “Espacio para la transparencia y la luz multicolor de nuestra cultura y nuestra sociedad” – decíamos en nuestro primer editorial.

“Abierta y serena como las «marinas» de Tiburcio, tan cubana como los «medio punto» de Amelia, tan participada como un danzón de Rubalcaba, tan audaz y sugerente como «los balcones» de Oliva, tan pinareña como el Valle”.

“Y aspiramos tan alto, para que al abrir este *Vitral*, no se nos quede disminuido el proyecto... mucho más modesta y limitada será la realidad de esta revista...”.

Y así ha sido, luego de un año: pequeño espacio para proyecto grande. Ventana incipiente para altos sueños. Intento limitado para expectativa mayor. Pero aquí está el espacio, la ventana y el intento, acompañando, desde su limitación, otros espacios, otras ventanas, otros intentos que son -lo decimos con alegría- los mejores frutos de la siembra de ilusión y el despertar de posibilidad de este primer año de *Vitral*.

Algunos pensaron que no se podía ante las dificultades del momento y del lugar. Otros pensaron que *Vitral* convocaba para engrosar su propio espacio. Hoy, la experiencia de *Vitral* nos enseña que cuando se abre un espacio, por muy pequeño y limitado que sea, si es auténtico, abre nuevos ámbitos y libera el talento creador, que vence todas las dificultades.

Por eso creemos en la fuerza de lo pequeño y en la fecundidad de los espacios.

Por eso creemos en la libertad de la luz que todo hombre lleva dentro.

Podríamos hacer un recuento que mirara hacia nuestra propia revista. En ella encontraríamos los errores que demuestran la inexperiencia del neófito en el oficio de publicar, la urgencia que no permite la revisión serena y la enmienda reposada... y sobre todo demuestra que no hay luz sin manchas, ni *Vitral* sin opacidades. Ni equilibrio total, ni intenciones puras, ni posiciones neutrales. Esas perfecciones sólo existen en lo muerto... y *Vitral*, un año después, está viva e inacabada, gracias a Dios.



Le dieron vida y colores no sus promotores, sino los que oyeron la convocatoria y se asomaron a la ventana y descubrieron el espacio y gozaron del intento. Hicieron su propia mezcla de matices y crearon una obra nueva. Pedro Pablo Oliva, Tiburcio, Juan Suárez, Miló y Reina Ledón, junto con Toste, Couret, Fausto, Montesinos y Couse, con pinceladas o trazos de Ángeles, Felicindo y Manuel González... decimos obra nueva porque no conozco todavía que se haya podido reunir tanta luz y tonalidades en un solo *Vitral*.

Han gestado la palabra en el génesis anual de esta "poesía": Nelson Simón, Juan Carlos Valls, Alina Bengochea, Carlos M. de Céspedes, René Valdés, José Félix León, en el espacio fecundante del taller que comparten Ortiz, Ibrahim, Arroyo, Orlando, en la musicalidad cubanísima de las décimas de Peraza.

Entramos en conversación franca con el Obispo de Pinar del Río, Pedrito Ruiz, Aldo y Rina, Marín y Cala. Acudimos a la memoria cultural de nuestro pueblo de la mano de Adalberto Cabrera para llegar a Rubalcaba, Luis y la Estudiantina, para acercarnos a los Montoro y a las esencias de lo pinareño.

Y para no quedarnos en cerrados localismos, abrieron nuestro *Vitral* Leví Marrero, el economista peruano Javier Iguñiz, el español Mariano Ruiz, sacerdote; la religiosa colombiana Sor Ligia Palacio, y aquellos cubanos que viven más allá del mar compartiendo lo que somos: Manolo Fernández, Annie Plasencia y Ernesto Montoro. Así la nación, que vive en todos, estuvo de algún modo presente en el *Vitral* de aquí, que se abre sin empaño hacia todas partes.

Otros muchos hombres y mujeres de nuestro pueblo hicieron posible este *Vitral* sin distinción de opinión o ideología, sin reparos en títulos o niveles de instrucción. Sólo su generosidad y confianza en el proyecto, junto a la nobleza de sus altos ideales, fueron las llaves que abrieron la puerta de la continuidad enriquecida en esperanza.

"Pero no se puede ser todo flor", como nos dice Dulce María Loynaz, que también ha ofrecido su luz inefable en este *Vitral* "Y el que no ponga el alma de raíz, se seca" (*Poemas sin nombre* III).

Por eso ante todo, lo que queda por hacer, que es mucho y arduo, ante las suspicacias y desconfianzas, ante los prejuicios sobre las personas y la obstinación de los que separan y excluyen a personas y proyectos, debemos pasar en este primer aniversario de *Vitral* de lo vivido, de lo sufrido, a la esperanza.

Un año es poco para la esperanza y muchos años sin horizonte también opacan la esperanza. En ambos casos, todo parece si no se pone el alma de raíz, eso también lo hemos experimentado. Si se cierran los proyectos se seca la esperanza. Esperanza es espacio y proyecto.

Vitral pasa el umbral del primer año con una leve mirada al pasado y los ojos clavados en el futuro. ¡Que la incertidumbre no nos paralice! ¡Que lo inmenso del proyecto no aplaste los pequeños espacios! ¡Que lo imperfecto del intento no llene de mezquindades los ideales!

Vitral desea a las instituciones, grupos que intentan sus proyectos y personas del mundo de la cultura en Pinar del Río y en toda la nación, que tengamos la serenidad y la transparencia para mirar hacia adelante, elevar nuestra mirada



por encima de rastreras intenciones y cultivemos la virtud que es la única fuerza que puede reconstruir la patria.

En el proyecto de *Vitral* sigue siendo actual:

- Crear un espacio de expresión libre y pluralista.
- Promover a la persona humana como principio, sujeto y fin de toda obra e institución socio-cultural.
- Animar la reconstrucción de la sociedad civil autónoma y participativa, a partir de los valores de nuestra cultura y nacionalidad.

Es un camino abierto que convoca a todos sin distinción, que convoca no sólo a su ejecución, sino al diseño mismo del proyecto, a su continuo perfeccionamiento crítico.

Cultivar la virtud, reconstruir la patria, reconciliar a la nación más allá de ideologías, mares y fronteras, crecer en el amor que nos humaniza y nos invita a la alegría de la libertad. He aquí un gran proyecto para un pequeño país. He aquí un alto ideal para inspirar la apertura de pequeños espacios. He aquí una nueva utopía para que le encontremos un «lugar» entre nosotros...

Y que nunca nos conformemos con lo que hayamos hecho, para que tengamos fe en que la poquedad de hoy puede ser semilla de plenitud para el mañana y para que lo limitado de nuestros intentos no nos aten a la oscuridad del miedo..:

Vitral desea para todos "la libertad de la luz".

Pinar del Río, 3 de junio de 1995.





La fuerza de lo pequeño

Año II. Nº 8 . julio-agosto 1995

Cuando valoramos lo grande de la pérdida de valores éticos en nuestra sociedad.

Cuando comprobamos la inmensa crisis general en la que vivimos. Aún, cuando superamos el desaliento, intentamos darnos cuenta de todo lo que habría que cambiar y reconstruir en el futuro: La magnitud de la obra nos aplasta.

Entonces sobrevienen algunas tentaciones:

-La parálisis de quienes dicen que es tanto lo que hay que hacer, que no hacen nada.

-El escape de los que considerando su impotencia para cambiar lo que hay que cambiar, dicen que aquí no hay otro remedio que irse. Y si no es posible la salida del país, entonces mejor es encerrarse en su casa en el círculo cerrado de los íntimos y huir de los problemas sociales.

-Los calculadores que sucumben al desánimo cuando se ponen a contar cuántos son de su forma de pensar y cuántos no piensan o piensan diferente. Cuántos están intentando cambiar de verdad y cuántos simulan o escapan.

-Los tremendistas que creen que el cambio tiene que ser total, inmediato y desde lo más grande a lo más pequeño. Sólo creen en los grandes cambios globales, mientras ignoran o miran con irónica conmiseración los pequeños cambios.

-El mesianismo de los que creen que hay que esperar a "alguien" que venga a arreglarlo todo. Es la versión bíblica del caudillismo tropical.

-El pesimismo de aquellos que dicen "hagamos lo que hagamos" nada va a cambiar. Es el aguacero de la desesperanza que hecha a perder la fiesta de los emprendedores.

-La desorientación de los que no saben por dónde empezar, ni qué pudieran hacer a su nivel y a su alcance. Es la ignorancia del que no ha descubierto que su pequeño aporte tiene valor insustituible en la construcción del mañana.

He aquí algunos de los obstáculos reales para que Cuba pueda cambiar y seguir adelante. Estos enemigos de los tiempos nuevos están dentro del país,



es más, están dentro de cada uno de nosotros cultivando la desesperanza, aumentando la incertidumbre, aplastando los intentos.

Es verdad que la tarea del cambio y la reconstrucción en Cuba es inmensa, pero nosotros creemos que toda obra grande comienza por los pequeños proyectos personales, por las discretas obras de imperceptibles grupos de comprometidos con el bien, por los cimientos del edificio social, que sin ellos se desmorona, como nos ha demostrado nuestra historia pasada y reciente.

Creemos en la fuerza de lo pequeño, como ha dicho nuestro Obispo en Brasil. No es fuerza de violencia, ni presión de la conciencia. Es la fuerza del testimonio que se presenta con la convincente propuesta de la realidad, vivida al alcance de la mano.

Los judíos del tiempo de Jesucristo esperaban un mesías militar, poderoso, iluminado, que lo sabría todo y lo resolvería todo, haciendo justicia en grande. Desde entonces aprendimos que el verdadero Salvador nació como niño, en la ignorada cueva de Belén que sólo servía entonces de establo para animales.

Así de pequeño, empezó el más grande cambio histórico, cultural, social y religioso de la humanidad.

Ese mismo “Carpintero de Nazaret” nos enseñó que la mejor forma de cambiar el mundo es sembrando semillas pequeñas que se hacen inmensos árboles, es construyendo un “Reino” que se parece a una perla que un hombre encuentra y vende por ella, por el valor inmedible de su pequeñez, todo lo que tiene.

Ese “crucificado entre dos malhechores” nos dijo que valía más la pequeña eficacia de la sal que la insípida grandeza de una obra sin sabor. Que más vale la pequeñez de la levadura que fermenta y hace crecer toda la masa, la misma masa inerte que espera ser “amasada” desde afuera sin llegar a ser verdadero pan de verdad y de vida.

Por eso creemos en la fuerza de lo pequeño: Porque es más útil encender un pequeño fósforo cuando sobreviene el “apagón” insoportable de la crisis que vivimos, que esperar a que llegue o a que traigan la luz desde afuera. Si encendemos un fósforo podremos caminar hasta el farol con él y seguir trabajando por una luz verdadera. Si todos encendiéramos el pequeño fósforo de nuestra creatividad y audacia, Cuba no seguiría viviendo en “apagón”.

Por pequeños proyectos, asumidos con una mística de grandes ideales, han comenzado la mayoría de las obras perdurables.

La independencia de la India comenzó a gestarse en grande cuando un hombre, medio desnudo y santo, enfrentó el monopolio del imperio inglés, caminando hasta el mar y tomando libremente un puñado de sal; algunos de nuestros compatriotas, si hubieran estado en aquella situación, hubieran dicho: Gandhi está loco. ¿Qué significa un pequeño puñado de sal frente a uno de los imperios más poderosos de la historia?



Pero a Gandhi le llamaban el “Mahatma”, que significa el “alma grande”. Y él creyó firmemente en que toda obra grande comienza por proyectos pequeños. Esa fue su mística y su fuerza.

Otro testimonio que nos inspira: Cuando Nelson Mandela era sólo un joven desconocido, abogado negro recién graduado, en el país del apartheid, decidió comenzar a trabajar por la eliminación del racismo abriendo un pequeño bufete colectivo con un amigo abogado blanco. Estoy seguro que otros compatriotas nuestros seguro hubieran dicho entonces: Mandela está loco. ¿A quién se le ocurre hacer una Sudáfrica sin racismo, abriendo un bufete antirracial en el corazón del apartheid?

Algunas décadas después Mandela era proclamado primer presidente de esa Sudáfrica nueva y sin apartheid. Pero lo más elocuente es que el negro Mandela, perseguido, discriminado, apresado por aquel régimen, levantaba la mano y nombraba vicepresidente a Frederick de Klerk, el último blanco que presidió el final del racismo en Sudáfrica.

A Mandela su mística, su proyecto comenzado en lo pequeño, lo había conducido a proclamar en su discurso de toma de posesión: “Nosotros hemos triunfado en el esfuerzo por sembrar la esperanza en el alma de nuestro pueblo. Es la hora de construir...”(10 de mayo de 1994).

Martín Luther King, Juan XXIII, Arnulfo Romero... creyeron también en la fuerza de lo pequeño, en la realización de “nuestros sueños”, en el “aggiornamento” del aire imperceptible del Espíritu que entra por una pequeña ventana que se abre al mundo.

En nuestra propia historia abundan los ejemplos que inspiran esa mística: ¿Qué representaba frente a la metrópoli española un fraile que defendía a los indios “sólo con la fuerza de la cruz”? ¿Qué influencias tendría en La Habana del siglo XIX, un centenar de jóvenes asistiendo a la primera Cátedra de Derecho de la que su fundador, el Padre Varela, dijo que era la cátedra de la libertad y de los derechos del hombre? ¿A cuántos cubanos llegaría el pequeño periódico *El Habanero*? ¿Qué significarían los doce hombres con los que se quedó Carlos Manuel de Céspedes y quién calcularía el alcance de lo que empezó en el pequeño ingenio La Demajagua?

Algunos calculadores y tremendistas no confiaron nunca en la obra de los tabaqueros de Tampa y de los “pobres de la tierra” con los que el Apóstol fundó el proyecto de una República cordial.

En lo pequeño de la semilla han comenzado todos nuestros grandes proyectos y siempre hubo escépticos, pesimistas y desconfiados. Pero, gracias a Dios, también hubo en cada época, hombres-luz, hombres-fermento, hombres y mujeres con esperanzas.

Creemos, hoy también, en la fuerza de los pequeños proyectos. Sabemos que quienes descubren su propio proyecto personal al servicio de Cuba, se sienten vehementemente impulsados desde su interior por una mística pujante

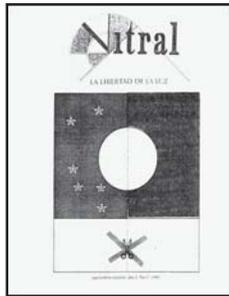


que irrumpe, más allá de la lógica del desaliento y de los cálculos de las fuerzas de este mundo, para remontar la cumbre de lo imposible y plantar allí la humilde semilla de la patria nueva.

¿Todavía no vemos claro que ya va creciendo, de esa pequeña semilla, el árbol frondoso de nuestra libertad?

Pinar del Río, 8 de julio de 1995.





ONU, 50 años: Convivencia y tolerancia

Año II. N° 9. septiembre-octubre 1995

El 24 de octubre de 1945, entraba en vigor la carta de constitución de la Organización de las Naciones Unidas que había sido firmada en San Francisco, el 26 de junio de aquel mismo año por 50 naciones, entre las que se encontraba Cuba.

Estamos, pues, celebrando el 50 aniversario de la ONU.

¿Qué significa esa celebración para los simples ciudadanos de los países que son miembros de las Naciones Unidas?

¿Qué aporte deben dar cada ciudadano y los gobiernos a este importante acontecimiento?

Estas preguntas nos conducen a una reflexión sobre los fines para los que se creó la ONU:

- El mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales.
- El desarrollo de las relaciones amistosas entre las naciones.
- Fomentar la cooperación internacional para resolver los problemas económicos, sociales, culturales y humanitarios.
- Promover el respeto por los derechos humanos y las libertades fundamentales.
- Ser un centro que armonice las acciones de las naciones para alcanzar estos fines.

Si queremos que esta celebración no pase inadvertida para la inmensa mayoría de los cubanos tendremos que invitar a cuantos llegue esta reflexión a meditar sobre lo que significan estos fines en su vida cotidiana y en la vida de nuestro país.

En efecto, muchos dicen hoy que todos estos desafíos sólo se resuelven entre los grandes, los que tienen el gobierno en sus manos, las naciones más poderosas, los centros económicos internacionales...

Si esto es así, podríamos decir que 50 años después, las Naciones Unidas tienen mucho que trabajar para que los destinos de los pueblos y la solución de los graves problemas económicos, sociales, culturales y humanitarios de las naciones puedan decidirse con la participación y el protagonismo de los ciudadanos y no sólo de los gobiernos.

Es en esta clave de participación que quisiéramos que se celebrara el 50 aniversario de la ONU.

En nuestro país necesitamos seguir reflexionando en este sentido:



-No habrá paz y seguridad entre las naciones si no hay paz y seguridad en el interior de los pueblos y esta paz entre los ciudadanos en una nación no puede tener en la confrontación, en el miedo, ni en la violencia su fundamento. En Cuba hay mucho que hacer en esto.

-No habrá auténticas relaciones amistosas entre las naciones si los ciudadanos de cada una de ellas no se entrenan en la convivencia pacífica, en la tolerancia, en la riqueza del pluralismo, y en el cultivo de la amistad con sus conciudadanos, por encima de diferencias ideológicas, políticas o culturales. En Cuba hay mucho que hacer en esto.

- No habrá cooperación internacional para resolver los problemas económicos, sociales y humanitarios si en el seno de nuestras sociedades no se fomenta un espíritu de cooperación verdadero, no basado en la coacción ideológica, ni en la mera retribución material. La verdadera cooperación surge de la buena voluntad de contribuir a la realización de una obra cuando se aceptan y respetan las diferencias de quienes participan en ella. En Cuba hay mucho que hacer en esto.

-No habrá respeto por los derechos humanos y por las libertades fundamentales, si las naciones siguen firmando tratados, convenciones y declaraciones y, en el seno de las mismas, no se educa a los ciudadanos, especialmente a los niños y jóvenes, en el espíritu de los documentos, en el respeto de la persona humana y en el ejercicio de dichas libertades desde el seno familiar, la escuela, el barrio y los centros de trabajo. En Cuba hay mucho que hacer en esto.

-En fin, que las Naciones Unidas no serán nunca un centro que armonice plenamente la consecución de estos altos fines si cada una de las naciones no entrena a sus ciudadanos en el arte de la concertación y el diálogo unidos, instrumentos para aprender la armonía entre los hombres de una misma sociedad. En Cuba también hay mucho que hacer en este sentido.

Si de verdad queremos que la celebración de los 50 años de la ONU no quede en el marco del mundo diplomático internacional.

Si queremos ser fieles a los postulados de paz y cooperación que animaron a los fundadores de este importante organismo cuya existencia es ya por sí sola, un testimonio de la voluntad de los pueblos de vivir en fraternidad.

Entonces aportemos a nuestro nivel, en nuestras familias, en nuestros centros de estudio y trabajo, en nuestra iglesia y grupos de amigos, esa semilla de convivencia y tolerancia, cultivemos esa tierra aún baldía de la diversidad, entrenémonos en ese difícil arte de la amistad por encima de cualquier discriminación o prejuicio, en fin, intentemos armonizar en un pequeño concierto las voces diferentes de los cubanos con quienes compartimos suerte y destino.

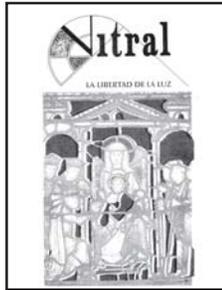
Así podríamos oír algo distinto a la monocorde exhortación a relacionarnos, abrírnos y dialogar solamente con los que piensan como nosotros o defienden nuestras ideas y proyectos.

Éste podría ser un hermoso aporte de sencillos ciudadanos de una pequeña isla tropical a la trascendental celebración de los 50 años de la ONU.

Que los hijos de los pueblos podamos celebrar este aniversario sin defraudar el espíritu de aquella generación que quiso fundar una familia de naciones donde jamás se violará la dignidad humana y donde la paz fuera el fruto de la justicia.

Pinar del Río, 1 de septiembre de 1995.





No sólo de pan vive el hombre

Año II. Nº 10. noviembre-diciembre 1995

Vamos a celebrar la Navidad y al acercarse el final de este año, siempre es hora de recuento y proyectos para el nuevo.

Vitral desea a todos sus lectores y amigos un año 1996 mejor que el que hemos vivido.

No nos queremos quedar en la vana felicitación de Año Nuevo que pudiera ser para muchos una contradicción:

¿Felicidades?

¿Es posible ser feliz en las condiciones que vivimos? ¿Hay posibilidad real de nuevos proyectos para este año que estrenamos?

Y para no quedarnos en el tradicional y muchas veces vacío deseo de un "próspero año nuevo", queremos hacer nuestro propio intento de recuento y nuestra invitación esperanzadora para proyectar el año por venir.

Si miramos a este 1995 que termina seguramente nos viene en primer lugar a la memoria las celebraciones por el Centenario de la Caída del Apóstol de nuestra independencia: José Martí. Al peregrinar a Dos Ríos, la Iglesia Católica en Cuba ha querido testimoniar que ella también se une, como todos los cubanos, a memorial tan significativo. En efecto, memorial no es recuerdo y nostalgia, es actualización y fuerza interior para hacer del hecho histórico que hemos conmemorado, inspiración para hacer hoy lo que debemos hacer... y hacerlo bien.

Hemos recordado, no tanto como necesitamos, la convocatoria de la ONU para hacer de 1995 el "Año Internacional de la Tolerancia", en este espíritu de pluralidad y convivencia pacífica, deberían celebrarse los 50 años de esta apreciada organización mundial.

Así que, sin mencionar otros acontecimientos de este año, estos dos nos hacen pensar en dos actitudes:

- entrega desinteresada hasta el sacrificio,
- respeto a la diversidad para vivir en paz.

¿Qué debemos hacer en 1996 para actualizar estas dos actitudes?

Pero antes de pasar a los proyectos para el nuevo año deberíamos tocar el fondo de los problemas del año que termina para que nuestros pies estén puestos sobre esta tierra.



Muchas veces en conversaciones con nuestros compatriotas surge la necesidad de hacer cambios, proyectar cosas nuevas y mejores que las que tenemos, trabajar con entusiasmo y motivación... entonces, invariablemente, nos hemos encontrado con la siguiente constatación: ¿Pero cómo podríamos poner nuestras cabezas a crear, a concertar, a dialogar serenamente, si no tenemos el pan necesario para poner sobre la mesa de nuestros hijos?.

El hambre, que es el nombre de esta necesidad que sufrimos, no tiene disimulos ni razones, mucho menos debe tener justificaciones y falsas promesas. Nuestro estómago no se llena con razones y nuestro cuerpo se resiste a vivir de explicaciones, mientras falta el alimento necesario.

El hambre va provocando desgaste y desánimo, va provocando en el desarrollo de nuestros hijos lesiones irreparables. No se puede posponer para mañana el alimento que necesitamos para hoy.

“No sólo de pan vive el hombre” nos dice Jesucristo en el Evangelio. Pero a la hora de comer no despidió vacíos a los que lo escuchaban, sino que buscó la forma eficaz de multiplicar los panes y los peces. Y nos dejó encargado a sus seguidores: “Denles ustedes de comer”.

En realidad, no sólo de pan vive el hombre... pero también de pan.

Se incrementa el número de secuelas que la falta de alimentos va dejando a su paso por nuestros días, hoy se vive en perenne angustia tras lo que vamos a comer. Las amas de casa son las que más sufren al tener que “inventar” qué van a poner sobre la mesa.

Muchas veces no se puede comer tranquilo lo poco que tenemos en el almuerzo por la preocupación de qué vamos a poner en la comida. En esta situación es muy difícil pedir a las personas que eleven su vista por encima de la primera necesidad básica para dedicarse a proyectos superiores.

Es un problema que hay que solucionar ya. Todas las explicaciones suenan a teoría cuando los niños nos dicen que tienen hambre. Todo un año, sumado a los anteriores, van dejando un costo humano que no puede ser justificado por razones ideológicas, políticas, religiosas o económicas.

Una de las causas fundamentales de la lentitud en la solución del problema del hambre de nuestro país es el aferrarse a modelos económicos que han demostrado a lo largo de los años que son ineficientes. Es nuestra opinión que no se deben “bloquear” las iniciativas económicas y las soluciones políticas que garanticen la solución de los problemas del pueblo que sufre.

Ni pragmatismo sin ética, ni ideología obstinada, ni anarquía desesperada, son los caminos para salir de esta situación.

Porque el predominio de la práctica, de las técnicas, olvida el costo humano y la moralidad de las soluciones.

Porque el predominio de la ideología, de los modelos acabados, olvida que la vida cambia y la persona humana, la vida de los hombres y mujeres concretos valen más que las ideologías.

Porque el predominio de la anarquía, de las soluciones aisladas y de los “parches” que se colocan ante cada “hueco” olvidan que la vida social exige un



orden, que no es voluntarismo; exigen una articulación de las soluciones pues en “odres viejos no se puede echar vino nuevo”.

No se puede alargar más esta “etapa de subsistencia”. Tampoco hay que sucumbir. Tampoco dejarse vencer. Hay que acelerar los cambios que todos sabemos que mejorarán la calidad de vida de nuestros hijos. Lo demás es obstinación, dogmatismo o incompetencia.

Pudiera pensarse que por “sobrevivir” hay que hacer todo sacrificio. Es verdad si se trata de la supervivencia de las personas y de la dignidad de los pueblos, no de los modelos económicos y políticos. Y pensamos que no puede crecer en dignidad y soberanía un pueblo que depende más de la ayuda exterior que de la eficacia de sus empeños y estructuras internas.

Todos los bloqueos deben cesar: los de unas naciones sobre otras y los que en el interior de nuestro pueblo entorpecen la iniciativa económica, la participación política y la creación cultural.

Todos los deseos de hegemonía deben cesar: los de unas naciones sobre otras y los de un grupo sobre otro de la misma nación.

Todos los intentos de manipulación deben cesar: los de unas naciones sobre otras y los de unos miembros de nuestra sociedad sobre la suerte de los demás miembros de la misma sociedad.

Nuestro pueblo no puede seguir siendo objeto de “juegos” políticos, ni de ansias de poder, ni de intolerancias internas a causa de los cuales sufrimos hambre y toda clase de privaciones.

Éstas son, en nuestra opinión, algunas causas por las que no tenemos sobre la mesa nuestro pan de cada día. No se trata sólo de las fuerzas ciegas de la naturaleza: la lluvia, la sequía, el ciclón...

Y no basta pedir con fe en el *Padre nuestro*: “Danos hoy nuestro pan de cada día”. Recordemos las palabras de Jesús: “Denles ustedes de comer”.

Entonces, frente a la mesa sin pan de nuestros hijos, asumimos aquellas dos actitudes que las celebraciones del año que termina nos dejan, como inspiración y fuerza interior:

Entrega hasta el sacrificio para que lo que tiene que cambiar en Cuba no tarde más en cambiar... y no “entrega y sacrificio” para remendar modelos viejos que no pueden contener lo nuevo.

Respeto a la diversidad para vivir en paz en un pueblo que no se deje dividir más en enemigos y compañeros, sino en hermanos reconciliados y tolerantes con iguales posibilidades y derechos de aportar sus puntos de vista y soluciones, para que se parezca más a aquel “padre de familia que de sus arcas va sacando lo nuevo y lo viejo”.

El pan es indispensable y la justicia social también.

La libertad es indispensable como el pan de cada día y la solidaridad lo es tanto como la justicia.

¿Lograremos los cubanos, luego de tantas experiencias en un extremo y otro, encontrar el secreto del equilibrio y la moderación?



¿Lograremos los cubanos, luego de tener pan sin justicia social y justicia social sin pan, encontrar los caminos de la síntesis entre ambas conquistas sociales?

¿Lograremos los cubanos abrir espacios a una mayor libertad sin perder el pan cotidiano de la solidaridad fraterna?

Creemos que sí.

Que la historia nos inspira.

Que el presente lo reclama.

Que las reservas éticas de nuestro pueblo lo permitirán.

Que no sucumbiremos ante la falta de pan.

Que la obstinación cederá ante la realidad.

Que la reconciliación tendrá la última palabra.

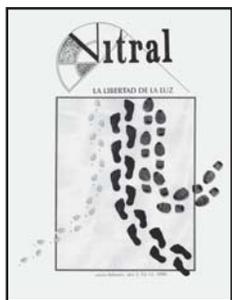
Que Dios no nos abandonará.

Por eso podemos desear a todos

¡FELIZ Y PRÓSPERO AÑO 1996!

Pinar del Río, 8 de diciembre de 1995.





No a la cultura del individualismo

Año II. Nº 11. enero-febrero 1996

“Sálvese quien pueda” se va haciendo, cada vez más, un criterio de actuación en nuestra sociedad.

Con frecuencia nos encontramos en situaciones que nos ponen en la disyuntiva de tener que escoger entre la satisfacción del interés propio, de una necesidad primaria, y la posibilidad de brindar una ayuda elemental a quienes lo necesitan más que nosotros.

En época de crisis económica no sólo se deterioran los niveles de vida de la sociedad sino que, además, se lesionan los valores humanos que inspiran la convivencia social y la solidaridad fraterna.

Ante esta situación todos sentimos más vivamente la necesidad de que las cosas cambien para mejorar.

Los proyectos agotados deben dar paso a nuevos proyectos.

Ya lo decía nuestro Cardenal “Los pueblos que se ven imposibilitados de realizar sus sueños se parecen a campos secos, que corren el riesgo de ser abrasados por el fuego. Por eso la Iglesia, fiel a su misión, no cesa de convocar a todos los cubanos al esfuerzo común por reverdecer las esperanzas, pues las cenizas de los sueños no sirven para edificar un futuro promisorio”. (Discurso en la visita de los obispos cubanos al Papa, 1994).

Pero los sueños acabados no deben hacernos regresar a las pesadillas del pasado.

El futuro mejor no puede construirse ni sobre sueños mantenidos a fuerza de “tranquilizantes” ni sobre espejismos que, como en el desierto, se deshacen sólo al acercarnos a ellos.

Es por eso que hoy queremos reflexionar sobre un proyecto que no es nuevo, pero aún atractivo para muchos: el capitalismo.

Comprendemos que ante la sequedad de esta vida todos queramos beber en otro pozo, encontrar un oasis para nuestra existencia demasiado reseca. Pero es bueno saber bien a qué fuente vamos a acudir ante los desesperados intentos de cambio.

Varios amigos de *Vitral* nos han escrito desde otros países dándonos su testimonio de que aquel tipo de sociedad, aún en países desarrollados, tiene una



dimensión individualista y excesivamente competitiva que olvida estructuralmente la dimensión humanista y fraterna de la vida.

Otros amigos de *Vitral* desde aquí nos han pedido que nos pronunciemos más claramente sobre nuestros criterios de juicio para un proyecto futuro.

En efecto, “la libertad de la luz” que salvaguarda la transparencia del vitral no debe quedar paralizada ante ninguna realidad que, iluminada por la reflexión, pueda esclarecerse a los ojos de nuestro pueblo.

Por eso nos gustaría decir que nadie pone en duda hoy la eficacia de la economía de mercado, pero todos hemos sentido la amargura de no tener acceso a las ofertas del mercado.

Nadie pone hoy en duda la necesidad de la propiedad privada para la necesaria autonomía de la sociedad civil, pero muchos hemos sentido la dureza del egoísmo implacable de algunos propietarios. Hemos suspirado por una mayor libertad, pero muchos hemos sentido la angustia interior de la inseguridad al no saber usar esa libertad, porque demasiadas veces hemos disfrutado del cómodo “seguro” del paternalismo.

Aspiramos a mayores niveles de vida, pero nos indignan la avaricia y la soberbia de aquellos que, a poco de acceder a una mejora, desprecian al común de los mortales.

Quisiéramos el trato humano más cualificado y eficiente de una clínica, pero no resistiríamos que mueran personas por no tener acceso a la salud o que queden niños sin vacunar mientras se crean clínicas millonarias para animales.

Desearíamos una escuela más educativa, menos ideologizada, menos manipulada por una tendencia política, más ética y seria en sus evaluaciones, pero jamás quisiéramos volver a la situación de niños sin escuela y maestros sin aulas.

Todos anhelamos una cultura sin censura y sin disposiciones de un partido que la manipule y la polarice en “montescos y capuletos”, pero no quisiéramos ver perdido el talento real de un joven que no tiene dinero para desarrollarlo o no tiene una institución que lo acompañe en su realización personal.

Esperamos unos medios de comunicación social más libres, más veraces, que sean polémicos por plurales y no por decreto o por marketing, pero no quisiéramos una prensa sin ética, sin respeto al derecho de privacidad y de dignidad de las personas.

No queremos ni el carril uno, ni el carril dos de una ley extranjera, lo que queremos es encarrilar nuestras propias esperanzas por los caminos de la soberanía nacional, el respeto mutuo, las soluciones internas y la democracia.

Todos quisiéramos una política más participativa, más democrática realmente, pero creemos que nadie quiere volver a la política de “manengues” y corrupciones, de caudillos y dictadores.

Los cubanos queremos una economía sólida y eficiente que se base en la verdad de los niveles de la producción nacional y del comercio internacional diversificado y no en las consignas o en los planes de saneamiento financiero solamente, pero creo que no muchos cubanos querrán que los mecanismos



económicos sean tan liberales y tan endiosados que no quieran someterse a ninguna ética ni a ninguna regulación social.

Muchos cubanos quisiéramos que los aparatos estatal, militar y policial sean reducidos, pero ninguno de nosotros querría la anarquía estructural, la delincuencia incontrolable en las mafias organizadas, ni, por supuesto, la entrega de nuestra soberanía nacional.

Que las ventajas económicas y la falta de credibilidad en nosotros mismos no nos hagan sucumbir en “un Puerto Rico para Cuba”.

Que la necesaria liberalización de la economía no nos haga caer en la implacable hegemonía del “tener” sobre el “ser”.

Que el fracaso antropológico del socialismo real no nos haga plegarnos a la deshumanizante civilización tecnocrática y a los “omnipotentes” dictados de los que ostentan el “poder” del “tener” y del “saber”.

Que la sustancial democratización no nos conduzca a la corrupción política.

Que las impostergables mejoras de los niveles de vida no nos conduzcan al hedonismo y al hastío de la vida.

La crítica al capitalismo neoliberal y subdesarrollado que pudiera acercarse debe dejar claro que decimos NO a la cultura del egoísmo, del individualismo, de la explotación del hombre por el hombre y del hombre por el Estado.

Decimos NO a la civilización del poder tecnocrático y económico que no reconoce ninguna incumbencia a la ética humanista por considerarla fuera de la competencia de las materias del mercado, la producción y las inversiones.

Decimos NO a la escala de valores que ponen por encima la avaricia, la discriminación, las relaciones basadas sólo en el interés material, y que miden la valía de las personas por lo que “tienen” y no por lo que “son”.

Decimos NO a la civilización que pone la violencia del poder y del saber, de las armas o de las ciencias, sobre las espaldas de los “pobres de la tierra”.

Decimos NO al estilo de las relaciones internacionales basado en la lógica de las hegemonías políticas o de los bloques económicos que excluyen a los que no reportan intereses substanciales.

Que esta crítica no nos paralice. Que esta crítica realista y desnuda no nos asuste.

Que esta crítica, junto con la que hacemos al socialismo real:

-ilumine nuestro análisis de la realidad que vivimos y que viviremos para no dejarnos engañar,

-equilibre nuestro juicio para no dar bandazos económicos ni políticos,

-informe los valores determinantes en nuestra vida para que aprendamos a pensar y discernir lo mejor para Cuba,

-desmitifique los modelos socioeconómicos pasados y futuros para que jamás creamos que el Reino de los Cielos se logra plenamente en alguno de ellos,

-estime nuestra creatividad para “inventar nuevas formas de democracia”, para diseñar una economía social de mercado, para lograr la síntesis dialéctica entre justicia y libertad.

Que nuestra crítica se convierta en propuesta:

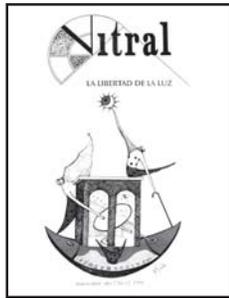


“Queremos, por lo tanto, promover, con la participación de todos, la civilización del amor, que consiste en *aquel conjunto de condiciones morales, civiles, económicas, que permiten a la vida humana una posibilidad mejor de existencia, una racional plenitud, un feliz eterno destino* (Pablo VI)” (ENEC 1168).

Esa fue la propuesta de la Iglesia Católica en el Encuentro Nacional Eclesial Cubano cuyo décimo aniversario encuentra eco en la vida de nuestro pueblo hoy.

Pinar del Río, 16 de enero de 1996.





Sin trabajo no hay país

Año II. Nº 12. *marzo-abril 1996*

Una vieja canción popular ponía en boca del “negrito del batey” una frase que nos da todavía hoy mucho que pensar: “El trabajo lo hizo Dios como castigo”.

Tan absurda es la afirmación, como el concepto mismo de trabajo que de ella se desprende. Cerca de los días del Primero de Mayo en que celebramos la Fiesta del Trabajo queremos reflexionar sobre el sentido y la finalidad del quehacer laboral que caracteriza al ser humano.

Hoy día, con bastante frecuencia, nos encontramos con personas que al caminar por las mañanas a su trabajo o al tener que tomar cualquier tipo de transporte para llegar a él, parece que cargan con una pesada cruz, o por lo menos que tanto la labor que realizan como las relaciones humanas que caracterizan su centro de trabajo no son nada gratificantes; no logran satisfacer, por lo menos en parte, sus expectativas como personas.

Otros, sin embargo, aún cuando las condiciones son peores que la de los primeros, se sienten realizados como trabajadores y profundamente motivados por la labor que realizan, progresan y expresan su creatividad e iniciativas con tanta audacia y genialidad que nos hacen exclamar continuamente: ¡Los cubanos, los cubanos... inventando no hay quien les ponga un pie delante en la lucha por la vida!

Estos ejemplos nos conducen a pensar que todo trabajo humano puede ser digno y estimulante. No importa si es manual o intelectual. No importa si está lejos o cerca. El problema está en la vocación y la motivación profunda que estimula nuestro trabajo.

No hay trabajo verdaderamente humano si no responde a la vocación del que lo realiza.

Vocación es llamada, invitación y voluntariado. Trabajo sin vocación es aburrimiento, agonía y obligación.

La ubicación de las personas en el trabajo para responder a “las necesidades” sin tener en cuenta la vocación es poner sobre los hombros del trabajador una pesada carga sin sentido y poner sobre los hombros del país el fardo de quienes perciben un salario sin poder aportar todos sus



talentos puesto que no se sienten llamados, no tienen inclinaciones, carismas para la labor que les “fue encomendada”.

El trabajo sin vocación es deshumanizante. Ninguna razón: ni religiosa, ni política; ningún cálculo económico o estadístico, pueden justificar la penosa desviación de la verdadera vocación de una persona “por razones superiores”. Tarde o temprano se verá claro que en otro trabajo esa persona rinde más. Entonces el ser humano y el país pierden precisamente lo que “las razones superiores” deseaban garantizar.

Tampoco hay trabajo verdaderamente humano si no hay motivación seria y estimulante. Motivación es la que engendra, da razón y proyección futura a las iniciativas propias o compartidas. Trabajo sin motivación profunda es esterilidad, caos incoherente y estancamiento cotidiano.

Miremos a nuestro alrededor, en muchos centros de trabajo los responsables se preguntan por qué hay trabajadores que no generan, otros que sólo saben “cumplir tareas” de un plan de trabajo y otros que van “matando cada día” sin levantar la cabeza hacia un futuro construido sobre la base de inventiva y proyectos personales y empresariales.

Es cierto, reconozcámoslo, que hay trabajadores con vocación y motivación estimulante, hay trabajadores cubanos con innovaciones y suficiente creatividad. Pero que estos árboles insignes del trabajo no nos impidan ver con realismo el bosque de la mediocridad laboral.

Que esa mediocridad no nos invada con el tedio de cada día. El problema del trabajo no se puede reducir a “estímulos” que vengan de “fuera” de la persona misma, ya sean estímulos materiales como los dólares a cambio de ciertos “indicadores medibles”, ni tampoco los llamados estímulos morales que se reducen a menciones y certificados en asambleas y expedientes.

Estos viejos métodos de estimulación no tienen en cuenta que lo que hay que estimular es el alma, la subjetividad de la persona, la moral del trabajador, y esto difícilmente se puede medir por una comisión, ni estimular con dinero o comida. La susceptibilidad de los trabajadores no debe herirse con estímulos demasiados “contables” ni con motivaciones pegadas al suelo.

Cada trabajador debe sentirse un creador. Pero no sólo “sentirse” sino tener la posibilidad y el espacio de libertad de acción para llegar a hacerlo. Cada trabajador debe sentirse “dueño”, es decir, responsable de su trabajo. Pero no se trata sólo de sentirse dueño o responsable, sino de tener la posibilidad y la libertad de acción para llegar a serlo de verdad.

Desvío de la vocación personal, falta de motivación interior, estímulos demasiados materialistas o demasiados moralistas, falta de oportunidades y espacios de creación libre y responsable, exceso de paternalismo o apadrinamientos que hacen aparecer, como asumidas por los trabajadores, decisiones en las cuales no participaron en la planeación ni participarán en la evaluación. Estas son algunas de las causas que desvirtúan una verdadera cultura del trabajo humano.



Sin vocación, motivación profunda y espacios de participación no hay mística del trabajo.

Sin embargo, nuestro pueblo tiene una tradición laboral y sindical, tiene sobradas pruebas de que es capaz de trabajar duro y bien cuando está motivado. Es un pueblo que aquí y en otras latitudes ha demostrado ser muy emprendedor y tener una insospechada capacidad de recuperación.

Miremos, pues, estos fallos en el mundo laboral para rectificar sus consecuencias. Lo primero es encaminar la vocación personal con una adecuada formación. También eliminar las discriminaciones que aún subsisten con relación al acceso a algunos servicios, carreras universitarias, oficios y negocios que no cuentan con el espacio de desarrollo ni con la igualdad de oportunidades para todos.

Es necesario que se destaque más aún la primacía del trabajo sobre el capital y de la persona humana sobre el trabajo, de modo que el mismo sea un acto de creación y un medio de desarrollo personal y social.

Es indispensable además crear en cada centro de trabajo un clima de respeto, solidaridad y participación real que haga de esos ambientes verdaderos lugares de convivencia.

La justa retribución del esfuerzo laboral, la auténtica estimulación que suscite creatividad y empeño por la calidad y la elevación del prestigio social de ciertos trabajos que aún son marginales, pueden contribuir a mejorar la espiritualidad del trabajo.

Esto no basta, es necesario que se disminuya el creciente desempleo con la posibilidad de crear nuevas fuentes empleadoras que den trabajo por su cuenta.

La recuperación del verdadero espíritu sindical que lejos de politizaciones partidistas luche por la promoción y conquistas de los trabajadores desde el seno mismo del mundo laboral.

Ya en La Biblia decía San Pablo que el que no trabaje que no coma, y que todo trabajador merece su salario con justicia, todo con el fin de destacar la importancia preeminente del trabajo humano.

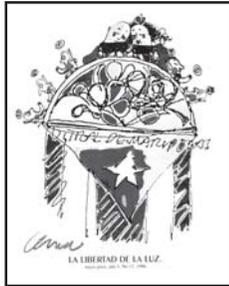
Jesucristo, él mismo, asumió el trabajo humano y lo dignificó hasta la plenitud.

Cuba necesita recuperar una mística del trabajo que lo motive desde lo profundo de la persona. Que lo fecunde con energía creadora. Que lo libere con espacios cada vez más amplios de participación laboral y sindical. Cuba necesita que el trabajo sea verdaderamente lo que es: fuente inagotable de desarrollo.

Porque sin trabajo no hay país.

Pinar del Río, 8 de marzo de 1996





Segundo aniversario: Moderación y diálogo

Año III. Nº 13. mayo-junio 1996

Agradecemos a quienes nos han dado su luz, sea del candil que sea: ha sido luz. Agradecer a los que han sostenido este esfuerzo con sus artículos, opiniones, reflexiones. Gracias a los que nos han pedido perseverar en el contenido y a los que nos han pedido moderar el lenguaje.

Gracias a los que nos han pedido crecer en suscripciones y mejorar el diseño. Gracias a quienes nos han pedido más sobre el tema de religión y a los que nos piden más sobre todos los demás temas. Pero más agradecemos a los que nos han criticado fuertemente y nos ponen en entredicho: ellos nos hacen reflexionar cada noche sobre la seriedad y la repercusión de nuestra humilde revista.

Nadie presta mayor servicio a *Vitral* que quienes más la critican: ellos la toman en serio, la reconocen y la respetan. ¿Qué más puede pedir una modesta publicación de provincia?

Pero no debemos caer, nosotros también, en la tentación de detenernos en el vitral... al comenzar el tercer año de esta ventana: miremos hacia fuera, alcemos la mirada, escrutemos "los signos de los tiempos"...

Una enigmática y vehemente reflexión que hizo Jesucristo a sus contemporáneos nos pudiera servir en este momento a todos:

"Al atardecer ustedes dicen: Habrá buen tiempo porque el cielo está rojo y encendido. Y por la mañana: Hoy tendremos mal tiempo porque el cielo está rojizo hacia el Este. Saben pues interpretar los aspectos del cielo, y no saben interpretar los signos de los tiempos?" (Mateo 16,2-3).

Nuestro amanecer al tercer año de *Vitral* tendrá los mismos carriles, no los de una ley extranjera, no los de la obstinación y el conservadurismo, no los de las soluciones extremas y la confrontación violenta, sino los únicos que creemos que darán nuestra luz a nuestro futuro: la moderación y el diálogo.

Moderación es encontrar el modo de hacer lo mejor posible lo que hemos decidido hacer. Es encontrar el lenguaje adecuado para comunicar con los que desean oír. Es encontrar la proporción progresiva en que queremos transmitir el mensaje. Moderación no es dejar de hacer lo que hemos decidido, ni esconder tras un lenguaje insuficiente lo que debemos comunicar, ni mutilar el mensaje por encontrar la proporción. *Vitral* quiere la moderación.

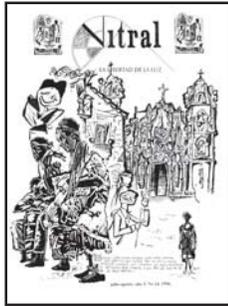


Diálogo es decir lo que pensamos y creemos sin hipocresías pero sin faltar el respeto al otro. Diálogo es debatir en lo que no coincidimos para comprender por qué discrepamos. Diálogo es proponer todas las alternativas que conlleven al bien común. Pero diálogo no es disimular lo que pensamos y creemos, ni coartar el debate de nuestras discrepancias, ni dejar de decir las discrepancias y las alternativas por miedo o por complacer a los demás. *Vitral* quiere el diálogo.

Tenemos mucho que aprender e interpretar. Debemos levantar la mirada de los rastreros intereses y mirar a los altos ideales, a las metas altas... a las luces nuevas que siempre llegan luego de las más cerradas oscuridades.

Ánimo: la libertad de la luz ha iluminado siempre nuestras palmas. Así ha sido siempre en el amanecer. Así ha sido siempre luego del implacable ciclón tropical. Así ha sido siempre en Cuba.





Cultura: ¿ajiacó o caldosa?

Año III . Nº 14 . julio-agosto 1996

Don Fernando Ortiz, ese sabio y cubanísimo etnólogo, describió –como nadie– las raíces fundacionales y la esencia de nuestra cultura:

“Cuba es un ajiacó, ante todo, una cazuela abierta. Eso es Cuba, la isla, la olla puesta al fuego de los trópicos... cazuela singular la de nuestra tierra, que ha de ser de barro, muy abierta”. (“Factores humanos de la cubanidad”. Rev. *Bimestre Cubano*, marzo-abril de 1940, pág. 161-186).

Esto nos invita a reflexionar sobre el desarrollo actual de nuestra cultura. Entendiendo cultura como ese “modo de vivir un pueblo”, como la forma en que se cultivan las personas y sus relaciones con los demás, con la naturaleza y con Dios. Cultura no es sólo la música, la literatura, las artes plásticas... Estas manifestaciones expresan –o deben expresar– esa forma peculiar de enfrentar la vida que tiene toda nación.

Pues bien, teniendo en cuenta la vida que vivimos en Cuba hoy, nos vienen a la mente varias preguntas: ¿Sigue siendo la cultura cubana un ajiacó o se ha convertido en una caldosa? ¿Cuál es la diferencia entre el criollísimo ajiacó y la masificada caldosa? ¿Cuba es hoy una cazuela de barro bien abierta a la luz polícroma del trópico o es una estandarizada olla de presión bien cerrada para que se ablanden y diluyan nuestras diferencias?

Cuba nunca ha sido una olla de presión herméticamente cerrada, pues cuando se ha intentado encerrar la creatividad y la iniciativa de nuestro pueblo, ha ocurrido que la presión subió tanto que se llevó la tapa que la oprimía o, periódicamente, se han abierto válvulas de escape que, precavidamente, han aliviado la presión por la vía de la diversión o el exilio.

Ningún país puede cerrarse al mundo ni aislarse de él para no contaminarse, ni cocinar a presión su conflictividad interna para diluir la diversidad irreductible de la pluralidad. Menos Cuba que, según el mismo Ortiz, en todo momento “ha tenido, como el ajiacó, elementos nuevos y crudos acabados de entrar en la cazuela para cocerse...”.

Que nuestra cultura se mantenga abierta, no es sólo una riqueza para su desarrollo sino una condición para mantener nuestra identidad. La apertura a lo nuevo siempre implica un riesgo, pero la cerrazón implica la muerte de las culturas por asfixia o, por lo menos, su raquitismo por inanición. Si no, miremos



a nuestro alrededor, nacen continuamente a la vida cultural de nuestro pueblo nuevos elementos, presentan sus creaciones poetas, narradores, trabajadores por cuenta propia, pintores, misioneros, muralistas, vendedores...

Pero sucede que en lugar de ser nuestra cultura una “cazuela muy abierta puesta al fuego de los trópicos”, se ve reducida por funcionarios, censores, y personas que “atienden” este sector, a un recipiente tan hermético que la mayoría de lo nuevo no logra entrar, es decir, desarrollarse, y lo poco que entra se muere de monotonía y de asfixia.

Hemos oído preguntarse más de una vez a personas de nuestro pueblo por qué hoy en Cuba, a pesar de la crisis que vivimos, surgen con una fuerza y diversidad inefables nuevos valores culturales, personas jóvenes y adultas de toda edad y condición social que crean, proponen, presentan sus obras en los más variados campos de la cultura comunitaria, no sólo en las bellas artes y en las letras sino en el campo de las ciencias, de la técnica, del comercio, de la artesanía, de la cultura culinaria, del mundo de los negocios..., por qué habiendo tanta creatividad e iniciativas en nuestro pueblo, hay tanta pobreza de obras que lleguen a término, hay tan poca obra que subsista, casi nada dura el tiempo necesario para que podamos recoger la cosecha.

En fin ¿por qué no se estabiliza, se consolida y crece francamente, abiertamente, en la pluralidad y en la identidad, nuestro movimiento cultural? ¿Por qué hay tanta suspicacia con el que crea y piensa? ¿Por qué se crean bandos y se fomentan capillismos provincianos y extemporáneos? ¿Por qué se utilizan figuras de renombre o responsabilidad para apuntalar lo que debe contar primero con la fuerza pujante e indetenible de lo propio, de lo de abajo, de lo verdadero y lo bello?

¿Por qué exigimos primero “medios” para crear una obra y no pensamos primero en que toda obra vive no por sus medios materiales sino por la luz, la libertad y el espacio abierto para crear sin miedos ni censuras, sin sectarismos ni suspicacias?

La diferencia entre ajiaco y caldosa es esencialmente que en el ajiaco cada elemento que lo integra conserva su identidad, su originalidad, su sabor... en la caldosa todo es reducido a caldo, masa informe, pérdida de identidad propia para diluirse en un líquido de color único y sabor indescriptible: para algunos, bueno mientras está caliente y acabado de hacer; para otros, improbable por el sabor predominante; para muchos, dudoso, por no saber nunca de qué ingredientes está formado el “cocinado” y tener que “hacer fe” de lo que dicen que tiene. Estos son algunos de los inconvenientes de la impersonal y empobrecida caldosa... tan socorrida en tiempos de crisis porque se hace “con cualquier cosa”, se disimula la pobreza de viandas, se toma algo caliente y se aprovechan los preparativos para compartir sanamente, eso sí.

Debemos dar las gracias a Don Fernando Ortiz, porque al no conocer aún la masificada caldosa pudo comparar genialmente nuestra cultura con el rico y criollísimo ajiaco. Cuba es un ajiaco...”mestizaje de cocinas, mestizaje de razas, mestizaje de culturas..., acaso se piense que la cubanía haya que buscarla en esa salsa de nueva y sintética succulencia formada por la fusión de los linajes humanos



desleídos en Cuba; pero no, la cubanía no está solamente en el resultado sino también en el mismo proceso complejo de su formación, desintegrativo e integrativo, en los elementos sustanciales entrando en acción, en el ambiente en que se opera y en las vicisitudes de su transcurso.” (Ortiz F. Op.cit).

Que conste, que no tenemos nada en contra de aquella iniciativa de Kike y Marina, con su caldosa... lo que no llegamos a comprender bien es ese proceso mediante el cual fue convertido aquel nuevo aporte culinario en “símbolo” y “recurso” nacional, oficial, presente en todas las fiestas por recomendación de la televisión y de un excelente actor convertido en maestro culinario de una caldosa vecinal cuya hechura es más dudosa y pobre que el mismo spot publicitario al que se sometió.

En nuestra opinión, aún el devenir cultural cubano no es, en esta etapa, un “proceso complejo” debido a que la complejidad es, a saber, abordar las situaciones y problemas, es cultivar al hombre, su entorno y sus relaciones, desde diferentes, simultáneos y a veces contradictorios puntos de vista y caminos. Es tan simple el proceso que se aburre en la monotonía. Es tan simple porque la complejidad insoslayable de la vida cultural va subterránea. Es tan simple porque se trazan desde arriba los caminos del proceso y se devastan las vicisitudes del transcurso con definiciones más cercanas al dogma que a las proposiciones.

Los “elementos sustanciales” que logran “entrar en acción” son aquellos que logran acercarse a los límites permitidos. Un ejemplo triste de eso fue una intervención de un funcionario cultural que expresó sin ambages a un grupo de intelectuales: “ustedes saben bien hasta dónde se puede llegar”, hasta dónde existe esa posibilidad de expresión y creación. Esos “límites” en el ámbito de la cultura hacen que el ajiaco se reduzca a una sopa con un solo ingrediente y muchas veces sin la “sal” que da sabor de vida.

El “ambiente” en que se desarrolla la creación cultural es otro de los elementos de la cubanía. De ese ambiente depende el desarrollo de “lo que se cultiva”. Eso es cultura. La semilla de los valores que necesita un ambiente, un hábitat, donde crecer, desarrollarse y dar frutos. La “ecología” de la cultura es la libertad de creación, es la posibilidad real de participación sin sectarismos, es la tolerancia de la diversidad y el pluralismo de los ingredientes que deben conformar el ajiaco nacional.

Ese “ambiente” está empobrecido por falta de aire puro para respirar a pulmón lleno y cantar en alta voz lo que se susurra en los corrillos. Cultura provinciana de corrillos es pantano cenagoso, no clima sano de libre creación.

Ese ambiente está limitado por la participación “frenada” por los mecanismos, la burocracia, las “bolsas” de artistas, de empleos, de todo. Cultura de controles es desierto de opciones. Si no, ¿cómo entender que haya grupos reconocidos por su valor artístico que no puedan crecer bajo el peso de los controles y no puedan presentarse, aún sin interés material, en espacios que los solicitan por su calidad probada, gracias a los mecanismos diabólicos que le impiden respirar? ¿Es el público o el organismo quien escoge el ambiente y la vida cultural de nuestro pueblo?

Cuando, entre el pueblo que necesita la cultura para respirar y los organismos que le deben facilitar espacios, se interponen los mecanismos de control, el pueblo se asfixia de aburrimiento y los creadores, de frustración.



No se trata de creencias religiosas, ni de ideologías, ni de movimientos históricos como el anexionismo, ni de grupitos o capillas, ni de una revista u otra, ni de tal o cual persona que dirige o de las que critican su dirección; se trata de un ambiente abierto y sano para la cultura de la vida, para respirar en libertad de creación, para que se acaben los “guardianes” del espíritu, para que se apaguen definitivamente las hogueras culturales, los muros provincianos, los maestros inapelables y los “santos” de devoción de tertulias trasnochadas.

Lo que necesita nuestra cultura, especialmente en provincias, pero también en la muchas veces “provinciana” capital de la República subdesarrollada, lo que necesita el hombre cubano de hoy es ese “suplemento de alma”, ese cultivar en campo abierto el espíritu, ese crear en ambientes sin sospechas ni reticencias, ese pensar sin el policía en la silla turca de nuestra autocensura, ese combatir el aburrimiento existencial sobre la base de una polémica real y constructiva y no de una polémica cocinada en olla de presión con un solo ingrediente a la candelera.

Para hacer un ajiaco cultural se necesita la diversidad de viandas y sustancias, se necesita una cazuela abierta y de barro -como decía Don Fernando- y no la olla metálica de la presión que diluye la originalidad de los participantes, se necesita, por último, que aceptemos todos el derecho de todos a entrar en esta gran cazuela nacional y que nuestra cultura y cubanidad no se podrán fecundar y defender poniendo cada uno una cazuelita en su hornilla y halando las brasas para su sardina. En esa mezquindad de miras no se puede alzar la mirada plural al horizonte de la Patria una y diversa, ajiaco y vitral, pasos, cauce y logos de la pluralidad.

No se trata de meter todo en una cazuela desintegrando la identidad y aportes específicos. Se trata de crear un ambiente tan abierto y acogedor, un collage de diferentes siluetas, unas cambas que admitan diferentes tendencias y talleres, un fondo que soporte la diversidad, uniones que se enriquezcan con todas las partes, casas que tengan puertas y ventanas abiertas, centros que no quieran ser el centro sino que pongan al hombre y la cultura cubana, sin exclusiones, al centro de su mística y su espiritualidad.

Tenemos la confianza de que existen, en nuestra provincia y en nuestro País, esa riqueza inmarcesible de iniciativas, esa creación imparable de formas de vida y expresión, ese irrefrenable concierto de variadísimas voces y tonalidades que cultivan el oído humano, aquella sed insaciable del espíritu humano por todo lo bueno, lo verdadero y lo bello. Sólo es necesario que el espíritu se cierna sobre las aguas y que se haga realidad en nuestra tierra bendita aquel poema del Génesis, principio de toda creación, para que toda la obra de la cultura cubana pase de las aguas subterráneas a la libertad de la luz, a la luz del “fuego de los trópicos”:

*“Al principio Dios creó el cielo y la tierra.
La tierra estaba desierta y sin nada,
y las tinieblas cubrían el abismo
mientras el Espíritu de Dios
se cernía sobre las aguas.
Y dijo Dios “haya luz”
y se hizo la luz.
Y vio Dios que la luz era buena...”*

Pinar del Río, 8 de julio de 1996.



El agua y la luz

Año III. N° 15. septiembre-octubre 1996

La sociedad cubana ha resistido todo tipo de privaciones y dificultades a lo largo de su historia. Eso habla claro del carácter del cubano: gran poder de recuperación, emprendedor, ver la vida con optimismo, no tomar los problemas tan a pecho, nobleza, mansedumbre...

Pero hay dos situaciones relativamente recientes en esa historia que son de especial sensibilidad y causan una desagradable irritación en todos los que las sufren: una es la falta de agua, y otra, las interrupciones programadas del fluido eléctrico.

Decimos relativamente recientes porque no vamos a considerar el período precolombino y colonial en que estos servicios no existían, sobre todo el de la electricidad, porque no se había inventado. Pero habría que recordar que Cuba tuvo entonces uno de los acueductos más eficientes y modernos de la América: el llamado Acueducto de Albear en La Habana. Hecho, por cierto, por un cubano, con proyecto cubano y recursos cubanos.

Hoy, sin embargo, estas dos limitaciones: la falta de agua y de luz, marcan como un reloj fatal la vida cotidiana de nuestro pueblo. Todos tenemos que vivir pendientes, como de un hilo si hoy no vino el agua, si hoy se va la luz.

Nadie ignora la grave crisis económica por la que estamos pasando y que nos hemos acostumbrado ya a llamar "período especial". Ya sabemos las causas: caída del campo socialista, embargo norteamericano, mala administración y peor sistema de dirección y planificación de la economía, entre otros.

Pero no es a las causas de la crisis económica a lo que nos queremos referir sino a una de sus consecuencias. Sean cuales fueran las causas de esta crisis, ya antes del período especial había serios problemas con el agua y apagones de la luz. Por tanto, ni siquiera pudiera restringirse a una situación de emergencia o a una coyuntura que dura ya más de cinco años.

Es verdad, por otro lado, que hay servicios fundamentales como la salud y la educación que se han mantenido gratuitos a toda costa a pesar de la crisis. Si la calidad y los suministros de estos servicios han decaído no queremos tampoco ver sólo las manchas del sol.

En nuestra opinión se trata de prioridades.



En efecto, sabemos que durante casi treinta y cinco años se han priorizado algunos servicios ya mencionados como la salud, la instrucción pública, el deporte, la cultura, etc.

Pero hay otros servicios esenciales, básicos, irremplazables y de una increíble sensibilidad en la vida y la conciencia de la gente del pueblo. Ya dijimos que son, entre otros: el agua, la luz eléctrica, el combustible para cocinar, las medicinas más sencillas, el transporte...

¿Por qué estos no se han priorizado al mismo nivel de los sistemas de salud y educación? ¿Será que por no ser limitaciones en grandes organismos no se ven sus consecuencias? ¿Será que por ser cotidianos y encontrar precarias y sufridas soluciones perentorias se creen menos importantes?

¿Será que son gente sencilla y humilde del pueblo a los que les cuesta más trabajo resolver el agua y la luz, y algunos de los que tienen que priorizar estos servicios no sufren este flagelo diariamente?

¿Será, en fin, un problema de sensibilidad humana, o un mecanismo económico burocrático?

¿Por qué no se han resuelto en tres décadas estos dos problemas esenciales que no deberían existir a escala social habida cuenta que las conquistas de este proceso van encaminadas a los humildes, a los que antes no tenían ni agua, ni luz, ni vivienda, ni transporte, ni alimento suficientes?

Sabemos por la prensa y la radio que hay signos de recuperación económica, que se tiene un especial cuidado por priorizar los recursos, por encontrar soluciones. Entonces nos preguntamos: ¿Qué ha pasado con el agua y la luz?

Evidentemente no todo se puede resolver al mismo tiempo cuando faltan tantas cosas y recursos, cuando el petróleo se encarece y la zafra cubana crece a costos insospechados, pero evidentemente si se analiza la envergadura de estos dos problemas podríamos pensar que si otros más grandes se han resuelto, estos no han sido suficientemente priorizados.

Hay que pensar entonces que los ciudadanos sencillos, los vecinos de casa, no saben mucho de economía de grandes números, pero son expertos en economía doméstica. A eso nos ha enseñado, entre otras cosas, la escasez y los sistemas de distribución de productos normados, para que alcancemos a partes "iguales" lo que no alcanza suficientemente para todos.

Pues si las personas sencillas y humildes de nuestro pueblo saben mucho de economía del hogar, saben, por intuición y por experiencia cotidiana, que uno tendrá en su casa lo que priorice para gestionar. No podemos tener todo porque el dinero no alcanza: entonces, no compramos lujos sino aceite, jabón, detergente, sal. Entonces también descubren que a nivel del país tendremos lo que prioricemos aunque no todo a la vez. ¿Por qué entonces no tenemos algo tan esencial y cotidiano como es el servicio de agua permanente y la luz eléctrica sin apagones programados?

Estas personas humildes, no saben que hay estrategias de desarrollo que priorizan primero las industrias, como el azúcar y el turismo, que después se revertirán en beneficio de todos. Pero saben que mientras esto ocurra ya ellos



no vivirán o sus hijos habrán vivido en medio de la más dolorosa privación, que es la de aquello que nos falta diariamente o con tanta frecuencia que no nos permite disfrutar ni vivir en paz con lo poco que tenemos. No hay derecho a privar a las personas de lo esencial hoy en nombre de un mañana incierto.

Pero para los que sabemos que esas estrategias existen no nos queda otra alternativa que aguantar las privaciones diarias hasta no se sabe cuando; o preguntar por qué no se priorizan estos dos servicios.

Por muchas conquistas sociales que hubiéramos tenido y tengamos, se hace incomprensible que no hayamos podido resolver dos derechos básicos tan fundamentales como es el agua y la corriente eléctrica; sobre todo en un país como el nuestro que tenía mayores niveles que la mayoría de América Latina en estos y otros servicios desde mucho antes del año 59, y luego tuvimos oportunidad de tener recursos y medios para haber solucionado definitivamente estas dos necesidades vitales.

¿Qué pasó? En nuestra opinión no se priorizó entonces y no se ha priorizado tampoco hoy.

Ni siquiera nos preguntamos qué es más importante entre la zafra azucarera o tabacalera y el agua y la luz de los hogares donde viven los azucareros y tabacaleros que trabajan sin descanso en esos renglones fundamentales, pero que al llegar a sus casas se encuentran sin agua y sin luz alternativamente o a la vez, en una misma noche.

No nos preguntamos qué es más importante entre el turismo para extranjeros y el agua y la luz de los nacionales que ven los hoteles y otras instalaciones turísticas como raros oasis en medio de un desierto en que literalmente falta el agua y la luz.

Lo que nos preguntamos es si es más importante que la inmensa mayoría de los ciudadanos de nuestro país vivan en la agonía cotidiana de la falta de agua y de luz eléctrica o esos planes de reanimación de algunas calles de nuestras ciudades que se ven más o son más comerciales.

Qué es más importante: unos carnavales en los que se sacia por unas horas la sed con ron o mala cerveza, promoviendo más el alcoholismo que evade y nos hace huir de la realidad que vendrá después o sosegar diariamente la vida de los cubanos garantizando el mínimo servicio de agua y de luz.

Qué es más importante: unos túneles que no se acaban nunca para defendernos de no sabemos qué tipo de guerra y otras construcciones imponentes, o defendernos diariamente del enemigo interno que es el estrés y la inconformidad subyacente en cada ciudadano cuando llega el apagón o pasa tres días sin agua para bañarse y cocinar.

Sabemos que no todo es posible resolverlo al mismo tiempo. Hay que saber priorizar. Hay que tener una escala de valores para priorizar: ¿Qué vale más: un obrero que llega a su casa luego de 8 ó 10 horas de trabajo y no encuentra ni agua ni luz, o unos planes que nunca garantizan servicio a corto plazo? ¿Qué vale más: las grandes instituciones de salud pública que se proponen en el extranjero por su excelente servicio o la prevención diaria de la salud de los cubanos?



Porque lo que sí sabemos todos es que sin agua corriente, estable y clorada, no hay salud física para el pueblo. Y también sabemos que sin corriente eléctrica permanente y estable no sólo se queman los aparatos, sino que se va quemando la salud psíquica de los que aguantamos con amargura e impotencia cada apagón.

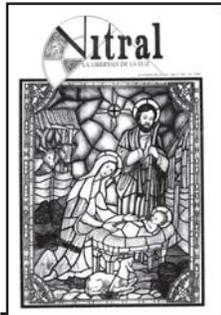
El asunto del agua y la luz no es un problema como las plagas o enfermedades contagiosas, que se arma una campaña y se solucionan. Se trata de priorizar soluciones globales y estables para problemas básicos y derechos fundamentales. Sí, porque no se trata sólo de un problema más, se trata de derechos sin los cuales, como ya sabemos, no hay vida, ni tranquilidad, ni salud para gozar los demás derechos.

Estamos seguros que la capacidad de recuperación del pueblo cubano sabrá llamar a la conciencia de todos para priorizar la solución definitiva y estable del derecho a gozar cada día, en paz, de esos dos elementos fundamentales que son el agua y la luz.

Pero no "le cortemos el agua y la luz" a ninguna de las grandes salidas o alternativas que conducen a estos beneficios para el pueblo, ni a la intuición y a las pequeñas iniciativas de la gente sencilla que, en fin de cuenta es y será el único protagonista verdadero de estas conquistas.

Pinar del Río, 8 de septiembre de 1996.





Navidad: Celebración pública

Año III. Nº 16. *noviembre-diciembre* 1996

Había en la región de Belén unos pastores que velaban su rebaño en la vigilia de la noche.

Se les presentó un Ángel del Señor y la Gloria del Señor los envolvió con su Gloria, y quedaron sobrecogidos de temor. El Ángel les dijo: No temáis, os anuncio una buena noticia que es una gran alegría para todo el pueblo:

Hoy, en la Ciudad de David, os ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor” (Lucas 2,8-11).

Dentro de aproximadamente cuatro años celebraremos el segundo milenio del nacimiento de Jesucristo.

Cada Navidad nos trae el mismo anuncio que el ángel hiciera a los pastores en los campos de Belén hace casi veinte siglos: buena noticia, alegría para todo el pueblo, ha nacido el Salvador.

Nosotros, en la vigilia de la noche, en esta isla del caribe, escuchamos esta Buena Noticia hace más de 500 años. Desde entonces entre temores y sombras, luces y alegrías, nuestro pueblo celebró la Navidad a su modo, según su cultura, al ritmo de los avatares de nuestra historia.

Unas veces fue en medio de la esclavitud de razas, cuando el 6 de enero Día de Reyes, los africanos podían celebrar las tradiciones de su tierras y salir a las calles con su tambor, su nostalgia y su alegría. La Fiesta de Reyes, que era la fiesta de los cabildos en la noche de la esclavitud, fue una epifanía de la gloria del pueblo africano en medio la cultura dominante. En los pueblos orientales, sobre todo, y también en todo el mundo, la Fiesta de Reyes ha sido siempre fiesta de universalidad. Otras veces la alegría de las fiestas navideñas se vio convertida en Pascuas sangrientas, por la injusticia hecha violencia en las calles engalanadas para la celebración popular. La repulsa del crimen se hizo más patente precisamente porque ni siquiera se respetaba la tregua que imponía, sin más acuerdo, la certeza de la tradición de que aquellos días eran sagrados en la conciencia del pueblo.

Otras veces la Navidad se podía celebrar sin mucha abundancia de “cosas” pero con mucho entusiasmo de pueblo sencillo que ha sabido siempre que lo importante de la alegría es tener cosas en el corazón y compartir lo poco que se



tiene sobre la mesa, pero con la satisfacción de poder expresar, sin escondrijos ni temores, la celebración hogareña, tierna y serena, de la Nochebuena y la Misa del Gallo, que era el núcleo de una fiesta que había ocupado durante siglos un lugar destacado en la cultura de la nación cubana.

Durante los 70 años del socialismo en la desaparecida Unión Soviética y también en los demás países de la Europa del Este, se siguieron celebrando, de algún modo, las fiestas públicas de Navidad, Año Nuevo y Epifanía de Reyes.

Incluso en aquellos países de otras culturas, en los que predominan otras religiones, las pequeñas comunidades cristianas logran expresar públicamente las celebraciones navideñas en los medios de comunicación social, en los establecimientos públicos, y aún en las instituciones cívicas. Porque las minorías religiosas y culturales también tienen su espacio en las naciones pluralistas. Las naciones no son patrimonio de la mayoría, sino de todos las que la conforman.

Pero Cuba no es de este caso. Cuba es un país caribeño y latinoamericano, cuya tradición, cultura y religión es, sin dudas, de matriz cristiana y católica. No se trata en Cuba de los derechos de la minoría, ni siquiera de la libertad religiosa de una Iglesia: se trata de la cultura de una nación, de sus tradiciones más sagradas, de su propia identidad.

Entonces, ¿por qué no se pueden celebrar en Cuba, públicamente, las fiestas de Navidad y Día de Reyes?

Por supuesto que razones para celebrar las Pascuas de Navidad no faltan, ni deseos del pueblo que se expresa invariablemente en la nostalgia de lo que eran estas celebraciones. Nunca ha faltado el deseo de celebrar, nunca ha faltado el carácter festivo del cubano, nunca, ni en los años más terribles.

Han sido disposiciones del Estado, primero por un año difícil en que había que entregar todo el esfuerzo extraordinario para alcanzar una zafra azucarera de 10 millones de toneladas. Pasó ese año y el de la próxima zafra y la disposición se quedó vigente.

Han pasado más de dos décadas desde aquella disposición extraordinaria. Y nunca más se pudo ni mencionar públicamente por los medios de comunicación, en los establecimientos estatales, que eran todos, la tradicional felicitación de Navidad

¿Qué será de un pueblo que no puede celebrar abiertamente sus tradiciones y que tiene que expresar su propia identidad solamente en el ámbito privado o familiar por disposición estatal?

En los últimos años parecía que la fuerza de la identidad cultural, y de los sentimientos religiosos que forman parte de ella, comenzaron a expresarse públicamente con mucha discreción pero con un gran sentimiento de desahogo, de desinhibición.

Comenzaron los “arbolitos de Navidad”. Convertidos a veces en árbol de “fin de año”. ¿Por qué negar también su nombre y su identidad? Decir que un árbol que fue “pagano” y luego adoptado por la tradición cristiana como símbolo de la luz de un “recién nacido”, adornado por siglos, coronado por la estrella de los Reyes Magos, a cuyos pies se extendía la creatividad popular con el inseparable



“nacimiento” cuyas figuras humanas, la Virgen, San José y el Niño, pastores y Reyes, iban acompañadas por ovejas y bueyes, palmeras y mulas, salidos de la chispa criolla y de la iniciativa familiar; decir en un país de cultura occidental que este árbol es para manifestar públicamente otras fiestas y no las fiestas de Navidad es por lo menos un triste plagio de mal gusto y poca creatividad, y es, sobre todo, un signo del estropicio cultural que intenta borrar la memoria religiosa y las fiestas populares de todo un pueblo.

Pronto, junto a los arbolitos, aparecieron algunas figuras navideñas o símbolos inconfundibles del carácter religioso de estas fiestas: campanas, velas, la estrella, los camellos y los reyes. También en algunos actos públicos y hasta por la televisión, algunos animadores dejaron que saliera a la luz el deseo expresado tantas veces en la vigilia de la larga noche de décadas de silencio, y los cubanos y nuestras abuelas y nuestros hijos saltaron de asombro y verdadera alegría cuando sonó incólume el fraterno y sano deseo de ¡Feliz Navidad!

Estos gestos, estas señales luego de tantos años, han sido de gran alegría para todo el pueblo. Claro que el asunto no se restringe a los gestos y señales. La realidad es más profunda que una simple felicitación navideña. La realidad es que no se puede borrar la memoria cultural de un pueblo, no se puede falsear la identidad con disfraces foráneos, no se puede soterrar la tradición de una nación bajo pretextos ideológicos o económicos.

La mayor prueba de que las fiestas navideñas son parte indeleble de nuestra cultura cubana es que, después de más de dos décadas de intentos para borrar estos sentimientos religiosos y estas tradiciones festivas, surgen hoy con la fuerza renovada de lo que se reprisa, con el interés creciente de lo prohibido, con la energía de lo verdadero, esa parcela vedada de nuestra identidad nacional que, mientras estuvo soterrada, desarrolló la vitalidad de la semilla y empujó la tierra para alcanzar la luz, mientras hundía en la oscuridad y el silencio durante veinte años sus fuertes raíces.

Cuando se tala un árbol sano, el tiempo nos lo devuelve con nuevo vigor y mejores frutos.

Vitral desea que el cubanísimo árbol de Navidad talado hace más de dos décadas pueda retoñar este año, trayendo mejores frutos que los verdes pinos de antaño. Mucho de oropel, otro tanto de superficialidad y algo de nieve, trineos y Santa Claus foráneos, debe quedar en el humus de lo talado. Mucho de fiesta familiar de Nochebuena, de regalos de paz y sana alegría, otro tanto de auténtica religiosidad y algo de genuino folclor debe retoñar con mayor vigor.

Pues, ¿quién puede poner cotos a la cultura y religión de un pueblo? ¿Quién tiene poder para talar y evitar el brote o para fecundar y madurar los frutos de la identidad y la espiritualidad de una nación?

Lo que nos toca es surcar la tierra de nuestra nacionalidad, abonar la siembra de nuestra cultura, cultivar el árbol de nuestra espiritualidad y esperar a que los tiempos de la cosecha nos traigan la Buena Noticia que será una gran alegría para todo el pueblo: poder celebrar públicamente la Navidad y el Día de los



Reyes Magos porque se habrá hecho realidad en nuestro pueblo aquella profecía que Isaías anunció 700 años antes del nacimiento de Jesucristo:

*“El pueblo que caminaba en tinieblas, vio una gran luz,
los que habitaban en tierras de sombras de muerte,
una luz les brilló.
Multiplicaste la alegría, has hecho grande el júbilo
y se gozan ante ti como gozan los que recogen la cosecha,
como se alegran los que reparten los frutos de victoria.
El yugo que soportaban, la vara sobre sus espaldas,
el látigo del capataz, tú los quebraste como el día de Madián.
Los zapatos que hacía retumbar la tierra
y los mantos manchados de sangre
van a ser devorados por el fuego.
Porque un niño nos ha nacido
un hijo se nos ha dado
que tiene sobre sus hombros la soberanía
y lleva como nombre:
Maravilloso Consejero
Dios fuerte, Padre para siempre,
Príncipe de la Paz” (Isaías 9,1-7)*



Pinar del Río, 1 de noviembre de 1996





La visita del Papa a Cuba

Año III. N° 17. enero-febrero 1997

Con gran alegría y expectación los católicos cubanos esperamos la anunciada visita de Su Santidad el Papa Juan Pablo II en enero de 1998.

Nuestro país es la única nación de este hemisferio que el Papa no ha visitado todavía. Las condiciones no estaban creadas aún y la visita debía ocurrir en el mejor momento, se ha dicho por parte de la Iglesia y del Estado cubanos.

Ahora, luego de una serie de intercambios, visitas y gestos de buena voluntad y entendimiento, parece ser que se van creando aquellas condiciones que se necesitan para que la visita del Sumo Pontífice de la Iglesia Católica sea verdaderamente lo que debe ser.

En primer lugar, que la visita sea de carácter pastoral, es decir, que la Iglesia Católica que vive en Cuba sea la principal destinataria y organizadora de la visita pontificia. Es el Pastor supremo de la Iglesia que viene a visitar a una parte de su grey que tiene su propia historia en esta Isla desde hace más de 500 años.

El carácter pastoral de la visita papal podría incluir también encuentros y conversaciones con las autoridades de la nación y con personas del mundo de la cultura, del trabajo, la economía, y de otros ambientes sociales. Del mismo modo podría darse un encuentro con representantes de otras denominaciones religiosas.

El carácter pastoral de la visita del Papa tampoco es obstáculo para que Juan Pablo II sea recibido con los honores y la dignidad de Soberano del Estado Vaticano, responsabilidad que comparte con la principal de sus misiones que es ser Padre espiritual de millones de católicos esparcidos por todo el mundo.

Así lo recibiremos los católicos de Cuba, como se recibe al Padre que quiere con especial ternura a sus hijos. Y nos alegramos de tener todo este año 1997, para que la Iglesia pueda prepararse para este acontecimiento sin antecedentes en la historia de nuestra patria. En las visitas del Papa resulta definitorio y especialmente importante la preparación que se hace antes de su llegada.

Los católicos cubanos sabemos, por experiencia propia, que el Papa comparte todas nuestras inquietudes, nuestros sufrimientos y esperanzas, que conoce muy a fondo nuestra situación porque la ha vivido en carne propia, aunque las circunstancias históricas varíen y la geografía sea diferente.



Sabemos que conoce nuestra situación, como Iglesia y como nación, porque el Santo Padre tiene una estrecha y sistemática comunicación con todos los obispos cubanos, con sacerdotes, religiosas y laicos que lo visitan. Conoce nuestra situación por los enviados especiales –cardenales y obispos- que frecuentemente han visitado nuestro país y han compartido nuestras vivencias desde las iglesias diocesanas hasta el contacto con las más altas autoridades de la nación.

La visita de Monseñor Taurán ha sido un punto culminante y señero en esta comunicación.

El Papa conoce nuestra situación, en fin, especialmente, a través de su representante personal ante el Estado y la Iglesia cubanos que es el Nuncio Apostólico que, cotidianamente, se empeña en acompañar con solicitud cordial a esta Iglesia local y a este noble pueblo del que ella forma parte inseparable.

Los católicos, que conocemos mejor esta cercanía, estamos confiados en que la visita del Santo Padre Juan Pablo II a Cuba será, no sólo para compartir personalmente nuestros “gozos y esperanzas, nuestras tristezas y angustias”, sino para confirmarnos en la fe que nos alienta y animarnos “en el amor que todo lo espera”.

La visita pastoral del Sumo Pontífice a Cuba será para confirmar y potenciar lo que esta Iglesia está haciendo para anunciar a nuestro pueblo la Buena Noticia de Jesucristo, será para confirmar y fecundar las obras que concretan la triple misión de la Iglesia: el culto, la caridad y el profetismo.

No se puede reducir la misión de la Iglesia, y por tanto la labor del Santo Padre, al culto. Algunos se preocupan sólo por si las misas que va a celebrar el Papa son en locales cerrados o abiertos, en catedrales o en plazas. Esto, como todos comprenderemos, es un asunto absolutamente circunstancial. Esto no define la visita de un líder religioso a una nación de 500 años de tradición católica.

Lo que define la visita del Papa, a nuestra forma de ver, es su encuentro con la Iglesia que vive en Cuba, una Iglesia con sus potencialidades y servicios en franco crecimiento y con sus limitaciones y carencias que le impiden alcanzar a servir a todos los miembros de esta nación que se acercan a ella con gran confianza, profunda credibilidad y muchas expectativas.

Pero el encuentro del Papa con la Iglesia Católica que vive en Cuba es también el encuentro del Santo Padre con el pueblo de esta noble nación de la que la Iglesia forma parte entrañable. No se trata, pues, de que el Papa solamente vaya a preocuparse por los asuntos estrictamente eclesiales –si se les pudiera considerar así- pues todo lo que hace la Iglesia es para servir al pueblo del que forma parte y para anunciar la buena noticia del Evangelio a cada hombre concreto, desde su propia historia y esperanzas.

Entonces, nada humano le es ajeno al Papa en sus viajes pastorales, nada que promueva al hombre, su dignidad y sus derechos, su felicidad. En sus viajes por el mundo entero, el Papa va iluminando con los criterios del Evangelio todos los sectores de la vida del hombre: su familia, su trabajo, su cultura, su religión, el país donde vive, con su situación económica, política y social, con su situación nacional e internacional.



En Cuba seguramente podremos enriquecernos con estas sabias y evangélicas enseñanzas del Santo Padre. Ellas encontrarán eco y raíz en las más auténticas tradiciones de nuestra cultura e identidad nacional, que tienen matriz e inspiración cristiana desde Varela, Céspedes y Martí.

Esta esperanza no se funda en los signos externos de esa visita, ni en las genuinas y multitudinarias celebraciones que darán testimonios del amor de los cubanos por este líder religioso mundial. Nuestra esperanza se funda en Jesucristo que es el único Señor de la historia de los hombres y de los pueblos. Él guía a su pueblo por los caminos de la justicia y la paz, por los caminos de la libertad y la solidaridad, por los caminos de la verdad y la misericordia, por los caminos de la reconciliación.

Esta esperanza madura y serena nos impulsa a prepararnos bien para la visita del Vicario de Jesucristo. El Señor le dio a San Pedro —el primer Papa— y a sus sucesores la misión de “confirmar la fe de sus hermanos”. Eso hará el Santo Padre; pero debemos pedir al Señor, como los Apóstoles, que “aumente nuestra fe” para que el Papa pueda confirmar una fe más sólida, más auténtica, más comprometida, más sacrificada, más feliz.

Pero la fe sin obras está muerta, como nos enseñaba Santiago, por tanto debemos “hacer las obras de la fe” (Santiago 2,26). Esas obras son las que darán veracidad y fecundidad a nuestra fe, las que darán testimonio de la única intención de la vida cristiana: servir, servir a nuestro pueblo.

Los católicos cubanos debemos decir y hacer como Jesús: “No he venido a ser servido, sino a servir”. Esto dice también el Santo Padre cuando visita a las naciones de la tierra. Sirviendo en nombre de Cristo Servidor, el Papa animará a todos los cubanos a crecer en humanidad, en solidaridad, en justicia, en libertad, en reconciliación, en dignidad.

Pero toca a los católicos cubanos prepararnos para un mejor servicio a nuestro pueblo, para servir a la causa del hombre cubano, para servir al crecimiento espiritual, moral y material de la nación, para promover, sobre todo en los más jóvenes el arraigo patrio, el amor a nuestra cultura y a nuestra historia, el amor a la soberanía y a la identidad nacional. La visita del Papa es un estímulo extraordinario para animarnos en este servicio.

El Papa no vendrá a hacer milagros espectaculares, él no es el Mesías, sino que viene a confirmar la fe en el verdadero Mesías. El Papa no es el Salvador, sino que viene a confirmar la fe en el verdadero Salvador. El Papa viene a confirmar y a potenciar, a bendecir y a animar la fe, la esperanza y el amor de los cubanos.

El Papa viene a confirmar y potenciar, a bendecir y a animar las obras que los católicos y todos los cubanos hayamos sido capaces de emprender para poner en práctica esa fe, esa esperanza y ese amor, aquello que los católicos y todos los cubanos hallamos sido capaces de hacer para contribuir a que Cuba crezca en humanidad, en libertad y solidaridad, en reconciliación y dignidad nacional, en virtud y auténtica religión, en soberanía y servicios desinteresados a las demás naciones de la tierra.



No esperemos más que lo que seamos capaces de ser y hacer en este sentido. Cuando el padre llega a la casa de sus hijos no se pone a hacer lo que les corresponde a ellos, eso los deformaría. El padre conoce las obras de sus hijos y los anima a continuarlas, los estimula con sus experiencias, los alerta con su sabiduría, los acompaña y consuela en sus dificultades, pero deja que sus hijos sean ellos mismos y respeta el ritmo de su crecimiento. Sobre todo se alegra de los progresos de sus hijos y comparte con todo el mundo los avances en su desarrollo. Eso hace un padre: eso hace el Santo Padre.

Corresponde a los hijos crecer, madurar, comprometerse con su casa, con su familia, con Cuba, hacer las obras de la justicia y del bien. Le corresponde a los hijos hacerlo siempre, más aún cuando el padre está lejos, ellos tienen que aprender a arreglar su casa porque debe estar arreglada, y porque la convivencia se hace más feliz... Y cuando el padre anuncia la esperada visita lo principal está hecho, han sido las obras de toda la vida, ha sido el crecimiento de cada mañana, ha sido el sacrificio callado y perseverante de cada noche oscura, han sido las obras de la luz.

En la medida en que esas obras sean más auténticas y hayan servido más a la familia cubana, mayor alegría le daremos al Padre. En la medida en que se acorte la diferencia entre lo que se dice en la cumbre y lo que se hace en lo cotidiano. En la medida en que el padre encuentre más maduros y responsables, más libres y solidarios a sus hijos, de modo que puedan resolver por sí mismos los problemas de la casa, entonces más se alegrará toda la familia cubana.

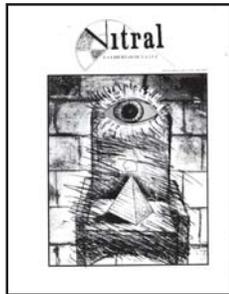
Aunque siempre nos gusta hacer algo especial cuando nos visita nuestro padre, la familia sabe bien que lo menos importante son los detalles de última hora, que sólo son gestos que demuestran el cariño que hemos cultivado en el silencio. Estos gestos hacen también la alegría del padre y de los hijos. Pero no podrán agregar casi nada a esa preparación sosegada de la virtud que crece en lo cotidiano, de las semillas de luz que fecundan los surcos de la vida, y de las obras del Espíritu que renuevan a la humanidad.

Seguir sembrando estas semillas con paz, cultivar con empeño la tierra cubana para que de frutos y compartir con amor el pan caliente del hogar nacional: así prepararemos la visita del Padre Peregrino desde ahora y hasta enero de 1998.

Sea así.

Pinar del Río, 25 de Diciembre de 1996





Vivir en la verdad

Año III. Nº 18. *marzo-abril 1997*

Vivir en la verdad no es sólo no mentir. Es echar fuera de nuestra vida la mentira. No sólo la mentira llamada «piadosa», se trata de esa gran mentira que es vivir engañándonos a nosotros mismos y sometidos a una vida de mentira.

No se trata de moralizar, ni de filosofar, se trata de vivir en la verdad o vivir en la mentira. Se trata de vivir permanentemente en búsqueda de la verdad o vivir permanentemente en medio de una mentira, o aún peor, vivir gracias a la mentira.

La verdad no es una abstracción filosófica desarraigada de nuestra existencia cotidiana, es el camino que se va abriendo a fuerza de las pequeñas verdades que van tejiendo la Verdad en que deseamos vivir. Siempre más allá, siempre más arriba, hasta trascender nuestra propia verdad y acceder a vislumbrar la verdad que está en el otro hombre y la Verdad que es el Otro: El Absoluto, a quien llamamos Dios.

La mentira no es sólo la que se dice. Es también la que se hace, es, sobre todo, la que se vive. Si una persona vive en la verdad y dice una mentira falla, pero sabe que falla y le duele fallar. Pero una persona que vive en la mentira, no sólo no le duele la mentira sino que encuentra en la falsedad una manera de vivir mejor, una coartada para seguir “viviendo en la mentira”.

La verdad duele y vale sacrificio. La mentira es fácil y alivia el dolor del momento. Pero quien se sacrifica por la verdad siente una gran liberación por dentro y se sacude de un gran peso por fuera. Pero el que vive en la mentira luego del alivio momentáneo, carga con el peso de la doble cara hasta que reconoce con doble dolor y vergüenza que mintió, o peor, que está viviendo en la mentira.

Muchos cubanos viven hoy en la mentira. Cuba necesita vivir más en la verdad.

Vivir en la verdad es, primero que todo, ser fiel a tus propias convicciones, a tus proyectos. Es sufrir por decir y hacer lo que consideramos verdadero aún cuando la inmensa mayoría vaya contracorriente. Decir una verdad en un ambiente donde se vive en la mentira es doloroso, pero intentar vivir en la verdad en un ambiente donde se vive mucho en la mentira es heroico.

Probemos: mañana, cuando salgamos de nuestra casa, o mejor, antes de salir de ella, hagamos el propósito de intentar ser transparentes, es decir: pensar



con nuestra cabeza, decir lo que pensamos, y hacer lo que decimos y pensamos, si consideramos que lo que pensamos, decimos y hacemos es bueno y verdadero.

Si pronto comenzamos a chocar con la mentira, no con las mentiras sino con esa mentira que se ha hecho modo de vida, forma de relacionarse, modo de gestionar, modo de mal-informar y modo de dirigir la cosa pública, entonces estamos viviendo en un ambiente de doble moral, de falsedad, de falta de transparencia.

Se trata de decir que vamos a hacer lo que hacemos por una decisión de conciencia. Se trata de dejar a un lado los certificados médicos, las justificaciones inventadas, los Sí que son No por dentro. Se trata de dejar de pensar que NO diciendo que Sí. Se trata de pensar que sí, decir que sí y hacerlo así. O por otro lado, como nos enseñaba tan acertadamente el Profesor Calviño en su programa de televisión, se trata de aprender a decir NO cuando en nuestra conciencia y nuestra decisión personal sea NO.

Se trata de que nuestro sí sea sí y nuestro no sea no. Tan sencillo y tan viejo como el Evangelio donde Cristo lo recomienda.

Si mientras usted lee esta reflexión ha comenzado a pensar que hacer esto mañana en su trabajo, en su familia, en su escuela, o en la calle le resulta difícil, muy difícil, casi imposible, porque lo perjudicaría, porque perdería el trabajo, porque lo castigarían con un salario menor o le pondrían “una mancha en su expediente”, entonces usted podrá comenzar a considerar que vive en una sociedad en que para vivir hay que mentir. Y eso es una pobreza que debemos sanar.

“La verdad nos hará libres”- dijo Jesucristo y su vida tuvo como misión decir y vivir la Verdad. Eso lo llevó a los tribunales de Poncio Pilatos y de Herodes. Ante Pilatos, habló Jesús y dijo: «Yo para eso he venido al mundo para dar testimonio de la Verdad. Todo el que es de la verdad sigue mi voz». (Juan 18,37). Ante Herodes Jesús calló. Calló, pero no mintió. Habló callando; el silencio es, a veces, un modo de vivir en la verdad.

Vivir en la verdad no es sólo no mentir, sino poder transparentar lo que somos y lo que pensamos. Una sociedad donde hay miedo a decir lo que pensamos es una sociedad que ayuda a vivir en la mentira. El miedo es el rasero del grado de transparencia que vive una persona o una nación. Si hay mucho miedo en usted, usted no está viviendo en la verdad. Si usted ha podido liberarse de los miedos y saltar por encima de ellos, porque no tenerlos es imposible, entonces ha comenzado a vivir en la verdad porque la verdad nos libera.

Vivir en la verdad es poder discrepar sin ser atacado, es poder criticar sin ser discriminado, es poder aportar alternativas sin ser condenado. Es tener un espacio de convivencia y participación donde se acepte a las personas con su diversidad y se promueva el diálogo para llegar a la participación activa y libre.

¿Es así en los lugares donde desarrollamos nuestra vida cotidiana? Mientras más espacios de libertad y responsabilidad haya en las estructuras de un país, mayor será la verdad en que se vive en ese país.



Vivir en la verdad es aceptar que la verdad sobre el hombre, sobre su dignidad y su vocación trascendente está por encima de todas las demás verdades sobre la sociedad, el trabajo, la economía, la política y el Estado. La persona humana es, al mismo tiempo, la protagonista de la verdad y el fin de toda verdad.

La única forma de vivir en la verdad y que esa verdad nos haga libres es intentar cada mañana decir NO a la mentira.

A la mentira dentro de nosotros mismos que nos hace tener doble cara.

A la mentira en nuestras familias, que las convierte en un infierno en lugar de un hogar. La mentira en nuestros centros de trabajo, donde tengo que decir No a los informes falsos, a los chismes entre compañeros, a las zancadillas para subir, a las apariencias de las actividades que esconden desastres productivos.

Diciendo No a la mentira de imponer la voluntad partidista sobre la verdad de la ciencia y del humanismo. No a la mentira de llamar manipulación a la verdad y verdad a la manipulación.

Otra forma de vivir en la verdad es decir No a la mentira en nuestras escuelas donde se debe aprobar la verdad como actitud y no como un examen, donde se debe formar al hombre para decir lo que piensa y pensar con su cabeza y no para repetir consignas y dejar de pensar para poder vivir en paz. El promocionismo, el fraude no sólo de los alumnos sino el de los profesores que es mayor y peor por deformante, la corrupción de pedir a los alumnos lo que sus padres pueden «resolver» a los profesores y directores y que no es papel y lápices, u otros materiales escolares -ojalá fuera eso- sino todo tipo de «cosas» de la que puede carecer cualquier cubano, son otras expresiones de esta forma de vivir en apariencia.

Si un niño sale de su familia y de la escuela diciendo mentira, o lo que es peor, viviendo en la mentira, la familia y la escuela no son lo que deben ser y no están preparando a los cubanos para que la nación pueda vivir en la verdad que la hace libre y que todos debemos salvaguardar. La Patria se defiende más con la verdad que vivamos que con las armas que inventemos.

Las pequeñas verdades vividas en lo cotidiano tienen más fuerza de convicción que cualquier fuerza exterior. El que avanza en los pequeños caminos de la verdad descubre rápidamente que no puede regresar más a una vida atada a la simulación, las máscaras y los ritos externos.

Inventar menos en las armas de la mentira y crecer más en la verdad que nos hace libres: he aquí un posible programa de vida para que cada cubano pueda salvaguardar y promover nuestra verdadera soberanía, nuestra independencia y nuestra nacionalidad.

Si usted se ha acomodado a vivir en la mentira reflexione sobre la calidad de una vida cuyo protagonismo se cambia por ventajas materiales o posiciones sociales.



Si usted ha logrado comenzar a vivir en la verdad comenzará a comprobar la libertad que siente por dentro y el potente influjo que ejerce a su alrededor, porque vivir en la verdad contagia por ser la única forma plena de vivir.

¿Cómo reaccionamos ante esta reflexión?

Pudiera ser un modo de saber si vivimos en la verdad o en la mentira.

Pinar del Río, 25 de febrero de 1997.

144 aniversario de la muerte del P. Félix Varela.





Atentos a los signos de los tiempos

Año IV. N° 19. *mayo-junio 1997*

Vital cumple tres años. Este aniversario se celebra gracias a Dios y a nuestros colaboradores.

Así es, *Vital* ha querido ser un espacio abierto para que pase por esta ventana la luz multicolor de la verdad y la libertad que cada uno lleva dentro de sí. Pero un espacio puede quedar vacío y sin luz si no tiene amigos que lo llenen y lo iluminen con su pensamiento, su creación y su estímulo. Esto han sido para *Vital* los aportes de sus colaboradores: luz y motivo.

El espacio de la ventana abierta se ha llenado estos tres años con las reflexiones, las opiniones y las polémicas que ellas suscitan. Acogemos, con gratitud y satisfacción, los trabajos de muchas personas que han dado su nombre, sus artículos y la diversidad de su pensamiento para que fuera posible hacer 18 vitrales que permitieran pasar la luz que quisimos y pudimos entregar.

Mayor alegría aún tenemos porque más de la mitad de esos colaboradores no son católicos y que la mayoría de ellos lo han hecho con gran libertad frente a los tabúes, un firme respeto a la opinión de los demás y un sereno entusiasmo al poder sostener y agrandar el espacio para la creación y la comunicación.

Los prejuicios van pasando y la certeza de la identidad que mantiene el vitral es ya una realidad al cabo de los tres años. Uno podrá discrepar de un artículo, disentir de una opinión, creer que el balance y el tono de una revista puede mejorar. Pero ello no significa que no haya comprendido cuál es el perfil, el carácter y la forma de comunicar de la revista.

Incluso, uno puede discrepar del perfil y de la forma, pero respetar el carácter de una publicación. Sin respeto no hay diálogo ni libertad de la luz. *Vital* ha encontrado a lo largo de estos tres años más que respeto, impulso. Más que lejana comprensión, una cooperación cercana y calurosa como la claridad del trópico.

Vital es hoy lo que sus colaboradores han logrado. Sin savia y sin luz, ¿de qué sirven la raíz y la hoja? Hemos encontrado la savia en el interior de los amigos y hemos encontrado la luz fuera de los falsos linderos. ¿Qué más puede pedir una ventana que se hizo para la luz y un espacio que no se ha quedado vacío y que resulta insuficiente para las colaboraciones que desbordan sus dinteles?

Vital está «atenta a los signos de los tiempos». Mira hacia atrás para aprender de los signos, de sus inexperiencias e ingenuidades. Para agradecer a los que



construyeron su camino y a los que, respetuosos, no obstruyeron la obra. Mira hacia los lados y agradece el acompañamiento de tantos que nos inspiran con su acicate, su crítica y su premura por la revista. Ellos nos arrojan cuando algunos intentan deshojar la ventana del marco inseparable del pueblo donde ha nacido y para el cual es «palabra y cauce, resonancia y espejo» -como decía nuestro primer editorial.

Hemos encontrado en estos tres años: verbo para encarnar la palabra, caudal para desbordar el cauce y crear otros, contenidos fuertes para la resonancia, y nobleza de espíritu para el espejo en el que se ha contemplado, sin empaños, el alma de nuestra cubanía.

Eso ha ocurrido así, gracias a los que han colaborado sin esperar nada material a cambio. Más bien, esperando y acogiendo de la palabra, unas veces aliento y otras sofoco; de las corrientes del caudal: agua vivificadora y crecida turbulenta; hemos esperado y recibido luz para el espejo y opacidades de la sinrazón.

Pero todo eso es la vida, y *Vitral* agradece la vida que le ha venido de ustedes: personas sencillas con criterios fuertes que han brindado para compartirlos, escritores jóvenes que han escogido este espacio y le han dado juventud e ímpetu, artistas y demás creadores, que le han dado luz y belleza al *Vitral*, suscriptores que anhelan cada dos meses que llegue y la comparten con muchos amigos y la coleccionan como algo importante de la familia.

Y agradecemos también a ustedes, los críticos más agudos y sinceros de *Vitral*, que nos recuerdan que no somos la luz, sino la ventana; que no somos el agua sino un cauce entre otros; que nos recuerdan que no somos la libertad sino el espejo; que no somos la verdad sino una sencilla palabra que intenta balbucirla y ponerse a su servicio en la entraña de cuantos la buscan y proclaman.

Vitral mira también hacia adelante para otear los signos de los tiempos que se avecinan: nos parece descubrir señales que nos animan a seguir esperando y creyendo en el mejoramiento humano y en la utilidad de la virtud. Miramos a este año como un año de nuevas andaduras por los caminos del diálogo y la reconciliación entre todos los cubanos.

Es el camino por el que nos acercamos a la esperada visita del Papa. Ojalá que los signos de los tiempos coincidan con la esperanza que muchos cubanos hemos puesto en este acontecimiento y en su preparación. Que el diálogo sea camino abierto para la diversidad y no el susurro escondido, ni la estrategia fría. Esto entorpece la libertad de la luz. Que ese diálogo sea a todos los niveles y no sólo en la cumbre, para que amanezca más temprano.

Debemos mirar hacia arriba, alzar los ojos desde lo cotidiano y rastreo de la supervivencia y mirar, con la luz de la transparencia, hacia los altos ideales de la justicia, la verdad, la libertad y el amor.

Estemos atentos a los signos del alba, sin olvidar que los momentos de mayor oscuridad son aquellos que transcurren inmediatamente antes del amanecer.

Pinar del Río, 20 de Mayo de 1997
95 Aniversario del Nacimiento de la República de Cuba.





Relaciones Iglesia y Estado

Año IV. Nº 20. julio-agosto 1997

Al acercarse la visita del Papa a Cuba vuelve a plantearse, con insistencia, la situación de las relaciones entre la Iglesia y el Estado.

¿Cuál es el estado actual de estas relaciones? ¿Cómo marcha el proceso de normalización de las mismas? ¿Qué se entiende por relaciones entre la Iglesia y el Estado? ¿Son sólo las relaciones entre la jerarquía eclesiástica y el gobierno? ¿Son las relaciones diplomáticas entre Cuba y la Santa Sede? ¿Cuál es el papel de la Iglesia en un Estado laico?

Por supuesto que cada persona tendrá su propia apreciación sobre el asunto y cada grupo social expondrá sus opiniones desde la perspectiva que le atañe. No obstante sería importante ponerse de acuerdo sobre el significado de algunos conceptos que iluminarían la visión sobre el tema. Esta es nuestra opinión:

En primer lugar, entendemos por relaciones entre la Iglesia y el Estado no sólo los vínculos normales entre la Jerarquía eclesiástica, es decir, los obispos y sacerdotes, con los representantes oficiales del gobierno o el PCC. Ni tampoco se trata sólo de las relaciones diplomáticas entre Cuba y la Santa Sede.

Esto es parte de las relaciones, pero no su esencia. La esencia de las relaciones Iglesia-Estado radica en la concepción que se tenga de la Iglesia y del Estado.

Por un lado, en ocasiones se tiene un concepto de Iglesia atrasado, preconciliar, reductivo, cuando se habla de Iglesia refiriéndose sólo a los sacerdotes y los obispos. Esta es sólo una parte de la comunidad eclesial cuando se trata de asuntos religiosos y se está entendiendo solamente rezos, templos, catecismos, sacramentos, expresiones de piedad, sentimientos personales de solidaridad, necesidades materiales de las iglesias; como si la Iglesia necesitara una lista de cosas relacionadas con el culto o con lo que se entiende reductivamente como “actividades religiosas” y no necesitara, como cualquier otra comunidad humana, de todo lo que se



requiere para vivir. ¿Quién podrá prever lo que necesita una comunidad para vivir y expresarse libremente?

El asunto esencial radica en la segregación de la comunidad religiosa por medio de un tratamiento especial que la encasilla por unos canales, que la tratan como un ente con necesidades y atenciones distintas del resto de la sociedad.

Imaginemos que en un país se cree una estructura para atender a las personas que tengan el pelo negro. Esto provocaría no sólo la interrogante entre los de pelo rubio, sino que expondría a los de pelo negro a unos criterios y decisiones distintos del resto de la sociedad. Si esa atención ayuda o frena, apoya o limita, facilita o entorpece, no es lo más importante, el asunto está en la diferenciación que se le establece a los ciudadanos de pelo negro. Eso pasa, a nuestro entender, con los religiosos que, como se sabe, somos ciudadanos iguales a todos los demás y no necesitamos, gracias a Dios, una atención diferenciada, sino gozar, como todos, de iguales derechos y deberes y poder acceder a todos los organismos, servicios y ambientes de la sociedad.

Cada vez que la Iglesia acude a un organismo y se encuentra con que no puede recibir un servicio o no puede hacer una donación, o hacer su labor misionera, si antes no pasa por un canal especial, ella siente que las relaciones con el Estado no son normales todavía.

La Iglesia es la comunidad formada por todos los creyentes que profesan y practican su fe y tienen derecho y deber de expresarla, vivirla, anunciarla y proponer sus aportes cristianos en todas las esferas de la sociedad. En todas, sin excepción. Nada humano le es ajeno a la Iglesia. Por tanto, los cristianos pueden y deben estar presentes y activos, en todos los ambientes, con responsabilidades o sin ellas, pero con el derecho a expresar su opinión, proponer sus proyectos, trabajar por el crecimiento y desarrollo de esos ambientes y de todo el país, sin ser tratados de una forma diferenciada. He aquí, en nuestra opinión, la esencia y la médula de las relaciones entre la Iglesia y el Estado.

¿Cómo entender entonces que haya temas, necesidades y asuntos “religiosos” que pueden ser establecidos y regulados separándolos del resto de la sociedad? Si un joven cristiano, por ejemplo, dice su opinión sobre un problema en su escuela, no lo dice como “un creyente” que opina sobre un asunto “ajeno”, sino como un cubano que, inspirado por su fe, tiene el derecho y el deber de preocuparse por lo que es suyo, por su Patria, por la sociedad de la que forma parte inseparable. Por eso nos parece muy raro que a eventos nacionales o internacionales, al Parlamento u otras instancias de representación se inviten personas a título exclusivo de “religiosos”; eso es una señal de diferenciación que no refleja la normalización de las relaciones que todos estamos interesados en alcanzar.



La normalización no consiste en que los canales y formas de atención diferenciada funcionen mejor, sino en que no exista una atención diferente. La normalización de las relaciones entre la Iglesia y el Estado es la normalización de la convivencia social de los miembros de la Iglesia; es, en una palabra, que se les considere normales en su escuela, en su trabajo, en las instituciones del Estado, de los partidos, de la misma Iglesia.

Por otra parte, debemos ponernos de acuerdo en lo que significa un Estado laico. En nuestra opinión el Estado laico es aquel que no establece, por ley, ninguna religión, creencia o no creencia, como concepción oficial perteneciente al Estado. Es lo contrario a Estado confesional, entendido como aquel Estado cuyas leyes establecen que una religión específica es la religión oficial, o que la concepción filosófica del Estado es el ateísmo oficial.

No se debe confundir estado laico con el estado laical en la Iglesia, que es la vocación que tienen los cristianos bautizados por la cual desempeñan servicios diferentes de los de los sacerdotes y religiosas. El laico de la Iglesia profesa su fe y la vive en el mundo para transformarlo. Esa es su vocación y misión religiosa.

El Estado laico no profesa ninguna fe, ni la niega oficialmente, ni la apoya oficialmente, ni la prohíbe o restringe. El Estado laico solamente tiene como misión crear el espacio legal -un estado de derecho- y el respeto ciudadano para que todas las religiones puedan desarrollar su misión dentro del orden y la libertad religiosa. Un estado laico no puede discriminar, ni diferenciar, ni segregar a un creyente por razón de ser religioso, ni puede obstruir el pleno desarrollo y propagación de la vida y obra de las Iglesias en el tejido social, cuidando que no perjudiquen el bien común de la sociedad.

En el mundo existen estados confesionales y estados laicos. Cuba ha experimentado, a lo largo de su historia, ambas experiencias: fue estado confesional en tiempos del colonialismo español en el que la religión católica era la oficial. Al nacer la República en 1902, fue declarada como Estado laico sin olvidar mencionar el nombre de Dios y de consagrar la libertad de conciencia y religión en su Constitución de 1901, lo que fue ratificado en la Constitución de 1940. Durante este período de estado laico las diferentes Iglesias tuvieron, quizás, el progreso y la labor social y cultural más significativa de su historia en Cuba.

En la Constitución de 1976, Cuba volvió a ser Estado confesional pues se establecía el ateísmo marxista-leninista como concepción científico-materialista profesada por el Estado. Esta etapa institucionalizó un período de reducción forzada y discriminación de las expresiones religiosas. De este período nos viene ese rezago de estructuras pertenecientes a la concepción del estado oficialmente ateo, ya superado por la ley, pero subsistente en los mecanismos y canales que surgieron en aquella época para la "atención" de los asuntos religiosos que era más bien el control de



las Iglesias por el Estado. En 1992, Cuba vuelve a ser un Estado laico al modificarse la anterior Constitución y quedar obsoleto el concepto ateuista del Estado y la sociedad.

En la actualidad, según la ley escrita, Cuba es un Estado laico. Esto debe significar que todas las religiones gozan de igual tratamiento, que todas disfrutan de todos los espacios de participación social en igualdad de condiciones, no sólo entre ellas, sino en condiciones de igualdad respecto a las demás instituciones y organismos sociales. Esto debería significar que ni religiosos, ni ateos, ni agnósticos o indiferentes tendrían que recibir ningún trato especial o diferenciado por parte del Estado o del Partido que en Cuba es “la fuerza dirigente de la sociedad y el Estado” (Art.5. Constitución de la República de 1992).

En este sentido, y para cumplir la ley, ninguna institución, organismo, asociación, escuela o centro de trabajo debería considerar a los religiosos como entes diferenciados, o como personas que “hay que atender directamente”, o como “personal no confiable por razón de su compromiso religioso”. Vuelven a aparecer documentos en la esfera laboral y educacional que establecen una atención especial a los alumnos con creencias religiosas y lo más lamentable es que esos documentos van dirigidos a fortalecer la educación político-ideológica, como si la fe religiosa se opusiera a esa formación por sí misma y automáticamente. En otras ocasiones hemos sabido que no se permite dictar una conferencia a un sacerdote o a un laico en nuestras universidades “porque nuestro Estado es laico”. Eso es desconocer lo que es un Estado laico o, por lo menos, no interpretarlo bien. O pudiera ser un reducto del Estado confesional ateo, pero nunca puede ser una razón para impedir que un creyente exprese sus opiniones en un recinto educacional, ¿o es que la escuela y la universidad siguen siendo confesionales en su ateísmo aunque toleren matricular religiosos siempre que se les “atienda”? Esto es inconstitucional.

La normalización de las relaciones entre la Iglesia y el Estado en Cuba no habrá llegado a su esencia medular mientras no sean superadas estas situaciones de segregación o “atención diferenciada” o discriminación, como queremos llamarle. Si un creyente se siente “raro” en su ambiente porque es objeto de “especiales cuidados”, tiene que declarar su fe en una planilla, o es considerado como persona que “tiene problemas” por expresar o practicar, no sólo el culto sino todos los compromisos personales, sociales, políticos, culturales de su fe, entonces las relaciones entre la Iglesia y el Estado no se han normalizado todavía en lo esencial.

Reconocemos que el clima ha cambiado en este tema, y se ha avanzado en muchos campos con relación al culto, a algunas necesidades materiales de la Iglesia; se han establecido espacios de diálogo que ya no se restringen a la jerarquía sino que van abarcando otros niveles y ambientes de la Iglesia



y de la sociedad. Se facilitan gestiones y hay interlocutores a los que dirigirse. Hay preguntas y dudas que se hacen de ambas partes, y comúnmente hay respuestas y aclaraciones, unas veces convincentes y otras no, pero que se intercambian en un clima de creciente respeto y diálogo. Porque lo convincente es la credibilidad que ambas partes se ganen a partir de hacer coherentes sus palabras con sus obras, sin perder su identidad. El diálogo no es para asentir a todo lo que las demás partes no entiendan o no les guste, sino para explicárselo y llegar a un mejor entendimiento.

Reconocemos que este es el camino para la normalización de las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Los actuales canales y estructuras existentes están sirviendo para avanzar por ese camino aunque no sean todavía los normales. Estar en camino es ya un logro en sí mismo y hace crecer la esperanza. Pero en todo camino compartido es necesario llegar a descubrir entre todos la dirección hacia la que se avanza, los fines que se desean alcanzar y los medios, que deben servir a esos fines y ser tan nobles como ellos. Ojalá que estas opiniones nos puedan ayudar a todos: entiéndase no sólo a los responsables, sino a los simples ciudadanos que se interesen en este asunto de vital importancia para Cuba, sean creyentes o no.

En ese camino sabemos que hay un trecho recorrido, que nadie desconoce y que muchos nos alegramos del andar. Las relaciones entre la Iglesia y el Estado en Cuba parece que están en camino y se mueven en la dirección adecuada para esta etapa de la historia. Sí, porque otro elemento que no debemos olvidar es que ni todo el camino se hace en un día, ni todos los caminantes avanzamos al mismo paso.

Pero si existe la voluntad de avanzar y no nos cansamos por lo largo del camino, si no nos asustamos porque este se ensanche y no confundimos prejuicios con experiencias, y cambiamos lo que haya que mejorar, y eliminamos los rezagos del pasado, y no nos disgustamos porque los compañeros de camino tengan un ritmo y un paso diferente (y si nos disgustamos, como es normal, recurrimos al diálogo como viático del camino); si no confundimos el culto con la religión, el Estado con la política de un partido, la Iglesia con la Jerarquía, los canales con las represas, la atención con el control, el pasado con el futuro... entonces estamos seguros de que, gradualmente, perseverantemente, pacientemente, como corresponde a un pueblo con madurez cívica, política y religiosa, nos acercaremos cada vez más a esa normalización de las relaciones entre un Estado verdaderamente laico, al que no hay que pedirle más que lo que le corresponde, y una Iglesia evangelizadora, profética y encarnada que no puede tener otra aspiración, ni privilegio, que poder servir a este pueblo sin limitaciones y sin pausas, en virtud de la única razón por la que lo sirve: porque forma parte inseparable de esta nación y porque la ama entrañablemente.

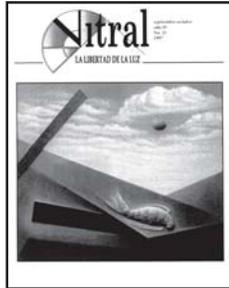


Precisamente porque la ama ha permanecido aquí; porque la ama ha sufrido incomprendiones de todas partes; porque la ama espera; porque la ama cree que este camino de diálogo y reconciliación que andamos, nos conducirá a un futuro mejor. Porque la ama quiere preparar esta visita del Papa Juan Pablo II con la profundidad y entusiasmo que merecen Cuba y el Santo Padre, que vendrá como mensajero de la Verdad y de la Esperanza.

¡Que sigan mejorando las relaciones Iglesia-Estado en Cuba: esa será una excelente preparación para la esperada visita del Papa!.

Pinar del Río, 14 de julio de 1997.





La causa de Dios es la causa del hombre

Año IV. N° 21. *septiembre-octubre 1997*

Desde hace muchos siglos hay un polémico asunto que aún mantiene toda su vigencia: la relación entre lo humano y lo divino, entre Dios y el hombre, entre lo religioso y lo profano, entre la Iglesia y la cultura, en fin, entre la fe y la vida.

Hubo épocas en que se confundieron, otras en que se combatieron, otras en que se separaron y otros tiempos en que entraron en fecunda comunión.

Hoy día cada persona y cada nación tienen su propia apreciación sobre este asunto que parece muy abstracto, bastante teórico, pero que, sin embargo, define muchas actitudes y compromisos en la vida. A la forma de relacionarse el hombre con lo trascendente, el ser humano con Dios, se le llama religión, que viene de la palabra "religar", es decir, establecer ligaduras, estrechar vínculos, hacer y rehacer relaciones.

Hay muchas formas de establecer estas relaciones, lo que equivale a decir muchas formas de vivir la religión. Por eso muchos se hacen la pregunta: ¿Qué es lo religioso? ¿Hasta dónde puede llegar la religión en la vida de un hombre o en la sociedad? ¿Existe de verdad una separación insalvable entre lo humano y lo divino? ¿Son irreconciliables lo religioso y lo profano? ¿No hay relación entre el "reino de este mundo" y el "reino de los cielos"?

Veamos algunas apreciaciones:

Algunas personas ven a Dios como en la mitología griega, sentado en su trono en lo alto del Olimpo, sin interesarse por la vida de los hombres, y en todo caso interviniendo sin mucho calor a través de semidioses en asuntos terrenos. Es un Dios lejano y desentendido de la vida de los hombres. En esa "religión" sólo se busca subir hasta Dios o, cuando menos, no hacer nada que irrite su divina tranquilidad.

Hay otros que creen que Dios es un gran castigador y un insomne vigilante que se entretiene en perseguir al hombre para cobrarle todas sus maldades e injusticias, todos sus pecados y limitaciones. Es un Dios implacable, enemigo del hombre, su eterno rival, que cela los triunfos humanos y no desea que el hombre sea feliz. En esa "religión" el hombre sólo busca huir de Dios, salvarse de su castigo o usarlo como verdugo de sus miserias cotidianas.



Muchos creen en un Dios más cercano a la fe cristiana pero reducen la religión al culto que le debemos a Dios, a las promesas y oraciones, a los mandamientos de no robar, no matar y no cometer acciones impuras. Es una religión para pedir y para servir de contén y reformatorio de las pasiones humanas. Es una creencia que da paz lejos de la realidad y recetas para la moral individualista sin ningún compromiso interpersonal y social. Sirve para expresar la religiosidad de modo intimista y considera a la fe como un asunto de la vida privada.

Sin embargo, la verdadera religión fundada por Jesucristo tiene su cimiento en un acontecimiento radicalmente nuevo en la historia de las religiones: la encarnación, es decir, ya no es el hombre quien sube al Olimpo de los dioses sino que Dios baja a la tierra y se hace hombre en las entrañas de una mujer de pueblo; ni son los creyentes los que sacrifican a su Dios, sino que Dios envía a su Hijo, Jesucristo, que siendo Dios, se sacrificó por todos los hombres.

En la persona de Jesús se une lo humano y lo divino, lo religioso y lo profano, la fe y la vida cotidiana de los hombres. Tan es así que no podemos separar en la vida de Cristo, aquello que es “religioso” de su vida de carpintero de Nazaret, ni de sus pescas en el lago de Galilea, ni de sus diálogos con una mujer pecadora junto al pozo, o de sus conversaciones con Pilatos el Gobernador romano... ¿Se puede separar en la vida de Cristo lo religioso de lo civil o todo lo que Él hizo y dijo lo llenaba del Espíritu de Dios?

En el cristianismo, que es nuestra religión, una cena de despedida se convierte en misa, la culminación de la nueva forma de adorar a Dios, una visita a unos amigos de Betania se convierte en retiro espiritual y en reflexión sobre la vida contemplativa de María y la labor indispensable de Marta. Un trabajo en el campo para recoger espigas de trigo y comérselas porque tenían hambre, es motivo para predicar sobre la primacía de las personas sobre el sábado y el viejo culto y en una invitación a mirar los campos maduros para la siempre nueva evangelización.

Nada más lejos del espíritu de la Iglesia fundada por Cristo que la separación entre la fe y la vida, entre la religión y los asuntos temporales. Una alta enseñanza de la Iglesia Católica, el Concilio Vaticano Segundo, ha declarado solemnemente esta “unión íntima entre la Iglesia y la familia humana” cuando en el conocido y nunca totalmente asumido Proemio de la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes* dice:

“Los gozos y la esperanza, las tristezas y las angustias de los hombres de hoy, sobre todo de los pobres y toda clase de afligidos, son también los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los discípulos de Cristo, y nada hay verdaderamente humano que no tenga resonancia en su corazón.” (G.S.1)

Muchos hombres de buena voluntad pretenden, por desconocimiento, identificar lo religioso con las prácticas rituales, con las oraciones, con las ceremonias dentro o fuera del templo, con las procesiones o con las obras de caridad de la Iglesia que ayudan a resolver problemas materiales o humanitarios. Todo esto forma parte de la obra religiosa de la Iglesia pero no agota, ni mucho menos su misión religiosa.



Muchas personas, incluso que se dicen católicas, entienden y ven con alegría que la Iglesia haga donaciones de medicinas sin que esto les lleve a sospechar que la Iglesia desearía convertirse una empresa farmacéutica, pero no entienden por qué la Iglesia debe dar educación ética y cívica, sin convertirse en un ministerio de educación. Esta visión reductiva de la misión de la Iglesia ve muy bien que ella pueda hacer misas y procesiones en calles y plazas, y esto es muy bueno, pero no comprende por qué ella tiene que brindar espacios para la reflexión económica y política desde la perspectiva de la doctrina social católica, sin que por ello vaya a convertirse en un partido político.

Vitral saluda como un signo de esperanza que puedan celebrarse misas en lugares públicos y que pudieran salir las procesiones con imágenes religiosas por nuestras calles, pero comprende que esto es sólo una parte de lo que debemos esperar y una señal de algo más importante y profundo: que los creyentes, y todos los cubanos, puedan sacar fuera la procesión que llevan dentro de sí: sus opiniones, concepciones filosóficas diversas, iniciativas económicas públicas y privadas, opciones y programas políticos de diferentes enfoques, creencias religiosas de variado espectro, sus diferentes proyectos de humanismo, sus creaciones artísticas y literarias sin trabas ni temores, y todo lo que debe salir del espíritu y las manos de los cubanos que quieren contribuir al bien superior de la nación.

Si la fe se separa de la vida cotidiana o sólo se entiende como libertad religiosa la posibilidad de practicar el culto sin restricciones, entonces no se ha entendido bien la esencia de la religión cristiana. Esa esencia ha sido resumida de forma preclara por San Ireneo, uno de los Padres de la Iglesia, cuando dijo: “La gloria de Dios es el hombre viviente” y, muchos siglos después, siguiendo la tradición, el Papa Juan Pablo II lo ha expresado así: “El hombre es el primer camino de la Iglesia”, en su Encíclica inaugural *Redemptor hominis*.

Comprendiendo este misterio de la encarnación de Dios en la historia y en la persona humana podremos entender esa íntima relación -esa religión- que quiere hacer llegar su mensaje, su visión del hombre y de la sociedad, de la economía y de la política, de la ecología y de la cultura, a todos los rincones geográficos del mundo y a todos los rincones de la vida de la gente, de los ambientes, de las naciones.

Si hacemos esta síntesis entre fe y vida, entre lo religioso y lo cívico, entre lo divino y lo profano, no debemos tampoco caer en el panteísmo o en la confusión de creer, como hemos escuchado, que todo lo que se haga, sin tener en cuenta su orientación moral o su sentido humanista, todo lo que se enseña y se vive, es religioso. Ni el extremo de separar absolutamente lo religioso de lo humano, ni el extremo de confundirlo todo perdiendo la identidad y lo específico del mensaje cristiano.

No todo lo que se dice o se hace está inspirado en la doctrina social de la Iglesia, ni esa doctrina puede reducirse a una teoría sin asideros en la práctica cotidiana. Pero la doctrina social de la Iglesia, y todo el Evangelio, pueden y deben penetrar todos los ambientes, no para confundirse con ellos y dejarse



arrastrar por sus seducciones o deformaciones, sino para potenciar todo lo bueno -semillas del Verbo- presente en esos ambientes; para denunciar y ayudar a redimir todo lo que vaya contra la vida del hombre, sus derechos y su trascendencia y para anunciar con la palabra, las obras y la vida ese Reino de justicia, de amor, de verdad y de paz que Jesucristo vino a inaugurar en el corazón de cada hombre y de cada nación.

Está ya muy próxima la visita del Papa a Cuba. Él viene como mensajero de la verdad y de la esperanza. Él viene para recordarnos que la gloria de Dios es que el hombre viva. Él viene a predicarnos el Evangelio de Jesucristo, que es una religión que cuando se ha alejado, o la han intentado alejar, de la vida cotidiana de la gente y de los problemas fundamentales de la sociedad no sólo se ha convertido en una práctica religiosa alienante, llamada con razón “opio de los pueblos”, sino que al estar ausente del devenir diario no ha podido dar su aporte específico, y entonces el hombre y la sociedad se han visto empobrecidos en su dignidad, vocación trascendente y niveles de humanidad.

A los que preguntan por qué la Iglesia se mete en política en su sentido amplio le contestamos: es por el hombre. A los que preguntan por qué una revista católica trata temas que no son “religiosos”, los invitamos a reflexionar sobre las referencias doctrinales que hemos incluido en este Editorial y que no tienen ningún margen de sospecha en cuanto a sus autores y autoridad.

Una mujer sin par, Santa Catalina de Siena, laica católica de su tiempo, que pudo servir a la Iglesia y a la vida social y política de su tiempo, cuyo compromiso temporal deberíamos estudiar detenidamente los laicos cubanos, se inspiraba precisamente en esta convicción de que la Iglesia no debe ser detenida por nadie en su camino hacia el hombre y la sociedad donde este vive, por la sencilla y trascendental razón de que el hombre “es la única criatura en la tierra a la que Dios ha amado por sí misma”(G.S. 24,3); así pudo entender por qué la Iglesia, desde el Papa hasta el último laico, no sólo tienen derecho a participar en la vida pública para mejorarla sino que esto constituye un deber intrínseco a la vocación y a la misión cristiana.

Estas son las intenciones primeras y segundas, la razón, de la presencia de los laicos y de toda la Iglesia en los ambientes de la sociedad, esta es la motivación que muchos buscan en razones espurias para explicarse el compromiso de muchos laicos en las cosas de este mundo cuando desearían mejor que se ocuparan solamente de las cosas del más allá. Así lo expresaba esa intrépida mujer en un atrevido diálogo con el mismo Dios:

“¿Qué cosa, o quién, fue el motivo de que establecieras al hombre en semejante dignidad? Ciertamente, nada que no fuera el amor inextinguible con el que contemplaste a tu criatura en ti mismo y te dejaste cautivar de amor por ella. Por amor lo creaste, por amor le diste un ser capaz de gustar tu Bien eterno.”(*Diálogo* 4,13).

Otro grande de la predicación del Evangelio, San Juan Crisóstomo, desde otra latitud y otra cultura coincide, por supuesto, con esta esencia raigal del cristianismo:



“¿Cuál es, pues, el ser que va a venir a la existencia rodeado de semejante consideración? Es el hombre, grande y admirable figura viviente, más precioso a los ojos de Dios que la creación entera; es el hombre, para él existen el cielo y la tierra y el mar y la totalidad de la creación, y Dios ha dado tanta importancia a su salvación que no ha perdonado a su Hijo único por él. Porque Dios no ha cesado de hacer todo lo posible para que el hombre subiera hasta Él y se sentara a su derecha.”(in Gen. Sermo 2,1)

Y si Dios no perdonó a su Hijo sino que lo entregó a la muerte y a la resurrección por los hombres, no nos dejará a los discípulos de su Hijo pasar por un camino diferente al de Jesús. Y si Dios no ha cesado de hacer todo lo posible para que el hombre suba... ¿podremos darnos los cristianos el lujo de dejar de hacer lo que esté en nuestras manos?

Una de las mejores formas de prepararnos para la ansiada visita del Santo Padre es seguir trabajando para que la Iglesia pueda alcanzar todos los espacios donde se desarrolla el “hombre viviente” y pueda dar su aporte al crecimiento de ese hombre, a su dignificación y felicidad. Si la Iglesia católica dejara de cumplir cada vez más plenamente esta grave responsabilidad en favor de la nación cubana no sólo pecaría de omisión, pues esa es su misión, sino que muchos cubanos le preguntarían luego qué estaba haciendo mientras la historia transcurría.

Pinar del Río, 8 de septiembre de 1997

Solemnidad de Nuestra Señora de la Caridad del Cobre. Patrona de Cuba.







Navidad: una gran alegría para todo el pueblo

Año IV. N° 22. noviembre-diciembre 1997

La Navidad vuelve a marcar el ritmo de vida de toda la humanidad.

Celebramos el nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, el Hijo de Dios que se hizo hombre en el seno de la Virgen María para entrar de forma plena y definitiva en la historia humana para salvar a cada hombre y mujer concretos y para salvar la historia y la cultura humanas.

Con el nacimiento de Jesucristo muchas cosas comenzaron a cambiar radicalmente:

cambió la ley del "ojo por ojo y diente por diente" por la de devolver bien por el mal recibido,

cambió el rencor por el perdón,

cambió las desigualdades por la justicia y la igualdad de todos ante Dios y ante los hombres,

cambió la ley opresora por la libertad de los hijos de Dios,

cambió el odio por el amor,

cambió la muerte por la vida,

cambió la vida sin sentido por un proyecto de vida cuya razón de ser es vivir-para-los-demás,

cambió el dolor inútil por el sufrimiento que se ofrece para salvar a otros,

cambió el desaliento de los hombres por la esperanza basada en la cruz asumida y resucitada,

cambió la forma de relacionarse los hombres al comprender que todos somos hermanos,

cambió la forma de relacionarse con Dios:

En efecto, Jesucristo nos enseñó a mirar a Dios no como a un Juez implacable sino como a un Padre cariñoso.

Nos enseñó que al Dios verdadero no se le puede encerrar en un templo, en una religión, en una ideología, en una cultura, en unas leyes externas ni aún en normas religiosas. Llegaba con su encarnación el tiempo en que a Dios se le adore en espíritu y en verdad. Cambió el calendario, como señal externa de que la vida de los hombres había entrado en una nueva era: la Era Cristiana, "Nuestra Era". Y desde entonces la vida comenzó a contarse a partir del año uno. Un nuevo punto



de partida. Un renacer. Un mundo que paraba para cambiar y crecer en humanidad. Por eso, a pesar de que la vida sobre la tierra tiene millones de años, la contamos a partir de ese momento, el del nacimiento de Jesucristo, conteo que -camino al tercer milenio de la era cristiana- se aproxima al Año del Señor de 1998.

Ningún otro nacimiento, de ningún otro ser sobre la tierra, se ha celebrado con mayor cariño, perseverancia y esplendor, precisamente porque no se trata del nacimiento de un hombre como otro cualquiera sino del Hijo de Dios hecho hombre para cambiar la vida de este mundo y salvarla, dignificarla, darle plenitud y felicidad.

Por eso la Navidad es siempre una gran alegría para todo el pueblo, para todos los pueblos. Porque en el estado actual de la civilización humana la sensibilidad y la conciencia de los hombres y de las naciones ha llegado a un punto de su desarrollo en el cual ninguna nación se atreve a negar los valores fundamentales del cristianismo. Aún las naciones de otro credo y religión respetan y se alegran de los aportes de Jesucristo a la humanidad.

Cuba es un país de raíz cristiana, por eso desde que llegó el mensaje de Cristo a nuestras tierras hace más de 500 años celebramos con gozo la Navidad. ¿Quién no hace memoria de las Nochebuenas cubanas, con su cena familiar, con su lechón asado y sus dulces en almíbar o con lo que hubiera, pues lo importante era reunir a toda la familia y cenar juntos para esperar en esa Nochebuena el nacimiento de Jesús. Esta costumbre debe recuperarse pues si encontramos formas de celebrar otras fechas que vinieron después en el intento de borrar esa memoria cristiana, cómo no vamos a encontrar con qué celebrar la Nochebuena ahora que hemos comprendido que habíamos dado la espalda al Dios verdadero para seguir falsas esperanzas que no lograron llenar de amor nuestro corazón ni darle un sentido profundo a nuestras vidas que se han cansado ya de tantos falsos dioses y de tanto agobio cotidiano en espera de una nueva era que nunca llegó.

La nueva era ya había llegado con Cristo, a quien celebramos como único Salvador, como único Mesías, como único capaz de dar sentido y felicidad al corazón humano. Lo que pasó fue que los hombres, haciendo uso de la libertad que Dios nos ha dado, abandonamos el camino que se abrió en Belén y nos intrincamos en otros trillos que ahora vamos entendiendo que no conducen a ningún lado. No por gusto hay en nuestro refranero popular aquel proverbio que dice: "no dejes nunca camino por vereda".

El arbolito de Navidad, el nacimiento con las figuras de María y José inclinados sobre un pesebre para acunar al niño Jesús, rodeados de la vaca y el mulo y en ocasiones de pastores y ovejas, no eran simples imágenes y signos que se pudieran borrar con una orientación ideológica o una justificación política. La memoria cultural de los pueblos no se borra tan fácil sobre todo cuando la alternativa que se les brinda no alcanza a satisfacer la sed espiritual de los pueblos ni su desarrollo moral y material.

Los cubanos debemos aprender la lección: si un pueblo abandona sus mejores tradiciones, su memoria cultural, su historia y costumbres, si un pueblo abandona su religión, la declara "problema ideológico", la esconde, la disimula, o la intenta



sustituir con otras ideas que no llegan a la médula de los huesos, ni al espíritu insatisfecho de los que buscan la trascendencia y la felicidad, la belleza y la verdad. Cuando los pueblos abandonan o esconden al Dios verdadero, al principio creen que tienen a Dios cogido por las barbas, creen que se han liberado de prejuicios y “representaciones fantásticas de la realidad” como fueron llamada las creencias religiosas en Cuba y otros países, creen que se han liberado de ataduras morales y prácticas supersticiosas... pero poco a poco, cuando el zapato va apretando, cuando nacen las nuevas generaciones que nunca tuvieron ni arbolito, ni nacimiento, ni Fiesta de Reyes Magos, ni cena familiar, ni asidero espiritual, ni proyecto moral, ni sentido trascendente de esta vida, entonces comenzamos a preguntarnos ¿Qué ha sucedido que los niños no tienen fantasías y viven sin ilusiones? ¿Qué ha sucedido que muchas familias están destruidas y los vecinos se ponen las manos en la cabeza cuando una pareja va a tener más de uno o dos hijos?

¿Qué ha pasado que en muchas de nuestras escuelas no existe el ambiente educativo de otros tiempos cuando la figura del maestro cubano, con o sin escuela, con o sin pupitres, con o sin zapatos para sus alumnos, alcanzaba sembrar virtudes en el alma de los niños y jóvenes aun cuando cada cuál luego cogiera su camino o su vereda? ¿Qué ha pasado que casi todo el mundo reconoce, incluso la radio, la prensa y la televisión, que hay una pérdida de valores éticos en nuestra sociedad? ¿Qué ha pasado que con frecuencia la fidelidad tanto en la vida conyugal como en la lealtad política o en la relaciones de amistad se convierten en excepciones que confirman la regla de que no abundan los asideros morales?

Los cubanos debemos aprender la lección: cuando un pueblo abandona su espiritualidad, su mística, su religión y su Dios, se empobrece, se amarga, se desintegra moralmente y se seca.

Y los pueblos alimentan su espiritualidad y viven su mística y su religión a través de las celebraciones religiosas. La religión no es para esconderla dentro del escaparate, ni para encerrarla en los templos, ni para reducirla a sentimientos privados y ocultos, ni para reducirla a algo que se tolera individualmente pero se le trata como una amenaza, o un problema, o un extraño en la vida pública. Cuando algunas de estas cosas ocurren la gente sencilla comienza a sospechar que los asuntos religiosos pueden traer problemas, que es mejor creer para sí, que la religión se lleva por dentro para que no me molesten.

La religión es para celebrarla en el sagrario del corazón y poder sacar fuera la procesión que llevamos por dentro. Por eso la Iglesia reclama las celebraciones públicas de la fe cristiana, como es la Navidad; por eso la Iglesia no puede a veces explicar convincentemente por qué no pueden salir las procesiones por nuestras calles y los obreros de un centro de trabajo no pueden adornar un arbolito de Navidad y poner unas figuras religiosas en su nacimiento. Como si las figuras religiosas fueran a hacer daño a la conciencia de la gente o al ornato público. Pobre de un pueblo que no pueda poner signos religiosos en sus centros de trabajo, en sus hospitales y escuelas cuando los mismos trabajadores,



estudiantes y enfermos desean fervientemente tenerlos a la vista y sobre su corazón. Pobre de la nación que haya intentado borrar sus fiestas religiosas e intente llenar el vacío espiritual con falsos dioses.

Ni la condición de estado laico, ni la condición de país con una cultura “ecuménica” son justificaciones válidas para desconocer las fiestas de Navidad y Día de Reyes. O puede ser así porque un estado laico no debe privilegiar ninguna religión, ni profesarla oficialmente, pero no tiene derecho a prohibir que los trabajadores que lo deseen, como sucedió en años recientes, adornen sus centros de trabajo con arbolitos y nacimientos. Ni puede prohibir las procesiones religiosas y decidir dónde se reúnen los cristianos considerando estas reuniones religiosas como oportunidades para el desorden público.

No se debía argumentar que somos un país ecuménico para desconocer las fiestas cristianas, porque precisamente la raíz de nuestra cultura, la matriz de nuestra nacionalidad y el punto común de todas las confesiones religiosas presentes en nuestro país, aún aquellas expresiones de sincretismo religioso de origen africano -consideradas hoy erróneamente como la “religión mayoritaria” de Cuba-, aún estas tienen en su acervo la celebración de la Epifanía de Reyes, única fecha que en tiempos de la esclavitud podían salir a la calle con sus cabildos y tambores a celebrar sus propias creencias ya que en esa fecha la Iglesia celebraba la manifestación del Niño Jesús a toda nación, lengua y cultura representados en los tres Reyes del Oriente. Si fuéramos a considerar, esta dimensión ecuménica debería ser la razón fundamental para celebrar públicamente en Cuba la Navidad y los Reyes.

Por eso la Navidad debe celebrarse públicamente en Cuba como se hizo durante más de cuatro siglos y medio hasta que en 1969 fue suspendida por el Gobierno. El 6 de enero, Día de Epifanía, Día de los Reyes Magos, debe celebrarse públicamente en Cuba como se hizo durante más de cuatrocientos setenta años hasta que se creó el Día de los Niños cerca de las fiestas de julio. La memoria cultural de los pueblos, su espiritualidad y su religión no pueden ser sustituidas de un día para otro sin que se cause un gran daño espiritual a la nación.

Por todo esto la Navidad ha sido siempre “una Buena Noticia”, una “gran alegría para todo el pueblo” como anunciaron desde hace casi dos mil años los ángeles a los pastores que estaban en su *centro de trabajo* en los campos de Belén.

Vitral desea a todo el pueblo cubano, aún a aquellos que no entienden todavía estas cosas, una Feliz Navidad, un próspero Año Nuevo, verdaderamente distinto al que terminamos.

Vitral desea a todos un regreso a nuestras fiestas tradicionales y públicas de la Navidad, exhortando a cada familia, a cada creyente a celebrarlo de la mejor forma, de la forma más sencilla y pública que pueda, porque la Navidad es, en fin de cuentas, fiesta de hermanos donde todos estamos invitados a compartir, no la confrontación sino la cena, no la amargura sino el cariño del hogar, no la violencia siempre repelida sino la paz verdadera entre todos los hermanos de un mismo pueblo.



Si aún no nos hemos puesto de acuerdo en esto, no importa pues lo más importante no es pensar igual sino expresarnos con toda confianza y franqueza. Por eso nos dirigimos a todos los cubanos, creyentes y ateos, cristianos o no, para desearles a todos, a los simples ciudadanos y a los que ocupan responsabilidades en el gobierno de la nación, que tengan un Feliz Año Nuevo 1998 en el que celebraremos el primer centenario del fin de la dominación española en nuestra querida tierra.

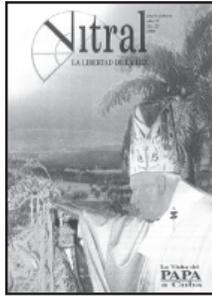
Deseamos un Feliz Año 1998 que se inicia con la esperada visita del Santo Padre Juan Pablo II. Que esa visita pastoral no sea objeto de manipulación ni de confrontación por parte de nadie.

Vitral desea que sea un ocasión de unidad, reconciliación, convivencia fraterna y proclamación de la Verdad y de la Esperanza que ilumine y prepare un nuevo año para todos los cubanos sin excepción.

Pinar del Río, 8 de diciembre de 1997.







Cuba después de la visita

Año IV. Nº 23. enero-febrero 1998

Una visita es una visita. Pero la visita de Juan Pablo II a Cuba ha sido una conmoción tras la cual nada ha quedado igual. Si nos encontramos con lo cotidiano y «lo de siempre» es por la inercia de lo viejo que necesita tiempo y trabajo. Pero «lo imposible se ha hecho posible» y lo nuevo ha comenzado.

“Esta es la hora de emprender los nuevos caminos que exigen los tiempos que vivimos” -ha dicho el Papa sin dudar. Esta es la hora de todos los cubanos. Es la hora de que Cuba se abra. Y esto lleva tiempo, trabajo y serenidad.

Debemos hilar muy fino. Casi todo está dicho. Hemos escuchado la voz del Papa, la voz de nuestros Obispos, pero sobre todo hemos podido escuchar con toda claridad la voz del pueblo. Hilar fino significa seguir el hilo de lo que el pueblo ha expresado, no los «hilos» que convienen a intereses de parte o rezagos del pasado.

No cabe duda, la visita ha sido beneficiosa para todos.

Para el Estado: Ha recibido con cortesía y orden al más insigne visitante; ha acogido el testimonio y la palabra de la más alta autoridad moral que con su visita ha enviado un mensaje al mundo: el aislamiento no es el camino de los cambios, las medidas económicas como los embargos y los bloqueos “son injustas y éticamente inaceptables”; y ha condenado al “neoliberalismo capitalista que subordina la persona humana... a las fuerzas ciegas del mercado”.

Pero en nuestra opinión lo más importante para el Estado, en su misión de servir a todo el pueblo, es haber declarado, por boca de su máximo líder, que recibir de esta manera al Papa es una prueba de civilización. Que escuchar con tolerancia y respeto las ideas con las que no se está de acuerdo es una prueba de madurez ciudadana y confianza política que no nos debilita sino que nos fortalece.

Esta es la aceptación oficial de que el pluralismo de opinión y la diversidad de opciones no divide al pueblo sino que puede ser ocasión para demostrar más profundamente su unidad. Por primera vez se practica a nivel de todo el pueblo lo que se experimentaba a veces sólo a nivel interno de organizaciones de masas en una democracia de apoyo cuyo marco era, y seguirá siendo durante un tiempo por inercia, expresar los diversos criterios siempre que no fueran opuestos a los oficiales. También se venía experimentando en espacios no



oficiales que con mayor libertad de expresión reconstruyen la sociedad civil cubana sobre la base del respeto a la diversidad y el pluralismo. Lo que venía sucediendo en lo pequeño, lo impensable, lo prohibido no solo fue aceptado súbitamente sino alentado y valorado como prueba de madurez ciudadana y nivel de cultura y civilización.

Estos puntos han sido expresados antes de la visita y ratificados después de ella por la máxima dirección del país. Si nos ajustamos a lo dicho y lo hecho durante la visita, la hora del pluralismo ha sonado oficialmente. Y aunque se haya dicho que la mayor dificultad para comprender esto estaba en los propios cuadros y militantes comunistas, debemos corresponder a esta muestra de sinceridad diciendo que también en muchos otros cubanos y en la comunidad de los creyentes perdura la inercia de lo viejo. Entre otras cosas porque el cambio ha sido súbito y reciente.

Hace falta tiempo para asimilar y comprobar si la práctica diaria y a nivel de base se corresponde a esta voluntad de respeto y tolerancia hacia los criterios diversos, aún aquellos “con los cuales pueda estar en desacuerdo” y que, aún más, han sido agradecidos “en nombre de todo el pueblo de Cuba” en las palabras de despedida del Presidente cubano.

Esta visita ha permitido estos gestos y palabras del Estado cubano a su más alto nivel y ha demostrado que se puede convivir en la diversidad sin lesionar la unidad. Es más, han enviado al mundo un mensaje de tolerancia, civilización y esperanza. Este logro del Estado cubano no debe ser interpretado sólo como un dividendo político para el gobierno sino como un gesto de su voluntad de acoger, por primera vez a nivel de plazas y multitudes, un pluralismo que no es dañino para nadie. Este camino demostrado fehacientemente en la visita debe servir de ejemplo, experiencia y muestra de lo que necesita desarrollar en su interior esta nación. Así reconquistará la confianza y la apertura de todo el mundo que no tendrá otra alternativa civilizada que abrirse a Cuba como lo ha solicitado el Santo Padre. Esta experiencia no debe tener ni freno ni marcha atrás, debe avanzar con la gradualidad que es garantía de la seriedad y la durabilidad de los cambios que necesitamos.

La visita ha sido beneficiosa para todos

Para la Iglesia en Cuba: Porque ha sido confirmada en su fe, alentada en su esperanza, acompañada y reavivada en su caridad. La Iglesia ha recibido el gran don de la visita del Vicario de Cristo, su fundador, que ha venido a decir con su voz lo que la Iglesia ha dicho con la suya y que ha encontrado confirmación y aliento en el supremo magisterio del Papa. No caigamos en la tentación de aceptar la voz del pastor que viene de fuera y de arriba y rechazar, aduciendo oportunidad o tono, la voz de los pastores que están aquí dentro compartiendo cotidianamente la vida de nuestro pueblo. Esta visita ha demostrado que lo que dicen nuestros obispos es la mismísima enseñanza del Papa, de la Iglesia, del Evangelio.



La Iglesia en Cuba ha llegado a su edad adulta luego de cuarenta años de prueba. La cruz es siempre fecunda. Es la hora de la Iglesia, pero sobre todo la hora de dar prueba de su madurez, su transparencia, su audacia y su moderación. Moderación es la actitud que promueve la gradualidad. Moderación no es no decir nada ni hacer nada, y menos consentir en todo. Es hacer las cosas que se deben hacer con el ritmo histórico que requieren los signos de los tiempos.

Ha sido beneficiosa para la Iglesia porque el pueblo cubano ha tenido la oportunidad incomparable de expresar públicamente sus sentimientos religiosos. Y cuando estos sentimientos salen fuera del santuario de la conciencia y toman carta de ciudadanía en las calles y plazas de su Patria, salen fortalecidas a la vez la Patria y la conciencia, el arraigo y la apertura a Dios, la convivencia ciudadana y la religión. La Iglesia tiene ahora el reto de acoger a los que han cambiado durante la visita, a los que vienen a buscar continuidad para esa experiencia de espiritualidad y libertad, para los que ya estábamos en su seno pero ahora hemos escuchado la llamada del Papa a profundizar en la fe, crecer en el compromiso y participar activamente en la vida pública desde nuestra identidad cristiana y proponiendo los aportes que emanan de la doctrina social de la Iglesia.

Sería fatal que la voz del Papa y de nuestros obispos no encontrara en los católicos, y en todos los hombres de buena voluntad, la aplicación en la práctica. Esto le dará credibilidad y frutos a la semilla de esperanza que ha sembrado el Santo Padre.

La visita ha sido una gracia de Dios para todos.

Pero, sobre todo, para el pueblo cubano: Porque ha tenido la oportunidad de sentirse uno y libre, porque ha tenido la oportunidad de demostrar su cultura y civismo. Porque como ha dicho el Santo Padre "ha sido un encuentro largo tiempo deseado por parte de un pueblo que, en cierto modo, se ha reconciliado en él con su propia historia y su propia vocación. La visita pastoral ha sido un gran evento de reconciliación espiritual, cultural y social, que sin duda producirá frutos positivos también en otros ámbitos." (Audiencia, 28 de enero 1998)

Y cuando un pueblo se reconcilia consigo mismo, con su historia verdadera, con las raíces auténticas de su cultura, con la diversidad de sus hijos -piensen como piensen y vivan donde vivan- entonces ese pueblo ha cambiado. Comienza a aceptarse como es, para ser mejor de lo que es, pero sin excluir a ninguno de sus hijos.

Los frutos que esperamos después de la visita dependen de que ese camino de respeto por lo que somos, de fidelidad a nuestra vocación como pueblo, de reconciliación entre todos los cubanos de la Isla y de la diáspora, de los que creen o no, de los que opinan y actúan políticamente distinto, pueda ser protagonizado por todos los cubanos sin ningún tipo de bloqueos. Ese camino ha sido emprendido ya, pero sólo en semilla, en proyecto, en señal. Ahora nos toca



convertir la semilla en árbol de civilización, el proyecto en realidad cotidiana y la señal en trayecto.

Son también beneficios para el pueblo los alcanzados por la Iglesia y el Estado, que existen para servir al pueblo, y que, si han sido legítimamente beneficiados por la visita del Papa, esos beneficios deben revertirse en mayor soberanía y espiritualidad para toda la nación cubana. Pero recordemos la enseñanza pontificia que nos ha recordado que la persona humana, cada cubano, es el único sujeto, el centro y el fin de toda obra del Estado y de la Iglesia, es y debe ser, en fin, “el protagonista de la historia personal y nacional”.

Y para los que se preguntan si todo esto tendrá marcha atrás, si habrá un frenazo, si la visita no tendrá la debida continuidad, queremos comunicarles una certeza: cuando un pueblo ha podido manifestar públicamente sus sentimientos religiosos, esto constituye una experiencia de libertad irreversible.

Desde hace más de 30 años la Iglesia Católica en Cuba está diciendo, y haciendo, que es posible la apertura al pluralismo y a la participación democrática por los caminos del diálogo y la reconciliación y no por los caminos de la violencia y de la muerte. La visita del Papa ha sido una verdadera lección de que ese diálogo es posible aunque nos parezca imposible. En esta ocasión también contamos con la convocatoria y la orientación del Presidente un mes antes en la Asamblea Nacional y cinco días antes desde las cámaras de televisión.

La Iglesia estaba preparada para esa convocatoria y cumplió su compromiso de garantizar un clima pastoral para la visita y no dejarse manipular por nadie. Los cuadros del Estado y del PCC respondieron a la convocatoria y lo hicieron bien, y con satisfacción en muchos de ellos. El pueblo demostró estar preparado para vivir estos momentos diferentes y pasar la prueba del respeto a lo distinto, la educación y la escucha ante las opiniones divergentes y la capacidad de compartir en la calle con personas que tienen opciones políticas, ideológicas y religiosas diversas.

La Iglesia venía diciendo y realizando lo que estaba en sus manos para hacerlo posible. Faltaba la convocatoria para que todas las condiciones aparecieran creadas pues lo estaban. Para que lo prohibido se lograra y para que los que no entendían comprendieran.

Y ahora, después de haber hecho esta experiencia que nos demostró a todos que es posible. Que el pueblo cubano está preparado para el pluralismo y lo desea, pues lo ha expresado civilizadamente en las calles y las plazas. Ahora que el mundo entero ha visto la verdad sobre Cuba. Lo que quiere su pueblo. Lo que es capaz de hacer su gobierno. La seriedad y capacidad de convocatoria de la Iglesia y su capacidad para respetar las funciones estatales sin dejarse manipular. Ahora... ¿qué es lo que falta para que Cuba se abra más prontamente a los nuevos caminos de libertad y democracia que exigen los tiempos que vivimos? ¿Qué falta para que lo haga sin violencias, gradual y pacíficamente?...

La visita y su preparación dependieron en la mayor medida de la Iglesia en Cuba, de sus pastores, sacerdotes, religiosas y laicos que desde hace décadas prepararon el terreno con sacrificio y perseverancia. Pero no podemos negar



que la visita alcanzó los beneficios que hemos nombrado, y los que encontraremos en lo adelante, gracias también a una voluntad de decisión por parte del Estado, que abrió lo que hubiera podido haber permanecido cerrado. Sin esa decisión la visita no hubiera alcanzado los niveles que alcanzó.

Hay algo muy claro, como fruto de esta visita:

La Iglesia Católica en Cuba tenía razón en sus propuestas y en sus métodos graduales, dialogantes y pacíficos. Ella está lista para servir a Cuba en una evolución que conlleve a la apertura que ha pedido el Papa y que el pueblo ha expresado en las plazas.

El Estado y el PCC tienen capacidad de convencer a sus cuadros y de lograr que escuchen y dialoguen con personas que tienen ideas y propuestas diferentes. Y ha demostrado que, apelando a la razón y a la confianza como ha hecho el Presidente, asumiendo plena responsabilidad ante el riesgo, se puede mantener el orden, el clima de respeto y la libertad de expresión que necesitaba el pueblo para participar activamente en la visita del Papa. Eso mismo se puede lograr ante otros riesgos que supone un cambio en el sentido de perfeccionar y abrir nuestra democracia.

El pueblo ha demostrado que “es respetuoso de la autoridad y le gusta el orden... es un pueblo que ha luchado largos siglos por la justicia social y ahora se encuentra, al final de una de esas etapas, buscando otra vez como superar las desigualdades y la falta de participación”. (Mons. Meurice. Palabras de saludo al Papa en Santiago). Y ha demostrado también, como ha dicho el Presidente, un alto grado de cultura y civilización ante la diversidad de opiniones.

Esperamos que no falte la convocatoria y orientación de la máxima autoridad del país para continuar esta experiencia de pluralismo y apertura pero llegando a la médula de los problemas nacionales, de los cuales solo los cubanos, sin esperar que todo nos venga de arriba o de afuera, debemos resolver entre cubanos: también eso es ser protagonistas de nuestra historia.

Esperamos que no falte la labor educativa, guiadora, alentadora y mediadora de la Iglesia que ha demostrado tener razón al recomendar: “No tengan miedo, abran de par en par las puertas a Cristo”. Las puertas del corazón y las de la cultura, la economía, la política y la sociedad. La gradualidad ha sido su método y su secreto. El arraigo y la encarnación en esta realidad ha sido la garantía de su fidelidad a Cuba y los sufrimientos e incomprensiones que ha vivido, venidos de todos lados, es la causa de su credibilidad.

Esperamos que no falte la discreción, el respeto y la apertura de las demás naciones de la tierra, especialmente de los Estados Unidos, Iberoamérica y la Unión Europea, para que puedan aprender de la visita del Papa que los problemas de Cuba deben empezarse a resolver desde la cercanía a Cuba, a su pueblo y también a sus autoridades, como lo ha hecho sin miedo y sin prejuicios el Papa... y no cualquier Papa sino Juan Pablo II, el Papa polaco que conoce el nazismo, el comunismo y el capitalismo en su propia carne. Las medidas de fuerza deben cesar sin condiciones. La historia demuestra su ineficacia y la visita del Papa es



buena oportunidad para abrirse a nuevas políticas que contribuyan a crear un clima de paz y cambios graduales, lejanos ya los años inflexibles de la guerra fría.

Cuba, después de la visita del Papa, espera que estos cuatro protagonistas: el pueblo, el Estado, la Iglesia y la comunidad internacional, no falten o lleguen tarde a la cita con su futuro, engendrado de sus entrañas de matriz cristiana y colocado en las plazas públicas por la voz y los gestos de un Pontífice que pasará a la historia como el Padre grande que acompaña a sus hijos, los pueblos del mundo entero, hasta el umbral de la esperanza. Pero que, una vez en esa puerta, los invita a alzar la frente, extender la mirada y emprender el camino con la autonomía y la madurez cívica de los pueblos adultos que son capaces de ser auténticos y pacíficos protagonistas de su propia historia.

Este es el camino que nos conducirá al «después de la visita del Papa». Cuba debe traspasar el umbral y seguir adelante.

Pinar del Río, 31 de enero de 1998.





La educación: el derecho a elegir cómo ser

Año IV. Nº 24. *marzo-abril 1998*

En muchos países del mundo, gran cantidad de hombres y mujeres, niños y jóvenes, ni siquiera pueden elegir entre el analfabetismo y la instrucción. La pobreza material no da opción. La educación pública es un derecho a exigir.

En Cuba, afortunadamente, eso no es un problema. Se han hecho grandes esfuerzos para que la instrucción pública llegue a todos. El problema aquí es otro: los cubanos no podemos elegir el enfoque filosófico, los métodos pedagógicos, la orientación religiosa, ni el tipo de escuela que queremos para nuestros hijos.

A cambio de masividad hemos abandonado la responsabilidad personal de educar. A cambio del acceso gratuito a la instrucción no hemos ejercido la libertad de elegir el tipo de educación. Y cuando expresamos que esto es un problema se nos dice que debemos dar gracias por la oportunidad de poder estudiar gratuitamente. A cambio de la gratuidad hemos descuidado la calidad.

La gratuidad tiene un precio en Cuba: agradecer y ser fieles. Agradecer está bien, es bueno ser agradecidos y ser ingratos es una forma de miseria humana. Pero la ayuda que crea dependencia no libera, sino encadena; ata con lazos invisibles y más crueles por ser sutiles; cambia libertad por seguridad. Convierte al hombre en prisionero de su miedo a perder las pocas seguridades que le vienen dadas. Supervivir y tener algo es preferible para muchos que asumir las riendas de su vida con independencia, porque siempre supone riesgo.

No deseáramos las brutales desigualdades que se viven en otros sistemas y países. Pero las desigualdades están viniendo de todas formas y no a cambio de mayor libertad y responsabilidad sino impuestas por mecanismos económicos que nos colocan ante lo peor del capitalismo y lo peor del socialismo. Lo peor del socialismo es la falta de libertad personal, la dificultad para elegir, no tanto lo que podemos hacer, sino lo que queremos ser. Lo peor del capitalismo son las injusticias sociales que engendran desigualdad.



Lo esencial del problema de la educación en Cuba no es el acceso a la instrucción sino la falta de pluralismo dado su carácter ideológico único y excluyente. En otras palabras: si es verdad que todos tienen acceso a la instrucción, los padres no pueden elegir libremente el tipo de educación que creen mejor para sus hijos.

Al escribir esto recordamos estas palabras del Papa Juan Pablo II en Santa Clara: “Los padres, al haber dado la vida a sus hijos, tienen la gravísima obligación de educar a la prole y, por consiguiente, deben ser reconocidos como los primeros y principales educadores de sus hijos... Por tanto, los padres sin esperar que otros le reemplacen en lo que es su responsabilidad, deben poder escoger para sus hijos, el estilo pedagógico, los contenidos éticos y cívicos, y la inspiración religiosa en los que desean formarlos integralmente. No esperen que todo les venga dado.” (Homilía en Sta. Clara, no.6)

Elegir el estilo pedagógico es, por ejemplo, poder optar entre una educación paternalista y manipuladora y una pedagogía liberadora y respetuosa de la dignidad y los derechos de la persona.

La educación paternalista garantiza que todos los «alumnos-hijos» reciban del «Estado-padre» una instrucción segura cuya finalidad es repetir y continuar en los hijos ideas y actitudes idénticas a las de los mayores; esto también ocurre en el ámbito de una familia autoritaria, o una institución religiosa paternalista o no participativa. Una correa de transmisión que impulsa y reitera el mismo movimiento al mismo ritmo. No educa personas sino máquinas repetidoras. Asegura fidelidad ciega o ingenua, pero convierte a los ciudadanos en una carga para el Estado, la Iglesia y la familia, en una masa amorfa y sin voluntad que hace de la desidia un estilo de vida cotidiano.

La educación paternalista y manipuladora es seguridad para hoy e incertidumbre para mañana, porque cuando toque decidir con cabeza propia en el momento en que no se tenga la tutela de arriba, se cae fácilmente en la indecisión y la corrupción.

La educación liberadora y pluralista, en cambio es riesgosa e insegura hoy y garantía de la adultez cívica y la autonomía de las personas y de la sociedad civil mañana. Riesgo del niño que comienza a dar los primeros pasos, pero todos sabemos que sin correr este riesgo nadie sabría hoy caminar con sus propios pies. ¿De qué nos asombramos cuando vemos personas y grupos postrados moral y socialmente?

La educación liberadora no es apertura al libertinaje sino a la responsabilidad personal y social. Sólo el que es libre de elegir puede asumir la responsabilidad de su actuación. La educación pluralista no es apertura al relativismo moral y al «todo vale», es descubrir la riqueza de la diversidad y respetarla como garantía del aprecio a los derechos de cada persona.

Cada padre y madre cubanos tiene el derecho de elegir entre estos dos estilos pedagógicos, que es como elegir entre un hijo-robot pero que no tiene problemas y un hijo adulto y libre con el riesgo de serlo.



Elegir el contenido ético y cívico de la educación es otro de los derechos que los padres cubanos no debemos dejar a la voluntad de otros. Se trata de que la educación va más allá de la instrucción y al llegar a la transmisión de valores y actitudes se está jugando la vida de las personas que se educan. Ciertamente los maestros y los padres forjan el carácter de los hijos y alumnos, pero los padres tienen el derecho de elegir el molde y el cincel, así como al herrero que lo ayudará a completar la forja que empieza en casa.

Lo peor es que no exista, como durante mucho tiempo ha pasado en Cuba, ni molde ni cincel. No estamos hablando sólo de que la asignatura Moral y Cívica fuera eliminada de nuestros programas como lo ha sido, sin tener hoy todavía regreso pleno, pues lo que existe es insuficiente y totalmente ideologizado. Estamos refiriéndonos a que se destruyó como «burguesa» la fragua que moldeaba el carácter de los niños y jóvenes pero no se logró edificar un nuevo ambiente favorable a la educación ética. Esa es la raíz de la pérdida y crisis actual de valores que está reconocida francamente hasta en la prensa oficial.

Se trata de enseñar para la vida y no sólo para coger la Escuela Vocacional o una carrera. Se trata de facilitar un ambiente favorable, se trata de aprender a hacer un proyecto de vida, una escala de valores, una opción fundamental y entrenarnos para ser coherentes con ese proyecto. El Papa lo dice en su Mensaje a los Jóvenes Cubanos: “El mejor legado que se puede hacer a las generaciones futuras es la transmisión de los valores superiores del espíritu. No se trata solo de salvar algunos de ellos sino de favorecer una educación ética y cívica que ayude a asumir nuevos valores, a reconstruir el propio carácter y el alma social sobre la base de una educación para la libertad, la justicia social y la responsabilidad.” (no.4)

Cada padre y cada madre cubanos tiene el derecho a elegir estos contenidos éticos y cívicos que es lo mismo que elegir entre unos hijos dependientes y sin voluntad o unos hijos que puedan ser protagonistas de su historia personal y social.

Elegir la inspiración religiosa de la educación es el tercer aspecto del derecho que deben gozar y ejercer las familias cubanas. Y en este aspecto habría mucho que aclarar. Cuando hablamos de inspiración religiosa no necesariamente estamos hablando de colegios religiosos. En esto, como en lo anterior, hay diversidad de opciones y caminos.

Está la escuela religiosa, propiedad de la Iglesia o de una congregación religiosa, en las cuales las monjas o frailes ya no necesariamente tienen que administrar o dirigir sino ser testimonio y presencia animadora, dejando a los laicos y otras personas de buena voluntad la dirección del colegio o la universidad y otras funciones más propiamente laicales.

Está la escuela pública o del Estado en la que pueden y deben tener acceso para enseñar o dirigir laicos y religiosas con el mismo derecho y deberes de los restantes profesores. En ellas puede haber, opcionalmente, clases de religión y de moral según el criterio de los padres y de los mismos alumnos.



Está la escuela privada no religiosa, o no confesional, donde también los padres y alumnos pueden optar por clases de religión o formación ética según las creencias de sus familias.

En todas ellas pueden compartir el proyecto educativo personas creyentes y no creyentes sin tener que aferrarse a un modelo único y excluyente o sectario de enfoque filosófico o religioso, ideal para todos los alumnos y profesores. Esta es la diversidad. Es el pluralismo educativo, que de ninguna manera puede confundirse con el caos pedagógico, ni con la indiferencia filosófica, ni con el permisivismo moral o el sincretismo religioso.

Cada padre y madre cubanos tiene el derecho y el deber de escoger entre estas y otras formas de garantizar la inspiración religiosa o atea de la educación de sus hijos.

Fijémonos que se habla de inspiración religiosa y no de clases de religión o catecismo solamente. La diferencia está en que la inspiración religiosa cubre, orienta y penetra toda la actividad educativa y las clases de religión son un momento puntual y formal en la actividad docente. No son excluyentes pero no se puede reducir la inspiración a clases u otras actividades religiosas.

La educación en un Estado laico debe permitir a los padres hacer estas tres opciones. No hacerlo es no sólo impedir la diversidad del quehacer pedagógico, sino violar el derecho sagrado de que cada familia y cada persona pueda elegir cómo quiere ser, qué tipo de ser humano desea ser. En esto radica la gravedad de este tema y la urgencia para solucionarlo en Cuba.

El argumento de que reconocer este derecho no permitiría a personas o Iglesias menos favorecidas o minoritarias tener acceso a medios e instituciones educativas es como pretextar que no se introduce la computación porque no todos los ciudadanos tienen una computadora personal., o que no se harán más transmisiones de televisión porque todos no tienen televisor. El deber del Estado laico es diversificar la educación y crear las condiciones para facilitar a las minorías el acceso a este derecho universal.

En Cuba la historia ha demostrado que los dos extremos son despersonalizantes: ni colegios privados excluyentes o discriminatorios por razones de raza o economía, ni una escuela única en su orientación filosófica e ideológica excluyente o discriminatoria por razones políticas, religiosas o de opinión.

Esto no desconoce los logros de la instrucción y las inversiones hechas por el Estado en Cuba durante estas últimas casi cuatro décadas. El asunto está en el resultado de esas inversiones materiales y de esa instrucción. Recordamos las palabras del Papa en este sentido: "las estructuras públicas para la educación, la creación artística, literaria y humanística y la investigación científica y tecnológica, así como la proliferación de escuelas y maestros, han tratado de contribuir a despertar una notable preocupación por buscar la verdad, por defender la belleza y por salvar la bondad: pero han suscitado también las preguntas de muchos de ustedes: ¿por qué la



abundancia de medios e instituciones no llega a corresponder plenamente con el fin deseado?

La respuesta no hay que buscarla solamente en las estructuras, en los medios, en el sistema político o en los embargos económicos que son siempre condenables por lesionar a los más necesitados. Estas causas son solo parte de la respuesta, pero no tocan el fondo.” (Mensaje a los jóvenes Cubanos, no.2)

El mismo Santo Padre propuso, en el Aula Magna de la Universidad de la Habana, cuál es la respuesta de fondo del problema de la educación en Cuba, cuando recordó que el Padre Varela “maestro de generaciones de cubanos, enseñó que para asumir responsablemente la existencia lo primero que se debe aprender es el difícil arte de pensar correctamente y con cabeza propia”. (no.4)

Es esto lo que está en debate cuando hablamos del derecho a elegir la educación de los hijos.

Pero no debemos quedarnos en el análisis de la realidad. Debemos proponer soluciones, proyectos, salidas respetuosas para todos. Ningún Estado tiene derecho a imponer un tipo único de educación, ni la Iglesia puede imponerlo, ni ningún otro grupo social.

El Papa nos vuelve a proponer un camino: “... en el proceso de construir un futuro «con todos y para el bien de todos» como pedía Martí. La familia, la escuela y la Iglesia deben formar una comunidad educativa donde los hijos de Cuba puedan crecer en humanidad. No tengan miedo, abran las familias y las escuelas a los valores del Evangelio de Jesucristo, que nunca son un peligro para ningún proyecto social” (Homilía en Santa Clara, no.4)

Esta fue la primera frase del Papa que el pueblo cubano ovacionó en Santa Clara. Todos sabemos su importancia. Pero, quizá, no todos hemos comprendido cómo podemos llevar a la práctica esta comunidad educativa. La Iglesia debe prepararse para entrar en ella con su riqueza espiritual pero sin pretensiones hegemónicas. El Estado debe abrir espacios legales para estas comunidades educativas y otras iniciativas que hagan realidad en Cuba el derecho al pluralismo de opciones pedagógicas. La familia debe prepararse para poder asumir su papel principal en este proceso.

Crecer en humanidad es el objetivo de toda educación. Cuba debe abrirse a estas iniciativas pedagógicas, éticas y cívicas, para que sus hijos crezcan como personas que sean protagonistas de su vida, de su familia, de esta nación.

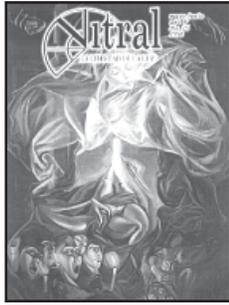
Recordemos que cuando el Padre Varela comprendió que no se podía hacer nada más para alcanzar la libertad de Cuba “se dedicó a formar personas, hombres de conciencia, que no fueran soberbios con los débiles ni débiles con los poderosos... generando de ese modo una escuela de pensamiento, un estilo de convivencia social y una actitud hacia la Patria que deben iluminar, también hoy a los cubanos.” (Discurso del Papa al mundo de la cultura. No. 4)



No nos engañemos: con una única opción educacional el carácter de los jóvenes se debilita en la rutina, no se enriquece la vida en el debate, se deshumaniza el alma de la nación por el tedio existencial del monolitismo ideológico; y sin un sistema educacional donde haya posibilidad real de acceso a alguna inspiración religiosa, se seca el espíritu humano “porque nada en él alimenta la virtud” (José Martí).

Pinar del Río, 25 de marzo de 1998





IV aniversario, la libertad de expresión

Año V. Nº 25. mayo-junio 1998

Vitral cumple cuatro años. Es poco para una publicación y mucho menos para la vida de una obra de la Iglesia bimilenaria, pero esta revista nació creyendo en “la fuerza de lo pequeño y en la eficacia de las semillas de la verdad...” tal como expresara el Papa Juan Pablo II en su discurso al mundo de la cultura refiriéndose a la mística del Padre Varela.

“*La libertad de la luz*” ha sido intención y programa. Una libertad que tuviera su fundamento en la verdad y que fuera respetuosa y responsable con relación a los derechos y libertades de los demás. “Si, libres, con la libertad que nos trajo Cristo” improvisó el Papa en la Misa de la Plaza José Martí cuando el pueblo gritaba “*El Papa, libre, nos quiere a todos libres*”. Porque la libertad no es empujón, ni garra, sino clima de confianza, aire compartido, convivencia en paz. Esa es la inspiración cristiana de la libertad.

Luz y transparencia que permiten los matices del vitral y la diversidad de tonos en cubano mestizaje. La luz de la verdad vivida y compartida. La luz de la verdad que nos libera en el interior. La transparencia del hermano que no tiene trastiendas, ni doblez, ni oportunismos, ni manipulaciones, porque la luz misma las pondría en evidencia. Creemos que la transparencia es el camino de la liberación interior y de la renovación de las estructuras. Sin transparencia no hay cambio. Porque la mentira oscurece el camino y la confusión paraliza el espíritu.

La transparencia es la ventana de la verdad. Es el remedio de la doble moral. Y es lo que más duele cuando se vive en la mentira. Ser transparente es el primer paso para ser libre.

La transparencia es ejercicio de sinceridad con uno mismo. Es abrir la vida a la verdad. Es abrirse a los demás para vivir en comunidad.

La transparencia es hija de la luz y la deja penetrar hasta el hondón del ser humano. Así dice una milenaria Secuencia al Espíritu Santo: “Entra hasta el fondo del alma, Divina Luz y enriquecéenos, mira el vacío del hombre si Tú le faltas por dentro”.

El vacío del hombre cuando no vive en el espíritu de la libertad y en la transparencia de la verdad es la mayor pobreza. Porque no se trata de la falta de algo sino del vacío interior y de la oscuridad del espíritu.



Desde esta perspectiva es que deseamos acercarnos a la libertad de expresión. Que no es solamente poder publicar en prensa escrita, ni poder hablar en público y en privado, ni es solo poder expresar lo que se siente como todos deseamos. Es algo más profundo. Es poder llenar de luz de verdad nuestro vacío interior de modo que se desborde en la transparencia de la palabra y de los gestos.

La libertad de expresión es un derecho esencial al espíritu humano que no puede vivir amordazando la Luz que lo creó. La libertad de expresión es un derecho de Dios que es el origen de la libertad de la luz y es la Luz misma, sin ocaso y sin medida.

La libertad de expresión es la más genuina expresión de la libertad. Por eso un pueblo que no goza de la libertad de expresar lo que vive, no vive en libertad. Es un pueblo empobrecido y sin luz, porque como dijera el Arzobispo de Santiago de Cuba en su saludo al Papa: "los más pobres entre nosotros son aquellos que no tienen el don preciado de la libertad".

No se trata entonces simplemente de lo que «se puede decir o no decir», sino de lo que se puede ser o no ser, de lo que se puede vivir o de lo que dejamos morir. No se trata sólo de una de las libertades cívicas fundamentales, o de uno de los derechos humanos irrenunciables, se trata de la esencia de la luz, de la razón de ser, del meollo de la vida. Vida sin libertad para expresarse no es vida sino mordaza. Se puede acallar la voz, pero no el espíritu. Se puede censurar la palabra pero no la luz que le da origen. Se pueden prohibir libertades a los hombres pero jamás acallar el alma de los pueblos.

En ningún lugar de la tierra hay total transparencia para la libertad de expresión porque el mundo está marcado por huellas de oscuridad. Pero en ningún lugar se puede oscurecer por completo la libertad de expresión. La libertad de la luz es imposible de amordazar porque es transparencia imparabile.

Cuba se debate en el claroscuro del amanecer y mientras trabajamos por alcanzar mayor libertad de expresión para todos los cubanos, sabemos que nadie puede detener el día. Nadie. Porque la luz llena el vacío del hombre que jamás renuncia a dar sentido a su vida con la libertad de sus transparencias.

Es la luz de cada hombre que lucha por ser mejor. Sólo teme a la libertad de la luz, que es la libertad de la verdad, quien teme a la transparencia porque vive en la oscuridad de la mentira. Quien amordaza la luz de la verdad, apaga el espíritu del hombre y empobrece el alma de los pueblos.

Por eso el Papa imploró en Santiago de Cuba: "El bien de una nación debe ser fomentado y procurado por los propios ciudadanos con medios pacíficos y graduales. De este modo cada persona, gozando de libertad de expresión, capacidad de iniciativa y de propuesta en el seno de la sociedad civil y de la adecuada libertad de asociación, podrá colaborar eficazmente en la búsqueda del bien común." (no.4)

Vitral, en su cuarto aniversario, se une a todos los cubanos de buena voluntad que buscan la libertad de la luz, la transparencia de la expresión, y la independencia de la palabra. Acude a Aquel que es el Verbo Eterno y la Palabra hecha



carne, y mientras enciende esta pequeña luz, esperanza que anuncia la mañana, clama, aún desde la noche, este Himno de Laudes:

*De mañana te busco, hecho de luz concreta
de espacio puro y tierra amanecida.
De mañana te encuentro, Vigor, Origen, Meta
De los profundos ríos de la vida.*

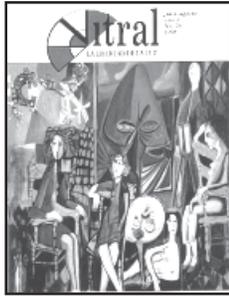
*No hay brisa si no alientas, monte si no estás dentro
Todo es presencia y gracia; vivir es este encuentro:
Tu por la luz, el hombre por la muerte.*

*¡Mira que es desdecirte dejar tanta hermosura en tanta guerra!
Que el hombre no te obligue, Señor, a arrepentirte
De haberle dado un día las llaves de la tierra.”*

Pinar del Río, 25 de marzo de 1998







La responsabilidad; para que no se apague la esperanza

Año V. Nº 26. julio-agosto 1998

"Pido al Señor de la Historia que cada cubano pueda ser protagonista de sus aspiraciones y legítimos deseos."

(Juan Pablo II. Roma, 9 de junio de 1998)

Sin responsabilidad no hay país. Ni obra perdurable. Ni futuro mejor. Ni los cambios que necesitamos.

Muchas personas se preocupan hoy por el presente y el futuro de Cuba. Muchos se preguntan si el mundo se está abriendo a Cuba y si Cuba se está abriendo al mundo.

El propio Santo Padre Juan Pablo II ha querido dedicar un tiempo más, a sólo pocos meses de su visita, para dar seguimiento a lo que pudiéramos llamar «el camino cubano». Fue una verdadera semana de Cuba en el Vaticano para que «no se apaguen tantas genuinas esperanzas».

Cuba ha sido extraordinariamente enaltecida. Durante aquella semana del Corpus Christi en Roma, nuestros obispos pudieron apreciar el gran amor y la excepcional atención que nuestro pequeño país está suscitando en el corazón del Papa, en la Santa Sede y en todo el mundo.

Cuba está mereciendo una atención verdaderamente inusitada por parte de muchos países después de la visita del Papa. El mundo parece que se abre a Cuba y el Santo Padre ha dicho que «la Santa Sede y el Sucesor de Pedro proseguirán en todo lo que esté a su alcance, y desde las peculiaridades de su misión espiritual, para que esa respuesta siga extendiéndose y para que la atención suscitada con ocasión de mi visita no se apague, sino que alcance los frutos esperados por el pueblo cubano.» (Discurso a los Obispos en Roma. No. 2)

«Los frutos esperados por el pueblo cubano». ¿Cuáles son estos frutos?, ¿qué estamos esperando los cubanos?»

A nuestro alrededor verdaderamente hay muchos que esperan. Pero debemos reflexionar en lo que están esperando. Algunos esperan que el mundo cambie para ver qué nos pueden enviar como «ayuda de afuera». Otros esperan que cese el bloqueo o embargo para que puedan «venir y traer», «vender y comprar» más «cosas». Otros esperan que la autoridad cubana haga los cam-



bios desde arriba, para ver si se resuelven las cosas. Otros esperan que el Papa y la Iglesia resuelvan el problema... Otros ya no esperan nada de esto y lo que están esperando es el sorteo de una visa de los Estados Unidos poniendo la suerte de su vida y la de sus hijos en un «bombo» computarizado.

A nuestro modo de ver son muchos los que esperan que otros hagan, pero son muy pocos los que están dispuestos a hacer lo que creen que deben hacer. He aquí, en nuestra opinión el más grave problema del camino cubano.

En efecto, un camino se hace paso a paso: esa es la gradualidad. Un camino no puede hacerse solo: por eso es necesario romper el aislamiento. Un camino se hace con los pies bien puestos en la tierra: por eso es necesario el realismo político y el conocimiento ponderado de la situación. Un camino se hace sabiendo bien a dónde se quiere llegar: por eso son necesarios pensamientos claros, proyectos definidos y metas alcanzables en cada etapa. Un camino es un camino, no una frontera, ni una parada: por eso, hay que salir de la parálisis y hay que hacer senderos de las brechas. No se trata tanto de encontrar caminos viables como de hacer viables los caminos, a fuerza de buena voluntad y sentido común.

Lo ha dicho también el Santo Padre: “Los hombres y las naciones, superando fronteras ideológicas, históricas o de parte, que no permiten el crecimiento de la persona humana en libertad y responsabilidad, han de hacer posible que la verdad, aspiración íntima de todo ser humano, sea buscada con honestidad, encontrada con alegría, anunciada con entusiasmo y compartida con generosidad por todos.” (O.c. no. 3b)

En fin, que un camino se hace sólo si hay caminantes: eso es la responsabilidad.

El camino cubano no se hará posible si el Señor de la Historia no encuentra entre nosotros cubanos de a pie que estén dispuestos a «hacer el camino». Es decir, que sin caminantes no hay camino. Por mucha compañía que se les brinde, por mucha gradualidad con que marquemos los pasos, por mucha reflexión, pensamiento y proyectos que señalen la dirección y el destino. Incluso, aún cuando la autoridad política tenga voluntad de hacer caminos, sin personas responsables no hay proyecto viable.

No pensemos que todos, ni la gran mayoría absoluta alcanzará de una vez esta responsabilidad consciente y compartida. Ese no es el camino: es la utopía. El camino es paso a paso y primero con los pocos que estén dispuestos a «moverse». Nadie puede hacer el camino solo, es con todas las partes y con todos los proyectos. Pero resulta paralizante y contraproducente esperar a que todos o una mayoría desbordante abarroten el camino. Entonces ya no será un camino sino una avenida. Y creemos que los cambios verdaderos y profundos nunca han llegado por grandes avenidas.

No deberíamos pedir tanto. Ni avenidas, ni represas. Lo que necesitamos es un camino humilde y mejorable en que podamos mostrar al mundo que hemos comenzado a caminar, y hemos encontrado “una síntesis con la que todos los cubanos puedan identificarse” (Juan Pablo II en la Universidad de la Habana. No. 6).



El camino cubano debe ser el camino de la responsabilidad personal. Sin responsabilidad personal no hay protagonismo de la historia, ni esfuerzo por alcanzar las legítimas aspiraciones y deseos. Sin responsabilidad personal echaremos sobre otros la culpa. Seguiremos colocando fuera de nuestra conciencia, y fuera de nuestro país, la incumbencia de todo lo que pasa.

Sin que cada uno de nosotros asuma su propia responsabilidad seguiremos dejando al Estado, al sistema, al Papa o al gobierno, la tarea de resolvernos el problema, de sacarnos de esta situación, de abrir el mundo y de abrir a Cuba.

Debemos decirlo con todo respeto, si cada uno de nosotros no abre su mente, no abre su conciencia y dice lo que piensa; si cada uno de los cubanos no comienza a abrir un pequeño espacio de libertad en su ambiente, en su centro de trabajo, en su escuela, en su comunidad, nada cambiará para mejor.

A lo peor, vendrán algunos cambios, pero serán aquellos que nos diseñen, o nos impongan, o nos preparen otros. Esto será lo peor porque será un camino hecho desde la altura o desde la lejanía, sin contar con los caminantes de a pie, que serán los que tendrán que sudar otra vez el camino, bueno, malo, regular, mejor o peor, pero que, otra vez, no sentiremos como el nuestro.

Hacer el camino de la apertura es responsabilidad de todos los cubanos y no sólo del Estado. Este camino cubano debemos buscarlo, abrirlo, recorrerlo paso a paso, pero sin inercias ni parálisis. En primer lugar: los cubanos de a pie, la sociedad civil y el Estado cubanos. La Iglesia en Cuba forma parte de los dos primeros. La Iglesia Universal y las naciones y organismos internacionales han mostrado ya fehacientemente su voluntad de acompañarnos en este camino. Acompañarnos, no arrastrarnos. Acompañar no es protagonizar, es apoyar, solidarizarse, animar.

Queda entonces nuestra respuesta. De «responder» viene la palabra responsabilidad.

Mucho se habla de libertad. Se debería hablar y vivir más la otra cara de la libertad que es la responsabilidad. Nadie puede definirse como persona si no es responsable de su vida, de sus actos, responsable de los demás y de su historia. Es decir, si no responde por su vida, si no responde por los demás, si no responde por la historia que ayudó a escribir, o que emborronó con el miedo y la desidia, o con las componendas y los intereses espurios.

Una vez más escuchemos al Papa que en su magisterio en Cuba habló durante cinco días nada menos que doce veces de la responsabilidad. Reflexionemos en algunas de estas enseñanzas del Santo Padre que, así unidas en un mismo párrafo, adquieren una urgencia especial. Preguntémosnos seriamente qué vamos a hacer y sobre todo qué vamos a ser en nuestra vida, con el camino cubano, con nuestro futuro:

“No esperen que todo les venga dado... huyendo del compromiso y de la responsabilidad para refugiarse en un mundo falso cuya base es la alienación y el desarraigo... No busquen fuera lo que pueden encontrar dentro. No esperen de los otros lo que ustedes son capaces de ser y hacer. No dejen para mañana el construir una sociedad nueva donde los sueños más nobles no se frustren y



donde ustedes puedan ser los protagonistas de su historia... Porque el futuro de Cuba depende de ustedes, de cómo formen su carácter, de cómo vivan su voluntad de compromiso en la transformación de la realidad, les digo: ¡Afronten con fortaleza y templanza, con justicia y prudencia los grandes desafíos del momento presente...! No olviden que la responsabilidad forma parte de la libertad. Más aún, la persona se define principalmente por su responsabilidad hacia los demás y ante la historia”.

Esperamos que no falte la responsabilidad del Estado cubano ante estos desafíos del momento presente. Ningún momento más propicio para el Estado cubano. Para una salida honorable, civilizada, pacífica, de esta situación, que promueva la justicia social ante el peligro de los extremos. Ningún camino más gradual para guardar el orden y buscar concertaciones. Ninguno mejor para salvar toda nuestra historia y no borrar de un plumazo etapas y proyectos.

Esperamos que no falte la responsabilidad de la Iglesia, que desde su misión propia, acompañe a nuestro pueblo en este camino.

Pero esperamos, sobre todo, que no falte la responsabilidad personal de aquellos cubanos que hayan descubierto el camino y hayan recibido esta vocación de compromiso con los demás cubanos y con nuestra historia.

Dentro de varios decenios, cuando este camino cubano se haya recorrido - esperamos que para bien- todos habremos tenido que dar una respuesta a los desafíos presentes. Por la humanidad, la madurez, la perseverancia y el sacrificio personal que hayamos puesto en esas respuestas, la misma historia y Dios, que es el Señor de la Historia, nos pedirán cuentas de cómo hayamos abierto el camino cubano hacia el Amor. Esta es nuestra responsabilidad mayor:

Para que nunca se apague la esperanza.

Pinar del Río, 2 de julio de 1998





La Virgen de la Caridad y la Patria

Año V. Nº 27. septiembre-octubre 1998

*"La historia cubana está jalonada de maravillosas muestras de amor a su Patrona...
No olviden nunca los grandes acontecimientos relacionados con su Reina y Madre."*

(Juan Pablo II. Santiago de Cuba, 24 de enero de 1998.)

Este año celebramos el Centenario del fin de la Guerra de Independencia, comenzada por José Martí en 1895 y concluida el 12 de agosto de 1898, cuando los jefes de los ejércitos norteamericano y español firman el Acta de Capitulación en la ciudad de Santiago de Cuba... Estaba ausente el General Calixto García. Los mambises, verdaderos protagonistas del triunfo, no pudieron entrar en Santiago, y la paz se firmó entre las potencias extranjeras sin tener en cuenta la afrenta que significaba la exclusión del Ejército Libertador .

Al no poder entrar en Santiago, el General Calixto García convoca a su Estado Mayor y le ordena que avance hasta El Cobre, con el General Agustín Cebreco al frente, para que allí "celebre el triunfo de Cuba sobre España en Misa solemne con Te Deum a los pies de la imagen de la Virgen de la Caridad" en lo que ha sido considerada la "Declaración Mambisa de la Independencia del pueblo cubano."

Hoy se conserva el Acta que perpetúa este acontecimiento y que marca la historia de nuestra Patria con huellas indiscutibles que identifican la devoción a la Virgen María, la madre de Nuestro Señor Jesucristo, con la libertad e independencia de la nación cubana.

No era la primera vez que un gesto religioso estuviera relacionado con el devenir de nuestro camino de liberación. O todavía mejor, que nuestro proceso de crecimiento como nación y sus protagonistas principales relacionaran, a lo largo de la historia, su gesta libertadora y dignificadora con la religión cristiana.

La raíz se encuentra en el viejo limo de la conquista en que la voz de Fray Bartolomé de las Casas y sus compañeros dominicos se convierte en insigne defensora de los derechos de los indios explotados. Luego vinieron aquellos obispos, sacerdotes, religiosos y laicos que fueron haciendo de Cuba una isla mayor de edad: baste recordar al maestro Velázquez, al músico Esteban Salas, el Obispo Espada, el Padre Olallo, al Padre Varela, Agramonte, Jesús Rabí,



Finlay, y tantos otros que prepararon el camino con las semillas de verdad, justicia y progreso. Semillas fecundadas en la matriz cristiana de nuestra cultura.

Durante las Guerras de Independencia estas semillas ya habían germinado y devenido en árbol genuino y frondoso de cubanidad, sin perder la raíz cristiana. Y no solo la raíz sino el tronco y el fruto, que porque haya frutos malos y ramas secas... porque se sequen hojas cada año y se pudran vástagos en cada época, como ocurre en todo árbol sano y en toda nación que vive... no por ello debemos considerar que la savia está envenenada, que la raíz ya no sostiene y arraiga, o que el tronco no retoñará a su debido tiempo, o que los frutos rezumarán sólo la amargura del mal tiempo.

Al final del siglo más fecundo de nuestra historia, los mambises agraviados no se detuvieron ante la puerta que se les cerraba, encontraron en la Iglesia, en su tierra, el lugar de referencia en que se sintetizaron fe y libertad, justicia y paz: el Santuario de la Virgen de la Caridad. No fueron a la Plaza de Bayamo, donde se había cantado por primera vez el Himno. No fueron a La Demajagua, donde había sonado por primera vez la campana de la libertad. No fueron a Baraguá, donde la fidelidad a la causa se hizo rebeldía. Junto a todos estos símbolos de la patria se alzaba otro que apareció a los ojos mambises como lugar de indudable cubanía y espacio de libertad para poder expresar sus sentimientos e ideales: la casa de la Madre siempre es regazo de paz y confianza. Allí todos sus hijos pueden sacar fuera lo que hay en la conciencia, las vicisitudes y las vivencias de la familia.

El Cobre había recibido al Padre de la Patria, que acudió a presentar sus armas a la Virgen en noviembre de 1868. Habían preparado el recibimiento en el parque, pero Céspedes preguntó si no estaba previsto visitar el Santuario... y allá fue con sus valientes a honrar a la Madre de Cuba y a pedirle por su libertad. Treinta años después, cuando la contienda llegaba a su fin y los poderosos ignoraron otra vez a los humildes, a "los pobres de la tierra", ellos fueron a echar su suerte en las manos de su Madre. En aquellas manos se encontraron con Jesús y con su Cruz. Ya sabemos que en el regazo materno encontramos a los hermanos y encontramos también las cruces que nos prueban la fidelidad. Sacrificio y fraternidad. Amor y dolor. Liberación y entrega. Su nombre es Caridad. Su casa es Cuba.

Cien años después, la casa cubana sigue necesitando de su Madre. En sus manos nos muestra los signos que marcan nuestro camino. Por ese camino nos encontramos cruces sin sentido pero con resurrección junto, a experiencias de fraternidad y justicia. Por el camino podemos ser excluidos o ignorados por los poderosos. Donde único se unen, bajo un mismo pecho, la cruz y la luz, el sufrimiento y la esperanza, el absurdo y la razón, es en las manos de la Virgen de la Caridad.

Cien años después, los cubanos no debemos olvidar el camino que conduce a la Madre, sobre todo si se cierran otros caminos. No debemos olvidar que Ella se llama en Cuba: Caridad.

Por eso, si en el dolor de hermanos acudimos a Ella, se alzarán nuestra mirada, nuestro corazón se levantará y:

Su nombre será nuestro escudo. Nuestro amparo sus gracias serán.

Pinar del Río, 8 de septiembre de 1998.





Navidad: fiesta del pueblo

Año V. Nº 28. noviembre-diciembre 1998

El hombre y los pueblos necesitan de la fiesta como del alimento y del aire que respiran. La fiesta es un componente del espíritu humano y es parte de la convivencia social.

Un pueblo sin fiestas es un triste pueblo que se asfixia en la monotonía existencial.

Pero debemos reflexionar en el sentido de la fiesta. En su carácter. En su contenido. En sus motivaciones. En su repercusión en el alma de los hombres y de los pueblos.

La Navidad, fiesta del nacimiento de Jesucristo, es un tiempo para reflexionar sobre las fiestas y para vivirla de verdad.

Cada pueblo y cultura tiene sus fiestas. Ya desde el Antiguo Testamento el libro del Eclesiastés marca ese ritmo vital del tiempo que hace que la existencia vaya convirtiéndose en camino de plenitud para el hombre:

“En este mundo todo tiene su hora.
Todo tiene su tiempo bajo el sol:
Hay tiempo para nacer y tiempo para morir...
Hay tiempo para llorar y tiempo para reír,
Hay tiempo para estar de luto
y tiempo para estar de fiesta...
Yo sé que no hay mayor felicidad
para el hombre que comer, beber y pasarlo bien
gracias al esfuerzo de su trabajo... eso es un don de Dios.
El tonto se cruza de brazos y se devora a sí mismo.
Sin embargo, más vale tener un poco de reposo
antes que llenarse de amarguras por pescar el viento.”
(Eclesiastés 3, 1-13. 4, 5-6)

Esta milenaria sabiduría nos recuerda que en vano se afana el hombre, y los pueblos, si su alma no marca el ritmo de su vida. Ni todo es reír, ni todo es llanto. Como tampoco todo es luto, ni la vida puede ser todo fiesta. Los excesos son malos.



La fiesta es por tanto expresión del latido rítmico del corazón de un pueblo, de su cultura, de su alma.

Si ese latido se altera, los pueblos se enferman del espíritu. Si el compás del aliento popular se acelera con una excesiva tensión por ganarse el pan y sostener a la familia; si el trabajo se hace agobio y el descanso trabajo para sostener el cuerpo, para que este pueda a su vez, responder a más trabajo; los pueblos se cansan de vivir en perenne angustia y su alma se defiende con la indolencia y la apatía. El reposo y la fiesta se hacen entonces no sólo necesidad periódica, sino curación de urgencia.

Si ese latido rítmico del espíritu de una nación se relaja tanto que la fiesta se convierte en corrupción del alma, en festejo del aburrimiento; se convierte en rito exterior, vacío de sentido y antípoda de la convivencia fraterna. Esas son las llamadas «fiestas» a las que no vamos a celebrar a alguien o a algo importante para nosotros. Lo que nos mueve no es el por qué celebramos, sino lo que vamos a «tomar» o lo que están «dando» de comer. Es un espantajo de fiesta que hastía el alma, emborracha el cuerpo y no da reposo.

Navidad, fiesta de Aquel que ha dado sentido a nuestras vidas y a nuestra historia, es momento oportuno para detenernos a reflexionar sosegadamente en el sentido de nuestras fiestas, de las fiestas de nuestro pueblo.

En efecto, toda fiesta tiene un sentido y si no lo tiene no es fiesta sino artificio. El sentido de la celebración la precede, llega antes que la fiesta. Se hace una fiesta para celebrar una alegría, un acontecimiento gozoso, el cariño que le profesamos a una persona o a una institución, a un grupo o a toda la Nación. Podemos encontrar entonces, fiestas familiares cuyo sentido está en los lazos de sangre y convivencia. A nadie se le ocurriría convocar a una fiesta familiar en medio de una familia dividida. Tenemos las fiestas del vecindario cuyo sentido está en los lazos de amistad y convivencia del barrio. Sin esos lazos la fiesta del barrio pierde el sentido.

Tenemos las fiestas de instituciones cuyo sentido es celebrar en comunidad algún hecho que fortalezca los vínculos de amistad y cooperación de esa asociación. Si estos vínculos no existen o la fiesta es ocasión para deshacerlos, la fiesta no tiene sentido. Durante siglos han existido las fiestas religiosas, cuyo sentido es fomentar y celebrar la fe del pueblo, si eso no se fomenta las fiestas religiosas no tienen sentido. Tenemos también las fiestas nacionales cuyo sentido es celebrar un acontecimiento que cree vínculos de fraternidad y pacífica convivencia entre los ciudadanos. Si esto no se produce, la fiesta no tiene sentido.

La Navidad es la fiesta de la familia creyente y de la Nación que reconoce sus raíces profundamente arraigadas en el humus fértil del cristianismo. Ese es el sentido de una celebración de Navidad que se hace reposo del trabajo cotidiano, encuentro de toda la familia alrededor de la mesa, plegaria de acción de gracias alrededor del Nacimiento y del Altar.

Navidad es también fiesta del pueblo que no cree en Jesucristo como Dios pero que celebra el nacimiento de un hombre totalmente extraordinario que ha revolucionado la historia de la humanidad de tal forma que desde ese día el



mundo comenzó a contar los años de nuevo. Su persona, sus enseñanzas y los valores que vivió como virtudes heroicas, son hoy un paradigma para todos los hombres y para la convivencia fraterna de todos los pueblos. También del nuestro. Ese es el sentido de que la Navidad sea una fiesta de todo el pueblo y no sólo de los cristianos.

Es también ocasión para reflexionar en el contenido de todas nuestras fiestas. En las que debemos echar fuera el alma y no esconderla tras la ropa que lucimos. En ellas debemos dar aliento y reposo fecundo a nuestro espíritu y no ahogarlo en alcohol. En ellas vamos a alimentar nuestro sentido de comunidad, de familia, de solidaridad, no a convertir el momento en ocasión de desavenencias por la comida o por la bebida o por la violencia que vacía de contenido y de sentido toda fiesta que no logra crear el clima de hermandad y alegría que le es inherente.

La primera pregunta para saber si una fiesta ha sido buena no debe ser qué dieron, qué comieron, qué cantidad de bebida había... sino si había buen ambiente, si se alcanzó un clima de sano esparcimiento, si las personas estrecharon sus lazos de fraternidad y cultivaron sus vínculos sociales y amistosos. El contenido de una fiesta de verdad es ese clima, ese espíritu de compenetración y alegría sana que renueva la vida espiritual de los que participan y afianza las bases de una sociedad en paz. ¿Son así nuestras fiestas?.

Navidad nos permite que lleguemos a preguntarnos, sin temores ni desasosiegos, qué carácter tienen nuestras fiestas. Las fiestas, como las personas, tienen una forma de ser, una manera de presentarse, un carácter, que debemos definir y cultivar. Así como hay personas egoístas, hay fiestas excluyentes. Así como hay personas abiertas y amigables, hay fiestas que tienen un carácter más participativo y cordial. Hay reuniones que se llaman fiestas y son aglomeraciones de gentes para tomar sin establecer ningún vínculo entre sí. Hay citas que se llaman fiestas y consisten en esperar aburridamente que esté la comida para tragar lo más posible y marcharse sin más. Hay fiestas en que, con poco, hay mucha alegría; y otras que con mucho de comer y tomar, mucha música y equipos de audio, no logran mover ni una hoja del interior del ser humano, que sale de allí más triste de lo que era. Hay grupos de amigos y fiestas sanas que logran un carácter limpio y generoso en las que da gusto compartir lo que haya y cultivar las relaciones interpersonales.

El carácter de la fiesta de la Navidad viene dado por su índole familiar. La cena de Nochebuena es una comida muy especial, no por lo que haya sobre la mesa sino por lo que haya en el corazón y el ánimo de los que se sientan alrededor de ella. La intimidad del hogar, la reunión de todos los miembros de la familia que deben dejar todo en esta noche para estar juntos, para compartir con serenidad, para gozar del santuario de la familia aunque sea una vez al año. Rescatemos la Nochebuena con lo que tengamos de comer, pero aún más, con todo lo que le podamos poner de fiesta verdadera, de iniciativa para crear un clima de paz y concordia, para darle un talante sencillo pero muy especial.

Navidad es una fiesta de carácter popular porque desde hace siglos ha pasado a la memoria de todo el pueblo independientemente de sus creencias o ideas



políticas. Cerca de la nostalgia, pegadas a la raíz de los abuelos, llenas de ternura y fantasía, vienen a nuestro recuerdo aquellas fiestas familiares de Navidad, en el campo o en las ciudades, entre pobres o acomodados, con las desigualdades de entonces que eran otras que las de ahora, pero siempre queda en la mente un sabor a Nochebuena, a calor de hogar, a fantasía de Reyes, a la alegría del árbol de Navidad, al esmerado cuidado con que cada año poníamos el Nacimiento con aquellas figuras de yeso o madera que se iban desgastando y que se fueron rompiendo. Las familias que aún conservan y veneran aquellos antiguos y sencillos Nacimientos tienen un triple mérito: haber sostenido la fe, haber mantenido la fiesta de Navidad en los momentos más duros y haber conservado las imágenes que simbolizan todo esto.

Cuando una fiesta permanece arraigada de esta forma en la cultura de un pueblo, se lesiona gravemente esa herencia cultural si no se crea el auténtico clima de celebración que permite al espíritu humano expandir todas sus potencialidades y alimentarse de todos los signos y encuentros que las fiestas de Pascuas, de Navidad y Reyes Magos siempre han significado en Cuba y en todo el mundo.

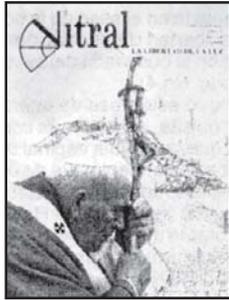
Gracias a la visita del Papa Juan Pablo II el pueblo cubano puede disponer, ya para siempre, del reposo del 25 de Diciembre para festejar el aniversario del Nacimiento de nuestro Señor Jesucristo. Que esta tradición recuperada para feliz fomento de la espiritualidad de nuestro pueblo pueda encontrar cada año no sólo el día festivo de que goza en el mundo entero, sino del clima de fraternidad, justicia y paz que necesita toda fiesta. Que goce también del contenido, el carácter y la repercusión que toda fiesta deja en el alma de las gentes. Que el feriado de Navidad sea signo de una fiesta más profunda para todo el pueblo y que manifiesten la apertura de Cuba al mundo.

Sin tiempo para la fiesta y tiempo para el sosiego no puede el alma humana y el espíritu de un pueblo sostener el esfuerzo cotidiano y alentar la indispensable esperanza para seguir adelante. Respetar el ritmo y el significado liberador de las horas y los días, vividos como tiempo de salvación, como equilibrio del espíritu y como alimento de la cultura es la clave para entender por qué en un pueblo diverso, de cultura mezclada, de creencias e increencias, de Estado laico y tradición cristiana, es necesario y beneficioso desde el punto de vista humano y social, celebrar pública y profundamente el Nacimiento de Jesucristo.

Vitral desea a todos los cubanos sin distinción de sexo, raza, ideología, religión o filosofía, viva aquí o peregrine en la diáspora, una Feliz Navidad y un año 1999 en el que el alma de la nación cubana pueda levantar bien alto la plenitud de su dignidad humana y la esperanza cierta en que compartiremos todos un futuro mejor.

Pinar del Río, 1ro. de diciembre de 1998





Un año después: ser protagonistas de nuestra propia historia

Año V. N° 29. *enero-febrero 1999*

El tiempo es la oportunidad que Dios da a los hombres para ejercer su libertad y su responsabilidad. Los días y los años son ritmos vitales que van marcando el paso de la gente y de los pueblos.

En el trance de esos ritmos humanos cada tiempo puede ser ocasión de progresos y retrocesos. Los que ven la vida desde la rutina de la cotidianidad pueden perder la perspectiva del camino. Es necesario alzar los ojos para ver hacia atrás lo que hemos avanzado; hacia delante, lo que nos falta, y hacia arriba, para recibir las luces que permiten el balance.

Es por eso que los grandes acontecimientos provocan valoraciones en sus aniversarios. Exigen recuento, gozo renovado por lo que hemos vivido, nuevo impulso para que “no se apague la esperanza”. Hace un año de la visita del Santo Padre Juan Pablo II a Cuba y nos vemos animados a evocar lo ocurrido, rastrear sus consecuencias, sacar lecciones, buscar inspiración para seguir adelante.

Sabemos que un año permite una perspectiva serena del acontecimiento pero no histórica. La historia se irá delineando con el paso de mucho más tiempo y sólo entonces se podrá valorar con cierta veracidad lo que ha significado este evento eclesial en el devenir de la nación cubana.

Pero vivimos de los “signos de los tiempos” y al compás de sus ritmos naturales. Un año es un pulso y debemos sentirlo, vivirlo, apreciarlo en toda su intensidad.

La visita ha sido ante todo un acontecimiento de fe. Es decir, que la primera señal ha sido recibida como un renacer de la religión que sale a la calle porque hace tiempo latía en el secreto de las conciencias. La manifestación pública de la fe es ya, de por sí, un gran regalo para el alma de los pueblos. Los cinco días de expansión de nuestras creencias no significaron tanto un hecho extraordinario, cuanto el regreso temporal a la normalidad de la libertad religiosa a la que todo pueblo tiene derecho natural. Lo vemos más excepcional porque precisamente estábamos, y aún seguimos, en una situación anómala con relación a la manifestación pública de la conciencia de fe.



De esta primera constatación deviene el primer desafío de la visita: la normalización de la libertad religiosa en Cuba que, por supuesto, incluye como aspecto esencial la dimensión social de la fe. Es decir, la participación activa y generosa de los creyentes en todos los ámbitos de la vida civil.

Muchas veces se restringe la normalización de la libertad religiosa a la mejoría formal de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, o incluso, aún menos, entre la Jerarquía eclesial y la Jerarquía civil. Lo que pasó en aquellos cinco días en cuanto a expansión del sentimiento y la práctica religiosa, el acceso a las plazas y los medios de comunicación, el anuncio de temas y la denuncia de injusticias con el fin de mejorar el destino del pueblo, la síntesis vital entre el amor a la Patria y a la Fe, la cercanía a lo más profundo del alma de nuestro pueblo con sus dolores y esperanzas, la comunión entre todos los cubanos piensen como piensen y vivan donde vivan; eso, que fue excepcional durante la visita, debe hacerse vida cotidiana.

Otra vivencia que hemos tenido como fruto de la visita fue que la nación cubana extendida en la diáspora por el exilio, la emigración, el trabajo y la cultura, puede celebrar junto a la parte que vive aquí, y cooperar al buen desarrollo de un evento, puede dialogar y participar, desde su diversidad, en la reconstrucción de una convivencia pacífica y creativa por encima de fronteras geográficas, económicas e ideológicas. Nadie se preguntó en las plazas de Cuba de dónde venía el cubano que cantaba a su lado o qué había hecho en el pasado; nadie preguntó al tomar la mano del cubano de al lado para decirle a Dios Padre nuestro, qué ideas políticas o filosofía profesaba. Lo cubano estuvo por encima de las partes. La nación por encima de las riberas. La fraternidad universal por encima de estrecheces de mente y de proyectos. Eso, que fue excepcional durante la visita, debe hacerse vida cotidiana.

En consecuencia de esa primacía de lo cubano, se hizo patente que es posible aceptar la diversidad, e incluso, agradecer “en nombre de todo el pueblo de Cuba”, todos los criterios, aun aquellos “con los cuales pueda estar en desacuerdo”, según las palabras de despedida del Presidente cubano.

Esto fue una gran muestra de pluralismo, de respeto a las opciones ajenas, de convivencia civilizada y pacífica. El trabajo de las comisiones diocesanas y nacionales en las que creyentes y no creyentes, católicos y comunistas, laicos sencillos y dirigentes partidistas, prepararon la visita, fue otro gran ejercicio de participación y respeto a la diversidad. Quedó demostrado por unos meses y cinco días que la nación no se desintegrará porque participen en sus decisiones personas y grupos de diferentes opciones políticas o religiosas.

Eso, que fue excepcional durante la visita y su preparación, debe hacerse vida cotidiana.

Para la Iglesia queda todavía, un año después, la experiencia de que ella debe y puede servir al resto de nuestro pueblo desde esa credibilidad y capacidad de convocatoria que quedó demostrada fehacientemente durante la visita. Ella demostró a las autoridades de la nación que es capaz de organizar y garantizar el orden ciudadano en sus celebraciones públicas. Ella demostró que no se deja



manipular por intereses foráneos o extraños a su misión al mismo tiempo que no dejó enmudecer su compromiso profético de anuncio de la verdad y denuncia de la injusticia *“por pequeña que esta sea, pues de lo contrario la Iglesia no sería fiel a la misión confiada por Jesucristo. Está en juego el hombre, la persona concreta. Aunque los tiempos y las circunstancias cambien, siempre hay quienes necesitan de la voz de la Iglesia para que sean reconocidas sus angustias, sus dolores y miserias.”* -así resonó la voz del Pontífice en medio de un atronador aplauso en la Plaza de la Revolución, en el mismo corazón de Cuba- *“Los que se encuentren en estas circunstancias pueden estar seguros de que no quedarán defraudados, pues la Iglesia está con ellos y el Papa abraza con el corazón y con su palabra de aliento a todo aquel que sufre la injusticia.”* (Homilía en La Habana. No. 5)

Dejó para la Iglesia cubana el más alto reto de su historia. Pusó muy arriba el salto de coherencia que hasta hoy ha mantenido la Iglesia cubana para poder darle continuidad al magisterio, los gestos y el proyecto eclesial y social que el Papa ha inaugurado durante aquellos cinco días.

Eso, que fue excepcional por su altura, debe convertirse en vida cotidiana de nuestra Iglesia.

Tanto para la Iglesia, como para el resto de la sociedad civil cubana han quedado no sólo delineados proféticamente los rasgos fundamentales de ese proyecto de vida personal y social al sonar *“la hora de emprender los nuevos caminos que exigen los tiempos de renovación que vivimos, al acercarse el Tercer milenio del cristianismo.”* (Idem.no.7) El Papa ha llamado al mundo a abrirse a Cuba y a Cuba a abrirse al mundo y en primer lugar a todos los cubanos ya que *“el bien de una nación debe ser fomentado y procurado por los propios ciudadanos a través de medios pacíficos y graduales. De este modo cada persona, gozando de libertad de expresión, capacidad de iniciativa y de propuesta en el seno de la sociedad civil, y de la adecuada libertad de asociación, podrá colaborar eficazmente en la búsqueda del bien común.”* (Homilía en Santiago. No.4)

Pero aunque esta frase de apertura del mundo y de Cuba es, quizás, la frase más conocida de la visita, creemos que la médula espinal del magisterio del Papa en Cuba, el concepto que da organicidad y articula todas las propuestas pontificias, es el que dijo al momento mismo de llegar a La Habana y que repitió tres veces durante aquellos cinco días: *“Ustedes son y deben ser los protagonistas de su propia historia personal y nacional”*.

Fue reiterando esta idea y la fue explicitando cuando dijo a las familias en Santa Clara:

“Los padres, sin esperar que otros les reemplacen en lo que es su responsabilidad, deben poder escoger para sus hijos el estilo pedagógico, los contenidos éticos y cívicos y la inspiración religiosa en los que desean formarlos integralmente. No esperen que todo les venga dado.” (No.6)

Cuando dijo a los jóvenes en Camagüey:

“Nadie puede eludir el reto de la época en la que le ha tocado vivir. Ocupen el lugar que les corresponde en la gran familia de los pueblos... acojan el llamado



a ser virtuosos. Ello quiere decir que sean fuertes por dentro, grandes de alma, ricos en los mejores sentimientos, valientes en la verdad, audaces en la libertad, constantes en la responsabilidad, generosos en el amor, invencibles en la esperanza. La felicidad se alcanza desde el sacrificio. No busquen fuera lo que pueden encontrar dentro. No esperen de los otros lo que ustedes son capaces y están llamados a ser y hacer. No dejen para mañana el construir una sociedad nueva, donde los sueños más nobles no se frustren y donde ustedes puedan ser los protagonistas de su historia.” (Mensaje no.4 y Homilía no. 4)

Así lo explica en su más reciente mensaje a la Iglesia cubana en ocasión del primer aniversario de su visita: *“Asumir esta responsabilidad debe significar hoy para la Iglesia en Cuba poder profesar la fe en ámbitos públicos reconocidos; ejercer la caridad de forma personal y social; educar las conciencias para la libertad y el servicio de todos los hombres y estimular las iniciativas que puedan configurar una nueva sociedad.”*

Un año después de su decisiva visita, el Papa da un paso adelante en su magisterio y nos garantiza su compañía en esta «nueva etapa» de nuestra historia.

Ahora toca a la Iglesia en Cuba, pastores y fieles laicos, sacerdotes y religiosas, preguntarnos cómo actuaremos ante esta responsabilidad de la que un día tendremos que rendirle cuenta a nuestro pueblo y a Dios.

Pinar del Río, 25 de enero de 1999.



La cultura de la vida

Año V. N° 30. marzo-abril 1999

Los últimos acontecimientos vividos en Cuba nos invitan a reflexionar sobre el valor de la vida humana, sobre su inalienable dignidad, sobre el respeto que le es debido, sobre la obligación personal y comunitaria de cuidar la vida en su integridad y plenitud.

El mundo de hoy se ha hecho más sensible a este tema que en la edad media o en la modernidad racionalista y materialista. Es necesario valorar este asunto como una trayectoria, como un camino en que se ha ido tomando conciencia gradualmente, a medida que la familia humana ha ido accediendo a mayores grados de madurez.

El mismo concepto de «cultura de la vida» es relativamente reciente en su uso común. Comencemos por tratar de desentrañar esta frase.

Se entiende como cultura de la vida, en primer lugar, el respeto por todo ser viviente, eso significa que su integridad física, su personalidad moral y su participación cívica no pueden ser violadas, ni disminuidas, ni segregadas, ni manipuladas, ni eliminadas, por ninguna persona, estructura o institución social, política, económica o religiosa.

En una palabra: es aceptar que la vida humana tiene un valor absoluto, prioritario y universal.

Aceptar este primer aspecto de la cultura de la vida supone que las restricciones o la eliminación total de la vida no se pueden considerar entre las opciones posibles. Su carácter absoluto significa que todo lo demás se debe relativizar ante la preservación y el desarrollo de la vida humana. Su carácter prioritario significa que otros valores como el orden social, los intereses políticos, el desarrollo económico, la observancia de las creencias religiosas, la opinión pública, la independencia, los conflictos entre personas, familias y estados..deben detenerse ante el carácter sagrado de la vida humana.

Su carácter universal significa que estos aspectos anteriores deben ser válidos e inviolables en todas las latitudes, en todas las culturas, en todos los sistemas económicos y políticos, en toda religión auténtica, en todos los tiempos.



Como sabemos por la historia, y por la misma experiencia de la Iglesia, no siempre ha sido así. Durante siglos se mató en nombre de la religión, en nombre de la independencia, de la política, de las ambiciones económicas, de los regionalismos, de las diferencias étnicas, incluso se ha llegado a matar en nombre de la vida. No es necesario aclarar que estas experiencias negativas y casi universales que todavía hoy perduran en algunos sitios, no pueden ser justificación, ni consuelo para seguir embarrancados en una cultura de la muerte.

Se trata de un proceso histórico y moral que como todo camino de progreso humano, tiene sus avances y retrocesos sufridos por el hombre, desde la época de la hoguera, la horca, el cuchillo, la guillotina, pasando por las armas nucleares y químicas de exterminio masivo, los misiles teledirigidos y las guerras de talante quirúrgico para extirpar lo que se considera indeseable, llegando hasta las torturas físicas y psicológicas, la persecución brutal o sutil por expresar opiniones, disentir pacíficamente o proponer alternativas, la pena de muerte, la prisión arbitraria y despersonalizante que no rehabilita sino pervierte, y otros signos e instrumentos de muerte que todavía subsisten en proporción no pequeña. Ante esto debemos cultivar, por lo menos, dos actitudes: una, deben ser consideradas todas sin exclusión, como animales prehistóricos y absolutamente obsoletos; dos, debemos trabajar para que ninguna justificación antropológica, social, política, estatal, religiosa, pueda validar el uso de estas maquinarias de muerte.

Estas manifestaciones de la cultura de la muerte deben ir desapareciendo de la faz de la tierra. El primer paso no son las leyes, sino la conciencia de que son obsoletas, de que pertenecen a un pasado que no debe volver, de que todas van contra la dignidad y los derechos del hombre, especialmente, del sagrado derecho a la vida.

En el caso específico de la pena capital existe actualmente en el mundo una conciencia cada vez más arraigada de que debe ser abolida absolutamente porque la pena de muerte ni es solución para el que comete el crimen, ni sirve de escarmiento a los demás. Las estadísticas demuestran que la implantación de la pena de muerte no disminuye la delincuencia como se espera al justificar su aplicación. La mayoría de los países miembros de la ONU ha abolido ya la pena de muerte y en otros son muy fuertes las campañas que llevan a cabo sobre todo las fuerzas progresistas y de izquierda. El Papa Juan Pablo II es uno de los principales promotores de la abolición de la pena de muerte. Así lo ha pedido en los propios Estados Unidos.

Ningún ser humano, ni ningún tribunal, ni ningún poder político o religioso es dueño de la vida de otra persona, ni puede disponer de ella, aunque fuera con el pretexto de cuidar al resto de la sociedad. Es criterio común de que la sociedad contemporánea ha creado los medios incruentos para cumplir su misión de proteger al resto de la sociedad de la criminalidad sin tener que llegar al recurso de la pena de muerte. La vida humana es sagrada e



inviolable desde su concepción en el seno materno hasta su fin natural en esta tierra. Sólo Dios puede darla y sólo Dios puede quitarla. Pero ni el mismo Dios quiere la muerte del pecador sino que se convierta y viva.

En ese sentido Jesucristo expresó: “He venido para que tengan vida y la tengan en abundancia”.

Por tanto, los auténticos seguidores de Cristo, han reconocido los errores históricos en cuanto a este tema de las penas y castigos y promueven hoy, como siempre, la cultura de la vida. Sería iluso querer juzgar con la mentalidad y la cultura de hoy los hechos y mentalidades del pasado. Lo que sí está claro es que la humanidad ha llegado a un estadio en que existe una repulsa universal a la violencia y a la muerte. Esta conciencia compartida por la inmensa mayoría de los ciudadanos del mundo no ha podido evitar o detener las acciones violentas, las leyes injustas, las guerras fratricidas y la aplicación del aborto y de la pena de muerte que los Estados contemporáneos se deciden a promover haciendo caso omiso al llamado de los pueblos y caminando en el sentido contrario de la historia humana, por muchas razones de estado, justificaciones de disciplina social, o razones económicas, o incluso criterios personales que pudieran esgrimirse para defender esas expresiones de la cultura de la muerte.

Especialmente en el continente latinoamericano existe una fuerte conciencia y una muy atenta sensibilidad hacia este tema. Pudiéramos decir que uno de los consensos más fuertes y pujantes que animan hoy la acción social y la promoción humana en esta región es la defensa de la cultura de la vida y la oposición activa y pacífica a la cultura de la muerte.

Pero la cultura de la vida no es sólo abolir las acciones y signos de muerte que ya sería un paso trascendental en la historia de la familia humana y en la historia propia de cada pueblo. Cultura significa «cultivo». Es decir, siembra, labranza, escarde, abonar, regar, podar, cosechar. En este sentido, cultura de la vida debe significar no sólo la denuncia de la violencia y de la muerte, sino el anuncio y el cultivo de la vida como valor supremo querido por Dios: “la gloria de Dios es que el hombre viva” ha dicho uno de los doctores de la espiritualidad cristiana.

Por tanto promover la cultura de la vida es también, y sobre todo, sembrar valores y virtudes que favorezcan la vida humana y la ecología. Es labrar, en el carácter y el alma de las nuevas generaciones y de todo el pueblo, un espíritu tolerante, no violento, pluralista, respetuoso del orden y la disciplina social, educado para vivir en la verdad y la justicia. Hay que forjar en el carácter de los pueblos la convicción de no ceder al recurso fácil y expedito a la violencia para contener la corrupción y la criminalidad. La violencia engendra más violencia y el círculo vicioso del crimen-castigo-vengeanza-desorden social, debe ser desarticulado a fuerza de labrar el espíritu humano en la virtud. Esta es la única fuerza capaz de frenar al que se siente tentado a delinquir.



Sólo esa fuerza interior de la virtud puede detener la mano del criminal, la bota del opresor, el cerebro de quien concibe el mal, la pudrición del corrupto, el impulso del violento, que las fuerzas del orden no siempre pueden erradicar, aunque son siempre necesarias para mantener no sólo la disciplina social sino para favorecer un clima de serenidad y entendimiento civilizado en el seno de la comunidad.

Mientras se pueda prevenir el crimen con la vigilancia, mientras se pueda localizar el móvil del criminal con la colaboración de la ciudadanía, mientras se pueda descubrir al autor de los hechos por medio de las técnicas y de las investigaciones policiales, se podrá remediar las consecuencias de la cultura de la muerte. Se pudiera, incluso coartar un poco esa criminalidad y corrupción por miedo al castigo. Pero la vida nos ha enseñado que estos medios y técnicas, esta vigilancia y esos castigos, son sólo remediales, paliativos, mitigantes y soluciones puntuales para los hechos prevenidos o procesados. La raíz del problema es otra. La esencia del asunto está en las causas de esa corrupción, de esa criminalidad, de esos desórdenes sociales, de esa vulgaridad y violencia. Si no vamos a la raíz, de poco servirá la poda cuando se enferma un árbol. No basta podar, escardar las malas hierbas, botar la escoria, eso sólo atiende a lo que se ve, lo que ya está enfermo o es indeseable, pero el árbol de la civilización y la convivencia pacífica necesita ser cultivado para la vida desde la raíz de los problemas.

La raíz de toda delincuencia personal, de toda corrupción social, de toda violencia individual o institucionalizada está en el alma de los hombres, en la conciencia de cada persona, en el corazón humano. Y hasta allí hay que llegar con las soluciones.

Las soluciones que se están dando ante la criminalidad, la corrupción, la vulgaridad y la violencia ¿llegan al alma de la gente, trabajan con el cambio de su corazón, educan su conciencia para la libertad y la solidaridad, forjan su carácter para la honestidad y el respeto a lo ajeno?. O por el contrario, intentan atajar sobre todo con leyes y medidas represivas lo que todo el pueblo repele pero que la mayoría no coopera en solucionar, manteniendo una actitud violenta en lo más mínimo, abandonando la educación que dan a sus hijos en manos de otros o de nadie, favoreciendo la doble moral, la vida en la mentira y las soluciones fáciles en el robo, la farsa y la huida.

No seamos hipócritas condenando a unos cuantos, alegrándonos de unas medidas venidas sólo del Estado, reprimiendo a los que no se ajustan a los parámetros establecidos por la estructura, con esto solo no se soluciona el problema de raíz. Mientras hacemos esto, seguimos consintiendo o incluso recomendando a nuestros propios hijos que «resuelvan», es decir, que roben en sus escuelas y trabajos. Esos serán los futuros delincuentes y rateros de mayor envergadura. Mientras vemos los juicios por la televisión, en nuestro propio hogar no actuamos con justicia y sobornamos a nuestros propios hijos con propuestas como esta «Si haces esto, te regalaré esto otro». Si el interés material es la única motivación que sembramos en nuestros hijos,



estamos preparando los corruptos del mañana. Mientras nos espantamos farisaicamente por la violencia de los asaltantes nocturnos o de los violadores, en nuestros propios hogares deformamos a nuestros hijos con actitudes y respuestas violentas y maltratamos a nuestros familiares con saña y sin paciencia ni piedad. Y en nuestras escuelas y grupos de amigos se siguen destacando las actitudes violentas como únicos paradigmas para resolver los problemas sociales y presentando modelos que favorecen esta concepción de la vida, aún con las mejores intenciones del mundo. Estaremos abonando la semilla de la violencia que germinará en la primera explosión que intente resolver en el desorden lo que todos queremos resolver en la convivencia pacífica.

La cultura de la vida, más allá de los remedios, tiene que ver con la salud del alma, con la forja de las virtudes y no sólo de valores venidos desde fuera de la conciencia y de la propia voluntad. Enseñanza de valores sin forja de virtudes es sembrar sin arar el campo, sin abrir el surco. Sin forja de virtud, no solamente florece la mala hierba de la corrupción y el desorden, sino que se empobrece la patria porque sus propios hijos la maltratan o la descuidan o la abandonan. No por gusto dijo Varela que “No hay patria sin virtud”. He aquí la raíz del problema. La esencia de la solución: La cultura de la vida es el cultivo de la virtud.

Pero falta un último eslabón: Cultivar la virtud es labrar el espíritu humano y para esta labranza no se pueden usar los mismos instrumentos que para reprimir el cuerpo, o para alimentarlo, o para complacerlo. Los instrumentos para alcanzar los frutos del espíritu son la educación, las relaciones humanas, la religión, el sacrificio, la búsqueda de la verdad y de la justicia, la entrega a los demás... La virtud es patrimonio de todo hombre, sea creyente o no, pero la religión es sin duda la fuente más profunda, perseverante, sacrificada y plena de la virtud. Si cultivamos el espíritu de nuestro pueblo con estos instrumentos de la cultura de la vida, entonces «los frutos del espíritu» serán: “el amor, la alegría, la paz, la tolerancia, la amabilidad, la bondad, la fe, la mansedumbre, el dominio de sí mismo. Y no hay ley frente a esto”. Así nos había alertado San Pablo en su carta a los Gálatas hace casi 2000 años.

Y más adelante nos propone un proyecto para alcanzar esta siembra de virtudes: “Si alguno es sorprendido en alguna falta... corregidlo con espíritu de mansedumbre. Y no te descuides de ti mismo, que también tú puedes ser puesto a prueba. Ayudáos mutuamente a llevar las cargas...Que cada uno examine su conducta y sea ella la que le proporcione motivos de satisfacción, pero sin apropiarse de méritos ajenos. Porque cada uno debe llevar su propia carga. No os engañéis; de Dios nadie se burla, lo que cada uno siembra, eso cosechará. Quien siembre su vida de apetitos desordenados, cosechará corrupción, mas quien siembre espíritu, a través del espíritu, cosechará vida eterna.” (Gálatas 6, 1-8)

“La vida eterna es que te conozcan a Ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo tu enviado” (Jn.17, 3). Esta es la esencia de la religión. Por eso



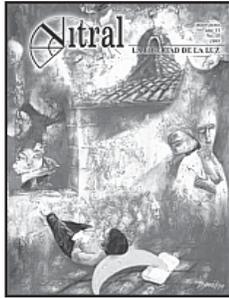
el Padre Varela completó su pensamiento y su programa así: “No hay patria sin virtud, ni virtud con impiedad”.

Nosotros podemos añadir: ni cultura de la vida plena, sin virtud y sin religión.

Aún más: la cultura de la vida es el mejor culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre.

Pinar del Río, 4 de abril de 1999
Solemnidad de la Resurrección de Jesucristo





El inmovilismo: un callejón sin salida

Año VI. N° 31. mayo-junio 1999

En la cotidianidad de los cubanos es muy frecuente recurrir a la siguiente apreciación de la realidad que vivimos: "Aquí no pasa nada".

A veces es reflejo de un aburrimiento existencial, de un cansancio de lo mismo, de un hastío por falta de renovación.

Todo organismo vivo necesita del cambio. Desde hace poco se puede leer en un letrero mural al frente de una de las empresas de transporte de esta ciudad: "El cambio es obligatorio, el proceso es opcional". Cambiar es una necesidad vital, pertenece a la misma naturaleza de las cosas, del hombre y de la sociedad.

Todo cambia. Si no lo vemos es porque intentamos construir una apariencia de realidad mientras la vida real transcurre soterradamente. Si no se desea el cambio, de todas maneras este se da, pero con el inconveniente de que hacemos dejación de la capacidad y la responsabilidad de escoger y regular sus modos.

Porque no se trata, como bien dice el letrero, de cualquier modo de cambiar. Hay que elegir bien la forma en que se desarrolla el cambio. Esencialmente hay dos modalidades para los infinitos caminos de cambio: la vía pacífica y gradual, por un lado, y la vía violenta y traumática, por otro.

En uno de esos dos horizontes se han dado todos los cambios personales, familiares, culturales, sociales, económicos, políticos y religiosos de la historia humana. Los grandes y pequeños cambios, los sustanciales y los cosméticos, transitarán por uno de estos dos caminos. De nosotros, de cada uno de nosotros, depende elegir el modo.

La conciencia universal contemporánea repele, en su inmensa mayoría, la vía violenta y traumática de los cambios. Los que se dejan inspirar por el mensaje de Cristo, eligen también la vía pacífica, gradual, consensuada.

La historia misma de la propia Iglesia demuestra que cuando se descuida el modo, se cae en el error de la violencia. Cuando se imponen las ideas o



las creencias, se fomenta la intolerancia, que siempre acaba mal. Cuando se intenta detener la historia y paralizar los cambios, la vida real se encarga de romper el hielo. Cuando el inmovilismo intenta crear un ambiente aparente de tranquilidad, las soluciones se encaminan hacia un callejón sin salida.

Cuba ha cambiado pero no lo necesario. Mientras en algunos aspectos económicos se mueven las cosas para garantizar la supervivencia, en otros aspectos de la vida social parece como si nada estuviera pasando. La vida real se aleja de lo aparente. Y se retarda así lo que en beneficio de todos constituye -como dice el cartel mencionado- una obligación: cambiar.

El inmovilismo significa entonces un serio inconveniente para el progreso de la vida. Ninguna persona, familia o nación puede detener su desarrollo sin grave daño para sí mismo. La dialéctica propia de los vivientes marca el ritmo y los grados de avance. Los pasos se van vislumbrando y de nada sirve ignorarlos.

La oportunidad para “emprender los nuevos caminos que exigen los tiempos de renovación», de los que el Papa dijo en La Habana que era “la hora», deja en nosotros la grave responsabilidad de movernos para convertir nuestro corazón, nuestra mentalidad, nuestra forma de concebir la vida, o ésta nos pasará de largo dejándonos sin futuro.

Podría decirse que nos consume la impaciencia. La historia reciente y también la lejana, es testigo de la paciencia sin límites de los cubanos y de su Iglesia. Aún esperamos, con paciencia, que el inmovilismo después de la visita del Papa no convierta en paréntesis lo que fue ventana de libertad y mensaje de verdad y esperanza. Querer paralizar nuestras vidas en la rutina cotidiana, sin esforzarnos por cambiar nosotros mismos en esa conversión del corazón y de las estructuras, es no respetar el derecho a una vida digna y plena.

En este sentido los católicos hemos reflexionado en la enseñanza del Papa en la Misa de la Plaza José Martí, en que nos llama a “no detenernos» por fidelidad a Cristo y a la misión de la Iglesia en favor del hombre, que es lo que está en juego. Escuchemos una vez más esta invitación a salir de la parálisis:

“En la búsqueda del Reino no podemos detenernos ante las dificultades e incomprendiones. Si la invitación del Maestro a la justicia, al servicio y al amor es acogida como Buena Nueva, entonces el corazón se ensancha, se transforman los criterios y nace la cultura del amor y de la vida. Este es el gran cambio que la sociedad necesita y espera, y sólo podrá alcanzarse si primero se produce la conversión del corazón de cada uno, como condición para los necesarios cambios en las estructuras de la sociedad.» (No. 5)

Una de las formas de poner en práctica este mensaje del Papa es tratando de cambiar los criterios que favorecen el inmovilismo por criterios que favorezcan la renovación necesaria.

Una de las causas más frecuentes del inmovilismo es la baja autoestima, la errónea conciencia de que uno no puede hacer nada, de que no se puede



cambiar nada. La mayoría de los cubanos creemos sólo en las grandes conmociones, en los cambios tremendistas venidos de arriba o de fuera, encarnados en personas o acontecimientos mesiánicos.

El Papa también se refiere a ello cuando en la memoria dedicada al Padre Félix Varela en el Aula Magna de la Universidad de La Habana decía de la espiritualidad del fundador de nuestra nacionalidad: “Esta es su motivación más fuerte, la fuente de sus virtudes, la raíz de su compromiso con la Iglesia y con Cuba: buscar la gloria de Dios en todo. Esto lo llevó a creer en la fuerza de lo pequeño, en la eficacia de las semillas de la verdad, en la conveniencia de que los cambios se dieran con la debida gradualidad hacia las grandes y auténticas reformas.” (no. 4c)

Desde Varela y Martí ha habido cubanos que han creído “en el mejoramiento humano y en la utilidad de la virtud” con la convicción de que cuando un hombre se dispone a salir de su propia parálisis para cambiar su vida, algo ha comenzado a cambiar en la sociedad en la que vive.

Si cada cubano comprendiera que puede y debe hacer algo para salir del inmovilismo, si en nuestra experiencia cotidiana en lugar de decir “aquí no cambia nada”, comenzáramos a preguntarnos “¿por qué en mí no cambia nada?”, o mejor, comenzáramos a convencernos de que «de mí depende que algo comience a cambiar en Cuba», entonces todo comenzaría a moverse con la fuerza de los pequeños pasos graduales, pero que si son reales y sinceros nos conducirán hacia “las grandes y auténticas reformas” que deseamos.

En otras palabras, las grandes y auténticas reformas no se darán por arte de magia o a partir del inmovilismo, sino a partir del aporte de cada ciudadano y de los que tienen alguna responsabilidad en cualquiera de los ámbitos de la vida familiar o social.

Cuba merece que salgamos de ese inmovilismo por los caminos del diálogo y la reconciliación, del consenso y la confianza, de la sinceridad y la «lúcida impaciencia» de los que saben que los que más sufren no pueden esperar mucho para que le “sean reconocidas sus angustias, sus dolores y sus miserias.»- como nos decía el Papa en la Plaza- “Los que se encuentren en estas circunstancias pueden estar seguros de que no quedarán defraudados, pues la Iglesia está con ellos y el Papa abraza con el corazón y con su palabra de aliento a todo el que sufre la injusticia.”(Homilía. No. 5)

Vitral, al cumplir cinco años de su servicio a la Iglesia y a la patria, quiere unir su pequeña voz a la de cuantos, en sintonía con este apremiante llamado del Santo Padre, desean que los que sufren no queden defraudados.

Y lo hace, sobre todo, porque quiere ser consecuente con aquellas palabras de Juan Pablo II el 25 de enero de 1998 en su Homilía en la Plaza (párrafo no. 5) que, si las tomamos en serio, nos impelen a comprometernos más en la reflexión de los temas sociales: “Es preciso continuar hablando de ello mientras en el mundo haya una injusticia, por pequeña que sea,



pues de lo contrario la Iglesia no sería fiel a la misión confiada por Jesucristo. Está en juego el hombre.”

Y cuando está en juego el hombre los caminos no deben cerrarse en el callejón sin salida del inmovilismo. Que la esperanza nos alcance siempre para, a pesar de todo, abrir los horizontes a la cultura del amor y de la vida.

Pinar del Río, 20 de Mayo de 1999.
97 Aniversario de la proclamación de la República





Hacia la reconciliación nacional

Año VI. N° 32. julio-agosto 1999

"Sólo el amor construye..."

"Con el amor se ve..."

José Martí

Reconciliación y reconstrucción son dos formas de llamar al mismo proceso mediante el cual se restablecen los puentes de comunicación, diálogo, justicia y amor.

Restablecer esos lazos abarca, desde reconstruir a la propia persona que necesita reconciliarse consigo misma, con su pasado, con lo que es, con lo que desea ser; pasa por las relaciones interpersonales, matrimoniales o de amistad; alcanza el restablecimiento de la comunión entre los distintos sectores de la misma nación y también entre varias naciones y regiones de la tierra; hasta llegar a la reconciliación con Dios, al que, los que creemos, reconocemos como Padre de todos los hombres sin distinción, por lo tanto hacedor de la más profunda y duradera fraternidad universal.

Toda persona necesita, en algún momento de su vida, reconciliarse con su historia; toda familia necesita momentos de reconciliación; toda comunidad cristiana también los necesita; todo país se encuentra en circunstancias en que lo más importante es cerrar heridas, sanar la memoria, cultivar la misericordia y el perdón, otorgar la amnistía del corazón y de la ley, escribir la historia sin enconar revanchas, para reemprender una nueva etapa del camino.

Creemos que Cuba también está en una etapa de su historia en la que la reconciliación es el camino y el contenido de la necesaria reconstrucción del país.

Hace unas semanas hemos visto por la televisión un proceso de reclamación por daños humanos. No cuestionamos aquí su carácter legal, o su eficacia, o su deseo de impartir justicia muchos años después de lo ocurrido, queremos referirnos al método, que pudiera traer para el presente y el futuro de Cuba un clima que no favorezca la deseada reconciliación.



Debemos comenzar diciendo que la reconciliación no significa dismantelar la justicia, ni esconder la verdad de los hechos, -por cierto, toda la verdad y no sólo una parte-; no significa tampoco desconocer la historia, desfigurarla, mutilarla...

Reconciliación, más que demandar, es perdonar, es misericordia que tiene en cuenta la justicia, pero que la supera con la magnanimidad.

Reconciliación no es abrir heridas viejas aunque ciertas. Es sanar y vendar, no enconar y exhibir lo que la injusticia y el odio rompió. Creemos que ante la crueldad debe existir un pudor que no se empeñe en una morbosa vuelta a lo que dañó, lo que humilló, lo que marcó para siempre a una generación.

Lo brutal, por inicuo y por vergonzoso, no debe presentarse ni por ejemplarizante lección, pues lo que desea enseñar se hace a tal costo de ignominia que en lugar de despertar la bondad que intenta cultivar, aviva sentimientos de venganza y rencor que —como dijera Martí— nos colocan en el bando de los que odian y destruyen.

Sólo el perdón y el amor construyen. Colóquese a un pueblo ante las crueldades humanas y devuélvanse a la luz pública de niños, adolescentes y jóvenes que no vivieron esa época dura, las iniquidades de que fueron capaces otros hombres y otras generaciones y se estará sembrando la revancha, no la amnistía, se estará envenenando el clima donde respiramos, no serenando los espíritus -lo que no significa olvidar la justicia- para poder comenzar de nuevo. Los pueblos no se reconstruyen abriendo heridas sino fortaleciendo corazones. Y creer que el corazón se hace recio sobre la base de la violencia ha sido el origen de todas las guerras y confrontaciones de la historia que debemos superar definitivamente.

A sembrar valores y despertar los sentimientos de justicia y bondad, perdón y reconciliación, deben dedicarse los medios de comunicación social de todos los países, también de Cuba, y no a brindarnos una reiterada secuencia de violencia y muerte que difícilmente ayude a que no vuelva la historia que ya tuvieron que sufrir varias generaciones de cubanos.

El poco tiempo de las transmisiones de la televisión, que alcanza a llegar a un gran público, debería dedicarse a más programas como *Vale la pena* o *Para la Vida* y a menos novelas repletas de corrupción, infidelidades maritales, modelos de vida extraños a los nuestros y sentimientos verdaderamente no constructivos.

La televisión debería dedicar más tiempo a programas como «Orígenes» o *De la gran escena* y menos a películas de violencia y muerte como las del sábado. Menos a reciclar el dolor, la injusticia y más a sembrar la convivencia fraterna y el amor.

Eso es contribuir a la unidad y la reconciliación nacional que todos los cubanos merecemos.

Dicen los mejores pedagogos, incluidos los cubanos, que tenemos muy buenos, que no se educa resaltando lo negativo sino proponiendo lo positivo. Dicen también que no es poniendo malos ejemplos en el aula o en la familia como se evitan las malas acciones en el futuro, sino que existe una reacción psicológica ante este tipo de muestra macabra que en lugar de repulsión provoca



un morbo de lo prohibido, de lo destructivo, que algunos autores llaman el Thánatos.

Tenemos la convicción de que no es este el camino de un futuro de mayor justicia y fraternidad para Cuba sino el del perdón, la amnistía y el Ágape, que es la fuerza positiva del amor que construye.

Amnistía es olvidar lo que pasó para empezar de nuevo rompiendo la cadena de la violencia y la revancha. Amnistía es olvidar. No en el sentido de borrar la memoria histórica y la verdad, lo que, por otra parte, es imposible. Aquí olvidar significa el propósito y la voluntad de no reabrir las heridas, ni reavivar el encono, ni dejar escapar las fuerzas negativas de la venganza.

Nunca sobran ejemplos en la historia de Cuba, y son muchos, que demuestran que en los momentos más críticos, de mayor confrontación, en los momentos en que se gestaba un nuevo orden de mayor justicia y libertad, los padres fundadores no resaltaron las viejas heridas sino sembraron la virtud de la benevolencia y el proyecto de un hogar nacional “donde quepamos todos”-como dijera Martí.

Leamos en el *Manifiesto de Montecristi*, que bien podría ser el manifiesto de la reconciliación entre todos los cubanos y con todos los pueblos, y veremos la nobleza del alma de nuestros patricios. Ellos “declaran..., ante la patria, su limpieza de todo odio, su indulgencia fraterna para con los cubanos tímidos equivocados, su radical respeto al decoro del hombre, nervio del combate y cimiento de la república.”

Debemos evitar todo cuanto pudiera llevarnos al despeñadero de la violencia. Debemos ahorrarle a Cuba más amarguras y resentimientos. Debemos construir sobre el perdón y el amor. La alternativa a este pacífico y cordial camino es la pendiente de la confrontación. Debemos cerrarle, desde ahora, el paso a esos sentimientos de odiosas reivindicaciones violentas.

Callar sobre la verdad del dolor ajeno y no ponerse del lado de la justicia es vergonzoso, pero reabrir las heridas del pasado pudiera ser una manipulación del dolor ajeno y ser utilizado para fines de Estado. Así lo veía el Apóstol:

“Con ir de espaldas a la verdad... no se suprime la verdad. En un pueblo, hay que tener las manos sobre el corazón del pueblo...Y el corazón crece, y la paz pública, cuando los elementos nacionales de cólera y desorden, se convierten, por su propia virtud, en elementos de amor y orden.” (José Martí. «Juntos, y el Secretario». Patria, 21 de mayo de 1892.O.C. Vol. I, p.555)

Cubramos la ignominia, ciertamente injusta, con el manto de la dignidad con que, la frente en alto, sufre el hombre noble, y evitemos con el perdón y la misericordia de hoy, nuevas revanchas que estuvieran por venir.

Cerremos la cuenta del pasado. Que la lección de la historia salvaguarde, junto con la verdad de lo que pasó, la inmovible voluntad de olvidar las injusticias para que no se nos envenene el corazón y para que la nación pueda cerrar las heridas con la serenidad y el sosiego que da la certeza de que nunca más se echará mano de la memoria para reavivar el encono y señalar enemigos.



Invitar al perdón y la reconciliación, esa es nuestra intención. Respetar el dolor de todos los que sufrieron y fueron heridos, muertos o mutilados en el cuerpo o en el alma por unos y por otros. Ayudar a reconocer la verdad y la justicia donde quiera que estén. Pero no enconar más, sino sanar las almas y los corazones.

Una buena actitud y un buen programa de vida para que Cuba entre en una nueva etapa de su historia en vísperas del nuevo milenio por la única puerta que construye: el amor.

Pinar del Río, 8 de Julio de 1999





Cuba y las relaciones internacionales

Año VI. Nº 33. septiembre-octubre 1999

Se acerca la celebración de la IX Cumbre Iberoamericana que tendrá lugar este año, del 15 al 16 de noviembre, en La Habana. Nuestro país volverá a estar en el centro de las noticias y hacia él se dirigirán muchas miradas.

Cuba será un diligente anfitrión para los Jefes de Estado y Gobierno de este grupo de países deseosos de conformar una comunidad de naciones que han compartido raíces culturales, lenguas, religión e historias y que quieren compartir proyectos futuros, suerte y destino.

Es buena ocasión para reflexionar sobre Cuba y sus relaciones internacionales.

Comencemos recordando que la acción de establecer relaciones significa "hacer conexiones, correspondencia, trato, comunicación de una persona, institución o país con otros", y que son de diverso carácter: "económicas, militares, políticas, culturales, diplomáticas, comerciales..." -hasta aquí una definición de Enciclopedia.

Pudiera parecer que esta reflexión ha empezado con una verdad de Perogrullo, pero en la actual situación de las relaciones internacionales no es baldío recordar su etimología y su origen. Son bastantes los ejemplos en que estas relaciones se convierten en confrontaciones, en que la comunicación se convierte en aislamiento, en que la correspondencia se convierte en desconocimiento y lo que debía ser trato se traduce en atropello.

Luego, el primer requerimiento ético de las relaciones internacionales es que sean verdaderamente eso: lazos de apertura y comunicación, trato de respeto y colaboración, sin injerencias violadoras de la soberanía de las naciones pero sin usar ese principio para consentir en abusos de la soberanía de los ciudadanos que es, a fin de cuentas, el origen de toda soberanía.

Las Cumbres de Jefes de Estado y de Gobierno, así como todas las iniciativas que contribuyen a acercar a las naciones, deben ser promovidas sin exclusiones y sin ingenuidades.



La credibilidad de estas cumbres depende de su seriedad y eficacia. Los consensos y acuerdos, aun cuando no sean vinculantes según el derecho, ponen en tela de juicio la eticidad de los gobiernos y de los mismos Estados.

Hay quienes cuestionan, no sin alguna razón, el hecho mismo de participar en estas cumbres cuando sus declaraciones son letra muerta o cuando se convierten en reuniones de sociedad sin ningún efecto en la vida cotidiana de los pueblos. Creemos que cuestionar la efectividad de las cumbres es bueno, pero retirarse de ellas sin agotar todos los recursos para que sus acuerdos y declaraciones sean respetados y cumplidos por el vínculo de la eticidad y no sólo de la ley, o por lo menos no sean violados patentemente entre una cumbre y otra, es éticamente inaceptable. Los valles entre las cumbres deben ser fértil terreno para cultivar lo tratado, no desierto inhóspito o caos salvaje en que la realidad viole impudicamente a las intenciones expresadas. Está en juego la credibilidad de los mismos Jefes de Estado.

Y está en juego algo más serio y trascendente, la credibilidad en los métodos del entendimiento, de las relaciones civilizadas, del diálogo y la concertación. Quienes desconocen olímpicamente lo que han firmado y quienes consienten en que las naciones desconfíen en este tipo de reuniones, no solo pierden la confianza de sus pueblos sino que, aún sin buscarlo intencionadamente, abren el camino a la confrontación, el aislamiento y las medidas violentas, antítesis de las relaciones internacionales y salida expedita por la ineficacia de los métodos diplomáticos y negociadores.

Deseamos sugerir algunos umbrales éticos que pudieran servir de pórtico para que las relaciones internacionales, y estos signos magníficos de ellas que son las cumbres regionales y mundiales, puedan entrar en una etapa de mayor credibilidad y eficacia al iniciar un nuevo siglo:

1. Las relaciones internacionales deben ser concebidas como las relaciones con toda la nación, entendida como pueblo, y no sólo con sus gobiernos.
2. La presión del Derecho debe sustituir a la confrontación de la fuerza.
3. No debe admitirse un doble estándar o rasero para medir la eticidad y el respeto de los derechos humanos y sociales.
4. No dejarse manipular por los intereses hegemónicos internacionales pero tampoco reaccionar ante ellos aliándose a las fuerzas hegemónicas dentro de los países.
5. Que el derecho a la oportunidad comercial y económica vaya indisolublemente ligado a la exigencia de que los derechos humanos y el Estado de Derecho sean respetados y promovidos, de lo contrario se convertiría en un inmoral oportunismo mercantilista.
6. La abstención debe ser sustituida por una participación comprometida.

En cuanto a la IX Cumbre Iberoamericana de La Habana, además de estos umbrales más generales pudiera ser recomendable tener en cuenta estos otros:



1. El costo de participar debía consistir en ser coherente con los propios principios: defender en Cuba los principios y derechos que defienden y quieren para sus propios países.

2. Establecer comunicación con toda la nación, su sociedad civil, y no sólo con el Estado.

3. Establecer una relación intrínseca entre el rechazo a la violación del derecho internacional con leyes políticas y económicas reductivas y el rechazo a la violación de los derechos humanos con leyes políticas y económicas reductivas al interior del país.

4. Pasar de los gestos y las palabras a los hechos concretos que den coherencia, credibilidad y solidez a las políticas con nuestro país, de modo que el pueblo cubano pueda creer que los gobiernos lo consideran de verdad el protagonista y principal destinatario de sus relaciones con Cuba.

5. Que Cuba no sea utilizada por ningún país como:

-Factor electoral y presa de sus políticas internas.

-Vitrina de lo que «no debe ser» para América Latina.

-Oportunidad de mercado para Europa frente a Estados Unidos.

-Sueño de un proyecto de justicia social que muchos en América Latina y otros lugares del mundo no se han enterado que ha terminado y que, para mantener los sueños, habría que reinventarlo por auténticos caminos de libertad y solidaridad.

No duden nuestros insignes visitantes de venir a Cuba si se van a encontrar con lo mejor de esta Isla. La visita del Papa es un precedente que hay que tener muy en cuenta, si no se quiere correr el riesgo de errar en el intento. El Santo Padre cambió el aislamiento por la comunicación, cambió el derecho a la fuerza por la fuerza del derecho y de la verdad, y, a nuestro modo de ver, trazó algunas coordenadas de orientación para que el visitante no se pierda ni en la contemplación de la belleza natural ni en la ingenuidad de una visita por la superficie:

¿Cuál es la verdadera identidad de Cuba?: “Cuba tiene un alma cristiana y eso la ha llevado a tener una vocación universal.” (Homilía en la Plaza de la Revolución. No.7)

¿Cuál es la esencia de las relaciones internacionales?: “En nuestros días ninguna nación puede vivir sola. Por eso, el pueblo cubano no puede verse privado de los vínculos con los otros pueblos, que son necesarios para el desarrollo económico, social y cultural, especialmente cuando el aislamiento provocado repercute de manera indiscriminada en la población, acrecentando las dificultades de los más débiles en aspectos básicos como la alimentación, la sanidad o la educación. Todos pueden y deben dar pasos concretos para un cambio en este sentido. Que las naciones, y especialmente las que comparten el mismo patrimonio cristiano y la misma lengua, trabajen eficazmente por extender los beneficios de la unidad y la concordia, por aunar esfuerzos y superar obstáculos...” (Palabras de despedida en el aeropuerto. no. 4b)



¿Para qué estas relaciones?: “para que el pueblo cubano, protagonista de su historia, mantenga relaciones internacionales que favorezcan siempre el bien común. De este modo se contribuirá a superar la angustia causada por la pobreza, material y moral...” (ibídem)

¿Cuáles son las causas de la pobreza material y moral en Cuba?: “...pueden ser, entre otras, las desigualdades injustas, las limitaciones de las libertades fundamentales, la despersonalización y el desaliento de los individuos y las medidas económicas restrictivas impuestas desde fuera del país, injustas y éticamente inaceptables.” (ibídem)

¿Quiénes deben ser los destinatarios de esta Cumbre y cuál es la mayor riqueza de Cuba?: “El mundo debe acercarse a Cuba, a su pueblo, a sus hijos, que son sin duda su mayor riqueza.” (Homilía en la Plaza de la Revolución. No.7)

Los ciudadanos de a pie podemos tener en estas reflexiones algunos elementos para poder opinar y evaluar un asunto tan complejo como las relaciones internacionales, con frecuencia bastante alejadas de nuestra vida cotidiana.

La antiquísima y probada experiencia de la diplomacia vaticana pudiera ser tenida en cuenta tanto por los responsables de estas relaciones como por los cubanos que sufrimos o nos enriquecemos de sus resultados. Estas palabras y otras, y también los gestos que hiciera el Papa antes, durante y después de la visita a Cuba constituyen un mensaje enviado no sólo al gobierno, sino, y sobre todo, al pueblo cubano.

He aquí, a nuestro modo de ver, el meollo de las relaciones internacionales y específicamente de esta IX Cumbre Iberoamericana:

Tener como destinatario al pueblo, a la nación, a la sociedad civil, a las personas concretas, aunque los primeros y más inmediatos interlocutores sean los gobiernos.

Pero recuérdese que los interlocutores pasan y los destinatarios permanecen... Quedan esperando a que las relaciones internacionales adquieran la normalización y la estabilidad que sólo se logran cuando se respeta a los pueblos como protagonistas de su historia.

Pinar del Río, 8 de septiembre de 1999,
Fiesta de Nuestra Señora de la Caridad del Cobre,
Patrona de Cuba.





Abrir las puertas a la redención

Año VI. N° 34. *noviembre-diciembre 1999*

La fiesta de Navidad es la fiesta de la apertura. Dios se hace hombre abriendo las puertas a la redención del género humano. Abre la puerta del perdón para que todos aprendamos a perdonar. Abre las puertas de la misericordia para que todos seamos magnánimos con los que se han equivocado. Abre las puertas de la reconciliación para que todos aprendamos a ser hermanos.

Navidad es la fiesta de las puertas abiertas

Contemplemos el nacimiento de Jesucristo. La Virgen María, la primera que abrió las puertas de su corazón y su seno para ser la madre del Hijo de Dios. San José, esposo fiel de María, que abrió su vida a lo desconocido para cuidar del niño y de la madre, para educarlo y amarlo hasta el final. Los pastores que abren las puertas de su fe para reconocer en el pobre niño del establo al Señor de la Historia. Los reyes que abren las puertas de las culturas y las naciones a la estrella de Belén. Esto fue la primera Navidad.

Contemplemos la historia de estos 2000 años. El corazón de los hombres se ha abierto a la universalidad, la vida del mundo se ha abierto a mayores grados de libertad y responsabilidad, aunque queda mucho por abrir. Las puertas de las culturas se abren a la riqueza de la diversidad. Las puertas de la economía se abren a la globalización con sus pro y sus contra. Las puertas de la política se abren cada vez más a la democracia, a pesar de todo lo que todavía la limita. En fin, que la conciencia de la humanidad se ha abierto a una sensibilidad humana mucho mayor que antes del nacimiento de Cristo. Esto ha sido fruto de la primera Navidad.

Navidad: abrir las puertas que aún permanecen cerradas

Quedan muchas puertas por abrir. Navidad es tiempo de apertura. Navidad es la puerta por donde entró la Bondad, la Verdad y el Amor de Dios para derramarse en todo corazón y cultura que se abra a la redención. Navidad es momento de abrir las puertas de nuestras conciencias a lo que todavía no puede asumir en la verdad. Es abrir las puertas de nuestros corazones para sanar todo lo que está herido, lo que está seco de sentimientos, lo que pudiera haber de cerrazón. Navidad es abrir las puertas de nuestra voluntad para ofrecer ahora la bondad, la verdad y el amor necesarios para que lo que está cerrado se abra y lo que está dormido despierte, para que lo inmovilizado se mueva y lo que retrocede, avance. Eso debe ser Navidad.



Cuba y cada cubano debemos preguntarnos qué falta por renovar, qué necesita de vida nueva, qué pide apertura y necesita liberación. Cristo nació para abrir y liberar, para renovar y reconstruir, para salvar y rescatar todo lo bueno que hay en el corazón de los hombres, de las culturas y de las naciones: Eso se llama redención. Eso se llama también abrir las puertas al Redentor.

El Santo Padre Juan Pablo II abrirá en esta Nochebuena la Puerta Santa de la primera Iglesia de la cristiandad: la Basílica de San Pedro en Roma. Esa puerta que se abre cada 25 años, quiere simbolizar todas estas aperturas, espirituales, culturales, materiales, sociales, políticas y religiosas. Es la Puerta del Año Santo Jubilar con el que celebraremos los 2000 años del Nacimiento de Cristo.

Cada obispo en su diócesis inaugurará estas celebraciones, que durarán desde esta Navidad hasta la Navidad y el Día de Reyes del 2001, cuando recibamos el comienzo del Tercer Milenio del Cristianismo.

La Iglesia, al abrir estas puertas simbólicas, desea abrir su corazón de madre, desea abrir las puertas de la gracia, el perdón y la misericordia, desea abrir las puertas a la reconciliación: esa es la esencia del Jubileo del 2000.

Ella es la primera que necesita ese perdón, esa renovación y ese cambio.

Toda la Iglesia católica invita, también, a las demás religiones y a todos los hombres de buena voluntad: simples ciudadanos, constructores de la sociedad, responsables de los Estados, a abrir las puertas de su conciencia, de su corazón y de su voluntad al cambio de mentalidad, al cambio de sentimientos, al cambio de vida, al cambio social, político, económico y cultural para que el mundo sea mejor. Todos necesitamos de renovación, de reconciliación, de apertura.

Deseamos a todos una Navidad llena de signos de apertura a la bondad, la verdad y el amor, personal, familiar y social, porque sin esas puertas abiertas, le cerraremos la puerta a la esperanza. Y una persona y una nación sin esperanza no pueden celebrar la Navidad como se debe. Que en medio de las dificultades no dejemos caer la esperanza. Eso es lo último que se pierde.

Que el Año Jubilar con el que celebramos los 2000 años del Nacimiento de Jesucristo sea el tiempo de apertura y gracia, de justicia y de paz, de perdón y reconciliación que Cuba necesita para que todos podamos llegar a “ser protagonistas de nuestra propia historia personal y social”, como nos sugería el Papa.

En el pobre establo de Belén, en la humilde familia de Nazaret, comenzó este camino. Eso nos hace creer en la fuerza de lo pequeño, en la fecundidad del grano de mostaza, en la iluminación de una pequeña luz en el interior del espíritu humano, en la virtud del grano de sal y en la potencialidad del fermento en medio de la masa.

Navidad es la fiesta de las puertas y también la fiesta de los humildes, de los que esperan sin tener nada, es la fiesta de lo nuevo que viene y del perdón.

Que Dios nos conceda a todos los cubanos, ciudadanos y responsables de la nación, familias e Iglesias, una feliz Navidad 1999 y un año 2000 próspero de humanismo y de verdad, de justicia y de paz.

Pinar del Río, 8 de Diciembre de 1999





2000: desafíos y esperanzas

Año VI. Nº 35. enero-febrero 2000

“Puesto que las guerras nacen en la mente de los hombres,
es en la mente de los hombres donde deben erigirse los baluartes de la paz”

(Constitución de la UNESCO)

Al comenzar el esperado año 2000 las personas y los pueblos hemos revivido el sentido del tiempo, hemos celebrado el rito de las etapas históricas, del devenir de la vida y de la necesidad del ser humano de marcar hitos que diferencien la cotidianidad de su existencia.

El tiempo adquiere un significado mayor y muchos se disponen a hacer un recuento, sacar un balance, proyectar el futuro. Quienes pueden hacer esto sin desanimarse, viven en la esperanza. Quienes se dejan llevar por el tedio de la existencia siempre igual, siempre de un tono, en la que los avatares gobiernan la vida, y no a la inversa, caen en el desaliento.

El mundo cristiano celebra los dos mil años del nacimiento de Jesucristo y toda la humanidad marca el ritmo de un nuevo siglo y un nuevo milenio con la invitación a cambiar, a la renovación, a los nuevos proyectos.

Cada persona hace su balance, cada grupo revisa sus relaciones interpersonales, cada comunidad evalúa la vida que comparte, cada nación se pregunta por su futuro. La humanidad también se deja interpelar por los medios de comunicación que unas veces animan y otras desvían la atención de lo esencial. Las organizaciones internacionales reflexionan sobre el presente y el porvenir.

Al terminar su mandato al frente de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) su Secretario General, el Sr. Federico Mayor Zaragoza, que ha conocido bien la realidad internacional y también de muchos países, ha dejado un libro muy interesante en el que señala algunas de las realidades en que vive nuestro mundo y que necesitan solución, a las que él llama: “los nudos gordianos de nuestra época.”

Y dice mientras los enumera:



“Son de todos conocidos: la exclusión y la discriminación, con pretextos étnicos, culturales o ideológicos; la miseria urbana y la decadencia de las zonas rurales; las migraciones masivas; el despilfarro de los recursos del planeta y el deterioro del medio ambiente; las nuevas pandemias como el Sida, y las antiguas que cobran renovada virulencia, como la tuberculosis o el paludismo; el tráfico de armas, de drogas y de «dinero negro»; la guerra y la violación de los derechos humanos y la inercia. La inercia que hace que todavía se use la fuerza sin contemplaciones, sin desacelerar la maquinaria de la guerra. La inercia que impide a los decisores ver lejos y adoptar soluciones imaginativas, pensando en los demás y no sólo en sí mismos.” (Federico Mayor Zaragoza. *Los nudos gordianos*. Editorial Galaxia Gutenberg. Barcelona 1999, pag. 193)

He aquí una síntesis de algunos de los desafíos de este comienzo del año 2000. Como pueblo y como personas debemos no sólo lamentarnos, constatarlos, sino preguntarnos qué parte de responsabilidad tenemos en el surgimiento o mantenimiento de estas situaciones de injusticia. Pero, aún más, estos desafíos deberían servir para buscar entre todos no sólo responsabilidad sino soluciones. La de cada uno, las del bien común, las que están a nuestro alcance porque las podemos remediar en nosotros mismos, en nuestras familias y en nuestros centros de trabajo, y las que están a nuestro alcance sólo porque podemos influir en la opinión pública, en la crítica constructiva y realista, en la proposición de salidas con la participación de todos.

No se trata de soluciones mesiánicas o mágicas, ni de esconder la cabeza como el avestruz para dejar pasar la vida con la inercia de que hablaba el autor del libro citado y que no se debe reducir a la inercia de los que toman las decisiones, sino a la de los ciudadanos que no tomamos la parte de la soberanía personal que nos ha dado Dios sencillamente, como seres humanos, sujetos de derechos y deberes, “protagonistas de nuestra historia personal y social.”

Más adelante, el saliente Secretario General de la UNESCO hablaba de las soluciones y las esperanzas:

“Es cierto que la complejidad del mundo actual no permite formular soluciones sencillas para todos estos problemas... no admite el análisis reduccionista que pretendía hasta hace poco buscar una causa única de todos los males y, una vez identificada ésta, conseguir el remedio mágico –una suerte de bálsamo de Fierabrás- que curaría de golpe todas las aflicciones. En cambio, sí es posible concebir un conjunto de medidas parciales, cuya aplicación tendría un efecto decisivo sobre esa gama de problemas. Grosso modo, esas soluciones atañen a la gobernabilidad democrática; la educación y la ciencia; la cultura y el desarrollo duradero; y la construcción de la paz.» (Obra citada, pag. 194)

He aquí un apremiante programa de vida para el próximo siglo y milenio, para hoy. Este proyecto se sostiene en esos cuatro pilares, algunos con dos columnas, todos interrelacionados entre sí.

Todavía más importante es el método sugerido, la perspectiva, la mística para la acción: buscar medidas parciales, pequeñas, posibles, cuya articulación provocaría un «efecto decisivo». Que al pasar al nuevo siglo, quede con el



anterior la falsa cultura de las soluciones únicas y totales. Que quede atrás con el viejo siglo que termina la equívoca esperanza de las soluciones mesiánicas venidas desde arriba y desde afuera. Venga con el nuevo siglo el protagonismo de la persona humana como centro y sujeto de las soluciones interdependientes y comunitarias. Venga también el protagonismo de los grupos intermedios y la sociedad civil como espacios de participación y creación libre. Venga con el nuevo siglo el protagonismo de los pueblos, de la diversidad cultural, de la identidad abierta y compartida en el respeto de unas naciones y culturas junto a otras, desmantelando los centros hegemónicos de poder, símbolo arcaico de los siglos del segundo milenio que termina no sólo en el tiempo, sino en las conciencias de muchos hombres y mujeres liberados de esa cultura del inmovilismo, la dominación y la muerte.

Pero sin simplificar ni dramatizar. El cardenal Etcheagaray, presidente emérito del Pontificio Consejo para la Justicia y la Paz precisaba en uno de sus libros: “La paz no es tan sencilla como la imagina el corazón, pero mucho más sencilla de cómo la establece la razón.” (*Avanzo como un asno*. Pag. 46)

Venga, pues, la cultura de la creatividad, la solidaridad y la paz. Y que venzamos al enemigo principal del comienzo de toda nueva etapa y de toda renovación: la inercia de los ciudadanos y de los que deciden, por encargo de ellos, el destino de las naciones.

Mayor Zaragoza termina su libro diciendo que esta tarea para fomentar la cultura de la paz va indisolublemente unida a la educación para el diálogo, a la educación para el disenso y el consenso, a la educación para la libertad y la responsabilidad, en una palabra a la educación para la rebeldía moral y la cultura de los medios pacíficos.

En este sentido dice:

“Esta tarea de «construcción de la paz» es, a la larga, mucho más provechosa y económica que el apaciguamiento a corto plazo... Según la leyenda, Alejandro Magno cortó con la espada el nudo gordiano que le daría el imperio de Asia. Pero los nudos gordianos de nuestra época sólo pueden ser cortados con la palabra. En lengua inglesa, la similitud entre «palabra» (word) y «espada» (sword) ha generado muchos comentarios ingeniosos... Nada hay más opuesto a la guerra y la violencia, simbolizadas en la espada, que el habla, origen de términos como parlamentario y parlamento. En la capacidad de los seres humanos para solucionar los conflictos mediante el diálogo y el debate ha radicado siempre la esperanza de construir una sociedad más pacífica y fecunda. Por eso insisto a menudo en la necesidad de fomentar el disenso y la rebeldía moral, sin violencia, ante la inercia y los lugares comunes. Porque, como digo en uno de mis poemas, «sólo los rebeldes/ son vigas/ del cambio/ que la condición humana/ exige.»

“Los intelectuales, artífices del pensamiento, tienen una responsabilidad de primer orden en esta tarea... El gigantesco esfuerzo realizado... por millones de hombres y mujeres de buena voluntad, se orienta a la construcción de la paz mediante la palabra.” (Obra citada, pag. 198-199)



Que este sea el desafío que anime nuestra esperanza: Construir una cultura de paz, mediante la palabra y la acción sin violencias. Mediante la educación y la participación, mediante la justicia y el derecho.

A una obra así bien vale consagrarle la vida. Toda la vida.

Pinar del Río, 1 de enero del 2000
Jornada Mundial de la Paz.





Vivir en tránsito

Año VI. N° 36. marzo-abril 2000

“Todo tránsito comienza con algo que está muriendo y termina con algo que está naciendo. En el tránsito se tiene la impresión de vivir entre dos espacios y entre dos tiempos. Entre un pasado que trata de sobrevivir y un futuro que comienza a afirmarse, pero que todavía no está aquí.”

(Mensaje de los Obispos cubanos en ocasión del Jubileo del año 2000, párrafo 4)

Vivir entre dos tiempos no es nada fácil. Pero es, al mismo tiempo, apasionante. Brinda al que desea vivir esa tensión, consciente y libremente, la posibilidad de darle a la vida un sentido y una profundidad irrepetibles. Por eso nuestros obispos han marcado el tiempo presente como una “hora única” para Cuba.

Ante un tiempo con tal significado para el futuro pueden existir varias opciones:

-Los que no son conscientes de la hora en que viven: la vida es para ellos pura inercia y monotonía. Estos se dejan llevar por la vida.

-Los que se quedaron en la hora pasada y no han puesto su reloj en hora: la vida es para ellos pura nostalgia del tiempo pasado que consideran mejor.

-Los que sólo piensan en que ya vendrán tiempos mejores y pierden la hora presente, confiando en que todo caiga de arriba o de afuera: la vida es para ellos agobiante y alienada espera de algo que no construyen con sus manos.

-Los que son conscientes de los retos y desafíos de la hora presente pero no se deciden a darle respuestas: su vida está paralizada por el miedo o la desidia, pero con la angustia del que sabe que «está perdiendo su cuarto de hora».

-Los que han abierto los ojos a la hora única en que vivimos y comparten con los demás las tensiones presentes buscando remediar las consecuencias de las dificultades de la sobrevivencia: su vida es consuelo solidario para los problemas compartidos pero sin cambiar las causas que los provocan.

-Están, por fin, los que responden con un compromiso de vida serio y perseverante a los retos de la hora presente: su vida es entrega generosa que al mismo tiempo se pone al servicio del cambio de las causas de los problemas y del remedio de sus consecuencias. Estos son protagonistas de su existencia. Y llevan las riendas de su vida.



Ya sabemos que no es fácil comprometerse en la tarea de esta hora única. Pero se abre ante nosotros el camino de la transición. Ante esta realidad nuestros obispos nos dicen: “Cristo es la puerta. Ustedes los caminantes... no tengan miedo, a todos los que tengan sed en ese camino, Él les dará a beber un agua viva”.

Es cierto que todo camino largo e incierto provoca sed de justicia, sed de paz. La sed del que se esfuerza por avanzar en esta vida y tropieza con los obstáculos que impiden llegar a los tiempos nuevos. Sed de una nueva forma de convivir. Sed de mayores grados de libertad y responsabilidad. Sed de mayor igualdad y solidaridad. Sed de algo nuevo y distinto de lo que estamos viviendo en el agobio cotidiano. Sed de vivir la vida con la intensidad y autonomía propios de la dignidad y los derechos de todo hombre y mujer. Sed de ser mejores, de una vida próspera, del mejoramiento humano. Sed de virtud.

A todos los que sufrimos esta sed debe llegar la solidaridad de la Iglesia. La Iglesia no es una sociedad alternativa sino una parte de la sociedad que anima toda alternativa de justicia y libertad, cumpliendo la misión de Jesucristo su fundador y único Maestro: “El Espíritu del Señor está sobre mí y me ha ungido para dar la buena noticia a los pobres, me ha enviado a anunciar la libertad a los presos y dar vista a los ciegos: a poner en libertad a los oprimidos; a anunciar el año de gracia del Señor” (Lucas 4, 18-19.)

La Iglesia es fiel a su misión cuando “estimula las iniciativas que puedan configurar una nueva sociedad»- como nos decía Juan Pablo II y ahora nos exhortan nuestros obispos. Aún más, cuando los demás miembros de la sociedad no han abierto los ojos a nuevas alternativas, ella tiene el deber de proponer una justicia nueva, así nos lo exigen aquellas palabras de Su Santidad el Papa dichas «con especial apremio e insistencia” desde la Plaza José Martí:

“La Iglesia, al llevar a cabo su misión, propone al mundo una justicia nueva, la justicia del Reino de Dios. En diversas ocasiones me he referido a los temas sociales. Es preciso continuar hablando de ello mientras en el mundo haya una injusticia, por pequeña que sea, pues de lo contrario la Iglesia no sería fiel a la misión confiada por Jesucristo. Está en juego el hombre, la persona concreta. Aunque los tiempos y las circunstancias cambien, siempre hay quienes necesitan de la voz de la Iglesia para que sean reconocidas sus angustias, sus dolores y miserias. Los que se encuentran en estas circunstancias pueden estar seguros de que no quedarán defraudados, pues la Iglesia está con ellos y el Papa abraza con el corazón y con su palabra a todo aquel que sufre la injusticia”.

Vivir en tránsito es caminar con los que se mueven y animar a los que se cansan a seguir caminando. Es cooperar para que los que sufren la parálisis del miedo puedan superarlo. Es dar voz a los que no tienen o no se les escucha. Es proponer una justicia nueva y “un cielo nuevo y una tierra nueva”. Es reconocer las angustias, los dolores y miserias de los que sufren la injusticia. No es inventar una nueva sociedad alternativa frente a la que existe sino animar a inventar, en la que existe, nuevas alternativas que «hagan nuevas todas las cosas” desde el mismo corazón de la sociedad. Es la misión de los cristianos: ser fermento y sal.



Nos alegramos con el último mensaje de los obispos cubanos y con ellos abrazamos a los que viven con nosotros y entre nosotros esta hora única de tránsito. Acogemos con especial atención estos entrañables sentimientos de afecto y solidaridad: “Nosotros, obispos cubanos, también abrazamos con el corazón y con nuestras oraciones a cuantos sufren injusticias en su cuerpo y en su espíritu. Deseamos que sea un abrazo solidario e inspirador, de modo que podamos cooperar todos en la solución de nuestros problemas actuales”. (No. 35)

Inspiración para solucionar los problemas actuales de Cuba y los cubanos. Cooperar en esas soluciones. Abrazando al que sufre la injusticia del cuerpo y la que duele más por más profunda: la injusticia del alma. Esto nos ofrecen nuestros obispos. Eso debemos dar a todos nuestros compatriotas.

Muchas veces no sabemos bien cómo hacerlo. Toda obra buena debe dar también margen al tanteo, al error, a las limitaciones humanas. Todo esfuerzo por abrir caminos es propio de un período de transición. Eso es propio del caminante. Pero es necesario ir quitando los obstáculos que impiden ese tránsito de dondequiera que vengan.

“Permanecen entre nosotros —dicen los obispos en los nos. 14 y 15 del mensaje citado— diferentes obstáculos para las iniciativas que se generan en el seno de la sociedad cubana, estos dificultan el encuentro de nuevos caminos hacia el futuro y deben desaparecer. Desgraciadamente también permanecen «las medidas económicas restrictivas impuestas desde fuera del país, injustas y éticamente inaceptables... las cuales deben cesar...”

El camino está hecho por caminantes que se deciden, paso a paso, a hacer el trayecto con su propia participación. Todos en Cuba y todos los cubanos que la aman y que viven dispersos por el mundo pueden ser caminantes y tienen derecho a un espacio en este camino. Nadie debe quedar en la cuneta. Nadie debe ser excluido, siempre que quiera caminar por los caminos de la justicia y de la paz.

Lo asumimos con las mismas palabras de nuestros pastores: “En su discurso de despedida en La Habana, el Papa Juan Pablo II mencionó varias dificultades que hoy afronta nuestro pueblo causadas: ‘por la pobreza, material y moral, cuyas causas pueden ser, entre otras, las desigualdades injustas, las limitaciones de las libertades fundamentales, la despersonalización y el desaliento de los individuos...’ En este sentido es conveniente que se facilite la participación activa de todos los ciudadanos en lo económico, en lo político, social, cultural y religioso. Esto ampliaría los espacios para ejercer tanto los derechos como los deberes cívicos.” (Mensaje de los Obispos cubanos por el Jubileo del 2000. no. 19)

Vivir en tránsito es moverse, pero no moverse caóticamente, sin sueños ni utopías. Es necesario seguir reflexionando el presente para diseñar un futuro mejor que lo de hoy y lo de ayer. Siguen siendo necesarios los proyectos y utopías. Pero ellos no nos darán certezas fáciles, ni marcarán el paso con pie de plomo.

“En las etapas de transición se vive como ‘peregrino’, sin evidencias o con certezas difíciles... En efecto, a lo largo de la historia de salvación, en nuevos lugares y nuevos tiempos, nos vemos obligados a traspasar la frontera, a vivir en nuevas culturas y abrazar a nuevos pueblos. A caminar hacia delante sin un



mapa, sin un camino ya trazado de antemano, en búsqueda de uno nuevo posible. Este tránsito no es nunca fácil. Se vive en tensión entre algo que comienza a perder sentido y la afirmación de nuevas maneras de entender, de sentir las cosas, de valorarlas y de actuar en la historia.” (Mensaje citado. No. 5 y 7)

Que esas incertidumbres no nos desanimen. Que lo predispuesto de antemano no nos paralice. Que aprendamos, andando, a entender esta hora única, a sentir con un corazón nuevo y a actuar, con todos, sin miedo al porvenir.

Que la esperanza nos aliente contra toda desesperanza.

Que nuestro cansancio a otros descansa.

Para hacer este camino vale la pena entregar toda la vida.

¡Ánimo!

1 de marzo del 2000
Solemnidad de San Rosendo
Patrono de Pinar del Río





Cultura: confianza y espacio para crear

Año VI. Nº 37. mayo-junio 2000

“Las palabras crean cultura pero son las conductas las que la perpetúan”

(F. Mayor Zaragoza)

Cultura viene de cultivo, de cultivar lo mejor que hay en el hombre y la mujer. Cultivar todo aquello que lo eleva, lo humaniza, lo recrea, lo acerca a la verdad, la belleza y la bondad. Esta es la tarea de la vida. Y por ser tan abarcadora y definitoria de nuestras actitudes ante la única oportunidad de vivir en este mundo es que nadie puede hacerlo por nosotros: cada persona se encuentra ante el reto de cultivar su vida o dejar que el tiempo la consuma en el descuido de sí mismo.

La cultura se hace desde el interior de cada persona o se convierte en «actividades, publicaciones, seminarios y talleres» hechos por unos para el consumo de otros. Una cosa es llevar a todos la cultura que algunos pensamos que es la mejor y otra cosa es establecer la posibilidad real de que cada ser humano pueda crear, acceder a la cultura según sus propias concepciones de la vida y talentos personales.

La cultura es el protagonismo de cada pueblo, de cada barrio, de cada etnia, de cada persona en el cultivo de sus propios valores y en la creación de sus obras y de la obra de sus vidas. Y cuando se intenta masificar, sin garantizar ese protagonismo personalizado y libre, la buena intención se convierte en manipulación.

Esto no quiere decir que la cultura sea sólo un ejercicio de creación individual. El individualismo reduce al hombre al egoísmo y eso no es cultivo de su entera humanidad. Más bien creemos que entre los extremos de considerar que la cultura hay que masificarla o dejarla aislada e individualista, existe otra manera de plantear este problema medular: personalizando el cultivo de la propia humanidad y trascendencia en cada persona y creando los espacios y el clima que garanticen la socialización -no la masificación- de ese cultivo comunitario de virtudes y valores que permiten que la familia, los grupos y asociaciones, la sociedad civil y las



naciones, la humanidad entera, pueda hacer de su entorno social un jardín cultivado con la diversidad de flores y frutos propios de la vida plena.

En efecto, si la finalidad es que la cultura no se convierta en patrimonio de élites «iniciadas» que miran desde arriba o desde fuera de la vida real a los que hacen la cultura con sus actitudes y no solo con sus palabras, poemas, publicaciones y tertulias, entonces no es «forzando» actividades, trasladando hacia lugares apartados lo que se confecciona en los centros determinantes; no es planificando la «extensión» de unos determinados «productos culturales». Esto es, por lo menos, otra forma de masificar la cultura de élites. Lo será mientras las mismas personas y grupos, creadores y comunidades locales no lleguen a ser los mismos artífices de su propia manera de hacer cultura, es decir, de cultivarse y contribuir a cultivar sus relaciones humanas, sus ambientes, sus trabajos, su pensamiento, sus criterios de juicio, sus valores determinantes, sus virtudes y formas de afrontar la vida. Y esto no puede planificarse, ni imponerse. No se trata de pobres localismos o «conservar» supuestas islas de «cultura autóctona», como si fuera en un museo viviente. La vida supera esas restricciones. La Iglesia misma ha tenido tristes y desastrosas experiencias en los siglos pasados, cuando intentó imponer su verdad por medio de la fuerza o del proselitismo desde posiciones de poder.

Para que la cultura llegue a todos hay que dejar que todos puedan tener la oportunidad de cultivarse según su propia manera de ver la vida, según su filosofía y creencias, según sus talentos y capacidades, según sus opciones políticas y sus carismas. En otras palabras, la cultura no llega a todos, más bien vive y se cultiva en todos. Luego lo que se necesita no es que la masifiquen en serie, pues ya está de alguna manera en todos, lo que necesita es que le permitan ser ella misma. Para eso, como todo cultivo, necesita aire para respirar, sol para sintetizar, abonos para crecer, clima para desarrollarse, otras flores para fecundarse y fructificar... pero sobre todo, respeto de sus épocas y variedades y mucho cuidado de no violentar sus ritmos vitales, ni confundirlo con las plantas indeseables. A todo esto se le conoce hoy como «hábitat», como «equilibrio ambiental».

Esto necesita, a nuestro modo de ver, la cultura cubana: un hábitat, una atmósfera, un espacio vital donde cada persona no espere la cultura que le traigan, sino la que cree en sí mismo y en su relación con los demás. Un espacio donde cada grupo o comunidad no espere la cultura que le lleven, sino que tenga los espacios de libertad y las posibilidades de iniciativa y creatividad que le permitan crear sus propias culturas recordando que éstas son las formas de vivir y ver la vida, de relacionarse y convivir y no sólo las manifestaciones artísticas que reflejan o no estos estilos de existencia.

Espacios son los que se necesitan y no actividades dirigidas. Esos espacios donde se pueda crear un hábitat propicio a la confianza y a la creación: con el «aire» de la libertad responsable; con el «sol» de la justicia y no de la suspicacia; con el «abono» de la información y los instrumentos de la eticidad para trabajarla; con la posibilidad de intercambios sin fronteras ideológicas ni geográficas, tanto



al interior del país como fuera de él, donde también el mundo existe, crea y se cultiva y no sólo donde los hombres perecen, los pueblos se desintegran y las naciones se pelean.

Nadie hace cultura solo o aislado, como nadie se cultiva masificado o manipulado.

Que la cultura pueda contar con más espacios, más aire para crear, más confianza para compartir y criticar, y menos agobio de subsistencia para que el mercado no maltrate al cultivo sino que sea un acicate para cuidar su calidad. No es la ideología política de las partes sino las valoraciones ideo-estéticas y una ética humanista y abierta a la trascendencia, los instrumentos para darle cauce y crítica sana a la obra cultural.

Peró no bastaría con los espacios, que ya sería bastante, sin protagonistas soberanos de sí mismos, autogestionarios adultos de sus medios y promoción. Sin relaciones humanas de respeto al otro y a la diversidad de concepciones y carismas, sin comunión de afectos y confianza recíproca, los espacios se quedarán vacíos. Lo hemos visto y sufrido. Espacios prometedores que se asfixian a los dos meses o dos años. Iniciativas que ponen en vilo la ilusión y la utopía y se deshacen por rencillas personales o excesos de protagonismos. Proyectos incluyentes y no excluyentes ni exclusivos, que invitan a participar sin miseria de alma ni distingos, pero que al poco tiempo fenecen por inanición de participantes que no saben qué hacer con esa parcela de libertad.

En una palabra se necesitan hombres y mujeres con mayores grados de libertad y responsabilidad para que sean los sujetos de esos espacios y proyectos, y no los objetos de campañas y planificaciones.

Quienes deseamos que la cultura llegue al pueblo debemos dejar al pueblo que protagonice sus propios y diversos procesos culturales. Hagamos espacio y sembremos confianza: la gente se cultiva y crea. La propia historia de Cuba nos lo sugiere. Los cubanos hemos crecido en cada época histórica contando con nuestro propio esfuerzo y nuestras capacidades creativas, y también sabiendo cómo injertar el mundo en nuestro propio tronco, cultivado, por otra parte, con abonos y raíces de muchos lados.

El cansancio y la falta de perseverancia de los potenciales protagonistas en las actividades culturales pudiera depender, entre otras causas, de la falta de autoestima y autogestión libre o de que estos, con su ingente esfuerzo personal, no encuentren los espacios que requieren y si los encuentran estén planificados o no tengan el aire y la luz que garanticen un clima de creación y libertad.

Hay que poner medios y recursos. Eso es bueno y es, cada vez más, preocupación diligente del Estado y de otras instituciones. Debemos felicitarnos por esta realidad.

Hay que poner aire y luz de libertad. Eso es bueno y esencial.

Hay que abrir nuevos espacios nobles y perdurables.

Peró todo esto parece si no se pone alma a cada intento. Y el alma está reñida con la masificación. Es patrimonio personal y comunitario que se alimenta gota a gota, según su aire y su ritmo.



Al cumplir *Vitral* su sexto aniversario, abierta a cuanto es bueno y hace crecer en humanidad a nuestro pueblo y su soberanía, este es el deseo y el propósito que deseamos compartir con cuantos se empeñan en el crecimiento de la cultura cubana y a quienes admiramos de corazón; recordemos el poema de la Loynaz:

“Sólo clavándose en la sombra,
chupando gota a gota el jugo vivo de la sombra
se puede hacer para arriba obra noble y perdurable.
Grato es el aire, grata es la luz,
pero el que no ponga el alma de raíz, se seca.”

Pinar del Río, 23 de abril del 2000
Solemnidad de la Resurrección de Jesucristo.





La magnanimidad

Año VI. Nº 38. julio-agosto 2000

“...Acojan el llamado a ser virtuosos. Ello quiere decir que sean fuertes por dentro, grandes de alma, ricos en los mejores sentimientos, valientes en la verdad, audaces en la libertad, constantes en la responsabilidad, generosos en el amor, invencibles en la esperanza. La felicidad se alcanza desde el sacrificio.”

(Juan Pablo II a los jóvenes cubanos en Camagüey)

Todos necesitamos tener un alma grande. La magnanimidad es la virtud y la actitud que distingue a los seres humanos que se comportan y se relacionan con los demás con «grandeza de ánimos y altura de miras».

La magnanimidad, como virtud, es esa fuerza interior que nos impulsa a elevar nuestra vista hacia los grandes ideales y vivir con lo que nuestros abuelos llamaban hidalguía, nobleza de espíritu y buen corazón.

Ante los proyectos y vicisitudes de la vida podemos tomar, por lo menos, dos actitudes: cuando nos dejamos arrastrar por las miserias humanas que envilecen nuestras reacciones ante los retos de la existencia; y cuando levantamos la mirada, ensanchamos el alma y optamos por vivir con prestancia de ánimo y nobleza interior, sin amarguras ni bajas inclinaciones, todo lo que nos presenta la vida cotidiana o los acontecimientos más graves de nuestra historia personal y social.

Es sobre todo, no dejarse llevar por los instintos más rastreros del ser humano: la agresividad, la soberbia, la envidia, la revancha... que nos hacen descender, poco a poco, de la alta dignidad espiritual a la que todos hemos sido llamados por el Creador.

El mundo de hoy, nuestro mundo, parece necesitar de la magnanimidad, de más almas grandes y nobles, para romper la cadena de odios, para no dejarse provocar por improperios, para no ceder a la lógica de la violencia que nos impulsa a devolver «ojo por ojo y diente por diente», para no creer que uno tiene siempre toda la verdad, para otorgar a otros el margen de error y de limitaciones que es propio de todo ser humano, para ponderar en su justa medida las actuaciones propias y ajenas, para que el lenguaje sirva para defender ideas sin atacar a las personas, para no dar rienda suelta a las emociones que, a



veces, nublan la inteligencia, ni dejar que la dureza de nuestros razonamientos nublen nuestros mejores sentimientos.

Se habla poco de magnanimidad porque parece cosa del pasado. Quizá porque se le confunde o se le relaciona con la injusticia o la debilidad.

Hemos vivido, durante el siglo que se acaba, con un gran sentido de la justicia, a lo mejor por la experiencia de grandes injusticias. Pero podemos comprobar que se ha cultivado una gran sensibilidad personal y social hacia mayores grados de justicia distributiva y social, pero también para vivir la justicia en el plano de las relaciones interpersonales y comunitarias. Puede considerarse un logro de la centuria que termina.

Sin embargo, pudiera pensarse que cuando se busca en todo la justicia y se alcanza una parcela de ella, se agota el camino del crecimiento humano. Debemos recordar el proverbio latino que podría traducirse libremente así: "la suma justicia puede convertirse en la suma injusticia". O lo que es lo mismo que la sola justicia, rigorista y despiadada, termina siendo inhumana y además suele equivocarse.

La justicia es un don de Dios y una tarea para el hombre que debe ponerla no por encima sino al servicio de su humanidad. Es decir, la justicia se hizo para salvaguardar a la persona y no la persona para salvaguardar la justicia. Esto requiere que quienes buscan la justicia lleguen a ella y puedan seguir más allá, más arriba, más adentro del ser humano.

La justicia debe ser culminada y complementada con la misericordia que es la fuente y el corazón de la magnanimidad.

Ser misericordiosos y tener misericordia significa tener corazón para comprender y perdonar la miseria humana, o mejor dicho: mirar la miseria humana con «entrañas de misericordia», es decir, con «los ojos del corazón». En muchas ocasiones la sola razón ahoga la verdad. O por lo menos nos obsesiona y no deja ver la subjetividad de las personas y de todas sus actuaciones. Nosotros los cubanos sabemos bien qué significa ver con el corazón, además de con los ojos de la razón, porque somos de carácter cordial y afectivo. Por tanto, podemos tener disposiciones de ánimo para la magnanimidad.

En ese proceso de «ensanchamiento del alma» a la justicia le sigue la misericordia y a ésta le es intrínseco el perdón. Perdonar no significa ser cómplices de la injusticia o del error cometido, sino salvar a la persona que los cometió, para que pueda rectificar y reemprender el camino de su perfeccionamiento humano. Todos necesitamos perdón y todos debemos otorgarlo con altura de espíritu. Esto no es debilidad sino valentía. Se necesita más valor y más coraje para perdonar los agravios que para agraviar. Se necesita más grandeza de alma para perdonar y hacer el bien al que se considera nuestro enemigo que para agredirlo. La grandeza del perdón radica en que se necesita más virtud -más fuerza interior- para dominar los propios impulsos y el espíritu de revancha que para ceder a esas sañas y «hacer leña del árbol caído».



Quien perdona y paga con un bien a quien le hace un mal es más plenamente humano porque tiene que hacer doble esfuerzo que aquel que se deja llevar por los ciegos impulsos de la revancha.

Todos nos equivocamos y todo hombre tiene derecho al margen de error que es propio de nuestra naturaleza. Detrás de cada actitud implacable hay algo de inseguridad. Quizá una necesidad de buscar asideros, de echar sobre otros las culpas compartidas por miedo a cargar solos las responsabilidades.

La persona magnánima cree en que el otro puede tener algo bueno, aún cuando se equivoca, y duda de aquel que parece que nunca se equivoca. Y busca la manera de ayudar a ambos.

La persona magnánima a veces desconcierta porque la mayoría, con frecuencia, espera de ella una reacción similar a la de los que se dejan arrastrar por vilezas propias o ajenas. La virtud cuando es rara es más útil. Cuando desconcierta es más necesaria. Nadie quiere vivir constantemente en un ambiente de confrontación y de tensiones.

Este camino de magnanimidad, si pasa por la verdad, la justicia, la misericordia y el perdón, sin olvidar ninguno de ellos, desemboca en un clima de tolerancia y de paz. Paz del corazón que se libra de las rencillas y las miserias humanas. Paz en las familias que alcanzan estrechar lazos del corazón más allá de diferencias en las ideas o las creencias. Paz en nuestros barrios que pueden respirar un ambiente de distensión, superar la desconfianza y construir una comunidad de vecinos. Paz para nuestra sociedad que no cede a caer en la pendiente de la violencia, ni física, ni verbal, ni psicológica, sino que se esfuerza por comprender, por relativizar, por perdonar, por destacar lo que tenemos de noble, de ilustre, de sosegados, de humanos –que todos tenemos- y así poder caminar más allá de pulsos de fuerza o de tolerancias estratégicas, que pudieran aparecer, hacia una convivencia pluralista, honesta, fraterna, en la que pensar distinto, actuar autónomo, ser diverso, creer en algo o no creer, equivocarse o considerar que el otro se ha equivocado, no sean motivo para aborrecer a los otros como enemigos irreconciliables.

La verdadera unidad se hace a partir de aceptar la diversidad y de tolerar, perdonar, excusar, comprender, ponerse en lugar del otro, dejarle espacio a los demás, no ser excluyentes, no permitirle lugar a la ofensa ni mucho menos al rencor. Porque cada persona, cada ser humano, es más importante que cualquier estrategia social, o creencia religiosa, o criterio político y si queremos salvar a las personas del error, del rencor, de la exclusión, debemos comenzar por dejar las puertas abiertas al diálogo, al debate de ideas, a la reconciliación. Para esto debemos crecer en magnanimidad, es decir, grandeza de alma, virtud propia del que se siente seguro de lo que cree, en lo que piensa, en lo que propone y, también, actitud de aquellos que tienen la serena convicción de que no podemos, para salvar ideas, perder a las personas que las ostentan, sean justas o erróneas. No sea que perdiendo a los que piensan distinto, perdamos al mismo tiempo, la riqueza de la diversidad, la vitalidad del consenso y la altura de nuestros mejores propósitos.



Cuba, los cubanos, tenemos todavía alma grande y nobleza de corazón, terreno propicio para el cultivo de la magnanimidad. Apostemos por ese camino que nos lleva a la justicia y a la paz. A este proyecto vale la pena ofrecerle todos los esfuerzos de nuestra vida personal y nacional. Que nuestro lenguaje, nuestras actitudes y los hechos de nuestra vida cotidiana confirmen nuestra vocación cubana y universal a la convivencia pacífica, la solidaridad fraterna y a la reconciliación entre todos los hijos de esta bendita tierra.

Hagámoslo por su soberanía, por su sosiego espiritual, por su progreso y por su paz.

Pinar del Río, 8 de julio del 2000





Creemos en un solo Dios

Año VII. Nº 39. *septiembre-octubre 2000*

Crear es poner toda la confianza, toda la esperanza y toda la vida en manos de alguien a quien se le atribuye todo el poder, todo el honor, todas las cualidades y todas las providencias.

Como es fácil comprender, esta fe absoluta, incondicional, que entrega los destinos de la propia vida de forma voluntaria y gozosa, no se le debe rendir a ninguna persona, a ninguna ideología, a ninguna institución, por buenas y eficaces que éstas sean, puesto que poner la propia vida y ajustar las convicciones y los principios a proyectos socio-políticos, económicos o culturales o a personas humanas, significa someter el alma a realidades imperfectas, falibles, pasajeras y relativas.

Puede ser que toda persona tenga un tipo de fe en algo: en sus propios principios, en sus ideales o los de otro, en un proyecto histórico, incluso en alguna persona. La vida es muy difícil sin asideros de este tipo. Es más, parece bueno que exista entre los hombres y sus obras cierto grado de fe y confianza. No tiene por qué existir obligatoriamente contradicción o exclusión entre esos dos tipos de fe. Es más, si cada una fija bien sus campos y su identidad, la fe en el hombre, en el mejoramiento humano, puede ser fruto de la Fe en el Creador y esa fe trascendente puede encontrar su complemento y concreción positiva en el bien que hagan personas o instituciones, relativizando siempre lo que pertenece al devenir histórico y, por tanto, pasajero.

Por eso es necesario distinguir esa fe humana y natural, de la fe religiosa y trascendente que los creyentes ponen en un Ser supremo, eterno, absoluto e infalible. Es necesario identificar bien, no para enfrentarlas como ha ocurrido en algunas épocas históricas, ni para excluir alguna de ellas para instaurar cualquier tipo de ateísmo o agnosticismo o indiferencia. Es necesario conocer bien la diferencia para no otorgar a ningún hombre la fe que se debe sólo a Dios y para no tratar a Dios y a la fe religiosa, como si se tratara sólo de un fenómeno psicológico, puramente humano, invención del miedo, la alienación o reflejo fantástico de la realidad.

A lo largo de la historia de la humanidad se han dado muchos casos de confusiones o intentos de suplantarse al Dios verdadero por falsos ídolos. En el



Génesis de la vida, aquellos primeros hombres y mujeres fallaron, por querer “ser como dioses” al comer de la fruta prohibida. En tiempos de Moisés, el libertador de Israel, el pueblo le exigía las ollas de Egipto, la seguridad de la comida, el abastecimiento del maná, el surtido de carnes de codornices, que no faltara el agua aunque fuera sacada de la roca de Meribá en el desierto.

Y luego, cuando Moisés subió al monte Sinaí para servir de mediador entre el verdadero Dios y la humanidad, “viendo el pueblo que Moisés tardaba en bajar del monte, se congregó ante su hermano Aarón y le pidió: Anda, haznos una divinidad que nos guíe, porque no sabemos qué habrá sido de ese Moisés que nos sacó del país de Egipto... Y Aarón le explicó a Moisés lo que había hecho: Les dije: Quien tenga oro que lo entregue y me lo dieron. Entonces lo eché al fuego y salió este becerro. Moisés se dio cuenta de que el pueblo estaba sin control por culpa de Aarón que lo había expuesto a ser el hazmerreír de sus enemigos... Moisés volvió ante el Señor y le dijo: Señor, este pueblo ha cometido un pecado monstruoso haciéndose divinidades de oro. Pero te ruego que lo perdones y si no lo haces, bórrame del libro donde tienes inscritos a los tuyos. El Señor respondió a Moisés: Borro de mi libro a quien peca contra mí. En cuanto a los demás, ve y conduce al pueblo adonde te he dicho.” (Éxodo 32, 1-34)

Esta situación tan antigua como actual, se ha repetido con distintos matices y personajes a lo largo de la historia humana: confundir a Dios con los hombres o los ídolos y confundir a los hombres y los ídolos con Dios.

Jesucristo fue puesto también en esta trampa. Tentado en el desierto no cedió ante la seducción de la falsa milagrería de convertir piedras en pan; no cedió ante los falsos mesianismos populistas de tirarse de la torre del templo para que Dios lo salvara espectacularmente; no cedió ante la seducción del poder que le prometía todos los reinos de la tierra si postrado lo adoraba. (cfr. Lucas 4, 1-13) Cristo puso las cosas en su lugar. Frente al César que se creía Dios y frente a Dios que no quería suplantar la misión del César, distingue claramente: “Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.” (Lucas 20, 25)

Hoy día también debemos desmitificar los falsos mesianismos que recaban del hombre su absoluta incondicionalidad y los ídolos que intentan seducirnos con sus brillos y oropeles.

Lo primero es identificarlos.

Los falsos mesianismos son aquellos que ofrecen a los hombres y a los pueblos todas las soluciones a sus problemas y creen tener en sus manos las riendas de la vida y del futuro de la gente y de las naciones. Un falso mesías es un salvador, un elegido, ya sea una persona, una institución, o una ideología, o una nación hegemónica que se cree que tiene una misión redentora de toda la humanidad por el papel que cree debe jugar en un momento de la historia. Ha habido falsos mesianismos en todas las épocas y lugares, desde los césares de Roma, hasta los totalitarismos de este siglo. Desde los dioses del Olimpo



griego, hasta los olímpicos presidentes de las naciones poderosas que creen que tienen a Dios cogido por las barbas.

Los cubanos no hemos estado exentos de estas tentaciones a lo largo de nuestra propia historia. Aunque somos un país pequeño hemos estado seducidos por el norte, por el este y por nuestro propio ombligo. Gracias a Dios siempre ha habido cubanos “que llevan en sí el decoro de muchos hombres,” que han sabido tocar el aldabonazo de las conciencias y han convocado a todos los cubanos a salvar su identidad de país pobre, pero rico en humanidad, a distinguirse de un mundo hegemónico o globalizado, marcando sus propios límites y proyectos.

En el presente, esa sana distinción de la soberanía no debe ser encierro, ni mirada ensimismada, ni aislamiento. Tan malo es pasarse y vivir de ilusiones puestas en lo de afuera, que es uno de los falsos mesianismos más poderosos de nuestra actualidad, como vivir a ras de tierra, sin proyecciones y perspectivas altas y largas. Tan malo es pasarse a una post modernidad irracional y seudo-sentimental, como no acceder a una vocación universal cayendo en el falso mesianismo de una ideología reductiva y excluyente.

Tan malo es pasarse poniendo toda nuestra esperanza en una utopía totalizadora y absorbente, como ceder a decidir todo en la vida desde un pragmatismo amoral y relativista. Tan malo es pasarse en una religión desencarnada y espiritualista que se desentiende de la realidad en que vive, para supuestamente dedicarse a “Dios”, como hacer de la dinámica y las estructuras socio-económicas y políticas, una religión secular que intente absorber y controlar la vida y el alma de los ciudadanos y exigir de ellos fe y adhesión absolutas.

Ahora bien, pudiera decirse que de todas formas cuando un creyente entrega su vida y su alma a su Dios, está sometándose a Alguien, está domeñando su conciencia, está renunciando a su libertad, está alienando su voluntad. Esto pudiera ser cierto si la religión a la que pertenecemos nos exigiera esas condiciones.

En el caso del cristianismo, el Dios en quien creemos es el Padre de nuestro Señor Jesucristo quien nos enseñó que el verdadero Dios:

No niega al hombre sino que su verdadera gloria es el hombre viviente.

No niega su libertad sino que creó al hombre tan libre hasta para que lo rechace a Él mismo como ocurrió desde el principio.

No lo manipula con la mentira o la ilusión sino que lo invita a buscar la verdad.

No lo somete al fatalismo del destino sino que lo invita a ser protagonista de su propia historia.

No lo considera un adversario sino un hijo adulto y responsable.

No lo condena por sus errores sino que lo rescata de su tendencia al mal.

Dios renueva al hombre con un nuevo estilo de vida, asumido libremente para poder empezar siempre de nuevo.



Lo promueve para que crezca en humanidad liberándolo de los falsos ídolos del tener y el poder.

Lo ama hasta entregar a su propio Hijo para la liberación de todo hombre y de todo el hombre que quiera entrar en comunión con Él.

Lo abre a la trascendencia de sí mismo y hacia la Plenitud.

Para los que tenemos una fe religiosa. Hay un solo Dios. Un solo Señor, una sola Fe a la que se le pueda entregar toda la vida. Para los cristianos, permítasenos decirlo con todo respeto, hay un solo Mesías a quien llamamos Jesucristo y del que celebramos los dos mil años de su nacimiento. Desde entonces, Él nos invita a no vender el alma a nadie ni domesticar la conciencia ante ningún proyecto humano. Eso significa que creemos en un solo Dios. Todo lo demás es relativo y pasa. Todos los demás somos humanos, falibles y mortales.

Nada ni nadie puede ocupar Su lugar en nuestras vidas. Sólo Dios basta.

Pinar del Río, 8 de septiembre de 2000

Solemnidad de Nuestra Señora de la Caridad del Cobre Patrona de Cuba.





Feliz Navidad: ¡Las puertas se abrirán!

Año VII. N° 40. noviembre-diciembre 2000

Vivir la Navidad en el tránsito entre un siglo y otro, entre el segundo y el tercer milenio de la era cristiana, y vivir la Navidad en Cuba hoy, es todo un desafío para el espíritu humano.

Al concluir el año del Gran Jubileo con el que hemos celebrado los 2000 años del nacimiento de Jesucristo pudiéramos preguntarnos: ¿Qué ha significado para cada uno de nosotros esa conmemoración? ¿Qué ha significado realmente para la Iglesia en Cuba? ¿Qué ha dejado como siembra y esperanza para Cuba?

Las respuestas pueden ser muy variadas. Nosotros quisiéramos, solamente, destacar que este Año del Jubileo 2000 ha sido para Cuba y su Iglesia una oportunidad. Ha sido una puerta, una "hora única", como expresaron los Obispos cubanos en su mensaje por el Año Jubilar.

El tiempo pasa. Todo pasa. Y al mirar atrás, vuelven a nuestras conciencias las preguntas y el balance: ¿Hemos aprovechado bien la oportunidad? ¿Hemos abierto puertas en nuestra Iglesia y en nuestra sociedad? ¿Hemos atravesado las puertas cuyo dintel deja pasar ya la gracia de algo nuevo y mejor? ¿Qué ha cambiado en nuestras vidas y en la vida de nuestros ambientes y de nuestro pueblo? ¿Han sido las celebraciones jubilares por los 20 siglos del Nacimiento del Redentor signos de liberación plena para las personas, su dignidad y sus derechos; para las familias, su estabilidad y crecimiento; para la sociedad, su renovación y cambio? ¿Cómo estamos viviendo este tránsito y qué hemos hecho en esta "hora única"?

Hace dos mil años, los hombres y las mujeres del pueblo de Jesús vivieron aquella "hora única" en la oscuridad de la noche, en medio de su trabajo cotidiano, no hubo estridencias ni celebraciones públicas... pero algo nuevo había nacido, algo había cambiado en las entrañas de la humanidad, y más que algo, "Alguien" había traspasado la puerta santa de nuestra naturaleza caída. Sí, porque, aún cuando estamos por tierra, brilla en el interior de cada ser humano la luz indefectible de la imagen de Dios.

Tres experiencias marcaban la existencia de aquella gente sencilla y trabajadora: el miedo, el cansancio y las ganas de tener una buena noticia para sus vidas.



Mirando a nuestro alrededor encontramos hoy, en Cuba, estas mismas realidades: el miedo, el cansancio y el ansia de tener una buena noticia. de una mejoría que alivie las más profundas expectativas, y que traiga paz y verdadero progreso para nuestras vidas que transcurren, igual o peor, en este tiempo que pasa.

Creemos que entre estas tres experiencias vamos luchando los cubanos, vamos esperando, vamos mirando la hora que pasó y ya no será más y el tiempo por venir, lleno de incertidumbres y expectativas.

El miedo es una vivencia humana. Todos lo hemos experimentado. Sus causas más profundas son la inseguridad y la desconfianza. Sus consecuencias más visibles son la huida y la doble cara para no mostrar lo que de verdad pensamos, lo que más queremos, lo que nos motiva por dentro, lo que esperamos. Escapar y simular: dos actitudes que son signo de un clima de miedo y acoso. La consecuencia más penosa del miedo es la parálisis de la vida real y la simulación de una vida de puertas afuera. No nos atrevemos a decir que no estamos de acuerdo con algo o que, por el contrario, nos sentimos bien en otros ambientes. Sencillamente, le susurramos casi al oído del otro, en el santuario de la intimidad más cerrada: Tú sabes... yo quisiera... pero la situación está muy mala. Vamos a esperar. Y así transcurre esta "hora única".

Quizá ni siquiera nos damos cuenta de que, con nuestra excusa, estamos reconociendo más claramente que con mil denuncias públicas, que el clima que se respira es de miedo, que no actuamos por convicción sino por precaver, para no tener que lamentar. Que, quizás, estemos regresando a tiempos ya superados, sin saber que es imposible volver atrás. Lo vivido es incoercible, lo que significa que no puede ser suprimido ni borrado por coerción.

Las relaciones humanas, las excelentes colaboraciones entre instituciones, el clima de respeto mutuo y el compartir los sueños y esperanzas y no sólo eso tan importante, sino la vida cotidiana, los pocos recursos, la buena amistad; eso no puede ser olvidado, ni suprimido de la conciencia de las personas. Todo lo más que puede suceder es que lo pasemos a otro nivel de la conciencia, donde por estar más profundo y escondido, resulta, muchas veces, más inolvidable y atractivo. Es sólo cuestión de tiempo.

Pero, mientras pasa el tiempo en este hábitat de recelos y aprensiones, unido a la lucha por la subsistencia cotidiana, viene el cansancio. No se trata sólo del agotamiento de las fuerzas físicas de cada día. Eso es normal y, a veces, si el cansancio tiene un sentido y un proyecto, es vivido con un gozo interior y un sentido de ofrenda, que enaltece al ser humano.

Se trata del cansancio existencial, del agobio de lo mismo, del aburrimiento de la rutina sin sentido y sin oportunidades honestas. Escuchamos, cada vez más, a nuestro alrededor frases como estas: "Ahí estamos, escapando", u otra peor: Hay que «buscarse la vida» resolviendo" y, en ocasiones, no siempre, ese "resolver" es robar, es vivir en la deshonestidad para poder sobrevivir. Hay que reconocer, gracias a Dios, que hay muchas personas, muchos cubanos, honestos, trabajadores, sacrificados, que no ceden a este ambiente y que salvan el decoro de muchos otros. Pero debemos contener el contagio. Este ambiente, cuando



no vemos otra salida que la de reprimir lo que se considere delito, cansa el espíritu y fatiga la conciencia. Porque es una enfermedad del espíritu, no de las manos, como pudiéramos creer al considerar las medidas que se toman ante estas situaciones.

Es necesario complementar las medidas con soluciones. No nos quedemos en la queja. La queja sola cansa más. Solucionar la causa es el único modo de resolver un problema de verdad. No desesperemos de las situaciones y mucho menos de las personas. Hay que creer más “en el mejoramiento humano y en la utilidad de la virtud” que en la coerción de lo malo y la intimidación del espíritu. Cultivar la virtud y educar el espíritu, he aquí un proyecto para salir del cansancio existencial.

Y la tercera experiencia es, precisamente, el ansia de tener una buena noticia, de emprender algo que realmente responda a nuestras expectativas personales, a las esperanzas de nuestra familia, al real desarrollo humano integral de nuestra sociedad. Miremos a nuestro alrededor y busquemos la causa profunda del creciente aislamiento de las personas, las familias, e incluso, de la comunidad internacional. Busquemos la causa profunda del desaliento y la indiferencia ante todo. Perecería como si se hubiera creado una coraza que nos vacuna del asombro, de la capacidad de maravillarnos por dentro y de motivarnos con lo que nos convoca para quedarnos aquí, y trabajar abnegadamente por Cuba y su futuro. Incluso, parece ser que también el mensaje auténticamente religioso padece la respuesta de la indiferencia. Puede ser que no estemos presentando ninguna buena noticia que pueda ser “una gran alegría para todo el pueblo” como dice el Evangelio de Lucas en el capítulo 2, versículo 10.

Pues bien, Navidad es, precisamente, eso: el anuncio de una Buena Noticia. O mejor, debería serlo.

Y esta Navidad del 2000, con la que el mundo cristiano clausura las celebraciones del Jubileo por los 20 siglos del nacimiento de Jesús, es otro “tiempo propicio” en el que deberíamos buscar en Cristo, el nuevo camino, la nueva y eterna Verdad y la plenitud de una vida liberada, desde su raíz, del miedo, del cansancio existencial y de la desesperanza.

Esto no significa que le queramos imponer a nadie las creencias religiosas. Ni que no respetemos las creencias de los demás, o sus increencias, o incluso, esa fe terrenal que anima a muchos a seguir luchando y no dejarse vencer en la vida. Se trata de proponer un nuevo estilo de convivencia humana, un nuevo humanismo que reconstruye a toda la persona y a la sociedad.

A la gente sencilla de “aquel pueblo que andaba en tinieblas” le brilló una nueva luz. A la gente trabajadora y pobre de aquel pueblo de Palestina se le abrió una puerta, no la salida para escapar, sino la entrada en su propia vida para reconstruirla desde adentro y para los demás. Pero no fue solo para la gente de aquel poblado. Las buenas noticias corren a la velocidad de las expectativas que borbotan y corren en las venas de los pueblos. Las buenas noticias no permiten el encierro, ni el aislamiento del que las ha recibido y vive por ellas, se desbordan, saltan, trascienden nuestros egoísmos; rompen los encierros que nos imponemos



unos a otros, crean un clima de confianza, respirable, creíble; y abren las puertas a las esperanzas reales. Renuevan la convocatoria de las utopías. Elevan el espíritu y ponen nuestros pies sobre la tierra que nos vio nacer y a la que debemos querer sin escapar de ella y sin vivir de ella.

Los magos del Oriente escucharon esa convocatoria; tuvieron ojos para ver aquella pequeña luz en la oscuridad de la noche y en tierra extraña. No sabían los caminos, pero preguntaron. No creyeron ciegamente en las indicaciones de los poderosos de aquel tiempo, sino que siguieron las señales. No cedieron a las trampas de los que pusieron su saber al servicio de la muerte. Nunca regresaron por el mismo camino. (cfr. Mateo 2, 1-12)

Navidad es anuncio de Jesucristo, Camino, Verdad y Vida. Ayer, hoy y siempre. Navidad es creer que es posible vencer el miedo, liberarnos del agobio existencial y ser protagonistas de nuestra existencia para poder alcanzar las expectativas que nos sugiera la esperanza.

He aquí el anuncio de hace dos mil años ¡que resuena hoy en nuestros corazones y en el alma de Cuba!

“No tengan miedo,
les traigo una buena noticia,
que será una gran alegría para todo el pueblo:
Hoy en la ciudad de David les ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor.
Como señal encontrarán a un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre.
En aquel momento, una multitud de ángeles alababan a Dios diciendo:
Gloria a Dios en el cielo
Y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad.”

(Evangelio de San Lucas 2,10-14)

La gloria de Dios es que el pueblo tenga una buena noticia que responda a sus mejores anhelos.

La gloria de Dios es que las personas y los pueblos no tengan miedo.

La gloria de Dios es que las personas y los pueblos vivan en la verdadera alegría.

La gloria de Dios es que las personas y los pueblos tengan paz.

Y como donde hay miedo no se puede vivir en paz resuena esta invitación del Evangelio en Cuba, que vive hoy el tránsito hacia una nueva sociedad en la verdad y la alegría, aún cuando no veamos todavía todos los caminos y nos parezca que la noche dura mucho y el amanecer demore. Tampoco los pastores y los magos vieron claro. Ni siquiera la Virgen y San José vieron todo de una vez.

Pero todos podían abrir los ojos y abrir las puertas de su corazón para ver las señales. Unos la vieron, otros no veían ningún cambio. Ningún tránsito. Nada más que la noche.

Otros se engañaban a sí mismos esperando grandes señales y a un Mesías del poder.

Los más sencillos, que suelen ser los más desprovistos de prejuicios y falsas expectativas, vieron las señales, creyeron en un niño y lanzaron al mundo la buena noticia. Por ellos la conocemos hoy. Por ellos celebramos el gran Jubileo.



Por ellos el mundo ha sido mejor después de Cristo. Por ellos nos podemos salvar del miedo, del cansancio, del acoso, del desaliento. Y no por los otros que no vieron, no quisieron ver, o pusieron su poder y su saber al servicio de la mentira. Por ellos nos llegó el miedo, por ellos heredamos la noche, por ellos seguimos cansados y agobiados.

Ante nosotros se abren estas puertas, aún cuando el 6 de enero se cierre por 25 años en Roma la simbólica Puerta Santa del Jubileo cristiano: Se abre un nuevo siglo y un nuevo milenio. Se abren la libertad y la solidaridad. Se abren la justicia y la paz. Abrir la paz es vencer el miedo. Abrir la puerta de la paz puede ser la apasionante tarea de toda una vida.

No nos desanimemos por las puertas que se cierran. Se deben seguir abriendo. Se pueden seguir abriendo. Es más, todos los cubanos tenemos el deber y el derecho de seguir abriéndolas. Aquí y ahora.

No tengamos miedo.

Feliz Navidad: las puertas se abrirán.

Pinar del Río, 8 de diciembre de 2000.







La solución pacífica de los conflictos

Año VIII. Nº 41. enero-febrero 2000

Los conflictos forman parte de la vida humana. Todos nos hemos encontrado en la vida conflictos en nuestro interior, en la familia, entre amigos; conflictos laborales y sociales; conflictos políticos y económicos; conflictos entre grupos de personas y entre países.

Esto no quiere decir que sólo haya conflictividad en la vida. Hay también consensos, acuerdos, tratados, pactos, cooperación, proyectos comunes, pequeñas y grandes solidaridades, comunión de ideas, de personas y de grupos, integración de asociaciones de la sociedad civil y formación de comunidades regionales y mundiales de países con culturas, posición geográfica o fines comunes.

Debemos asumir que dondequiera que existan diferentes formas de pensar, de creer, de vivir, de proyectar el futuro habrá posibilidad de conflictos. Es normal que existan divergencias económicas, políticas, sociales y culturales, tanto en el seno de nuestras familias como en el seno de la sociedad en que vivimos. A esto se le llama también pluralismo. Es más, esta diversidad no es sólo un dato de la realidad, sino que bien encauzada puede ser una riqueza para la comunidad civil. De esa diversidad nacen los conflictos. De esa diversidad surge, muchas veces, la solución. Así que la alternativa puede presentársenos de esta manera: o diversidad con conflictos o uniformidad sin conflictos, es, como sabemos, una disyuntiva simple y falsa.

No necesariamente la diversidad desemboca siempre en conflictos sin solución. Ni tampoco la uniformidad garantiza la ausencia de conflictos, por el contrario, reducir la naturaleza humana, diversa en sí misma, a la uniformidad impuesta, es la mayor fuente de conflictos. Asimismo, meter las relaciones humanas en una camisa de fuerza para uniformarlas y manipularlas, no solo exacerba los conflictos sino que genera una confrontación, más profunda y violenta, que pudiera permanecer por un tiempo soterrada por el miedo y la coacción, pero que un día saldrá a la superficie.

Por eso la uniformidad que se intenta imponer por la fuerza bruta o por la coacción sutil, aún más dañina y censurable, no debería ser una alternativa a la diversidad y el pluralismo propios e intrínsecos de la persona humana y hasta de la propia naturaleza. Nadie ni nada en este mundo puede reducir esa diversidad. Ningún sistema político, ni mecanismo económico, ni escuela filosófica, ni creencia



religiosa, puede eliminar el pluralismo de ideas, de actitudes, de proyecciones, de soluciones y de formas de actuar y vivir. Esto es una realidad irreducible.

Fomentar los conflictos, agudizando la confrontación entre los que piensan, creen o actúan diferente, no debería ser tampoco una alternativa ante esta realidad. La misma humanidad, cansada de tanta guerra, tanta beligerancia, tantos conflictos, llamados eufemísticamente de «baja intensidad», desea desterrar, para siempre, el uso de la conflictividad y la violencia como "motor de la historia". La llamada lucha de clases no desaparecerá mientras haya desigualdades e injusticias, pero ha quedado definitivamente superado el concepto histórico de que, alimentando esa lucha, la humanidad progresaría automáticamente.

Los falsos progresos y los lamentables y reales retrocesos de los países que se vieron envueltos en esta lógica de la conflictividad, como proyecto y como solución en sí misma, confirman que tal camino no conduce a ningún sitio. O mejor dicho, conduce a una situación de mayor violencia y de interminables confrontaciones que desgastan la economía, la política, la convivencia social, y llegan a provocar un fenómeno de cansancio, despersonalización y hastío en el alma de los pueblos. A este convencimiento han llegado la mayoría de los hombres y mujeres de buena voluntad que han tenido la osadía y el sentido común de cruzar el umbral de este nuevo siglo y de este tercer milenio de la era cristiana, sin quedarse estancados en la lógica de la confrontación, los lenguajes y actitudes guerreristas e insultantes del siglo que terminó.

Así pues, crece cada vez más la conciencia de que, al no poder soslayar la realidad de los conflictos ni la diversidad que los provoca, al no tener futuro ni salida la uniformización de la sociedad, al no resolverse nada con el azuzar hasta la confrontación sin fin, quedaría como la alternativa más cuerda, viable y éticamente aceptable: la búsqueda de la solución de los conflictos por las vías pacíficas del diálogo, la negociación, los pactos, el consenso, la reconciliación, la participación pluralista y respetuosa de la diversidad, que enriquece y motiva al crecimiento armónico y sostenido de la sociedad.

Urge, por tanto, aprender la cultura de la solución pacífica de los conflictos, es decir: entrenarnos en una lógica de aceptación de la diversidad y el pluralismo, ejercitar una voluntad incansable de diálogo, adiestrarnos en la dinámica propositiva de presentación de soluciones alternativas y no de quejas y ataques sin salida.

Para ello, lo primero es identificar el tipo de conflicto que debemos solucionar:

Podemos encontrar pseudo-conflictos: son aquellos en los que no existen divergencias radicales sino falta de información y comunicación entre las partes que desconocen los propósitos, los proyectos o los fines de los otros. Estos se solucionan generalmente si se actúa a tiempo y se facilita la comunicación antes de que los errores, por falta de la misma, hieran profundamente a las partes.

Están también los conflictos latentes, que son aquellas divergencias que se mantienen soterradas en bajas pasiones, en rencores reprimidos por el miedo o la doble moral, se esconden tras una máscara de oportunismo o fragilidad humana, se alimentan del rescoldo que va quedando, de heridas sin cerrar, de equívocos sin aclarar, de ofensas sin disculpar, de represión sin cesar, de



imposición sin consultar, de suponer que todo el mundo piensa como uno y que todo el mundo obedece y apoya sin chistar. Estos conflictos pueden llegar a ser peores que los reales y explícitos que, por serlo, llaman inmediatamente la atención de los responsables, conmueven a la opinión pública que tiende a prevenirlos, y alarman a la comunidad internacional que se dispone a tomar medidas que eviten el caos y los daños humanos irreparables.

El segundo paso es identificar y rectificar las actitudes que toman las partes en conflicto y los implicados en él:

Entre esas actitudes aparecen los que asumen una postura competitiva y creen que una de las partes tiene que ganar y la otra tiene que perder inexorablemente. Están, por el contrario, los que asumen una actitud sumisa renunciando a sus propios derechos y a todas sus propuestas sin importar que la otra parte abuse de esa actitud y arrase con una contraparte condescendiente y débil en sus convicciones.

Podemos, asimismo, encontrar aquellos que ante una situación conflictiva asumen una actitud evasiva, huyendo del problema y tratando de salirse por la puerta más cercana sin considerar que el escapismo es una salida individualista y falsa pues el conflicto sigue y son otros los que lo deberán enfrentar para dar soluciones.

La actitud más positiva y constructiva es la de cooperación en la que todas las partes en conflicto comprenden y asumen que para solucionar un problema es necesario que cada una de las partes implicadas ceda y gane, es decir, ponga sobre la mesa del diálogo y la concertación, aquello que puede ser negociado y que siempre implica una ganancia para la otra parte y aquello que no puede ser negociado y que implica renuncia por la parte contraria. Esta actitud resuelve a fondo el problema y abre las puertas para proseguir los pasos de la solución de conflictos.

Por último, es necesario entrenarse en esa dinámica para la solución de conflictos cuyos elementos fundamentales son:

-Crear un clima propicio: deteniendo los ataques, serenando los ánimos, creando una atmósfera de disponibilidad y relajamiento.

-Propiciar la comunicación desde ambas partes: saneando el lenguaje, aclarando los conceptos, ejercitando la escucha, fomentando la transparencia y la lealtad entre lo que se dice y lo que se hace.

-Expresar la disponibilidad para abordar todos los temas y negociar sobre todos los puntos.

-Analizar las partes del proceso conflictual: causas, momento en que se originan, manifestaciones más frecuentes que provocan y expresan el conflicto, personas implicadas, tanto los protagonistas como las víctimas, cuáles son los puntos de máxima tensión para no estancarse en ellos en una primera etapa, sino priorizar los demás y dejarlos para etapas de mayor madurez y posibilidades.

-Plantear las reglas de procedimiento: incluye proponer prioridades, pasos a seguir en cada punto, cómo se tomarán los acuerdos, cuáles son los procedimientos más seguros, qué consecuencias pudiera pensarse que tienen nuestras propuestas, etc.



-Proponer soluciones: es importante considerar todas las alternativas aún aquellas que pudieran parecer más difíciles e ir descartándolas hasta quedarse con las que son aceptables por ambas partes o son irrenunciables por alguna de ellas. Es el paso más creativo. Requiere de una gran audacia y una buena dosis de tolerancia. Es la etapa central y decisiva.

-Toma de acuerdos: Se trata de elegir las alternativas más convenientes y llegar a consensos, acuerdos, pactos, y tratados.

-Seguimiento de los acuerdos: Es la clave de la credibilidad de las negociaciones, pues es cuando se verifica y comprueba en la práctica si las soluciones han sido asumidas por ambas partes y tienen la viabilidad esperada. Es cuando ambas partes tienen que dar pruebas de honestidad, lealtad y perseverancia en la ejecución de lo acordado.

-Evaluación del proceso: Con cierta periodicidad debe ser revisada y corregida la marcha de los acuerdos, para analizar incumplimientos y para celebrar los logros.

Pudiera parecer que estos pasos son muy técnicos y que sólo competen a los responsables de los procesos de diálogo y negociación. Esa es una visión reductiva de la historia en la que se desprecia el protagonismo de los pueblos e incluso de las víctimas de los conflictos. La historia reciente nos presenta situaciones en las que las partes han estado cerca de acuerdos y una parte de los ciudadanos no conocen, no caminan al mismo paso, o no desean solucionar los conflictos por prejuicios étnicos, por intereses políticos y económicos creados, por falta de visión o por aferrarse al poder. Mencionaremos solo tres: Sudáfrica durante la transición, Yugoslavia después de la intervención, Israel y Palestina durante las negociaciones, en que mientras las partes hacen esfuerzos en la cumbre, la gente en las calles se persiguen, se reprimen y se matan. Los ciudadanos no solo deben conocer la necesidad de solucionar los conflictos por el diálogo pacífico y la concertación sino que deben conocer, asumir como estilo de vida y ejercitar las dinámicas propias de esos procesos.

Cuba necesita también educarse en estos procesos. Nunca será baldía la educación para la paz. Más vale precaver que tener que lamentar. Son muchos años y muchas experiencias dolorosas y traumáticas. Es hora de abandonar la lógica de la confrontación, de serenar el lenguaje desafiante, de salir de la queja asfixiante y de levantar la vista en busca de otros caminos, de otras actitudes, de otras soluciones.

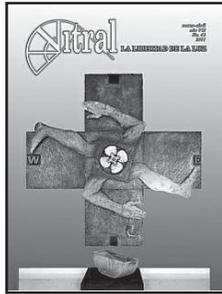
Nosotros creemos, que pase lo que pase, la solución es el diálogo, la concertación y el consenso.

La solución es la paz. Actuemos a tiempo.

Pinar del Río, 10 de diciembre del 2000.

52 Aniversario de la Declaración de los Derechos del Hombre.





La libertad de conciencia

Año IX. Nº 42. marzo-abril 2001

Cuando hacemos una cosa y pensamos otra. Cuando actuamos por fuera distinto a como sentimos por dentro. Cuando la doble moral nos inclina a representar algo en lo que no creemos. Algo muy grave está sucediendo en nosotros y a nuestro alrededor.

Cuando esto ocurre, generalmente, sobreviene una profunda tristeza, un cansancio existencial, un agotamiento de lo fingido, que nos impulsa a preguntarnos: ¿por qué debo vivir así?. Cuando esta situación se convierte en el estilo de vida cotidiano, escuchamos en la soledad, aún cuando nadie nos diga nada y nadie nos recrimine, al recostar la cabeza sobre la almohada, una voz interior que aguijonea y nos hierde: ¿por qué finges? ¿Hasta cuándo vamos a vivir así?

Es que el hombre no puede negarse a sí mismo, es que en el interior de cada persona, no importa si sabe mucho o poco, si cree en Dios o es atea, en lo más íntimo del ser humano, "bate y pulsa lo que es más profundamente humano: la búsqueda de la verdad, la insaciable necesidad del bien, el hambre de la libertad, la nostalgia de lo bello, la voz de la conciencia." (Juan Pablo II, *R.H.* no. 18c)

En efecto, todos hemos experimentado, con frecuencia que esa "voz" nos interpela, nos juzga, nos acusa o nos felicita por lo que hayamos hecho. Es por ello que nadie puede sentirse en paz cuando actúa contra su propia conciencia, porque nadie puede esconderse de ella, que es como esconderse de uno mismo o vaciarse por dentro para que no lo vean a uno.

La conciencia humana es la raíz de la dignidad de la persona, el santuario de su libertad, y la fuente de su paz interior.

Nadie puede sentirse bien sin dignidad, sin libertad y sin paz: Por eso hay que conocer nuestra conciencia, que es conocerse primero a sí mismo, secreto de la felicidad, como decían los antiguos. Y no solo conocer nuestra conciencia, sino educarla, cultivarla, ser fieles a ella, proteger su libertad frente a lo que la quiera manipular o dominar.

Así nos lo presenta la Iglesia:

"La conciencia es el núcleo más secreto y el sagrario del hombre... en lo más profundo de la conciencia descubre el hombre la existencia de una ley que él no se dicta a sí mismo, pero a la cual debe obedecer, y cuya voz resuena, cuando es necesario, en los oídos de su corazón, advirtiéndole que debe amar y practicar el bien y que debe evitar el mal: haz esto, evita aquello. Porque el hombre tiene una



ley escrita por Dios en su corazón, en cuya obediencia consiste la dignidad humana y por la cual será juzgado personalmente." (Concilio Vaticano II, G.S. no. 16)

Esta relación entre la dignidad humana y la coherencia con esa "voz interior" hacen de la protección de la libertad de conciencia la primera obligación moral de todo hombre y mujer, de toda institución y Estado. Libertad y responsabilidad se presentan, entonces inseparablemente unidas. Toda coacción cierra la puerta a la dignidad humana y toda dejación de la propia responsabilidad abre la puerta a la coacción y al miedo.

Si nuestra vida transcurre cuidándonos de todo, y de todos, la libertad de conciencia anda mal. El miedo es síntoma de que la libertad interior está enferma. Donde hay miedo la libertad de conciencia anda mal.

Por otra parte, cuando la gente actúa obedeciendo a impulsos puramente animales, vive por reacción contra algo, se mueve por instintos: de conservación, de sobrevivencia, de venganza, de una violencia sin sentido expreso. Esta violencia está frecuentemente en desproporción con la causa que la provoca o el fin que se propone. La conciencia está enferma. Algo está lesionando la dignidad humana. "La dignidad humana requiere, por tanto, que el hombre actúe según su conciencia y libre elección, es decir, movido e inducido por convicción interna personal y no bajo la presión de un ciego impulso interior o de la mera coacción externa". (ibidem 17)

El mundo de hoy es mucho más sensible y atento al derecho primario, fundamental y fontal que es la libertad de conciencia. Lo sufre todavía más porque limitar la libertad de conciencia es atacar a la persona en su propia intimidad, en su raíz, en su meollo, en su alma, en el sagrario de su subjetividad. Esta lesión interior deja una herida peor que las armas y las bombas. Nadie puede ver la sangre pero la gente se desangra por dentro. Nadie ve las heridas pero estas heridas de raíz cuesta mucho sanarlas, cuando pueden ser sanadas. Es lo que se ha llamado «daño antropológico» porque rasga la estructura de la persona y trastorna su dinámica interior. Es lo que se ha llamado «genocidio cultural», es decir, muerte de la cultura, entendida como la forma normal de vivir un pueblo, desfiguración de su rostro espiritual, herida del alma personal y comunitaria. Trastueque de los valores y la esquizofrenia social del doble rasero en las actitudes.

Es necesario ir a las causas que lesionan la libertad de conciencia que, entre otras, pueden ser:

la ignorancia invencible de no saber y no querer saber el alcance de la propia dignidad. Es cuando algunos dicen: "no sé y no quiero meterme en eso". Es la peor de las situaciones: la dejación de la propia libertad para buscar la verdad sobre uno mismo.

• Cuando no hay acceso a la verdad objetiva. La vida en la mentira y las medias verdades que se entretajan para confundir. Es cuando por falta de información, por manipulación de la verdad o por mezclar pequeñas verdades con grandes mentiras o grandes verdades que nos hacen creer las pequeñas mentiras que se le adhieren, se nos deforma la voz interior, la conciencia se vicia y pierde el sentido de lo bueno y de lo malo. Es como un niño, o un demente, que no saben dónde está el peligro, ni la maldad ni las razones hasta que no tienen lucidez. No hay culpa, hay un mal de percepción.



• Cuando ocurre un adoctrinamiento excluyente de otras filosofías, escuelas de pensamiento, expresiones religiosas y opciones públicas, que no se propone sino que se impone seleccionando la información y presentándola como verdad total y única.

• Cuando se establece un código de actitudes y conductas, absoluto y condenatorio de todo lo demás, en dependencia de ideas o intereses de orden económico, político, cultural o incluso religioso y no surgen del proyecto ético forjado en el interior de cada persona.

Estas causas y otras de similar índole, provocan la más grave de las opresiones y agravan la dignidad de las personas en su mismo fundamento. Las demás libertades civiles y políticas, los demás derechos económicos, sociales y culturales, incluso los deberes que van en correspondencia con ellos, se ven seriamente dañados cuando se conculca la libertad de conciencia, aun en grado y profundidad aparentemente insignificante.

Nada es insignificante cuando se trata de obstruir la fuente de todas las libertades y derechos. Cuando se trata de opacar la garantía primigenia de la dignidad humana. Cuando se viola sistemáticamente o institucionalmente la libertad de conciencia, crece un estilo de vida subterráneo, de puertas adentro y de actitudes aparentes, que se alimenta en un caldo de cultivo que es el miedo. En el mundo entero es muy significativa la utilización de los medios de comunicación social, prensa, radio, televisión, video, Internet... para manipular la conciencia humana, para someterla, para apabullarla con informaciones parciales y repetitivas hasta el cansancio que se ponen al servicio del estado o del mercado.

El Papa Juan Pablo II ha descrito esta situación contemporánea así: "el hombre tiene precisamente miedo de ser víctima de una opresión que lo prive de la libertad interior, de la posibilidad de manifestar exteriormente la verdad de la que está convencido, de la fe que profesa, de la facultad de obedecer a la voz de la conciencia que le indica la recta vía a seguir. Los medios técnicos a disposición de la civilización actual, ocultan, en efecto, no solo la posibilidad de una auto-destrucción por la vía militar, sino también la posibilidad de una subyugación «pacífica» de los individuos, de los ambientes de la vida, de sociedades enteras y de naciones, que por cualquier motivo pueden resultar incómodos a quienes disponen de medios suficientes y están dispuestos a servirse de ellos sin escrúpulos" (D.M. 11b)

Es preciso, por consiguiente, que nos defendamos de esta «invasión» de los medios, en esta ocasión bien llamados «masivos» de comunicación, pues son moldeadores de masa y no de una sociedad consciente y responsable. Por ello más importante que el acceso libre a los medios de comunicación social se requiere de un uso responsable y participativo de los mismos. Pero, más importante aún, es la educación de los ciudadanos para que puedan estar despiertos, es decir, conscientes y con criterio propio de discernimiento y selección frente a la avalancha manipuladora de la conciencia que el Concilio ha llamado conato para dominar la mente ajena y que coloca entre las más graves prácticas contra la civilización humana. Veamos:

"Cuanto viola la integridad de la persona humana, como por ejemplo, las mutilaciones, las torturas morales y físicas, los conatos sistemáticos para dominar la mente ajena; cuanto ofende a la dignidad humana, como son las condiciones



infrahumanas de vida, las detenciones arbitrarias, las deportaciones, la esclavitud, la prostitución, la trata de blancas y de jóvenes; o las condiciones laborales degradantes que reducen al obrero al rango de mero instrumento... sin respeto a la libertad y a la responsabilidad de la persona humana: todas estas prácticas y otras parecidas son en sí mismas infamantes, degradan la civilización humana, deshonran más a sus autores que a sus víctimas y son totalmente contrarias al honor debido al Creador."(Concilio Vaticano II, G.S. no. 27)

Pero no basta con estar despiertos y conscientes frente a las posibles manipulaciones que cada vez se hacen más sutiles e imperceptibles a la mente humana, sobre todo, cuando está sumergida en la lucha por la subsistencia elemental y cotidiana. Es necesario, contribuir a crear una cultura de la verdad y de la transparencia en la que nadie, ni nada, pueda irrumpir en el sagrario de la conciencia de nadie y en la que todos puedan expresar, sin miedo y sin represalias explícitas o enmarañadas, su propia forma de pensar y de sentir.

La educación para la libertad de conciencia y la responsabilidad en el ejercicio de esa libertad fundamental supone algunas propuestas:

- Despertar la conciencia crítica mediante el ejercicio del criterio.
- Propiciar un clima de tolerancia y diversidad en que las personas puedan ejercer, sin autocensura, "el difícil arte de pensar con cabeza propia".
- Para ello la cabeza, es decir, la conciencia, debe estar bien «amueblada» mediante una formación que no llegue a «lavar» el cerebro de cada uno y no exprima su protagonismo personal.

Esta formación requiere respetar el derecho al acceso libre a la verdad objetiva, el derecho a cultivar y expresar la propia subjetividad, a actuar según los dictados de la propia conciencia sin someterse a una «conciencia colectiva». Y a deponer las dudas y encontrar la certeza de conciencia mediante el debate público, el diálogo interpersonal y la participación cultural, cívica y política.

Se debe proteger el derecho a escoger y jerarquizar una escala de valores no dictada desde el exterior de la persona o del país, sino asumida en libertad. A esto corresponde el poder diseñar un proyecto de vida propio y actuar en consecuencia con él.

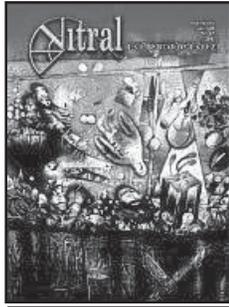
Hacer que "la ley primera de la República sea el culto a la dignidad plena del hombre" incluye, quizá en primer lugar, el respeto a la libertad de conciencia en todos estos ámbitos. Más aún, confiar en la capacidad de la persona para educar su conciencia con rectitud y para actuar responsablemente en fidelidad a la voz interior que orienta su vida es "crear en el mejoramiento humano, en la utilidad de la virtud" y en cada una de las personas que nos rodean.

Esto supone un clima de confianza que vaya desplazando a la suspicacia y el miedo. Un clima de transparencia y diálogo que vaya desplazando gradualmente el síndrome del misterio y la confrontación. Un clima de mucho respeto, diríamos de un respeto sagrado al inviolable santuario de la conciencia humana.

En este clima debe crecer y llegar a plenitud la libertad de conciencia que es, sin dudas, la libertad de libertades.

Pinar del Río, 25 de febrero de 2001.

148 aniversario de la muerte del Padre Félix Varela



De la confrontación al consenso

Año VIII. Nº 43. mayo-junio 2001

"No hagas sin lo que puedas hacer con"
Don Pedro Casaldáliga

La confrontación es un signo de la cultura de la muerte. La confrontación cansa, agota, divide, emponzoña, envilece, distrae de lo constructivo, fomenta un acercamiento negativo a la realidad, estorba para tener una visión positiva de la vida.

La gente sufre con la confrontación y el alma de los pueblos se empobrece con ella. No se puede vivir constantemente crispados. Sabemos que las desavenencias y los enfrentamientos vienen, a veces, sin que uno los busque. Vienen, o van en ocasiones, por falta de educación para vivir en un mundo diverso y plural. Vienen a causa de la injusticia. La vida personal, familiar y social tiene en sí misma contradicciones y luchas internas y externas. Eso es un dato de la realidad. Las relaciones con uno mismo y con los demás no son llanas, ni simplonas, son complejas y muchas veces escabrosas.

Pero una cosa es asumir esa contradicción interior o social y tratar de superarla para crecer en humanidad y otra cosa es fomentar una cultura de la confrontación y hacer de la vida, del lenguaje, de las relaciones humanas, de las familias, de la cultura, de las relaciones internacionales, un campo de batalla. Cualquier tipo de batalla, aún cuando sea contra el mal, no puede ser la manera cotidiana y exclusiva de vivir. Es decir, la vida no debe ser concebida como un existir contra algo o contra alguien, o contra ideas de otros o contra modelos de vida. La vida debe ser concebida como un proyecto a favor del bien, de la verdad, de la belleza. La vida debe verse desde lo positivo que ella tiene en sí misma, porque todo no es contradicciones hirientes e insalvables. Y si, buscando lo positivo y lo constructivo, vienen las contradicciones, eso forma parte del camino y puede, incluso, servir para madurar y superarse a sí mismo, pero nunca debería ser una forma sistemática de concebir la vida.

No es saludable, ni para la salud física y síquica de las personas, ni para la salud moral y espiritual de los pueblos, vivir en un clima de permanente hostilidad, ataque y fomento de la conflictividad. Por muy justas, legales, éticas y verdaderas que sean las causas. La tradición cubana, desde Varela a Martí, desde el



Seminario San Carlos hasta La Demajagua, desde el mismo Baraguá hasta el Manifiesto de Montecristi, nos enseña con innumerables ejemplos, que ni la cultura que se fraguó en San Carlos, ni el sentido de independencia que anunció Varela, ni la libertad proclamada por Céspedes, ni la guerra misma preparada e iniciada por Martí, Gómez y Maceo, tuvieron nunca, ninguna de ellas, un estilo ofensivo, ni un lenguaje agresivo, ni una intención ponzoñosa, ni en las obras, ni en las palabras, ni en sus manifiestos y publicaciones. Eran batallas sí, pero buscando lo que une, buscando lo que salva, no lo que condena; concebidas como elevación del espíritu no como diatribas, cuyo lenguaje y actitudes nos empantanan a ras de tierra. Era buscar la libertad y la justicia pero dejando, incluso, una puerta abierta para el español honesto y noble. Era una guerra necesaria, pero lo más corta, lo más justa, lo más incluyente, lo más honorable, lo menos cruenta posible en ofensas y maniobras, pudiéramos decir, incluso, lo más amorosa y sanadora. Varela y Martí han sido los mayores hacedores de consenso en la historia patria. La verdadera Cuba es así. Esa es la mística de los Padres de la Nación.

Venga el cultivo de esa mística cordial y reconciliadora. Pasemos de la confrontación a la cultura del consenso.

Entendemos por consenso ese proceso mediante el cual se va cultivando lo que nos une y se va tolerando y asumiendo lo que nos diferencia. Fomentar el consenso es buscar un mínimo de acuerdo y de adhesión a unos valores fundamentales como pudieran ser: la vida, la justicia, la verdad, la libertad, la solidaridad, la paz...

La humanidad existe gracias a los consensos. Toda vida familiar y social existe gracias a un consenso mínimo, es decir, la aceptación de los lazos de familia, y la aceptación de la vida en comunidad. El individualismo y el egoísmo son la negación de estos consensos que pudiéramos llamar primarios: aceptar la familia y la comunidad. Casi no nos damos cuenta de ellos, porque hay una serie de consensos que son tácitos, que vienen con la cultura propia, que están implícitos en las costumbres, en las formas de vivir y de relacionarse. En este sentido podríamos decir que cultura es consenso. Cultura es consenso y diversidad.

Pero estos consensos no totalmente conscientes, adquiridos por la tradición, los valores transmitidos y aceptados, la educación y las costumbres sociales no bastan para crecer en humanidad y en comunidad de intereses y proyectos.

Se necesitan consensos explícitos y conscientemente buscados y asumidos que vayan tejiendo en el seno de la familia y de la sociedad una red de relaciones, de espacios de participación, de articulaciones de proyectos, de objetivos comunes, de acuerdos para solucionar pacíficamente los conflictos, para fomentar obras de carácter multiétnico, pluricultural, interreligioso, internacional. Ese es el futuro del mundo. Por eso podemos decir que el futuro se hará si aprendemos a hacer consensos cada vez más amplios y diversos.

Pero ya lo hemos dicho: buscar consensos, lograr consensos es una tarea que exige preparación, voluntad y paciencia. Lo que significa entrenamiento,



perseverancia y tiempo. Los consensos, si son verdaderos, no se improvisan, ni se suponen, ni se imponen.

Consenso no es simple gregarismo, en el que se juntan las personas como masa. La masificación es lo contrario del consenso. Consenso es conciencia de pertenencia, masificación es juntera y despersonalización. Consenso es libertad para adherirse a un proyecto común, masificación es manipulación de los instintos, psicologismo de multitudes. Para hacer consensos se necesitan personas libres y tolerantes, dialogantes y abiertas, para la uniformidad se necesita masa, monólogo, cerrar filas y cerrar mentes. En esto se diferencia la cultura de masas de la cultura de consensos.

Por eso no deberíamos confundir el consenso con un simple contrato formal, ni con un acuerdo detallado de todas las normas de vida, de todos los valores que habría que inculcar en las escuelas y hogares, de todas las actitudes que se espera de los ciudadanos, de un único proyecto social, de un modelo cívico excluyente de los demás. No impone un estilo minucioso de relaciones sociales. Un falso "consenso" que intenta abarcar todo, es totalitarismo de estado, o de mercado, si ocurre al interior de una sociedad; o hegemonismo unipolar si intenta imponer una globalización sin la riqueza de la diversidad y sin la necesaria solidaridad.

Quienes intentan construir consensos comienzan por buscar un mínimo en común, unos puntos de coincidencia básicos. Y si no existieran coincidencias todavía, buscar, por lo menos, algunas convergencias, aún cuando partan de presupuestos diversos. Para ello hay que estar dispuestos a ceder en algo. Sin concesiones mutuas no hay consensos amplios. Sólo pueden alcanzarse consensos de apoyo en el grupo afín. Estas solidaridades dentro de un mismo grupo exclusivo, dentro de una misma ideología hermética, al interior de una misma nación cerrada a las demás, o en una misma religión que destruye las demás tradiciones culturales y religiosas como ha ocurrido hace unos meses en Afganistán, son sectarismos, no solidaridades; son proyectos excluyentes, no consensos culturales o nacionales. El consenso es un proceso de inclusión. El consenso se opone a la cultura del conflicto y a la del «enemigo necesario» que busca la cohesión interna de la sociedad por miedo o rechazo.

He aquí posibles caminos para el consenso:

Ceder y tolerar. Hacer concesiones mutuas y proporcionales. Aceptar que los demás son diversos y no querer «convertirlos» a la fuerza o bajo presiones o bajo intimidaciones directas o sutiles. No creerse poseedor de toda la verdad, ni de toda la bondad, ni de toda la voluntad, necesarias para cambiar el mundo. El mundo se cambia al ritmo de pequeños consensos, de una perseverante voluntad de buscar lo que nos une, de no excluir ninguna oportunidad para la esperanza.

Pero no pueden pedirse, ni esperarse, concesiones que afecten la identidad del otro, o la esencia de su razón de ser. Eso sería destruir al otro, no buscar con él áreas de cooperación posibles y, cada vez más amplias. Quien no cede, obliga a los demás a la violencia. Quien ejerce la violencia para que otros cedan conduce a un callejón sin salida. La puerta de escape a la violencia es el diálogo y el consenso.



Cuba necesita una cultura del consenso. Los pasos para educarnos en esa dinámica de diálogo, inclusión, cesiones mutuamente ventajosas y acuerdos en lo esencial y lo más urgente y necesario pudieran ser:

- Pasar del consenso inconsciente al consenso libremente expresado.
- Pasar del desarraigo al sentido de incumbencia y de pertenencia.
- Pasar de la pertenencia obligada y amargada a la satisfacción de ser parte.
- Pasar de ser parte satisfecha a la participación activa y crítica.
- Pasar de buscar lo que nos separa a fomentar lo que nos une.
- Pasar de lo mínimo que nos une a lo mínimo que podamos hacer juntos.
- Pasar de lo que podamos hacer juntos a solidaridades más profundas.
- Pasar del simple orden social externo a una cohesión social basada en lo esencial.

En esta Isla todo se da mezclado. La vida es un ajiaco agridulce. Hoy mismo encontramos signos de vida y signos de muerte. Signos de inclusión y signos de exclusión. Encontramos búsqueda de consensos y fomento del disenso. Encontramos a quienes buscan sus propios intereses en un individualismo cada vez más patético y quienes se entregan al servicio de Cuba cada vez con más sacrificio y generosidad. Así es la diversidad. Así es la normalidad del pluralismo cívico. No podemos aspirar a que el mundo sea uniforme.

Hay quienes dicen que no hay proyectos nuevos. En Cuba hay nuevos proyectos de consenso dentro de la legalidad. Hay iniciativas que pueden ir configurando una nueva sociedad.

Pero lo más importante es que hay gente que busca y no desespera. Que hay cubanos que permanecen y no escapan. Que hay cubanos que están dispuestos a dialogar y a ceder en aras del bien común.

Lo importante es que hay cubanos que están dispuestos a caminar hacia el consenso posible y a seguir caminando, sin detenernos en la mediocridad del pragmatismo, hacia la utopía de lo imposible cuya posibilidad es amasada y realizada cotidianamente por el amor.

Por ese amor que convierte lo imposible en realidad: Cuba vivirá.

Pinar del Río, 15 de abril de 2001
Solemnidad de la Resurrección de Cristo.





Cultura y religión

Año VIII. N° 44. julio-agosto 2001

"La religión parece ser una fuerza que resurge en la actualidad. Las diferentes creencias se yerguen como creaciones culturales simbólicas e intelectuales que, a su manera, reflejan la diversidad de la experiencia humana y los diferentes modos en que la gente puede hacerse cargo de la promesa, el desafío y la tragedia de la vida humana."

(Informe de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo. 1997. Capítulo 2, p.44)

Hacerse cargo de la propia vida, asumir sus retos, ser capaces de superar sus angustias y hacer de ella un camino prometedor hacia la plenitud es, sin dudas, la tarea más difícil para el hombre y la mujer de todos los tiempos. Es el desafío más arduo, al mismo tiempo que es lo único que puede dar un sentido profundo a la existencia y una motivación constante al quehacer cotidiano.

En este empeño existencial parece ser que el pensamiento contemporáneo reconoce, cada vez con más certeza y urgencia, que los pilares fundamentales sobre los que transcurre la experiencia humana son la cultura y la religión. El futuro del mundo no dependerá tanto de la economía ni de la política sino de las culturas y las religiones que decidirán el devenir de la historia.

Cultura, entendida justamente como la forma de vivir, el modo de cultivar la propia naturaleza y las relaciones humanas que forman parte esencial de nuestro ser personal. Cultura que va más allá de simples actividades artísticas o literarias, docentes o recreativas que suelen resbalar por la superficie de la existencia real de los participantes.

Un evento cultural es una circunstancia, la cultura es laboreo continuo, profundo, doloroso y gozoso, azadón y abono, ala y raíz. Quien corta el ala hiera. Y quien desarraiga por rechazo a la indeseada intromisión en los soportes, desalma, no desarma, a la gente. Entonces quien participa, así vaga gris por los eventos para «estar» con, o «quedar» bien por fuera pero con el alma en ayunas. Porque estar y quedar son verbos del inmovilismo espiritual y no de la creación pujante, movediza, incierta, desafiante, imperfecta por el humus, pero arraigada al alma y cultivada por los signos de los tiempos y de los cambios.

Quien cultiva, vive. Cultura es vida en transformación, conversión del espíritu hacia la belleza y el bien, no hacia el azadón y el «abono», necesarios sí, pero



mezquinos en sí mismos: porque acercan tierra al egoísmo y mediatizan el alma por la supervivencia hasta el hastío.

Por eso la cultura es esencial para el futuro del mundo y será decisiva en la felicidad de los pueblos. Cultura del amor y del espíritu, que es cultivo de la relación y no de la exclusión. Que es riego del alma y no sequedad de la economía o de la política de bandos o de la letra que sirve de escalera o de muelle, o de almohada o de comodín.

Por ello la cultura sin espíritu huele a páramo y a pantano. Cultura dictada no es cultura. Cultura protegida y ahijada no es cultura. Cultura que madura y libera, aún desde el error, es mejor que cultura como escudo y espada. Porque defender la vida es necesario, pero si el escudo aísla y excluye es enquistamiento, no salud. No se sabe bien para qué es la espada en la cultura, lo que sí sabemos es que quien ataca, pierde. Quien ofende no cultiva, aplasta, daña. Batalla y cultura no se llevan. Diálogo y cultura, abren puertas, elevan el alma, hacen crecer la bondad y la verdad, fuentes de toda belleza. La cultura es cultivo del espíritu y lo espiritual no tiene las mismas estrategias de la guerra. Y mucho menos las tácticas del materialismo.

Cultura y espiritualidad tienen un mismo eje y un mismo fin: el crecimiento de la persona humana. Por eso cultura y religión, bien entendidas y mejor vividas, no son ni mucho menos excluyentes, ni confrontativas, sino corresponsables en el cultivo de la virtud, del amor, del bien.

Dos ejemplos de esta comunión entre cultura y religión, uno tomado del mundo de la cultura, otro de un hombre de religión.

La imbricación entre cultura y religión lo ofrece el Informe de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo, citado al inicio de esta reflexión. Nos presenta a la religión no sólo como "una fuerza que resurge en la actualidad", sino como "un baluarte protector del cada vez más vulnerable sentido de identidad de los individuos y los grupos." Pero esa protección no es presentada como escudo sectario y excluyente, sino como "creaciones culturales, simbólicas e intelectuales que, a su manera, reflejan la diversidad de la experiencia humana y los diferentes modos en que la gente puede hacerse cargo de la promesa, el desafío y la tragedia de la vida."

Creaciones intelectuales que reflejan «la diversidad», los diferentes «modos» en que la gente asume la vida. He aquí la diferencia entre cultura y costura. Una abre, la otra cierra, una libera, la otra oprime. Una refleja la luz, venga de donde venga, la otra censura la policromía de la luz, es un haz, pero monocromático y la luz del día no es así.

Otro ejemplo, esta vez no con palabras solamente sino con gestos y actitudes, lo ha dado al mundo el Papa Juan Pablo II en su reciente viaje a Grecia, Siria y Malta. El Jefe de la Iglesia católica no defiende la identidad de su religión acorazándose en el Vaticano, o excluyendo de él a los «otros», o ignorando que existen como si la gente y la cultura fueran ciegas. El Papa «sale», en busca de los que el mundo consideraba «los otros». Es un viaje a la diversidad, un periplo hacia el ecumenismo, un recorrido por la pluralidad de las culturas.



Grecia simboliza el mundo de la Iglesia Ortodoxa, Roma y Constantinopla se separaron el 16 de julio del año 1054. Fueron mil años de exclusiones. Cedieron ante la voluntad de un anciano Pontífice que tomó en serio su misión de "hacer pontones", puentes sobre la diversidad. Cedieron mil años de excomuniones, cruzadas, agravios y prejuicios. Mil años que se comenzaron a derrumbar en un minuto que le tomó al Papa de Roma para decir a los griegos como San Pablo: el Dios a quienes ustedes adoran es también el nuestro. Mil años de escudos y espadas. Culturas milenarias de Oriente y Occidente que por ser culturas no pueden seguir excluyéndose mutuamente. Mil años que se caen con una frase del Papa: "Por las ocasiones pasadas y presentes, cuando los hijos e hijas de la Iglesia Católica han pecado por acción y omisión contra sus hermanos y hermanas ortodoxos, que el Señor nos dé el perdón que le suplicamos."

El jefe de la Iglesia Ortodoxa, el arzobispo Cristódulo, no pudo quedarse sentado al escuchar estas palabras. Los gestos sellaron el compromiso: se puso de pie, aplaudió fervientemente interrumpiendo al Pontífice y al final se abrazaron con un abrazo de reconciliación y de paz que el espíritu humano necesita y el alma de los pueblos busca, aún sin saberlo concientemente. Por ese abrazo que sucedió al servicio de la verdad, pudo el Papa pedir a su hermano separado por mil años que si podían rezar el Padrenuestro juntos, no en latín, la lengua de Roma, de la cultura occidental, sino en griego, la lengua del que hasta entonces era «el otro».

Así sirven la cultura y la religión a la dignidad del ser humano. «Ethnos», el principal diario griego resumió así este servicio: "La disculpa papal le da vuelta a la historia." Esto fue ante el Areópago de Atenas donde San Pablo abrió la religión cristiana a la cultura oriental, a las culturas todas. La religión que se vive hoy no puede quedar muda ante los espacios de la cultura, ni los areópagos de nuestra cultura deben permanecer cerrados a la transparencia de la verdad religiosa.

El próximo destino del Papa fue Damasco, la capital de Siria, el lugar de la conversión de San Pablo, la ciudad donde se encuentra el cuarto lugar más sagrado del Islam, la religión musulmana, fundada por Mahoma en el siglo VI. La Gran Mezquita de los Omeyas, construida en el siglo VIII y que primero fue templo pagano, después Catedral católica y ahora lugar de oración islámico. Cristianos y musulmanes, llamados también como moros, han tenido una historia de enfrentamientos de casi 14 siglos.

En la tarde del domingo 6 de mayo el Papa Juan Pablo II llega en peregrinación hasta este recinto musulmán y, según la tradición de esa religión -la tercera monoteísta junto a los judíos y cristianos- se descalza, y con paso lento penetra en la mezquita siendo el primer Papa en la historia del mundo que lo hace. También Juan Pablo II fue el primer Papa que visitó una sinagoga de la religión judía, la de Roma, el 13 de abril de 1986. Dos momentos, dos gestos, que han derrumbado dos muros sectarios y pseudo-culturales y que abrieron el diálogo interreligioso y multicultural que es propio de la civilización contemporánea.

Las palabras del Papa pueden ser un programa para cualquier país y cultura: que "los maestros musulmanes y cristianos presenten nuestras dos grandes comunidades religiosas como comunidades en diálogo respetuoso y nunca más



como comunidades en conflicto. Es importante que se enseñe a los jóvenes las vías del respeto y la comprensión, para que no tiendan a abusar de la misma religión para promover o justificar el odio o la violencia."

Esta actitud de respeto y tolerancia, de comprensión y colaboración al servicio de la persona humana sirve no sólo para el diálogo interreligioso, sino también para el entendimiento intercultural, el consenso social, el diálogo entre opciones filosóficas o políticas diversas.

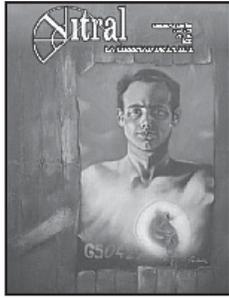
Cada vez que entendamos, todavía a la altura del siglo XXI, que la promoción de una religión o de una cultura debe concebirse como una batalla, o como una competencia excluyente y autoritaria; cada vez que creamos tener toda la verdad y no deseemos reconocer la parte de verdad y de bien que hay en los que son diferentes; cuando no damos cabida a los «otros» y nos atrincheramos en prejuicios y banderías, al estilo de "montescos y capuletos", cada vez que la censura cierra la puerta a las culturas y se hace de la intolerancia una «religión secular» y sectaria, se daña el espíritu humano y el alma de los pueblos. No crece la cultura sin religión, decrece porque daña al hombre en su espiritualidad.

El teólogo, cardenal y jesuita Henri de Lubac, hombre de diálogo y fronteras en la Iglesia del siglo XX, expresó esta realidad de forma genial cuando dijo: "No es verdad, lo que se dice a veces, que el hombre no pueda organizar el mundo sin Dios. Lo que sí es verdad es que sin Dios en última instancia sólo puede organizarlo en contra del mismo hombre. Un humanismo exclusivo es un humanismo inhumano."

Cultura y religión son caminos para un nuevo humanismo que no excluya a Dios. Camino que conduzca a la siembra de virtudes y el crecimiento de su espiritualidad. Cultura que cultive la vida del hombre de modo que le permita abrirse a la trascendencia a través de su relación con Dios. Porque el camino de regreso ya lo conocemos por San Ireneo: Que la gloria de Dios es que el hombre viva. Y viva en plenitud.

Pinar del Río, 20 de junio de 2001.





No a la pena de muerte

Año VIII. Nº 45. septiembre-octubre 2001

"Dios no quiere la muerte del pecador sino que se convierta y viva"

Desde el bíblico símbolo de Caín hasta nuestros días, los hombres y mujeres que deberíamos ser hermanos y convivir como tales, hemos caído en la peligrosa pendiente de la violencia que intenta tomar la justicia por mano propia, eliminar al otro por envidia o profundas mezquindades o por venganza ciega que ha dado lugar a que en la mente y en la conciencia de muchos persista hoy la antigua Ley del Talión: "Ojo por ojo y diente por diente".

Es lo que llamamos cultura de la muerte. Es decir, se cultiva la destrucción física, psíquica, moral, laboral, espiritual del otro porque lo vemos, o es en verdad, como una amenaza para nosotros, para la sociedad, para la política e incluso para la religión.

Son siglos de esa mentalidad y actuación. Difícilmente no se halle personas que, instintivamente, defiendan la pena de muerte, como una forma de aleccionar a los ciudadanos y a toda la sociedad con el fin de evitar que vuelvan a caer en los delitos graves que les harían reos de la pena capital.

Pero esa mentalidad está cambiando en el mundo entero.

La conciencia más clara y civilizada de la humanidad de fines del siglo veinte y este principio de milenio tiende, cada vez más, a poner en duda la eficacia de la pena de muerte. Las fuerzas vivas, que son representativas de lo más progresista de la forma de pensar y actuar en el mundo contemporáneo piden, exigen y alcanzan, en la mayoría de los países, la abolición total de la pena de muerte o por lo menos su aplazamiento sin fecha o moratoria parcial o total.

En efecto, en este momento ya más de la mitad de los países del mundo han abolido la pena de muerte. De los 195 países reconocidos oficialmente, hasta la fecha, 109 naciones han eliminado ese tipo de pena capital, de hecho o de derecho. De ellos unos 30 Estados han renunciado a la pena de muerte en el último decenio. Se multiplican los países que han decretado una moratoria o aplazamiento sin fecha, de modo que aunque mantienen todavía en su arsenal legislativo este tipo de castigo máximo, sobre todo para casos muy extremos, hace décadas que no la aplican de hecho o la reservan para tiempos de crisis que tiene que ser decretado como emergencia por el poder legislativo.

Los 15 países de la Unión Europea han abolido definitivamente la pena de muerte. De los 43 Estados miembros del Consejo de Europa, 39 han ratificado



el Protocolo no. 6 de la Convención Europea de los Derechos Humanos que establece la abolición de la pena de muerte en tiempos de paz. Otros 3 estados lo han firmado pero no ratificado: Armenia, Azerbaidyan y Rusia. Según las estadísticas de Amnistía Internacional un promedio de más de tres países por año erradican la pena de muerte para todos los crímenes.

Sin embargo, aún quedan 86 países que mantienen y aplican la pena de muerte que son, en su mayoría, de África, Asia y Medio Oriente. En el año 2000 fueron ejecutadas 1457 personas. El 88 % de las ejecuciones fueron aplicadas por sólo cuatro países: China, Arabia Saudita, Irán y Estados Unidos. De ellas, mil fueron ejecutadas sólo en China.

Numerosos estudios de investigadores de casi todas las nacionalidades, ideologías y creencias van demostrando que las razones que se esgrimen para justificar la pena de muerte no son realmente tales razones sino más bien tradiciones, prejuicios, o simplemente, rasgos aún presentes de unas civilizaciones que han quedado ancladas en el pasado, con rasgos muy primitivos de concebir la justicia, la seguridad ciudadana, la labor punitiva del Estado o la misma religión.

Podría decirse que lo que queda de esas mentalidades y culturas son aquellos rasgos más brutales y desconocedores de la misma naturaleza humana, de la psicología de las personas, de los métodos educativos y preventivos de la delincuencia social. Son rasgos de un estilo de convivencia en que se creía, comúnmente, que extirpar y eliminar el miembro de la sociedad considerado malo era, la única forma en que se podía salvaguardar al resto de la sociedad.

Hoy ya sabemos que esto no es así. La sociedad actual y los Estados, que ejercen la responsabilidad de mantener el orden ciudadano y de cuidar de la sana convivencia, tienen en sus manos los medios y los recursos necesarios para aislar sin eliminar a los delincuentes y así proteger el bien común.

La Iglesia misma que, durante siglos ha sostenido la legitimidad de la pena de muerte en casos de extrema necesidad y ella misma, aunque prohibía siempre a los clérigos que contribuyeran directamente a la pena de muerte, sin embargo, acudía a la justicia de los tribunales civiles, llamado "brazo secular" para ejecutarla. La Inquisición es el signo de este comportamiento y de una época ya definitivamente superada. Durante el año 2000 el mismo Papa Juan Pablo II pidió solemnemente perdón porque "en algunas épocas de la historia los cristianos han transigido con métodos de intolerancia y no han seguido el gran mandamiento del amor, desfigurando así el rostro de la Iglesia".

El texto oficial del Catecismo de la Iglesia Católica defiende el derecho de la sociedad y de las personas a la defensa propia contra quien los agrede y pone en peligro su existencia pero comienza y termina este tema con dos argumentos claros e irrenunciables:

El primero y fundamental: "La vida humana es sagrada, porque desde su inicio es fruto de la acción creadora de Dios y permanece siempre en especial relación con el Creador, su único fin. Sólo Dios es Señor de la vida desde su comienzo hasta su término; nadie, en ninguna circunstancia puede atribuirse el derecho de matar de modo directo a un ser humano inocente" (CIC, art.5 no. 2258)

El segundo, referido a los culpables: "Si los medios incruentos bastan para defender las vidas humanas contra el agresor y para proteger de él el orden



público y la seguridad de las personas, en tal caso la autoridad se limitará a emplear sólo esos medios, porque ellos corresponden mejor a las condiciones concretas del bien común y son más conformes con la dignidad de la persona humana." (CIC, art. 5, no. 2267)

El Papa Juan Pablo II se ha convertido en uno de los primeros defensores de la abolición total de la pena de muerte. Para sanear la memoria histórica que significa aprender de los errores del pasado, ha pedido perdón por los propios pecados de los hijos de la Iglesia para otorgarlo a los demás y sanear el presente con una actuación más conforme con la dignidad y los derechos de los seres humanos.

Para empezar por casa, y sobre todo para dar ejemplo, pues desde su fundación nunca la había ejercido, el Estado de la Ciudad del Vaticano que ya había abolido desde la década del setenta con Pablo VI la pena capital, al redactar su nueva Constitución el año pasado, ratificó esa abolición y la elevó a precepto constitucional.

Además de la pena de muerte, que es el supremo atentado a la integridad física, psíquica y moral del condenado, la Iglesia ha proclamado, diáfananamente, su postura frente a ésta y otras formas de violencia como el terrorismo, la tortura física y psicológica, los secuestros, los atentados, los sabotajes, guerras y guerrillas, con fines políticos o ideológicos, las mutilaciones con pretexto judicial, y otras formas de crueldad sea con inocentes o con culpables, o crean sus protagonistas que defienden un fin justo con estos medios cruentos. He aquí la posición actual:

"En tiempos recientes se ha hecho evidente que estas prácticas crueles no eran ni necesarias para el orden público ni conformes a los derechos legítimos de la persona humana. Al contrario, estas prácticas conducen a las peores degradaciones. Es preciso esforzarse por su abolición, y orar por las víctimas y sus verdugos." (CIC, art. 5, no. 2298)

En Cuba la pena de muerte y otras formas de violencia y de tortura física o psicológica, han estado presentes a lo largo de su historia. De acuerdo con el grado de cultura general, la idiosincrasia de muchos y la eficacia del Estado para asegurar la tranquilidad ciudadana, el orden interior y la seguridad del propio Estado, la pena de muerte debería ser abolida nuevamente de nuestra legislación y de todas las legislaciones del mundo por las siguientes razones:

Porque Dios es el único Señor de la vida y sólo él puede darla y quitarla.

Porque la pena de muerte va contra el don supremo y el derecho primero y fundamental que es el derecho a la vida.

Porque la dignidad de la persona humana, aun del criminal, debe primar sobre los intereses colectivos, políticos, ideológicos, religiosos y de otra índole y no puede subordinar, por la fuerza o por ley, la vida y la integridad física de la persona, ni siquiera, tratándose de un bien social.

Porque la pena de muerte es la institucionalización legal de una forma de violencia.

Porque la pena de muerte legitima judicialmente el viejo y absurdo refrán del "ojo por ojo y diente por diente".

Porque cuando el criminal se excluye él mismo de la sociedad cometiendo un delito que sabe está penado con la muerte no tiene, ni él mismo, derecho a privarse de ese supremo derecho a la vida. Y ningún tribunal debería argumentar esta razón que se acerca a la lógica suicida y que como ella no es éticamente aceptable.



Porque la pena de muerte, según las estadísticas oficiales más recientes en cualquier parte del mundo, no es capaz de detener, por sí misma, ni la violencia ni la criminalidad, ni el delito. En algunos países que mantienen la pena de muerte crece la delincuencia y en los que la abolieron decrece en algunos casos.

Porque la pena de muerte, por tanto, puede ser ineficaz para prevenir y defender a la sociedad de la delincuencia y mucho menos es legítimo éticamente sólo como medida ejemplarizante porque se quita la vida y se le utiliza como un medio para lograr un fin que aunque bueno no legitima el medio cruento.

Porque los medios que tienen los Estados modernos para prevenir el crimen, defender a la sociedad de sus miembros más descarriados y educar para el orden y la tranquilidad ciudadanos, son mucho más eficientes y eficaces que la pena de muerte.

Porque el margen humano de error de los tribunales que condenan a muerte se paga con el valor supremo y universal que es la vida. Y ese error es irreparable.

Porque la conciencia mundial y de muchas personas ha crecido en defensa de la vida humana desde la fecundación hasta su fin natural.

Porque la pena de muerte que los Estados intentan imponer a los ciudadanos para disuadirlos de que cometan delitos es similar a la política de disuasión que los poderosos intentan imponer al mundo con la carrera de armamentos, el escudo antimisiles y otras iniciativas parecidas que ponen peligrosamente como ley, el viejo y violento axioma de "si quieres la paz prepárate para la guerra."

Porque, los que apoyan la pena de muerte lo hacen, más que por deseo de castigo, por miedo al desorden de la delincuencia y más por la natural necesidad de seguridad personal y del orden social.

Porque, en fin, la pena capital sólo establece el orden interior de la muerte y la paz de los sepulcros.

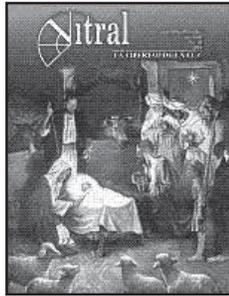
Por todo esto digamos No a la pena de muerte. Digamos No a la tortura, al terrorismo y todas las demás formas de presión y crueldad que violentan los derechos humanos y la libertad de los pueblos. Al mismo tiempo, digamos No al aborto y a la eutanasia. Pero no nos quedemos en la negativa. Digamos un sí a una existencia digna y tranquila. Entre la utopía de poder alcanzar una sociedad perfecta y la realidad que vivimos de una sociedad que lleva en su seno violencia y muerte, sabemos que hay caminos posibles, pequeños pasos como la abolición de la pena capital, que otros países civilizados han experimentado con frutos de vida y de paz.

La educación cívica de los ciudadanos, la elevación de su cultura general integral, una legislación clara, estable y preventiva y un régimen penitenciario basado en la reeducación y la reinserción de los convictos y no en la revancha y el castigo son caminos urgentes y posibles, para preservar a la sociedad de la delincuencia, para romper la cadena de odios y violencia que la enconan y para garantizar el deber del Estado de crear un clima de tolerancia y respeto a los demás, un orden interior basado en la ley, no en el temor, para poder alcanzar, con todos, una sana y pacífica convivencia.

Pinar del Río, 8 de septiembre de 2001

Solemnidad de Nuestra Señora de la Caridad del Cobre. Patrona de Cuba.





Navidad en Cuba ¿apertura o aislamiento?

Año VIII. Nº 46. noviembre-diciembre 2001

El nacimiento de Jesucristo es para los creyentes un acontecimiento trascendental en la historia de la humanidad.

Dios se acerca a la humanidad, se hace hombre para restablecer las relaciones rotas por el mismo hombre que se cierra a Dios.

Navidad es ruptura del aislamiento en que caen el hombre y la mujer cuando se cierran a Dios y se bloquean en la soberbia del que cree que no necesita de nadie para vivir, ni para sobrevivir, ni para ser mejor. De nadie... ni de Dios. La persona humana que acepta esta cercanía del Hijo de Dios, del Dios con nosotros, que viene a compartir nuestra humanidad, se abre a la relación con su Creador para compartir su Trascendencia.

Navidad es, pues, fiesta de la apertura y de la comunión.

Navidad es vencer el aislamiento más empobrecedor: el del mismo hombre que no quiere abrirse a lo mejor, a lo distinto, al cambio, al otro, al Otro Absoluto que es Dios.

Navidad nos invita a reflexionar sobre la pobreza que significa el aislamiento personal y nacional y sobre la riqueza que supone una apertura a todo lo bueno, lo bello y lo verdadero.

Las personas y los pueblos están llamados a vivir en relación con las demás personas y pueblos. Esta es su vocación a trascender el egoísmo personal y la cerrazón nacional para establecer lazos de participación, integración y fraternidad.

Cuba tiene vocación a la apertura. Cuba será mejor cuando se integre a su región y al mundo occidental al que pertenece por naturaleza e identidad. El Papa expresaba en su visita a nuestro país:

“Cuba tiene un alma cristiana y eso la ha llevado a tener una vocación universal. Llamada a vencer el aislamiento, ha de abrirse al mundo y el mundo debe acercarse a Cuba, a su pueblo, a sus hijos, que son sin duda su mayor riqueza. ¡Esta es la hora de emprender los nuevos caminos que exigen los tiempos de renovación que vivimos, al acercarse el Tercer milenio de la era cristiana!” (Homilía en la Misa en la Plaza José Martí de La Habana. No. 7)

“En nuestros días ninguna nación puede vivir sola. Por eso, el pueblo cubano no puede verse privado de los vínculos con los otros pueblos, que son necesarias para el desarrollo económico, social y cultural.” (Palabras de despedida en el Aeropuerto no. 4)

Han pasado cuatro años de aquella inolvidable Visita Papal y la situación en Cuba sigue igual o peor en relación con la apertura y el aislamiento.



No se observan signos creíbles de apertura real. Es más, algunas posturas y actitudes, algunas palabras y declaraciones, algunos hechos y decisiones, parecen no contribuir a la apertura y las relaciones sino a la cerrazón, el inmovilismo y el aislamiento.

La mayoría de las naciones y los gobiernos han hecho gestos y gestiones para vencer el aislamiento de Cuba y hacia Cuba.

A pesar de todo, siguen los bloqueos:

-el embargo norteamericano y “las medidas económicas restrictivas impuestas desde fuera del País, injustas y éticamente inaceptables”;

-el bloqueo interno a “las iniciativas que pueden configurar una nueva sociedad”.

-el bloqueo a la libertad de conciencia que, con frecuencia, impide que se diga con transparencia lo que se piensa y que se haga con honestidad lo que se dice.

-el bloqueo a la libertad religiosa que, impide que la fe se exprese con pleno derecho de ciudadanía en “ámbitos públicos reconocidos” pues, por lo que se puede ver, con frecuencia, los laicos comprometidos, y aún los niños en las escuelas, se ven cada vez, más restringidos y controlados por razones de los compromisos que emanan de su fe religiosa o simplemente por llevar un crucifijo en el pecho en los centros de enseñanza.

-el bloqueo a la autonomía de la sociedad civil y a su libertad de asociación, reunión y expresión.

Aislar es ignorar al otro y excluirlo. Es también cerrarse y considerarse como poseedor de toda la verdad, de la única verdad. Tanta responsabilidad tiene ante el aislamiento de un pueblo quien lo excluye desde fuera como quien cierra por dentro la puerta. La puerta de la casa y la del corazón.

No hay cerrazón sino coherencia cuando los demás exigen que uno deje de ser lo que es y debe ser, y uno permanece fiel a su proyecto. Pero si los demás desean que uno sea mejor de lo que es y debe ser, entonces cerrarse, pensando que no hay nada que cambiar y que el resto del mundo es el que está equivocado no es sólo un error sino una involución.

No cambiar para bien es perecer. No cambiar es cerrarse y cerrar el paso a la renovación de la mente, de las estructuras, de las naciones. No cambiar hacia delante es enquistarse en el pasado y vivir en la inercia de lo que se hizo y lo que se fue. Ser es prever, adelantarse, trascender. El inmovilismo y la cerrazón son las verdaderas y más profundas causas del aislamiento.

Sin ceder soberanía, sin perder identidad, Cuba debe abrirse al mundo que la rodea. Abrirse y cambiar es ser soberano, es “ser protagonista, de su propia historia personal y nacional”- como lo postuló el Papa desde hace cuatro años.

Navidad no es sólo poner el tradicional nacimiento y el caro árbol de luces y estrellas.

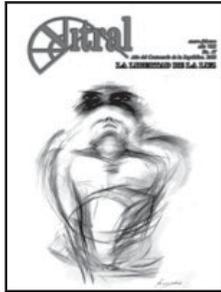
En la Navidad del 2001 pedimos al Señor de la Historia que cesen todos estos bloqueos, los inmovilismos y las cerrazones, y que Cuba salga del aislamiento al que es sometida desde fuera y desde dentro.

Navidad de Jesús: encarnación y redención.

Navidad de Cuba: apertura y cambio.

Por eso, ¡Feliz Navidad!

Pinar del Río, 8 de diciembre de 2001



El derecho a un nivel de vida digno

Año VIII. Nº 47. enero-febrero 2002

El año 2002, Centenario del nacimiento de la República de Cuba, nos invita a reflexionar en nuestra historia y a sacar de ella, de sus luces y sus sombras, lecciones de vida.

Esta mirada sobre nuestra nación y su devenir, debe ser profunda y desprejuiciada. No debe detenerse en el pasado, ni distraernos del presente, ni desanimarnos para el porvenir.

Cuba, cada uno de los cubanos, de aquí y en la diáspora, debe sacar del magisterio de la historia, luces para el presente y caminos para el mañana. Todo aniversario conlleva alegrarse de lo bueno vivido, esfuerzos para enmendar lo errado y buenos propósitos para el futuro.

Muchos son esos propósitos, porque muchas son las necesidades de la Patria, de sus gentes más sencillas, de cada uno de nosotros y de los que aman a Cuba dondequiera que vivan y como quiera que piensen.

Una de esas aspiraciones es el derecho a alcanzar un nivel de vida digno.

Todo el mundo quiere vivir bien. Todos desean mejorar. Todos esperamos que la situación cambie, para algo superior a lo que tenemos y que el futuro no se parezca al presente, ni tampoco al pasado.

Este anhelo, es legítimo en cuanto no lesione la dignidad, la libertad y los derechos de la persona humana y salvaguarde unas estructuras comunitarias impregnadas de justicia social.

Un nivel de vida digno de la persona humana, de toda persona, sin discriminaciones por razones de sexo, edad, color, creencia, opción política o posición económica, es, además de un derecho, un deber al que todos debemos responder con responsabilidad.

Vivir dignamente supone en primer lugar, tener derecho y posibilidad real de nacer, de existir y de encontrar un lugar acogedor al venir a este mundo. Un lugar propicio para vivir no es sólo una casa, un hogar seguro, una cama, unos alimentos, medicinas y vacunas. Supone también un clima de concordia familiar, una pareja estable y entregada a la educación de sus hijos, una sociedad que respete los derechos del niño antes de nacer y durante toda su vida. Cuba, cada uno de los cubanos, merece este primer y elemental nivel de vida.



Cuando se habla de un nivel de vida digno se habla también del derecho a la alimentación adecuada y suficiente. No se trata de repartir lo poco que haya entre todos, cosa que ya no es posible hacer por las diferencias de poder adquisitivo y de poder de influencias, (que sería hacer justicia distributiva), sino de producir lo suficiente y crear empleos para todos y que los salarios alcancen a lo necesario para vivir sin angustia, por lo menos, que es hacer justicia social. Cuba, cada uno de los cubanos, merece mejorar este nivel de vida.

La salud es otro aspecto elemental para poder alcanzar una vida digna. No se trata sólo de tener un sistema de atención primaria repartido por todo el territorio, eso es algo bueno y saludable. Tampoco basta con tener una red de policlínicos y hospitales al que tienen acceso todos los ciudadanos, eso no lo tienen por desgracia un número considerable de países, y debían tenerlo. Alcanzar un nivel digno en la salud es que todas esas estructuras funcionen como se espera, tengan los recursos que necesitan, cuenten con un personal de la salud que se sienta feliz de estar aquí, satisfecho de ejercer su vocación aquí, y dispuesto a brindar esos servicios en cualquier lugar del mundo donde voluntariamente desee ir sin que nadie se lo programe ni se lo impida, pues es su derecho inalienable. En este sentido, debemos desear que nuestros médicos y demás trabajadores de la salud permanezcan en nuestro país a pesar de las dificultades, pero el éxodo de cualquier profesión no se detiene a la fuerza, prohibiendo la salida del país, sino preguntándonos ¿por qué durante largas décadas los médicos y enfermeras cubanos vivían aquí felices y por ningún motivo deseaban emigrar? ¿Por qué ahora hay miles de médicos formados aquí mismo y educados para servir a la Patria, que desean irse para cualquier lugar del mundo menos permanecer en su tierra? Emigrar es un derecho que debe ser respetado, nadie puede retener a nadie que no tenga delitos o adeudos declarados y previamente concertados con mutuo consentimiento. Pero no es ése el problema de fondo: el problema es responder con sinceridad y objetividad a las preguntas anteriores. La solución es crear aquí las condiciones de existencia y el ejercicio de la profesión que no lesionen el nivel de vida decoroso mínimo que están encontrando esas personas, incluso en países de zonas de pobreza mayor que nuestro país. Cuba, cada uno de los cubanos, merece mejorar en este nivel de vida en el que, en su tiempo, alcanzó tan dignos resultados.

Otro aspecto que conforma el nivel de vida decoroso es la educación y la cultura. Nuestro país siempre ha tenido en este aspecto niveles de dignidad y profesionalidad muy relevantes. Todos sabemos que hoy día los resultados no se corresponden con esos esfuerzos en frutos de educación integral a pesar de los niveles de instrucción brindados y al alcance de todos. Ya lo sabemos, instruir puede cualquiera, educar solo quien sea un evangelio vivo. Cuba tiene un caudal humano impresionante. ¿Por qué hemos visto crecer la vulgaridad, el maltrato, la violencia, la delincuencia y los ambientes de cultura marginal más allá de lo que tenía nuestra sociedad hace unos años? Cuba, cada uno de los cubanos, merece mejorar en este otro índice de nivel de vida.



La recreación y el cuidado del ambiente, son dos elementos que hablan elocuentemente del nivel de vida de un pueblo. Estamos refiriéndonos a la verdadera recreación humana, no a la promiscuidad de un campamento o a lo que se ha venido en llamar «área cerrada», o «punto de la pipa» de una pésima cerveza, ni a las «actividades» planificadas donde la recreación consiste en que van a «dar» un pedacito de pollo y el ambiente se convierte en un esperar que lo den para comérselo como sea o llevarlo para la casa, sin compartir con los compañeros de trabajo o de estudio. Los salarios no alcanzan para el disfrute de unas vacaciones dignas sin angustias ni lamentos. A pesar de la divulgación sobre el cuidado de la naturaleza vemos un descuido grande en crear vertederos clandestinos, contaminar ríos y bahías; el humo de los automóviles, sobre todo estatales, es cada vez mayor y los ruidos sobrepasan cualquier nivel admisible a la salud auditiva de los ciudadanos. Así se va deteriorando nuestra salud mental por falta de descanso y distracciones sanas. Cuba, cada uno de los cubanos, merece mejorar en este índice frente al cuál, muchas veces, permanecemos indiferentes por considerar otros más urgentes para nuestro nivel de vida.

Las libertades civiles y políticas, los derechos a expresar libremente lo que pensamos sin miedo a la represalia laboral, política, judicial o educacional; los derechos a asociarnos, reunirnos y organizarnos para fines honestos y pacíficos sin miedo a sentirnos vigilados, escuchados, filmados o penetrados por ajenos; los derechos a participar en el debate público en igualdad de condiciones y de medios de comunicación para hacerlo; el derecho a elegir, ser elegido y ser revocado directamente por los ciudadanos sea cual sea la diversidad de la opción política, siempre que trabaje para el bien común con medios éticamente aceptables. Todos estos son componentes esenciales de la libertad inherente a toda persona humana; por lo tanto no habrá un nivel de vida digno si alguna de estas libertades y derechos son violados, condicionados o abolidos. Cuba, cada uno de los cubanos, merece que mejoremos estos aspectos que conforman un nivel de vida digno.

En la base de todos estos índices, está la libertad de conciencia que es más que la libertad de culto y la libertad religiosa que es más que el respeto a las creencias individuales de los ciudadanos. La libertad de conciencia es el derecho de toda persona a pensar con cabeza propia, a sostener criterios divergentes, a juzgar libremente sobre su entorno, a emitir opiniones sin lesionar la dignidad de los demás, a pensar y hablar sin hipocresía. La libertad religiosa es más que hacer procesiones o abrir templos, es derecho a predicar libremente y sin represalias la fe y sus consecuencias en ámbitos públicos reconocidos; es ejercer la caridad de manera personal y comunitaria con pleno derecho de servir sin estorbos burocráticos o prejuicios ideológicos; es poder educar las conciencias para la libertad y la responsabilidad con las instituciones, los medios y la escuela pedagógica que elijan libremente los padres y los adultos; es estimular las iniciativas que puedan configurar una nueva sociedad, sin que por ello se tilde de intromisión en asuntos políticos partidistas... Es, en fin, poder dar el aporte propio de la religión a la edificación de una civilización de la verdad y el amor.



Cuba, cada uno de los cubanos, merece que mejoremos este indicador fundamental de nuestro nivel de vida.

Otros muchos elementos quedan para poder considerar que un país posee un nivel de vida digno: una vivienda decorosa para cada familia que se forma; un trabajo accesible y no cada vez más lejos del hogar para restar tiempo a la familia y al descanso; lo necesario para poder confeccionar los alimentos sin el agobio adicional de buscarlos y no tener con qué cocinarlos; el acceso al agua y la luz eléctrica, es decir, a un agua limpia, corriente y potable y a un fluido eléctrico sin el sobresalto de los apagones ni los cambios bruscos de voltaje que acaban con los electrodomésticos; pero sobre todo, se necesita un clima de confianza y de sosiego en que no vivamos constantemente en crispación por un motivo hoy y otro mañana, para crecer sanos y producir lo necesario. Se precisa una atmósfera de mayor serenidad, un lenguaje de paz, unos métodos cívicos para alcanzar fines civiles, no unos métodos y lenguajes militares trasladados sin razón a los asuntos de la comunidad civil.

Al comenzar un año no debemos esperar que todo esto nos venga del cielo. Nada de esto se obtiene sin el esfuerzo de cada cubano, de cada institución, de cada organismo, de cada grupo y familia. Seguramente estaremos pensando que decimos esto para que «otros» lo gestionen, para que nos «den» lo que creemos merecer, para que el Estado «resuelva» todos y cada uno de los problemas y necesidades. Esto es un error de perspectiva y una posición ciudadana descomprometida de la sociedad.

Ningún país puede elevar su nivel de vida sin la contribución de cada uno de sus ciudadanos. Sin trabajo no hay país. Sin esfuerzo personal no hay nivel de vida digno. Nadie debe quedar inerte ante estas legítimas aspiraciones. A cada ciudadano nos corresponde trabajar duro y perseverantemente y al Estado crear las condiciones y liberar los mecanismos para que se vean los resultados de ese esfuerzo en el bolsillo de cada cubano, en la mesa de cada familia, en la farmacia de cada pueblo, en el aula de cada niño, en el taller de cada trabajo, en las actividades de cada iglesia, en las relaciones con cada grupo de la sociedad civil, en la participación política pluralista, y en las relaciones internacionales.

Cuba, cada uno de los cubanos, merece ser lo que es, creer en lo que confía, hacer lo que debe, pensar lo que hace, sentir sin rencores, decir lo que siente, trabajar sin miedo y vivir en paz.

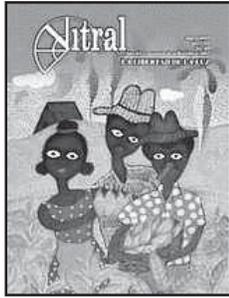
¿Vivimos realmente así?

Los cubanos tenemos las cualidades humanas, el talante emprendedor, la capacidad de recuperación y el carácter necesario para alcanzarlo. Lo demuestran, en unas horas, cuanto cubano sale y sirve en cualquier rincón del mundo.

Lo que más deseamos para Cuba en el 2002 es que queramos ser así y que lo podamos hacer aquí.

Pinar del Río, 28 de enero de 2002





El desorden social

Año VIII. N° 48. marzo-abril 2002

Estamos viviendo en un período crítico de nuestra historia y cada uno de los cubanos, los que vivimos aquí y los que viven en cualquier lugar del mundo necesitamos una convivencia social distinta.

Distinta en cuanto a la vida personal. Encontramos, con más frecuencia de la que es normal, personas que viven en un constante agobio, en una agonía por la subsistencia, en un permanente estado de crispación. A esa situación de tensión en el alma de las personas se le llama ahora estrés. Todos nos dicen que constituye, en sí misma, una alteración de la salud física y mental y que es, además, causa de otras muchas enfermedades.

En el interior de la mayoría de los cubanos se libra cada día una lucha sorda, callada, silenciada hasta que explota: se trata de la lucha por la vida, o mejor, por sobrevivir. Si alguien se cruza con usted en la calle o aguardan juntos por un ómnibus que no llega o está en la autopista repleta de viajeros sin transporte y con la incertidumbre de si podrá llegar o por lo menos salir de donde está hace horas, entonces uno puede percibir, sin mayor esfuerzo, la verdadera "batalla" que está librando nuestro pueblo: la lucha por vivir hoy el día de hoy sin saber cómo será el de mañana.

La realidad es que la causa profunda de este desorden en el alma de la gente es la angustia y la inseguridad de la supervivencia. Esa angustia surge, entre otras, por algunas razones muy elementales y comprobables sin necesidad de investigaciones ni encuestas: no tener trabajo, trabajar cada vez más lejos, pues con mayor frecuencia los centros de trabajo son trasladados sin miramiento y sin garantizar transporte para lugares fuera de las ciudades y se le exige al trabajador una puntualidad inhumana que le crea cada día al despertar el primero de los agobios diarios: cómo llegar al trabajo. Otra causa es trabajar en algo que ni le guste, ni le realice como persona. Otra razón de la lucha interior es que el salario no alcanza para casi nada, que existe una doble moneda, es decir, que con la que pagan por el trabajo realizado no es la misma que la que sirve para comprar en la inmensa mayoría de las tiendas y mercados por divisas que cada vez son más, más caros y con menor calidad en los productos y en los servicios.

Esta raíz del desorden social puede parecer simplemente económica. Ganarse el pan de cada día, sostener, alimentar y educar a una familia, mantener un trabajo estable, gratificante y que permita a cada cubano tener un proyecto de vida realizable aquí, en su patria y no, únicamente, tras la salida a cualquier lugar

Editoriales de la revista *Vital* 207



de este planeta, no es sólo problema de economía, sino de la vida toda, de la propia estabilidad y de poder ver el futuro con esperanza realista y realizable.

En un país como el nuestro, en el que existe un solo empleador, que es el Estado que lo controla y lo dirige todo y en todas partes, las personas sufren el más sofisticado y meticuloso de los controles y la más fuerte y decisiva presión sobre todos los aspectos de su vida, pues es su trabajo, el sustento de su familia, la comida y la educación de sus hijos, las que están en juego. Juego macabro de que si no haces lo que se te exige desde el contenido de trabajo hasta la participación en actividades políticas, culturales, deportivas, etc., sin ningún amparo laboral independiente de la administración, te verás forzado a pedir la baja, o a someterte a una medida laboral en la que te ofrecerán un puesto de trabajo que muy difícilmente podrás realizar con honestidad o con puntualidad. Entonces el cubano no puede acudir a otro empleador, a otro centro de trabajo que no sea controlado por el único y total dueño. Lo que queda es ir a engrosar el mundo de los desempleados que además tienen la desgracia adicional de ser considerados, a priori, sin más, como un ciudadano de segunda categoría con una marcada «peligrosidad». Esto demuestra que no se trata solo de un asunto económico o laboral, sino que indefectiblemente desemboca en un problema social y hasta jurídico. Este orden social debe cambiar.

El orden social debe cambiar también en cuanto a la convivencia familiar. Las familias cubanas están profundamente divididas. Es rara la familia que no sufra la separación, el desgarró y la tristeza de no poder convivir cotidianamente en paz por tres plagas sociales que hacen de Cuba una nación dispersa de familias desarraigadas. Esas tres plagas son: el divorcio, la salida del país y los trabajos lejanos del hogar para los padres, junto con las movilizaciones continuas de los hijos a las escuelas al campo y en el campo, y a las acampadas. Todo se hace como si lo que se buscara fuera que la familia estuviera el mayor tiempo posible dispersa. No hay derecho a esto, ni el Estado, ni el trabajo, ni la escuela, tienen derecho a desarticular nuestra más íntima convivencia. Así no hay familia que subsista, ni educación que progrese, ni nación en paz. Este orden social debe cambiar.

Estas dos realidades que hemos mencionado: la angustia, la inseguridad personal por no poder tener un proyecto de vida estable y la desarticulación sistemática de la familia son, en nuestra opinión, dos causas profundas del creciente desorden social en Cuba.

Otra causa es que la educación ética y cívica, o lo que también se conoce como la formación en valores y la participación ciudadana, ha estado prácticamente abandonada hasta hace muy poco tiempo en que se intentó una campaña de educación en valores que se ha reducido a «explicar» una reducida e ideologizada «lista de valores» mientras que el comportamiento cotidiano tanto en la casa, como en la calle, como en los centros de estudio o trabajo, incluso en las iglesias y otros espacios culturales, son lamentables.

La política y la ideología no alcanzan a todo el hombre y la mujer, sirven a una faceta de su existencia, pero reducir voluntariosamente toda la vida de las personas y los pueblos bajo un prisma únicamente político e ideológico, por demás, totalizador y excluyente, provoca que los demás aspectos de la personalidad humana, su carácter, su escala de valores, sus actitudes, su espiritualidad, su



capacidad de entrega y sacrificio, su buena voluntad, incluso, sus sentimientos, no encuentren el espacio necesario para su cultivo y desarrollo. Entonces se asfixia el alma de los pueblos y se agota su existencia, y se desvían sus caminos, en estrategias políticas y supuestas contiendas ideológicas. Esto empeora cuando invariablemente se achacan todos los males sociales a un enemigo externo.

Nada desordena más la vida de un pueblo que hacerle creer que nada depende de sus errores propios, ni de su voluntad complaciente y debilitada por continuos esfuerzos «heroicos» que le desvían de lo que es más fundamentalmente heroico, que es vivir en la virtud cotidiana y discreta, labrando el espíritu humano, buscando el perfeccionamiento personal, cuya gracia fundamental consiste en aprender a tomar las riendas de la propia vida para entregarla al servicio de los demás.

Nada desordena más la vida social que la masificación, que el colectivismo, que la despersonalización. Cuando todo es de todos y nada es de nadie. Cuando no importa el rostro y el nombre de las personas sino que repitan consignas y cumplan tareas con la debida incondicionalidad, todo se desequilibra por su raíz. Sin responsabilidad personal no hay orden social posible. He aquí el problema.

Sabemos del esfuerzo que los órganos encargados del orden interno hacen. Pero el orden no depende sólo de castigar el delito, depende, sobre todo, de prevenir el delito y educar para un nuevo orden social. Pese a ese esfuerzo puede verse como es casi imposible evitar el desorden. Es más, parece que, en sentido general, el desorden crece. No se trata de las estadísticas de los crímenes, o los datos de la delincuencia, o de las sanciones que se aumentan. No se trata tampoco de que sea renovado el Código Penal precisamente para crear figuras delictivas que antes no eran tan significativas como para ser especificadas en la ley positiva, o recrudescer las medidas punitivas en intento de disuadir a los delincuentes.

Todo el mundo sabe, y especialmente los juristas y sociólogos han investigado, que las medidas coercitivas no bastan para disminuir la delincuencia. La solución está en erradicar la causa que impulsa directa o indirectamente a los ciudadanos a delinquir.

Últimamente la violencia verbal y física parece que aumenta en Cuba. Parece que aumenta la indisciplina social y la corrupción. Algunos casos sangrientos no son más que muestras de que algo no está funcionando como antes, que algo se ha descuidado, de que no son sólo personas que, como en todos los países del mundo, se colocan ellas mismas al margen de la sociedad. En efecto, el mundo de hoy es cada vez más violento. Cuba se inserta en este mundo. Pero acostumbrados como estábamos a una tranquilidad y a un orden que dependía mucho de las causas antes mencionadas, tenemos derecho a alarmarnos ahora cuando, a ojos vistas, se dan casos que no encuentran una explicación convincente o que al explicarlos nos damos cuenta que hay razones más profundas que no han sido abordadas.

Debemos prestar atención a estos fenómenos de desorden social. Estamos a tiempo. El desorden puede devenir en caos y el caos genera violencia ciega. Pero de un extremo al otro hay un trecho en que podemos y debemos trabajar para solucionar las causas profundas que provocan el desorden.

Si se quiere controlar todo y no dejar casi nada a la iniciativa y a la conciencia ciudadana, el Estado no podrá alcanzar cada rincón del país y mucho menos cada rincón del alma de cada persona.



Una cultura de la resistencia impuesta, puede desembocar en estallidos de impaciencia y desesperación. No se puede pedir una resistencia infinita y sin horizonte de solución real a corto o mediano plazo. Pedir resistencia y hacer creer que todo el mundo está llamado a vivir en el límite de sus posibilidades y de sus capacidades personales es tentar a Dios y colocar a la gente al borde del precipicio de sus propias fuerzas. Ni la Iglesia, escuela de una espiritualidad ascética, o maestra de los grandes místicos, juega con los límites personales ni con la resistencia de los pueblos. Nadie sabe hasta dónde va a aguantar la liga.

Nadie debe exigir cada vez más y todos los días más, poniendo a los demás en un gran riesgo. Riesgo que no puede calcularse fríamente. Riesgo que es un atentado contra los derechos y contra la convivencia pacífica. Riesgo que puede conducir a la violencia y a la muerte física, o lo que es peor, violencia psicológica, martirio cívico, genocidio cultural por agotamiento.

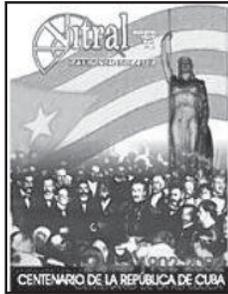
El cansancio y el hastío, fruto de los abusos del tiempo y de los sacrificios sin futuro, pueden desembocar en el desorden sin causa aparente, en el caos sin sentido, en la indisciplina sin razón y en la delincuencia menos esperada por un pueblo que se pregunta qué está pasando, si no éramos así. Lo peor que puede pasar es soslayar las causas reales que son de nuestra entera responsabilidad y colocar la responsabilidad en otras personas, en otras instituciones o en otros países.

Cuba necesita un orden social nuevo. No hay desorden social que sea única y exclusivamente causado desde afuera. Algo ha faltado dentro, algo ha fallado en nuestra propia responsabilidad, algo hemos hecho mal. Pero todavía es más grave dejar a otros la solución de los problemas que originan esos males. Los problemas son nuestros y la responsabilidad también, aún cuando vengan provocaciones de fuera de nosotros o de fuera del país. Un pueblo adulto no se deja provocar, unas personas que comparten una convivencia sana, no necesitan estallidos para colocarse al margen. Excepción hecha de que en toda sociedad existen personas marginales por razones personales o familiares.

Más vale precaver hoy que lamentar mañana. Muchos fenómenos que se presentarán mañana sólo podrán explicarse por los límites y los riesgos a los que hemos sido sometidos hoy. No pueden surgir, de hoy para mañana, la delincuencia y la corrupción, las mafias y la violencia organizada. Esos fangos de mañana pueden estar fraguándose en las pequeñas polvaredas de hoy. Todos, sin excepción: la familia, la escuela, el Estado, la Iglesia, pero sobre todo, cada uno de los cubanos y las cubanas, piensen como piensen y vivan donde vivan, debemos estar muy alertas sobre este fenómeno social y ante cada caso no conformarnos con explicaciones superficiales y aisladas, sino exigir que se llegue a las causas profundas y se apliquen remedios eficaces y estructurales. Hoy mejor que mañana. Ahora mejor que nunca.

Cuba puede recuperarse de esta situación. Cuenta para ello con su mejor reserva: los propios cubanos. Cuenta para ello con una historia de virtud cotidiana y responsabilidad compartida. Cuenta con una espiritualidad enraizada en la fe sencilla de muchos hombres y mujeres honestos. Cuenta, en fin, con Dios.

Pinar del Río, 25 de marzo del 2002.
Encarnación de Jesucristo.



El Centenario de la República

Año IX. Nº 49. *mayo-junio 2002*

El 20 de mayo de 1902, Cuba nació oficialmente como república y era reconocida como nuevo miembro de la comunidad internacional.

Ese día, Máximo Gómez, izaba la bandera nacional en el antiguo Palacio de los Capitanes Generales en la Plaza de Armas de La Habana. Había sido arriada la enseña norteamericana pero no su influencia en los asuntos públicos de Cuba. Cuatro años antes había sido arriado el pendón español pero tampoco su impronta se había ausentado de Cuba.

Ese día, más allá de las ceremonias, nacía una República que había sido gestada y esperada durante todo el siglo diecinueve. Era reconocida oficialmente la cultura que habían forjado Heredia y Plácido. Era proclamada la identidad que habían perfilado Varela y Luz, el Seminario San Carlos y la Sociedad Económica de Amigos del País. Alcanzaba su independencia, formal o limitada, pero reconocida y en lo adelante gradualmente plenificada, aquella misma nación que proclamaran Céspedes y Agramonte, que conquistaran en la manigua, Martí, Maceo y Gómez.

Las repúblicas no se improvisan, ni se hacen por decreto, ni son ellas mismas solamente por tener símbolos, líderes y territorios, ni sólo por las guerras y revoluciones. República viene del latín res-publica: cosa pública, ente, entidad del pueblo, de la comunidad. Cuerpo de una nación. Comunidad del pueblo que se gobierna a sí misma, a través de cuerpos representativos, electos directamente por el mismo pueblo y que abandona el viejo régimen autocrático en que una persona, un rey, un líder, un aristócrata, un noble, ejerce el poder de forma personal y total. La república es más que su propio gobierno, es más que el Estado como estructura política organizativa, es más que las propias leyes y que sus relaciones con otros estados. La república es el pueblo que despierta, que se hace consciente de su responsabilidad, que se considera una comunidad autogestionada y que se decide a avanzar, por sus propios medios y según su propio proyecto, hacia la madurez como nación, como identidad, como cultura. República es el pueblo cuando siente que él es el que decide la verdad y no un pueblo que siempre está esperando por las decisiones de otros.



Por eso podemos afirmar que Cuba despertó como República mucho antes del 20 de mayo de 1902 y que, aún hoy, sigue avanzando según su propia historia y proyecto, hacia la madurez republicana. Ni todo está perdido, ni todo concluido. Lo que celebramos es, pues, el nacimiento de una comunidad nacional que se venía gestando desde antes y que ha seguido creciendo, perfeccionándose, liberándose de ataduras y paternalismos, de un lado y de otro, hasta nuestros días. Las naciones, como las personas, necesitan un tiempo para concebirse y otro para venir a la luz pública, un tiempo para salir de su niñez y otro para liberarse de los complejos de adolescentes, y otro tiempo para asumir su propia vida como adulto. Verdaderamente 100 años no alcanzan para todo esto cuando se trata de pueblos y no de personas.

Pero nadie deja de celebrar el nacimiento de un hijo porque la criatura nació sin saber hablar o es todavía un joven sin madurez suficiente. Nadie deja de celebrar el cumpleaños de su madre por los defectos y limitaciones que, cuando creció, ha reconocido en la historia de su madre. Cuba es hija de los padres que fundaron la nacionalidad y lucharon por su independencia. Cuba es nuestra madre porque bajo su cielo y sobre su tierra, con su historia y sus defectos, nos tocó venir a este mundo. Todos somos sus hijos, aún cuando seamos diferentes, como es normal que sean los miembros de una familia; algunos cuando crecen o cuando se enfadan abandonan la casa y a la madre, otros salen de la casa y dejan a la madre para trabajar por ella o para buscar su propio futuro. Todo eso se da en las mejores familias y por ello ninguno de sus hijos puede negar a su madre, ni olvidar el día de su nacimiento.

Es por ello que celebramos el Centenario de nuestra república, y no sólo al arribar a los cien años. Deberíamos celebrar el nacimiento de nuestra Madre, de nuestra Patria, cada año.

No se debe borrar de un tirón la historia de una nación, ni una parte de esa historia por muy negativa que se le considere. Esto no niega que reconozcamos que la república haya tenido períodos históricos mejores y peores. Los tuvo, los tiene y los tendrá, como toda realidad humana y social. Nada es estático ni perfecto. Pero dejar de celebrar el nacimiento de nuestra propia república porque haya tenido etapas malas o dejar de considerar cualquier otro período posterior en estos cien años, cualquiera que sea, es verdaderamente inaceptable y reclama una reflexión seria sobre el modo en que queremos salvaguardar nuestra identidad, sobre la manera en que queremos estudiar nuestra historia, sobre la forma en que deseamos promover una cultura general integral. Cultura general supone la que incluye toda la historia y las diferentes opciones que la hicieron y la respetaron, aunque hoy no coincidamos con esa manera de hacerlo. Cultura integral supone asumir e integrar ese pasado con los proyectos del presente, sin desconocer sus luces y sus sombras, para que sirva de lección, de ejemplo o de advertencia, para que sirva y pueda ser conocido y reconocido por nosotros los cubanos y por todos los que nos miran como nación. Lo demás es mutilación o, por lo menos, manipulación.



Incluso debemos reflexionar sobre la forma en que deseamos defender nuestra soberanía: Cuba es Cuba desde Varela a Martí. Cuba fue una República en Armas desde Céspedes hasta Máximo Gómez y Calixto García. Cuba es la República de Cuba desde el 20 de mayo de 1902 y sigue siendo Cuba, cien años después, gracias a todos los que han sido protagonistas de esta historia más que centenaria, no sólo de unos protagonistas y de otros no; y lo sigue siendo, pese a todos los que la han defraudado antes de ser república y a lo largo de estos cien años. De todos, debemos reconocerlo, y no sólo de una parte, de todas las etapas y no sólo de una de sus épocas. La soberanía descansa precisamente sobre esa continuidad histórica que pasa de la cultura criolla a la nacionalidad cubana, desde ella a la nación, y de esta a la república. Y desde entonces, hace cien años, hasta hoy y hasta siempre.

Es por esa soberanía, en la que “quepamos todos”-como decía Martí-, que debemos celebrar cada año el 20 de mayo de 1902.

Pero no debe tratarse de una celebración simbólica, o acrítica, o indiferente, debe ser herencia histórica y proyecto para el futuro. Debe ser acicate para el presente e inspiración y experiencia para las etapas por venir.

Cuba debe celebrar el primer centenario de la instauración de la república reconociendo a todos los cubanos como sus hijos legítimos:

- A los cubanos que hemos permanecido en casa; y a los cubanos que, dispersos en la diáspora, que puede ser considerada como exilio o emigración pero que ha sido vivida siempre como desarraigo, y que a pesar de todo, siguen considerando a Cuba como su hogar nacional.

- A los cubanos que le han sido siempre fieles de un lado y del otro de las filosofías y las ideas; y de los cubanos que han fallado y deseen levantarse y regresar “a la Casa paterna”.

- A los cubanos que, con su compromiso y sus sufrimientos, han dado parte de su vida o toda su vida por lo que consideraron, cada uno a su forma, como servicio de entrega a los demás y como el bienestar de la nación; y a los cubanos que, con su indiferencia y sus comodidades, han vivido, allá o aquí, de un lado o de otro, con la filosofía del “sálvese el que pueda” y de primero yo y después el mundo.

- A los cubanos que han tenido la oportunidad de hablar y expresar sus ideas; y a los cubanos que con su silencio, optado o impuesto, han ocultado, disimulado o reprimido sus ideas. Es decir, a los cubanos con palabra sincera o cómplice y a los cubanos con silencios elocuentes o cómplices.

Cuba es y debe ser de todos los cubanos. Como buena madre que cobija y acoge, perdona y recoge a todos sus hijos, buenos y malos, fieles e ingratos.

Porque, en fin de cuentas, ¿quién no ha fallado alguna vez?, recordemos aquella frase lapidaria de Jesucristo: “el que esté limpio de culpas que lance la primera piedra”(Juan 8,7). O ¿quién está absolutamente capacitado para definir quiénes son los «buenos» y quiénes los «malos», quién siembra trigo y quiénes cizaña?. Recordemos la otra parábola de Cristo: “Dejen crecer juntos el trigo y la cizaña hasta que llegue el momento de la cosecha”(Mateo, 13,30). Ningún



ser humano puede erigirse en juez supremo de vivos y muertos. Nadie puede actuar como si fuera Dios para decidir, por sí mismo, quién es bueno y quién malo, según sus criterios. Ni la Iglesia juzga de las intenciones, ni tampoco juzga así, subjetiva e implacablemente, de las acciones de los hombres, ni de los pueblos.

Por eso, debemos tener entrañas de misericordia, debemos cultivar la magnanimidad, que es vivir y actuar con “alma grande”. Debemos hacer que la República de Cuba sea cada vez más una sociedad inclusiva y abierta, nunca más excluyente y sectaria. Debemos hacer que la República de Cuba sea un hogar nacional de reconciliación y consensos, de proyectos pluralistas y concertaciones solidarias.

Que Cuba, cada uno de los cubanos, aprenda cada vez más, a integrar libertad y solidaridad.

Que Cuba, cada uno de los cubanos, aprenda cada vez más, a integrar verdad y caridad.

Que Cuba, cada uno de los cubanos, aprenda cada vez más, a integrar unidad y diversidad.

Al llegar a este 20 de mayo de 2002, podemos y debemos celebrarlo extendiendo la mano a cada cubano, lejano o cercano, única forma coherente y sincera, de expresar:

¡Felicidades Cuba! En el primer Centenario de tu nacimiento como república.

¡Que todos los cubanos te ofrezcamos lo mejor de nosotros mismos para que viva la esperanza en el umbral de tu segundo Centenario!

Pinar del Río, 20 de mayo de 2002.

Centenario de la República de Cuba.





Todo pasa

Año IX. Nº 50. julio-agosto 2002

*"Nada te turbe, nada te espante, todo se pasa,
Dios no se muda, la paciencia todo lo alcanza;
quien a Dios tiene, nada le falta: Sólo Dios basta."*
Santa Teresa de Jesús
(1515-1582)

Para ver claro no podemos perder la perspectiva. Toda situación depende, en gran medida, del ángulo desde el que se analice. Hay personas que viven como si nada estuviera cambiando, como si nada fuera a cambiar. Esto es, por lo menos, una falta de perspectiva.

Nos hemos llegado a creer que las cosas, los proyectos y las personas son eternos. No sabemos por qué, pero, a veces, tenemos la sensación de que las cosas «van para largo», de que no vamos a ver un cambio, de que la vida de nuestros hijos será idéntica a la nuestra. Seguimos pensando en que tendrán que seguir nuestro mismo camino trillado, tenemos la ingenuidad de pensar que su futuro será igual a nuestro pasado y para todos los tiempos. Esta apreciación de la realidad es, además de un error de perspectiva, una trampa psicológica para atraparnos en el inmovilismo, en la parálisis, en la inercia de que nada puede cambiar.

Para salir de este sopor que alienta el conservadurismo bastaría con mirar hacia atrás y analizar nuestro propio país en los últimos 10 o 12 años. ¿Cambian o no han cambiado las cosas? En nuestros propios hogares, en nuestros centros de trabajo, en toda nuestra sociedad, son evidentes las cosas que han cambiado. Pongamos varios ejemplos que nos sirvan para despertar del letargo de que nada cambia, de que todo seguirá igual.

-Hace doce años el 85 % de nuestro comercio exterior estaba en manos de la Unión Soviética y el campo socialista. Hoy nuestro comercio se comparte entre más de cien naciones, la inmensa mayoría del mundo capitalista, y la URSS y el campo socialista desaparecieron. ¿Quién lo iba a decir? ¿Cambian o no cambian las realidades que creíamos eternas potencias?.

-Hace doce años en Cuba había una única moneda, la nuestra, el peso cubano, y podíamos comprar en tiendas que vendían en esa propia moneda, como resulta lógico y normal. Hoy, en Cuba hay tres tipos de moneda: el peso, el peso



convertible (llamado chavito) y el dólar norteamericano. Dos tipos de tiendas, dos clases de ciudadanos: los que tienen divisas y los que viven de su salario en pesos cubanos. Esa es la diferencia. ¿Quién lo iba a decir? Todavía recordamos a personas que estuvieron en la cárcel por tenencia ilícita de divisas. ¿Cambian o no cambian las cosas que nos parecía imposible que cambiaran?

-Hace doce años, en Cuba la inmensa mayoría de nuestros jóvenes soñaban con sus carreras en nuestras universidades y sabían que estas eran garantía para poder superarse, vivir, mantener a su familia y progresar dentro de un modelo modesto pero honesto. Hoy vemos crecer la cantidad de jóvenes que están en la calle, sin trabajar, viviendo del sexo, del juego, de los negocios ilícitos. No son todos, ni son la mayoría, pero ahí están las escuelas en las que se les paga algo para que estudien, muestra de la preocupación del Estado y de una realidad que no podía imaginarse hace una década. ¿Cambian o no cambian las cosas que nos parecía imposible que cambiaran?

-Hace doce años, todo lo que era extranjero era diversionismo ideológico, hasta las publicaciones de la URSS comenzaron a serlo. Las empresas foráneas eran peligrosas multinacionales que venían a explotar las riquezas de nuestro suelo y el trabajo manufacturero de nuestro pueblo. Hoy, ya lo estamos viendo, esas empresas se llaman «firmas», hacen empresas mixtas con las cubanas, invierten aquí, tienen un porte y aspecto muy atrayente para nuestros empresarios que desean entrar en ese mundo para «mejorar». Es verdad que dicen que no tienen todas las facilidades para implantarse aquí, pero el hecho es que están ya aquí. Pagan, la mayoría de las veces, al Estado en divisas y el Estado cubano paga en pesos y algunos estímulos a nuestros compatriotas. ¿Cambian o no cambian las cosas que nos parecía imposible que cambiaran?

-Hace doce años parecía que todos pensábamos de forma monolítica y unánime. No se conocían organizaciones independientes de la sociedad civil, no abundaban los medios de expresión diversos y disonantes. El miedo era mayor que todo y la crítica en la calle era casi inaudible y casi inenarrable. Hoy, ya sabemos por las mismas estadísticas de la prensa oficial que hay un por ciento, que parece creciente con relación al año 1976 en que se aprobó la Constitución de la República, que opina distinto, que expresa sin miedo sus alternativas, que firma con su carnet de identidad sus proyectos y que las críticas pueden ser escuchadas en cualquier esquina de la calle y narradas en el centro de trabajo, ocupando los espacios abiertos que les han conquistado al miedo.

Podríamos seguir esta lista de realidades cambiantes, para bien y para mal, pero cambiantes. No se trata de hacer ahora un análisis ético o político sobre cada una de estas realidades con algunas de las cuales estamos francamente en desacuerdo. Se trata de constatar que todo cambia, aún cuando no nos demos cuenta, cuando vayan pasando tan poco a poco que parezca imperceptible. Todo va cambiando, casi siempre de afuera hacia dentro, de lo circunstancial a lo esencial, del detalle a la médula de las realidades sociales.

La médula de toda realidad social es el hombre y la mujer, la persona humana. Hasta ella llega la repercusión directa o indirecta de los cambios: es la persona



la que sufre cuando es para mal, es la persona la que se promueve humanamente cuando es para bien. Es la persona la que es manipulada cuando no protagoniza los cambios, es la persona la que se libera y crece y crea cuando puede tomar las riendas de los cambios. Es la persona humana la que se desanima cuando le hacen creer que nada cambia y nada se moverá, que nada es posible y hasta que no debemos apostar por lo imposible.

Hace doce años todo aquello que ha cambiado era imposible; parecía imposible, nos hicieron creer de un lado y del otro. En el seno de nuestras familias nos criaron y nos educaron dentro del miedo y la falsa prudencia porque creían, o le hicieron creer, que nada cambiaría. He aquí una clave para entender por qué se ha dilatado el cambio, por qué hasta algunos de los que debían ser maestros de la conversión y la renovación, recomendaron en ocasiones, ser “sensatos”, cambiar para adentro de nosotros mismos, ensimismarnos en lo trascendente que equivalía a decir en lo individual e intimista, porque aquí «las cosas» no van a cambiar, por lo menos, por ahora. Era la época del «reacomodo», del miedo con máscara de prudencia. Eran otros tiempos, ¿Quién diría hoy que lo imposible no puede irse transformando, gradualmente, perseverantemente, en algo posible y perfectible?

Creemos que hay que trabajar en hacer visibles los cambios. En hacer evidente la posibilidad del cambio. En hacer consciente la provisionalidad absoluta de todo lo terreno. No es sólo una tarea cívica es, además, una misión típicamente religiosa.

Debemos creer y anunciar que nada es eterno. Nada. Debemos creer y anunciar que nada es incambiable, nada. Debemos creer y anunciar que nada es inmutable en este mundo.

Para los que creemos en la Trascendencia: sólo Dios es eterno. Y ni Él mismo ha querido atrincherarse en esa inmutabilidad. Así lo explica San Pablo en la Biblia: “Cristo, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango, y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz.” (Filipenses 2,6- 8)

De modo que si Dios mismo ha actuado así, se ha metido en la historia de los hombres y no ha hecho alarde de su posición divina, ¿Cómo deberíamos asumir esa misma historia los hombres y mujeres que sabemos, por nuestros propios errores y limitaciones, que no somos ni eternos, ni Dios?

Todo cambia en este mundo, las personas, las cosas, los trabajos, las empresas, los proyectos políticos, las economías, el modo de vivir las religiones, el modo de gobernar a los pueblos, el modo de conquistar los logros sociales, el modo de enriquecer las culturas. Todo cambia, hasta la vida misma.

Debemos decir, con respeto y serenidad, que todo proyecto humano, por sí mismo, precisamente por ser humano, es transitorio, pasajero, cambiante para bien y para mal, perfectible, renovable, es agotable y un día caduca. Todo proyecto humano se acaba, se termina y debe dar paso a lo nuevo, a lo mejor.



La vida misma nos lo enseña. No pequemos de ingenuos o de idealistas: todo en la vida nace, crece, se multiplica, muere. Las personas y los proyectos. La Iglesia misma, como realidad histórica que también es, ha existido con todo su esplendor en algunos lugares de esta tierra donde hoy no queda ni el polvo de aquella gloria. Antiguamente, cuando el fastuoso ceremonial de la coronación de un Papa parecía invitar a pensar que estaría allí sobre el trono de Roma eternamente, la sabiduría cristiana hacía aparecer en la liturgia católica un humilde fraile que frente a la imponente silla gestatoria en la que era llevado en hombros el Papa, quemaba una mecha de estopa que se hacía cenizas en el momento y le decía a Su Santidad: "Sic transit gloria mundi". Así pasa la gloria de este mundo.

Y así ha pasado siempre. La vida es camino no trinchera. La vida es cambio, no momificación. La nación que, confiando sinceramente o llevada por el poder, piense que todo seguirá igual para siempre, ni vive en la realidad, ni aprende de la historia, ni se prepara para el futuro. Y si no nos preparamos para el futuro, nos sorprenderán los cambios inevitables y será el caos y la violencia que nadie quiere.

Cerrar la puerta al cambio es cerrarla a la transición gradual y pacífica y todos sabemos que el cambio es ley de la vida y de la historia y que si no es por la vía preparada, pacífica, gradual y protagonizada por todos los sectores del pueblo, le cederemos el paso a lo que nadie quiere: esa es la alternativa que se puede vislumbrar y que quiera Dios jamás ocurra.

Pensémoslo sosegadamente. Cese la crispación. Ceda la presión para que disminuya el miedo. Demos espacios de auténtico debate público. Pongamos en manos de todos los ciudadanos toda la información y no las partes de ella que nos convenga. Confiemos en que las personas son seres normales que, con sus pobrezas y limitaciones, pueden informarse, discernir, elegir y equivocarse. Lo otro no es ni humano, ni considera a los demás como lo que son.

El peor servicio que se le puede prestar a un pueblo es pensar que la gente no sabe o no puede, y es necesario explicárselo todo y hay que indicarle por dónde debe caminar. La peor perspectiva que se puede tener sobre un pueblo es creer que no es capaz de escoger y tomar la responsabilidad de la vida y de la historia por sí mismo.

Ni el Estado, ni la oposición, ni el exilio, ni la Iglesia, ni los gobiernos extranjeros deberían asumir esta perspectiva negativa sobre el pueblo cubano. Por muy pobre de información, por muy dañada éticamente, por muy empobrecida cívicamente que esté una nación, lo peor no es que se equivoque en su elección. Lo peor es no darle ni la libertad para equivocarse y para asumir sus propios errores. Lo peor es menospreciar su capacidad de protagonizar su propia historia.

Confiemos, pues, en Cuba y sus ciudadanos. Pongamos en manos de todos, los destinos de la patria. No perdamos la esperanza. Propongamos proyectos diversos y debatámoslos con libertad.

Y hagámoslo con la certeza inquebrantable de que todo pasa. Y todo llega.

Pinar del Río, 29 de junio de 2002.





El transporte

Año IX. Nº 51. septiembre-octubre 2002

La movilidad humana es una realidad inseparable de la vida de las personas y de la vida en sociedad. Es un fenómeno que ha cobrado, en nuestros días, una importancia que no se puede ignorar.

En efecto, a medida que las relaciones humanas aumentaron, las necesidades de trabajo y de sustento fueron ampliándose y formaron naciones y bloques geográficos cada vez más grandes e interdependientes; en una palabra, en la misma medida en que el hombre y la mujer desarrollaron su condición de ser social y cada país fue constituyendo una sola casa para sus ciudadanos y el mundo fue convirtiéndose en la casa de todos... en esa misma medida la movilidad humana se ha convertido, prácticamente, en una manifestación del nivel de desarrollo social de primer orden.

La movilidad y los medios de transporte para facilitarla no son problemas secundarios que se pueden tolerar, no son fenómenos adicionales fruto del deseo de divertirse de la gente que sale a viajar. Los que están en las carreteras durante horas y horas, al sol y sin acceso a lugares donde tomar agua, hacer sus necesidades o por lo menos sentarse; son personas, no ganado. Son seres humanos; cada cual con su problema, sus preocupaciones y su destino; no grupos de animales que suelen «atravesarse» desesperadamente frente a los pocos vehículos que transitan. Moverse no es un lujo, es una necesidad para poder vivir.

De modo que debemos considerar el hecho de la movilidad humana no sólo como un problema a resolver, sino, en primer lugar, como una necesidad intrínseca de la naturaleza del ser humano. Es una necesidad vital, esencial a la naturaleza humana y al mundo actual. Una necesidad que no puede desconocerse, que no puede ocultarse, que, como toda necesidad esencial, debe satisfacerse.

Si una necesidad vital no se satisface, se daña seriamente la calidad de la vida humana, se lesiona su estabilidad, se provoca un nivel de estrés dañino y desgastante que va destrozando la existencia de las personas poco a poco, sin darle la importancia que tiene este deterioro cotidiano de nuestra existencia.

Facilitar, pues, la movilidad humana y por consiguiente resolver el problema del transporte, es un derecho humano, un deber del Estado y una responsabilidad de todos. Es, por tanto, un indicador del nivel de vida que tiene un pueblo, de la



preocupación por la calidad de vida de este pueblo que tiene un gobierno, de la consideración que tengamos todos a la dignidad propia de cada persona.

No puede considerarse a un pueblo con un nivel de vida digno cuando el problema del transporte es de tal magnitud que salta a la vista, y duele en la cara de cada cubano y de cada persona que viene de visita a nuestro país.

Todos sabemos que ningún problema es sencillo, que toda dolencia social tiene sus razones, que todas necesitan recursos para resolverse. Todos sabemos el problema del combustible que sufre nuestro país, es decir, que sufrimos todos y cada uno de los cubanos, o por lo menos, la inmensa mayoría de los cubanos.

No desconocemos que además del combustible, se necesitan piezas de repuesto, neumáticos, baterías, y otros muchos accesorios para garantizar el transporte público. Sin embargo, consideramos que el fenómeno de la movilidad humana no ha sido suficientemente estudiado y, quizás, considerado como inherente a la dignidad de la persona humana y como uno de los principales indicadores del nivel de vida de la sociedad, por las autoridades en nuestro país. La actual realidad del transporte en Cuba así lo indica, aún cuando existieran las mejores intenciones.

Escuchamos continuamente, por la calle, estas preguntas que sostienen la consideración anterior: Si el problema es de falta de combustible, ¿Por qué hay combustible cuando se paga con dólares en el CUPET? ¿Por qué aparece el transporte para otras actividades masivas? ¿Por qué existe algo de combustible para el transporte de mercancías para las tiendas por divisas y vemos una cantidad casi incontable de vehículos de negocios y firmas, no extranjeras sino del Estado cubano, camionetas, vans, (llamados güagüitas), camiones con inmensas propagandas de cerveza, servicios y enseres que no están al alcance de la mayoría de nuestro pueblo y, al mismo tiempo, no hay combustible para el transporte público, no hay, incluso en ocasiones, ni para las ambulancias del servicio de urgencias de los policlínicos y hospitales?

Parece ser un problema de prioridades. O un problema de administración o de distribución. La realidad es que nos vamos acostumbrando a que los recursos aparecen, las obras se terminan, los servicios se garantizan, las escuelas se reparan, los hospitales se reconstruyen, las casas de damnificados se edifican... todo, cuando se le da la máxima prioridad. Un país no puede funcionar bien así, con ese estilo, a ese ritmo de: ahora no se puede hacer casi nada por falta de recursos y mañana se puede todo y a toda marcha, un país no puede funcionar bien con esas desproporciones. Sobre todo un país en el que se expresa que todo está protegido, que todo está planificado, que todo está pensado para el bienestar de todos.

Pues todos los días, cuando salimos por la mañana a intentar trabajar y llegar a tiempo al trabajo, nos encontramos con que no hay transporte. Van pasando días y meses y años y el problema del transporte no sólo no se resuelve sino que se agudiza. Basta con asistir a la Terminal de Ómnibus Intermunicipal al final de la tarde para escuchar por los «altoparlantes» que no va a salir el ómnibus o transporte popular o camello que hace el recorrido una sola vez al día entre la capital provincial y los pueblos más distantes. Basta con salir a la calle, acercarse a las salidas de las carreteras o pasar por la autopista nacional.



La verdad sobre la falta de prioridad para resolver el problema del transporte o, por lo menos, aliviarlo, está en cada esquina y en cada experiencia humana que es mejor no contar. Lo peor es que nos vamos acostumbrando a esa triste realidad, pasando a su lado, sin que intentemos hacer algo para que, por lo menos, aumente la sensibilidad ante este espectáculo lamentable.

Pero, el fenómeno de la movilidad humana no se restringe al problema del transporte público, como todos sabemos. No basta con asignar un poco más de petróleo y «resolver» con dos o tres rastras convertidas en algo que se ha llamado, inoportunamente, transporte popular. Quien tomó esta iniciativa, sin duda, para «resolver» y, como dice nuestro pueblo, «sacar de donde no hay», estaba, sin duda sensibilizado con la escasez de transporte, pero olvidó o no tuvo en cuenta una serie de elementos que son más importante que el «resolver a como dé lugar».

No se puede sacar de donde no hay. No puede inventarse desde la miseria porque regresamos a la prehistoria. Si de verdad, tenemos en gran consideración y respeto al pueblo no llamemos “popular” a algo que es tan inhumano, tan animal, tan improvisado y tan masificante como esas rastras o vagones de tren o camiones de carga “convertidos” en camellos, en una “solución” lejana del nivel de vida que habíamos alcanzado, no sólo nosotros los cubanos, sino otros países, tenidos como menos desarrollados o por lo menos, más capitalistas en el sentido de lo inhumano de sus soluciones. Recordamos una noticia publicada en la sección “Hilo directo” de *Granma* que informaba que en Haití un grupo de ciudadanos había organizado una protesta pública porque alguna autoridad local había resuelto el problema del transporte con camiones.

¿Por qué a nadie se le ocurre transportar turistas en camiones? ¿Por qué a las agencias de viajes no les ha pasado por sus innovaciones adaptar camellos o bicitaxis entre sus ofertas? ¿O es que los cubanos no tenemos la misma dignidad y derechos que los turistas extranjeros para resolver nuestros problemas de transporte? Se trata de un problema de sensibilidad, de derechos, de respeto a nosotros mismos.

Del mismo modo, la calidad de la movilidad humana se extiende más allá del medio de transporte a la atención al que viaja. Comparemos entre una terminal de ómnibus Vía Azul, por ejemplo, y todas las otras. ¿Por qué el trato y las condiciones ambientales, y los servicios y el ambiente son tan desagradables e inhumanos en las otras, y tan bien pensado, tan iluminado, tan humanizado y tan digno en aquella? No puede ser que existan estas diferencias conscientemente, sin que se intente hacer otra cosa bien diferente, en una sociedad donde la atención al hombre y la mujer sea lo principal, porque este es un Estado de los trabajadores manuales e intelectuales, porque dice la Constitución de la República de Cuba, en su artículo 9, inciso a, y tercera pleca: “El Estado socialista: a) realiza la voluntad del pueblo trabajador - y garantiza la libertad y la dignidad plena del hombre, el disfrute de sus derechos, el ejercicio y cumplimiento de sus deberes y el desarrollo integral de su personalidad.”



Ese disfrute y ese desarrollo integral de la personalidad de todos los cubanos, se ve seriamente lesionado cuando las salas de estancia, tránsito, salidas y llegadas y los sitios de paradas momentáneas o por mucho tiempo del transporte llamado popular o de Astro o de cualquier otro tipo, no reúnen las condiciones humanas y ambientales mínimas requeridas. Quizá no nos hayamos preguntado nunca por qué las terminales y paradas, los puentes y las salidas de los pueblos y poco a poco la misma autopista, toda ella, se van haciendo lugares propicios para el mal ambiente, las moloteras, los negocios ilícitos, el refugio de personas jugadoras y borrachas, lugares donde se grita, se realizan las necesidades primarias casi en público, se tiran las personas a dormir en el suelo, se reúnen delincuentes y abandonados? ¿Por qué esto no ocurre en los flamantes bancos, en las tiendas con boutiques? Está claro que el ambiente lo crean las mismas condiciones del lugar, el trato que se ofrezca, la dignidad con que se conciba. Y la gente sabe distinguir y sabe a dónde ir.

Una consideración especial merece la humanización e idoneidad de los medios de transporte. El fenómeno avanza sin medida. Como la movilidad humana es una necesidad y ésta no puede dejar de hacerse, aunque se le intente reducir al mínimo, las personas tenemos que movernos y, como el Estado no garantiza el nivel de transporte suficiente, ni la calidad de los vehículos, ni el buen ambiente de las terminales, ni el trato que merece un ser humano; entonces pululan y crecen los remedios inhumanos como el «bicitaxi». Engendro prehistórico que explota el trabajo humano. Un ser humano tirando de otro ser humano. Un joven, fijémonos que los mayores no pueden con un bicitaxi, se trata de un hombre joven luchando por la vida dando pedales. Ellos sí tienen un trato bueno con sus clientes, pero en muchas ocasiones el cliente no los trata como seres humanos que son. El problema no se restringe a la educación de los clientes sino a que la raíz del problema es que no hay transporte. No se trata de quitar los remedios calamitosos como los coches y bicitaxis sin buscar otros medios; se trata de dar a esos ingeniosos y luchadores cubanos una oportunidad más digna y próspera para resolver sus problemas y colaborar con un trabajo honesto y humano a la solución del transporte.

Lo mismo ocurre con los coches de caballos: resuelven un gran problema como los bicitaxis pero unos a costa de los animales de tiro y otro a costa de las personas que pedalean. No nos acostumbremos a esta irracional situación que se prolonga ya más de lo lógico. Vayamos a la raíz del problema: la solución del transporte y el nivel digno y humano de la movilidad.

Es verdad que el gobierno no tiene los recursos para comprar el petróleo que necesita, ni las piezas y equipos para el transporte público. Pero todos los días vemos en la televisión y la prensa que los tiene y los utiliza para otros frentes y servicios.

Por eso podemos pensar que es un problema de darle la prioridad que merece la movilidad humana.

Y si el Estado no puede, no tiene recursos, no alcanza a darle esta prioridad, pues que abra la posibilidad para que los ciudadanos se organicen y puedan aportar sus soluciones al transporte con el trabajo por cuenta propia; sí, pero no



reducido a trabajo de pedaleo en bicicleta y tiro animal. Si la iniciativa no gubernamental se reduce a eso, el concepto que se percibe sobre el hombre y sobre la naturaleza es primitivo e inhumano. Nuestro pueblo merece otro tipo de transporte que no se reduzca a los famosos camiones, bicitaxis y coches de caballos. La iniciativa de los particulares no debe ser reducida a esos medios arcaicos. Si el Estado reduce la creatividad y la laboriosidad de las personas a esas soluciones casi salvajes, algo muy importante de los conceptos sobre el ser humano y sobre el nivel de vida de la sociedad está seriamente comprometido y menospreciado.

Aún más, creemos que el problema del transporte público, más que un problema de recursos materiales es un problema de concepto. Nadie puede regular la movilidad a su conveniencia sin lesionar seriamente la dignidad y el derecho de los ciudadanos.

Es un problema de concepto. De cómo concebimos y consideramos el derecho de toda persona a moverse a voluntad, a recibir un trato humano y a «disfrutar» de “un desarrollo integral de su personalidad”.

Y si es un problema de concepción sobre la persona humana y la sociedad, es problema muy serio sobre el que tenemos que reflexionar y actuar. No nos quedemos en la queja.

No nos acostumbremos a la calamidad.

Pinar del Río, 8 de septiembre de 2002
Fiesta de la Virgen de la Caridad
Madre, Reina y Patrona de Cuba





Navidad: celebrar entre todos la convivencia pacífica

Año IX. N° 52. noviembre-diciembre 2002

En lo más cordial de la cultura cubana están las fiestas de Nochebuena, Navidad y Año Nuevo.

Allí se asentaron estas celebraciones hace siglos. Allí creció en nuestras familias la hermosa tradición de poner el “nacimiento” junto al árbol de Navidad, repleto de luces y adornos. Allí se hizo tradición la cena familiar en la Nochebuena cada 24 de diciembre, con lo que hubiera para poner sobre la mesa, pero cultivando la necesaria reunión familiar y los recuerdos para los ausentes. Allí se hizo costumbre los días feriados y las felicitaciones navideñas, los villancicos por la radio, la televisión y los templos.

Allí, en lo más tierno del corazón de la cultura, se enraizó el Día de Reyes, cada 6 de enero, para que los niños cubanos, según la tradición iberoamericana y no anglosajona, estuvieran pendientes la noche del día 5 de la llegada de los tres Reyes Magos: Melchor, Gaspar y Baltasar, con camellos y regalos; unos más elaborados, otros simples yuntas con carretas hechas a mano con un palo de guayaba por las manos callosas de nuestros abuelos. Pero algo de alegría y de fantasía nacía cada año en el corazón de los niños y en la paternidad y la ternura de los adultos.

Llegó un día amargo en que estas tradiciones fueron abruptamente suspendidas en el ámbito público, cercenada la tradición, cortado el árbol de su raíz, cambiada de fecha la ternura, para estar más cerca de un asalto. ¿Cómo podría lograrse el injerto en tronco extraño?

Todo pasa. Pasó el tiempo y, mientras dormían en el santuario de la conciencia y en la intimidad de los corazones la fiesta abolida y los significados desvaídos, comenzaron a regresar, primero los signos, casi vaciados de contenido: venían ahora de la mano de una moneda que no era la nuestra, y si bien antes los signos y regalos dependían de la posición económica de los padres de la familia, era con su trabajo que se conseguía el dinero con el que se compraría lo que se pudiera, o nada; ahora llegaron primero, los árboles de Navidad con un signo monetario más cercano a Santa Claus que a los Reyes de Oriente.

Pulularon los árboles de Navidad en casas donde las familias podían enviar divisas y en los establecimientos públicos hasta que llegó la segunda orientación



de no ponerlos en esos lugares oficiales: pero esta prohibición no llegó a las tiendas y comercios, ni a las casas, claro está, y comenzó a revivir el símbolo sin saber muy bien cómo y por qué, pero algo cambiaba en el ambiente de los días de diciembre... y hasta de noviembre y febrero, porque se había perdido la fecha en que se ponía el arbolito, entre el 8 y el 17 de diciembre y los días en que se retiraba el árbol después de la fiesta de los Reyes el 6 de enero. Árboles de Navidad sin las figuras del Nacimiento. Jesús, José, María, los pastores, las ovejas, la vaca y el mulo, los ángeles, faltaban a la cita con la cultura y la nostalgia, pero algo cambiaba en el rostro de la gente: el regreso a las raíces es fuente de alegría profunda.

Luego, fue anunciada la visita del Papa a Cuba para enero de 1998, y con ella regresó el Día Feriado para el 25 de diciembre, única fecha religiosa que se celebra en Cuba con un feriado oficial. Gracias a Dios esto fue un gesto y un hecho muy popular y positivo del gobierno cubano. Habían cambiado las condiciones y los conceptos de los años 70, había cambiado el mundo, las ideologías y la concepción de la vida. Cuba entraba, por una puerta natural, al encuentro con sus propias y mejores tradiciones y fuentes culturales. De regreso a casa, más allá del sentido estrictamente religioso, la Navidad como un feriado es otra señal de que todo llega y nada que está en la raíz de los pueblos puede ser borrado en cuestión de décadas.

Ahora, el significado debe acompañar al signo. Que se sepa y se diga y se enseñe a los niños y jóvenes lo que simboliza el árbol de luz y los nacimientos que comienzan a llegar, por las mismas tiendas y, por fortuna, también han salido de las manos de los artesanos y órdenes religiosas.

Que entre por la puerta ancha de la celebración familiar y pública la cena de Nochebuena y la Misa del Gallo en la media noche del 24 de diciembre. Que vuelvan a tener carta de ciudadanía plena, los villancicos y las felicitaciones escritas y orales; al encontrar a los amigos y conocidos, que se oiga claro y alto: ¡Feliz Navidad y próspero Año Nuevo!

Que se graben y escuchen de nuevo los villancicos más tradicionales y los regalos de Reyes y las reuniones de familia y la fantasía de los niños. Que junto al regalo, pobre o rico, grande o pequeño, venga la explicación y el significado: ¿Por qué es el Día de Reyes? ¿Quiénes fueron aquéllos personajes reales y actuales? ¿A quién fueron a regalar aquella primera Navidad?

Pero no basta que vuelvan a reconciliarse los signos y las fiestas con su significado histórico: el nacimiento de Jesucristo. Esto es ya bastante en un país donde los libros de quinto grado decían que Cristo era una leyenda. Todo pasa.

Pero no basta el regreso a las raíces y a la ternura. Que venga de su mano, ¿y qué mano mejor? la vivencia profunda del significado de estas fiestas en Cuba hoy.

Navidad es la celebración del nacimiento de Cristo hace más de dos mil años, pero es también la celebración del nacimiento de un mundo nuevo, de una nueva era, de una nueva forma de vivir y convivir entre todos los seres



humanos. Eso es lo que debemos celebrar viviendo conscientemente lo que los símbolos y tradiciones nos recuerdan.

Navidad es la fiesta de la convivencia pacífica entre todos los hombres de buena voluntad. Esa fue la esencia del anuncio aquella primera Nochebuena. Noche buena por eso: "Les doy una Buena Noticia que será una gran alegría para todo el pueblo"-dice el Evangelio de San Lucas en su capítulo segundo. Noche buena porque el deseo y la plegaria que ha trascendido los siglos es precisamente:"Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor"

Fiesta de símbolos y cultura, fiesta de significados religiosos para los cristianos, fiesta en la que se convoca a todos los hombres y mujeres de buena voluntad a convivir en paz.

Cuba avanza y debe avanzar hacia esa plenitud de la fiesta de Navidad. Que al árbol navideño le acompañe la luz de la verdad, que nació en Belén. Que al nacimiento de Cristo, le acompañe lo que es y anuncia: el nacimiento de una nueva civilización del amor y la paz.

Celebremos esta Navidad en Cuba, abierta a todos los cubanos. Los que viven aquí y los que viven en la diáspora. Que Cuba celebre la Navidad abriendo espacio en la mesa nacional de Nochebuena para que tengan su plato y su alegría todos los cubanos que compartimos esta Isla: que pensar distinto no nos separe de esa mesa del hogar cubano. Que el tener más o el poder más no nos coloque por encima de los demás comensales. Que tener proyectos futuros diferentes no nos haga hermanos separados de la gran familia cubana.

Si cada cubano siente en estas fiestas de Pascua y Año Nuevo, que es considerado como un hermano y no como un adversario; si cada cubano de aquí pone en su mesa un cubierto para el que no tiene sus mismas ideas políticas o sus mismas creencias religiosas o no tiene su misma condición económica o no tenga su misma posición social, entonces Cuba será la Mesa Nacional y el Hogar pleno de todos los cubanos. Entonces podremos decir que estamos celebrando auténticamente la Cena de la Nochebuena con la que esperamos el Nacimiento "del Sol que nace de lo alto, para iluminar a los que viven en sombras de muerte, para guiar nuestros pasos por los caminos de la paz"(Cántico de Zacarías)

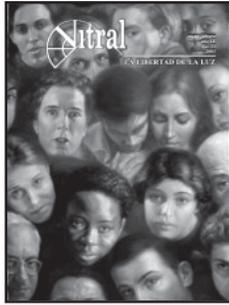
Entonces podremos decir con todos y para alegría de todo el pueblo:

¡Feliz Navidad!

Pinar del Río, 27 de noviembre de 2002







¿Hacia dónde va la Iglesia en Pinar del Río?

Año IX. N° 53. enero-febrero 2003

La Iglesia, salida del costado abierto de Cristo, y abierta de par en par al mundo, con la efusión del Espíritu Santo cincuenta días después de la Resurrección de Jesús, existe hace dos mil años. Existe así, como su Fundador, sufriendo en la Cruz y anunciando Vida.

Existe así, como su Maestro, compartiendo la vida de los hombres y al mismo tiempo anunciando la Vida plena de Dios.

Esa Iglesia viene anunciando esa Vida plena desde hace 20 siglos, sin desfallecer. Por ese anuncio, metido en la historia humana y trascendiendo esa historia, la Iglesia llegó hace más de 500 años a nuestra América empezando por la isla de Santo Domingo, seguida de Cuba y luego hasta tierra firme.

En ese itinerario de anuncio del Evangelio de Cristo, se inscribe la vida de la Iglesia en Cuba que, desde 1492, esparce la semilla de la Vida en los campos de esta Isla. Esa semilla de Cristo cayó en tierra buena de Vueltabajo y ha dado sus frutos desde hace más de 300 años. Misioneros, sacerdotes, religiosos y laicos, han cumplido durante siglos su misión evangelizadora. Así fue creciendo la Iglesia en Pinar del Río, la misma Iglesia fundada por Cristo hace dos mil años, y como toda Iglesia local, encarnada en su propio contexto histórico, social y cultural, nació y creció con su propio perfil, con rasgos y señas que la han caracterizado a lo largo del tiempo.

Cuando la Iglesia, que es por definición Universal, eso quiere decir "católica", logra asentarse en un lugar y llega a crecer y madurar como comunidad cristiana, formando sus propios agentes pastorales, consolidando sus instituciones y asumiendo proyectos que estén al servicio de la sociedad en medio de la cual vive; entonces ha llegado el momento de erigir allí una porción de la Iglesia Universal con gobierno, territorio y estructuras propios, sin perder la comunión con la Iglesia Madre. Esa porción de la Iglesia en un territorio determinado se llama diócesis. Cada diócesis tiene todas las estructuras y servicios esenciales a la Iglesia: por eso tiene un Pastor que es el Obispo, un Presbiterio que son los sacerdotes que lo ayudan en su triple misión de enseñar, santificar y dirigir al Pueblo de Dios. Una diócesis cuenta con religiosas y religiosos, hombres y mujeres consagrados exclusivamente a la construcción del Reino de Dios en



ese territorio y cuenta con un laicado, es decir, con cristianos bautizados y comprometidos con la misión de Cristo en la Iglesia y más concretamente en el mundo donde viven, trabajan y transforman la realidad.

El 20 de febrero de 1903, a sólo nueve meses del nacimiento de la República de Cuba, el Papa León XIII creó la Diócesis de Pinar del Río mediante un documento llamado Breve Apostólico *Actum Praeclare*. No es esa la fecha que fija el inicio de la presencia de la Iglesia en Pinar del Río. Existen documentos que atestiguan su misión en estas tierras desde el siglo XVII. Es el momento que marca su erección como Iglesia diocesana. Hasta entonces sólo existían las Diócesis de Santiago de Cuba y de La Habana, a la que pertenecían las parroquias de nuestra región vueltabajera. Por ese mismo mandato apostólico del Papa se crea el Obispado de Pinar del Río y se eleva la ya existente Parroquial mayor de San Rosendo a la categoría de Santa Madre Iglesia Catedral de Pinar del Río, donde radica la cátedra del Obispo y desde donde preside, enseña y dirige a la porción de la Iglesia que se le ha encomendado.

La Diócesis de Pinar del Río cumple, por tanto, su primer Centenario en este año 2003. La Iglesia local ha convocado a todos sus miembros, y a toda persona de buena voluntad que la quiera acompañar, a celebrar en profundidad este importante acontecimiento.

Por eso estamos todos llamados a reflexionar sobre nuestra vocación y misión como Iglesia en Pinar del Río, Diócesis que quiere seguir caminando hacia un perfil de Iglesia cada vez más encarnada y profética en fidelidad a su Señor.

En efecto, Jesucristo, como lo creemos los cristianos, es el Hijo de Dios hecho hombre. En Jesucristo, Dios mismo se ha revelado en la historia humana, con toda su plenitud. Esa plenitud de Dios es origen, fuente y destino de la plenitud de toda persona humana, creada a su imagen y semejanza.

Por la encarnación de Jesucristo se ha hecho realidad en la historia, aquella verdad presentada por San Ireneo: "La gloria de Dios es el hombre viviente". El mismo Cristo definió su misión en este mundo de la misma manera: "He venido para que tengan vida y la tengan en abundancia"(Jn. 10,10)

En todas las demás religiones de la humanidad es el hombre quien intenta elevarse al Ser Supremo, alcanzar la visión del Absoluto, desprenderse de su propia humanidad para acceder al Trascendente, vaciarse de sí mismo para dejarse inundar del Totalmente Otro. En estas religiones el movimiento de la relación entre los hombres y Dios es siempre en un solo sentido: Dios inaccesible y en lo más alto de lo que llamamos Cielo; y los hombres, desde la tierra, intentando "subir" hasta su Divinidad incommovible.

En el cristianismo la dinámica de relación entre Dios y los hombres es totalmente novedosa, incluso desconcertante para los que no comprenden ese movimiento interior. Dios no se queda en lo más alto del Cielo, Dios se mueve, se «abaja», se acerca, hasta el colmo de lo que se puede concebir para la condición divina: se hace un hombre, como otro cualquiera, menos en la maldad y el pecado que, en el principio, tampoco eran consustanciales con el hombre, sino que son fruto del mal manejo de su libertad.



De modo que en lugar de vaciar al hombre de su humanidad, Cristo eleva la condición humana a su más alta y plena dignidad y dimensión. De modo que, en lugar de huir del mundo y de intentar condenarlo para «purificarse» escapando de todo lo creado, los seguidores de Cristo, por mandato de su Maestro, no salen del mundo sino que trabajan, sufren y oran para que el mundo cambie, para que sea renovado por dentro y desde dentro, al estilo de la sal, del fermento, de la luz.

A esta dinámica de salvación desde dentro de la propia humanidad y desde el interior de las propias estructuras y realidades del mundo, es a lo que la Iglesia llama «encarnación». Si Jesús, su Fundador, se metió en la carne humana y en la historia de este mundo, la Iglesia debe «encarnarse», meterse dentro, inmiscuirse, relacionarse, permanecer, penetrar en cada ambiente, en cada realidad humana, social, económica, política, cultural, sin perder su propia identidad. Eso fue lo que hizo Cristo. Ese es y debe ser el camino de la Iglesia.

Ella no tiene vocación de secta que se separa del mundo, ni de puerta de escape para que los hombres y las mujeres se alienen de su realidad. La Iglesia no puede ser una «pecera» rodeada de cristales que la aislen del mundo exterior y que le creen un «mar» a su medida, un hábitat artificial, en el que va encerrando a los seres humanos que «pesca» en el mar tenebroso del mundo y que, «para salvarlos», los saca de ese mar y los coloca en un «acuario» lleno de seguridades, pero alejado del mar donde transcurre la vida.

El Papa Juan Pablo II, recordando el mandato de Jesús, ha introducido a la Iglesia en el Tercer Milenio del Cristianismo exhortando a toda la comunidad eclesial a una mayor actitud de encarnación: «Duc in altum», es decir, «Rema mar adentro». Empéñate en profundidad. Eso quiere también en la fiesta de su Centenario, la Iglesia en Pinar del Río.

Tampoco se trata de que la Iglesia se diluya en ese «mar», que se confunda con sus olas, que se deje arrastrar por el ambiente, que ella misma se vuelva «sal y agua». La Iglesia, como Cristo, debe acompañar su encarnación en la historia y las realidades humanas, con una actitud de fidelidad a su vocación y a su misión de anunciar un mundo nuevo, una civilización nueva, donde reine el amor, la libertad, la justicia, la verdad, la solidaridad y la paz. Ese Reino es, al mismo tiempo, anuncio de algo nuevo y denuncia de todo lo viejo. Es anuncio de todo lo verdadero, de la vida en la verdad y denuncia de todo lo falso, de la vida en la mentira. Es el anuncio de todo lo bueno y lo bello que dignifica al hombre y al mismo tiempo la denuncia de todo lo malo que empobrece, humilla y esclaviza al hombre en la plenitud de su dignidad de hijo de Dios y en el respeto de sus derechos irrenunciables. A esta tarea de la Iglesia se la llama misión profética. En eso también quiere crecer la Iglesia en Pinar del Río en el Centenario de su Diócesis.

Encarnación y profetismo, dos dimensiones de la única misión de Cristo. Meterse en la realidad y no confundirse con ella. Vivir en medio del mundo que le ha tocado vivir y trabajar para mejorarlo. Implicarse en la historia de los pueblos, denunciar lo que en ellos disminuya la libertad, la dignidad y la felicidad



de cada persona humana y, al mismo tiempo, anunciar y comenzar a construir una forma de convivencia social más justa y fraterna.

Encarnación y profetismo es acercarse y compartir los sufrimientos de la gente y, al mismo tiempo, empeñarse sin descanso en curar ese sufrimiento y, sobre todo, las causas y las estructuras que lo provocan.

Encarnación y profetismo es disfrutar y compartir las alegrías y esperanzas de la gente y, al mismo tiempo, empeñarse en anunciar que hay una alegría que no pasa y una esperanza que no desfallece, que es cultivar la dimensión espiritual de nuestra vida y poner nuestra confianza en Aquel que es nuestro Padre.

Una Iglesia encarnada y profética que no confunde su misión con la de los poderes de este mundo. Pero que no abandona la vida del mundo que la rodea, ni se desentiende de la vida de la gente pretextando que su misión es de orden “religioso”. Una Iglesia que no se acomoda a la situación, ni pacta con la injusticia. Que sabe y hace saber que “la misión propia que Cristo le confió a su Iglesia no es de orden político, económico o social. El fin que le asignó es de orden religioso. Pero precisamente de esta misma misión religiosa derivan funciones, luces y energías que pueden servir para establecer y consolidar la comunidad humana...Más aún, donde sea necesario...la misión de la Iglesia puede crear, mejor dicho, debe crear, obras al servicio de todos, particularmente de los necesitados.” (Concilio Vaticano II. Constitución *Gaudium et Spes* no. 42)

Ese es el concepto de misión religiosa en la que quiere creer y quiere vivir la Diócesis de Pinar del Río, junto a todas las demás diócesis hermanas de Cuba y del mundo: un carácter religioso que sea fuente de “funciones, luces y energías” que puedan servir para establecer una comunidad humana más en consonancia con el Evangelio de Cristo. Energías, para que nuestras motivaciones y nuestras obras sean auténticas, profundas y duraderas. Luces, para iluminar nuestras propias vidas y para poder iluminar la realidad en la que vivimos y poder discernir en ella los signos de vida para anunciarlos y potenciarlos; y denunciar los signos de muerte para ayudar a erradicar sus causas y sus consecuencias. Funciones, para que las energías y las luces recibidas de Cristo no se queden en impulsos interiores o en luces de artificio, sino que puedan llevar a la práctica concreta del servicio a la sociedad en que vivimos, ese carácter religioso que, sin las obras de justicia y caridad, queda reducido a puro espiritualismo desencarnado y enajenante.

El mismo Concilio habla claramente de esa “ayuda que la Iglesia, a través de sus hijos, puede prestar al dinamismo humano” cuando dice: “El Concilio exhorta a los cristianos, ciudadanos de la ciudad temporal y de la ciudad eterna, a cumplir con fidelidad sus deberes temporales, guiados siempre por el espíritu evangélico. Se equivocan los cristianos que, pretextando que no tenemos aquí ciudad permanente, pues buscamos la futura, consideran que pueden descuidar las tareas temporales, sin darse cuenta de que la propia fe es un motivo que les obliga al más perfecto cumplimiento de todas ellas según la vocación personal de cada uno....El divorcio entre la fe y la vida diaria de muchos debe ser considerado como uno de los más graves errores de nuestra época...No se creen por consiguiente, oposiciones artificiales entre las ocupaciones



profesionales y sociales, por una parte, y la vida religiosa, por otra.” (Conc. Vaticano II. Const. G.S. no. 43)

Ser una Iglesia más encarnada y más profética es contribuir a eliminar esas barreras artificiales entre lo social y lo religioso, entre lo humano y lo divino que con su Encarnación y Redención Cristo mismo ha superado.

Eso quiere ser la Iglesia diocesana de Pinar del Río al celebrar su primer Centenario y mirar hacia el presente y el futuro del pueblo al que debe servir. Esta Diócesis ha recibido de su tradición histórica un legado de misiones populares y campesinas en la que Obispos como Mons. Ruiz, Mons. Evelio Díaz y Mons. Rodríguez Rozas, guiaron a este pueblo con suma sabiduría, sencillez de vida y cercanía al pueblo. Una Diócesis que contó con sacerdotes como el Padre González Arocha, el P. Miret, el P. Cayetano y el P. Claudio; y organizó misiones en las que participaron religiosos como el P. Ibarguren, el P. Rivera y el P. Jaime Manich, junto a religiosas como Sor Asunción, Sor Isabel Valdés y Sor Ligia Palacio. Una Diócesis en que intrépidos laicos y laicas como Panchita Barrios, Justo Figueroa, César Balbín y Paulita Castillo, hicieron presente el mensaje de Cristo, con misiones itinerantes en sus más recónditos lugares. Fiel a esa herencia la Iglesia en Pinar del Río quiere crecer en su misión evangelizadora y encarnada.

Esta Diócesis también ha recibido de esa herencia de los siglos la tradición de un laicado comprometido y profético, presente y actuante en cada una de las etapas históricas que le tocó vivir, como el mambí Domingo Urquiola, y Ormani Arenado, Adelita González Saínez y Zoila Quintáns. Un laicado que, gracias a Dios y a la guía de sus cercanos Pastores, nunca fue cristiandad triunfalista, ni guetto excluyente, sino más bien sencillo fermento en medio de la masa. Pequeña luz en medio de las noches históricas y sociales. Insignificante grano de sal, pero sin perder su carácter de sal en el ajiaco de nuestra cultura. Un laicado siempre minoritario, siempre guajiro, siempre mezclado, siempre imperfecto. Nunca acabado de organizar, nunca acomodado a la situación, nunca totalmente anulado, nunca ajeno a lo que acontecía. Un laicado pecador y dando traspies, pero sabiendo en Quien ha puesto su confianza y sabiendo a que Voz arrimar su oído. Un laicado que ha dado testimonio de “creer en la fuerza de lo pequeño” y vivir de esa mística en todas sus obras. Fiel a esa herencia la Iglesia en Pinar del Río quiere crecer en su compromiso profético con su pueblo y con Cuba.

Así queremos ser: pequeños y fieles, en medio del mar pero con la vista puesta en el horizonte, inmersos en la dura realidad pero sin dejarse arrastrar por ella con la espiritualidad más comprometida y el compromiso más trascendente. Difícil tensión que nos mantiene a horcajadas entre el fango de este mundo y las semillas de luz que hay en él, entre sus cegueras y las señales que le indican un camino superior. Se sufre en esta tensión y se vive en la incertidumbre, es verdad, se reciben las más duras críticas y los mejores consuelos.

Pero lo podemos decir, uniendo nuestras voces a las de innumerables cristianos pinareños que nos han precedido en el seguimiento de Jesús: no hay nada mejor que le pueda pasar a una Iglesia que el vivir desinstalada,



continuamente pendiente de las Manos tiernas, sudorosas y providentes de su Fundador, en perenne peligro de ser crucificada. Nada mejor que sólo depender de Él, que compartir con Él su Cruz.

Lo decimos al filo del primer Centenario de nuestra querida y pequeña Diócesis, en el umbral incierto de su segundo centenario, con la vista puesta en el Señor de la Historia, al comienzo del tercer milenio del cristianismo:

Gracias te sean dadas a Ti, Padre de los Siglos, porque nada nos pudo suceder mejor que haber nacido aquí, en la “Vuelta de Abajo” de Cuba, nada mejor que haber nacido en este momento de nuestra historia patria y de nuestra historia eclesial. Nada mejor que “perder” lo mejor de este mundo por ganar la simplicidad de una mirada amiga de Aquél que es el único que ha permanecido fiel:

“Cristo, el mismo ayer, hoy y siempre.”(Hebreos 13, 8)

Pinar del Río, 28 de enero de 2003

En el 150 aniversario del nacimiento de José Martí.





Una confusión lamentable

Año IX. Nº 54. *marzo-abril 2003*

En días pasados pudimos ver y escuchar por la televisión cubana un acto público en ocasión de la inauguración de un convento de las Hermanas de la Orden del Santísimo Salvador de Santa Brígida en La Habana.

Las imágenes, los gestos, las condecoraciones y las palabras que llegaron a través de la televisión y la prensa escrita provocaron una gran confusión en no pocos cubanos, en especial en no pocos cristianos.

La confusión es una situación de información incompleta, de falta de comunicación real, de desorientación, de contradicciones y de ausencia de posibilidad de guiar, orientar, iluminar con los mismos medios con los que se ha provocado la confusión.

Los medios de comunicación, lo dice la palabra, están para facilitar la información, para transmitir informaciones completas, transparentes y veraces. La prensa, la radio y la televisión están para transmitir todos los elementos, y no sólo, y no sobre todo, una parte manipulada y manipuladora de la opinión pública.

En esta ocasión, no se cubrió por parte de la prensa todo lo sucedido; por ejemplo no hubo una sola imagen, ni una sola palabra de la Misa presidida por el Cardenal Crescenzo Sepe en la Catedral de La Habana con la cual la Iglesia Arquidiocesana le daba la más fraterna y cordial bienvenida a las hermanas Brigidinas. No se transmitieron las esclarecedoras palabras del Sr. Cardenal Arzobispo de La Habana, ni la Homilía del Cardenal Sepe, venido desde Roma, "invitado por la Madre Tekla con la anuencia del Santo Padre, portador de un mensaje al Cardenal Ortega para la Iglesia en Cuba, y no (propiamente) como Legado Pontificio".

No se ha publicado nada de la Nota Aclaratoria de la Conferencia de Obispos Católicos de Cuba con la que queda todo esclarecido de la forma más serena y equilibrada que es posible.

Nos remitimos a esa Nota de los Obispos cubanos. Ella nos aclara varios puntos que queremos destacar:

-La Iglesia cubana se alegra de que se pueda fundar en Cuba un convento de monjas y le dio la más fraterna bienvenida a las Hermanas de la Orden del Santísimo Salvador de Santa Brígida.



-La Iglesia en Cuba “necesita grandemente” , desde hace más de cuarenta años, que puedan entrar más monjas y sacerdotes para trabajar en Cuba. Existe una lista de más de 15 congregaciones de religiosas católicas que están esperando por el permiso del Gobierno cubano para poder entrar.

-Todo lo que se refiere a la fundación de este convento y su hospedería en la Habana Vieja, así como todo lo referido al acto de inauguración estuvieron exclusivamente “a cargo de la Abadesa, colaboradores mexicanos y las autoridades del Gobierno cubano.”

-La Iglesia Católica que está en Cuba no tuvo participación alguna en esos acontecimientos ni en su preparación ni coordinación.

-Ni el Cardenal de La Habana, ni ningún otro Obispo de la Iglesia Católica en Cuba tuvieron nada que ver con ese acto y otros relacionados con él. Ningún sacerdote o religiosa fue allí representando a la Iglesia cubana.

-En cuanto al Santo Padre Juan Pablo II debemos aclarar: El Papa envió dos mensajes con el Cardenal Sepe. El texto íntegro de esos dos mensajes son publicados en nuestra revista. Esas son las palabras textuales del Papa. Eso fue exclusivamente lo que él dijo a la Iglesia cubana y al Sr. Presidente del Consejo de Estado.

-No debemos “vincular al Papa con los excesos en las palabras y en los gestos que hemos constatado en esos actos por parte de algunas personalidades de la Iglesia como resultado de la improvisación y del talante personal de cada uno”. No son palabras del Santo Padre.

A partir de estas aclaraciones deseamos compartir algunas reflexiones:

-Son los Obispos cubanos los guías y pastores de la Iglesia Católica que vive en Cuba. Ellos están en incommovible y afectuosa comunión con el Papa Juan Pablo II. Son los Obispos cubanos los que mejor conocen, valoran profundamente, viven y comparten la realidad del pueblo cubano. Ellos deben ser la referencia obligada para decidir cualquier obra eclesial o social de la Iglesia en Cuba. Ellos han mantenido siempre y especialmente en estos últimos cuarenta años una unidad y comunión entre ellos que al mismo tiempo que respeta y asume la diversidad, sabe en qué materias y en qué momentos es imprescindible expresar y vivir, en la más inquebrantable unidad de magisterio, de gestos y palabras, esa comunión eclesial. Esto ha quedado patente, una vez más, en ocasión de la inauguración de este convento y la manipulación que de él han hecho los medios de comunicación.

-El Santo Padre ha estado siempre en continua y paterna comunicación y cercanía con todo el pueblo cubano. No sólo con los hijos de la Iglesia Católica, sino con todos los demás compatriotas, incluidas las autoridades del gobierno cubano con el que las relaciones del Papa han sido siempre respetuosas, francas y expresando las verdades en las que creemos y las esperanzas en las que nos confiamos, de forma serena y directa. No hay referencia mejor, ni mayor, para comprobar esto que la misma inolvidable Visita Pastoral del Papa a Cuba hace cinco años. Todos los cubanos pudimos ver, escuchar, sentir y palpar en las palabras y los gestos del Papa lo que Juan Pablo II piensa, quiere y espera



de Cuba, de la Iglesia que vive en Cuba y de las autoridades cubanas. Eso está claro. Quedó escrito y registrado en videos que han recorrido nuestras comunidades. Debemos volver a estudiar aquellos discursos y homilias del Papa en Cuba. Hoy mantienen toda su vigencia. Debemos volver a disfrutar de las imágenes que han quedado imborrables en nuestros corazones.

-La representación permanente, normal y oficial del Papa en Cuba es la Nunciatura Apostólica que está en La Habana. Es ella la referencia autorizada para todo lo referido al Santo Padre. La Nunciatura no emitió ningún mensaje con relación a la representación oficial de ningún eclesiástico a nombre del Santo Padre.

-Los católicos cubanos no debemos dejarnos confundir ni manipular por palabras excesivas e imprudentes o por gestos equívocos e inútiles. Gracias a Dios, los católicos cubanos tenemos los puntos de referencia imprescindibles para orientarnos en nuestra vida de fe y en nuestros discernimientos sobre los acontecimientos nacionales e internacionales. Los católicos cubanos tenemos, gracias a Dios, la enseñanza segura, veraz y transparente para cuando tengamos que buscar orientación en eventos puntuales como este. Esas enseñanzas son, entre muchas otras:

*Las enseñanzas de la Reflexión Eclesial Cubana (REC, 1982-1985)

*El Documento final del Encuentro Nacional Eclesial Cubano (ENEC, 1986).

*El Mensaje de los Obispos Cubanos *El Amor todo lo espera* (1993)

*Las enseñanzas del Encuentro Nacional Conmemorativo (ECO, 1996)

*Los mensajes y discursos de Juan Pablo II en Cuba. (1998)

*El mensaje del Papa a un año de su Visita (1999)

*El Mensaje de los Obispos cubanos *Un cielo nuevo y una tierra nueva* en ocasión del Jubileo del año 2000.

*El Plan Global de Pastoral de la Iglesia cubana (2001-2005)

Y más de cien mensajes y numerosos eventos que mantienen la orientación y la vida de la Iglesia cubana.

Casi coincidiendo con este lamentable evento de manipulación y confusión ha sido presentado otro de los documentos orientadores de uno de nuestros Obispos. Se trata de la Carta Pastoral *No hay Patria sin Virtud* del Cardenal Arzobispo de La Habana en ocasión del 150 aniversario de la muerte del Padre Félix Varela. Preclaro documento cuyo magisterio está en perfecta sintonía con ese itinerario de las enseñanzas pastorales de la Iglesia cubana y cuya vigencia y proyección son incuestionables.

La Iglesia que está en Cuba no debe distraerse con hechos aislados como la instrumentalización imprudente de la inauguración de un convento. Eso no refleja la rica experiencia de la Iglesia cubana. Ese evento no debe distraernos ni confundirnos de los grandes desafíos que la Iglesia en Cuba tiene para servir a su pueblo. Es muy alta y urgente la misión de la Iglesia en Cuba y son muchas y perentorias las necesidades de los que continuamente acuden a ella en busca de orientación, de alimento espiritual y material, de luz para sus vidas, de



acompañamiento para sus sufrimientos y de ánimo para sus esperanzas, para que nos distraigamos con un hecho aislado.

Aclarado el hecho, hecha la distinción y recordados los verdaderos puntos de referencia que tenemos los católicos cubanos, volvamos la página, no sin antes sacar de esos penosos borrones las lecciones que los prevengan en el futuro.

Nada debe dejarse a la improvisación o a la ingenuidad. Nada debe dejarse en manos de personas desinformadas sobre la realidad de Cuba y su Iglesia. No deben nunca confundirse los papeles y los espacios de la Iglesia y del Estado. La política no se hace con métodos de sacristía. La sacristía no se organiza con métodos políticos. Lo que no significa que no pueda haber y promoverse un respetuoso diálogo entre la Iglesia y el Estado, pero hecho por aquellas personas autorizadas y sobre todo cualificadas para hacerlo. Nunca sin la anuencia de los Obispos del lugar. Esa relación Iglesia-Estado tiene un espacio propio, unos métodos precisos, unos protagonistas debidamente autorizados. Lo demás puede ser iniciativa privada, puede ayudar a crear relaciones pero puede también ser manipulado por los medios, instrumentalizado por intereses espurios o provocar, lo peor, una lamentable confusión.

Nuestro pueblo es sabio y conoce a la Iglesia y conoce al gobierno. Al pueblo le llamó poderosamente la atención la ausencia del Cardenal de La Habana y de los demás Obispos. Eso fue una señal y una luz. Es muy bueno que eso haya sido así. Eso debe ser valorado y sopesado por todos los que han participado en este evento.

Las religiosas y religiosos que trabajan en Cuba ya conocen la realidad de este país y de su Iglesia. Ellos han hecho, en comunión con los Obispos cubanos, y con el acompañamiento de sacerdotes, otras religiosas y laicos comprometidos con esta realidad, reiterados discernimientos sobre la vocación y la misión de la vida consagrada en las circunstancias especiales de Cuba. Todos debemos acoger, acompañar y animar a las nuevas Hermanas Brigidinas que, con la mejor buena voluntad y espíritu de servicio, han dejado sus lugares de origen para venir a servir y acompañar a este pueblo. Todos sabemos que es en el pueblo cubano, en el barrio de La Habana Vieja, en los más necesitados, en los que las Brigidinas, como todas las demás religiosas de Cuba, tienen puestos sus ojos, su corazón y sus manos. Sean bienvenidas, queridas hermanas, y cuenten con la compañía y la solidaridad de toda la Iglesia en Cuba. Tal como lo expresó en nuestro nombre el Sr. Cardenal Arzobispo de la Habana. En Cuba todos debemos vivir y anunciar que nuestra única esperanza es Cristo y que esa esperanza está sólidamente fundada en la virtud de las bienaventuranzas.

De su señera Carta Pastoral, cuyo estudio y aplicación recomendamos vivamente, deseamos recordar este fragmento central sobre “La esperanza que anuncia la Iglesia”: “El Sermón de la Montaña es una invitación de Jesús dirigida a lo mejor del ser humano. Es un llamado a sobrepasarnos, pero no con gestos o realizaciones grandiosas, sino con sencillez, en humildad. La acogida a esta propuesta requiere de parte nuestra un esfuerzo incesante por la virtud. Es así como toma cuerpo la ética cristiana, la misma que Félix Varela nos propone.” (Carta Pastoral *No Hay Patria sin Virtud* no. 43)



Ante esta lamentable confusión, pero sobre todo, ante los retos que se avecinan para la Iglesia que vive en Cuba y para todo el pueblo cubano, es necesario buscar siempre y en todo momento la verdad.

Uno de esos retos es el establecimiento de un genuino Estado laico donde se reconozca, no sólo la libertad de culto, sino una auténtica libertad religiosa que incluye siempre la dimensión social de la fe. En este sentido debemos recordar los requerimientos que debe tener el Estado laico expresados por Su Excelencia Mons. Jean Louis Tauran en el Simposium de La Habana en diciembre de 1999:

“El Estado debe garantizar que los creyentes y los no creyentes sean iguales ante la ley, sin discriminación alguna;

- “dotar a las iglesias y comunidades religiosas, que practican su fe en el marco constitucional de su Estado, del reconocimiento de un estatuto acorde a sus propias intenciones;
- “respetar el derecho a:
 - “establecer y mantener lugares de culto;
 - “organizarse de acuerdo con su propia estructura jerárquica o institucional;
 - “elegir, nombrar y sustituir libremente su personal según sus necesidades y reglas propias y, si fuere el caso, de conformidad con los acuerdos libremente establecidos entre ellas y el Estado;
 - “solicitar y recibir contribuciones voluntarias, financieras u otras;
 - “respetar el derecho de cada uno a impartir o recibir una educación religiosa a título individual o asociándose a otros; respetar, a este propósito, la libertad de los padres de asegurar la educación religiosas de sus hijos en conformidad con sus propias convicciones;
 - “facilitar la existencia de establecimientos escolares universitarios de inspiración religiosa, como expresión de la contribución de los creyentes al diálogo público cultural;
 - “poder gestionar establecimientos de sanidad y de obras sociales al servicio de todos, como expresión de la contribución de los creyentes a la solidaridad nacional;
 - “autorizar a las organizaciones religiosas a producir, importar y difundir publicaciones y objetos religiosos;
 - “considerar favorablemente el interés de los cristianos a participar en el diálogo público, incluido el realizado a través de los medios de información”.

Ahora y en el futuro, cuando la libertad de expresión y la auténtica libertad religiosa abran una nueva época en Cuba, y muy probablemente otros hechos y otras actitudes generen iguales o mayores confusiones, debemos ser incasables buscadores de la verdad.

“La verdad os hará libres” dijo Jesucristo. Pero una libertad que vaya inseparablemente unida a la responsabilidad. Por falta de responsabilidad la verdad puede ser dañada o confundida o sometida a instrumentalizaciones devastadoras. Es necesario ejercitarnos en buscar la verdad donde quiera que esté. Es necesario educarnos para leer y escuchar los medios de comunicación como la radio, la televisión y la prensa. Ellos no siempre dicen toda la verdad y no siempre la dicen bien dicha. Aquí y en todos los países del mundo.



En cuanto a esta actitud de buscar la verdad por encima de las apariencias y entre renglones torcidos, todos los cubanos debemos aprender. Es una forma de evitar los condicionamientos y manipulaciones venidas de cualquier parte.

En la mencionada Carta Pastoral *No hay Patria sin virtud* el Sr. Arzobispo de La Habana nos recuerda: "...el Padre Varela es un apasionado de la libertad del hombre.(...)¿Qué otra cosa es, pues, enseñar a pensar?(...)Su método pedagógico consistía en hacer que el hombre, libre de todo condicionamiento, encontrara la verdad que lleva dentro de sí mismo y con libertad de espíritu se decidiera adherir a ella».

No debemos permanecer pasivos en la queja cuando ocurran hechos de instrumentalización, es necesario educar para la libertad y la responsabilidad.

La misma Carta Pastoral nos dice: «En la educación de nuestros adolescentes y jóvenes cubanos es necesario volver al método de Varela. Hay que educar a los jóvenes para la libertad, ellos deben aprender a pensar. Hay demasiada memorización de hechos, de textos históricos, de frases sacadas de contexto, y aún de consignas, pero falta interiorización y capacidad de decisión para comprender y asumir lo que las palabras dicen. Repetición y aceptación pasiva de lo memorizado es ideología, descubrir y ejercitar la facultad reflexiva para tomar decisiones es pensar. La posibilidad de asumir una postura ética depende de la libertad primordial de cada ser humano, que nosotros tenemos el deber de educar, pues se trata del don más preciado de Dios al hombre, el que lo constituye como tal, el que lo hace diferente a todos los seres vivos condicionados por leyes biológicas e instintos. Las leyes civiles deben garantizar la libertad, pero no proviene la libertad de las leyes civiles: el hombre es libre porque así lo ha creado Dios. Por esto el respeto a la libertad es sagrado. "La independencia y libertad nacional son hijas de la libertad individual"(21).

(...)Estamos conmemorando los 150 años de la muerte del Padre Varela, que encuentra en su partida un relevo en José Martí, nacido el mismo año de su muerte. Los recordamos juntos porque ambos fueron luchadores no sólo por la libertad de Cuba, sino por la libertad del hombre. Sólo hombres libres pueden construir la Patria libre que uno y otro soñaron. Rindamos al Padre Varela en este aniversario de su muerte el homenaje de un corazón libre, que busque incesantemente la verdad en el amor para obrar el bien en favor de nuestros hermanos, de la familia y de la Patria." (Carta Pastoral *No hay Patria sin virtud* no.44-47)

En el quinto aniversario de la Visita del Papa, en el décimo del Mensaje *El Amor Todo lo Espera* y con esta Carta Pastoral *No hay Patria sin virtud* los católicos cubanos tenemos la necesaria orientación y esperanzas para servir a Cuba y servirla bien.

Pinar del Río, 14 de marzo de 2003
111 Aniversario del periódico *Patria*
Día de la Prensa Cubana.





Quien cierra el paso al cambio en paz, abre la puerta a la violencia

Año X. Nº 55. mayo-junio 2003

El cambio, en todos los aspectos de la vida, es una necesidad inevitable. Nada puede permanecer igual e inalterable para siempre. Ya lo hemos oído y pensado muchas veces: todo pasa.

Cambia la vida personal y cambia la vida de la familia. Cambia la vida social y cambia la situación económica y política. Cambia la vida cultural de un pueblo y la manera de relacionarse entre sus ciudadanos y con los demás países. El cambio puede ser más lento o más rápido. Puede ser gradual o radical. Puede ser pensado y participado o puede ser improvisado e impuesto. El cambio puede ser gozoso o doloroso, pacífico o violento. Todo depende de quiénes y cómo hagan los cambios.

Intentar detener la historia y momificar la sociedad es, además de una ingenuidad, un peligroso juego con la vida personal y social. Todos somos responsables de que esto no tenga espacio en nuestra sociedad, ni en ninguna otra.

Quien quiere hacer el bien a una persona no se lo hace impidiendo el cambio y el progreso en su vida. Quien desea buscar el bienestar de su familia no lo puede encontrar obstruyendo el desarrollo de cada uno de sus miembros. No se cuida a los hijos clausurándoles el futuro y bloqueando sus iniciativas. Quien quiere el bien de su pueblo no lo logra cerrando las puertas al cambio inevitable y pacífico. No se cuida la soberanía de un pueblo reprimiendo sus libertades. No se logra protegerlo del terrorismo o de la anexión que nadie quiere, bloqueando los caminos de sus propios hijos porque piensen distinto.

El destino de los pueblos puede decidirse entre estas alternativas:

- Quienes quieren y facilitan los cambios necesarios y quienes no quieren que casi nada cambie.

- Quienes ante lo ineludible de cambiar, quieren hacerlo por las vías pacíficas y quienes les cierran el paso a esas vías.

- Quienes quieren que el juego se decida entre los de la casa, y quienes siguen intentando distraer la atención colocando el conflicto fuera de casa.

Lo primero de todo es contestarnos profunda y sinceramente, estas tres preguntas:



- ¿Creo que el cambio en todos los aspectos de la vida, incluidos la economía, la sociedad y la política, es inevitable y condición para el progreso?

- ¿Estoy entre los que quieren que esos cambios se hagan por la vía pacífica, gradual y ordenada o soy de los que les cierro la puerta a esas “iniciativas que pueden configurar una nueva sociedad”?

- ¿Estoy entre los que quieren que esos cambios y las crisis normales de crecimiento, inherentes a toda sociedad, se decidan, internamente, entre los cubanos aunque pensemos diferente; o soy de los que sigo sosteniendo que nuestro problema es externo, y es sólo y primordialmente, la confrontación con los Estados Unidos y con otros países y continentes?

Esta reflexión nos puede ubicar a cada uno de los cubanos en el sitio en que estamos con relación al destino de nuestra Patria. Hay mucha desorientación y son muchas las manipulaciones informativas de todos los lados. En tiempos de crisis es muy necesario tener las tres o cuatro ideas más fundamentales bien claras y dispuestas a iluminar nuestras opiniones, decisiones y compromisos.

La crisis no viene de afuera

Desde hace mucho tiempo, especialmente a partir de 1998, todo el año pasado y al inicio del año 2003, un clima de apertura creciente y acercamiento a Cuba, a todos los cubanos, se abría paso en el mundo. Pongamos varios ejemplos que pudieran ilustrar esta apreciación:

- Las Naciones Unidas votan contra el embargo y cualquier medida económica o comercial coercitiva venida desde afuera. Otro año más, por la casi unanimidad de sus miembros en la Asamblea General, con la excepción de Estados Unidos, Israel y otro país, queda demostrada la voluntad del mundo entero de evitar las medidas de fuerza y la confrontación.

- Más de cien intelectuales cubanos han podido participar antes de septiembre del 2001 en los encuentros anuales del Latin American Studies Association (LASA), para reflexionar junto con homólogos de la región sobre los problemas comunes.

- El ex presidente Carter hizo una visita a Cuba que abría nuevas perspectivas para alcanzar un clima de mayor transparencia y tolerancia.

- Desde el año pasado la Comisión de Derechos Humanos en Ginebra cambió la redacción de su Resolución sobre Cuba de un tono y contenido condenatorio, a un tono de diálogo y cooperación con el gobierno cubano para trabajar conjuntamente por los Derechos Humanos en Cuba. Las votaciones de este año reflejan ese propósito no confrontativo.

- La Unión Europea había recomenzado hace varios meses, su diálogo político con Cuba.

- Cuba había vuelto a presentar su solicitud al Convenio de Cotonú, apoyada por países de África, Caribe y Pacífico, contando con algunas naciones europeas.

- La Unión Europea acababa de abrir una Delegación de la Comisión Europea en La Habana como señal del interés de esa comunidad por abrirse a Cuba.



- Parecía que, durante la gira del Presidente cubano por Asia, varios países, incluido Japón, expresaban su voluntad de proseguir o reanudar a más alto nivel el intercambio con Cuba.

- Era creciente y constante la opinión pública internacional de que era por la vía del diálogo político, la negociación y la apertura que se debían establecer y consolidar las relaciones con Cuba.

- En el Congreso de los Estados Unidos crecía y se fortalecía la certeza de que la política de aislacionismo y embargo comercial contra el Gobierno cubano ha fracasado y que un cambio favorable a esa apertura era signo de los nuevos tiempos.

- Este espíritu se concretó en varias medidas para la flexibilización de ese embargo concernientes a medicinas, alimentos, viajes y remesas.

-Más concretamente se celebró en La Habana la primera Feria Agropecuaria con decenas de agricultores y empresarios norteamericanos, primera de su tipo desde hacía más de cuarenta años.

-Cuba pudo efectuar las primeras compras de alimentos y medicinas a los Estados Unidos y pagar directamente y al contado por esas compras.

-Crecía en la Diáspora cubana en cualquier parte del mundo, incluido el sur de la Florida, un cambio visible en la apreciación de la situación de Cuba, en el reconocimiento de sus protagonistas principales y de la exclusión de los métodos violentos para alcanzar cualquier cambio positivo en la Isla y en su exilio y emigración.

-Se organizaba, de forma inminente ya, otro Encuentro de la Nación y Emigración en La Habana que fue pospuesto precisamente por los últimos sucesos en Cuba.

Otros gestos y ejemplos de cercanía y voluntad de diálogo político podrían mencionarse.

Si se intentara descifrar si en esta última etapa antes del 18 de marzo había signos de hostilidad generalizados, inminentes, violentos, por parte del Congreso de los Estados Unidos, de su opinión pública, de la Unión Europea, o de cualquier otra región del mundo sería difícil encontrarlos. Todo lo contrario, se podría apreciar una clara y decidida intención de diálogo con el Gobierno y la sociedad civil cubana y una persistente voluntad política, económica y comercial de acercamiento, apertura y cooperación, que no disimulaba ni obviaba, por otra parte, su deseo de que hubiera cambios hacia una mayor democratización en Cuba.

Varios discursos del Gobierno de Estados Unidos, algunas voces ya minoritarias del exilio y declaraciones de algunos diplomáticos norteamericanos, no sólo eran excepciones en este concierto creciente de voces y acciones no confrontativas, sino que aparecían evidentemente aisladas en el contexto internacional.

Luego, ¿había ese peligro inminente, violento y agresivo venido desde afuera de Cuba por el que se ha pretendido justificar las largas condenas y las penas de muerte?



El carácter excepcional de estas medidas ha sido relacionado con una amenaza externa inminente y violenta.

En realidad, consideramos que hasta ese momento, el mundo en su generalidad, estaba enfrascado en una lucha pacífica y pacificadora por evitar la guerra en Irak y luego, ante el hecho consumado del ataque militar, siempre condenable, el mundo estaba aunando nuevos esfuerzos por impedir y disminuir los efectos devastadores de la guerra. Fue en ese contexto en el que ocurrieron estas medidas.

Donde crecía, a ojos vistas, la tensión interna era en Cuba, desde inicios del presente año, a consecuencia de una serie continuada de operativos que comenzaron por presuntos delitos relacionados con las drogas. Continuaron esos operativos contra otros negocios considerados aquí ilegales y siguieron sin pausa y contemporáneamente con el arresto, enjuiciamiento y condenas de disidentes y opositores. Esta tensión llegó a su clímax con los sucesivos secuestros violentos y condenables de aviones y embarcaciones. Esto fue un proceso, visto todo ello ahora en perspectiva, de creciente clima de violencia y represión.

Todo estado tiene la responsabilidad de mantener el orden dentro del respeto a los derechos de los ciudadanos “incluso de los derechos de aquellos que delinquen”- como dice el Comunicado de la Comisión Episcopal de Justicia y Paz de la Iglesia católica en Cuba y “no han de confundirse los métodos utilizados con los que delinquen y el modo de tratar con quienes disienten políticamente. En este último caso ha de ponerse en práctica el debate público de ideas y el diálogo nacional.”(Comunicado de Justicia y Paz, no. 4)

Nunca más la fuerza, ni la violencia, ni la muerte

Aún cuando la situación interna de los países y el contexto internacional sean muy críticos, los que tienen alguna responsabilidad en el gobierno de las naciones y todos los ciudadanos independientemente de sus ideas políticas o filosóficas, no debemos dejarnos llevar por la crispación, por el espíritu de confrontación, ni por la tentación del uso de la violencia y de la fuerza.

Así lo dice una Declaración del Consejo de Laicos de Pinar del Río: “Buscar siempre el diálogo como vía de solución a los conflictos y desterrar la violencia como actitud y como modo de vida. La cerrazón, el endurecimiento, y el ataque a las personas, desde cualquiera de las partes, nunca son métodos válidos para salir de las crisis.”

Este ha sido siempre el pensar de la Iglesia en Cuba desde los lejanos días de la Crisis de Octubre, desde el ENEC en 1986, desde el mensaje *El Amor todo lo espera* (cuyo décimo aniversario celebramos este año y cuya vigencia es patente). Ese ha sido el pensamiento y el obrar de la Iglesia desde la inolvidable visita del Papa en 1998, hasta las páginas actualísimas de la Carta *No hay Patria sin Virtud* del Cardenal Jaime Ortega.

Ninguna situación excepcional o de emergencia puede conducir a la violencia y a la muerte institucionalizadas. Esos métodos no han dado resultado nunca, ni resolvieron el problema antes y mucho menos lo resolverán ahora, cuando



la conciencia de los pueblos y el desarrollo de las relaciones internacionales condenan, reprueban y descalifican tales recursos a la fuerza.

El Papa Pablo VI, de feliz memoria, repetía constantemente que la violencia sólo engendra violencia y la fuerza no es la solución de ningún problema. Todos sabemos que la Iglesia Católica, especialmente Su Santidad Juan Pablo II, se ha unido al concierto de más de cien naciones que han desterrado de sus legislaciones la pena de muerte. Nadie puede disponer de la vida de nadie. Nadie en ninguna circunstancia, ni en momentos de emergencia y excepcionalidad. Sencillamente porque la vida humana es sagrada y pertenece a Dios.

Cuando se soluciona una crisis con la fuerza, se reprime, no se encauza. Y todo lo reprimido vuelve a salir, desgraciadamente, con más virulencia. La sabiduría política consiste en encauzar, no en bloquear. La cordura política consiste en conducir, no en frenar. El arte de la política consiste en solucionar las causas de las crisis y no en deshacerse de algunos de sus protagonistas. El mundo de hoy sabe que cada guerra, ganada o perdida, es un rotundo fracaso de la humanidad. El mundo de hoy sabe que cada encarcelado y condenado a la pena capital es un fracaso de la sociedad en la que no se ha conseguido educar y encauzar las aspiraciones, legítimas o no, de sus ciudadanos. El mundo de hoy, gracias a Dios, sabe que toda medida de fuerza es un fracaso de la voluntad de convivencia pacífica y de tolerancia política.

No cerrar la puerta al diálogo y a la paz en Cuba.

No obstante todo lo ocurrido en Cuba en estos últimos meses, nadie debe desfallecer en la búsqueda del diálogo, nadie debe dejarse tentar por las salidas expeditas, pero lamentables, de la violencia y de la fuerza. Deben primar siempre la cordura, la serenidad y el debate de ideas.

Quien cierra el paso al cambio en paz, abre la puerta a la violencia. Y nadie quiere la violencia ni la fuerza, ni la muerte. No la queremos ni en períodos normales ni en crisis excepcionales. Un país que ha trabajado tanto por la educación, la cultura, la seguridad social, la formación integral de sus ciudadanos no debe dejarse tentar ni ahora ni en lo adelante, por los recursos de las doctrinas de la «seguridad nacional» que todos, incluido el propio gobierno cubano, hemos condenado. Ni la excepcionalidad de los ataques a las Torres Gemelas justifica la violación de los derechos de los norteamericanos, ni justifica el uso de la fuerza, de la guerra y de la muerte por parte de su gobierno contra su sociedad o contra otros países. Ni las crisis internas o externas de Cuba o de cualquier otro país, por muy graves que sean, o fueren en el futuro, pueden conducir al uso precipitado y desproporcionado de medidas de fuerza justificadas por peligros reales o esperados.

La fuerza política se demuestra por la capacidad de maniobra de un gobierno, por su capacidad de encauzar las fuerzas internas de su propia sociedad. Cuando un estado tiene que recurrir a medidas excepcionales es porque siente amenazada su estabilidad. Un estado seguro no se desestabiliza fácilmente. Cuba sabe que es respetada y dignamente considerada por todos los pueblos de la tierra, incluido el pueblo norteamericano. Cuba sabe que nadie aceptaría



como éticamente válida una intervención militar o una agresión violenta contra nuestro país. Cuba sabe que el mundo se mantiene cuerdo y despierto ante cada manifestación de violencia venga de donde venga. Cuba sabe que el mundo entero quiere que sus diferencias internas sean solucionadas por la vía del diálogo nacional y del debate de ideas. Cuba sabe que nadie quiere que otra nación, ni grupo de naciones vengan a estorbar en sus problemas internos.

Pero los cubanos también sabemos que quienes cierran la puerta al diálogo, a la tolerancia, a la solución pacífica de las crisis, quienes se dejan tentar, aunque sea por un momento, por las incitaciones de la represión y de la fuerza, no solamente ponen en manos de los enemigos de nuestra soberanía y nuestra dignidad los motivos para entrar en la dinámica de la confrontación que a nadie más que a los violentos sirve, sino que, al mismo tiempo, al cerrar la puerta al cambio gradual y pacífico, se abre, aún cuando no se quiera, el camino pendiente y resbaladizo de la violencia.

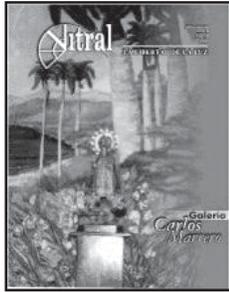
Y eso no puede ser. No puede ser, si queremos ser fieles a lo más sagrado de las tradiciones de la historia, la cultura y la religión del pueblo cubano.

Y lo más sagrado de esas tradiciones es “el culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre”.

Lo más sagrado es la vida y la paz.

Pinar del Río, 30 de abril de 2003.





La emigración

Año X. Nº 56. julio-agosto 2003

En Cuba existe, desde hace más de cuatro décadas, una alternativa fatal y falsa: “o te adaptas o te vas”. Es voz popular, es insinuación del poder, es reflejo de lo que nos han dejado a la libertad de cada cubano.

Así, adaptarse no significa, en este caso, el necesario proceso por el que todo ser humano se adecua a las circunstancias dentro de un rango de libertad y bajo su total responsabilidad. «Adaptarse» quiere decir aquí, renunciar a tu propia visión del mundo para acatar la presentada oficialmente como única verdadera y válida. «Adaptarse» quiere también decir, en estos casos, domesticar nuestra conciencia y doblegar nuestra voluntad porque no se puede pensar libremente, expresarlo sin miedo y actuar en consecuencia. Por tanto la disyuntiva inducida se traduce en: «te reprimes o te vas», «doblegas tu conciencia o te marchas del país», o cuando menos, «simulas o te vas». Debemos decirlo: estas alternativas, además de falsas, son injustas.

Cuba es de todos los cubanos, para todos los cubanos. Nuestros padres fundadores, desde Varela y Martí lo dejaron claro. Quienes excluyen a parte, sea grande o pequeña, de los cubanos, están negando un derecho sagrado: el derecho a tener patria, a tener raíces nacionales, a ser parte de la comunidad donde se ha nacido y crecido.

Partiendo de este derecho a ser cubano y a que nadie nos secuestre la patria, es que deseamos considerar que la alternativa para los que consideramos a Cuba como nuestro hogar nacional no puede y no debe ser: «o te reduces o te vas». Aquí las alternativas deben contemplar la posibilidad de que: «ni me dejo manipular, ni me voy», «ni renuncio a mi conciencia y a mi participación ciudadana, ni me voy». «Me quedo y sigo siendo yo mismo, sin máscaras políticas, sin disimulos éticos, sin oscuros manejos económicos». Hay ya una buena cantidad de cubanos que han optado por romper la fatal alternativa y hacer aquí su propia vida tratando de “pensar y hablar sin hipocresía”. Cubanos como esos los ha habido siempre. Lo que todos sabemos es que no es fácil quedarse así. No es fácil porque cada vez



que un cubano dice lo que piensa con claridad y con respeto, son muchos los que se le acercan y con mucha convicción le recomiendan: “¡Cuídate!” y cuando esa persona le pregunta si lo que dice o lo que hace no es verdad y no es bueno, entonces la respuesta es universal y contundente: “Sí, pero tú sabes que aquí no se puede decir la verdad”.

Esta es la primera y principal causa de ese deseo desbocado de irse del país. El no poder ser, el no poder decir lo que se piensa, el no poder hacer lo que se dice. El no poder ser consecuentes con la propia conciencia. Todo lo demás es consecuencia de este modelo de convivencia pública.

En efecto, la emigración cubana ha tomado las dimensiones de fenómeno determinante en la economía, en la política, en la cultura, en la religión, en la demografía, y en la vida familiar y personal, después que esa forma de vivir ha convertido en única alternativa la dejación de la propia libertad, el marcharse de la casa común.

Es necesario, por lo menos, preguntarse con toda honestidad: ¿Por qué se han marchado tantos cubanos en estos últimos 40 años? ¿Eran todos parte de la llamada «burguesía»? ¿Tenía nuestro país casi dos millones de ricos afectados por las nacionalizaciones? ¿Por qué esta fiebre de emigrar ha durado más de cuarenta años cuando se supone que ya los logros están a la vista de todos? ¿Por qué la mayoría de la gente que se quiere ir son jóvenes nacidos, criados y educados en este sistema de vida? Evidentemente algo está fallando en esto. Hay una causa profunda que lo provoca. Es necesario ir al fondo del problema. Todos sabemos bien que ese tipo de emigración ha desangrado al país de parte de sus hijos que pudieran estar trabajando aquí. Y que esa sangría permanente ha tenido momentos en los que ha sido necesario abrir válvulas de escape, llámense Camarioca en la década del 60, Mariel en 1980, o «Crisis de los balseros» en 1994. ¿Qué está sucediendo en un país donde cada 10 ó 12 años hay una estampida de gente de pueblo de todo tipo y condición social?

Se argumentan diferentes razones: las penurias económicas, la ausencia de libertades, la pérdida de esperanzas en el futuro, la represión cívica y de conciencia, el miedo a no se sabe qué va a pasar, la incapacidad de hacer progresar el país, la sensación de que está perdiendo la vida, el férreo control de las iniciativas para que nadie saque la cabeza, la imposibilidad de progresar realmente en el nivel de vida y en la realización profesional... y tantos otros que escuchamos continuamente.

Es conveniente hacer una sana distinción. En todos los países del mundo hay personas que desean irse de su país y lo hacen. Los flujos migratorios son hoy un fenómeno universal. Pero hay países receptores de migraciones y países emisores. Hay países con un flujo normal de movilidad humana y países donde la migración es un problema nacional y una continua amenaza para los países receptores.



Cuba era un país receptor de migraciones en el pasado: españoles, chinos, franceses, polacos, libaneses llamados “moros», los rusos llamados «blancos», son algunos ejemplos que todavía dejan sus huellas en barrios de La Habana y del interior del país, en costumbres, en familias establecidas y vueltas a emigrar, en centros culturales, en asociaciones de inmigrantes.

Desde hace más de cuatro décadas esta situación cambió radicalmente. Cuba se convirtió en un país emisor de migraciones. Un significativo número de cubanos quiere «salir» a lo que sea a cualquier país de este mundo. Haití es un ejemplo de eso. Y la realidad es que cuando vuelven los que vuelven dan signos de progreso material y de realización personal. La prueba es que quieren volver a salir o marcharse definitivamente.

Se desea, por este motivo, identificar como la principal causa de la emigración a los problemas económicos. Esta es la pequeña verdad que se ve, que cualquiera sin profundizar puede comprobar preguntando por qué se marcha, a cualquiera que esté dispuesto a contestar. Pero esta motivación, que es por demás lícita y positiva, tiene, en el fondo, una verdad mayor: Cuba tiene un sistema de economía centralizada que depende total y absolutamente de las decisiones políticas del gobierno. Luego, la principal responsabilidad de los problemas económicos de los ciudadanos está en manos de los que controlan, planifican, centralizan y deciden todas las políticas económicas del país.

Hay, evidentemente, una diferencia entre los países de economía en manos del Estado y los países donde la economía está en manos de empresas privadas, o en países donde hay una combinación entre empresa estatal y empresa privada. En estos casos si una persona no encuentra trabajo no es responsabilidad absoluta del Estado, puede ser culpa de las empresas privadas. Si otra familia no tiene un salario suficiente para tener una vida digna y no tener que robar o «resolver», puede ser que parte de la responsabilidad la tengan las empresas privadas que explotan el trabajo ajeno y no pagan bien. Pero, en un país donde todas las empresas y fuentes de trabajo, están en manos del Estado, ¿de quién es la responsabilidad de que haya personas que no encuentren un trabajo donde puedan realizar sus cualidades profesionales, y haya ingenieros y maestros de camareros en hoteles y restaurantes? En un país donde todos los salarios los establece y los paga el Estado ¿de quién es la responsabilidad de que los salarios no alcancen?

Luego, en el caso de Cuba, si los problemas económicos que afectan a las personas y a sus familias, dependen en primer lugar, aunque no en el único, de las decisiones políticas del Estado, hay que tomar conciencia de que la llamada «emigración económica» es, en el fondo, fruto de una decisión política, de un sistema centralizado, de una estructura ineficaz. Por tanto, en el caso de Cuba, y también de otros países, en que las decisiones políticas están por encima de las estrategias que pueden mejorar la economía familiar y nacional,



se debe identificar bien la causa profunda del problema migratorio para poder solucionarlo de raíz.

Si hay voluntad de hacer este análisis profundo del problema migratorio de Cuba entonces los demás problemas que también son reales (las medidas del embargo económico, la presentación de un «paraíso de la riqueza» fuera de Cuba, los cantos de sirena de la «forma de vida americana», el espejismo de que todo lo extranjero es bueno y todo lo cubano es «fula», el «robo de cerebros», las políticas migratorias por parte de los países que son, en realidad, discriminatorias para Cuba porque le dan un trato diferente al resto de las naciones, el contenido de los llamados acuerdos migratorios, la cantidad de visas otorgadas o negadas, y los necesarios permisos para ejercer el derecho de viajar o de regresar a su propio país...) tendrían otro sentido y otro contenido, o sencillamente no tendrían sentido ni razón de ser.

Una nueva visión de la política migratoria en Cuba, para Cuba y desde otros países, es necesario diseñarla sobre los principios universalmente establecidos:

- "Toda persona tiene derecho a salir de cualquier país, incluso del propio, y a regresar a su país". (Declaración Universal de Derechos Humanos, Artículo 13. ONU, 1948)

- "Nadie podrá ser arbitrariamente privado del derecho a entrar en su propio país" (Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos, Artículo, 12, 4)

Desde esta perspectiva los problemas migratorios y las necesidades personales y familiares de los migrantes, deben dejar de ser utilizados como instrumentos para manejos políticos en el interior de las naciones y en las relaciones con otros países.

La migración es un derecho natural y como tal es y debería ser un problema social que los Estados están llamados a resolver partiendo de las mismas causas profundas del hecho migratorio.

En la solución profunda de los asuntos migratorios no debe echarse toda la responsabilidad sobre un solo país o sobre una sola dimensión del problema, como podría ser el lado económico o la violencia, o el bajo nivel de desarrollo humano.

Existe la responsabilidad del país receptor que debe asumir los trámites de una migración legal, ordenada, gradual y proporcionada teniendo en cuenta la dignidad de cada persona que emigra y su derecho a encontrar una acogida respetuosa, un lugar de residencia estable y una oportunidad igual para trabajar e insertarse en esa sociedad. El país receptor no debe manipular las necesidades de emigrar en el sentido de contribuir selectivamente al empobrecimiento humano del país emisor. En este sentido, una política migratoria corresponsable debe tener en cuenta la colaboración



del país receptor para ayudar a solucionar las causas profundas del flujo migratorio del país emisor.

Existe la responsabilidad del país emisor. Principal responsable de que sus ciudadanos quieran abandonar su país. Esta carga no puede ser echada sobre otros. Cada cual es responsable de arreglar los asuntos de su casa y de tomar las medidas para que progrese sin hacer daño a nadie y de que su casa se abra a las relaciones con los vecinos cercanos y con los lejanos en un clima de respeto, tolerancia y colaboración. Único camino, en el mundo actual, para resolver los problemas de dentro de casa.

Es responsabilidad del país desde donde la gente quiere emigrar, en primer lugar, reconocer y aceptar las causas profundas del porqué la gente quiere marcharse. En segundo lugar, tomar las medidas políticas, económicas y sociales que contribuyan a solucionar ese problema. Y que el conjunto de medidas respondan a las expectativas de sus ciudadanos y sean coherentes entre sí, no sea que las medidas políticas, cierren el camino a las económicas o viceversa. En tercer lugar, es responsabilidad del país emisor de emigrantes tratarlos como personas, respetar su dignidad y sus derechos, facilitar sus trámites y eliminar todo tipo de permisos innecesarios y que obstaculizan el derecho universal de viajar. De hecho, el Estado de un país y su gobierno, sus ministros, sus funcionarios, etc., no tendrían que otorgar ningún permiso, ninguna carta de liberación, a ningún ciudadano a no ser que tenga deudas con la justicia. En todos los demás casos no hay derecho a retener a nadie, ni a establecer trámites especiales para los profesionales u otras categorías ocupacionales, porque toda persona tiene derecho inviolable para moverse, dentro de su propio país, viajar a otros, regresar y permanecer el tiempo que desee en el propio o en ajenos.

En la inmensa mayoría del mundo sólo se necesitan tres cosas para viajar: tener el dinero para hacerlo, tener la visa del país que lo recibe y tener el pasaporte del país propio. Es decir, el permiso para entrar a otro país (visa), el documento de identificación y protección del propio (pasaporte) y los medios económicos para hacerlo. Y nada más.

Quiera Dios que en Cuba pueda llegarse pronto a un tratamiento normal y sereno, justo y proporcionado del problema migratorio. Que sus causas profundas se comiencen a solucionar entre todos, que los acuerdos migratorios con todos los demás países no se manipulen para fines de política exterior, que viajar no sea un escape de la insoportable situación interna y que los que viajen sean tratados como seres humanos con el debido respeto y dignidad, tanto por el país de origen como por el país que los acoge.

Un nuevo clima debe crearse alrededor de este fenómeno de la movilidad humana. Un nuevo contenido para acuerdos en este sentido, un nuevo trato para todos los emigrantes.

Pero sobre todo, Cuba debe revertir su situación y pasar de ser un país del que la gente se quiere ir a un país donde los cubanos quieran quedarse,

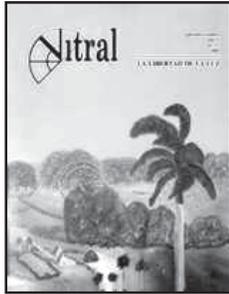


encuentren oportunidades para desarrollarse en él, ellos y sus familias. Que Cuba sea un país donde muchas personas del resto del mundo deseen venir en busca de progreso, de bienestar, de un proyecto de vida digno, sano y fraterno, donde mucha gente encuentre un hogar nacional abierto, laborioso y en paz.

Este sería uno de los signos de que, verdaderamente, algo ha cambiado en Cuba, porque no basta con que algo se mueva en éste y otros temas. Es necesario moverse para cambiar. Cambiar pacíficamente, gradualmente, pero de verdad.

Pinar del Río, 28 de junio de 2003.





La libertad

Año X. Nº 57. *septiembre-octubre 2003*

Hay una aspiración inscrita en el corazón de cada ser humano que lo empuja a ser libre, a buscar siempre mayores grados de libertad, a vivir esa libertad en todos y cada uno de sus actos y a tratar de defenderla hasta las últimas consecuencias.

Toda persona nace libre y viene a este mundo con el derecho a vivir en la verdadera libertad. Es más, la esencia que distingue al ser humano del resto de los animales y de las cosas es precisamente que tiene, en el mismo centro de su ser, esa capacidad de tener conciencia de su propia dignidad y ese deseo imparable de alcanzar su total realización personal.

Uno de los humanistas cristianos más eminentes del siglo XX fue Jacques Maritain, quien distingue el “ser un individuo” del “ser una persona”. Llegamos a ser personas cuando alcanzamos a ser dueños de nuestra vida y de nuestro destino y cuando podemos diseñar nuestro propio proyecto de vida tomando las riendas de nuestra existencia para ser los protagonistas de nuestra propia historia personal y social. Así lo explicaba este filósofo personalista: “El ser humano es una persona, es decir, un universo de naturaleza espiritual dotado de libertad de elección y destinado a la libertad de autonomía”.

La libertad es de tal manera constitutiva de la persona humana que ésta deja de ser lo que es cuando se le limita, se le arrebatada o se le manipula su libertad. Sin libertad no hay personas sino piezas de un mecanismo de opresión. Y no hay libertad verdadera sin su otra cara inseparable: la responsabilidad. Libertad sin responsabilidad es libertinaje inmoral y dañino para la propia persona y para los demás. Responsabilidad sin libertad es puro teatro, farsa montada sobre un guión que dirigen, manipulan y protagonizan los verdaderos responsables que han arrebatado o restringido las libertades que deben ejercer los ciudadanos y hasta pueden llegar a lesionar la libertad interior que es inherente a cada persona.

Cuando en un país se lesionan las libertades de conciencia, de religión, de expresión, de asociación, de participación económica, o política, o social, o todas ellas a la vez, algo muy grave se ha dañado en la convivencia de ese país. Pero siempre puede quedar, en el santuario de la conciencia de los ciudadanos de ese país, esa otra libertad interior, que es la fuente y la raíz de todas las demás libertades. Es también raíz y fuente de la responsabilidad cívica. Es por eso que a lo largo de la historia hay naciones que han perdido en reiteradas ocasiones sus libertades o, incluso su independencia económica o política, pero al cabo del tiempo, sus propios ciudadanos han podido recuperarla.



Hay otras naciones en las que se han conculcado y desconocido las libertades de los ciudadanos y pasan años y décadas y éstos no logran recuperar, por ellos mismos, ni las libertades que se han dejado arrebatarse, ni la libertad de su pueblo. Generalmente hay un indicio que va relacionado con esta impotencia para rescatar la libertad. Ese síntoma fatal es un serio deterioro de la responsabilidad personal de cada ser humano. Cuando se llega a este punto en el que, además de las libertades mencionadas se ha llegado a dañar la libertad interior y la responsabilidad de los ciudadanos, entonces, algo muy grave y muy serio se ha dañado en el alma de los pueblos, en su capacidad de ser nación, en su identidad cultural, en su eticidad.

Entonces nos preguntamos: ¿Por qué en algunos pueblos sus propios ciudadanos aspiran, luchan y alcanzan a tener, conservar e incrementar, cada vez, mayores grados de libertad? y ¿por qué en otros países los mismos ciudadanos hacen dejación de su propia libertad interior, abdicar de su propia conciencia, renuncian a gobernar su propia vida, deponen su responsabilidad y acceden a que otros se la manipulen, les programen la vida y se la administren hasta en los más mínimos detalles?

Una respuesta en este segundo caso es que no sólo se han violado las libertades de ese pueblo, sino que se les ha secado la libertad interior y personal a sus ciudadanos.

La libertad interior se seca cuando no se ha educado para la libertad. Cuando se ha nacido, crecido y educado en un clima de miedo, delaciones y opresión. Estos son los frutos de una educación manipuladora e ideologizada, destinada a reproducir patrones de imitación y de acatamiento. Largos e ininterrumpidos años de adoctrinamiento masivo y dogmático, nos forman, o mejor, nos deforman, para acatar y obedecer, para la sumisión o la simulación.

Estos dos factores: el sistema de educación y los medios de comunicación social, han sido los dos mecanismos que más han dañado la libertad personal y la responsabilidad cívica de los cubanos. Es verdad que estos instrumentos son universales y llegan a casi todos, pero «su omnipresencia, que quiere demostrar su omnipotencia, ha devenido impotencia e inconciencia» porque, en general, no se revierten en virtudes y valores sino en disimulo, despersonalización y desarraigo.

Miremos a nuestro alrededor: cuando la libertad interior y las libertades públicas no se cultivan en el hogar, ni en la escuela, ni en el trabajo, ni a través de la prensa, la radio y la televisión, brotan, sin esperarlos, los síntomas de una educación para la manipulación y la incondicionalidad que inculcan esos espacios. Esos síntomas los podemos encontrar por cualquier lado: la irresponsabilidad que raya en la incapacidad para diseñar cualquier proyecto de vida hasta el abandono de la propia personalidad, la fragilidad ante las presiones, el deseo irrefrenable de huir hacia ninguna parte, la doblez sin conciencia de culpa, entre otros.

Vemos crecer, también, un fenómeno sociológico llamado “anomía”, que no es más que esa falta de gobierno de sí mismo, que los especialistas describen como “una concentración de motivos de inadaptación debidos a la desintegración social...pues, precisamente, es en los períodos de cambio rápido e incontrolado y de crisis económica, períodos en los que fallan los elementos sociales que garantizan una autorrealización ordenada de las personas, cuando se manifiestan signos progresivos de inseguridad, de pérdida de significado, de irrupción de



instancias de confusión y de insatisfacción de las necesidades y deseos individuales hasta llegar al suicidio anómico que confirma el fracaso de la ley en su intento de humanizar el deseo humano y el triunfo de la angustia que ocasiona un deseo insatisfecho... En otras palabras, la anomía nace del hecho de que en determinadas sociedades se ejerce una fuerte presión generalizada para interiorizar algunos fines y luchar para alcanzar los que son propios de una capa o clase, sin que al mismo tiempo se brinden a todos las mismas oportunidades iniciales ni los mismos medios institucionales en orden a alcanzar esos fines". (Durkheim, E. y Merton, R.K. *Diccionario de Sociología*, p. 92-94).

Tanto el incremento de la violencia, del desorden social y del suicidio por un lado, como el incremento de la vulnerabilidad moral, la debilidad de carácter, el desgano de vivir y la adicción a las drogas y el alcoholismo, por otro lado, son síntomas de la alienación de la persona humana, del ansia de escapar a todo tipo de presiones, al excesivo control y a los modelos autoritarios y paternalistas que provoca la falta de libertad.

Pero no es sano y no libera quedarse en la comprobación de la realidad circundante y lamentar la ausencia de una libertad personal y social a la altura de la dignidad y los derechos inalienables que el mismo Dios ha grabado con tinta imborrable en el interior de cada hombre y mujer y en la conciencia de los pueblos, en su cultura y leyes positivas. No debemos quedarnos en el reconocimiento de la raíz de la falta de libertad y en la causa profunda de la desidia con que los cubanos hemos soportado esta carga deshumanizante.

Es necesario ir a los remedios, es más, ir a la auténtica solución de esta crisis de libertad interior: la educación para la libertad, que es el desarrollo de un camino de liberación a partir de la recuperación de la responsabilidad personal.

La liberación personal y social es, precisamente, el proceso gradual y creciente de eliminación de todo tipo de alienaciones y de las presiones, autoritarismos y violencias físicas, mentales y espirituales que son la raíz de esas enajenaciones de la realidad. Así lo han identificado muchos filósofos, sociólogos y luchadores por la libertad de las más diferentes ideologías y humanismos, entre los que no debemos dejar de mencionar a Karl Marx. Liberar a los trabajadores de la alienación de la explotación del hombre por el hombre fue una de sus tesis principales. Liberación que otros han ampliado a otras esferas de la vida más allá del mundo del trabajo, más allá de meras dialécticas materialistas. Liberación que no se reduce a lo económico o lo político, solamente. Liberación que abarca todo tipo de explotación, de manipulación, de presiones y de autoritarismos llamados totalitarios, precisamente porque intentan abordar, controlar y decidir en todas las esferas de la vida humana.

Es un proceso que, en fin, tiene que llegar y partir de lo que constituye el núcleo existencial de las personas y los pueblos: la liberación de su alma. Es decir, la liberación de su conciencia, de su subjetividad, verdadero sagrario donde se salvaguarda y desarrolla la dignidad de la persona humana y de las culturas y naciones donde se debe convivir en justicia y fraternidad.

La libertad es un proceso de recuperación del "ser uno mismo" para poder hacer el don de sí; y la recuperación de la propia soberanía, de la propia voluntad, para poder ser responsables de nuestra entrega generosa al servicio de los demás.



Cuando en Cuba se hable de libertad, deberíamos, por lo menos, preguntarnos con toda sinceridad a qué libertad nos estamos refiriendo. Cuando en Cuba ansiemos la libertad, debemos, por lo menos, preguntarnos con audacia cómo anda nuestra propia responsabilidad en la conquista y crecimiento de nuestra libertad interior. Aquella que no depende de leyes o controles, aquella que no nos puede conceder ningún gobierno ni estado, aquella libertad interior que nos pone en pie dentro de nosotros mismos y nos levanta de la postración del alma que es la peor de las esclavitudes.

El 10 de octubre de 1868, hace 135 años, fraguó en campaña por la independencia, aquella libertad interior y sagrada que habían conservado y cultivado incólume los padres fundadores de la nación. La aprendieron, la conservaron y la compartieron en medio de un régimen que violaba todas las libertades públicas. Aprendamos de ellos. Primero hay que aprender a ser un hombre libre por dentro, una persona liberada del miedo al qué dirán, del miedo a qué me quitarán, del miedo a lo que me perjudicará. Donde hay miedo no hay libertad. O por lo menos, donde el miedo no puede ser vencido algo falta en la liberación de la persona que se deja vencer por el miedo.

Libertad y liberación son meta y camino por donde tiene el derecho y el deber de transitar toda persona humana y todo pueblo. Este camino no podrá nunca comenzarse ni concluirse sin enfrentar la responsabilidad que cada una de las personas, cada uno de nosotros, tiene que asumir como los principales protagonistas de nuestra propia liberación interior.

Los cristianos sabemos, por propia experiencia, que nuestra naturaleza humana está marcada al mismo tiempo por el destino de liberación y por la caída en la negación de la propia dignidad: por eso, desde nuestra propia limitación, proponemos a cuantos se sienten débiles o desanimados ante la apasionante tarea de la liberación interior y de la conquista de las libertades civiles, que escuchen y acudan al autor y fuente de toda liberación verdadera, Jesucristo, que en un acto supremo de libertad interior proclamó un día en la sinagoga de su pueblo: “El Espíritu del Señor está sobre mí y me ha enviado para dar la Buena Noticia a los pobres, para anunciar a los cautivos la libertad y a los ciegos la vista. Para dar la liberación a los oprimidos, para anunciar el Año de Gracia del Señor”. (Lc. 4, 18-19)

Los que en Cuba nos encontremos cautivos por dentro, oprimidos por fuera, ciegos ante lo que nos está sucediendo, recordemos que todo proceso de liberación comienza en el fondo de nosotros mismos, en el interior de nuestras conciencias, en el ejercicio de nuestra propia voluntad... sin dejarnos postrar por nuestras propias limitaciones y pobrezas, sin permitir que nos paralice el natural temor que debe enfrentar quien quiere romper sus propias cadenas. Todos los que nos encontremos en esta parálisis del alma y de la voluntad escuchemos la voz arcana y milenaria de Aquel que vivió la libertad hasta el extremo de entregar su propia vida para liberarnos y que nos dice a cada uno de los cubanos y a Cuba:

“A ti te lo digo: ¡Levántate y anda!” (Lucas 5, 23-24)

Pinar del Río, 11 de septiembre de 2003





Navidad: ¿qué estamos haciendo con nuestra vida?

Año X. Nº 58. noviembre-diciembre 2003

El continuo retorno de las estaciones, con sus fiestas y conmemoraciones, nos coloca al final de un año y en el umbral del naciente 2004. Es el tiempo y la vida que pasa. Es nuestra vida, la de cada uno de nosotros, la que pasa. Y hay solamente dos opciones: o la dejamos escapar o la vivimos intensamente, con un sentido y una misión.

Hay muchos en nuestro pueblo que sienten, y algunos hasta lo dicen, que están perdiendo la vida. ¡La única que tenemos! Al llegar las fiestas de Navidad y Año Nuevo todos debemos preguntarnos por qué algunos compatriotas nuestros tienen la decepcionante sensación de que están perdiendo la vida.

En efecto, la Navidad es la fiesta de la Vida que nace, es la Fiesta del Nacimiento de Jesucristo, Aquel que vino para que tengamos vida y la tengamos en abundancia. Por tanto, es tiempo oportuno para detenernos y reflexionar sobre nuestra propia vida: ¿Qué sentido tiene vivir? ¿Qué estamos haciendo con nuestra vida? ¿Qué entorpece nuestra propia realización personal?

Cada persona que viene a este mundo tiene el sagrado derecho a vivir y a vivir plenamente. Este es un derecho inherente al ser humano, es un derecho que viene de Dios. Ningún hombre, ningún Estado, ninguna religión, puede, ni dar, ni quitar la vida, porque ella sólo pertenece a Dios de quien procede.

Pero, además del derecho a la vida, cada persona que viene a este mundo tiene el derecho a ser el dueño, el sujeto y el protagonista de su propia vida. Nadie puede arrebatarlos las riendas de nuestra existencia. Nadie puede administrarnos la vida. Nadie puede manipular nuestra existencia con los hilos sutiles o visibles de lo que te darán, lo que te perderás, lo que te perjudicará, lo que te otorgarán por tus servicios. La vida no puede ser sólo una cuenta de costo-beneficio material. Eso es una nueva y más peligrosa forma de chantaje y esclavitud. Cada persona es dueña de su vida, de toda su vida, de su presente y de su destino, de su pasado y de su futuro. Nadie puede, ni debe, irrumpir en el santuario sagrado de la vida del otro, sin su permiso y sin su vigilancia y estricto control. Nadie tampoco puede convertirse en vigilante de la vida ajena sin faltar gravemente al respeto de su dignidad.

Cuando en una nación se crea un estado de miedo, de desconfianza con delatores y delatados, y se le propone a una cantidad increíble de gente sencilla y honesta que sean confidentes, algo muy malo está pasando en esa sociedad.



Porque el bien hay que buscarlo a la luz del sol, no en la penumbra del secretismo y la delación. Si algo en aras del bien público no se puede saber, es porque los medios, o el fin que se busca, no pueden hacerse a la luz del día, y eso no es bueno, ni es lo mejor para servir al bien público.

La estabilidad de una nación y la gobernabilidad de un Estado se pueden medir por el grado de transparencia de sus gestiones y por el grado de confianza mutua en que viven sus ciudadanos. Lo contrario es la paranoia y la doblez. Señales de que la gente no puede pensar con cabeza propia, y si lo logra no puede decir libremente lo que piensa; y si logra decir libremente lo que piensa, no puede actuar en coherencia con lo que piensa y lo que dice; y si lo alcanza a hacer, sufre penosas consecuencias. Si esto es lo que sucede en Cuba, algo muy grave ocurre aquí.

No debemos resbalar por la pendiente de la doblez y el miedo a la persecución, acostumbrándonos a una vida sin riendas y sin sentido. Esto no lo puede resistir con salud mental ningún ciudadano y esto no lo puede resistir, con bienestar para sus ciudadanos, ningún pueblo.

Dispongámonos pues a tomar en nuestras manos las riendas de nuestra propia vida. Que al celebrar esta Navidad y Año Nuevo nuestras felicitaciones estén repletas de sentido, de profundidad, de coherencia entre lo que se piensa, se dice y se actúa.

El milenario Cántico de Zacarías que encontramos en el Evangelio de San Lucas, capítulo 1, versículos del 68 al 79, viene a describir y a convertir en plegaria esta situación y este deseo de Navidad:

“Bendito sea el Señor Dios de Israel,
porque ha visitado y redimido a su pueblo,
Suscitándonos una fuerza de salvación...
Para concedernos que, libres de temor,
Arrancados de la mano de los enemigos,
Le sirvamos con santidad y justicia
En su presencia, todos nuestros días.”

Creemos que esto es lo que necesita el pueblo de Cuba, cada uno de los cubanos, sin distinción, piense lo que piense y viva donde viva. Cuba necesita vivir liberada de todo temor para poder servir a sus hijos e hijas en un clima de santidad y de justicia. Santidad que significa vivir en la Verdad, en la Bondad y en la Belleza. Es vivir como Dios quiere. Y a esto se opone todo lo que es mentira, todo lo que es hacer el mal, todo lo que es afean la vida propia y hacer insoportable la vida de los demás.

Vivir en la justicia significa convivir en una sociedad en la que exista un clima de sosiego, de confianza, de solidaridad y de libertad, en el que sea posible respirar, levantar la cabeza, alzar la vista y tomar las riendas de nuestra propia vida y de la vida de la nación de la que formamos parte y de la que somos depositarios de su soberanía y garantes de su destino. Nadie puede tomar en sus manos las riendas de nuestra vida como nadie puede tomar en sus manos las riendas de la nación excluyendo a los demás.

Vivir en la justicia es tener una sociedad organizada en un Estado de Derecho donde sean la ley y la propia conciencia de los ciudadanos los que marquen la



existencia cotidiana. Si las estructuras, empresas e instituciones violan los derechos de los ciudadanos, estos se verán impelidos a no respetar las leyes injustas y se irá cayendo en un desorden que nadie quiere y que no hace bien a la nación.

Navidad y Año Nuevo deberían ser para cada cubano, y para todo el mundo, un tiempo de cambio hacia el Bien y hacia la Verdad. Navidad es el anuncio de que una gran alegría debe realizarse para bien de todo el pueblo. Debemos detenernos en el tiempo libre de este fin de año y reflexionar:

- ¿Cuál sería hoy día la noticia que más alegría daría a todo nuestro pueblo?
- ¿Cuál sería la noticia que más alegraría a las amas de casa cubanas?
- ¿Cuál sería la noticia que más alegraría a los trabajadores cubanos?
- ¿Cuál sería la noticia que más alegraría a los jóvenes cubanos?
- ¿Cuál sería la noticia que más alegraría a los padres de familia cubanos?
- ¿Cuál sería la noticia que más alegraría a los ancianos y desvalidos cubanos?
- ¿Cuál sería la noticia que más alegraría a los presos por causa de lo que piensan y a todos los perseguidos cubanos y sus familiares?
- ¿Cuál sería la noticia que más alegraría a las Iglesias y demás confesiones religiosas en Cuba?
- ¿Cuál sería la noticia que más alegraría al resto de la sociedad civil cubana?
- ¿Cuál sería la noticia que más alegraría a los que sienten que están perdiendo su vida aquí?

La respuesta, sincera y sin miedo, a cada una de estas preguntas debería ser el contenido de nuestra felicitación por la Navidad cubana de 2003. Y poner manos a la obra o continuar juntando manos para construir esa convivencia en la justicia y la paz debería ser nuestro regalo a Cuba, nuestra querida y sufrida Patria, para el Año Nuevo en el que celebramos el 2004 aniversario del Nacimiento de nuestro Salvador Jesucristo.

Si no tenemos y no encontramos respuestas justas y claras para cada una de esas preguntas, si sentimos miedo al responderlas, o incluso sentimos miedo sólo al leerlas, por muchos arbolitos de Navidad que vendan en las tiendas por divisas y por muchas celebraciones «iluminadas» que realice el Estado y las Iglesias, y por muchos fuegos artificiales que se lancen la noche del 31 de diciembre, todo quedará en eso: luces de artificio, celebraciones huecas que ahondan, al día siguiente, el vacío de nuestra existencia cotidiana. La brecha entre lo que se celebra y lo que se está viviendo en la realidad nos puede sumergir en un “valle de tinieblas y sombras de muerte” si nos dejamos arrastrar por el ambiente de desolación y desesperanza.

Permítasenos decirlo, sin ostentación ni exclusivismos: los cristianos tenemos una fuerza interior, una mística que nos hace posible tomar las riendas de nuestra propia vida y vencer ese miedo a las respuestas justas y claras. Tenemos una luz que ilumina nuestros pasos para no dejarnos arrebatada la soberanía y la dignidad y los derechos que Dios nos ha concedido a todos los seres humanos sin distinción. Los cristianos anunciamos que Dios no nos abandona y está más cerca aún cuando atravesamos por “este valle de lágrimas”.

Los creyentes en Dios sabemos y anunciamos que cada vida humana es sagrada. Que cada persona es templo y sagrario de Dios y, por tanto, nada ni nadie debe mancillar su dignidad, violar su intimidad, difamar su existencia, arrebatarle la libertad



interior, manipular su conciencia ni restringir sus libertades. Nadie puede matar el cuerpo de la gente y, mucho menos, matar el alma de los pueblos.

Es por eso que hoy, más que nunca en nuestra historia patria, es necesario que se oiga en la intimidad de la conciencia de cada cubano, en la confianza de cada hogar, en cada taller y lugar de trabajo, en cada escuela y universidad de Cuba, en cada calle y barrio importante o marginal, en cada cárcel y prisión, en cada celda de castigo y calabozo tapiado, en cada persona manipulada y desvalida, en cada cubano desgarrado y sin esperanza, en cada mujer y hombre prostituidos por necesidad económica o pobreza moral, en cada joven que no encuentra sentido a su vida y en cada niño al que le cuesta sonreír... es necesario, proclamar y hacer realidad, paso a paso, sin violencia y sin pausa, aquel mismo Himno que resonó hace dos mil años en el Templo de Jerusalén por boca de Zacarías, cuyo hijo se llamó Juan el Bautista, el que cayó preso y perdió la cabeza, por decir la verdad, por denunciar la corrupción, por preparar el camino para una nueva etapa, para una nueva vida, para una nueva era: la era del Cristo de la justicia, del amor, de la libertad y de la paz.

Ese Himno-profecía del anciano Zacarías y su situación, la de su hijo y la de su familia se cumplen hoy en Cuba. Suena como la perseverante y urgente cantinela de las abuelas cubanas que mil fuerzas tenebrosas y una avalancha de ruidos despersonalizadores han intentado apagar. No lo han alcanzado y ahí queda el testimonio de los ancianos que no sienten que han perdido la vida porque saben en Manos de quién la han entregado.

Por ese heroísmo cansado pero invencible, consejo doméstico y casi único candil de la calle; gracias a esa quebrada pero convencida voz de nuestras abuelas por cuantos sufren prisión y son perseguidos por causa de la justicia en Cuba; por esos pequeños pasos que la sociedad civil cubana va dando en la dignidad y el decoro podemos celebrar dignamente, la Navidad de 2003.

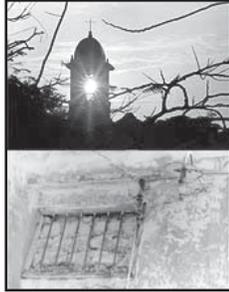
Pongamos atención a esos “signos de los tiempos” para cuando vengan “los nubarrones y la tempestad” no dejemos de escuchar y vivir también la parte del cántico de Zacarías que puede curar nuestras heridas y mantener viva nuestra esperanza:

“Por la entrañable misericordia de nuestro Dios,
nos visitará el sol que nace de lo alto,
para iluminar a los que viven en tiniebla
y en sombra de muerte,
para guiar nuestros pasos
por el camino de la paz.”

Es por eso que, hoy más que nunca, hay que celebrar la Navidad anunciando estas buenas noticias. Cuba y el mundo necesitan ese sol de justicia y de paz. Cuba necesita de esa mística, es decir, de esa fuerza interior y permanente, para construir un futuro en el que, nunca más, ningún cubano sienta que está perdiendo su vida.

Entonces podremos decir a todos nuestros hermanos cubanos, sin avergonzarnos y sin temor, con la frente en alto y la vista limpia:

“Levántate y anda”: ¡Feliz Navidad!
Pinar del Río, 24 de diciembre de 2003



La corrupción

Año X. Nº 59. enero-febrero 2004

«La Iglesia está llamada a dar su testimonio de Cristo, asumiendo posiciones valientes y proféticas ante la corrupción del poder político o económico; no buscando la gloria o los bienes materiales; usando sus bienes para el servicio de los más pobres e imitando la sencillez de la vida de Cristo».

(Homilía del Papa en Santiago de Cuba. No. 4)

La corrupción es un mal que está presente en el mundo entero. Es difícil que no nos encontremos diariamente con alguna noticia de hechos y actitudes corruptos en cualquier país, organización o institución.

Algunos aseguran que la corrupción es el mal de la libertad. Es decir, surge precisamente porque se liberan los controles autoritarios y las personas e instituciones no saben, no han aprendido a usar la libertad. En algunos países que acaban de transitar hacia la democracia resulta que ahora lamentan la irrupción de otros males sociales igualmente dañinos: la corrupción y las mafias.

Desde 1998, en su inolvidable visita a Cuba, el Papa advertía a la Iglesia sobre su deber de asumir posiciones proféticas ante esta falla personal y social.

Todos los ciudadanos, sin embargo, tienen este mismo deber, pues todos somos de alguna manera responsables de que la corrupción nazca y crezca.

Lo primero es identificarla. Es decir, ponernos de acuerdo sobre qué es la corrupción. Para Alain Etchegoyen de la Universidad de Bruselas, citado por Arias Calderón, la corrupción "es la transformación de un intercambio no mercantil en un intercambio mercantil y se localiza siempre en relación con un poder cualquiera". De modo que cada vez que alguien o algunos se aprovechan de su posición empresarial, social o política, e incluso religiosa, para mercantilizar relaciones e intercambios no comercializables o cuando alguien, o algunos, utilizan esa misma posición o puesto de responsabilidad para enriquecerse o para negociar influencias o privilegios, estamos en presencia de la corrupción.

Así, pues, para que aparezca y crezca la corrupción no se necesita nada más que convertir un intercambio desinteresado en un negocio. Cambiar privilegios por dinero, usar la empresa pública o estatal para acumular dinero mal habido, bienes materiales e influencias para cambiar por beneficios particulares y rapaces.



Debemos aclarar aquí, por razones que todos conocemos, que no debemos confundir la corrupción con cualquier persona que progrese honestamente, ni acusar de corrupción o enriquecimiento ilícito a personas que por sus méritos propios, por sus conocimientos eminentes, por su talento artístico o literario, por su capacidad de gestión honesta y probada, por su iniciativa personal o comunitaria y por su espíritu emprendedor, han podido acceder a posiciones preponderantes en la sociedad. En toda sociedad hay ciudadanos que acceden por las vías de la honradez y el trabajo a posiciones económicas, políticas o sociales destacadas. Eso es válido y debe ser un ejemplo y acicate para los demás. No se trata de esto cuando aquí tratamos el concepto de corrupción. Se trata de los que han optado por la vía de la trampa, del robo de cosas o de posiciones, de aquellos que todo lo quieren «resolver» con dinero o con violaciones de la ley o el derecho de los demás.

Estas formas de degeneración de las relaciones pueden darse en gran escala, involucrando a empresas, corporaciones, bancos, e incluso ministerios, gobiernos y organizaciones internacionales... o pueden quedarse en pequeña escala, al nivel de las relaciones interpersonales, entre pequeños grupos humanos o pequeños negocios. En ambos casos, la corrupción descompone las relaciones humanas y pudre el tejido social. En ambos casos, un comején muchas veces imperceptible en la oscuridad, por dentro de las estructuras va comiéndose la médula, el corazón de las instituciones y las empresas, va destruyendo por dentro la gobernabilidad de la sociedad en su conjunto.

Un viejo refrán enseña, con sabiduría popular, que "el poder corrompe y que el poder absoluto, corrompe absolutamente". De modo que si, según la definición que hemos citado, toda corrupción está relacionada con una cierta cuota de poder, ya sea económico, financiero, político o de influencias, donde quiera que alguien ejerza cualquier tipo de poder, por muy pequeño que sea, debe existir una instancia, un equipo, una comisión, una estructura que controle y a la cual quien ejerce el poder deba someter todas sus gestiones y acatar sin dilaciones las decisiones de esa instancia de control.

Los daños de la corrupción son de incalculables proporciones. Y sólo pueden ser precisados cuando salen a la luz, y cuando el comején sale a la luz ya el mueble está carcomido; entonces nos preguntamos por qué se ha desvencijado tan estrepitosamente ese mueble si hasta ayer lo veíamos igual que hace muchos años en la sala de nuestro hogar nacional.

Por ello, si el primer paso contra la corrupción es identificarla en su esencia, el segundo paso es ponerla a la luz. La transparencia es el arma más eficaz y preventiva contra la corrupción. Hacer visibles, públicas y comprobables todas las cuentas, finanzas y negocios de las empresas estatales, instituciones públicas y gobiernos, es la única manera de sacar a la luz lo que está sucediendo en ellas. El Tribunal de Cuentas fue, en la década del 40 en Cuba, un serio empeño en esta instancia de prevención de aquella corrupción que tanto criticaron algunos cubanos cuando proponían "vergüenza contra dinero". El actual Ministerio de Auditoría y Control, luego de décadas sin este servicio público, viene a llenar aquel vacío.



La transparencia en las gestiones de las empresas y de los ministerios y de todas las instancias del Estado es un derecho de los ciudadanos. Todas esas instancias y organizaciones existen para servir al pueblo, para gestionar la economía de la nación. Y la nación no son las estructuras, somos todos los ciudadanos. Nosotros somos los que ostentamos la soberanía. Por tanto, la transparencia y visibilidad de la ejecución de los presupuestos y de toda gestión desde la más pequeña empresa hasta el nivel central no es sólo recomendable, no es sólo necesaria para prevenir y curar la corrupción, es, sobre todo, un derecho de los contribuyentes, de los ciudadanos de un país donde el pueblo es el soberano.

Así, si el poder corrompe es también verdad que el poder puede desenmascarar la corrupción que, desde abajo, desde siempre, en la oscuridad de lo cotidiano, incubaba el simple ciudadano que en el futuro accederá al poder, al que ha accedido sin que sus conciudadanos le hayan dado importancia a sus pequeñas corruptelas. No dudemos que estas se convertirán en grandes corrupciones cuando su poder aumente. Eso está demostrado por la historia universal y nacional.

Las actuales mafias, que organizan el crimen y la corrupción en algunos países del Este de Europa y en otros de cualquier latitud, no surgieron de pronto al caer los regímenes totalitarios, no nacieron de la noche a la mañana, venían incubándose y cultivándose desde hacía mucho tiempo bajo el manto de la falta de transparencia de la prensa y de las instituciones que cuidaban la imagen de una «sociedad perfecta», donde nada malo pasaba. Aquella falta de luz, aquella imagen que repetía incansablemente que todo dentro del país era bueno y prometedor y todo fuera del país era malo y desastroso, trajeron estos lodos de hoy. ¿Por qué se ven ahora? No porque hayan surgido ahora, sino porque ahora han salido a la luz. La sociedad ha ganado un grado mayor de transparencia en los medios de comunicación social y en las instituciones públicas. Ya se ha expresado en otras ocasiones, varias veces, en esta misma publicación: “Más vale precaver que tener que lamentar”.

Pero, vayamos a la raíz del problema. La historia de nuestro país y de todos los rincones de este mundo nos ha enseñado que la corrupción no se acaba sólo con inspecciones, auditorías, controles y debates públicos sobre la ejecución de los presupuestos y gestiones empresariales. La causa profunda de la corrupción está en lo profundo de cada persona. La corrupción es una falla en la ética de la persona que tomó la decisión de transformar sus relaciones no lucrativas en intercambio mercantil. Esa persona pudo haber decidido lo contrario, es decir, pudo haberle cerrado la puerta a las pequeñas corruptelas a su alrededor o pudo haber parado en seco la gran corrupción que se le proponía bajo cualquier justificación o manto de falsa bondad.

Esta es la instancia en la que nadie puede decidir por uno, es el sacrario de la conciencia de cada persona: es allí donde los principios éticos pueden más que el dinero y las ventajas, pueden más que las posiciones y privilegios, pueden más que las prebendas y beneficios mal habidos.

Esto también lo han demostrado cubanos y personas alrededor del mundo. Ellos han podido y han sabido vencer la tentación del poder, del tener y del



gozar, mal habidos y mal tenidos. Y si a lo largo de nuestra propia historia personal y nacional han existido personas así, nosotros y todos los cubanos podemos y debemos seguir ese ejemplo de probidad, integridad personal y resistencia a las ocasiones de corrupción.

La raíz ética de la corrupción no es sólo una responsabilidad personal de aquellos que, por propia decisión, optan por corromperse ellos mismos. La corrupción es también un problema ético cuando los que tienen una cuota de responsabilidad, pequeña o grande, permiten en su entorno un ambiente que facilite la aparición de rasgos corruptos. Dice también el refranero popular: “tanta culpa tiene el que mata la chiva como el que le aguanta la pata”. Y es en este sentido en el quienes ostentan algún poder, ya sea empresarial, económico o político tienen siempre parte de la responsabilidad cuando en su entorno, o en sus colaboradores o subordinados, se dan casos de corrupción. Claro, que siempre queda la libertad humana y en los mejores ambientes y familias, en las más probadas gestiones puede salir una «oveja negra» que haciendo uso de su libertad personal, la usa mal y cede a la corrupción. No es a esto a lo que nos referimos, se trata de que cuando se crea tal atmósfera de secretismo, de falta de comunicación, de ausencia de transparencia, de oscuridad de gestiones, por otros motivos no financieros o no económicos, se puede favorecer, aún sin querer, aún sin preverlo, un «hábitat» para la corrupción. Incluso las decisiones políticas o las opciones filosóficas, como el materialismo de cualquier signo, que se consideran a sí mismas lo más alejadas de la economía pueden, en ocasiones, ser permisivas para la descomposición de las gestiones empresariales y financieras.

La corrupción es un lastre del mal uso de la libertad. Puede ser el flagelo del orden político, sea autoritario o democrático. De hecho, las actuales democracias del mundo están siendo puestas a prueba por su capacidad para combatir, prevenir y curar la corrupción.

Cerrar el paso a la corrupción es tarea de años. Se necesita paciencia histórica y perseverancia incansable. No basta, ya lo hemos dicho, con controles que puedan coartar la necesaria libertad y el derecho de las personas y los pueblos. Las auditorías, las inspecciones y los tribunales pueden servir, y de hecho sirven, para prevenir, para atajar o para castigar a los responsables corruptos, pero no curan la corrupción.

En nuestra opinión la corrupción encuentra su verdadera curación y prevención en tres ámbitos principales: la familia, la escuela y la sociedad civil.

Si aceptamos que la raíz de las actitudes corruptas es de carácter ético, entonces es en la familia donde se aprende a vivir éticamente. Si los padres permiten que sus niños vengan a la casa con cosas que no son de su propiedad o llaman «cosas de niños» a acciones típicas de degeneración de intereses malsanos, esa familia está fomentando actitudes y contravalores que son caldo de cultivo para la corrupción. En un país donde los niños, adolescentes y jóvenes han sido, consciente y obligatoriamente, separados por largos períodos de tiempo de su familia, por razones de becas, de trabajos lejanos, de misiones,



etc. es un país donde la familia es desintegrada en aras de intereses políticos y esas familias desintegradas son la primera causa de la desintegración ética y por tanto de la corrupción administrativa o política.

Si aceptamos que la raíz de la corrupción es la formación de valores y principios morales que capacitan a las personas para rechazar por sí mismas las tentaciones de prevaricación, entonces comprenderemos que otro de los ámbitos que deben prevenir la corrupción es un sistema de educación que priorice la formación ética y cívica de los estudiantes, no sólo con asignaturas que estuvieron y están alejadas de los programas escolares, si no por la actitud de los profesores y directores, por el tipo de relaciones entre maestros y estudiantes, por el ambiente en los internados y albergues y el estado de estos ambientes. Todos tenemos suficientes elementos para considerar la desintegración moral y la relajada concepción humanista de estos ambientes. Es increíble que en el sistema de educación de un país no exista la materia de Ética, y que durante varias décadas estos asuntos fueran considerados como rezagos pequeño-burgueses. Sin contar que la religión y las creencias no sólo fueron abolidas de las opciones de los padres para la formación escolar de sus hijos, sino que fueron y son consideradas como «problemas» en la educación de las jóvenes generaciones.

La Iglesia y las demás organizaciones autónomas de la sociedad civil, son y deben ser también espacios donde se debe formar para la eticidad y la honestidad pública tanto de los ciudadanos, como de los empresarios y funcionarios del Estado. Formar para la probidad cívica, para la transparencia como valor en las gestiones de las empresas públicas y particulares, formar para no dejarse sobornar por un artículo electrodoméstico o por una «comisión de venta», educar para no dejarse vencer por la tentación de un privilegio o el acceso a un puesto administrativo, para no dejarse comprar por prebendas o tráfico de influencias, es un reto y un deber de toda la sociedad civil. Ella debe educar para la honradez y controlar la transparencia de los presupuestos y las gestiones. Este no sólo es un incalculable servicio cívico sino un indeclinable deber moral.

Si en una sociedad u organización cualquiera nos encontramos un ambiente de simulación, un clima de doble moral, unas personas que no dicen lo que piensan, ni actúan como sienten; si en una sociedad o empresa cualquiera vivimos en la dinámica constante de la mentira, de la ocultación pervertida de la verdad por proteger intereses y poder, estamos en presencia de una sociedad o institución que resbala peligrosamente hacia mayores grados de corrupción. Esto está demostrado por la experiencia histórica de muchos países.

Educarnos y educar para vivir en la verdad, educarnos y educar para poder vivir en la honestidad, educarnos y educar para poder vivir y trabajar con transparencia es el gran desafío para garantizar que en el futuro de Cuba no tengamos que lamentar la corrupción, achacándole a la libertad y a la democracia lo que es fruto y consecuencia de décadas y siglos de simulación y de materialismos de todo tipo.



En fin, décadas de abandono del cultivo de la espiritualidad de la gente y de la abolición del derecho público de la religión, en aras de una esperada sociedad distinta, han venido a desembocar en una sociedad que enfrenta hoy, luego de la larga espera de un paraíso que no llegó nunca, las mismas lacras y otras manifestaciones de corrupción que desde el principio combatió.

¿Qué ha fallado? La concepción del hombre, de la persona humana, que había en la raíz del proyecto que puso en el materialismo dialéctico y en el «desarrollo» económico de las fuerzas productivas los dos ejes fundamentales del avance de la sociedad. Mientras abandonaba, en la cuneta de la historia y de la sociedad, aquella dimensión subjetiva, espiritual, inmarcesible, inseparable de toda persona humana: su alma.

He aquí, en nuestra opinión, el origen y la fuente de toda corrupción y de todo mal. Apresurémonos en redimir la subjetividad de las personas, es decir, rescatar y curar su alma dañada por el materialismo y por el ateísmo filosófico o práctico. Curar con eticidad y espiritualidad. Curar y cultivar el alma de las personas con la verdad, la bondad y la belleza; y curar el alma de un pueblo que, por su tradición y por sus talentos, por su talante y por su historia, merece tener un espíritu sano y robustecido por valores trascendentes.

Por este camino Cuba no tendrá que lamentar un futuro peor. Este desafío no tiene que esperar a otros cambios. Es tarea inminente y cotidiana. Deben continuarla con mayor ahínco los que siempre han estado comprometidos con ella. Podemos emprenderla ya, porque el futuro apremia.

Pinar del Río, 2 de enero de 2004.





La violencia cotidiana

Año X. N° 60. marzo-abril 2004

Crece a nuestro alrededor y se hacen casi cotidianas las noticias de actos de violencia en nuestro país, en nuestra provincia, en nuestro barrio. Lamentablemente la violencia callejera, familiar y cotidiana se ha hecho una realidad demasiado frecuente, demasiado cercana. Amenaza con hacerse algo común.

Los medios de comunicación nos traen todos los días noticias de las violencias internacionales, de las guerras, de los genocidios, de los atentados suicidas. Parece ser que el mundo está hecho de estos ingredientes solamente. Pero nada se dice de las violencias más cercanas, las que conocemos por los rumores que después son confirmados, las que ocurren aquí, las que pudiéramos evitar y prevenir.

Es por ello que volvemos nuestra reflexión, una vez más, sobre la peligrosa espiral de la violencia. Esta vez para acercarnos a su dimensión más aleadaña, más frecuente, a la que, por desgracia, le damos menos importancia.

En efecto, se repiten cada vez más los hechos de maltratos familiares de esposo a esposa, de padres a hijos, de nietos hacia sus abuelos. Con frecuencia creciente nos encontramos escenas vergonzosas en plena calle, de madres que literalmente arrastran a sus niños pequeños, les propinan tundas frente a sus compañeros de escuela, les gritan desaforadamente que los van a matar, que les van a partir la cabeza en dos... y así una cantidad de frases, gestos, actitudes y hechos violentos que no parecen salidos de la boca de una madre, un padre, o una abuela. Pero las oímos y vemos cada vez más. Es la violencia familiar que se hace cotidiana y se vuelve casi normal.

No nos acostumbremos a la violencia familiar. No existe violencia menor, porque todas dañan la dignidad, la integridad, la psicología de los que la sufren y también daña a los que la ejecutan. No aceptemos tal monstruosidad como si nada ocurriera.

Otra manifestación de la violencia cotidiana son los ataques callejeros. Esos asaltos para robar, para la violación sexual, para el atraco. Todos podemos recordar alguno de estos hechos en nuestro propio barrio, en nuestra ciudad, en nuestra provincia. Los mayores podrán comparar: siempre han existido actos



de violencia, pero parece, que ni eran tan frecuentes, ni eran tan numerosos, ni eran vistos con tanta naturalidad o resignación como ahora.

Matar para robar en la casa de una anciana que vive con su nieto y ser el nieto un cómplice. Matar para robar un automóvil y hacerlo de día en plena carretera. Matar para arrancar del cuello una cadena o para llevarse una bicicleta. Matar por excesos pasionales o por simple envidia. Cada uno de nosotros conoce más de un caso. ¿Cómo es posible que nos acostumbremos a tales violencias? ¿Cómo es posible que las aceptemos como parte del mundo que cambia? ¿Hacia dónde está cambiando nuestro mundo, este de aquí, el más cercano, el mundo de mi barrio y de nuestras carreteras? ¿Cómo es posible que se silencien estos actos crueles, por muy «locales» o «intrascendentes» que se puedan considerar?

Es sobre esto mismo que deberíamos reflexionar: ¿Qué diferencia hay entre una mujer albanesa que es violada en Bosnia-Herzegovina y una mujer violada en un municipio de Las Tunas? La dignidad de ambas mujeres, el respeto a su integridad y la violencia que se les impone es la misma en cualquier lugar del mundo. Por un lado, no hay violencias menos crueles y más intrascendentes por no tener difusión y, por otro lado, no hay violencias «internacionales» que, por su difusión periodística, se hagan más deleznable. Esto es, por lo menos, una manipulación mediática. La violencia es igualmente condenable, es igualmente cruel, debe ser igualmente prevenida, en Cuba como en Madagascar, en Estados Unidos como en España, en Palestina como en Israel, en Iraq como en Haití.

Otra pregunta: ¿Por qué se silencian los hechos de violencia en nuestro país? No estamos hablando del morbo de la crueldad, no estamos hablando de la prensa amarilla que se regodea mostrando gráficamente, muertos, heridos y descuartizados. Eso no ayuda a nadie. Eso difunde la violencia y ofende la vista de los receptores y la dignidad de las víctimas. No es a eso a lo que nos referimos. Se trata de cuando se silencian las estadísticas de actos violentos, se obvian las noticias aún cuando sean pura información sin sensacionalismos o se deja de educar a partir de las lecciones de actos lamentables porque se desea presentar una atmósfera de normalidad dentro y de tremendismo fuera. Dentro, todo tranquilo; fuera, todo mal. Entonces lo que se logra es que la gente no le dé importancia a la violencia porque, como lo importante sale por la televisión y el periódico, pudiera deducirse que se trata de un acto menos grave, que no merece la pena condenarlo y sacar las conclusiones y lecciones de esas realidades.

Ni regodearse con la violencia, como en las películas norteamericanas del sábado, ni crear en los medios de comunicación una Cuba virtual que se aleja, cada vez más, de la Cuba real. Los extremos se tocan. Tanto pueden contribuir a la violencia la difusión de actos e imágenes violentas como silenciarlas de tal manera que pueda entenderse que son eventos sin importancia, de poca gravedad. La desinformación nunca educa, ni previene, ni alerta.

Ahora bien, informar sobre lo que está pasando en la realidad no evita el problema de fondo. El problema de fondo es encontrar las causas profundas



de la violencia. Es preguntarse ¿por qué crece la violencia familiar?. Y responder con sinceridad.

Es preguntarse ¿por qué crece la violencia callejera?. Y responder con honestidad.

Es preguntarse ¿para qué mata la gente?, ¿para qué asalta?, ¿para qué se organizan y juntan los delincuentes?. Porque sabemos que, raras veces, no hay al menos complicidad. Porque sabemos que raras veces son delincuentes aislados. En el mundo de hoy, y con las características de los hechos que conocemos, casi siempre hay varios implicados, hay varios que planean, unos asaltan y otros receptan, unos venden y otros compran, unos matan y roban automóviles y otros los modifican o desarmen y los venden. Esto lo hemos corroborado, incluso, por ese espacio de la televisión dominical que intenta presentarnos casos de este tipo en forma de programa policial.

Este tipo de «juntera» delincencial de hoy, puede conllevarnos a las mafias criminales de mañana. Es muy necesario atajar a tiempo esta tendencia, ese incipiente intento de organizar la violencia. Estas son las formas de asociarse verdaderamente peligrosas para la soberanía y la integridad de la nación. Estas son las formas verdaderamente dañinas para nuestra cultura y nuestras ideas. Si alguna batalla debe haber en serio y en firme es la batalla contra la verdadera delincuencia. El desorden social, lo hemos dicho varias veces, es señal de deterioro moral y un grave peligro para la gobernabilidad.

Vayamos a las causas: Es el deterioro moral y la necesidad material de las familias la causa fundamental de la violencia familiar y no se soluciona reprimiendo a los miembros más rebeldes de la casa, sino resolviendo, por un lado, las penurias de la vida cotidiana que van exacerbando, que van desesperando la paciencia y la cordura de la familia; y, por otro lado, más en el espíritu de la gente, resolviendo la penuria ética, la falta de educación para la libertad y el amor, la falta de educación para la tolerancia y el diálogo, la falta de educación para la justicia y la paz, mediante una verdadera y sistemática formación ética y cívica de las familias.

Vayamos a las causas: es el deterioro ético y cívico de la sociedad, y son las necesidades materiales de las personas menos favorecidas la causa fundamental de las violencias callejeras. En los estudios sobre el tema se colocan estas dos causas entre las principales: la marginalidad y la pobreza. Se asalta, sobre todo, para robar. Se mata, sobre todo, para robar. Y se roba cuando no hay vergüenza y cuando hay mucha necesidad. Nadie roba si tiene vergüenza, es decir, si tiene formación ética, aunque tenga mucha necesidad material. Pero de igual manera, nadie que tenga sus problemas materiales resueltos mata para robar, o asalta para robar, a no ser que sea un desarraigado de la familia y de la sociedad, un marginal, abandonado de su familia y de la sociedad. Y esto, se supone que no debería abundar en Cuba. Si los hay, como en toda sociedad, deben ser las raras y poquísimas excepciones. Y si no son las raras excepciones y comienzan a ser más que lo normal, es porque algo está fallando en nuestras familias y en nuestra educación.



Desterremos de nuestras familias el lenguaje agresivo y la permisividad moral. Y los golpes y las amenazas. No todo vale, ni todo «se usa», ni hay que aceptar la intolerancia y la violencia. Eduquemos a nuestros hijos en la decencia, en el diálogo y el silencio, en la disuasión y la firmeza de carácter. En la ternura y el amor. Y la violencia disminuirá.

Desterremos de nuestras escuelas el lenguaje agresivo, los gritos que escuchamos al pasar por las aulas, las amenazas de los educadores, los métodos impositivos, las sutiles manipulaciones, las explícitas campañas de la guerra que vendrá y la preparación militar que nos impulsa a defendernos de todo y de todos. Pasemos de la guerra de todo el pueblo a la paz de todo el pueblo. Eduquemos para el respeto que es el primer escalón de la paz. Eduquemos para la justicia que es el segundo escalón hacia la convivencia en paz. Eduquemos para la verdad que libera nuestras agresividades. Eduquemos para la libertad que nos libera de la represión. Eduquemos para el amor que es el más alto escalón de la paz. Y la violencia disminuirá.

Desterremos de nuestra sociedad la «cultura de la confrontación», el lenguaje ofensivo, las malas palabras dichas o sugeridas, la actitud siempre ofensiva y siempre agresiva contra enemigos y diversos. La cultura integral es educar para la convivencia pacífica, no para reprimir al que piensa distinto y sembrar el miedo en el que expresa lo que siente aunque sea verdad. Cultura es cultivo de lo bueno, de lo bello, de lo verdadero. Pero si el «cultivo» daña la planta no es cultura. Si para garantizar lo que consideramos la verdad se daña a la persona humana con la amenaza y la violencia institucionalizadas, eso no es cultura de la vida, ni cultura de la paz. Es sembrar violencia que, como todos sabemos, no engendra nada más que violencia. Educar para una cultura de la vida, de la civilización de la verdad, de la libertad de espíritu, para la formación de una conciencia moral libre y responsable, es el camino para que la violencia disminuya. Eduquemos para vivir sin doblez y sin ofensas... y la violencia disminuirá.

Pero no con más violencia ni con represión. Vayamos a la raíz del problema. Usemos los métodos y los medios de la educación, de la participación ciudadana, de la persuasión, de la personalización consciente y la socialización gradual y voluntaria.

Cuba, cada cubano, es decir, la Cuba real, lo necesita. Lo necesitamos todos, gobierno y gobernados, ciudadanos decentes y desarraigados. Pobres y acomodados. Los que pensamos igual y los que pensamos distinto. Es la paz ciudadana la que está en juego. Es nuestra convivencia pacífica de hoy y la gobernabilidad de mañana.

Pinar del Río, 12 de marzo de 2004





La salud pública

Año XI. Nº 61. mayo-junio 2004

La salud es un derecho esencial de toda persona humana. En el mundo en que vivimos éste es un derecho que no se pone en duda, es para todos y a él aspira todo hombre o mujer y todo pueblo. Tener salud, como ya es aceptado por todos, no es sólo la ausencia de enfermedad, ni es sólo prevenir las enfermedades, que es bastante. Tener salud es, además de todo esto, garantizar una calidad de vida en las dimensiones física, psicológica, moral y espiritual, que permita y favorezca el desarrollo humano integral de la persona.

Además, no se trata solamente de la salud de cada ser humano, se trata también de las condiciones sociales, políticas y económicas imprescindibles para asegurar a la salud los requerimientos ambientales, estructurales y jurídicos necesarios para que la salud sea una realidad en cada uno. A este conjunto de condiciones, servicios, estructuras, medidas organizativas, agentes de salud, políticas higiénicas, ecológicas y medio-ambientales, articulados en un sistema de salubridad coherente, eficaz y accesible para todos, se le llama salud pública.

Si nos acogemos a esta avanzada definición de salud, ningún pueblo sobre la Tierra ha llegado a éste grado máximo de salud pública. Todos aspiran a él, pero las condiciones económicas, políticas, sociales y culturales, no le permiten acceder, en la misma medida, a tal desarrollo. Esto crea desigualdades injustas e inexcusables. Como en todos los problemas sociales, en la salud pública puede haber avances y retrocesos, logros y errores.

Así ha sido también en Cuba, antes y después de la revolución socialista. Por ello debemos reconocer, tratar de conservar y hacer crecer todos aquellos logros, que antes del 1959 y después, han permitido a nuestra nación acceder a grados de salud pública no alcanzados por otros países desde la primera mitad del siglo XX y que, aún, algunas no tienen hoy.

Unos de esos logros, quizá el más significativo, ha sido el acceso a la asistencia médica y sanitaria independientemente de la posibilidad económica de los pacientes. Los amplios planes de vacunación, de educación para la salud, de atención a las embarazadas, a los niños y al adulto mayor, son otras de las conquistas que han provocado que el descenso de la mortalidad infantil, la red de centros asistenciales, la prevención de enfermedades contagiosas y



otros parámetros de salud hayan sido en Cuba superiores a otros países. Y esto no sólo viene de ahora, pertenece a una larga tradición sanitaria que tiene en Tomás Romay y Carlos J. Finlay, a dos de sus hijos más eminentes y en Solano Ramos, Pedro Kourí, Ángel Arturo Aballí, Millares Cao, Ramírez Corría, León Cuervo Rubio, Tebelio Rodríguez del Haya, Orfilio Peláez, etc. egregios exponentes, venidos desde todos los tiempos, épocas y especialidades.

Hoy, sin embargo, hay preocupantes señales de deterioro en este sensible aspecto de la vida. Si la salud pública no es una inexcusable prioridad, entonces las demás prioridades políticas, ideológicas, internacionales o del propio país, van permitiendo, aun sin querer, una decadencia en el sector que cuida, o debería cuidar, la calidad de la vida.

Estas señales pueden ser fácilmente comprobables por todos. Una primera señal, la más visible, pero no la más importante, es el daño físico, estructural, de nuestros centros de salud. Un hospital, o un policlínico, en cualquier ciudad de Cuba, tienen de tal forma averiadas, canibaleadas, despintadas y sucias sus salas, por no decir sus baños, salones de estar y lugares de servicio, que de ninguna manera uno puede sentirse en él como en un lugar para recuperar la salud y la estabilidad psíquica y espiritual.

No todo es fruto del desgaste normal ni de la depreciación de los equipos, es sobre todo fruto de la manía de saqueo que se ha generalizado en todos lados, ante la escasez de todo y sobre todo, de honradez e integridad personal; también es fruto de la indolencia, tanto de los responsables en todos los niveles como de los trabajadores, pacientes y visitantes, que llevados por el síndrome de la propiedad colectiva que es de todos y no es de nadie, abandonan toda responsabilidad sobre las cosas de su centro.

Otra señal es la falta de funcionalidad, la deficiente organización vinculada con la llamada atención al paciente y los mecanismos de remisión, consulta, hospitalización, etc. Los niveles de excelencia en los centros de salud no dependen solamente de los recursos materiales, ni del estado estructural del edificio, hay una gran dosis de responsabilidad en el mal uso y mal trato de estas instituciones y de las personas que acuden a ellas, por razones estrictamente organizativas.

Tal parece que, al organizar un hospital o un simple centro de atención primaria, lo primero no sea facilitar la estadía, el tránsito y la curación de la persona del paciente, pues el estilo de organización del centro se basa prioritariamente en cumplir normas impersonales, regular y entorpecer los servicios, prohibir el acceso y la estancia en lugares, retardar la atención con trámites y exigencias ajenas a lo estrictamente médico, complicar las relaciones entre el paciente y el personal de servicio médico y paramédico y con sus familiares. En fin, lo organizativo no siempre hace más funcional, personalizado y, en lo que cabe, placentero, el «paso» siempre angustiante de asistir a un centro de salud, sino que parece que la organización está allí para hacer más penoso, más largo, menos discreto, más pública la enfermedad del paciente, su exposición a la vista de todos, su peloteo de mano en mano y la manía de no facilitarle las cosas.



Así ocurre también con el acceso a ciertos tipos de exámenes, estudios y a tecnologías y aparatos que, por su complejidad y escasez, por su necesidad y eficacia, se convierten en procedimientos de difícil acceso y motivo de gestiones extra-institucionales que ponen el «socialismo», la corrupción y las posiciones sociales, además del acceso a los dólares, como premisas para poder acceder a una resonancia, por ejemplo, o a otros medios técnicos, exámenes y pruebas. Si para cualquier examen radiológico, reactivo para análisis, ultrasonido, o tomografía axial computarizada, uno, además de sufrir la incertidumbre de la enfermedad, no puede acceder fácil y directamente, por derecho propio, sino que ha de mendigarlo, gestionarlo, o como decimos para encubrir esos verbos, «resolverlo» a través de amistades, como favor y dádiva, entonces algo anda muy mal en el sector de la salud.

En el plano de los programas de salud y de su organización sistémica debemos considerar que ha existido un intento, un programa y una experiencia de atención primaria de salud, en el cual se establecía una dinámica donde el médico de familia debía “ir en busca de la persona, del vecino, sano o enfermo”. Si lo encontraba sano, lo educaba para la salud y lo prevenía de posibles riesgos y enfermedades. Si lo encontraba enfermo, lo consultaba, lo trataba, le daba seguimiento hasta reincorporarlo a la población sana. Los diferentes programas de atención a personas de alto riesgo de enfermedades, embarazo y natalidad, campañas de vacunación y otros, fueron concebidos al alcance de las familias y al alcance de la capacidad de trabajo media de los médicos y la enfermera.

Pueden existir diferentes valoraciones sobre si este sistema de atención primaria era efectivo, sobre si respondía a una vocación personal o a una política de salud, de si en algunos lugares se llegó a construir el consultorio o se adaptó un local...Lo que se discutía era su efectividad, su pertinencia en un país como el nuestro, su real necesidad general o en áreas específicas, entre otros temas. Ahora no es así, los médicos de familia han sido sacados de nuestros barrios para ser enviados a otros países. Ahora no existe un médico para cada consultorio, los que quedan no alcanzan humanamente a atender ni medianamente su nuevo radio de acción y la carga sobre ellos es agobiante y generadora de tensiones que afectan a los pacientes y a la misma persona del médico y la enfermera.

No estamos cuestionando la solidaridad internacional, ni el sentido humanista de la ayuda al que lo necesite; es incluso muy cristiano ofrecer toda la vida por el bienestar de los demás o curando a quien sufre, lo que nos estamos cuestionando es si esto tiene algún sentido cuando no nace de una motivación profunda del médico, ni de un sentido suyo de humanidad, o de solidaridad, sino de una orden, de una decisión venida de arriba. O cuando esa motivación es simplemente económica; para mejorar en algo las penurias de aquí se marchan los médicos para cualquier país, donde están seguros de tener alguna mejoría económica, aun a costa de sus familias, de su estabilidad matrimonial, de la atención a sus hijos, de la permanencia en su país y hasta de su propia carrera profesional.



Por otro lado, así como no hay derecho a presionar de diferentes formas, aun las muy sutiles, para enviar médicos a misiones decididas con criterios políticos, tampoco hay derecho a retener, por dos, cinco o hasta diez años a un profesional de la salud que desea, personal y voluntariamente, marcharse a otro país. Es necesario volver a decir que es un derecho inalienable de la persona humana salir y entrar de su país y hacerlo de modo voluntario, libre y sin presiones o retenciones de ningún tipo. Sea médico, enfermera, profesional de cualquier especialidad o un obrero o ama de casa.

Es verdad que un gobierno debe evitar el éxodo de profesionales o robo de cerebros, esto es legítimo y debe ser una preocupación para todos los gobernantes, pero no parece ser el método más adecuado retener por decreto a esos profesionales, o lo que es peor, sin un documento público, porque sería anticonstitucional e iría contra las propias leyes del país, que una llamada «orientación» interna de los ministerios concernidos dilate a voluntad de los funcionarios de las provincias y de la nación, la salida de esas personas que, además de los trámites migratorios, necesitan otro permiso de «liberación» de su ministro. Es sintomático que se le llame popular y hasta oficiosamente así: «liberación»...entonces, ¿cómo están los profesionales en Cuba en cuanto a su posibilidad de viajar?

Ya decíamos que es y debe ser preocupación del Estado evitar la fuga de cerebros, es decir, la salida tempestuosa de profesionales de uno o varios sectores pero si esta existe, el método no debería ser éste. Entonces, ¿cuál debería ser?. Pues creemos que lo primero es preguntarse ¿Por qué se quieren marchar tantos médicos y profesionales? ¿Por qué en nuestro país los profesionales progresan menos que aquellos a donde van y vienen con una ayuda material para su familia? ¿Por qué un especialista eminente y profesor brillante tiene que marcharse incluso a un pequeño país para mejorar su «situación»?

La solución no está en «retener» y «liberar». Esto es decidir por los demás, violando sus derechos. Quizá una solución sería crear aquí las condiciones de vida, de trabajo, de respeto, de retribución económica y de consideración social siempre tenidas con los médicos y enfermeras cubanos, en todos los tiempos. Arreglando las condiciones referentes al médico, al personal paramédico y a las instituciones de salud de aquí, con los recursos invertidos en otros sectores y programas no tan esenciales como el de la salud, donde se invierten muchos recursos financieros, materiales y humanos. Se trata de dar prioridad a lo que se le debe dar, y que esto se vea y se pueda disfrutar en la vida cotidiana de quienes sirven en este sector que es responsable de la calidad de vida.

Otro signo, que consideramos más importante y más molesto y el menos relacionado con la situación económica del país, el embargo, una mala administración, o cualquier otra razón del deterioro de este sector es la falta de humanización del trato y de las relaciones paciente-personal médico y paramédico, por no decir con el personal auxiliar o de servicio, ya sea de limpieza o custodios. Humanizar los servicios de salud no es decir, “mi amor”, o “mi niño” o “mi abuelo” a un paciente y luego mantenerlo desnudo a la vista de



todos, o alargar sus esperas, o no atender a sus exigencias, o sencillamente lo que escuchamos con frecuencia: “desmaya a ese viejo, no le hagas caso”.

Humanizar los servicios de salud, consiste en creer, en estar convencidos de que los pacientes y sus familiares, las enfermeras y el personal de limpieza, todos, son seres humanos, son personas, son dignos de respeto, de privacidad, de información, de agilidad en la atención, de evitar las exposiciones públicas de su cuerpo, de su psiquis, de su enfermedad, de su tratamiento y de una estancia en los centros de salud acorde con esa dignidad y con los derechos de los enfermos y sus familiares.

El actual deterioro de nuestro sistema de salud no es, en nuestra opinión, debido, ni solamente ni en primer lugar, a medidas de embargo o bloqueo venidas del exterior; esa situación influye, pero consideramos que si la salud pública se ve más afectada en los últimos años, es consecuencia de la crisis por la que atraviesa Cuba, fruto a la vez de las decisiones y medidas tomadas por las autoridades correspondientes en el interior de nuestro país.

No debemos quedarnos en el lamento, tampoco debemos acostumbrarnos a la calamidad. La queja amarga, así como la indolencia ante lo mal hecho son dos males que corroen el alma de la gente y el espíritu de los pueblos. No sea así entre nosotros. Busquemos, con la participación de todos, los remedios ágiles y eficaces para volver a elevar la salud pública en nuestro país a los niveles que había alcanzado. Todos debemos contribuir con nuestras iniciativas y decisiones: que las autoridades revisen sus prioridades y sus políticas de salud, para que la búsqueda del bien común de la casa-Cuba pueda combinarse, sin detrimento del sistema de salud cubano, con la solidaridad internacional. Eso es encomiable, pero, como dice un refrán criollo, “no se puede desvestir a un santo para vestir a otro”.

Que en medio de la actual crisis económica se busquen aquellas prioridades que verdaderamente tocan la vida cotidiana de los cubanos, su salud, su alimentación, su vivienda, y otros aspectos que, por lo menos, alivien el agobio cotidiano.

Que se mejore el clima de convivencia al interior del país y en sus relaciones internacionales. Que cese cualquier cosa que haga irrespirable la atmósfera, que todos los cubanos puedan “ser los protagonistas de su propia historia personal y nacional”- como dijera el Papa.

Un adecuado sistema de salud pública requiere, en primer lugar, un clima nacional de sosiego, no de más crispación; de trabajo creador no de batallas numánticas; de paz en el alma y en los medios de comunicación, en el hogar y en las escuelas, en los centros de trabajo y en el lenguaje utilizado por todos. La violencia y la crispación de gestos y palabras, de campañas y preparativos de guerra e invasión, deben cesar porque no ayudan a nadie, no dejan trabajar en paz a los ciudadanos concentrándose en lo positivo de la creación e inquietan los ánimos que luego son difíciles de calmar y pueden explotar en cualquier momento en desahogo incontenible de cargas acumuladas. Los médicos, enfermeras y técnicos de la salud tienen derechos y no sólo deberes. La inmensa



mayoría de ellos son personas competentes y humanas, pero ¿tienen las condiciones mínimas para desempeñar bien su elevada profesión?

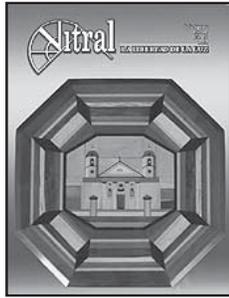
Nadie puede curar por un lado lo que la incertidumbre y la angustia destruyen por el otro. Nadie puede concentrarse en lo que está haciendo si al mismo tiempo está pensando que debe dejar su familia y su casa, su país y su centro de trabajo para marchar a cualquier lugar. Nadie puede llevar sobre sí las cargas de trabajo de quienes se marchan, los agobios de su casa y su familia y, al mismo tiempo, atender sosegada y profesionalmente a sus pacientes. Es un problema ético de los profesionales y un problema de derecho de los pacientes y de sus familiares. Es un problema del cuerpo y del espíritu de todos detener este daño antropológico, crear un ambiente de paz y perspectivas halagüeñas para todos los trabajadores de la salud. Recuperar lo deteriorado y lograr un clima de estabilidad de espíritu, de estructuras, de proyectos y de progreso para todos, serían pasos seguros en el sentido de lo que necesitamos y tendríamos derecho todos, enfermos y sanos.

Esto sería como el comienzo de la recuperación de los niveles de la calidad de vida que, como todos sabemos, es el fundamento y el centro de todo sistema de salud.

Cuba lo necesita ya.

Pinar del Río, 30 de abril de 2004.





El descanso, la recreación y el tiempo libre

Año XI. Nº 62. *julio-agosto 2004*

Los meses del verano en nuestro país todavía son vistos como los meses de descanso y vacaciones. Por una parte el clima de intenso calor y, por otra, la tradición de receso escolar y otras actividades, conllevan a muchos a pensar en su tiempo libre, aún cuando eso se reduzca, en no pocos casos, a sólo una reflexión no tan posible de realizar.

Deseamos hacer un aporte a estas reflexiones que forman parte de la vida cotidiana de nuestro pueblo y que, quizá necesiten de otras dimensiones y aristas.

Efectivamente, lo primero debería ser que consideramos esta dimensión lúdica, recreativa y de descanso como una parte importante y constitutiva de la naturaleza humana. La persona del hombre y la mujer no ha sido creada por Dios sólo para trabajar y, mucho menos, somos un fruto mecánico del trabajo, como expresa el marxismo. Tampoco el trabajo fue creado por Dios como castigo para el ser humano, como falsamente expresa un viejo merengue dominicano. También es desmesurado decir que las personas viven para trabajar, sino que más bien todos trabajamos para vivir y hacer la vida más creativa, más hermosa, más humana.

Por otro lado, decir que el descanso laboral es un tiempo «libre» y que cuando pedimos salir del trabajo es que nos van a «liberar», es todavía una lacra que arrastramos de la era de la esclavitud o el trabajo forzado. Todas estas son visiones falsas de la relación fundamental y dinámica entre trabajo y descanso. En los tiempos que vivimos, tanto el trabajo como el descanso deberían ser vividos como tiempos libres. Ya que todos los seres humanos nacemos y crecemos libres e iguales en dignidad porque Dios nos ha querido así, ningún poder humano puede arrogarse la prerrogativa de «liberar» o «retener» a ningún ciudadano que trabaje y viva como una persona libre y honesta.

Otra cosa es cuando ese ciudadano viola el buen comportamiento social y debe ser detenido para ser reeducado -se supone- en un centro penitenciario. Pero ese no es, ni debería ser, el caso de nuestros centros de trabajo. Allí estamos libremente y allí deberíamos trabajar y descansar cuando lo necesitemos y lo decidamos con plena libertad y en coordinación libre con la



autoridad laboral. Lo otro sería explotación del hombre por el hombre o del hombre trabajador por el Estado empleador.

Se hace cada vez más necesario en Cuba dar sentido a este elemento, indispensable para la salud humana, que es el ritmo entre el trabajo y el descanso. Aquí estamos viviendo en plena agonía que ni siquiera puede ser llamada trabajo, porque si lo fuera plenamente, debería darnos lo que necesitamos para vivir, poder descansar, disfrutar de una sana recreación y poder tener la seguridad de la casa y de la familia. Esto, como todos sabemos, no ocurre aquí en la mayoría de nuestros hogares. El salario es injusto y no alcanza ni para la alimentación básica, el nivel de vida ha bajado hasta hacer de la existencia una «lucha» desesperante y no una liberación gozosa de toda alienación y atadura injusta, como coinciden en afirmar tanto el cristianismo como la teoría del marxismo.

Por tanto, lo primero de todo sería que no se puede restablecer el sano equilibrio entre el trabajo y el descanso cuando los salarios son insuficientes y las condiciones laborales y de recreación son penosas. Luego, la raíz del problema del descanso humano son los salarios justos que permitan a la familia del trabajador tener la indispensable seguridad de vida, es decir, que no tengan que salir de su trabajo para entrar en otro que es, además, ilegal y perseguido y que se convierte en la verdadera «lucha» diaria por la subsistencia. Sin trabajo no hay país... y sin salario no hay descanso.

Otra condición indispensable es que existan espacios adecuados y accesibles para el descanso. En efecto, ni siquiera tenemos en nuestro hogar un espacio físico y psicológico para el descanso y el sosiego; si nuestra casa es un verdadero infierno y no tiene las más mínimas condiciones para reposar en familia; si la promiscuidad, la violencia doméstica, la continua intromisión de personas ajenas y la fatal desconfianza entre vecinos e incluso entre familiares bajo un mismo techo, hacen imposible tener un modesto y pequeño lugar para descansar la cabeza, ¿qué pudiéramos decir, entonces, de otros espacios de sano descanso y recreación?

Todos sabemos que lo que queda para aquellos cubanos de a pie y ni siquiera para la inmensa mayoría de ellos, son esos lugares inenarrables que llaman «campismos». Todo lo demás es «resolviéndolo» con influencias o con mucho dinero que muy pocos tienen. Los lugares concebidos desde siempre para el descanso y la recreación en ambientes naturales como playas, montañas y valles, están reservados injustamente, para los extranjeros y nacionales que tienen dólares para gastar en unas vacaciones. Y todos sabemos que esos hoteles y demás instalaciones no están al alcance de la inmensa mayoría de los cubanos, para no decir que no están al alcance de ninguno de los trabajadores cubanos porque, aún cuando estuvieran años ahorrando, no pueden pagar con el dinero de sus salarios, siempre insuficiente y sin ningún valor en esos lugares.

Un solo ejemplo, reciente por cierto pues hace poco tiempo no era así, es el «peaje» que los cubanos debemos pagar, en dólares, para pasar a «ver», sólo a ver, el Complejo Turístico Las Terrazas. ¿Cómo es posible que un cubano



trabajador no pueda pasar por una carretera de su país para disfrutar con su familia, o para disfrutar con unos amigos, de un paraje de los más bellos de la naturaleza de su patria? Los problemas financieros de una instalación como ésta, donde trabajan cubanos muy buenos y luchadores, como la mayoría de nuestros compatriotas, no deben hacer perder la perspectiva de la segregación que supone exigir un pago en una moneda que no es la nuestra ni la de nuestros salarios. No puede perderse esta perspectiva porque se pierde al pueblo, aún cuando se ganen turistas y dinero para ese mismo pueblo.

Otro de los elementos de esta reflexión debería ser la utilización del tiempo y no sólo de las instalaciones y espacios naturales. Hace casi 20 años la Iglesia en Cuba puso su atención sobre este asunto en su más importante reunión de las últimas décadas. Me refiero al Encuentro Nacional Eclesial Cubano (ENEC) que se celebró en febrero de 1986, luego de cinco años de intensa y capilar preparación en toda Cuba. Escogemos un párrafo de tan vigente reflexión:

“En cuanto al tiempo libre, debe lograrse un equilibrio en la recta utilización del mismo, de modo que eduque, que refresque el espíritu, que dinamice el organismo humano, que facilite la reconciliación con la naturaleza y facilite también los espacios de oración, contemplación, reflexión, encuentro en familia y relación con los amigos. Debemos cuidar, asimismo, que la recreación sea variada, que conduzca a la formación moral, contribuya al sano y educativo esparcimiento del hombre en la familia y en la sociedad, evitando identificar la recreación con los excesos en la ingestión de bebidas alcohólicas o con las relaciones sexuales irresponsables y egoístas... El descanso semanal del domingo, las vacaciones periódicas y el tiempo diario de esparcimiento deben marcar el ritmo natural y necesario en la vida de las personas, de manera que contribuyan a su equilibrio interno, a su desarrollo humano y a sus relaciones sociales.” (ENEC, nos. 592 y 593)

Quizá deberíamos empezar por reconsiderar el mismo concepto de recreación que se ha ido generalizando en las últimas décadas entre los cubanos. Si alguien habla de fiesta, inmediatamente, se identifica con bebidas alcohólicas y, aún más, una fiesta estuvo «buena» si todos salieron borrachos y al otro día se alardea de ello en el trabajo y entre amigos. La razón principal de la fiesta, de la recreación, que es pasar un rato de sano esparcimiento para refrescar el alma y estrechar los lazos de amistad, no es mencionado ni en primero ni en segundo lugar, y en frecuentes ocasiones ni siquiera es tenida en cuenta. En un país donde se identifique la fiesta y la recreación con el alcohol y el relajo, algo anda muy mal en la vida, en la cultura y en el espíritu de la gente.

Signo del deterioro ético y conceptual del cubano con relación a la diversión, la fiesta y la alegría son los actuales carnavales. Los que tenemos más edad recordamos estas fiestas como una ocasión anual para salir con toda la familia, sentarnos en nuestras calles principales para disfrutar de la belleza, la buena música y la buena presencia de las carrozas y comparsas, cada una de ellas con un significado cultural y un mensaje humano, llenas de artísticas iniciativas



y de verdadera elegancia. ¿En qué se han convertido hoy estas carrozas y comparsas? Es mejor no describirlas.

Luego se impuso esa desafortunada costumbre de las «trochas» que no existía en nuestras provincias occidentales y que se han convertido en verdaderos tugurios repletos de corrales, todos iguales, hechos de maderas de desecho y cualquier cosa más, con la más lamentable falta de higiene, concebidas con el apuro y la falta de creatividad de quien tiene que «cumplir» una tarea de la empresa o el organismo. A eso le llaman «áreas cerradas» nombre que no se sabe bien qué significa y que tiene el cuño uniformante y monótono de la más triste mediocridad.

La significativa disminución de la presencia de toda la familia, en estos festejos es la mejor evaluación del grado de vileza e inhumanidad de eso que llaman «fiestas populares».

Cada año, al llegar estos meses de supuestas vacaciones y sana recreación, un viejo refrán viene, cada vez, con más frecuencia y razón, a nuestra memoria: “A pueblo en miseria, pan y feria” y su correspondiente complemento: “Y si no hay pan, más feria”.

Y la lógica pregunta ante la distracción manipuladora de los organizadores, ¿Qué es lo que celebramos? ¿Cuál es el sentido de la fiesta? En realidad, ¿Hay motivos para celebrar? ¿Cómo anda nuestra vida cotidiana antes y después de eso que llaman fiesta?

Todos sabemos que una de las respuestas es “no importa, no es para pensar, es para desconectar de la lucha diaria”. He aquí la sabiduría popular y su desidia. Esta es la manera de escapar de la realidad. Es, sencillamente, la peor de las alienaciones. Porque viene disfrazada de diversión, de fiesta, cuando en el fondo es ruido para no oír lo que la vida, el corazón y la conciencia nos reclaman. No es fiesta, es oscuridad y taberna para no ver ni pensar, por una semana, en lo que está pasando. Es, en efecto, diversión, pero en el sentido que tiene esa palabra de divergir, de distraer de lo esencial, de lo verdadero, de desviar la vista de lo que de verdad importa. Nada más lejano de lo que es auténticamente popular que este tipo de «diversión» manipuladora e innoble.

Pero todos necesitamos celebrar, todos necesitamos la fiesta, todos necesitamos el descanso y la sana y consciente distracción, no para “desconectarnos” con un sustituto de droga alienante de la realidad, sino para retomar fuerzas para seguir transformándola. La fiesta y el descanso son para tomar distancia, no para apagar la realidad; y tomando distancia, ver más clara la realidad, sus causas, sus efectos, sus remedios; así, descansados y renovados con el contacto con la belleza natural y humana, no con la inmundicia y lo grosero, reemprender un nuevo ciclo de trabajo y estudios con corazón sano, alma renovada, creatividad estimulada, voluntad fortalecida y cuerpo descansado.

¿Son así nuestras vacaciones? ¿Tienen nuestras fiestas y recreaciones estos resultados? ¿Esto es lo que queda en nuestro espíritu, en nuestro cuerpo y en nuestra psicología al terminar un tiempo libre, un descanso de fin de semana o



unas fiestas llamadas populares? ¿O lo que queda es cansancio, resaca, obstinación renovada por la nostalgia del escape y asco de la vida?

Cuando el espíritu de un pueblo ha sido reducido a ras de tierra, o ha llegado a ese nivel como consecuencia de un sistema de vida, se hace un daño al ser humano muy difícil de reparar. Cuando se considera lo «popular» como lo burdo y lo más bajo, no tanto en los discursos sino en la práctica cotidiana, se hace un daño a la cultura de un pueblo que lleva años reparar. Cuando no se respetan los tiempos de descanso diario, los fines de semana, las vacaciones periódicas de todas las personas y se les presiona para entretenerlas con un ritmo frenético y desahogado de trabajo o rastrea distracción, se violan los derechos de los trabajadores, se lesiona su alma y se provoca una ruptura, a veces irreparable, en su equilibrio interior.

Venga ya, regrese ahora, el sentido humanista de nuestras fiestas, la elevación del alma cubana a la altura que merece. Retornen las mejores y auténticas tradiciones de nuestros carnavales y quede atrás lo que en ellos rebaja al hombre y a la mujer. Venga la libertad para el tiempo de trabajo y para el tiempo de descanso. Venga la sana “re-creación” que nos haga parecer más al Creador y nos reconcilie con la creación. Démosle vacaciones a la vulgaridad, el alcoholismo y a la triste fealdad y vengan las vacaciones para descansar de verdad. Venga también el sentido cristiano del domingo y el respeto a todas las religiones y sus humanísimas tradiciones.

¿Será posible que ninguno de los eminentes especialistas con que cuenta nuestro país dedique parte de su tiempo, no del de su descanso y el de su familia, sino del tiempo de su trabajo a investigar y proponer soluciones dignas y humanizantes para este problema del descanso, el tiempo libre y la sana recreación? ¿O será que esto es considerado por los que deciden y los que estudian como un problema menor? ¿Será que las prioridades de la defensa y la batalla de ideas, no dejan espacio para estudiar y remediar la salud mental y el equilibrio psicosomático de los cubanos?

En fin, ¿qué será primero la persona humana o las prioridades que otros le imponen?

¿Qué será más importante la integridad física, psíquica y espiritual de las personas o la integridad de un programa o de un sistema? No hay país sin personas sanas. No hay sistema que se sostenga sin personas sanas y equilibradas. No hay programas sociales o económicos o culturales que progresen con personas rotas por dentro, distraídas por fuera, manipuladas por arriba, rodeada de crispación por todos lados.

Todos somos responsables de esto. Todos. Unos por imponerlo. Otros por aguantarlo. Otros por no pensar. Otros por pensarlo y no expresarlo. Otros por pensarlo y expresarlo pero quedarse en el lamento estéril. Otros por querer pensarlo, decirlo y actuar... pero muy lejos de aquí. Desde la otra orilla. Algunos de ellos, a buen recaudo y buen descanso.

Así Cuba no se arregla. Así no podremos descansar realmente de la “agonía por la Patria” de la que vivió y habló Martí.



¿No sabremos los cubanos, por nosotros mismos, levantarnos de tanta distracción soez y reconstruir nuestro tiempo libre que debe ser toda nuestra vida: trabajo y descanso?

¿No sabremos los cubanos, por nosotros mismos, descansar de tanta angustia sin huir de ella a otras tierras o a nuestro mundo virtual y sin meter la cabeza en un hueco, que puede ser llamado lo mismo «área cerrada» que «batalla de ideas»?

Nosotros creemos que sí.

Y Cuba descansará.

Pinar del Río, 14 de julio de 2004.





Que cesen los ruidos

Año XI. Nº 63. *septiembre-octubre 2004*

En aquella larga agonía de los diez días del mes de agosto, en que toda la provincia de Pinar del Río y alrededor de un millón de cubanos sufrimos un largo apagón provocado, en primera instancia, por el huracán Charley y luego por la incapacidad del gobierno de restaurar sus daños con la celeridad requerida, tuvimos la oportunidad de reflexionar, sin agua y sin luz eléctrica, en medio de la lucha por la subsistencia, en un elemento colateral, aparentemente sin importancia ante tanta necesidad e incertidumbre: sometidos obligatoriamente al silencio, pudimos comparar la diferencia entre el ruido y su ausencia.

En efecto, estando paralizada la ciudad, cesaron algunos de los ruidos que nos «distraen» cotidianamente: los radios vociferantes que nos traen las noticias de una Cuba virtual o una provincia imaginaria que no tienen nada que ver con la pura y dura realidad. Las grabadoras a todo volumen agrediendo el oído de los vecinos y lejanos con una percusión repetitiva y sin sentido que aturde nuestra capacidad para pensar en lo que vivimos, para concentrarnos en lo que hacemos, para vivir en paz. Los televisores cuyas imágenes pintan de color un mundo irreal que es presentado sólo en blanco, para lo que se desea describir sobre Cuba y en color negro para el resto del mundo; los televisores que distraen con un venenoso ruido desinformativo y una algarabía novelesca que no tienen nada que ver ni con la verdad ni con la vergüenza.

Según el diccionario de la Real Academia Española la palabra ruido tiene varios significados cuya primera acepción es: "sonido inarticulado, por lo general desagradable." De estos ruidos están llenas nuestras casas, nuestros barrios y centros de trabajo, nuestros hospitales y policlínicos, nuestras escuelas y universidades, las tiendas y los mercados, nuestras ciudades y ... hasta nuestras iglesias y funerarias. El ruido llega a ser insoportable, inhumano y salvaje. ¿Es este ruido imparable, agresivo, propio de un pueblo civilizado? ¿Es esta chusma vociferante la representación y la verdadera imagen de un país cuya dirección expresa que es el pueblo más culto del mundo?



No estamos hablando del sonido natural de la vida, ni de la agradable alegría comunicativa de los cubanos. Estamos hablando de los gritos desahogados de acera a acera, de lo alto de un camión a los indefensos transeúntes que deben soportar cualquier tipo de improperios. Estamos tratando de la forma en que una madre se desgañita aturdiendo a su hija o a su hijo pequeño que no atina nada más que a taparse sus oídos con ambas manos. Nos estamos refiriendo a esos saludos repletos de malas palabras, de vulgaridades sin nombre que parecen estar imponiéndose como señal de camaradería. Cuando se sustituyen los nombres y apelativos decentes por lo que comúnmente se consideraba como una ofensa gravísima y esto es espetado por una mujer joven que grita a un muchacho que va en una bicicleta y aquel le responde con otra barbaridad y ellos siguen contentos del saludo y los que lo escuchamos no reaccionamos ante tanto ruido soez, algo muy grave se está rompiendo en el alma de los cubanos.

No estamos aludiendo al bullicio natural y agradable de los lugares públicos que mantienen un rango saludable de sonidos que hablan de un pueblo vivo. En estas largas y calurosas noches y en estos agobiantes días de lucha por el agua y los alimentos más esenciales, el silencio no era natural era de muerte civil, no era un silencio ecológico era el cansancio desesperado del que no le quedan ya ni fuerzas para gritar o está paralizado por la impotencia de no poder vivir ni tener con qué llegar al día siguiente. Nadie quiere tampoco ese silencio sepulcral de una ciudad, de un pueblo, condenados a la parálisis por un huracán cuyas consecuencias duran ya demasiado.

Estamos refiriéndonos aquí a las estridencias de una motocicleta cuyo nombre es «bergobina» y cuyo ruido insoportable es comparado por la sabiduría popular de nuestro pueblo con la existencia de ese otro ciclón con mucho ruido y poco avance. Estamos reflexionando aquí acerca de esos camiones renqueantes y destartados que, además de envenenarnos con una nube de humo que realmente daña la salud de los ciudadanos en un país que se considera una potencia médica mundial, no son parados, ni desactivados, ni prohibida su circulación. Todo lo contrario, esos camiones, rastras y automóviles, la inmensa mayoría estatales, pasan y aprueban las inspecciones técnicas llamadas «somatones» cuyo nivel de corrupción permite que esos equipos sigan contaminando de humo y de ruido nuestras calles y ciudades.

Estamos pensando también en esos altavoces colocados los domingos y, también, días de entre semana en el parque justo frente a nuestras iglesias o en los establecimientos públicos, justo al lado de ellas, como un cine o un área de diversiones, esos amplificadores enfocados hacia nuestras iglesias cada vez que en ellas celebramos nuestros actos religiosos o cuando el sacerdote o las religiosas están descansando de su trabajo, como tienen derecho a descansar todos los vecinos que viven alrededor de la iglesia, o del cine, o del área de bailes y que al otro día tienen que ir a trabajar. En un



pueblo o en un país donde esto suceda y se siga permitiendo, aun cuando los fieles cristianos y los pastores, curas y monjas lo han señalado a las debidas autoridades, en ese lugar ni se respeta la salud física y psíquica de los ciudadanos, porque la bulla daña la integridad psicosomática de los que la sufren, ni hay respeto a la verdadera libertad religiosa porque se entorpece, con el ruido ensordecedor, el culto, el descanso y la paz que debe haber en los templos.

La incapacidad de un pueblo de hacer silencio es un daño antropológico que debe ser sanado y prevenido. La imposibilidad de guardar ciertos rangos de comportamiento, de poder aguantarse sin hablar en una iglesia o en una funeraria, la incapacidad de un pueblo de aguantar sin moverse inútilmente, sin arrastrar las sillas donde están tirados, sin registrar la jaba chillona – nunca mejor llamada- sin necesidad alguna de hacerlo, sólo para mortificar, sin querer, al que está rezando o conversando al lado, es señal de que algo no está bien en la salud mental de esas personas.

Ese daño psicológico es consecuencia de la contaminación ambiental que provoca el ruido, ese sonido inarticulado desagradable. Y evitar el ruido como contaminación ambiental es responsabilidad de todos y cada uno de los ciudadanos de un país civilizado, que aspira a ser o se llama, culto.

Es también, y en primer lugar, responsabilidad de los padres, educar a sus hijos en el silencio respetuoso, en la reflexión meditativa, en la introspección que reconoce y estima todo un mundo de valores y sensaciones en su interior. Unos padres que no dedican tiempo para educar y entrenar a sus hijos en la meditación, en aprender a escuchar sosegadamente, sin miedos ni prisas, el sonido del silencio interior, han perdido la mitad de su tarea educativa, porque hay más riqueza y fuerza, hay más valores y sentimientos, hay más espiritualidad y cultura, dentro del alma de los seres humanos que en todos los programas educativos de las escuelas, de los centros culturales muchas veces vacíos de sentido, repletos de ruidos para aturdir y lavar la propia interioridad, esfuerzos educativos y culturales externos a su subjetividad, ajenos al ritmo de su alma, incluso contrarios al cultivo del espíritu de nuestros hijos.

Faltan gravemente a sus deberes los padres que abandonan esta fundamental e insustituible dimensión interior de la educación de sus hijos y violan groseramente ese derecho de los padres las escuelas que enseñan a hacer una «bulla», los educadores que gritan por fuera y apabullan por dentro para no dejar pensar y expresar los sentimientos y los pensamientos de sus alumnos por miedo a la verdad. Los violan también los medios de comunicación social que sólo cultivan el ruido y la distracción de la mentira. Los violan, en fin, los que siendo responsables de los gobiernos de los pueblos no priorizan esta dimensión de la sanidad ambiental y ecológica.

Educar para el silencio y la paz es también responsabilidad de nuestras escuelas y educadores, de nuestras Iglesias y formadores cívico-religiosos. Pero, ¿cómo se podrá formar para la introspección y la contemplación



sosegada si nuestras escuelas son, en ocasiones, la primera fuente de ruido en el barrio? Es fácil identificar una zona escolar ya sea por los gritos de las maestras, ya sea por la bulla forzada y muchas veces ensayada de los alumnos. ¿Qué es sino esa manía salvaje de enseñar o permitir que los niños y adolescentes que van en los ómnibus hacia su internado vayan gritando sin freno y sin respeto todo el tiempo y en ocasiones vociferando groserías a los transeúntes? ¿Quién permite eso? ¿Quién lo considera una gracia? ¿Quién lo fomenta para distraer la amargura y la desolación que sienten en lo profundo de sí los muchachos que cada once o quince días tienen que desgajarse de sus hogares para ir a malvivir a las becas? ¿Por qué esa bulla logra distraer y engañar también a los padres que creen o simulan que sus hijos van «contentos» para sus becas? Ese ruido también debe cesar y los padres no podemos hacernos los desentendidos de lo que ese ruido intenta sofocar en el interior de nuestros hijos que llegado cada comienzo de curso y cada entrada del llamado «pase», como si fueran presos o militares, hacen lo indecible para retardar o burlar ese encierro lejos de sus familias y de sus amigos naturales del barrio.

Otras acepciones que trae el Diccionario de la Real Academia Española sobre el ruido son: Litigio, pendencia, pleito, alboroto o discordia. Apariencia grande en las cosas que no tienen gran importancia. Repercusión pública de algún hecho. Sus declaraciones han producido mucho ruido. En semiología, ruido es una interferencia que afecta a un proceso de comunicación.

Este tipo de ruido también afecta a nuestro pueblo y debe cesar. Vivir continuamente en una pendencia o litigio perpetuo contra todo y contra todos los que no piensen como uno es un “ruido” que daña seriamente y, en ocasiones irreversiblemente, la salud del alma y del cuerpo de los ciudadanos. En estos días hemos tenido también tiempo para pensar que el cansancio se acumula, que el agobio se multiplica, que la paz no se logra alcanzar cuando los fenómenos meteorológicos, como ciclones y sequías, son precedidos, acompañados y proseguidos de un clima de discordias y batallas hacia los que no piensan igual aquí o allá... y a favor de los que piensan igual en otros lugares. ¡Qué ruido más grande es centrar nuestra atención en lo que sucede en otros países cuando el nuestro está atravesando la peor crisis de su historia! Este ruido en el sistema no sólo distrae de lo fundamental, sino que agrega desasosiego e interferencia para resolver nuestros propios problemas.

Que cesen también estos otros tipos de «ruidos» que dan gran apariencia a lo que no lo tiene y esconden y disimulan lo que de verdad está afectando a nuestro pueblo. Hay declaraciones y medidas que causaron y aún causan una gran expectativa en la gente sencilla que sólo ha sido educada en soportar los ruidos y no a escuchar los mensajes esenciales. Pero también es penoso que los medios de comunicación tanto nacionales como internacionales acreditados en nuestro país, que se supone estén educados



para favorecer el proceso de comunicación y el flujo de la noticia y de la verdad, en ocasiones como esta atiendan más al «ruido» de lo que pasa fuera y al ruido de las interferencias de dentro... y dejen pasar, sin ninguna repercusión seria, el hecho inaudito, el «susurro» casi imperceptible de más de un millón de cubanos que hemos permanecido por diez largos días sin agua para tomar, sin luz eléctrica, sin medios para conservar los alimentos, con mucho ruido de promesas y fechas toques para restablecer la normalidad que no llega... y sin voz para expresar lo que estamos sufriendo.

Que el restablecimiento de la normalidad sea el cese de todo tipo de ruidos: físicos y psicológicos, externos y espirituales, de los terribles decibeles de los amplificadores y de los sordos ruidos del engaño y la frustración en la que se sumergen tanta gente sin que nadie se entere...precisamente por el ruido que nos distrae.

Que el restablecimiento de la normalidad sea la apertura a las soluciones verdaderas y eficaces de la crisis económica y política en la que vivimos y no las voces altisonantes que distraen y dilatan el rumor, el clamor, la sordina, el cuchicheo, en torno de la inmensa mayoría de los cubanos y cubanas que en estos días sólo alcanzábamos a saltar por encima del ruido inenarrable de la calamidad para preguntar al que nos cruzábamos en la calle , con voz cansina y desesperada un: “¿hasta cuándo?” que resume el sufrimiento callado y la esperanza silenciosa de nuestro pueblo.

Busquemos entre todos la respuesta. Busquémosla por encima de tanto ruido que intenta distraernos del problema fundamental de los cubanos que es cambiar esta situación en la que nos aturdimos mutuamente desde hace tantos años.

Busquemos respuestas reflexivas, serias, sosegadas, pacíficas, para que los ruidos vociferantes no tengan la última palabra.

Busquemos respuestas consensuadas que no signifiquen para nada el ruido de la unidad forzosa ni el estrépito de osamenta propia de la uniformidad. Ruido viene del latín “rugitus”, que es la misma raíz de rugido, aullido, estruendo, voces disonantes y gruñentes. Consenso viene del latín “con sensus” que significa “con un mismo sentido”, no con los mismos caminos ni con los mismos medios. Consenso está relacionado con diversas voces que se armonizan para no hacer ruido, ni hacerse interferencia mutuamente porque han encontrado un “sentido” común, han encontrado un sentir común, no unas estrategias ni unas tácticas que, si se anteponen al “sensus”, pueden ser ruidos e interferencias.

Venga primero el “sensus communis”, que significa el percibir y entender una situación con un mínimo de sentido común y luego de este «silencio» reflexivo que pudiera ser el más elocuente de los silencios respetuosos y constructivos, siga para contribuir juntos a disminuir los ruidos que nos distraigan, las pendencias que nos aturden, las estridencias que nos crisan y las interferencias que entorpecen la comunicación fluida, sosegada, nacida del hondón del alma tanto de los pueblos como de sus líderes políticos y de



todos los animadores de la sociedad civil, entre los que la Iglesia debe ser facilitadora de comunicación, educadora en la búsqueda de consensos, formadora de ciudadanos de conciencia sin ruidos... y creadora de espacios para que todos los cubanos puedan gozar de un recinto de silencio espiritual, de reflexión ética y de creación cívica y política.

Pero para ello hace falta silenciar el ruido y dar voz al alma.

Hace falta hacer silencio para escuchar la voz de los que sufren y compartir su sufrimiento para, darle voz a la esperanza y al cambio.

Pinar del Río, 23 de agosto de 2004.





Navidad: la vida tendrá la última palabra

Año XI. Nº 64. noviembre-diciembre 2004

Navidad es la fiesta de la vida que nace. Es la fiesta de la luz que vence a las tinieblas. Es la fiesta del día que siempre viene tras la noche más oscura. Navidad es la fiesta de la esperanza.

Cuando los pueblos caminan en las tinieblas les cuesta mucho trabajo vislumbrar la luz al final del túnel. Es difícil vivir con esperanza cuando todo se pone más difícil, pero precisamente es cuando más falta hace la esperanza.

Cuba vive en esta situación. Al llegar las fiestas de Navidad y Año Nuevo, viene siempre la pregunta: ¿Será ésta la última Navidad que celebremos en medio de esta oscuridad? ¿Será el 2005 un año verdaderamente nuevo para los cubanos?

Y ahí vienen las tentaciones de la desesperanza, del pesimismo, de la postración: Hace años que esperamos la luz. ¿Desde cuándo estamos esperando? ¿Hasta cuándo debemos esperar?

Y si a algunos se les ocurre decir: ¡Pronto! Entonces se recurre al argumento más flojo y fácil: Pero, si hace cuarenta años que estoy escuchando lo mismo... y no pasa nada.

Esta lógica del cansancio y la desesperanza nos lleva al inmovilismo, a la frustración. Nos faltan fuerzas para seguir hasta el final. Nos parece que nada cambia. Nos parece que la noche será interminable.

Pues, precisamente, porque hace más de cuarenta años estamos esperando la luz de una mejoría y lo que tenemos es una noche más oscura, precisamente porque hace mucho tiempo que estamos esperando que la "cosa" cambie para bien de todos, precisamente porque esa espera se ha hecho tan larga, es que tenemos el mejor argumento para poder afirmar que la noche está terminando, que el día se acerca, que la luz amanece.

Este es el mensaje y el sentido de la Navidad: No hay noche tan larga que no tenga su amanecer. Mientras más larga ha sido la espera más cercano está el día. Mientras más oscuras sean las tinieblas más cerca está la salida del sol.



Una vez más, sin cansarnos, con la certeza de que para Cuba se acerca el día, queremos presentar, teniendo en cuenta las evidencias que nos gritan desde el empeoramiento de la situación, nuestra profunda convicción de que esta profecía de Isaías, pronunciada 700 años antes del nacimiento de Cristo, presentada a aquel pueblo en los momentos en que todo se acababa y todo se derrumbaba, mantiene hoy toda su vigencia para nuestro mundo y especialmente para nuestro pueblo:

...

“Ay de los que llaman al mal bien y al bien mal,
que tienen las tinieblas por luz y la luz por tinieblas,
que tienen lo amargo por dulce y lo dulce por amargo.
Ay de los valientes para beber vino,
y los aguerridos en mezclar licores;
de los que por soborno absuelven al culpable
y niegan la justicia al inocente.

...

“Vagará afligido y hambriento,
y rabioso de hambre maldecirá a su rey y a su Dios.
Volverá la cabeza a lo alto y mirará a la tierra:
encontrará aprieto y oscuridad sin salida,
angustia y tinieblas persistentes.

...

“Pero el pueblo que caminaba en tinieblas vio una gran luz,
a los que habitaban en tinieblas y en sombra de muerte
una luz les brilló.
Acreciste la alegría, aumentaste el gozo:
se gozan en tu presencia, como gozan al cosechar,
como se alegran al repartirse un botín.
Porque la vara del opresor,
el yugo de su carga,
el bastón de su hombro,
los quebrantaste como en el día de Madián.
Porque la bota que pisa con estrépito
y la capa empapada en sangre,
serán combustible y pasto del fuego.

...



“Porque un niño nos ha nacido,
un hijo se nos ha dado,
lleva al hombro el principado, y es su nombre:
Maravilla de Consejero...
Padre Perpetuo,
Príncipe de la Paz.
Para dilatar el principado con una paz sin límites...
Para consolidarlo y sostenerlo con la justicia y el derecho,
desde ahora y por siempre.
El celo del Señor lo realizará.”
(Isaías 5,20-23. 8,21-22.9,1-6)

Estas profecías fueron escritas para un pueblo que había experimentado en su propia vida unas circunstancias semejantes a las nuestras. Los que creemos en Dios encontramos en la Biblia las enseñanzas y la luz que necesitamos para caminar por esta vida.

Escritas hace 2700 años conservan hoy toda su fuerza y su novedad. En cada época y en cada nación, Dios vuelve a anunciar una Buena Noticia que es una gran alegría para todo el pueblo:

La angustia de hoy pasará y pasará tanto más rápido cuando desterramos el odio y la mentira, pasará tanto más rápido cuando no cedamos a llamarle al mal bien y llamarle luz a la oscuridad. Este es nuestro aporte: vivir en la verdad en el pequeño ámbito donde se desarrolla nuestra vida cotidiana; no ceder a la desesperanza porque, si hacemos esto, si cada mañana nos levantamos con el propósito de no ser cómplices de la mentira y de la vara del opresor, entonces el “celo del Señor” realizará esta profecía.

Pero que no nos pase como al pueblo de Israel, que esperaban un Mesías que lo hiciera todo, que de forma mágica, inmediata y falsamente milagrosa, cambiara toda la realidad de un tirón, sin que ellos movieran un dedo. Esto es imposible. Dios no quiere marionetas, sino hombres y mujeres libres y responsables que sean “los protagonistas de su propia historia personal y nacional”.

Navidad es una fiesta de esperanza. Pero la esperanza no se realiza esperando tumbado junto al camino de la vida...esperando a que la solución de nuestros problemas venga de «arriba» o de «fuera».

Navidad es la fiesta de la luz que vence a las tinieblas. Pero esa luz no viene sola, hay que encenderla en nuestros corazones, en el corazón de los que nos encontramos diariamente, esa luz no surge de un mecanismo sin alma. Esa luz surge de la voluntad de abrir los ojos a la verdad, de buscar la ventana de libertad, de traspasar el umbral del miedo. Con miedo la luz agoniza, con libertad la luz se comparte.

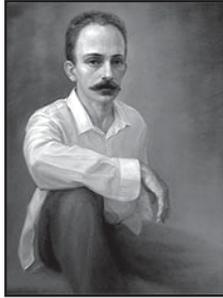


Si ponemos nuestra parte para compartir la luz que tenemos, si ponemos nuestra parte para sembrar una esperanza con los pies en esta tierra, y no con la mente y el corazón en otras, si logramos dejar a un lado el gesto crispado y la actitud soberbia, si aprendemos a solucionar nuestros conflictos por los caminos de la paz, entonces podremos decir con razón y con corazón: ¡FELIZ NAVIDAD!

Y podremos esperar y trabajar para que el Año Nuevo 2005 conduzca a nuestro pueblo hacia su propia liberación por los caminos de la paz.

Pinar del Río, 20 de octubre de 2004.





La gobernabilidad

Año XI. Nº 65. enero-febrero 2005

Hay situaciones sociales, económicas y políticas que son problemas propios de las condiciones históricas, culturales o coyunturales, o pueden ser también devenidas de las relaciones internacionales. Estos problemas son casi consustanciales a la forma de relacionarse el mundo de hoy: su interdependencia, su profunda desigualdad y la tendencia a los procesos de globalización o mundialización de casi todas las esferas de la vida. Estos problemas dependen más de esas condiciones externas y del lugar que ocupe cada país en el concierto de las naciones.

Pero hay otros problemas antropológicos, sociales, económicos, políticos, culturales y religiosos que dependen, más bien, de la capacidad de un pueblo para gobernarse y ser gobernado. A esta capacidad se le llama gobernabilidad y gobernanza.

Por supuesto, ambas dimensiones del problema están íntimamente relacionadas, pero es necesario estudiarlas por separado para su adecuada comprensión y para su mejor solución.

La *Enciclopedia Encarta* 2004 define la gobernabilidad como “el arte o la manera de gobernar que se propone como objetivo el logro de un desarrollo económico, social e institucional duradero, promoviendo un sano equilibrio entre el Estado, la sociedad civil y el mercado de la economía. Acción y efecto de gobernar o gobernarse.”

Algunos estudiosos diferencian gobernabilidad como la capacidad del Estado para gobernar y gobernanza como la capacidad de los ciudadanos para gobernarse. Pues bien, con estas herramientas conceptuales podemos evaluar los grados de gobernabilidad y gobernanza que ha logrado nuestro país o cualquier país del mundo.

Mirando a nuestro país y aplicando estos conceptos aceptados por la inmensa mayoría de los pueblos y gobiernos de la tierra, surgen inmediatamente varias preguntas:

Si la gobernabilidad es un arte:

¿Es nuestra forma de gobierno un arte? ¿Hemos aprendido los cubanos a goberarnos por nosotros mismos como ciudadanos en nuestras gestiones



cotidianas o dependemos del paternalismo autoritario, de «lo que nos den», de lo que «nos toca», de lo que otros decidan por nosotros? ¿Enseñamos a nuestros hijos a autogobernarse o los mantenemos en una permanente dependencia infantil? ¿Existen en nuestro país, las instituciones, los espacios y las posibilidades de formación para la autogestión libre y responsable?

Este es el primer parámetro para poder medir la gobernabilidad de un pueblo.

Si la gobernabilidad «se propone como objetivo el logro de un desarrollo económico, social e institucional duradero»:

Nos preguntamos, ¿podemos comprobar, con los hechos y los resultados, no con las palabras y las buenas intenciones, el cumplimiento en nuestro país de este medular objetivo?

¿Cuál es el estado actual de nuestra economía? ¿Cuáles han sido sus logros a largo plazo en más de cuatro décadas? ¿Cuáles son los actuales logros sociales y cuáles son las grandes diferencias provocadas por la existencia de una moneda de retribución salarial y otra para poder comprar casi todo en las tiendas? ¿Ha alcanzado nuestra sociedad la igualdad ante la ley y la igualdad de oportunidades a que debe aspirar todo país; o las diferencias sociales se profundizan y se convierten en motivo de exclusión para una parte de los cubanos?

El estado de la economía familiar y nacional es otra medida para evaluar la gobernabilidad de un país.

¿Cuál es el estado actual del funcionamiento de nuestras instituciones? ¿Cuando acudimos a una empresa, a un organismo, a una gestión, generalmente logramos resolver nuestro problema con agilidad, rapidez, eficacia y trato humano... o los trámites burocráticos convierten en una agonía interminable cualquier gestión a la que tiene derecho cualquier ciudadano de a pie?

En nuestras instituciones laborales, hospitalarias, educacionales, ¿qué resuelve más, la gestión normal de un ciudadano desconocido que se presenta sin «padrinos», o resuelve aquel que tiene un amigo, que va recomendado, que conoce a alguien que le ayuda a saltar por encima de la montaña de gestiones y esperas, de trámites y dilaciones que nos encontramos para intentar solucionar un simple problema laboral, de salud, de educación o de servicios?

La reducción de la burocracia y la capacidad y agilidad de las instituciones y organismos para responder a las necesidades de los ciudadanos, es otro parámetro para medir la gobernabilidad de un sistema.

Por fin, si la gobernabilidad de una nación se alcanza “promoviendo un sano equilibrio entre el Estado, la sociedad civil y el mercado de la economía.” Entonces podemos preguntarnos: ¿Se promueve en Cuba ese sano equilibrio entre el Estado, la sociedad civil y el mercado o, más bien, el Estado controla totalmente una economía centralizada y no permite el desarrollo de una sociedad civil realmente autónoma y autogestionada? Aún más, ¿existen las condiciones legales y económicas para que se desarrolle una sociedad civil próspera y plural? Y si estuviera naciendo, ¿tiene la sociedad civil acceso libre o regulado al mercado y a la economía del país o, por el contrario, ninguna persona o grupo de personas puede asociarse para hacer cooperativas independientes o



empresas propias? ¿Tienen las incipientes organizaciones de la sociedad civil los medios legales y sociales para ejercer un adecuado control sobre el mercado y sobre el estado?

La existencia o no de posibilidades legales y económicas para el desarrollo de la sociedad civil y para alcanzar un justo equilibrio entre las organizaciones intermedias, el estado y el mercado, pueden servir, junto con los anteriores criterios, para evaluar la gobernabilidad de una nación.

Es un deber, un derecho y una responsabilidad de cada ciudadano responderse a sí mismo cada una de estas preguntas y hacerse su propio criterio sobre el grado de gobernabilidad que tiene el Estado donde vive. Esta es también una tarea de cada cubano. Si nuestras respuestas niegan la definición que la comunidad internacional y nuestro propio país firmó, entonces los problemas de Cuba son ya un problema de gobernabilidad. Y esto es algo muy serio.

La gobernabilidad, sin embargo, tiene también una dimensión internacional. No todo lo que sucede en un país es de su sola incumbencia, el mundo de hoy, cada vez más interrelacionado, no permite tener una economía cerrada y aislada. Ni aprueba que se usen medidas económicas éticamente inaceptables como medida punitiva que perjudique a la población. Ni mucho menos se debería aceptar que se pongan los intereses económicos por encima de las razones éticas y los valores de la justicia, de la libertad, de la soberanía ciudadana. El mundo de hoy no permite tener una sociedad civil perseguida o coaccionada sin que tome cartas en el asunto. El mundo de hoy no ve con buenos ojos un Estado centralizador que, por querer controlar todo, pierde lo más importante, la capacidad para gobernar, es decir la gobernabilidad democrática. Ya lo decía un viejo refrán, el que mucho abarca, poco aprieta.

La VI Cumbre de Países Iberoamericanos, celebrada en la localidad chilena de Viña del Mar, el 10 y el 11 de noviembre de 1996, en la que participó Cuba representada al más alto nivel, dedicó sus reflexiones y decisiones a este medular tema: "La gobernabilidad para una democracia eficiente y participativa", asunto de impresionante actualidad para la región y para nuestro propio país.

Así dice la declaración final firmada por todos los Jefes de Estado de la Comunidad Iberoamericana: "En Iberoamérica existe la convicción de que la independencia de poderes, su mutuo control, la adecuada representación y participación de mayorías y minorías, las libertades de expresión asociación y reunión, el pleno acceso a la información, las elecciones libres, periódicas y transparentes de los gobernantes, constituyen elementos esenciales de la democracia... La gobernabilidad democrática supone también transformaciones sociales, económicas y culturales profundas que conduzcan a disminuir las desigualdades y los problemas de exclusión social. En este punto corresponde a nuestros Estados una importante e intransferible función." (Declaración de Viña del Mar. No. 4 y 5)

De este modo, el primer deber de cada ciudadano es responderse las interrogantes que emanan de la situación de ingobernabilidad en que vive, pero, por otro lado, también los gobiernos, las organizaciones internacionales, los



observadores extranjeros, las instituciones sociales y religiosas pueden contribuir con su valoración y su cooperación a que los países de nuestra región se comprometan seria y sistemáticamente a trabajar por la gobernabilidad democrática, cuyas tareas fundamentales están bien delineadas en esta declaración.

Cuba es un país que tenía muchas dificultades antes de 1959, pero ocupaba el tercer lugar en nivel de vida de todos los países latinoamericanos. Cuba ha tenido logros en la educación, la salud, el deporte y otros aspectos durante las últimas cuatro décadas, pero el nivel de vida, el desarrollo integral y el progreso ético y humano de este país ha tenido y tiene, cada vez más, serios decrecimientos. Cada cubano puede hacer su propio análisis. La realidad – no las cifras- habla por sí sola.

Ahora bien, pueden tener una parte de la responsabilidad algunas medidas punitivas internacionales en el campo económico y comercial, pero luego de analizar y responder las preguntas que emanan de cada aspecto de la gobernabilidad, podemos comprender que no todo, ni la mayor parte de nuestros problemas son responsabilidad de otros, sino que son de nuestra total responsabilidad. Dependen de la forma de administrar nuestros recursos, de la forma en que se ha dirigido y centralizado nuestra economía, de la forma en que se ha contabilizado o, incluso en una etapa, de la eliminación de toda contabilidad. Nuestros problemas dependen del modelo económico y de la cerrazón de nuestras finanzas. Dependen de las prioridades de la guerra o de la batalla de ideas. Dependen del estilo de ordeno y mando y de la indefensión del ciudadano. Dependen de la desastrosa incultura del no-trabajo en serio y del no-te-pago suficiente. Depende del tipo de propiedad estatal-de-nadie y de la restricción casi universal de la propiedad pública y de la propiedad privada.

Hasta hace un tiempo en Cuba intentábamos explicarnos todos estos problemas de forma aislada o sectorial, decíamos, por ejemplo, es culpa del embargo o bloqueo, o es problema del precio del petróleo en el mercado mundial. Decíamos por ejemplo es culpa del funcionario tal o de la falta de organización de la empresa o el ministerio tal. Cada etapa de estos últimos 50 años ha tenido su justificación o se la hemos buscado o inventado. Pero ha llegado un tiempo en nuestro país en que nos damos cuenta que se trata de un problema de gobernabilidad democrática, si nos atenemos a las normas y los criterios que firmó nuestro propio país en la Cumbre de Viña del Mar y si nos atenemos a los criterios evaluativos aprobados por los organismos internacionales a los que Cuba pertenece. Incluso, hace unas semanas, fue publicado en uno de nuestros diarios nacionales un extenso artículo sobre este tema de la gobernabilidad. Sólo sería necesario aplicar a nuestra propia realidad nacional lo que el periodista con minuciosa precisión aplica al resto del mundo.

Pero, tenemos igualmente que decirlo, el problema de Cuba no es sólo de gobernabilidad democrática, sino es también una falta de gobernanza por parte de cada uno de nosotros los ciudadanos. Cada pueblo tiene y alcanza, aquello y sólo aquello, que es capaz de construir con sus propias manos, con su



inteligencia y voluntad, con su trabajo y su conciencia, con su subjetividad y su alma. Todo lo demás es quimera, engaño o subsidio.

Si por gobernanza entendemos la capacidad de autogestión de los ciudadanos y de los grupos y organizaciones de la sociedad civil, entonces debemos reconocer que responsabilizar sólo al Estado por los problemas de gobernabilidad es ser parciales o ingenuos.

En efecto, sin la gobernanza de los ciudadanos no habrá nunca verdadera gobernabilidad democrática. Los pueblos se hacen ingobernables también cuando los ciudadanos no saben cómo gestionarse su propia vida; o no pueden gestionársela por falta de libertad y responsabilidad; o no pueden llegar a influir en las decisiones de su propio Estado y permanecen, indefensos pero también inmóviles, a merced de cada medida y de cada decreto, de cada alza de precios o de cada medida coercitiva.

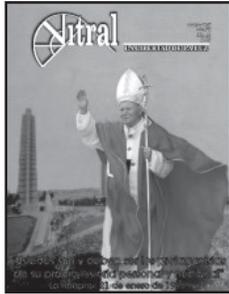
Tenemos la convicción y la certeza de que los cubanos podemos y tenemos la capacidad de poder reconstruir nuestra propia gobernanza. Sólo se necesita el indispensable espacio de libertad y un mínimo de empoderamiento mediante una sistemática educación ética, cívica y política que permita elevar nuestra autoestima y entrenar nuestra autogestión. Esto es una auténtica educación liberadora y participativa.

Pero, para empezar, sería bueno, hacer hoy lo que usted y nosotros estamos dejando para hacer mañana y asumir por nosotros mismos y con nuestra propia responsabilidad aquello que hay que cambiar y que hemos estado esperando a que venga desde afuera o desde arriba: gobernabilidad y gobernanza o lo que es lo mismo, libertad y responsabilidad.

Pinar del Río, 28 de enero de 2005







Juan Pablo II: el Magno

Año XI. N° 66. marzo-abril 2005

La grandeza ha sido realidad y título discutido en el mundo de hoy y siempre. Para el cristianismo ser grande tiene un contenido, un estilo y un propósito. Grande para Cristo es el servidor de todos, es el que entrega toda su vida hasta el final sin esperar nada a cambio. Grande es el que se hace pequeño para amar con corazón sin fronteras.

En la bimilenaria historia de la Iglesia Católica tenemos el testimonio elocuente de miles y millones de seguidores de Cristo, unos anónimos y otros muy reconocidos que han vivido esta forma extraña y sacrificada de grandeza.

Hoy, 2 de abril de 2005, el mundo entero ha contemplado el tránsito final, el arribo a la meta, la entrada en la eternidad, de uno de esos seguidores de Cristo que arriesgaron todo, perdieron todo, encontraron a todos, para alcanzar la verdadera grandeza: grandeza de alma, grandeza en el sacrificio de la cruz propia y ajena, grandeza en el servicio de amar hasta el extremo. Es la grandeza del hombre que muere en el martirio incruento y cotidiano por una causa y que alcanza la plenitud de su vida al consumirla, gota a gota, sin desfallecer, sin abandonar la cruz, sin dejarse aplastar por las circunstancias, sin dejarse amilanar por la limitación física ni por la enfermedad. El dolor lo molió pero no pudo vencer su espíritu.

Las fuerzas del mal atentaron varias veces contra su vida, pero no pudieron desviarlo del camino hacia la única vida verdadera. La incomprensión y los dardos lo rodearon junto con la admiración y el aplauso, ninguna de las dos le hizo torcer el rumbo de la auténtica grandeza humana que es erguirse frente a las miserias de este mundo y tender la mano franca a amigos y enemigos. Y esto, lo sabemos, es la mayor grandeza.

Por eso, al contemplar la culminación del camino de este peregrino de la libertad, de la verdad, de la justicia y de la paz, al ver llegar a puerto seguro al campeón jadeante que arriba a la meta de su amor y su esperanza, al ver además, la forma en que llegó, el talante con que aguantó las vicisitudes del camino, nos inclinamos reverentes ante la inenarrable grandeza de un ciudadano de este mundo, de un sencillo polaco, que descubrió cuál era el camino seguro, lo escogió valerosamente, lo labró con su propio esfuerzo, lo universalizó tumbando muros, lo regó con su propia sangre, lo cultivó con su palabra y su sudor, lo refrendó con



su propia vida y... al final, llegó a la meta. Casi sin aliento...pero sin mirar atrás. Casi sin moverse pero sin dejar de amar. Sin voz y sin camino se quedó... pero, ¿para qué necesitaba ya la voz quien había encontrado a la Palabra, y para qué necesitaba caminar quien había encontrado al Camino?

Inclinamos nuestras almas para admirar las huellas del peregrino, pero no podemos dejar de alzar agradecidos nuestras frentes ante el espectáculo de una existencia culminada por el último Paso victorioso de la vida sobre la propia muerte, de la propia y suprema limitación hacia la Plenitud sin ocaso.

La Iglesia, tu cuna y tu redil, se alegra y da gracias, por tu incansable peregrinar misionero por todos los caminos del mundo. Gracias por enseñarnos que para Cristo no hay puerta que no pueda abrirse, ni muro que no pueda caerse, ni corazón que no pueda ablandarse, ni palabra que no pueda decirse, ni gesto que no pueda entenderse, ni dignidad que no pueda rescatarse, ni libertad que no pueda alcanzarse, ni solidaridad que no pueda obtener lo que se propone para servir a la liberación de todo hombre y mujer.

La Iglesia, tu casa y tu grey, se alegra y da gracias, por tu insobornable defensa de la vida humana, desde su concepción hasta su deceso natural. Lo proclamaste, a tiempo y a destiempo, entre los que te comprendían y los que te criticaban, pero ahora ya nadie podrá decir que lo predicaste y no lo viviste. Tu largo y sufriente final, llevado con impresionante dignidad y serenidad, debe ser manifiesto y testamento que proclame con la fuerza irrefragable del ejemplo que la vida humana es sagrada, inviolable y sólo está en las Manos de Dios.

La Iglesia, tu sembrado y tu cosecha, se alegra y da gracias, porque nos enseñaste como ningún otro Pontífice, desde el primer día de tu ministerio, desde tu primera Carta Encíclica, que Jesucristo es el Redentor del Hombre, que es su Garante y su Defensa, su Paradigma y su Escudo. Gracias por enseñarnos que la Encarnación de Dios se traduce hoy en escoger, para la Iglesia y para la entera familia humana, a la persona humana como el primer y único camino, como el único absoluto en este mundo, como el primer y único rasero ético. Gracias por enseñarnos que los Derechos Humanos son la base de toda convivencia y que sin ella se daña la Gloria de Dios y la dignidad humana, que son como la fuente y el arroyo.

La Iglesia, tu cayado y tu consuelo, se alegra y da gracias, porque hiciste con los jóvenes y las familias una amistad sin fronteras. Te revivían y te consolaban, te enardecían y te enamoraban, sacaban de ti las últimas fuerzas y se las comunicabas centuplicadas. No por gusto parece ser que algunas de tus últimas palabras sin voz y sin medida fueron dedicadas a los jóvenes: "Yo los busqué. Y ellos han venido..."

La Iglesia, tu familia y tu corona, se alegra y da gracias, porque salvaguardaste el Depósito de la fe y al mismo tiempo caminaste, tú el primero, tú delante, tú dando el paso crítico, hacia los hermanos de las demás confesiones cristianas. Peregrino a la Sinagoga de Roma y al Memorial del Holocausto entraste con mano amiga y corazón conmovido hasta la entraña de la religión de Moisés. Nos tiembla el alma, más que a ti la mano, al verte junto al Muro de las Lamentaciones en la antigua y eterna Jerusalén colocando en el entresijo de la piedra - ¿en el corazón abierto de Cristo?- aquel leve papel, con la única



oración posible: “Ut unum sinc”, que seamos uno, los que hemos tenido la misma raíz y la misma roca: El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob.

Quedamos pasmados de gozo y admiración al verte descalzarte las sandalias del Pescador de Galilea para entrar humilde y descalzo en la Mezquita del Islam. Hay que tener alma grande y visión alta. Nos parece que el mundo se ha escapado hacia adelante al contemplar el milagro de Asís, allí a la vera del “poverello”, del rico que se desnudó en la plaza de los trapos de la tierra para vestir la única riqueza: el amor. Por eso no podía ser otro el lugar sino el remanso de paz de San Francisco donde convocaste a todas las religiones del mundo aquella tarde del 27 de octubre de 1986. Quizá te acordabas de la frase de San Juan de la Cruz... “en el ocaso de la vida, seremos juzgados por el amor.” Y otra tarde, casi 20 años después, el primero de abril de 2005, cuando llegabas sosegadamente al ocaso de tu existencia, uno de los primeros peregrinos que llegó a pie a la Plaza de San Pedro era el Rabino Mayor de Roma con sus hermanos judíos. Siempre el verdadero amor encuentra reciprocidad.

La Iglesia, madre de misericordia y recinto de perdón, se alegra y te da gracias, por haberla conducido del siglo XX al Tercer Milenio del Cristianismo: portento y sueño realizado, encargo de tu hermano mayor el Cardenal polaco Stefan Wiszinski, héroe de la fe, en la Polonia nazi y luego la que primero terminó el comunismo. Y por haberle dado al milenio que inauguraste desde 1989 una puerta magnífica con el Gran Jubileo del 2000. Allí te veneramos, arrodillado junto al Cristo crucificado, frente al estupor del mundo entero, pidiendo humildemente perdón, por todo y por todos los pecados del mundo y de la propia Iglesia a lo largo de los siglos.

No eran gestos dramáticos, ni palabras vacías, mucho, mucho antes, las habías entrenado y refrendado con tu propia sangre, literalmente, martirialmente, ... ¡de verdad! Allí, en la discreción de la celda, te erguiste con la mayor estatura que podías alcanzar, te levantaste de la sencilla silla penitenciaria para abrazar, ¡abrazar! al hombre que te había herido, intentando matarte. He aquí, Santo Padre, que contigo levantaste a la Humanidad caída, nos elevaste a la suprema grandeza del alma, esta es la raíz de tu grandeza, este es el espectáculo de una Humanidad nueva, redimida, elevada. Esta es la causa primera y última, de tu magnanimidad y tu santidad: el perdón del enemigo. Perla y corona de la esencia del cristianismo.

Por eso, por esta carta de ciudadanía cristiana, en un intento, por demás imposible, de encerrar en una sola palabra la inmarcesible vida del atleta que llegó, con las zapatillas gastadas y la garganta abierta, a la meta ansiada y vislumbrada desde la lejanía de una cultura en las fronteras dolorosas de dos mundos que reconcilió como nadie, rescatamos hoy un viejo título, reservado en los siglos, por la Iglesia y la Humanidad, para aquellos pocos seguidores de Cristo cuya carrera sin par, resulta imposible de comparar. Por ello, podemos dirigirnos al Papa misionero, quizá el hombre más grande del siglo XX, sin temor a equivocarnos:

¡Juan Pablo II, el Magno!

Dios que te sostuvo con infinita misericordia
por el doloroso camino de la cruz,



que te abrió todas las fuentes de la gracia y de la pasión de Cristo,
que puso, bajo tus cansados pies de peregrino, todos los caminos de este mundo,
que te dio un corazón de padre para cobijar a los hijos e hijas del siglo XX,
que extendió sin límites, hasta deshacerte, tus brazos de hermano para encontrar a todas las religiones del mundo:
Te conceda ahora, que has llegado por fin, a la Casa del Padre,
el abrazo tierno de Quien te sostuvo,
el aire fresco de Quien te alentó,
la palabra eterna de Quien te dio Voz de Profeta
el agua del Único que podía calmar tu Sed
y la paz de Aquel en quien pusiste todos tus anhelos, angustias y esperanzas.
El Dios de la Vida y de la Eternidad,
el Dios cuya única gloria es el hombre viviente,
el Dios que nos amó tanto que hizo hombre a su único Hijo,
el Dios que te envió y te consagró con el Agua y el Espíritu Santo
para que condujeras todos los tortuosos e inciertos caminos de este mundo hacia el único camino de la Iglesia que es el hombre y la mujer creados a imagen de Dios y salvados por la encarnación de su Hijo;
ese Dios, en cuyas Manos te entregaste con total disponibilidad y entrega:
Te corone de Gloria y Plenitud.
Te haga contemplar para siempre el Esplendor de la Verdad.
Te conceda la perfecta comunión con el Verbo divino
para que puedas cantar, con voz de eternidad, las alabanzas de su Reino.
Y, como te ha llamado un sábado,
te deposite tiernamente en el regazo maternal de la Reina del Cielo
a quien aclamaste en cada instante de tu vida con tu lema pastoral:
"Totus Tuus"... Todo Tuyo.
¡Juan Pablo II, el Magno!
A quien aquí, en esta pequeña y bella Isla del Caribe,
te llamamos con el corazón henchido de expectativas y el alma libre del miedo:
¡Mensajero de la Verdad y la Esperanza!
Y tú, en inigualable gesto de paternidad responsable, nos contestaste más de una vez:
"Ustedes son y deben ser los protagonistas de su propia historia personal y nacional".
A ti te decimos:
¡Dichoso tú, porque has creído en el único Dios,
porque pusiste tu esperanza en el único Mesías,
y porque gastaste toda tu existencia
en el único proyecto que da la Vida:
La redención de la dignidad, los derechos y la felicidad del ser humano.
¡Alabado sea Jesucristo!

Pinar del Río, 2 de abril de 2005
Tránsito hacia la Casa Paterna del Papa Juan Pablo II



La fraternidad

Año XII. Nº 67. mayo -junio 2005

“Es cierto, hermanos, que han sido llamados a la libertad. Pero no tomen la libertad como pretexto para satisfacer sus apetitos desordenados, antes bien, háganse servidores unos de los otros, por amor. Pues toda la ley se cumple si se cumple este solo mandamiento: ‘Amarás a tu prójimo como a tí mismo’. Pero si se muerden y se devoran unos a otros, terminarán aniquilándose mutuamente.”

(Carta de S. Pablo a los Gálatas 5, 13-15)

Libertad, igualdad, fraternidad. Demandas de la controvertida Revolución Francesa. Aún más, aspiraciones de toda la humanidad, antes y después de aquel episodio violento con el que algunos marcan el inicio de dos siglos de historia contemporánea, que dan por concluidos con la otra «revolución» no violenta de 1989. Doscientos años de revoluciones, odio de clases, revanchas partidistas, muerte y espirales de violencia sin fin, entre las que no se pueden dejar de mencionar las dos Guerras Mundiales y los dos extremos del totalitarismo, fascismo y comunismo, que ahogaron al siglo XX en un mar de genocidio y luchas fratricidas.

Mientras, no obstante, sobrevivió navegando en esos tormentosos mares un gran anhelo de ser más justos. El desarrollo humano y la conciencia mundial crecieron... aprendiendo de los golpes y contradicciones. Todo no fue violencia, ni toda ella logró apagar esa sed insaciable e indomable del ser humano: la de ser mejor, la de superarse a sí mismo.

Hemos llegado al final de una época de cambios, de revoluciones, para desembocar en un cambio de época. Ha triunfado en el mundo la conciencia de que la violencia es éticamente inaceptable. Todos, o casi todos, admitimos y proclamamos hoy que la violencia sólo engendra más violencia y no es solución ni salida para nada, para nada verdadero, humano y cierto.

Parecen haber concluido, por lo menos en la mente y el deseo de la inmensa mayoría de la humanidad, aquellos dos siglos de revoluciones violentas, de cambios radicales, al costo invaluable de la guillotina, el paredón de fusilamiento, los genocidios étnicos y culturales, los campos de concentración y la concentración unipersonal y unipartidista del poder. Sabemos que aún subsisten engendros

Editoriales de la revista *Vitral* 303



descendientes y coletazos trasnochados de esos experimentos, pero existen signos de que las personas y los pueblos no desean más, aún cuando no lo puedan expresar, tales «métodos revolucionarios», excluyentes de los que no piensan o no creen como la otra parte de la sociedad. Atacar a los diferentes y sembrar la desconfianza en los adversarios. Estos son todos rezagos de esa época que concluyó, gracias a Dios, con la simbólica caída de un muro en Berlín, mientras cientos de muros y vallas siguen aún levantados y levantándose, pero en franco desprestigio, y aún mayor debilidad evidente, como solución o salida para cualquiera de los conflictos contemporáneos.

Parece ser que estamos en un cambio de época, aún cuando las noticias de la televisión, la radio y la prensa escrita nos intenten convencer, no sin algunos logros, de que el mundo está muy mal. Esa visión apocalíptica, desesperanzada y desesperante, la vemos y la identificamos como un extemporáneo remanente de la época que finaliza.

La época en que la violencia era considerada por muchos como la vía rápida de los cambios necesarios ha quedado en la noche del siglo XX y, de la luz de ese siglo maravilloso, ha brotado una conciencia nueva que considera como gobiernos parias y ciudadanos tráfugas a todos aquellos que se aferran a la violencia física, militar, psicológica, civil, mediática o cultural como una solución a las injusticias, o como una forma para la toma del poder o el mantenimiento del mismo.

La violencia es hoy condenada y perseguida por la gran mayoría de las personas decentes y progresistas del mundo y por la mayoría de los Estados democráticos, por eso los protagonistas de la violencia la han convertido en su más radical e inhumana expresión: el terrorismo. He aquí la nueva expresión, más cruda y más arcaica de la época que muere. Y de la época que nace es la reacción internacional a ese fenómeno nuevo y viejo, signo del poder de dominación y manipulación, remedo de aquel Reinado del Terror jacobino de Robespierre en 1793, que demostró que ningún comité de salvación puede salvar nada a fuerza de miedo, persecución y pena de muerte. Nada se salva matando. Nada se salva con el miedo. Es una época que muere.

Quien alienta y se alegra del uso de la violencia como método para solucionar problemas en su familia o en su país; quien convierte a su familia o a su país en lugar de entrenamiento, santuario y refugio de violentos, retrotrae a su familia y a su país a esa época que muere.

Quien educa para la solución pacífica de los conflictos familiares, sociales y políticos; quien evita atacar, denigrar, sembrar desconfianza, divisiones y reacciones, trabaja para el cambio de época y la adelanta y la construye ya sea en su familia, o en su partido o en su país.

En las diversas épocas históricas, los ciudadanos, los políticos, los economistas, la sociedad, han otorgado relevancia y prioridad a alguno de aquellos tres valores universales que fueron consagrados en la Revolución Francesa: libertad, igualdad, fraternidad, construyendo para cada uno de ellos un sistema ideológico.



Primero se exaltó desmesuradamente la libertad. Libertad personal sobre el bien común, libertad de mercado sin regulación del Estado, libertad de comercio sin protección de las economías más débiles. Se entronizó un tipo de libertad que no cuidaba de la igualdad ni de la fraternidad. Era una carrera sin mirar para el lado y sin mirar para arriba, sólo para llegar el primero y coger más. Es la sociedad del “sálvese el que pueda”. Era, sin embargo, muy atractiva para los que habían accedido al «tener». Era la libertad de “tener” que da poder al que tiene. Existe todavía hoy. Más o menos adaptada a la sensibilidad del mundo de hoy. Su Talón de Aquiles han sido las injusticias sociales, las desigualdades que van más allá de las naturales diferencias humanas y de capacidades y talentos. El hombre es el lobo para el hombre. Es la explotación del hombre por el hombre. El bien de uno está por encima del bien de la comunidad. El dinero es el máximo valor, la competencia desalmada es la principal dinámica social y la meta es ganar para tener. Tener más para poder más. Su modelo antropológico es el individualismo.

Después, para combatir esas injusticias, vino la era en que se exaltó la igualdad. Una igualdad que uniformaba por encima de las diferencias naturales. Una igualdad a la fuerza y de todos a la vez. Una igualdad sin respeto a la libertad personal ni a la fraternidad. Era, sin embargo, muy atractiva para los que querían una sociedad más justa. Existe todavía hoy en pocos lugares, también adaptada a las actuales sensibilidades. Su Talón de Aquiles es su carácter antinatural porque intenta un igualitarismo imposible, pues la naturaleza es biodiversidad y cada persona es un mundo. Era la igualdad para todos, pero algunos llegaron a ser «más iguales que otros». Era la igualdad teórica pero la posición real en la sociedad es quien daba el poder y el tener. El estado es el lobo para el hombre. Es la explotación del hombre por el estado autoritario. La ideología, que fuerza para ser aceptada por la totalidad de las personas, es el máximo valor. Mantener el poder para controlar a los que piensan distinto y adoctrinar a los que no piensan con libertad es la dinámica social y la meta es ganar para poder. Poder mantenerse intangibles en el poder. Su modelo antropológico es el colectivismo.

Volver a empezar por cualquiera de estos modelos sería regresar a lo viejo. Sería estancarse en la época de cambios que finaliza sin abrir la puerta al cambio de época. ¿Qué podría ser, entonces, ese cambio epocal? ¿Qué es lo verdaderamente nuevo en un mundo que se va decepcionando de ideologías y humanismos, que está harto de utopías perfectísimas y totalitarias a la derecha y a la izquierda? ¿Qué sería lo auténticamente nuevo en este mundo aburrido de falsos mesianismos, de iluminados que creen poseer toda la verdad y que desconfían de todo lo que no es su verdad? ¿Qué sería lo verdaderamente nuevo en un mundo que dice que ha entrado en algo que llama post modernidad mientras sobrevive, parte en la caverna primitiva, parte en los «feudos» medievales, parte en el capitalismo del mercado y otra parte en el capitalismo de Estado? ¿Qué sería lo nuevo, si lo hubiera bajo el sol, que no fuera, por lo menos en el proyecto, libertad sin justicia, igualdad sin libertad, fraternidad sin justicia y sin libertad?



Nadie tiene todavía la respuesta. Ojalá que no aparezca un nuevo «mesías» con ella.

Ojalá que no venga de la mano del dinero. Aunque el dinero haga falta en el mundo real en que vivimos. El mercado es una estructura social que se dan los ciudadanos y no debe, ni puede, desaparecer. Intentar abolirlo como mecanismo autónomo aunque ético es, por lo menos, ingenuidad o quizá ignorancia de la naturaleza humana.

Ojalá que lo nuevo no venga tampoco de la mano del poder. Aunque el poder haga falta en el mundo real que vivimos. El Estado es otra estructura social que se dan los ciudadanos para ordenar la sociedad y buscar cooperadamente el bien común. Su tamaño y su poder pueden ser reducidos o agrandados, pero no se debe ni se puede intentar abolir la función del Estado. Eso sería otra ingenuidad o la anarquía que tampoco conoce el comportamiento humano.

Entonces, ¿nos quedamos en el vacío existencial y en el aburrimiento político? ¿damos paso a la falta de compromiso propio de la post modernidad, a su exceso de sentimentalismos, a su disimulado desprecio de la razón, como vieja paridora de los viejos modelos fracasados? ¿Declaramos el absurdo o el fin de la historia?

Nosotros creemos que no. Que lo nuevo no debe venir al estilo de otro mesianismo «barato» o «forzado». Que lo auténtico de la post modernidad es precisamente que está «descamada» de todo mesianismo. Y eso es bueno. Lo nuevo será más bien, -así lo creemos y lo deseamos- una búsqueda multilateral, pluralista, pluricultural, gradual, sin «modelos» terminados e inamovibles. Una búsqueda sin Utopías, así con mayúsculas intangibles y paraísos terrenales, pero podría y quizá necesitaría ser una búsqueda de pequeñas utopías, así, perfectibles, articuladas, que tensen el camino hacia el futuro pero sin violentar el presente.

Quizá lo nuevo sea dar una oportunidad a la tercera y más olvidada de las reivindicaciones contemporáneas: la fraternidad. Pero sin excluir a las demás, como ha sucedido hasta ahora. Sin lesionar la libertad para dar el pan igualitario, sin negar el pan a quienes gozan de ese tipo de libertad sin responsabilidad por el otro. La fraternidad, buscada entre todos, sin exclusiones ni hegemonías. La fraternidad buscada como modelo de convivencia, como dinámica de las relaciones interpersonales y sociales.

El nuevo nombre de la fraternidad es la solidaridad. El desafío sería que la libertad se hermanara y se humanizara con la solidaridad. Que la solidaridad permitiera que el «tener» fuera para poder compartir y no para poder dominar. Que el poder fuera para servir y no para manipular.

La cultura de la fraternidad que no es otra cosa que el cultivo de las relaciones interpersonales y comunitarias, es lo contrario de la cultura de masas. El amor fraterno es lo contrario de la masificación, del colectivismo, de la masa sin rostro y sin alma. Para tratarse como hermanos es necesario primero reconocerse como personas distintas, únicas e irrepetibles, pero iguales en dignidad y derechos. Iguales ante Dios y ante las oportunidades. No uniformadas,



ni despersonalizadas. No se puede construir la fraternidad ni desde el individualismo ni desde la masificación.

Por otra parte, lo propio del cristianismo es el personalismo y la fraternidad. Personalismo para respetar y promover todo lo relativo a la dignidad con la que nace todo ser humano, para promover todos sus derechos y no sólo lo que convenga a uno de los dos sistemas.

En fin, debemos recordar que esas tres demandas: libertad, igualdad, fraternidad, tan discutidas incluso por la misma Iglesia de aquel tiempo, tan polémicas aún hoy, y reconocidas “en el fondo como ideas cristianas” por Juan Pablo II en su primer viaje a Francia en 1980, surgieron en el marco de la redacción de una Constitución cuyo Preámbulo es la “Declaración de los derechos de la persona y del ciudadano” de 1795; por tanto, lo que hay en el fondo de estos tres valores son precisamente los Derechos Humanos, fundamento, principio y fin de todo proyecto social nuevo que desee realmente poner a la persona humana por encima de cualquier otra institución, incluido el propio Estado.

Fraternidad, porque si reconocemos que todos los hombres y mujeres nacen iguales en dignidad, por tanto dotados por su Creador de libertad y derechos inalienables, entonces esa libertad encontrará límites para todos por igual en el respeto de la libertad y los derechos del otro.

Lo nuevo sería el tránsito pacífico y gradual de una cultura patriarcal a una cultural fraternal. De la civilización del eros del Génesis, al ágape del Evangelio. Lo nuevo sería fruto de la liberación de las relaciones de dominación patriarcales, dígame de los paternalismos y autoritarismos de todo modelo y color, a las relaciones de amistad social.

El mundo ha estado durante milenios sometido a las relaciones patriarcales de todo tipo: la esclavitud, el feudalismo, el capitalismo y el socialismo pertenecen, en diferente medida, al mismo estilo de relaciones humanas y sociales. La dominación del esclavo por el esclavista; la dominación del siervo de la gleba por el señor feudal; la dominación del obrero por el capital, de la persona por el dinero; la dominación del ciudadano por el Estado, son todas variaciones canónicas de una misma sinfonía asincopada. En otras palabras, son cambios de lo viejo, más de lo mismo. Fruto de la misma raíz. Es la causa más profunda de la ingobernabilidad con la que se desintegran las naciones.

Buscar lo nuevo es buscar, por tanto, el paso de la cultura paternalista a la cultura fraterna, solidaria. Desde la legitimación del poder por los lazos de sangre de la prehistoria a las monarquías, hasta la legitimación del poder por la fuerza del dinero, de las armas o de la violencia revolucionaria, o por las rencillas fraticidas partidistas, la humanidad ha marchado al son de la misma marcha, no hemos salido de la prehistoria patriarcal. Hacer parir lo nuevo es buscar la legitimación del poder como servicio al hermano, al igual, al ciudadano-sujeto de derechos, a la persona igual en dignidad que el que detenta el servicio del Estado. Parir lo nuevo es buscar la legitimación del tener, del dinero, en el compartir de la justicia conmutativa y social, es buscar la riqueza que nos brinda este mundo como mediación para la solidaridad. Es globalizar la



solidaridad, pero no con palabras y lemas, sino con actitudes, gestos y hechos concretos, medibles y amables. Esto es poner la base más profunda para una auténtica gobernabilidad democrática.

La fraternidad es pasar de la justicia interesada de un amor de intercambio y ganancia, a la generosa entrega de un amor de gratuidad. Es pasar de una sociedad basada en la pura justicia y la aséptica igualdad -por otro lado, imposibles- a una sociedad basada en la misericordia y lo que se ha venido a llamar "amistad cívica". En efecto, "El significado profundo de la convivencia civil y política no emerge inmediatamente del elenco de derechos y deberes de la persona. Tal convivencia adquiere todo su pleno significado si se basa en la amistad cívica y sobre la fraternidad... La amistad cívica, así entendida, es la actuación más auténtica del principio de la fraternidad, así inseparable de la libertad y de la igualdad." (Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia, no.390)

Venga, entonces, la cultura de la amistad cívica, término acuñado desde hace siglos por santo Tomás de Aquino, y que tanta actualidad y novedad tiene en este cambio de época. Cuba se encuentra, coincidentemente, providencialmente, también en la encrucijada de un tránsito social y político. Luego de haber vivido, en el corto término de un siglo, el colonialismo, el capitalismo y el socialismo, ella merece no regresar a ninguno de estas variaciones de lo viejo, sino abrirse a lo que es verdaderamente nuevo...nuevo para ella y para todo el mundo: la convivencia del amor cívico, de la fraternidad pluralista, de la solidaridad universal.

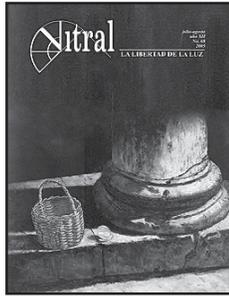
Comencemos, como dice san Pablo, por no "mordernos unos a otros." (cf. Gál.5, 15). Pero, comencemos ya, por lo más pequeño, por los más cercanos... por lo posible.

Cuba puede.

Pinar del Río, 25 de marzo de 2005.

Encarnación de Nuestro Señor Jesucristo





Ética y economía

Año XII. Nº 68. julio-agosto 2005

He aquí uno de los desafíos más apremiantes y decisivos para el presente y el futuro de la convivencia humana: ¿tienen la economía, el mercado, el comercio, una independencia total y absoluta con respecto a todo criterio ético o, por el contrario, las leyes del mercado, el «derecho de piso» de los inversionistas, las ventajas del comercio deben regularse por alguna norma ética que ponga los intereses de las personas y los pueblos por encima del lucro y el dinero?

Tanto al interior de los Estados nacionales como en las relaciones internacionales, optar por alguna de las posiciones cercanas a estos dos polos dialécticos, está decidiendo hoy la calidad de vida de los ciudadanos y la credibilidad de los mismos Estados y organizaciones financieras mundiales.

Consideramos que la Economía, como ciencia, tiene, y debe tener, su propia autonomía relativa, tal como la tienen la Física, la Química, la Astronomía. No se pueden torcer las leyes de las ciencias para domeñarlas con un voluntarismo ingenuo que sólo alcanzará desastres tras desastres.

Del mismo modo, la Física, la Química y la Economía pueden ser, y son, en sí mismas y por sí solas, ambiguas, amorales, ambivalentes. Ya sabemos el muy recurrido ejemplo: la fisión del átomo puede servir lo mismo para generar corriente eléctrica que para producir la bomba atómica. Y a nadie se le ocurrirá, a estas alturas de la historia, justificar una guerra nuclear porque la fisión del átomo sea un avance de la ciencia y deba respetarse, en ese aspecto, su autonomía.

Así podríamos poner otros muchos ejemplos en los que la ambivalencia moral de las ciencias pueda producir efectos positivos o negativos, según sean utilizados y administrados, aceptados o prohibidos por la conciencia humana. En efecto, llegó a producirse y, lo que es más grave, a emplearse la bomba atómica porque en aquel momento la conciencia de los responsables y las circunstancias internacionales no pudieron, no alcanzaron, a detener esa monstruosidad. Sin embargo, hoy, 60 años después, parece existir un consenso universal de rechazo a la producción, acumulación y uso de esas



armas, con las raras excepciones que realzan la indiscutible humanidad de la regla: esos gobiernos parias y esquizofrénicos que se han quedado enterrados en el pasado y la violencia.

Aplicando estos principios generales a la Economía, consideramos que la mentalidad consumista e individualista ha obstaculizado el alcance de grados de desarrollo y humanización necesarios para que muchos caigan en la cuenta de que en economía, en finanzas, en comercio, en inversiones y mercados, no todo vale. Porque hay «bombas atómicas» del mercado que pueden provocar, en millones de personas, en numerosos pueblos, más víctimas y más daños materiales, morales y espirituales, a mediano y a largo plazo, que las víctimas que produjeron las dos bombas atómicas de la Segunda Guerra Mundial.

En Economía, como en todas las ciencias, hay reglas que deben ser respetadas, pero las reglas y las leyes de mercado no todas deben ser dejadas a la desbandada, y mucho menos deben ser impulsadas contra las personas y los pueblos. No todo debe ser permitido, ni tampoco todo debe ser prohibido. Ambos extremos son perniciosos para la dignidad y los derechos de las personas.

Un ejemplo pudiera ser el gesto del grupo de naciones desarrolladas llamado G-8 que acaba de condonar la deuda externa de 18 naciones en vías de desarrollo e incluir otras 20 de ellas en ese programa llevado a término por iniciativa de Tony Blair, Primer Ministro británico. Técnicamente, e incluso moralmente, pudiéramos decir que las deudas deben ser saldadas. Pero la dignidad y los derechos de los hombres y mujeres y de los pueblos están por encima de esas normas. También en el Padrenuestro, oración rezada tanto por las víctimas de la expoliación como por los mismos que defienden el sacrosanto imperio de las leyes del mercado, dice en una de sus partes menos practicadas: “perdona nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores”.

La Ética es también otra ciencia que debe ser respetada y cultivada por personas, gobiernos, empresarios y ciudadanos. Es la que se ocupa del “ethos”, del ser, del carácter de las personas y de los pueblos. Es aquella que se ocupa de regular la actuación de los seres humanos para que lleguen a alcanzar su propia plenitud y contribuyan, o por lo menos no obstaculicen, al desarrollo humano integral de los demás habitantes que compartimos la suerte de este planeta. Éticamente aceptable es todo aquello que contribuya a la humanización de las personas y de la sociedad, en otras palabras, es ese proceso gradual de personalización-socialización que contribuye al cultivo de las capacidades, talentos y actitudes de los ciudadanos y de los grupos sociales de modo que se creen las condiciones, el hábitat material, moral, espiritual, que le permita a todos crecer en humanidad.

Lo auténticamente ético está por encima de las costumbres, de las leyes e incluso de lo que pudiera ser o parecer conveniente para muchos, si con ello se lesiona o conculcan la dignidad y los derechos de otros, aún cuando



estos «otros» sean minorías. Es por ello que expresamos nuestro criterio de que la economía, las leyes de mercado, las inversiones y las finanzas, las medidas del comercio... deben ser orientadas por criterios éticos de carácter universal. No con doble o triple rasero, según conveniencias lucrativas, ideológicas, políticas o religiosas.

Así como casi al finalizar la Segunda Guerra Mundial las conciencias más lúcidas de la Humanidad la hicieron avanzar con uno de los pasos más trascendentales, creando un marco ético global, al aprobar la Declaración Universal de Derechos Humanos en 1948, promovida activamente con aportes específicos y firmada por Cuba. Más adelante, en 1966, la Humanidad dió otro paso inconmensurable en la creación de eso que llamamos “un marco ético de carácter universal” con la aparición del Pacto de Derechos Civiles y Políticos y el Pacto de Derechos Económicos, Sociales y Culturales, los dos cimientos y columnas de la convivencia humana contemporánea. Cuba, sin embargo, no ha aceptado ni firmado estos dos pactos internacionales que tienen un carácter vinculante para quienes lo firmen, es decir, que obligan en derecho y deben ser reconocidos en las Constituciones políticas de las naciones que lo acepten.

Quienes, por cualquier motivo, se salen de ese “marco ético”, internacionalmente pactado y aceptado como expresión de la conciencia más avanzada de la humanidad, ellos mismos se colocan al margen del desarrollo antropológico, jurídico, civil internacional y se convierten en una especie de «Estados parias» por propia voluntad. La firma de estos pactos no debería ser elemento de canje en ninguna negociación internacional. Nada descalifica más la firma de un pacto internacional que el ser usado como rehén para obtener otras recompensas de la comunidad mundial.

Por el contrario, la firma conciente, incondicionada y libre de esos pactos, y de otros convenios y tratados internacionales, habla de la madurez cívica y política de los pueblos y de sus gobiernos y de la verdadera soberanía ejercida sin trueques ni chantajes de perjuicios o beneficios.

Ese “marco ético internacional” debería ser madurado y aplicado a las ciencias económicas, sociales y culturales con la misma intensidad, la misma profundidad y urgencia que el Pacto de Derechos Civiles y Políticos. La comunidad internacional debería monitorear, debatir, sancionar y contribuir a subsanar los daños provocados por las violaciones de los derechos humanos por razones económicas, sociales y culturales, tanto como intenta hacerlo con los derechos civiles y políticos.

Ese marco ético debería ser adoptado por los pueblos y los gobiernos con relación a las leyes del mercado y del comercio, de la economía y de las finanzas internas e internacionales. Podría decirse que en este sentido la conciencia de la humanidad no ha progresado tanto como en la denuncia de las guerras militares y los genocidios cruentos. Para nadie es un secreto, ni un descubrimiento, que existen hoy, a cada paso, cerca de nosotros, medidas económicas, tácticas del mercado, diferencias sociales y genocidios



culturales cuyas víctimas caminan por nuestras calles sin vérselas las desgarraduras morales y espirituales comparables a los boquetes de los disparos, las bombas terroristas o las esterilizaciones masivas al estilo Milosevic.

Tanto dentro de las naciones, como en las relaciones internacionales, las medidas económicas no deben ser utilizadas ni para mantener el poder de algunos sobre todos, a costa de grandes penurias para muchos, ni para intentar cambiar la situación política desde afuera. Ambas cosas son éticamente inaceptables. Y son inaceptables porque con argumentadas justificaciones e incluso altos principios, violan todos los días, a toda hora, los más elementales derechos de los ciudadanos; derechos económicos y sociales como el agua, la luz, la vivienda, el transporte, el salario justo, el nivel de vida... y los derechos civiles y políticos como el derecho de cada pueblo a decidir su destino, a elegir democráticamente su gobierno, dejarlo o cambiarlo, expresar libremente lo que piensa cada uno y actuar coherentemente con lo que piensa y lo que dice, dentro de ese marco ético universalmente aceptado.

En las relaciones internacionales ni los embargos deben ser impuestos unilateralmente, ni los empresarios y gobiernos deben anteponer sus intereses de invertir y tener «derecho de piso» para cuando cambien las cosas, culmen del oportunismo más deshumanizado disfrazado de leyes de mercado y estrategias inversionistas, mientras se violan sistemática y minuciosamente los derechos civiles, políticos, económicos y sociales del mismo pueblo que tiene que contemplar, indefenso e inmovilizado, cómo se hace una política de gestos y semestres, mientras el cada día de los ciudadanos de aquí no sería jamás, ni por asomo, aceptado un segundo en la vida de los inversionistas, políticos y ciudadanos de allá. Tal esquizofrenia ética no sólo ofende la dignidad del país, sino que convierte a sus ciudadanos en rehenes de la política por un lado y en mano de obra miserable, por otra. Sin derechos en ninguno de los dos lados.

Una política doméstica e internacional reducida a gestos y plazos insatisfechos, sin una visión dialogada, ética global y una proyección seria y articulada a mediano y largo plazo, contando con la participación libre, conciente y activa de los ciudadanos, es como “filtrar el mosquito y dejar pasar el camello” (Mateo 23,24).

Una economía internacional reducida a las leyes ciegas del mercado y a la fiebre, ciega también y poco disimulada, de llegar primero, de estar aquí para cuando pase, de «tener el derecho de piso» antes que venga la avalancha, sin contar con los ciudadanos de ese país, que ahora y cuando pase lo que pase, tendrán todo el derecho y toda la razón para hacer valer sus prerrogativas y sobre todo su soberanía sobre los destinos de su economía y de su política, es como “señalar la paja en el ojo ajeno y no ver la viga que hay en el suyo”(Lucas 6, 41).



A no ser que lo que preparan esos inversionistas, en alianza con algunos «empresarios» locales, aún sin estar muy concientes, o quizás obnubilados por el poder político o económico, sean las conocidas y temidas «mafias» económicas y sociales que tanto daño están haciendo a los que ya pasaron por esto.

Estamos a tiempo. Quizá estas reflexiones nos duelan a todos. Pero la realidad es más dura que estas reflexiones y debemos enfrentarla con transparencia, serenidad, respeto por todos y audacia soberana.

Cuba tiene aún todas las potencialidades humanas y sociales como para hacer esta reflexión, como para dar cada uno su propia opinión y, sobre todo, para poner manos a la obra.

Para ello es necesario que:

-nos pongamos de acuerdo en el “marco de una ética de mínimos”.

-que defendamos la soberanía del ciudadano y de nuestro pueblo, que no es un nacionalismo cerrado, sino una Cuba abierta al mundo con vocación universal, frente a las leyes ciegas y oportunistas del mercado que pugilatea el «derecho de piso» y de hoteles, ignorando soberanamente lo que pasa la gente que trabaja en esos mismos hoteles o que viven y trabajan en este «piso» hace siglos.

-que abramos, paso a paso, gesto a gesto, un diálogo multilateral entre todos los actores sociales y políticos al interior de Cuba y también con las naciones del mundo, para no quedarnos insatisfechos en los gestos y en los plazos, ni entre nosotros, ni con los demás. Creemos que la prioridad está ahora, más que nunca, en el campo de nosotros los cubanos.

Cuba no es un “piso” para inversionistas y mercaderes sin ética y sin pudor. Cuba es un pueblo de gente noble, trabajadora e instruida, con mucho espíritu emprendedor y mucho respeto por los demás pueblos. Esa es la esperanza que se abre al futuro.

No confundamos la nobleza de un pueblo con la falta de derechos que sufre por mil razones internas, responsabilidad nuestra y otras razones externas, también de nuestra responsabilidad, pero provocada por otros.

No son éticamente aceptables las medidas económicas restrictivas venidas desde fuera, como dijo el Papa Juan Pablo II, de feliz memoria.

Pero tampoco son éticamente aceptables las medidas económicas restrictivas de la iniciativa de los cubanos y cubanas venidas desde dentro de nuestro propio país.

Tampoco es éticamente aceptable que los derechos de las personas y de los pueblos se aplacen o se disimulen o se declaren de la única incumbencia de los «nacionales», mientras los inversionistas extranjeros emplazan a tiempo los negocios, en los cuales trabajan «nacionales» por salarios de miseria y sin sindicatos ni muchos derechos reconocidos en los países inversores.



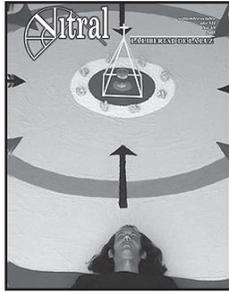
Esos «nacionales» son los cubanos y cubanas, sujetos tanto de derechos civiles y políticos como de derechos económicos y sociales. Si es de su única incumbencia defenderlos y democratizar su país, también es de su incumbencia las inversiones y negocios, las medidas de beneficio y los embargos, los créditos y las finanzas internas de su país.

Si esos derechos y deberes rigen, aunque fuere medianamente, pero siempre muy reclamados y defendidos, en cada uno de los países cuyos empresarios y políticos vienen a Cuba con sus negocios y propuestas; si así están refrendados en cada uno de los pactos internacionales que esos países han firmado: ¿Por qué tendría que ser diferente, y es hoy diferente en Cuba y en las relaciones de esos países con los cubanos y cubanas?

Pinar del Río, 20 de junio de 2005.

•





Repudio no, respeto a la pluralidad y a la reconciliación

Año XII. N° 69. *septiembre-octubre 2005*

Cuba es el hogar nacional de todos los cubanos. Cuba es y debe ser la Casa de todos los cubanos. La nación es la comunidad de personas que siendo diversas y únicas, tienen en común una historia-raíz de donde alimentan su presente y su futuro. La nación es la comunidad de personas, que siendo iguales en dignidad y derechos, buscan el bien común en el presente y debaten con respeto y tolerancia sus proyectos futuros.

Cuba comenzó a construir esa comunidad nacional en la cuna del Seminario San Carlos y San Ambrosio de La Habana, a principios del siglo XVIII, cuando en sus aulas se formaron los fundadores de la nación, hombres, sacerdotes y laicos, que fueron despertando en sí mismos y en los demás, una conciencia propia y distinta de la de España. Nació la conciencia nacional como deseo de ser diferentes a lo peninsular, como deseo de ser nosotros mismos una Nación para todos los hijos de Cuba. Allí estaban facilitando el parto de nuestra nacionalidad, los padres fundadores: el P. Félix Varela, José de la Luz y Caballero y un puñado de hombres-semillas, de donde brotaron nuestras raíces, nuestras ramas y nuestros frutos.

Medio siglo después vinieron las guerras de independencia, recurso extremo ante la intolerancia de la opresión del gobierno español, mientras el resto de América había conseguido ya su libertad. De ellas salimos heridos y limitados en el alma y la soberanía, pero definitivamente cubanos, nosotros mismos y dispuestos a reconstruir “el alma de la nación que se desmigajaba por el país” como había descrito el Apóstol Martí.

Otro medio siglo transcurrió en esa reconstrucción, entre sombras de tiranías y luces de cubanidad y democracia. Otra vez la violencia y otra vez la esperanza de volver a empezar, con todos y para el bien de todos.

Otro medio siglo más, y aquí estamos, nosotros mismos y en otro contexto histórico e internacional. Aquí está Cuba, la misma en su ser y otra en sus circunstancias, pero incansablemente buscando el bien común para cada uno y para todos los cubanos, iguales en dignidad y derechos, diversos en todo lo demás.

Para facilitar una convivencia social basada en la pluralidad y la reconciliación es esencial encontrar entre todos el bien común.



Pero, ¿quién determina qué es ese bien común para todos?

El Papa Juan XXIII, en su Carta Encíclica *Mater et Magistra* (1961), definía el bien común como “un conjunto de condiciones sociales que permitan a los ciudadanos el desarrollo expedito y pleno de su propia perfección.” (no.65) Más adelante en su Carta *Pacem in Terris*, (1963) especificaba que “En la época actual se considera que el bien común consiste principalmente en la defensa de los derechos y deberes de la persona humana; de aquí que la misión principal de los hombres de gobierno deba tender a dos cosas: de un lado, reconocer, respetar, armonizar, tutelar y promover tales derechos; de otro, facilitar a cada ciudadano el cumplimiento de sus respectivos deberes. Tutelar el campo intangible de los derechos de la persona humana y hacerle llevadero el cumplimiento de sus deberes, debe ser oficio esencial de todo poder público. Por eso, los gobernantes que no reconozcan los derechos del hombre o los violen faltan a su propio deber y carecen, además, de toda obligatoriedad las disposiciones que dicten... (no.60-61).

“Añádase a esto que todos los miembros de la comunidad deben participar en el bien común por razón de su propia naturaleza...Por este motivo, los gobernantes han de orientar sus esfuerzos a que el bien común redunde en provecho de todos, sin preferencia por persona o grupo social determinado, como lo establece ya nuestro predecesor, de inmortal memoria, León XIII: No se puede permitir en modo alguno que la autoridad civil sirva al interés de uno o de pocos, porque está constituida para el bien común de todos.” (P.T. no. 56)

Toca pues, a todos los cubanos, convocados a una consulta seria, libre, independiente y con los necesarios observadores de probada autoridad moral internacional, decidir cuál sería el bien común para todos los cubanos. El más incluyente, el más plural, el más global, el más concreto y fácil. En una palabra, el más ético, lo que equivale a decir el que conduzca más plena y expeditamente a transitar “de condiciones menos humanas a condiciones más humanas”. (Pablo VI, *Populorum Progressio*)

El Estado debe garantizar cohesión, unidad y organización a la sociedad civil

En el recientemente promulgado Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia, se especifica aún más este concepto del bien común: “La responsabilidad de edificar el bien común compete, además de las personas particulares, también al Estado, porque el bien común es la razón de ser de la autoridad política. El Estado, en efecto, debe garantizar cohesión, unidad y organización a la sociedad civil de la que es expresión” (G.E. 74), de modo que se pueda lograr el bien común con la contribución de todos los ciudadanos. (Compendio DSI, no.168)

Como podemos ver la responsabilidad del bien común no es sólo del Estado sino de la sociedad civil, es decir, de los grupos y asociaciones intermedias, incluidas las Iglesias y otras organizaciones con un carácter peculiar e irreplicable, pero que comparten la naturaleza y el destino de la comunidad humana. Mas estos grupos por sí mismos y solos, cada uno por su lado, no pueden alcanzar los consensos y la estabilidad necesarias al bien común si el Estado no crea ese “conjunto de condiciones” éticas jurídicas, económicas, sociales y políticas, que



permitan la pacífica y activa participación de la sociedad civil, según la vocación de cada grupo, y respetando la autonomía que le es indispensable para ser precisamente sociedad civil y no correa de transmisión del mismo Estado.

La conciliación de los bienes particulares de grupos y de individuos es una de las funciones más delicadas del poder público

En efecto, no se trata sólo de crear el marco jurídico, político y el clima ético y social necesarios para dar estabilidad al tejido social, se trata, aún más de armonizar, de conciliar los intereses de las personas, de los grupos, no sólo de las que se incluyen a sí mismas en las mayorías, sino de armonizar a estas con los intereses de los que siendo minorías, por muy exiguas que sean, desean y buscan, a su modo pero por vías pacíficas, el bien común de toda la comunidad.

Está claro que armonizar, conciliar a los que piensan diferente, a los que tienen diferencias políticas o ideológicas, o a los que tienen diversa religión o filosofía de la vida, no es tarea fácil, es muy difícil y a veces, ingrato, pero es deber ineludible y legitimizador de los que ostentan el poder.

Así lo expresa el citado Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia publicado por el Pontificio Consejo Justicia y Paz en noviembre de 2004 y que constituye la más actualizada y autorizada opinión de la Iglesia Católica sobre asuntos sociales:

“Para asegurar el bien común -prosigue el citado Compendio- el gobierno de cada país tiene el deber específico de armonizar con justicia los diversos intereses sectoriales. La correcta conciliación de los bienes particulares de grupos y de individuos es una de las funciones más delicadas del poder público. En un Estado democrático, en el que las decisiones se toman ordinariamente por mayoría entre los representantes de la voluntad popular, aquellos a quienes compete la responsabilidad de gobierno están obligados a fomentar el bien común del país, no sólo según la orientación de la mayoría, sino en la perspectiva del bien efectivo de todos los miembros de la comunidad civil, incluidas las minorías. El bien común de la sociedad no es un fin autárquico; tiene valor sólo en relación al logro de los fines últimos de la persona y al bien común de toda la creación.” (Comp.DSI no. 169-170)

Una vez aclarado qué significa para nosotros el bien común y quiénes deben ser sus promotores y destinatarios – todos los miembros de la sociedad, sin distinción- podemos pasar a valorar cómo se está trabajando en esto en la actual coyuntura de la sociedad cubana.

En este sentido, quizás podamos preguntarnos todos: ¿estamos contribuyendo, según nuestras posibilidades y vocación social, a la búsqueda del bien común o por el contrario, cada cuál está actuando en función de su propio grupo, asociación, partido o comunidad religiosa?

¿Estamos buscando entre todos un concepto de bien común que no sea autárquico, es decir que no sea lo que mi grupo o partido, lo que mi familia y mi persona pensamos aisladamente sobre el bien común, sino que buscamos un consenso, necesárisimo en esta coyuntura, por lo menos, en lo que entendemos como “bien común”?



Aquí hemos esbozado algunos criterios de la Iglesia, de algunos Pontífices que han sido reconocidos como autoridades morales por muchas personas de diversas formas de pensar y sentir. Ojalá sirvieran, por lo menos, para comenzar y animar un debate sobre lo que significaría hoy, y para todos, no sólo para la mayoría o las minorías, el bien común en Cuba.

Quedan aún otras preguntas que nos hacemos y proponemos a la reflexión de todos: ¿Estamos buscando conciliar, armonizar a los diversos grupos y sectores de la sociedad, palabras y actitudes recomendadas por los Papas y la Iglesia, tanto a las autoridades públicas como a los diferentes grupos de la sociedad civil?

¿O estamos, por el contrario, contribuyendo, cada uno desde su atrincheramiento, a un clima de intolerancia, crispación, violencia verbal, física y psicológica, que va tensando la situación, empeorando la convivencia civil, enfrentando unos grupos contra otros, regresando a actitudes violentas de repudio, condenación, ofensa pública, acoso a los domicilios y amenaza a los hogares de personas que no piensan y no actúan como nosotros? ¿Y qué pensar de la permisividad de los agentes del orden público ante tales acontecimientos violentos?

Tenemos la convicción de que estos métodos violentos, de intolerancia civil, de unos cubanos gritando frente a los hogares de otros cubanos que piensan distinto y actúan pacíficamente en coherencia con lo que piensan, no han dado resultado en el pasado, no se corresponden con el pensamiento, la espiritualidad y la actuación de aquellos padres fundadores de la nación cubana, que no sólo respetaron y trataron con decencia a los que pensaban diferente sino que llegaron al culmen de la convivencia civil al tratar de ofrecer la “rosa blanca” de la reconciliación, tanto al “amigo sincero que me da su mano franca” como al “cruel que me arranca el corazón con que vivo”

He aquí la más auténtica tradición del alma de Cuba. Este es nuestro José Martí, aquel que supo perdonar, que supo ofrecer las puertas de la Cuba libre y nueva aún a los hijos de España que desearan quedarse luego de la guerra a reconstruir el país con los cubanos quienes hacía sólo meses se habían enfrentado en el campo de batalla.

Repudios no es lo que Cuba necesita. Necesita perdón, respeto a los distintos, diálogo pacífico

No es el repudio, la grosería, la gritería del tumulto, las ofensas aún cuando se crea que hay razones para ello, lo que construye el Hogar Nacional. No se sirve a Cuba enfrentando a los cubanos en las calles, ni aupando la maledicencia, la animosidad, la agresividad y las amenazas. Ya por los años de la década del 80 vivimos esta amarga experiencia y todos, todos, el partido, la Iglesia, los ciudadanos, los que se quedaron y los que se marcharon, todos lamentamos y condenamos aquellos excesos callejeros, aquellos actos de repudio, en los que en ocasiones los participantes no conocían ni las personas, ni las ideas que repudiaban, aquellas porras que desdecían de la dignidad y la altura de miras de todos los cubanos sin excepción.



Estamos seguros que nadie quiere desdecir el alma cubana. Que todos queremos mantener en alto y más digna que nunca la autoridad moral de la nación cubana. Todos queremos que el mundo nos respete por nuestra capacidad de convivencia civil, de mantener el equilibrio social.

Que nos respeten y nos reconozcan no por los incidentes callejeros que salen nuevamente a manchar la tradicional serenidad de los cubanos, sino por nuestra capacidad de tolerar lo que consideramos impropio, por nuestra capacidad de aceptar que nuestra sociedad, como todas las del mundo, está compuesta por personas y grupos diferentes y que eso no es una desgracia sino una riqueza si sabemos armonizar, encauzar, dar espacios de debate y participación públicos y sin miedo a ser reprimidos o castigados.

Estamos seguros que los cubanos, todos, de una parte y de otra, de los grupos de la sociedad civil y de los grupos del gobierno, tenemos la integridad personal, la claridad de conciencia, la altura de miras, la capacidad de diálogo, el debido respeto a los diferentes, la infinita paciencia y, sobre todo, el ineludible amor a una Cuba libre y soberana, ella misma y no otra, ella protagonista de su propia historia y no sometida a presiones o chantajes; amor a una Cuba digna y humilde, laboriosa y pacífica, abierta al mundo contemporáneo y no atada a historias y proyectos pasados y ajenos a su propia identidad y cultura.

Una prueba de este amor y de esta altura de miras de los cubanos de hoy, es que por primera vez en la historia patria, todos, absolutamente todos los cubanos y cubanas que vivimos en Cuba y una inmensa mayoría de los que la aman y la sirven desde cualquier punto de la nación que vive en la Diáspora, hemos optado, seriamente, responsablemente, por solucionar los conflictos que son propios de toda sociedad viva, por la vía pacífica, gradual y civilizada.

¿No es este ya un gran logro de nuestro amor insoslayable a Cuba?

Concedámonos un respiro de serenidad, un tiempo de sosiego, para reflexionar sobre el futuro de Cuba

No nos dejemos, pues, arrastrar por el ambiente que atiza las pasiones, que saca lo peor que cada uno de nosotros lleva adentro. No dejemos que la reacción sea nuestra actitud sino la proposición civilizada y tolerante. No permitamos que la crispación por lo que consideramos que es la justicia nos haga resbalar, sin querer o permitiéndolo, por la pendiente de la violencia y el repudio.

No permitamos que la desconfianza nos arrastre a condenar públicamente a los que no consideramos confiables. Por el camino de la desconfianza no se llega a ninguna parte. A ninguna parte buena, queremos decir. La desconfianza es un sentimiento humano comprensible en un clima de inseguridad y miedo. Pero ni el miedo, ni la inseguridad puede lanzarnos unos contra otros porque no quedaremos ninguno con fuerzas y dignidad para enfrentar la tarea de edificar la Patria que es de todos y para todos.

Concedámonos un respiro de serenidad, un tiempo de sosiego, un período de mayor tolerancia y paciencia. Todos lo necesitamos. Cuba lo necesita. Venga ya una tregua de la crispación y la agresividad verbal. Venga, por fin, la razón



pacífica de la verdad y no la fuerza de ninguna batalla. Los cubanos no necesitamos batallas, es lo menos que necesitamos ahora.

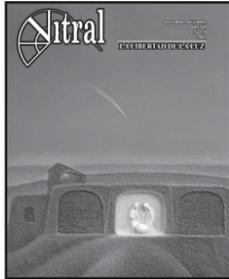
Los cubanos necesitamos mucha ecuanimidad para ponernos a reflexionar en nuestra nación, en nuestro presente, en nuestro porvenir. Necesitamos un clima de paz de las conciencias y de paz de la convivencia para aplicarnos todos a lo esencial, que es Cuba, y no en ganar al adversario que es otro cubano. Si consideramos correcto que cada cubano que no piensa y actúa como nosotros sea mirado como un adversario, lo que brota de esa siembra de intolerancia es la adversidad. Si Cuba se divide en grupos de adversarios irreconciliables, agresivos verbal y anímicamente, todo cae en la adversidad.

La animadversión, que es el envenenamiento del alma, sólo trae la adversidad para la Patria.

Repudios no es lo que Cuba necesita. Ni animadversión. Necesita perdón, respeto a los distintos, diálogo pacífico, paciencia histórica, sosiego civil y voluntad de encontrar, juntos, el camino definitivo y gradual de la reconciliación entre todos los cubanos.

Pinar del Río, 20 de agosto de 2005





Cuba 2006: verdad, justicia y reconciliación

Año XII. N° 70. noviembre-diciembre 2005

"Amnistía sin amnesia"

Adam Michnick

Cuba se apresta a vivir un nuevo año. El año 2006 de la Era Cristiana. El año 104 de la República de Cuba. El año 47 del socialismo cubano. A los 20 años de aquel Encuentro Nacional Eclesial Cubano (ENEC), el primero después de que la Iglesia fuera prácticamente desmantelada por el sistema marxista leninista. A los 8 años de la visita del Papa Juan Pablo II a Cuba.

Un viejo refrán popular nos visita cada vez que se acercan las fiestas de Navidad y principios de año: "Año nuevo, vida nueva". Este refrán es un verdadero reto a la imaginación de los cubanos. Se transforma en una pregunta ineludible. Se trata de un desafío esencial. En fin, pensar, desear y actuar en consecuencia para descubrir, asumir y poner en práctica lo verdaderamente «nuevo» de un año que se abre en Cuba, se convierte en una necesidad vital.

Ya sabemos que los años, los días y las horas no son más que una forma de tomar conciencia de que el tiempo es un don que pasa y no regresa. Que se vive o no se vive. Que se usa para crecer o para morir. El tiempo es la medida de la vida y de la acción humana para transformar y mejorar el mundo o para hacerlo menos humano y peor vivible. Nada hay fuera del tiempo. Nadie puede ponerse fuera de él. Ni jugar con el tiempo de su propia vida y menos disponer o dañar el tiempo de vida de los demás. Nadie ni nada puede disponer del tiempo de vida humana que nos toca a cada uno de los seres vivientes.

El tiempo es una prerrogativa de nuestra libertad, aún más de nuestra dignidad, todavía más el tiempo es la oportunidad irreplicable para completar la redención de cada ser humano. Y esa redención no puede ser ni administrada ni planificada, y menos entorpecida por nadie bajo el sol. Nadie hay fuera del tiempo, más que Dios, y aún Él quiso compartir su eternidad al ritmo del tiempo de este mundo. Jesucristo es la encarnación temporal de la eternidad exclusiva de Dios. Nadie, más que Dios, es ni eterno, ni dueño del tiempo, ni de la historia. Nadie que no lesione gravemente la libertad humana y su último destino puede disponer, autoritaria o arbitrariamente, del tiempo de cada persona y de cada nación. Ni Dios lo ha hecho así: "...a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la



condición de los esclavos, pasando por uno de tantos. Y así actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y un muerte de cruz.”(Carta de San Pablo a los Filipenses cap. 2. Vers.1-11)

Cuando los hombres pretenden asumir el papel de Dios se disloca la función del tiempo y suplantan la libertad de cada persona y de cada pueblo para usar el tiempo para la propia redención humana y para caminar, según las propias opciones, libres y responsables, hacia la trascendencia definitiva. Más aún se violenta la dinámica de la misma Transcendencia que llamamos Dios y que se reveló como persona, respetando y compartiendo el tiempo de los demás.

De modo que lo primero que deseamos a nuestros lectores y a todos los cubanos y cubanas para el Año Nuevo 2006 es que podamos ejercer la plena soberanía sobre nuestro tiempo de vida. Lo que equivale a decir que seamos los responsables y “protagonistas de nuestra propia historia personal y nacional”, mensaje central -tres veces reiterado- del Papa en Cuba.

Y esto sería ya mucho y bueno para el año que comienza. Ser soberano de la propia vida y de su tiempo, ser protagonista de la propia historia es tarea de toda la vida, de todo el tiempo disponible para las personas y los pueblos. Quizá sea un deseo y un augurio demasiado grande y tremendo para un solo año. Quizá pudiera ser, más bien, aspiración suprema y meta perspectiva. Proyecto y horizonte. Ese proyecto de vida vale la pena vivirlo y lo deseamos para todos los cubanos sin exclusión. Pero sin horizontes no hay camino, ni andaduras, ni vida.

Entonces el augurio se torna en un deseo más a la medida de un año, de un tiempo más humano y medible: Ser protagonistas y soberanos de nuestro tiempo y de nuestra vida pudiera comenzar por formularse como dar los pasos necesarios para llegar a ese horizonte de plenitud de libertad y desarrollo humano integral. Pasos cortos y mirada larga. Esta quizá siga siendo la combinación más realizable y medible para alcanzar altas metas. Esa es la dinámica que queremos vivir con todos los cubanos y cubanas y que le deseamos como praxis para el 2006 y años por venir.

La historia vivida desde hace medio siglo por nuestro pueblo, tiene la marca visible y lamentable del daño antropológico que estas experiencias han dejado en el alma del pueblo cubano, por un lado y por otro, sin olvidar la herencia cultural y espiritual de Varela y Martí, herencia de virtud, verdad y perdón. Herencia de transparencia sin ensañamientos y de rosa blanca para quien arranca el corazón. En una frase: la herencia varelina y martiana de verdad con amor y de justicia con magnanimidad. Desde esta mística cubanísima, deseamos al pueblo cubano para el año 2006 y para los años venideros estos tres pasos hacia el horizonte altísimo de la libertad personal y el protagonismo nacional, Verdad, Justicia y Reconciliación. Sin viejos mecanismos ni nuevos autoritarismos.

Son pasos, no metas en sí mismas. Son para llegar a un horizonte que se volverá a alejar hasta que cada cual logre la trascendencia total. Es decir, hasta que concluya el tiempo que se nos ha dado para llegar a la plenitud de nuestra humanidad redimida.

Pero cada paso trae el otro y uno detrás de otro pueden crear un itinerario de desarrollo personal y social que vaya haciendo ciudadanos libres y naciones responsables. Ni súbditos irresponsables, ni naciones parias. Un paso sólo no



hace el camino. Ni el de mañana puede darse antes que el de hoy. Pero podemos adelantar el ritmo y alargar el paso.

Se habla mucho de reconciliación en pueblos que han sufrido divisiones, desarraigos, exilios, dispersión, violencia de cualquier tipo y muerte de la única que hay, sea del cuerpo o del alma. Pero la reconciliación no es ni un decreto ni un reflejo incondicionado. Creemos que la reconciliación es un proceso, un itinerario, consciente y ordenado, que necesita de ciertas condiciones sin las cuales la reconciliación es mueca sonriente y pantomima transitoria.

No hay reconciliación sin justicia. No hay justicia sin verdad. No hay verdad auténtica sin magnanimidad. Y no hay nada de esto sin amor: “Es el amor quien ve”.

Levantándonos de la postración del inmovilismo y del desánimo de la queja infértil. Recorramos conscientemente estos tres pasos del camino hacia la reconciliación: Verdad, Justicia y Magnanimidad.

Verdad. No pueden cerrarse las heridas sin saber cuáles han sido las causas y las consecuencias del daño. Primero reconocer la verdad, la parte de verdad que cada cual tiene, que cada parte reconoce, que objetivamente ha sucedido. Las Comisiones de la Verdad en aquellos países que han vivido un proceso de transición han desempeñado un sereno y pacificador servicio de esclarecimiento y transparencia que ha ahorrado años de sufrimientos que han venido en aquellos países, familias y relaciones interpersonales que se han “cerrado en falso”. Es decir, que se ha intentado reconciliar sin reconocer los errores de todos los lados y sin investigar las verdaderas huellas del tiempo pasado. Verdad para que sirva de experiencia. Verdad no para restregar en la cara de todos los tiempos sino para evitar que se caiga en los mismos errores del pasado. Verdad sin ensañamiento. Verdad como fundamento de la paz. No hay paz en la mentira. No hay reconciliación en el disimulo o el ocultamiento culpable de los errores. Los cristianos lo experimentamos en el sacramento de la Reconciliación. Sacramento es señal, signo de una realidad mayor y más trascendente. Queremos que sea así también en lo social.

Justicia. La justicia es el segundo paso del camino de la reconciliación y la paz. “La paz es obra de la justicia” “La justicia y la paz se besan”-dice la Biblia. Los errores deben ser rectificadas y purgados. La justicia es la satisfacción de la deuda que adquiere con la sociedad quien la daña de cualquier forma y desde cualquier bando. Un poder judicial independiente y como garantía del debido proceso es la estructura que puede ayudar a dar este segundo camino hacia la reconciliación nacional. Pero no es tampoco verdadera la justicia implacable. La historia nos ofrece demasiadas muestras de «justicias implacables» de guillotina, paredón y venganzas. La justicia no es ajuste de cuentas entre grupos, ni revanchas de las víctimas contra sus victimarios pues esto no es más que invertir los papeles y poner un eslabón más a la cadena de la violencia. La pena de muerte debe ser abolida en todos los países del mundo porque ninguna justicia humana puede disponer de la vida de ninguna persona, por mucho mal que haya hecho. Justicia despiadada es violencia institucionalizada. Ya lo decían los antiguos: la suma justicia es la suprema injusticia. Justicia sin misericordia es ensañamiento. Justicia sin magnanimidad es rastrero instinto animal. El paso de la justicia es un paso en falso si no se da entre el paso de la verdad y el paso de la magnanimidad.



Magnanimidad. Es la prueba de la humanidad del proceso. Es la piedra angular de la reconciliación. Viene de “magna” y de “ánima”. Significa: grandeza de alma. Es decir, la capacidad de pasar por encima de rencores y de odios, por encima de venganzas y ensañamientos y respetar la dignidad intrínseca de toda persona humana y la condición falible y perfectible de nuestra condición humana. La magnanimidad es el paso inmediato a la reconciliación. Es levantar el alma y aprender a perdonar sin disimular. De amnistiar sin obviar la verdad de los hechos y la justicia debida. Los frutos tangibles de la magnanimidad son la amnistía de los presos, la reducción de las condenas, la conmutación de la pena capital allí donde todavía exista como rémora de la era salvaje de la humanidad. Lezama Lima, el mayor poeta cubano del siglo XX recordaba que los persas llamaban a la cárcel “la casa del olvido”. Pero amnistía no supone siempre total amnesia social. Vale olvidar al pecador que acaba de confesarse pero no debe olvidarse el pecado cometido para no volver a caer en él o para alejar lo más posible las causas que lo produjeron, pero, sobre todo, para sacar las lecciones de la historia. No olvidar, sin embargo, no significa regodearse a cada paso con las culpas pasadas. Sacar a cada paso el error cometido. No se trata de cerrar las puertas a la rehabilitación personal en el tiempo que se crea conveniente según la justicia.

El resentimiento y la continua enarbolación de las culpas pasadas son contrarias a la justicia y a la magnanimidad y son el estorbo mayor de la reconciliación entre las personas, las familias y los miembros de un pueblo. La antesala de la reconciliación es precisamente tener la decencia y el sentido común de no sacar continuamente los errores, ni propios ni ajenos. Eso no sana sino encona. El resentimiento diseca y falsea el camino de la justicia y de la paz y no permite que los pueblos reconstruyan su futuro. Tiene que llegar el tiempo, satisfechas la verdad y la justicia, en que no se saquen más las culpas del pasado y la dinámica social se atenga a las actuaciones objetivas del presente.

Venga pues, para Cuba, este camino de reconciliación que no podremos hacer si saltamos estos pasos o nos detenemos morbosamente en alguno de ellos.

Verdad, Justicia, Magnanimidad. Comencemos por nuestras familias, nuestros barrios, nuestros centros de trabajo, nuestras comunidades religiosas y cívicas, entre los partidos políticos y las diferentes tendencias ideológicas. No se trata de diluir los principios sino de alzarlos más allá de las ideologías y los partidos. Estos no pueden ni deben ser principios de la vida, sino medios para llegar a un ejercicio soberano y responsable, solidario y fraterno de la libertad personal y del protagonismo social.

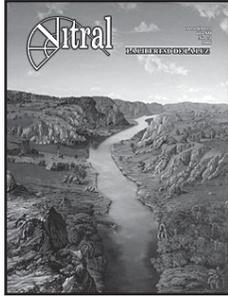
Si logramos dar algún paso corto pero seguro, pequeño pero perseverante, en cualquiera de los tres campos, con la mirada alta, la visión larga y la gradualidad histórica, habremos abierto la puerta de Cuba a la reconciliación nacional, que tampoco es fin, sino camino hacia el crecimiento humano, el progreso social y la felicidad alcanzable en el tiempo que tenemos para vivir en plenitud esta nuestra vida terrena, es decir, nuestra única oportunidad.

Si comenzamos hoy, en lo personal, en lo pequeño, podremos decir con verdad, con justicia y con un alma grande y sana:

Cuba: ¡Feliz Año Nuevo 2006!

Así será nuevo de verdad.

Pinar del Río, 20 de noviembre de 2005



El derecho a viajar libremente

Año XII. Nº 71. enero-febrero 2006

“Toda persona tiene derecho a circular libremente y a elegir su residencia en el territorio de un Estado. Toda persona tiene derecho a salir de cualquier país, incluso del propio, y a regresar a su país.”

(Declaración Universal de Derechos Humanos, art.13)

Viajar libremente, entrar y salir del propio país como un ciudadano normal cada vez que lo desee, circular libremente y sin continuos registros y chequeos, así como escoger el lugar de residencia dentro de la propia patria: estos son derechos de toda persona humana, sin tener en cuenta, su sexo, su raza, su lugar de procedencia, sus creencias religiosas ni sus ideas políticas.

Estos también deberían ser derechos inalienables de todos los cubanos sin distinción. Cuando decimos de todos los cubanos y cubanas, queremos decir: todos. Los que viven aquí y los que viven en la Diáspora, es decir, en cualquier país del mundo, ya sea por razones económicas, políticas, familiares, profesionales o de cualquier otra causa honrada.

Nada ni nadie puede arrebatarse este derecho fundamental de toda persona porque es un derecho que le viene dado desde el momento de su gestación en el vientre materno por la única y suprema razón de ser un ser humano. Los derechos humanos no son otorgados o concedidos por ninguna autoridad ni civil, ni militar, ni religiosa, ni estatal, ni partidista. Podrán ser «reconocidos» por las leyes y constituciones de los Estados democráticos o no reconocidos por los Estados tiránicos o dictatoriales, hoy llamados eufemísticamente, Estados o gobiernos autoritarios. En otros casos, puede que sean «reconocidos» sólo en teoría, en la letra, de las leyes y constituciones, pero sistemática y conscientemente violados o negados según convenga política o económicamente.

Pero en todos los casos, ningún organismo, ley, decreto, regulación, documento oficial, y menos aún, una orientación secreta o «interna» de



ningún ministerio u otra estructura del Estado, puede violar, ignorar, restringir o denegar ni este derecho humano irrenunciable, ni ninguno de los otros 29 contenidos en la Declaración Universal de Derechos Humanos, aprobada y adoptada por la Organización de las Naciones Unidas (ONU) el 10 de diciembre de 1948; Cuba no sólo fue uno de los países que inmediatamente la aprobó, sino que fue una de las naciones que más trabajó activamente en su redacción, en su debate y fue, nada más y nada menos, que el país elegido para hacer la presentación del proyecto de Declaración a la Asamblea General, aquel 10 de diciembre histórico, en la voz del embajador cubano ante la ONU de entonces que era el artista, crítico de arte, escritor y profesor universitario Dr. Guy Pérez Cisneros.

Por tanto, también para Cuba como para todos los pueblos del mundo, esta Declaración Universal y cada uno de sus 30 derechos constituyen no sólo una norma suprema de la convivencia social y de las relaciones entre el gobierno y sus ciudadanos, sino que deben ser causa de inspiración y rasero de eticidad para cualquier ley, norma o conducta adoptada por cualquier organismo del Estado cubano.

¿Por qué entonces la mayoría de los cubanos no tiene posibilidades reales de vivir libremente y conocer a su patria e incluso a otros países? ¿Obedece esto a una política de aislamiento para que los cubanos no conozcan su nación y el resto del mundo?

Si del derecho a viajar libremente se trata, entonces podemos comprobar que este derecho es violado de forma sistemática, tanto por los organismos competentes de Cuba como por los de los Estados Unidos, al no permitir que sus ciudadanos viajen libremente o poner plazos de años para que lo puedan hacer. Tanta violación a un derecho humano elemental es aquella injusta medida contra la familia cubana, que vive en la Diáspora como la de no permitir viajar a un cubano que vive aquí, por razón de sus ideas políticas o religiosas, o por razón de la profesión que ejerza, como es el conocidísimo e injusto caso de los trabajadores del sector de la salud en Cuba.

Si bien, en un momento determinado, un país tiene que velar para que los profesionales no se vayan en busca de mejoras económicas o de consideración profesional, o no caigan fácilmente en lo que comúnmente se reconoce como «fuga o robo de cerebros», también es verdad que esto no se resuelve negando un derecho humano fundamental sino, por el contrario, se consigue mejorando la situación económica y la consideración profesional a esos universitarios o técnicos de modo que tengan un estímulo no sólo moral, en cuanto al tratamiento que reciben y al servicio que prestan, sino que puedan llevar una vida decorosa y digna del sacrificio que han hecho para terminar satisfactoriamente una carrera universitaria o de técnico especializado.

Otra solución a esta fuga de cerebros es abriendo aún más los estudios universitarios para poder disponer de los servicios de nuevos profesionales



sin afectar los programas, el tiempo necesario para garantizar la calidad de la formación, ni hacerlo de manera emergente como de alguna manera ya hace nuestro país, para cubrir el lugar que dejan los que se marchan, aún cuando sea a las llamadas «misiones». Nadie niega la importancia y prevalencia de la solidaridad humana, en todos los casos, aún más en caso de catástrofes naturales o conflictos humanos, pero esa solidaridad no puede hacerse a costa de disminuir o afectar seriamente los servicios de la propia ciudadanía. Como dice un refrán popular: "la caridad empieza por casa", o como dice otro: "nadie debe ser candil de la calle y oscuridad de la casa".

Pero para ir a la raíz del problema, aún cuando los miles de profesionales que se gradúan se queden a cubrir los lugares de los que optan por irse, esa «fuga de cerebros» no podrá ser detenida sin antes mejorar las condiciones económicas de esos profesionales, sus facilidades de trabajo y sobre todo la consideración que tienen y gozan en el mundo entero los graduados universitarios que logran acceder a un puesto de trabajo en correspondencia con su profesión. Otra cosa es los que no desean servir en su propio país.

De todos modos, los profesionales, las personas con ideas políticas diferentes, los religiosos y demás ciudadanos, no pueden y no deben pagar el costo de ver violado su derecho a viajar libremente, ni aquí en Cuba ni en los Estados Unidos, ni en ningún otro país, por las mal llamadas «razones de estado», o por la muchas veces ambigua razón de «la lucha contra el terrorismo». En la etapa actual en que se encuentra el mundo, ya es conciencia común de la humanidad que ninguna razón de los gobiernos o los Estados puede ser esgrimida para violar o denegar un derecho humano fundamental; ya es consenso aceptado universalmente, por lo menos en la teoría, que primero está la integridad de la persona humana, su dignidad imprescriptible y sus derechos irrenunciables y luego las razones de estado, o ideológicas, o políticas, o estratégicas.

Si un país pone por encima de la dignidad, los derechos y la integridad de cualquier persona, las razones de estado, o de seguridad nacional, o de lucha contra el terrorismo, o contra un enemigo potencial, sea real o inventado, ese país se está colocando él mismo fuera de la actual convivencia internacional, no porque sea condenado o denunciado en alguno de los organismos internacionales que cuidan o deberían cuidar más eficazmente de la persona humana y sus derechos, sino que se pone fuera de la normalidad internacional por sus propias decisiones, la mayoría de las veces de carácter público, legal y notorio. Esos países se colocan, a sí mismos, en la condición de países parias, es decir, que parece que abandonarían la convivencia de la familia humana. ¿Qué prueba o proceso podría esgrimirse, quizá farisaicamente, contra otro país, cuando el propio viola de la misma forma o de otras maneras la misma e indivisible dignidad humana?



Es por ello que los organismos de la ONU, que deben cuidar de la convivencia mundial, no sólo deberían evitar que los juegos de política interior de los países miembros no sean usados como «moneda de cambio» en materia de derechos humanos en la arena internacional, sino que deberían hacer valer real y efectivamente, para todos y sin doble moral o rasero, ese “marco ético internacional” que conforman las Declaraciones, Pactos y Convenciones que aún esperan ser tomados en serio y firmados por todos los países que se consideren civilizados y democráticos, de modo que, una vez que se haya llegado al consenso ético de mínimos en esta materia, los gobiernos que se salgan sistemáticamente de ese marco ético internacionalmente adoptado, sean llevados a los tribunales internacionales para que den razón de sus actitudes y conductas impropias. Sea quien sea: sea un país rico y una potencia mundial como Estados Unidos, sean países pobres o en vías de desarrollo como Cuba; sean países de la cultura occidental o países de cultura oriental; sean países de religión cristiana o islámica o animista.

Mientras este marco no sea claramente adoptado por todos, honestamente respetado por todos y universalmente reconocido como el límite de lo tolerable en cualquier país, ideología, cultura o circunstancia y mientras que todo el que se salga de esa “ética de mínimos” no tenga que responder ante los tribunales internacionales, el mundo de los derechos y los deberes será una ficción manipulada y manipuladora de intereses económicos, políticos, religiosos, de países, bloques o centros de poder.

En cuanto al derecho de circular libremente dentro del propio país, queda diáfano establecido por el mismo artículo 13 de la Declaración Universal adoptada por Cuba desde 1948 y reflejado también en el Pacto de Derechos Civiles y Políticos -promulgado por la ONU desde 1976 y al que aún Cuba no se ha adherido- cuando en su artículo 12 dice:

“1. Toda persona que se halle legalmente en el territorio de un estado, tendrá derecho a circular libremente por él y a escoger libremente en él su residencia.

“2. Toda persona tendrá derecho a salir libremente de cualquier país incluso del propio.

(...)

“3. Nadie podrá ser arbitrariamente privado del derecho a entrar en su propio país.”

De este modo, queda claro que la voluntad de los pueblos es que se respete el derecho a circular sin ser molestado, sin discriminaciones por vivir en una zona más lejana o menos desarrollada o más incomunicada con respecto a las capitales o grandes centros económicos, turísticos o de administración del Estado.

En Cuba es necesario regular el crecimiento de las grandes ciudades, pero ello no puede hacerse a costa del derecho irrestricto de todos los



cubanos y cubanas de moverse y mudarse dentro de su propio país en la forma ordenada que regulen las leyes sin tener que sufrir discriminación o segregación por vivir, por ejemplo, en las provincias orientales de la Isla. Todos los cubanos y cubanas deberíamos disfrutar, dentro de nuestro propio país, del derecho a “escoger libremente en él su residencia”.

Es verdaderamente increíble que se permitan o toleren expresiones discriminatorias en lugares públicos, programas de televisión o presentaciones humorísticas, al referirse al lugar de origen de orientales u occidentales.

Del mismo modo violan los derechos de los ciudadanos a circular libremente, sin ser molestados, los continuos, repetidos y humillantes controles en nuestras carreteras y autopistas, tanto al registrar los maleteros de los automóviles, su interior, exigir que se abran los paquetes envueltos, las correspondencias de terceros, los maletines, bultos, cajas y mochilas de todos, sin mediar una orden de registro y con el mismo trato y falta de tacto y consideración que se le impone tanto a un ciudadano que evidentemente viaja con su familia o por razones de trabajo como a aquellos que visiblemente son violadores de la ley.

Ya una vez en Cuba, se reconocieron como un error esos registros masivos, sistemáticos, repetidos varias veces en el mismo trayecto entre provincias, conducir hasta la estación de policía más cercana, sin más trámite ni respeto alguno, a quien transite con cualquier cosa «sospechosa» para los policías de carretera, no sólo comidas «prohibidas» como langostas, pescados de algunas especies, puré de tomate, etc., sino otras «cosas» como libros, máquinas de escribir o computadoras, así como la existencia misma de los llamados «puntos de control». Todas estas «medidas», violan los derechos de las personas a viajar y circular sin ser molestados. No se trata de chequeos rutinarios para evitar las violaciones a las regulaciones de tránsito, no son documentos de identificación o licencias de conducir o artículos del Código de Vialidad el tema de estas continuas paradas forzosas a cualquier hora del día y de la noche, se trata de otra cosa y de otros tratos que todos los que viajan dentro de las fronteras de su propio país han experimentado. Quizá haya, relativamente, más controles, más paradas y más registros en nuestras carreteras que en las fronteras aeroportuarias y marítimas de nuestro país. ¿Qué significa esto?

El mismo hecho de que no exista un transporte adecuado, digno, humano y seguro para trasladarse de un municipio a otro, o de una provincia a otra, es una restricción forzada del derecho a viajar libremente. Viajar en camiones, en jaulas de animales, en carretas de la agricultura o en contenedores, unas veces a la intemperie como animales y otras encerrados sin ventilación suficiente, no sólo es una ignominia a la dignidad de las personas que viajan, sino una violación de su derecho a viajar segura y



decorosamente, un peligro potencial y real para los viajeros y una vergüenza para cualquier país. No nos debemos acostumbrar nunca a esta calamidad pública, por mucha necesidad de transporte y de movilidad que tenga nuestro pueblo. No debemos acostumbrarnos ni los que tienen la responsabilidad de resolverlo ni los que tenemos la necesidad de viajar.

Por último, sería conveniente discernir un problema semántico y otro de trámite: Si en un país se reconoce y garantiza el derecho a viajar libremente y a circular dentro y fuera del país y a regresar a él cuando se desee, entonces ¿qué significa que se necesite una «liberación» de un ministro o de otro funcionario para poder viajar? La palabra «liberación» habla de cautiverio, de personas que no gozan de libertad. Confiamos que el uso común y oficial de esa palabra para nombrar un trámite de permiso de un organismo que, por lo demás, no debería ser necesario y no existe en ningún otro lugar del mundo como requisito indispensable para viajar, sea abolido junto con el trámite innecesario.

De igual forma, en casi todos los países del mundo lo que se necesita para viajar fuera del territorio nacional son sólo tres cosas: tener un pasaporte, tener el dinero para pagar el pasaje y obtener el visado o permiso de entrada al país de destino, pero jamás se necesitan otros permisos del propio país a no ser que las personas estén detenidas, presas o con algún asunto legal pendiente. Decimos en casi todos los países, porque, sabemos que en otros lugares se requieren más trámites, pero, por lo menos, conocemos bien dos sitios en lo que esto es así: uno es Estados Unidos en el que se necesita un permiso del Departamento del Tesoro para poder viajar a Cuba y el otro país que ahora mencionamos es Cuba, además de lo que se necesita en cualquier lugar, es obligatorio tener una Carta de Invitación legalizada y con el consiguiente pago de honorarios, la mal llamada «liberación» del ministro si es profesional, y para todos, además, la «Tarjeta Blanca» que es el permiso de viaje de las autoridades competentes de la Dirección de Inmigración y Extranjería del propio país, aún cuando el viaje sea temporal.

Creemos que cada Estado tiene el derecho de regular las entradas a su país de extranjeros. Con la entrega o la negación de los visados correspondientes el gobierno abre o cierra el país a las migraciones. Dar visado de entrada es un derecho del que recibe a los que viajan. Pero otra cosa es tener necesidad también de un permiso para salir o para entrar en la propia patria. Ningún gobierno tiene derecho a negar permiso de salida a un ciudadano normal ni derecho a exigir una visa de entrada a los ciudadanos del propio país considerándolo como un extranjero. Cerrar el país para las entradas a sus propios ciudadanos o cerrar la salida a los naturales es convertir la nación en una gran prisión.

Si la causa para cerrar nuestro país es el miedo a contaminar nuestra cultura con los males de otra, este criterio es muy paternalista y en la historia de Cuba se ha demostrado que en “los períodos que hemos sufrido de



influencias foráneas o advenedizas se comprueba el gran poder de recuperación de nuestra cultura. De algunos de ellos hemos salido, aún siendo más cubanos” (cf. Ciclo 2 del CFCR. Tema 5). Para lograr esto, debemos ser fieles a nuestra herencia cultural y tradiciones, pero al mismo tiempo, realizar nuevas síntesis culturales con los nuevos aportes fruto del intercambio internacional.

Del mismo modo debemos decir claramente que nosotros consideramos que la mejor opción para los ciudadanos de una nación es permanecer en su patria, luchar por mejorarla, comprometerse con su presente y trabajar aquí para transformar su futuro. Es para nosotros, lo mejor para Cuba y para sus hijos, a pesar de todo.

Por otro lado el Papa en su visita nos dijo “que se abra Cuba al mundo”. Esta apertura, para que sea real y efectiva, tiene que pasar necesariamente por el intercambio de culturas. Una forma de ir lográndolo, es que los cubanos sencillos y no sólo un grupo selecto de personas, puedan viajar con libertad y confrontar estilos de vida diferentes siendo los protagonistas en ese proceso de diálogo entre culturas que, enriquece y desarrolla a los pueblos cuando se hace sobre bases de respeto y solidaridad.

Hoy día, cada vez más, se derrumban los muros y fronteras que aíslan a los hombres. Alguien ha dicho que uno de los principales aportes de la globalización es que ha contribuido para que el mundo sea una aldea, pero también las aldeas se han convertido, de cierta forma, en un mundo de relaciones. Para que este proceso de diálogo entre las culturas se dé sin que nuestra nación quede al margen, se necesita que los cubanos entren en contacto con otros pueblos. Nuestro país debe de recorrer un largo trayecto al respecto.

Estamos seguros que esta situación debe mejorar en lo adelante, tanto en lo referente a los trámites para viajar fuera del territorio nacional como para poder circular libremente y sin ser requisados y continuamente parados y molestados dentro de nuestra Isla.

Cuba es un país de gente tranquila y de costumbres hospitalarias seculares. Cuba es un pueblo acogedor y sosegado, respetuoso de la intimidad del viajero, preocupado por la seguridad de los que se trasladan, suficientemente educado como para poder distinguir en plena carretera o autopista a un buen ciudadano de un bandolero de caminos.

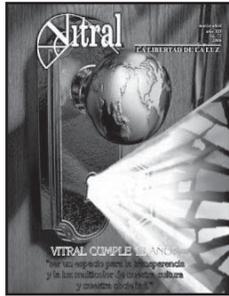
Confiamos en que Cuba, es decir, todos los cubanos, autoridades y ciudadanía, aprendamos a respetar las leyes de vialidad, las normas de seguridad, pero también aprendamos a respetar el derecho de cada cubano y cubana a viajar sin ser registrado, a mudarse a cualquier lugar sin ser discriminado y a entrar y salir de su patria sin más limitaciones que las mínimas existentes en cualquier lugar de este mundo que debe ser, cada vez más, una Casa común, una familia de hermanos, un hogar seguro y acogedor para emigrantes y turistas.



Cuba puede y debe ser imagen y adelanto de ese mundo mejor que haremos posible si respetamos los derechos de todos y abrimos la casa al movimiento libre y ordenado de sus hijos.

Pinar del Río, 10 de diciembre de 2005





Vitral cumple 12 años

Año XII. Nº 72. marzo-abril 2006

*“Los medios de comunicación social
se deben utilizar para edificar y sostener
la comunidad humana, en los diversos sectores,
económico, político, cultural, educativo, religioso.
La sociedad tiene derecho a una información
fundada en la verdad, la libertad, la justicia y la solidaridad.”*

(Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia. Nros. 848 y 849)

Cada dos meses, sin faltar nunca a la cita con nuestros lectores, *Vitral* ha salido con la única intención del primer día: “ser un espacio para la transparencia y la luz multicolor de nuestra cultura y nuestra sociedad.”(Editorial 1)

Así *Vitral* nació no para sí misma, ni siquiera sólo para la Iglesia que la engendró, sino que surgió con la misma vocación de su Maestro y Señor, vivir para los demás, más allá de las fronteras de la comunidad cristiana, aunque desde su seno, *Vitral* siempre ha querido estar al servicio de nuestra cultura y nuestra sociedad sin distinciones.

Así lo expresamos claramente en nuestra primera página:

“*Vitral* es palabra y cauce, resonancia y espejo, que ofrece el Centro de Formación Cívica y Religiosa, a cuantos tengan sed de comunicación, reflexión y diálogo, sin distinguos de colores ni empobrecedores filtros para la luz. Tan polícroma y plural quiere ser nuestra revista como escasos son, en nuestras ventanas actuales, la diversidad de diseños y matices.”(idem)

Nuestra palabra ha querido ser cauce para los que no han tenido voz y resonancia para los que teniendo su palabra propia y distinta, no ha encontrado dónde ni cómo expresarla. Un espejo de Cuba, imperfecto, sin pretensiones hegemónicas ni preciosistas, no hemos querido estar entre los únicos ni los más pulidos de los espejos, pero hemos intentado reflejar lo más fielmente posible nuestra realidad plural y polifacética. El filtro no ha sido para disminuir la luz sino para garantizar la transparencia ética de la ventana.

Hoy resuena, con más vigencia y urgencia que nunca, aquella invitación primigenia:



“Invitamos, pues, a todos los pinareños de buena voluntad y ansias de renovadas vertientes a que se asomen a este Vitral; a que diseñen con nosotros sus siempre mejorables contornos; a que aporten sus propios colores y tonalidades para que así el Amor pueda realizar la maravillosa síntesis de fundir la luz y el cristal para dejar pasar la tenue claridad de nuestra existencia cotidiana amanecida en libertad.”(idem)

A doce años de aquel nacimiento, nuestra pequeña publicación es todavía una adolescente: el rostro que hoy tenemos es el que nuestros diseñadores nos han dado. La estatura que tenemos es la tirada que poco a poco, como un niño que crece, nuestros bienhechores nos han alcanzado, de 300 ejemplares en 1994 a casi 10 000 hoy. Las ideas que hemos expresado no sólo son las nuestras plasmadas en los Editoriales, sino las de centenares de colaboradores que las han regalado sin más interés, ni menos, que expresar sus opiniones y compartirlas con los demás.

Precisamente ha sido este el milagro de su sobrevivencia. *Vitral* ha vivido y existe hasta hoy, gracias a sus colaboradores. Todos sabemos que no hay revista posible, ni viable, ni duradera si no tiene colaboradores dispuestos a dar su nombre, su identidad, su pensamiento y su coraje para que los editores tengan con qué armar la ventana. Ventana sin luz es un absurdo. Revista sin colaboradores no existe ni pervive.

El milagro de esta docena de años es precisamente aquella síntesis que propusimos al principio. Síntesis vital y comunión de propósitos y esperanzas entre la luz del pensamiento de nuestros colaboradores y el cristal traslúcido y sin rajaduras del espacio que ha brindado la publicación. Esa comunión entre la verdad y la solidaridad ha permitido que, para cada lector y cada colaborador, se haya adelantado la experiencia inenarrable de poder contemplar su propia existencia cotidiana amanecida en libertad, aún antes de que el sol haya salido para una Cuba en que “quepamos todos”.

Esa experiencia adelantada del amanecer, sin abortar el día, es la que ha dado realidad y sentido al pequeño lema de nuestra revista: “La libertad de la luz”. Nunca hemos aspirado a ser la luz de la libertad, porque hubiera sido como considerar que los demás, y las demás publicaciones, no tenían sino tinieblas. No hemos querido ser “la” luz para nadie, porque creemos firmemente que cada persona tiene luz propia e inextinguible. Aún cuando nos parezca que esa luz agoniza dentro de nosotros y en nosotros, estamos convencidos que lo que necesita la lumbre para crecer y pervivir es un espacio donde pueda respirar en una atmósfera abierta y sana.

Eso sí hemos querido ser: un espacio para la luz de cada persona, un pequeño espacio para cada cubano y cubana. Un espacio plural, ni único ni por encima de nuestra realidad. Un espacio sin más pretensiones, ni menos, que servir de eco al rumor de las conciencias, de servir de resonancia a los sentimientos más nobles... de servir, en fin, de paso-pascua-tránsito a la libertad de la luz que cada cual lleva dentro y desea sacar fuera para compartir, convivir y completar en diálogo con los demás.



Sabemos que ha sido un espacio polémico y difícil. Pero la verdad y la solidaridad, que es un nuevo nombre del amor, siempre lo son. Así que la polémica levantada no nos asusta ni nos remuerde, sino que nos consuela y nos alegra. Las dificultades vividas en nuestras propias historias personales y en las de nuestros colaboradores y amigos no nos duelen tanto como la voluntad de cerrar los ojos de aquellos que no han querido ver lo que realmente aparece ante su vista. Lo que sentimos es que la experiencia no siempre se sobrepuso al prejuicio y la cerrazón no siempre dio paso a la razón dialogada y compartida. Pero tenemos la esperanza de que eso ocurrirá y entonces, como hace doce años, aquí estaremos para dialogar y razonar junto con cuantos aún no han podido comprender que esa es nuestra opción y nuestra aspiración irrestricta.

El diálogo es el instrumento para abrir espacios y tender puentes. Pero para dialogar, como para tender puentes se necesitan dos pontones, dos cabezas de puente, dos o más personas, dos o más grupos o instituciones. Nadie puede dialogar solo, a no ser que lo haga con su conciencia para no perder el entrenamiento vital del amor. Pero dialogar no es acomodarse en las coincidencias, eso es el diálogo de la complacencia. Falta otra faceta inseparable del diálogo que es reconocer, debatir y solucionar juntos las diferencias.

Quien cierra el puente no es quien reconoce las diferencias sino quien se encierra en la uniformidad creyendo poder ocultar ante el otro lo que es evidente ante todos. Quien daña el puente del diálogo es quien disimula la pluralidad de la vida y de las ideas e intenta construir un puente sobre la arena movediza de las oportunidades. En fin, quien corta el puente es quien considera enemigo o inoportuno a quienes piensan diferente y desean ser transparentes, sin amarguras, con el debido respeto, pero sin decir lo que no es. Creemos que el debate para buscar la verdad es y debe ser gradual y múltiple, pero también creemos que la verdad es única e irrenunciable. Mentir para alcanzar un bien mayor es demostrar con hechos que el fin justifica los medios y creemos que eso ni es ético ni es cristiano.

Por otro lado decir la verdad no es morder al otro, ni ofender sus personas, ni desacreditar sus vidas cuando no hay suficiente convicción para criticar sus obras o sus ideas. Los cubanos, todos, sin distinción de ideologías o lugar de residencia, debemos empeñarnos en aprobar esta asignatura pendiente: Criticar las ideas sin ofender a las personas, denunciar lo que consideremos erróneo pero sin demoler la vida de quienes han caído en el error.

Vitral quiere perseverar en su opción de ser espacio para el ejercicio del criterio sobre las ideas y sobre las obras y realidades que conforman nuestra cultura y nuestra sociedad. Por eso, ratificamos nuestro perfil editorial de no atacar a las personas, ni ofender a los que piensan diferente. No sentamos cátedra sobre nada ni creemos que poseemos una verdad excluyente y temeraria. Estamos para ofrecer un espacio para la luz de la verdad que cada cual lleva en sí, unas veces escondida y otras rebosante por los poros de la transparencia lograda a fuerza de virtud y audacia. Muchos, cada vez más, lo han logrado en medio de nuestro pueblo. Muchos, cada vez más, desean decir



lo que piensan. Muchos, cada vez más, desean hacer lo que dicen y muchos, cada vez más, desean escuchar sin rencores, ni amarguras, lo que otros piensan, dicen o hacen. Eso es la libertad de la luz. Eso es la libertad de conciencia, de expresión y de acción. Esa es nuestra esperanza.

A doce años de abrir esta sencilla ventana nos alegramos de haber publicado, sin distinciones, a católicos y evangélicos, a creyentes y ateos, a militantes y disidentes, a jóvenes y ancianos, a mujeres y hombres, a cubanos que han decidido seguir amando y sirviendo a su Patria viviendo en la Isla y en la diáspora. Esto es un hecho que puede ser constatado en nuestras páginas.

Nos alegramos también de haber mantenido nuestro estilo de que cada crítica termine con una mirada alta y digna, sin derrotismos, ni parálisis. Nuestros lectores podrán comprobar que especialmente nuestros editoriales, donde expresamos formalmente nuestra forma de pensar, siempre terminan confiando en el pueblo cubano, en sus capacidades, en sus virtudes. Contando con todos, que es una buena forma de edificar sobre la roca de la realidad, por dura que sea, en lugar de levantar para arriba sobre falsos cimientos triunfalistas o que enmascaran la realidad interior con pintura de exterioridades.

Por último, agradecemos a Dios que hasta nuestros críticos más severos hayan reconocido, sin pasiones y sin prejuicios, la cubanía de nuestra revista. Su invariable amor a Cuba. Su pasión por nuestra cultura y nuestra nacionalidad. Su defensa irrestricta de nuestra soberanía desde abajo y desde dentro. La promoción de nuestra identidad nacional y de nuestra conciencia de cubanos y cubanas. Nuestra opción, clara y dialogante, por el proyecto, aún inconcluso pero vigente e inspirador, de Varela y Martí.

Creemos en la fuerza de lo pequeño, en la virtud de la verdad, en la capacidad de los cubanos y las cubanas para edificar nuestro futuro en paz y libertad.

Si *Vitral* ha logrado despertar algo de esto en sus lectores, o ha podido fortalecer la cubanía y la conciencia en sus detractores, eso tendrá sus propios frutos, no visibles por ahora, no por el mérito propio de nuestra publicación sino por esa fuerza interior que tiene en sí cada persona y que la impulsa a creer "en el mejoramiento humano y en la utilidad de la virtud". Pero un día aparecerán esos frutos sin avisar y sin estridencias. Junto con los sinsabores e incomprensiones del trayecto de estos doce años, los pondremos en el altar de la Patria.

Y los que creemos en Dios y hemos recorrido este camino de cruz y de luz, pondremos estos frutos y sinsabores también en el Altar del Señor, porque en fin de cuentas Él y sólo Él, es el Señor de la Historia.

Vitral está en Sus Manos.

Pinar del Río, 25 de marzo de 2006
Encarnación del Señor y Manifiesto de Montecristi.





La apertura fortalece la identidad

Año XIII. N° 73. mayo-junio 2006

“Que Cuba se abra con todas sus magníficas posibilidades al mundo y que el mundo se abra a Cuba, para que este pueblo, que como todo hombre y nación busca la verdad, que trabaja para salir adelante, que anhela la concordia y la paz, pueda mirar el futuro con esperanza... Cuba tiene un alma cristiana y eso la ha llevado a tener una vocación universal. Llamada a vencer el aislamiento, ha de abrirse al mundo y el mundo debe acercarse a Cuba, a su pueblo, a sus hijos, que son sin duda su mayor riqueza”

(Juan Pablo II en Cuba, 1998)

Toda persona humana y toda comunidad nacen como seres en relación. Nadie nace sólo por sí mismo y para sí mismo, exclusivamente. La vocación humana es la apertura a los demás. La plenitud de la propia humanidad es trascender. Trascender es traspasar los límites propios, ajenos y naturales.

Toda persona que aspire a la plenitud de su existencia debe traspasar, abrirse, cruzar tres fronteras en su vida: la primera es trascender los dinteles del propio egoísmo para poder establecer las relaciones interpersonales. La segunda es trascender el marco de la propia comunidad natural para abrirse al resto del mundo. La tercera es traspasar los límites de lo humano y abrirse a la relación con «Algo» más allá de nuestra naturaleza humana, es decir, la apertura a Lo Trascendente o Absoluto, a Alguien que llamamos Dios.

Es por esta visión global, holística, que creemos que la apertura no es una amenaza, ni un ataque, ni un empobrecimiento para las personas, las comunidades, ni los países.

En Cuba vivimos muchas formas de cerrazón, de aislamiento, de incomunicación.

Todos sabemos que, en el mundo intercomunicado de hoy, lo geográfico ya no es el límite fundamental. El mundo es, y puede ser cada vez más, una Casa Común, un Hogar sin fronteras. Sin embargo, hay personas e instituciones, estados, ideologías y religiones que están convencidos que la propia seguridad se alcanza cerrando las puertas de la casa, poniendo muros a la propia conciencia, aislando a las naciones de la «contaminación» con el mundo pervertido y «desastroso» que los rodea. Creemos que esta es una de las causas fundamentales del estado actual de nuestra existencia



como ciudadanos y como nación. Nuestra condición de isla en lo geográfico, no debería ser causa de encierro en nuestras propias ideas. Por raro que parezca decirlo así, claramente, miremos a nuestro alrededor y hagámonos sinceramente algunas preguntas muy sencillas, pero esenciales:

¿Por qué la mayoría de los cubanos cerramos nuestra conciencia a la vista pública y pensamos de una forma, hablamos de otra y actuamos de modo diferente a la que decimos y creemos?

¿Por qué la mayoría de los cubanos acepta, y aún expresa, que hay muchas cosas que son verdades pero que no se pueden decir en este país porque te perjudican? ¿Por qué cada persona construye su propia barrera de incomunicación?

¿Por qué la mayoría de los cubanos cierra sus casas con rejas y vive en un exilio interno fabricándose un «país» puertas adentro de su hogar, radicalmente diferente al país real que considera hostil y amenazante a sus negocios, propiedades o formas de pensar y vivir? ¿A quién se teme y por qué?

¿Por qué se van perdiendo los espacios públicos de comunicación e intercambio de ideas libre y espontáneo, como las tertulias de amigos, las reuniones de familia, los intercambios informales, y el país se adormece y aburre en reuniones en las que todo, todo, hasta las «discrepancias» y las «iniciativas» están planificadas y prefabricadas? ¿Quién incomunica y mete miedo? ¿Por qué se intenta uniformar las discrepancias?

¿Por qué en Cuba es un «grave problema» escuchar estaciones de radio y televisión de fuera?

¿Quién cierra esta puerta y levanta este muro?

¿Por qué en Cuba sólo pueden existir canales de televisión del Estado y no se permite el acceso a los medios de comunicación social a otros cubanos, personas e instituciones? ¿Quién cierra estos canales y cierra estas puertas de información?

¿Por qué es un problema en Cuba el tema de las publicaciones como periódicos, revistas, boletines y otros impresos que no sean estatales?

¿Por qué se desconfía y se impiden los intercambios entre personas y grupos de personas que piensan diferente y desean debatir ideas y buscar soluciones de forma pacífica y gradual?

¿Por qué Cuba se abre al libre intercambio con algunos países y regiones y con otros no?

En fin, ¿Cuba, es decir, la vida real de cada cubano y cubana, es una nación en proceso de apertura a las iniciativas de los cubanos, a proyectos diferentes de los propios cubanos y al intercambio libre y responsable de todos los cubanos, y del país, con el mundo? ¿o parece ser que la mayoría de “las magníficas posibilidades” de las que hablaba el Papa a su llegada a Cuba están cerrándose cada vez más incomprensiblemente?

Cada pregunta podrá tener muchas y diversas respuestas. Es legítimo que cada cubano y cubana busque su respuesta sin disimular ni repetir consignas o criterios de otros. Es necesario razonar y buscar las respuestas pensando con cabeza propia.



Hay dos criterios que nos gustaría compartir con nuestros lectores. Quizás puedan servir de estímulo a ese camino de razonamiento independiente y de diálogo abierto.

Uno: creemos que en el fondo de todas estas limitaciones, aislamientos y cerrazones hay miedo.

Un miedo a la verdad, un miedo al debate y la opinión diferente, un miedo a las potencialidades de los pueblos y los ciudadanos, un miedo a perder el control, el poder y la hegemonía de la información. Miedo a ser distintos, miedo a la naturaleza humana y sus capacidades. Miedo a la comunicación franca y abierta. Miedo a tener que dar razón de los actos propios. Miedo a ser cuestionados y no tener razones. Miedo a la lógica y a la normalidad de la convivencia humana y el poder de sus espacios libres. Miedo a tener que competir. Miedo a tener rivales pacíficos que convencer con ideas. Miedo a la inseguridad que da la confrontación con lo nuevo y distinto. En el fondo una gran inseguridad y una debilidad de conciencia. En fin, miedo al miedo.

Dos: creemos que en el fondo de estas cerrazones, de estos muros físicos y espirituales, hay un falso criterio de que lo diverso debilita la propia identidad.

En efecto, con frecuencia creemos que uno puede perder sus propios criterios cuando intercambia con personas con criterios diversos. Hay padres que no quieren que sus hijos salgan a la calle por el peligro de que les enseñen lo que no han aprendido en la casa. Hay familias que no se relacionan con otras porque creen que cuando sus hijos miren cómo viven los vecinos perderán sus propios hábitos de vida. Hay religiones que no quieren relacionarse con otras religiones porque consideran que sus fieles se confundirán cuando se encuentren con otras personas con otra fe y con la misma certeza y convicción de estar en la verdad.

Hay ideologías que se encierran en sí mismas porque creen que la «contaminación» con otros sistemas de ideas, reblandecerá las ideas de los militantes o lavará el cerebro de los pueblos. Hay partidos políticos, oficiales u opositores, que se cierran en sí mismos, se aíslan de la relación con otros partidos porque consideran que sus correligionarios pueden confundirse, ser manipulados o ser espiados por los otros. Hay grupos de la sociedad civil que viven y se organizan como quistes o sectas cívicas, porque creen que así conservan mejor su pureza y su identidad. Incluso hay grupos de amigos que no se abren a otros porque consideran eso una violación de la intimidad de esos grupos y un peligro potencial para los amigos.

Asimismo, hay países y gobiernos que están convencidos, en lo más profundo de sus ideologías y estrategias, que la seguridad y el aislamiento son las dos medidas más eficaces para conservar la pureza de sus ideales y la estabilidad de sus proyectos.

Hay naciones que creen, en fin, que su cultura y sus etnias indígenas sobrevivirán más y se fortalecerán más mientras más aisladas estén del



mundo exterior, mientras menos intercambien con otras etnias y civilizaciones, mientras menos se mezclen con otras culturas.

Estos son los criterios del fundamentalismo. Fundamentalismo cultural y religioso. Fundamentalismo político e ideológico. Fundamentalismo antropológico y social. Criterios de aislamiento y falsa seguridad. Criterios de exclusión y sectarismo. Criterios y decisiones que se toman en el inexplicable espacio que se fabrica entre el miedo y el fanatismo.

Pero entre el miedo y el fanatismo no se puede construir nada. No se puede vivir en paz.

Apertura y seguridad en las propias convicciones no son irreconciliables. Quien se cierra, desconfía de las convicciones del otro y de las propias convicciones. Quien abre la muralla y derriba los muros de la incomunicación está más seguro de sí y de los demás. Quien asegura sus puertas teme a la intemperie. Quien resiste, aún a la intemperie, los embates aciclonados de otras opiniones y proyectos, está más preparado para la vida y crece en identidad.

Identidad y pluralismo no son enemigos sino pares dialécticos en constante sinergia de maduración humana y crecimiento intelectual y afectivo. El único no necesita mostrar su identidad, se ha quedado sólo. La identidad propia sólo se necesita expresar cuando hay otros. La identidad propia sólo puede ser diferente cuando hay pluralidad de opciones y experiencias.

Cultura, identidad y soberanía no son enemigas de la apertura, la diversidad y la interdependencia. Al contrario, en el mundo de hoy y siempre las culturas han nacido de la mezcla; la identidad se ha definido en la confrontación con lo diferente; y la soberanía se ha ejercido al asumir y compartir la responsabilidad y el dominio sobre este mundo.

Esto sirve para las personas, las instituciones sociales, los partidos políticos, las religiones, las culturas y las naciones.

Cuba no es y no debe ser una excepción. No hay que temer a la diversidad, aprender a intercambiar y dialogar con los que son diferentes y pensar distinto es la clave para evaluar la salud de nuestra propia personalidad o de nuestro proyecto político. No hay que temer a la apertura a otros proyectos y al mundo tal como está hoy, con sus defectos y logros, porque esconder como el avestruz la cabeza en el hoyo de nuestra Isla, no nos libraré de la responsabilidad con este mundo.

Cuba tiene, en efecto, unas "magníficas posibilidades", sus hijos e hijas, los cubanos y cubanas, dondequiera que estén y aunque piensen diferente, son su mayor riqueza. Cuba fue siempre una Isla abierta y plural. Cuba fue siempre ella misma y mezcla de muchas culturas. Cuba fue definida con toda verdad, por Fernando Ortíz, como un ajiaco. ¿Cómo intentar encerrarla en una olla de presión ajena a la salpicadura de los mares, a los nuevos ingredientes de nuestro mundo, al libre intercambio cultural, económico, comercial con todos?



Abrirla gradualmente, sin que pierda su sabor e identidad es responsabilidad de todos los cubanos y cubanas y no sólo del gobierno. Aunque sabemos que las grandes decisiones de apertura están en las manos y es responsabilidad del Estado. ¿De dónde vienen generalmente las iniciativas de apertura y de dónde vienen las medidas para cerrarlas? ¿Quiénes intentan levantar cabeza para crear buenas ideas y servicios y quiénes cortan esas pujanzas populares de gentes sencillas y luchadoras?

Abrir a Cuba, desde abajo y sin miedo a la diversidad es un desafío al que no debemos volver la espalda sin tomar conciencia que nos puede costar mucho de soberanía a todos. No esperemos que todo nos venga dado. No esperemos de fuera lo que tenemos el deber de ir haciendo dentro. No esperemos a que Cuba se abra desde arriba porque se puede rajar nuevamente nuestra cazuela de barro. Y componerla cuesta años. Ya lo sabemos. La apertura de Cuba se hace y se debe hacer desde abajo, desde los pequeños espacios en los que cada cubano y cubana vive, trabaja, piensa, reza, espera y ama. Sin chovinismos. Los trasnochados nacionalismos no son más que rezagos de otras cerrazones.

Tenemos la certeza y la confianza en esos compatriotas nuestros que aquí o en cualquier orilla del mundo, se abren a lo diverso y siguen siendo cubanos, plurales e idénticos. Creemos en la potencialidad de esos cubanos que confrontan otros proyectos políticos y siguen siendo cubanos, que desean la libertad y la justicia social, pero que no se dejan corromper por políticas sectarias y éticamente inaceptables. Creemos que el futuro de Cuba también será protagonizado por esos compatriotas que se relacionan con otras religiones y filosofías y siguen siendo cristianos, ecuménicos y fraternos como cubanos. Cuba se reconstruirá en el pluralismo y la diversidad global gracias a esos cubanos y cubanas que conocen otras formas de vida y siguen viviendo como cubanos, sin cerrarse al desarrollo auténticamente humano pero sin dejarse engañar por el consumismo o la banalidad.

Confiamos en que Cuba se reconstruirá éticamente con la contribución de los cubanos y cubanas que, lejos de todo fundamentalismo y mojigatería, se abren a diferentes proyectos éticos sin caer en el relativismo moral del «todo vale».

Esa apertura está aquí ya. Aunque todavía no plenamente. Siempre será una tarea inacabada y un desafío de crecimiento. Ver la apertura personalmente, darnos cuenta de sus pequeños espacios, reconocerla públicamente, promoverla desde abajo, y tener la voluntad de hacerla insertados en el mundo, sin nacionalismos asfixiantes, es una señal de que seguimos siendo genuinamente cubanos y de que lo somos cada vez más.

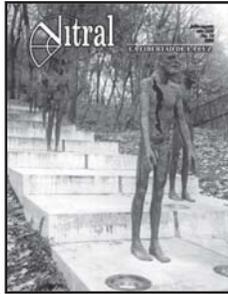
Porque ser cubanos es y ha sido siempre sinónimo de ser abiertos y hospitalarios, acogedores y polícromos desde la piel hasta los tuétanos de los huesos. Cuba jamás fue una Isla cerrada. Eso sí es negar su identidad y su soberana inserción en el mundo.



Que el mar que nos rodea no sea muralla que limita sino vía que comunica con todas las demás orillas del mundo. En fin de cuentas, qué somos los cubanos, sino una Isla con vocación universal y un corazón mezclado con todos los colores y sabores de nuestra multicultural humanidad

Pinar del Río, 20 de mayo de 2006
104 aniversario del nacimiento de la República de Cuba.





El daño antropológico en Cuba

Año XIII. Nº 74. julio-agosto 2006

Con frecuencia nos encontramos en Cuba que las más perfectas formas de organización de un evento fallan. Encontramos también instituciones con los más altos fines y los mejores métodos pero no funcionan como se desearía.

En otras ocasiones, cuando están creadas las indispensables condiciones económicas, sociales, políticas y culturales para ejercer plenamente determinado derecho, las personas hacen dejación de su libertad, no ocupan el espacio que les corresponde y no asumen el protagonismo cívico que debían desempeñar.

Uno puede comprobar que no se trata solamente de ignorancia de sus derechos o deberes, se trata de una debilidad interior, de una fragilidad personal, de cierta quiebra de la persona, una tendencia irrefrenable a abandonar la lucha por la vida, de una ausencia invencible de responsabilidad.

Ante esta realidad, que casi siempre pasa como inexplicable, nos preguntamos: ¿qué pasa que esas personas no tienen consistencia propia, no hay cohesión interior, no hay fortaleza de espíritu, ni libertad interior, ni responsabilidad, ni poder de decisión ni proyecto de vida?

Esta cuestión nos lleva más allá de condiciones sociales, políticas o económicas, aunque pase y se enrede en ellas. La realidad de la ausencia de respuestas conscientes y adecuadas, nos conduce al interior de la persona humana, aunque este disfrazada de exterioridades y circunstancias. Uno puede constatar que el fallo viene de adentro, que hay otras personas que en esas mismas condiciones no presentan esta debilidad fractura interior.

Así, después de bregar por el laberinto de todas las razones externas que existen y condicionan el comportamiento humano, luego de un largo camino de callejones sin salida, llegamos a la más subterránea, íntima y fundamental de las causas que pueden provocar esa incoherencia humana profunda: el daño antropológico.

Podemos considerar este quebranto de la esencia de la persona humana como el más grave problema de nuestra sociedad hoy.

Aquí llamamos daño antropológico a la lesión infligida a una de las facetas estructurales del ser humano. Se trata también de la mutilación de una o varias de sus dimensiones fundamentales. Se trata, en fin, de ese deterioro de la



subjetividad personal que se manifiesta, en ocasiones, en forma de atrofia o parálisis de una o varias de las capacidades de cada persona para ser ella misma y no una copia de otras.

En efecto, se causa un daño antropológico con secuelas imborrables cada vez que una persona o grupo de personas, es dañada en su cuerpo a causa de la violencia física, la tortura, el encierro en condiciones crueles o degradantes o el simple encierro en una celda o habitación, o se le destina a trabajar con las mejores condiciones pero, por decisiones injustas o intenciones aviesas, ese espacio se convierte en una “jaula de oro” que no deja de infligir un daño físico y psicológico al confinado sin que su conciencia personal ni la justicia verdadera le recrimine absolutamente ningún crimen.

Cada vez que se ejecuta el aborto provocado, la eutanasia y la pena de muerte, se comete el mayor y más irreversible daño antropológico contra el primero y más primitivo de los derechos: el derecho a la vida íntegra, en libertad y en paz desde el momento de la concepción hasta la muerte natural.

Cada vez que una persona deja de pensar con cabeza propia para repetir consignas por miedo o por conveniencia, es como si le hubieran mutilado su cabeza o su cerebro. Este es un daño antropológico porque destruye o limita la capacidad de estas personas para conocer libremente el mundo y usar sin miedo su inteligencia, para razonar con criterios independientes, sin manipulaciones o restricciones totalitarias.

Cada vez que una persona tiene que esconder sus sentimientos más sanos y veraces y comienza a vivir en la hipocresía y el disimulo, y tiene que esconder los más puros y profundos sentimientos por miedo al qué dirán o a lo que me puede pasar, es como si le hubieran mutilado el corazón. Este es un daño antropológico porque destruye o paraliza la capacidad de estas personas para amar, sentir y expresar lo que sienten, sin que nada ni nadie le manipule sus sentimientos con fines políticos, religiosos o de cualquier índole.

Cada vez que una persona tiene que actuar de modo diferente al que piensa o siente; cada vez que a una persona le confiscan su voluntad cotidianamente a nombre de un “voluntariado” impuesto desde arriba o por decreto; cada vez que una persona pierde su fuerza de voluntad y se convierte en una frágil marioneta movida desde afuera y desde arriba por los hilos del poder, del tener o del capricho, es como si le hubieran mutilado las manos. Este es un daño antropológico porque destruye o quiebra la voluntad humana hasta convertir a las personas en instrumentos sometidos a la voluntad de otro.

Cada vez que una persona tiene que perder o esconder sus relaciones humanas, su amistad o su amor, hacia determinadas personas o grupos humanos, porque está mal vista por otros grupos o por el poder; cada vez que se establecen entre los ciudadanos separaciones artificiales e impuestas por razones de raza, religión, opinión política, condición económica, posición social o cualquier otra forma de discriminación, cada vez que visitar, relacionarse o atender a un ser humano pacífico puede ser “un problema” o “un señalarse” perjudicialmente, entonces es como si le mutilaran a alguien los pies. Esta es otra forma de daño



antropológico porque separa, aísla, discrimina y hasta demoniza, como si fueran leprosos o víctimas de una enfermedad contagiosa, a personas o grupos de personas que se ven encerradas en la cárcel invisible de la segregación social inducida y ejecutada por aquellos que dividen y mancillan la indiscutible igualdad de todos ante Dios, ante la ley y ante la sociedad.

Cada vez que una persona tiene que esconder su fe, o disimularla o se ve perseguida, perjudicada o presionada por aplicar sus convicciones religiosas al ámbito laboral, social, cultural, político o económico de su propio país; cada vez que una comunidad religiosa se ve sometida a un total y minucioso control político, económico, social, es como si a esa persona, o a esa Iglesia, le cortaran el agua y la luz, le impidieran el oxígeno con que respirar y la asfixiaran en un mar de trámites burocráticos y jurídicos sin sentido que se muerden su propia cola volviendo de regreso al mismo punto de salida luego de una inhumana pérdida de tiempo, esfuerzos, credibilidad y confianza. Esta es otra forma de daño antropológico, quizás uno de los más sutiles por imperceptibles a los grandes públicos pero de los más perniciosos porque asfixian la capacidad de las personas de trascender su propia existencia material y rastrera y le obstruye el camino y los medios para abrirse a lo espiritual, lo absoluto, que llamamos Dios. Quien limita esta dimensión humana que se llama libertad religiosa, afincada en la libertad de conciencia no solo daña la esencia del ser humano, sino que lo condena a vivir tejas abajo en el más absurdo de los sentidos: el sinsentido de una vida sin proyecto trascendente, sin futuro y sin esperanza. Aún más cuando este daño se ejecuta por años y a nivel social, se bloquea el sagrario inviolable de la conciencia del ser humano y se usurpa, queriéndolo o no, el lugar y la autoridad del mismo y único Dios.

Es así, y de otras muchas maneras más explícitas y más encubiertas, pero siempre dañinas para la integridad de la persona humana, como se quebranta la estructura física, moral y espiritual del hombre y de la mujer en cualquier parte del mundo, también en Cuba.

Miremos a nuestro alrededor y comprobemos por nosotros mismos, sin prejuicios ni miedos, si es verdad o no que esto ocurre en nuestras familias, en nuestros barrios, en nuestros centros de trabajo, en nuestras relaciones humanas, en las relaciones del poder o del tener con los simples ciudadanos, en nuestras cárceles o en los diferentes ambientes de nuestra sociedad civil, en el mundo de la cultura y el arte, en el mundo de la ciencia y de la literatura, en el mundo de la política y de la religión. No es siempre así, ni es con la misma intensidad, ni afecta al mismo número de personas y grupos... eso es también verdad.

Pero cuando se trata de un daño antropológico, es decir, de la depredación o el desgaste de una sola de las capacidades, potencialidades o dimensiones de la persona humana; cuando se trata de una sola persona por muy desconocida o irrelevante que sea para muchos o para otros, basta con que sea un solo hombre o mujer, un solo niño o adolescente, un solo trabajador o desempleado, un solo político o disidente, un solo religioso o ateo, un solo enfermo o preso, quien sea lesionado en uno solo de sus sentimientos, en una sola de sus justas



y pacífica ideas, en uno solo de los gestos de su buena voluntad, en una sola de las expresiones de su espiritualidad, en una sola de sus legítimas relaciones humanas, en una sola de sus facetas como persona y como ciudadano de este país y de este mundo, cualquiera de estas circunstancias bastan para llamar la atención de todos, para no quedar indiferentes, para reflexionar seriamente sobre las consecuencias de este desgaste antropológico a corto y a largo plazo.

Bastaría para que todos los cubanos y todos los que nos observan, admiran o critican aquí o allá, todos los que nos ayudan o nos perjudican desde cualquier esquina de la Isla o desde cualquier lugar del mundo, nos detengamos un momento y con verdad y responsabilidad tomemos, por lo menos, conciencia de que este daño antropológico es la más grave y profunda calamidad que arruina esa fundamental y más grande riqueza de este pueblo que son los cubanos y cubanas que lo formamos.

Y una vez que tomemos conciencia de este daño pongamos manos a la obra para remediarlo como únicamente se puede hacer: con mayores grados de libertad y responsabilidad, respetando todos y cada uno de los derechos de la persona humana, creando las condiciones, es decir, los espacios de participación para que puedan desarrollarse cada una de las dimensiones y capacidades de los cubanos.

Venga ya ese clima de aire renovado y renovador en que cada cual pueda pensar con su cabeza, sostener sus propios criterios, sin miedo y sin complejos.

Vengan ya esos espacios de libres iniciativa en que todos los hijos e hijas de Cuba podamos desarrollar nuestra inteligencia y creatividad.

Venga también un movimiento de cordialidad, perdón y reconciliación en que todos los cubanos y cubanas podamos expresar nuestros sentimientos y desarrollar nuestra afectividad sin desconfianzas

Venga ese esfuerzo por empoderar a los ciudadanos y fortalecer la voluntad de las personas para que cada decisión sea firme, cada obra se haga con virilidad y perseverancia, cada empresa se sostenga con la firmeza de espíritu y la constancia que hacen de un pueblo una comunidad con consistencia propia que es el signo primero de la propia soberanía.

Venga por fin, esa atmósfera de transparencia y sed de plenitud que permita a los cubanos abrirse a la Trascendencia y cultivar su espiritualidad accediendo al encuentro con el Absoluto que llamamos Dios.

Si vamos creando estas condiciones, Cuba será mejor y crecerá como nación porque estaremos reparando su alma.

Reparar el alma de un pueblo es reconstruir la subjetividad y las estructuras esenciales de la persona humana.

Ningún pueblo crece sin personas sanas y plenas. Esta puede ser una clave para comprender nuestra historia pasada y nuestro presente.

Podrán venir tiempos mejores en la economía pero si no reparamos el daño antropológico ese crecimiento será mal usado, y crecerá una cultura del individualismo, de la avaricia y del sálvese el que pueda.



Podrán venir tiempos mejores en la política con más participación democracia y libertades fundamentales, pero si no reparamos el daño antropológico con la debida educación ética y cívica, no sabremos como usar la libertad conquistada, ni tendremos fuerza de voluntad para ejercer nuestros derechos y deberes ciudadanos, ni tendremos conciencia crítica y honestidad pública para controlar y evaluar a los que ejercen el poder.

Si en Cuba llega un día, Dios no lo quiera, el tiempo de una mayor corrupción, sepamos que desde ahora estamos alertando de que había que trabajar en el mejoramiento humano y en la siembra de virtudes.

Si en Cuba llega el día, Dios no lo quiera, de que la gente no quiera trabajar aún cuando se pague un salario justo, acordémonos de que el origen del mal está en el daño antropológico que descubrimos a tiempo para sanarlo.

Si en Cuba se organizaran, Dios no lo quiera, mafias para la violencia y el crimen,

La raíz de ese fenómeno está en ese daño antropológico que tiene cura a tiempo.

Cuba necesita ya de esa reconstrucción espiritual, de esa reparación del espíritu, de ese clima de serenidad, paz, seguridad y confianza para que vuelva a nacer, renacida de libertad y de fraternidad, la carne mutilada y el alma desmantelada de la Nación.

Hay muchos hombres y mujeres, jóvenes y adultos cubanos, que no se han dejado mutilar su inteligencia y piensan con cabeza propia. Esa es nuestra esperanza.

Hay muchos compatriotas nuestros que no se han dejado secar el corazón y expresan sus sentimientos y comparten su afectividad en un ambiente sano y cariñoso. Esa es también nuestra esperanza.

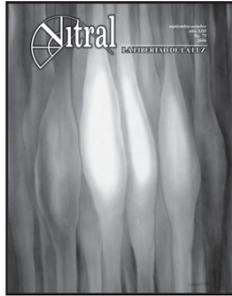
Hay muchos que no han dejado que su voluntad se vuelva frágil y anémica y actúan con firmeza y valentía, con perseverancia y paciencia. Eso aumenta nuestra esperanza.

Hay también numerosos cubanos y cubanas que no han permitido que se les seque el alma y alimentan una espiritualidad que les proporciona esa fuerza mística que viene del interior cuando se cree y se espera, se ama y se entrega la vida por una fe.

Esta es en resumen nuestra esperanza. Es, como decía el padre Félix Varela, "la dulce esperanza de la Patria. Y no hay patria sin virtud, ni virtud con impiedad"

Pinar del Río, 5 de junio de 2006.





La soberanía es hoy ciudadanía

Año XIII. N° 75. septiembre-octubre 2006

Por muchas razones, conocidas por todos, consideramos que el tema de la soberanía es hoy en Cuba de importancia fundamental.

Sonará, para algunos, como algo referido al cuidado de nuestras fronteras. Otros, inmediatamente, harán alusión a nuestras relaciones con otros países. Para varios, no lo dudemos, será sencillamente un tema pasado de moda. Para no pocos, será algo lejano, ajeno, desconocido, debido al déficit profundo de educación cívica que sufrimos como resultado de la hemiplejía de la educación manipulada por una sola ideología.

Deseamos compartir con nuestros lectores algunos criterios de juicio, fuentes inspiradoras y unos valores determinantes para profundizar en el tema, con el deseo de que se anime un debate cívico serio y responsable en este momento único de nuestra historia nacional.

Desde tiempo inmemorial, los pueblos eligieron a sus soberanos, que en ese tiempo y aún en los nuestros significa "el que ostenta el poder, el que gobierna". Especialmente durante la Edad Media y las monarquías absolutas, el soberano era, al mismo tiempo, el símbolo del Reino o del Feudo, el que tenía todo el poder, el rey o señor de vidas y haciendas, el inspirador de leyes y campañas militares, e incluso, para muchos pueblos y culturas, se le consideraba una persona elegida por Dios, o por una divinidad subsidiaria, como una especie de Ungido, Mesías o Líder espiritual de una mezcla entre una religión secular y un gobierno teocrático. Las gentes, como se les llamaba, el burgo, no eran más que siervos de la gleba, súbditos y vasallos. Eran la parte de la humanidad que no tenía otra vocación, ni otra alternativa que obedecer y aclamar al soberano o ser expulsados del mundo de los vivos.

El mundo evolucionó y el feudalismo pasó. Aquellas monarquías pasaron y los señores feudales fueron sustituidos por señores del burgo, del pueblo, es decir, por la burguesía. Se hicieron revoluciones contra los soberanos reales y se apoderaron del poder los burgueses reales, unos, reciclados de la aristocracia y otros venidos del mundo de la novedosa economía de empresas de la modernidad. Estos fueron los nuevos soberanos, por primera vez plurales, más de uno, con poder político y económico compartido, y los siervos dejaron de ser vasallos pero



no llegaban a ser ciudadanos, aquellos nuevos soberanos sólo tenían masas, solo querían tener masas arengadas y manipuladas, masas sin conciencia cívica y sin responsabilidad pública, masas-mano de obra y correas de transmisión.

Pero el tiempo pasó y el mundo evolucionó y nacieron las repúblicas, cuyo nombre habla por sí solo. Palabra compuesta por los vocablos latinos «Res» que significa «cosa» y la palabra «pública» que significa «del pueblo». Así nació un proyecto de convivencia social donde por primera vez, los que habían venido a ser «estados-naciones» se convertían en repúblicas, es decir, acordaban organizarse como «una cosa pública», como «algo de todo el pueblo».

Los pocos «soberanos» de las aristas de la sociedad, es decir, las aristocracias del poder, del saber y del tener, eran desplazados, por lo menos en teoría, por un sujeto emergente, nuevo en su estatus político y tan viejo como cada ser humano, nuevo por la cuota de poder que le era reconocida, pero que era tan vieja como su condición de persona. Por primera vez en la historia de la humanidad, cada persona y no solo los libres como en Atenas, cada ser humano, por el simple y trascendental hecho de nacer en este mundo, nacía siendo soberano. En las repúblicas de los estados modernos ya no tienen ni lugar ni sentido las personas que viven como siervos, o son tratados como vasallos o permiten ser tratados como súbditos.

El tiempo pasó, el mundo evolucionó. Todo pasa. Y los antiguos súbditos se convirtieron en ciudadanos. Las masas despojadas de sus derechos y de su dignidad personal por un poder soberano en manos de uno o de un grupo, se convirtieron en pueblos responsables de ejercer su ciudadanía, es decir, su soberanía, o lo que es lo mismo, personas, adultas y libres, formadas e informadas, de tal manera y con todos los «secretos» de la nación, como para poder pensar con cabeza propia, expresar libremente lo que piensan sin temor a ser castigados por ello, y con el derecho y los espacios y estructuras adecuados para actuar según su conciencia, con el solo marco del respeto al derecho ajeno, la salvaguardia de la paz ciudadana y la búsqueda del bien común.

Después, y aún hoy, cuando se habla de soberanía se piensa sobre todo y primero en defender las fronteras y en defenderse de un enemigo externo que desea invadirnos o anexarnos. Y eso tiene su fundamento en esa larga historia de dominación entre los centros hegemónicos y los bloques ideológicos. Creemos que no habría soberanía nacional sin la soberanía conciente y ejercida por cada ciudadano, porque los gobiernos solos no pueden sostener ni resistir esos peligros. Cada vez más las fronteras ceden a la integración y las relaciones internacionales tratan de basarse en el respeto y el derecho de los demás. Preparar a los pueblos para defender sus fronteras es bueno, pero responde a una amenaza externa, y creemos que esta amenaza pueda potenciarse o disimular otra amenaza interna y solapada, que es la pérdida de la soberanía ciudadana que tiene como fruto y señal visible el desarraigo y un deseo irreprimible de salir, escapar, viajar hacia «lo de afuera» en una especie de exilio interno, externo o una emigración económica que habla muy mal de la supervivencia y la convivencia en el propio país. ¿No es esta pérdida de soberanía ciudadana, de poder ser, de poder tener, de poder saber, un peligro igual o mayor que la amenaza a nuestras fronteras nacionales?



Ambas son indeseables y éticamente inaceptables. Repudiables y prevenibles, pero ¿a quién le correspondería la responsabilidad mayor en cada caso?

Este breve recorrido por siglos de experiencia de la humanidad, hecho casi esquemáticamente, podría servirnos para tomar conciencia del camino recorrido, de los siglos gastados por las sucesivas generaciones para pasar de la esclavitud a la libertad compartida y responsable. Han sido milenios de trabajo y educación, realizada por lo mejor de los pueblos para convertirse en naciones modernas. Han sido ríos de sangre, inenarrable violencia institucionalizada o permitida por el poder civil o religioso, han sido guerras cruentas y guerras «frías», de distinta manera criminales, en que las armas de las batallas campales se intercambiaron con las batallas ideológicas iguales de avasalladoras aunque distintas en método y sutilezas. Todas dañaron la dignidad y los derechos de la persona humana, todas trataron como soldados o como adoctrinados a los que debieron ser tratados como soberanos, es decir, como ciudadanos.

Tal sacrificio ha llegado a holocaustos, así en plural, a derecha e izquierda, de no se sabe qué centro también descentrado; lucha, en ocasiones, desquiciada por alcanzar el necesario equilibrio siempre precario, siempre en gestación, pero sin dejar de ser búsqueda de una mayor dignidad para cada persona, conquista de unos derechos, innatos a cada hombre y mujer, cada vez mejor reconocidos; en fin, siglos buscando que la soberanía venga desde abajo, venga al nacer cada persona y pueda ser ejercida, por todas y todos, con la cuota de libertad y responsabilidad que nada, ni nadie, pueda avasallar de nuevo, nada de lo viejo de esas épocas, ni autócratas del poder o aristócratas del tener, ni celosos señores guardianes del saber y de la información. El único soberano que hoy es y debería ser quien administrara el poder, el tener y el saber todo lo necesario para hacerse cargo de la «cosa pública», son los ciudadanos, eso si somos de verdad una República. Lo demás o es mueca, o es máscara o es ignorancia. O todo mezclado. Pero lo que es seguro es que es pasado. Absolutamente perteneciente al pasado.

Lo propio de los pueblos soberanos es buscar lo nuevo en el presente y acercar, por sí mismos, lo nuevo por venir.

Pero, ¿qué es lo nuevo en el mundo de hoy? ¿Lo verdaderamente nuevo?

Luego de las experiencias del liberalismo salvaje e individualista y del llamado socialismo impuesto y colectivista, el mundo no se va a parar, la historia no va a terminar. Si todo pasa, lo viejo y superado del pasado no podrá ser nunca lo nuevo del presente y mucho menos lo nuevo del futuro.

Del pasado, la experiencia y la lección. Del pasado, las conquistas de progreso y desarrollo de la humanidad. Y nada más.

Pero el presente no puede tener tufo a lo viejo superado o reciclado. No se trata ya de algo estrictamente político, se trata de algo esencialmente humano. Algo que se ha escapado de la mano de unos pocos y se ha hecho conciencia universal, aunque no realidad de todos los pueblos. Esto es ya algo nuevo: Lo nuevo debe salir de la soberanía ciudadana o no es verdaderamente nuevo.

Creemos que algo de lo nuevo, tarea de presente, visión de lo porvenir, pudieran ser algunas de estas proposiciones:



- Una educación para el uso de la libertad y la responsabilidad personal, que llegue a cada cubano y cubana, y que sea pensada, planificada, ejecutada y evaluada, no por un grupo hegemónico o centro de poder en Cuba o fuera de ella, sino descentralizadamente, por muchos cubanos y cubanas, sin discriminaciones políticas, filosóficas, religiosas, de sexo, raza, origen social, lugar de residencia.

- Pero educar para la libertad personal no basta, podría caerse en el individualismo. Es necesario educar para que las personas pasen de la condición de súbditos a la de ciudadanos plenos. Educar para la ciudadanía es, quizá, el reto más grande y más urgente de esta hora de Cuba y eso conlleva a vivir en comunidad de personas.

- Educar para la ciudadanía no es traspasar teoría del derecho es hacer espacios pequeños y viables para ejercer el derecho. Educar para la ciudadanía es empoderar, es dar poder a cada ciudadano, que no es lo mismo que darle un cargo real o simbólico desde el que no se puede discutir lo esencial ni lo importante, se trata de poner al alcance de cada persona los instrumentos del pensar por sí mismos, entonces no le tendremos que explicar las noticias y todo lo demás. Empoderar para ejercer la ciudadanía es poner al alcance de todos las herramientas para poder optar y elegir de verdad entre varias alternativas diferentes, así no tendremos que preparar antes las asambleas, o candidaturas, ni explicar cuáles son las mejores opciones sociales, éticas, políticas o culturales.

Empoderar para ejercer la soberanía ciudadana es dar la posibilidad real y plural, viable y diferente, a cada ciudadano y grupo de ciudadanos para crear o intervenir en estructuras de participación y decisión no manipuladas. Pero no para decidir en las minucias de los detalles insignificantes e intrascendentes. Eso se hace con los niños para que aprendan a ser responsables. Soberanía desde abajo es tratar de formar ciudadanos adultos, probar que lo son, creer de verdad que son adultos, confiar en que lo son y tratarlos como tales.

- Pero no basta para lo verdaderamente nuevo empoderar ciudadanos y ciudadanas, aunque eso es mucho y, quizás, más de la mitad de lo verdaderamente nuevo, hoy aquí. El individualismo, tan viejo como el ser humano, seguiría alimentando todo ello para un «sálvese el que pueda» o una opción más «light», más suave: un dejar pasar todo, dejar hacer a los demás, un indiferentismo cívico, verdadero cáncer de la cosa pública, es decir, de la democracia, que es otro nombre de la soberanía del pueblo. Es necesario ayudar a tejer, a reconstruir, el entramado de espacios de participación comunitaria, social, grupal, asociativa, que sean auténticas escuelas y talleres de solidaridad. Nos atrevemos a decir que la sociedad civil es el nuevo nombre de la democracia. El desarrollo del tejido autónomo y solidario de la sociedad civil es el nuevo nombre de la soberanía compartida. En una palabra, la sociedad civil debe ser el nuevo soberano.

- Ya lo dice el Compendio de la Doctrina social de la Iglesia, recientemente presentado en Cuba, y que debería ser un documento de consulta sistemática: la sociedad política está al servicio de la sociedad civil y no al revés. (CDSI no. 417 y siguientes) por tanto ese concepto nuevo, también en la práctica no solo para Cuba, podría ser un acicate para un cambio de mentalidad sin el cual toda



educación, espacio de participación, estructura de gestión de la cosa pública, y tejido de la sociedad civil, quedaría desmantelado de su soberanía y del ejercicio de una ciudadanía responsable y decisoria. Luego, las mismas estructuras políticas, contando con su dinámica propia y cambiando las que sean un impedimento para lo nuevo y mejor, podrían ir gradualmente poniendo al alcance de los ciudadanos y grupos de la sociedad civil, la cuota de soberanía a la que siempre y en todo lugar, tienen derecho y deberían ejercer, por la sencilla razón de ser los soberanos en un sistema de convivencia verdaderamente participativo y socializado.

- Por último, intentar empezar por alcanzar los frutos, o cambiar el color de las flores, o cambiar las hojas y andar por las ramas, sin ir al tronco y la raíz de todo ello, sería proyectar la película al revés. Ya lo han experimentado otros pueblos, la soberanía vuelve a ser secuestrada por las mafias. La ciudadanía se pudre y se vende por la corrupción. La desilusión del analfabetismo cívico conduce a las masas inermes a una anomia de poder, del querer y del saber, que es la peor de las enfermedades sociales: es la anemia de la soberanía democrática que conduce, decepcionados de lo vendido como «nuevo», a la tentación de regresar a los viejos autoritarismos, populismos y mesianismos, sin presente profundo y sin futuro viable.

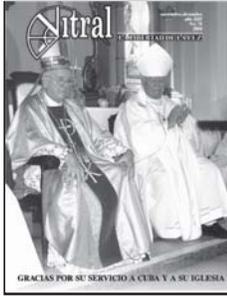
Una vez más, “el que no ponga el alma de raíz se seca”. Y el alma de lo nuevo es despertar la conciencia cívica, empoderarla con los instrumentos de la soberanía desde abajo, y dejar que ella misma vaya creando los espacios de participación democrática. El alma de lo nuevo es dejar libre la subjetividad de los ciudadanos para que creen su propia soberanía y para que organicen lo nuevo de su república, que es decir, organizar los nuevos espacios de la sociedad civil.

La puerta de lo nuevo, verdaderamente nuevo, no puede ser otra que la soberanía ciudadana.

Eso creemos, y eso proponemos a debate a todos los cubanos y cubanas que lo deseen soberanamente.

Pinar del Río, 25 de agosto de 2006.





Navidad 2006: entre la incertidumbre y la novedad

Año XIII. Nº 76. noviembre-diciembre 2006

Navidad es la celebración de un nacimiento. Es el nacimiento de Jesucristo. Es la fiesta de lo nuevo. Es el anuncio de *“una gran alegría para todo el pueblo”* (Evangelio de San Lucas 4,18)

Es por ello que cada año al arribar a estas fiestas nos preguntamos:

¿Qué es lo nuevo de este año?

¿Cuál es la noticia que puede ser alegría para todo el pueblo?

Y también,

¿En qué momento de nuestras vidas nos encontramos?

¿Cuál es el sentimiento o la actitud que caracteriza este momento en la vida de nuestro pueblo?

No tenemos todas las respuestas, ni siquiera todas las preguntas. Nadie las tiene.

Uno de esos sentimientos pudiera ser, quizás, la incertidumbre.

En efecto, parece ser que una de las sensaciones que podemos percibir con frecuencia entre nuestros compatriotas es ese sentir de que estamos en una etapa muy importante y trascendental de nuestra existencia como pueblo, pero al mismo tiempo no sabemos bien por qué.

Por otro lado, percibimos que otros cubanos aprecian que todo sigue igual y al mismo tiempo que algo cambia. Todo mezclado, todo confuso, porque en muchas ocasiones las palabras parecen como alejarse de la realidad. O quizá sea que la realidad es distinta de las palabras.

Da la impresión que en este momento se mezclan la lógica del «no puede ser» con la austera evidencia de lo que «es». Sentimos al mismo tiempo que algo termina y que todo continúa.

Constatamos que nos falta mucha información pero al mismo tiempo nos da la impresión de que ya no la necesitamos. A otros, les da igual tener o no la información, porque sus vidas van por otro camino, como en un mundo aparte.

Nadie sabe a ciencia cierta todo lo que necesita para proyectar su futuro. Es muy difícil predecir la vida, ¡qué desgracia para una persona cualquiera no poder tener los mínimos necesarios para protagonizar responsablemente su presente y



su porvenir! Es lamentable que un pueblo que desea ser soberano y protagonista de su destino no tenga en sus manos todos los hilos de las riendas de la realidad. Y aún peor, que tenga que esperar que los que tienen todos los hilos tejan un futuro para él. Pudiera ser, quizá, la mayor sensación de infantilismo cívico. Esto pudiera ser, quizá, la mayor prueba de una adolescencia socio-política, estadio en el cual sólo los de mayor responsabilidad saben todo, deciden todo y luego informan a los que adolecen de responsabilidad para enterarse, para asumir su soberanía, para “ser los protagonistas de su propia historia personal y nacional” — como nos exhortaba el inolvidable Papa Juan Pablo II en su visita a Cuba en el cada vez más lejano 1998.

De modo que pudiéramos escoger una palabra, entre muchas otras, para intentar una descripción aproximada del sentimiento predominante en este tiempo que podría ser definitorio para Cuba. Esa palabra —que es más que eso y parece ser un sentimiento persistente, una especie de resquemor interno inexpresable, una subjetiva realidad que nos envuelve— es la incertidumbre.

Incertidumbre es falta de certezas previsibles, no de adivinaciones. Es falta de visión para el camino. Es niebla en la conciencia y confusión de escenarios. Incertidumbre es no poder siquiera intentar unos pronósticos que se aproximen a la realidad por falta de datos. Incertidumbre es pedir a la gente que participe, que protagonice, que actúe con responsabilidad y al mismo tiempo, no facilitarle la información, ni la formación, ni los espacios, ni los roles en la obra en la que se le está pidiendo que sean los protagonistas principales. Nadie puede ser verdaderamente responsable si vive en una incertidumbre insalvable y desinformada.

La incertidumbre no es buena sobre todo en tiempos difíciles. Todos lo sabemos y lo sentimos en nuestras propias vidas. Todos la sufrimos de una forma u otra. Unos más y otros menos. Incertidumbre y cambio son compañeros de camino, pero cuando el cambio avanza por estaciones, tiene que ir dejando a la incertidumbre en la parada anterior. Aún cuando sabe que otras incertidumbres montarán en la siguiente estación, pero esas son las siguientes y no deben acumularse.

Siempre hay una dosis de incertidumbre sobre el futuro. Eso es propio de su condición de porvenir, pero no debe haber sobredosis de incertidumbre en el presente y sobre lo que está sucediendo a nuestro alrededor. Eso puede paralizar, sembrar el desconcierto, la desinformación, el rumor indeseado, la inestabilidad social, la irresponsabilidad cívica, el inmovilismo ciudadano. Y nada de esto necesita Cuba en este tiempo. Lo sabemos y debemos hacer todo lo que esté en nuestras manos para no desanimarnos, para no abandonarnos en la indolencia, para disponernos al diálogo que es el antídoto de la desinformación y el único remedio para la incertidumbre.

La incertidumbre puede acentuar la crispación que nace del no saber qué va a pasar y qué va a ser de nuestras vidas. Y la crispación debe cesar, no ayuda a nadie ni a nada. Debemos todos, tirios y troyanos, cubanos de aquí y de la diáspora, precipitados e inmovilistas, hacer todo lo que esté en nuestras manos y en nuestras conciencias para no dejarnos atrapar por la crispación.



Cuba está en una hora difícil y esperanzadora. Es hora de mucha serenidad, de mucha responsabilidad, de mucho sosiego, de mucho respeto a la opinión diferente. Ninguna hora como esta requiere de una gran dosis de sentido común, de tolerancia, de paciencia y de pensar las cosas más de dos veces. Cuba lo necesita para no caer donde no debe ni quiere caer. Cuba lo necesita para no dar motivos para intromisiones foráneas que serían peor. Cuba lo necesita porque la gradualidad es la única puerta del cambio pacífico y ordenado. Nosotros, todos, gobierno y pueblo, sabemos que estas son actitudes y virtudes que debemos garantizar en este momento y en esta etapa con la máxima responsabilidad y serenidad. Cuba lo sabe y lo deben saber también todos los demás países. Deben saber esto claramente, y ponerlo como dato condicional de su respeto a Cuba, tanto los Estados Unidos como América Latina, tanto el África, como Asia.

Esto es la salida de la incertidumbre por la puerta de la responsabilidad, la información adecuada y la participación primera, protagónica y única de los cubanos. Esta es la puerta civilizada para la novedad.

Se puede también decir que otra señal de “lo nuevo” es una especie de cambio psicológico que aumenta la expectación de muchos cubanos. Es un modo de despertar del inmovilismo, de la sensación de que nada pasa y nada podía cambiar, a una sensación de que pudiera pasar algo, de que todo pasa, y algo debería renovarse y podría construirse entre todos los cubanos.

Por otro lado, sin ruido y sin reuniones, va emergiendo de la conciencia soterrada de mucha gente, una especie de consenso espontáneo, no explicitado, sentido más que pensado. Más como convicción natural que por concertación de opiniones: tenemos la apreciación de que esa especie de consenso no negociado pero que nos une a todos los cubanos, o por lo menos a una mayoría evidente, pudiera formularse así —y aquí comienzan los problemas y diferencias en las formas— pero, por encima de ellas, debemos explicitar cómo lo sentimos. Sin fijarnos mucho en las palabras sino en su sentido podríamos reflexionar en estos cinco puntos:

- Hay una percepción de que nadie quiere violencia.
- Hay una percepción de que nadie quiere que la solución venga de fuera.
- Hay una percepción de que algunas cosas esenciales deben ser cambiadas desde dentro.
- Hay una percepción de que otras cosas esenciales deben ser salvaguardadas y mejoradas.
- Hay una percepción de que todo debe hacerse gradualmente y en paz.

Esto es, a lo mejor, lo nuevo. Esto pudiera ser, quizás, una buena noticia para todo el pueblo. Esto pudiera traer no pocas cosas buenas para Cuba y su soberanía ciudadana y para su apertura e integración más completa a la entera comunidad internacional, sin exclusiones.



Aceptar este consenso sosegado y mínimo, no para contemplarlo estáticamente, sino para acogerlo como una pregunta que nos hagamos unos cubanos a otros, podrían ser una puerta para salir del inmovilismo. Estas percepciones, como lo dice la palabra, son ahora solamente una manera de percibir el sentimiento común de no pocos cubanos pero, como todas las percepciones, pueden tener otras facetas, otros matices, otros ángulos de apreciación. Mas nada de esto quita, o entorpece, que estas u otras percepciones nos podrían servir para dialogar con serenidad, sin crispaciones, entre cubanos.

Esto deberíamos conversarlo —porque hablando la gente se entiende, como dice la sabiduría popular— sin ataques preliminares, sin prejuicios infundados, ni experiencias negativas bien fundadas sacadas a relucir para envenenar el ambiente. Dejemos a un lado los ataques con razón o sin razón, porque lo que menos necesita Cuba ahora es que existan y aumenten los cubanos que se ataquen mutuamente y se dividan entre sí. La unidad que tanto necesitamos ahora no se consigue por decreto, ni atacando, ni vociferando, ni excluyendo, ni uniformando, ni reprimiendo... La unidad solo nace de ser tolerantes ante la diversidad, como primer paso; de la aceptación de la pluralidad como algo bueno y posible, como segundo paso; y de la garantía de espacios de participación responsable para todos los cubanos, como tercer paso.

Tenemos la convicción de que con estos mínimos Cuba será más unida de verdad, más soberana, más respetable para todos, más considerada e integrada a la comunidad internacional. Cuba podrá crecer como nación y desarrollar su economía además de conservar y cultivar sus virtudes humanas y patrióticas.

Pero también tenemos la convicción profunda de que por estos caminos no habrá nación ni gobierno sobre la tierra que no respete nuestra soberanía, ni nuestro ritmo para alcanzar lo nuevo y lo mejor para Cuba.

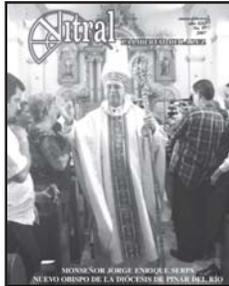
Este es nuestro mensaje de Navidad y nuestra oración a Dios, Padre de todos los pueblos y Señor de la Historia que, al hacerse hombre como nosotros en Belén hace 2006 años aproximadamente, iluminó las tinieblas de la incertidumbre y las convirtió en la Nochebuena, sin crispaciones, sin ruidos estridentes, sin poderío militar ni exclusión de los pobres.

Si los cubanos y cubanas, todos, los miembros de la misma nación, en la Isla y en la Diáspora, unimos nuestros sentimientos hacia la soberanía, el progreso y la renovación pacífica de Cuba, entonces podremos gozar de la misma alegría de aquel pequeño pueblo de Belén y decirnos con toda sinceridad y respeto, con toda serenidad y tolerancia:

FELIZ NAVIDAD Y UN AÑO 2007 NUEVO DE VERDAD!

Pinar del Río, 31 de octubre de 2006





Tender puentes: ¿Hacia dónde y hacia quiénes?

Año XIII. Nº 77. enero-febrero 2007

Tender puentes es, quizás, una de las actitudes ciudadanas y políticas más apreciadas y necesarias, una de las más mencionadas y manipuladas.

Tender puentes es, sin duda, la actitud que nos permitiría salir de la trampa de nuestros egoísmos y sectarismos, al trascender nuestras individualidades enquistadas, nuestras opiniones encasilladas y nuestras posiciones atrincheradas.

Los puentes siempre nos hablan de orillas que hay que unir, de espacios que hay que recorrer hacia el otro, hacia lo de los demás. Es una actitud propia de los que vivimos en islas y también de los que viven en sociedades divididas y parceladas, en fincas ideológicas, o religiosas, o políticas, étnicas o culturales.

En cualquier lugar del mundo hay necesidad de puentes y en Cuba también. Es necesario construir puentes internos y puentes al exterior. Así nos invitaba el Papa Juan Pablo II hace ya 9 años: "Que Cuba se abra al mundo y que el mundo se abra a Cuba".

Parece que todos quisieran tender puentes. Las últimas declaraciones de los gobernantes cubanos se refieren a uno de estos puentes: la mesa de negociaciones con los que se consideran adversarios políticos. Cada vez que se envía una señal de diálogo o la recibimos de otra parte, los cubanos y cubanas nos alegramos de que ese sea el lenguaje y la intención. Y deberíamos disponernos a reflexionar sobre la urgente necesidad de asumir, como propia y cotidiana, la intención, el lenguaje, la actitud y los hechos del diálogo y la negociación como única salida ética a los conflictos propios de la vida económica, social y política.

La conflictividad es una dinámica propia y natural de la vida. La vida y el mundo son diversos, plurales, y cada persona, cada cultura, cada religión y cada país tienen sus propias características irrepetibles que deben ser respetadas por los demás y deben abrirse a sí mismas, por lo menos, hacia puentes de tolerancia y convivencia pacífica. Y, por lo más, abrirse a puentes de solidaridad, reciprocidad y búsqueda articulada del bien común de la humanidad.

A la altura de nuestra época histórica, la humanidad ha avanzado a tales grados de civilidad y cooperación internacional, que rechaza, al tiempo que todavía sufre, todo intento agresivo, conato de guerra o actitud violenta para salir de la conflictividad.

Las guerras entre los pueblos y las actitudes hostiles entre los miembros de una misma nación por razones políticas, litigios económicos o reivindicaciones



sociales pertenecen al pasado de la conciencia de la humanidad, aún cuando de hecho estén muy presentes en cualquier parte del mundo. Pero ya no pueden aceptarse como «normales» las guerras, la violencia, la segregación social, la violación de los derechos de las personas y de los pueblos, como «medios útiles» para alcanzar un fin noble y bueno. Ningún fin justifica los medios; ninguno, ni la lucha contra el terrorismo, ni la salvaguarda de un sistema, ni la defensa de una ideología, ni siquiera la preservación de los más grandes logros sociales y económicos, nada puede justificar que se utilicen medios que hagan violencia a las personas y a los pueblos, que declaren la guerra, que persigan a los ciudadanos por sus ideas o sus actitudes pacíficas.

Por eso nos alegramos cada vez que se adopta, en cualquier lugar del mundo o en nuestra sociedad, por lo menos para empezar, un lenguaje de diálogo y se deja atrás el lenguaje de la confrontación y la inmolación apocalíptica.

Todos los cubanos y cubanas debemos cultivar el lenguaje del diálogo, que no es lenguaje ladino, ni palabra hueca, ni disimulo de la mentira, ni complicidad con la injusticia; pero que tampoco es saltar a trancos todo proceso de acercamiento, ni descalificar el primer paso, porque se supone que no existirá el segundo; ni esperar en las estaciones del inicio los frutos del final del camino.

Los cubanos y cubanas, todos, debemos cultivar no solo el lenguaje del diálogo sino las actitudes de diálogo que no es hacer dejación de todo lo propio, dejar de ser lo esencial de uno mismo para mimetizar al otro. Eso no es diálogo es aculturación y pérdida de identidad. Actitud de diálogo es dejar algo de lo nuestro para dar cabida a algo de lo otro. Siempre es dar y recibir, es ceder y aceptar. Pero jamás a costa de lo mejor del ser, de la propia eticidad. Pero no una eticidad fundamentalista y cerrada sino abierta a la interpelación de todo lo bueno que pueda venir de los demás.

El diálogo se alimenta de la confianza que se basa en hechos, no en prejuicios, pero el diálogo pierde su riqueza y dinamismo cuando se enfrenta con la lógica del poder. Entre súbditos y soberanos no puede haber un verdadero diálogo pontifical, es decir, diálogo entre orillas, más o menos diferentes, con distintos cometidos, pero que se enrasan, se remiten, al único nivel que da la condición de seres humanos que todos debemos asumir y compartir como condición de una ética de mínimos y para poder tender puentes.

Esa ética de mínimos es condición indispensable para emprender los proyectos de construcción de puentes entre los diferentes sectores de la sociedad y entre diferentes naciones. Si una de las partes se quiere parapetar en una ética de máximos, es decir, en la aspiración de una sociedad perfecta, de una convivencia ideal, o de un hombre o mujer nuevos y perfectos, entonces no podrán tender puentes hacia ningún sitio en esta tierra porque toda sociedad está manchada, imperfecta, formada por hombres y mujeres limitados, embarrados en el barro de las injusticias y todo tipo de egoísmos.

Al hablar de tender puentes es necesario reflexionar, por lo menos, en dos componentes fundamentales de esa actitud: hacia dónde queremos tender puentes y hacia quiénes queremos tenderlos.

Cada puente necesita por lo menos dos pontones o cabezas de puentes, materiales e instrumentos para construirlos, es decir que, para toda negociación o diálogo, es necesario que existan por lo menos dos interlocutores que tengan la intención y la voluntad de dialogar, espacios respetuosos, metodología aceptada



previamente por todos los implicados en la construcción del puente, protagonistas y garantes, mediadores, que supervisen la calidad del puente que se está construyendo para que dure mucho y no se derrumbe con ningún conflicto. Si alguna de las partes no tiene estas intenciones, o no sabe cómo hacerlo, o se cierra en su posición, o exige del otro lo que es inexigible, entonces no hay puente posible. Hay monólogo y frustración.

En el proceso de tender puentes son imprescindibles, por lo menos, tres cosas: saber a dónde se quiere llegar, por dónde se quiere caminar y a qué paso o ritmo se quiere avanzar.

En Cuba queremos seguir siendo cubanos, salvaguardar nuestra soberanía, pero cambiar lo que sea necesario cambiar para llegar a construir nuevos puentes de fraternidad y prosperidad. En nuestra opinión queremos llegar a ser mejores, a la búsqueda del bien común, a una nación en la que quepamos todos y todas con iguales derechos y deberes; queremos escoger el camino del diálogo, de la reconciliación, del consenso, del cambio pacífico, con la participación de todos sin exclusiones por razones ideológicas, económicas o sociales. Y en nuestra opinión quisiéramos tender esos puentes y alcanzar esos logros al ritmo de la gradualidad, del paso a paso, sin estridencias pero sin estancamientos. Sin violencia y sin inmovilismos.

Creemos que no se trata de tender puentes hacia el pasado reciente o remoto, ni tender puentes hacia más de lo mismo, de lo presente hoy. Se trata de un puente hecho de las mismas bases fundacionales, como Varela y Martí, pero con piedras y concreto nuevos, propios de la pluralidad de nuestra cultura, del avance de la humanidad y de la participación democrática de todos.

Otro de los elementos para avanzar es hacia quiénes debemos tender puentes. Y aquí nos encontramos con las mayores dificultades aquí y ahora.

En efecto, veamos algunos casos:

- Algunos consideran que tender puentes se refiere, exclusivamente, a buscar el diálogo con el Gobierno, con sus organismos oficiales, con las personas que están dentro de sus estructuras, con aquellos que se identifican con él. Esto es algo bueno pero insuficiente, porque la nación no está compuesta solamente con esas personas, organizaciones y estructuras. La nación somos todos, incluso los que piensan diferente.

- Otros consideran que tender puentes se refiere, exclusivamente, a buscar el diálogo con la oposición, o la disidencia o algunos otros interlocutores de la sociedad civil que no son propiamente opositores políticos, sino personas o instituciones independientes. Esto es algo bueno pero insuficiente, porque la nación no está compuesta solamente por esas personas y organizaciones no gubernamentales. La nación somos todos, incluso los que pertenecen a la esfera estatal.

- Otros no solo reducen los puentes hacia la oficialidad, sino que consideran que los que intentan hacer puentes con el resto de la sociedad son infieles al Estado, ofenden su existencia y hacen peligrar la parte de los puentes que se tienden hacia las estructuras gubernamentales. Aquí podemos tener una visión fundamentalista que excluye la legítima pluralidad de la nación.



- Otros no solo reducen los puentes hacia la oposición o la sociedad civil, sino que consideran que todos los que intentan un diálogo con el gobierno traicionan a los que disienten y se entregan al poder. Aquí tenemos la otra cara del fundamentalismo que desconoce a los que ostentan el poder, lo consideren legítimamente ejercido o no.

- Y queda aún aquella posición que exige que todo puente y todo contacto del mundo hacia el país, sea establecido sólo y exclusivamente con la esfera oficial mientras que el país establece puentes de apoyo, colaboración y solidaridad tanto con los gobiernos como con sus opositores, con los que disienten o con los que pertenecen a la sociedad civil en el mundo entero. Aquí podemos estar en presencia de un doble rasero.

- Pero también están los que creen que el diálogo debe hacerse de forma gradual y progresiva, manteniendo los logros que existen y eliminando las deficiencias, que todas las partes de la nación estén representadas legítimamente porque es una tarea de todos los cubanos, sin exclusión de ningún tipo; creen además que deben existir observadores imparciales que sean capaces de cuidar los límites y calidad de la construcción de los puentes múltiples y a todos los niveles que deben comenzar, o mejor dicho, continuar construyéndose en la sociedad cubana.

Cuba, isla en lo geográfico, archipiélago abierto a los mares y llave del Golfo, tiene y debe tener siempre más, una vocación universal.

Esa vocación internacional debe expresarse con la convicción de que la apertura jamás daña la identidad, que los puentes no lesionan la soberanía, que Cuba puede y debe establecer puentes con todos los actores sociales, económicos y políticos de todos los pueblos y debe ver con buenos ojos y aceptar como normal y beneficioso que los que nos visitan puedan encontrarse con todos los sectores sociales, económicos y políticos de nuestra sociedad, que no es ni más ni menos que los demás, signo igual en dignidad y en diversidad, igual en virtudes y defectos, igual en tener gobierno y oposición, Estado y sociedad civil, pluralidad de pensamientos y acciones disidentes u oficiales. Esa es la vida real, la que precisamente desean encontrar, ver y dialogar los que desean, con las mejores intenciones y proyectos, conocer la Cuba real y tender puentes hacia todos sus hijos e hijas.

Pero esto no basta, es necesario que esa vocación de universalidad y respeto a la diversidad que se pone de manifiesto, por citar solo dos ejemplos, en la celebración de la Cumbre de los No Alineados en nuestro país, o en los organismos de las Naciones Unidas, en los que se tienden puentes de solidaridad entre países y culturas tan contrapuestas, se aplique con el mismo rasero y respeto entre los hijos e hijas de cada nación. ¿Por qué aceptar como amigos a africanos, colombianos o japoneses que no piensan como su Estado o difieren del Estado cubano y no aceptar a otros cubanos como nosotros que viven aquí mismo y que no piensan ni sienten como el Estado? ¿Cómo desear un diálogo y una negociación con otras naciones, aún con aquellas consideradas como adversarias, y al mismo tiempo, no favorecer ese entendimiento y diálogo entre los hijos de un mismo pueblo aún cuando piensen o actúen de manera opuesta?

Tender puentes debería ser la actitud fundamental entre todos los cubanos, pero sin exclusiones ni sectarismos.



Si queremos que Cuba sea un país normal, es decir, que no esconda la diversidad que le es esencial, ni ignore la pluralidad de opciones políticas o religiosas que le es lógica; ni quiera descalificar a los opositores que tiene todo el mundo, entonces debemos aprender todos que tan legítimo es tender puentes de diálogo y comprensión hacia los organismos del Estado y las personas que le simpatizan, como tender puentes de diálogo y comprensión hacia los que disienten o se oponen políticamente siempre que se haga de forma pacífica.

Debemos aprender todos que no es aceptable que se condicione más allá de los métodos pacíficos, ningún puente de diálogo en medio de nuestra sociedad. Como tampoco debería ser aceptable que se rompa un puente por tender el otro. El resto del mundo debe tender puentes a la entera nación cubana, y no solo a la parte oficial de la nación, como Cuba tiene derecho a tender puentes de solidaridad con todas las partes de la sociedad de las naciones con las que se relaciona. La Iglesia debe tender puentes hacia todos los actores sociales de nuestro pueblo, oficiales o no, y no descalificar ningún interlocutor legítimo, por temor a perder otros puentes. Los puentes son actitudes de diálogo y fraternidad universal y estas actitudes no pueden discriminar ningún sector social por ganar a otros. No sería evangélico ni cívico.

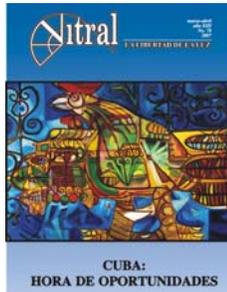
En el mundo de hoy ningún puente de diálogo es enemigo de otro puente de diálogo. Considerarlo así es considerar el mundo dividido en buenos y malos, en trigo y cizaña, y ni el mismo Cristo quiso separar este mundo con tal dicotomía absurda.

Cuba, todos los cubanos, necesitamos un clima de serenidad, responsabilidad y madurez cívica para poder tender puentes de diálogo en busca de consensos y de unidad que respete e incluya la diversidad.

Tendamos puentes hacia el futuro y hacia todos y cada uno de los hijos de esta nación que deseen amarla y servirla, sin tener que pagar el alto costo de quebrar otros puentes con otros hijos e hijas que quieran amar y servir, aun de diversas maneras, a la misma tierra cubana, Patria y Madre de todos.

Pinar del Río, 25 de diciembre de 2006.
Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo





Cuba: Hora de oportunidades

Año XIII. Nº 78. marzo-abril 2007

Hasta que la realidad demuestre lo contrario, con fehaciente evidencia, vivimos en Cuba una hora de oportunidades.

Oportunidad es el tiempo que se presenta para hacer lo pertinente, es la puerta para la posibilidad. Oportunidad es la frontera en que lo que parecía imposible se adentra en el territorio de lo posible. Es la ocasión lógica para responder a lo que se necesita, quizá desde hace mucho tiempo...pero que estaba ahí paralizada, porque no se habían presentado las circunstancias. No habíamos llegado a la encrucijada entre las condiciones y las consecuencias.

Oportunidad no es oportunismo sino sentido del momento histórico, es discernimiento de las cualidades que rodean un tiempo y un lugar que necesitan cambiar.

Hemos escuchado a muchas personas, de muy diferentes modos de pensar y de creer, con muy diversos puestos en la sociedad, que coinciden en que este pudiera ser un tiempo de oportunidades para Cuba. Atención, decimos: oportunidad para Cuba. Es decir, para todos y cada uno de los cubanos y cubanas que vivimos aquí o en cualquier lugar de la Diáspora.

No se nos parecen estas opiniones a las que durante décadas se han escuchado de algunos de los ángulos agudos de esta historia que se llama Cuba en la segunda mitad del pasado siglo XX. Nos parecen voces muy sosegadas, profundas, serenas, moderadas, estudiosas unas y otras intuitivas, con mucho amor a la Nación a la que pertenecen por derecho en virtud de ese mismo amor y sentido de pertenencia, sostenido a pesar de los ciclones y las sequías

Tenemos la impresión de que cuando tantas y tan diversas voces y corazones coinciden en la coyuntura de la posibilidad es que el trance tiene algo de acierto y que el tiempo madura para abrir la puerta a las transformaciones sentidas como necesarias, reflexionadas como urgentes, y buscadas como asideros para progresar como cubanos, permaneciendo en tierra y cultura cubanas.

Es hora de dejar atrás los desaciertos y errores, a veces muy graves e irremediables, hora de decidirnos conciente y responsablemente por no abrirle la puerta ni a la revancha, ni a la violencia, ni a la venganza. Hora de optar por la



verdad sin odios, pero verdad; por la justicia sin ensañamiento, con magnanimidad, pero justicia; y por la reconciliación sin ocultar las cicatrices pero sin urgar en ellas, es decir, reconciliación que es siempre volver a empezar y pasar la hoja.

Es hora de tomar las decisiones que consideremos mejor para Cuba y su futuro, sin impertinencias pero sin pausa, porque para muchos, por su edad y por su capacidad de resistir, esta es su última hora de oportunidad... y la Patria no debe seguir perdiendo a una significativa porción de sus hijos por falta de oportunidades.

Es la hora de dejar atrás los anacronismos que, como sabemos, significa aferrarse a un tiempo que pasó. Esto significaría aquí dejar de aferrarse a una forma de organizar la sociedad que ya pasó, a unas ideologías que ya pasaron, a unos estilos de trabajo que están trasnochados, a una forma de convivir que ya pasó, a una forma de debatir o dialogar que está superada, a una forma de discrepar que ataca a las personas y no discute sus ideas, a una manera de participar que pertenece a la edad de los autoritarismos y los paternalismos, propios de la adolescencia cívica y no a la madurez ciudadana que sabe que la autopista para llegar a la democracia es la participación efectiva, eficaz, plural, transparente, tolerante y cotidiana. Unas veces siendo participación de apoyo y otras como participación discrepante, pero siempre con la misma validez, respeto y espacios para el debate público y el consenso negociado.

Es hora de dejar atrás los anacronismos e injerencismos foráneos, venidos del Sur y del Norte, del Este y del Oeste. Este tiempo de oportunidades para Cuba debe significar también un gran respeto en las relaciones internacionales por la primacía del protagonismo de los cubanos y cubanas que vivimos, trabajamos y permanecemos aquí, pero esto conlleva, inseparablemente y al mismo tiempo, un gran respeto aquí por la primacía de todos los derechos humanos de todos los cubanos y cubanas que vivimos, trabajamos y permanecemos aquí, por encima de la política, la economía, las ideologías y todo lo demás.

Otros anacronismos que entorpecen esta hora de oportunidades para todos los cubanos, pueden ser los siguientes:

- Anacrónicas son las medidas económicas impuestas contra los ciudadanos y que son éticamente inaceptables, porque equivocan el destinatario, justifican a los verdaderos responsables y trocan las consecuencias. Esto entorpece la hora de la oportunidad para el libre intercambio entre las personas, las familias y los pueblos y contribuyen al "aislamiento de la Isla"

- Anacrónicas son las inversiones económicas que desconocen y violan aquí los derechos de los trabajadores cubanos, los mismos derechos que en su País están obligados a respetar y reconocer, no solo porque sus leyes se lo exigen allá y se lo prohíben aquí, sino porque lo exige la buena conciencia y los derechos prioritarios de los trabajadores cubanos. Y todos esos propietarios saben que el Derecho está por encima de la Ley y mucho más de las leyes injustas. Admitir esto argumentando que los negocios son los negocios y el mercado es el mercado por encima de la persona humana, es un anacronismo que está entorpeciendo y mal educando el futuro de Cuba.



- Anacronismo es también manipular, con utilitarismos políticos, las necesidades y pobrezas de los pueblos, para intercambiar bienes de indiscutible justicia social por influencias políticas de un lado y de otro. Los populismos cierran la oportunidad de los pueblos de crecer como ciudadanos empoderados con su soberanía inalienable.

- Anacronismo es cerrar y aislar el País ya sea desde dentro o desde fuera y prohibir la libre circulación de los ciudadanos dentro y fuera de sus fronteras provinciales y nacionales cuando el mundo de hoy sabe que esos “muros” pertenecen al pasado en cualquier lugar que lo intenten alzar hoy contra el tiempo y los derechos de los pueblos. El aislamiento es la fortaleza de los anacronismos y la apertura el comienzo de su fin.

Pero no nos quedemos en estos desafíos por resolver, debemos escuchar esa íntima y perseverante intuición de que estamos entrando en la hora de las oportunidades para Cuba. Dejemos a un lado, tanto los pesimismos como los oportunismos. Hora de oportunidad para Cuba debe ser sinónimo de hora de la responsabilidad de cada cubano y cubana que viva aquí o en cualquier lugar donde peregrina la Nación indivisible.

Hora de oportunidad es hora de responsabilidad. De libertad y responsabilidad compartidas. En efecto, dar oportunidad a que los cubanos ejerzan su plena soberanía desde abajo es dar mayores espacios de libertad, pero esa libertad no será bien usada si al mismo tiempo no damos chance a la responsabilidad personal y social.

Escuelas de responsabilidad es lo que necesita Cuba en esta hora de oportunidades. Escuelas de responsabilidad son espacios de participación verdadera y no de repetición inconciente. Escuela de participación es propiciar oportunidades de ser uno mismo y no una máscara de oportunismo.

Escuela de participación y responsabilidad es entrenamiento para la democracia y garantía para no convertir la libertad en libertinaje, ni la oportunidad en oportunismo.

Si los cubanos y cubanas nos ponemos de acuerdo en no cerrar la puerta a la oportunidad en esta hora de Cuba, entonces cada persona, la sociedad civil y el Estado podrán sentir y pensar cómo revivir la esperanza. Virtud que empuja a la confianza y al empeño. Cuyo nuevo nombre es la oportunidad para que cada cubano pueda crear y protagonizar su propio proyecto de vida y para que podamos encontrarnos, asociarnos, organizarnos libre y pacíficamente para buscar comunitariamente la igualdad de oportunidades y la oportunidad para que Cuba cambie para bien.

Concretemos aún más los minutos que conforman esta hora de Cuba:

- Puede ser la hora en que cada cubano comience a pensar con cabeza propia y a hablar y actuar sin hipocresía. Y nada ni nadie le quite esta oportunidad de ser.

- Puede ser la hora en que cada familia cubana comience a decidir su propio destino, la educación de sus hijos, el respeto a la vida, el ambiente moral y la atmósfera de participación en el seno de la familia: primera escuela de democracia. Y nada ni nadie le impida esta oportunidad de quererse y crecer en humanidad.



- Puede ser la hora en que cada grupo natural estreche sus lazos de amistad y reciprocidad, se encuentre para pensar, sentir y trabajar en comunidad de intereses y de solidaridad sin falsas divisiones ideológicas, políticas o religiosas. Y nada ni nadie le niegue esa oportunidad de sentir y querer juntos.

- Puede ser la hora en que cada grupo de cubanos y cubanas que tengan un proyecto común, sea de perfil social, cultural, económico, político o religioso, aprenda a asociarse, a organizarse pacíficamente, dentro del respeto del derecho de los demás y de las leyes justas para ir tejiendo el entramado de una sociedad civil nueva y más autónoma, creativa y participativa. Y nada ni nadie limite esa oportunidad de asociación ni le niegue el espacio a la confianza recíproca, único “pase” a la oportunidad.

- Puede ser la hora en que cada empresa cubana pueda tener la oportunidad de ser protagonista de su autogestión y la hora en que cada cubano empresario no tenga que “sentir” a la empresa “como si fuera suya”, sino que tenga la oportunidad de que “sea suya” de verdad. Y nada ni nadie tenga la hegemonía ni el monopolio de la empresa ni del capital. Nada ni nadie de fuera ni de dentro.

- Puede ser la hora en que cada trabajador cubano pueda tener la oportunidad de trabajar por cuenta propia, de hacerse a sí mismo un pequeño empresario, tener acceso al micro crédito, destapar la capacidad de tenaz emprendedor que caracteriza a la inmensa mayoría de los cubanos y cubanas. O, cuando menos, puedan los empleados tener real y efectiva participación en la gestión y las ganancias de las empresas donde entregan su vida. Y nunca más se consulte lo que ya está aprobado, sino que se apruebe solo lo que se haya consultado y todo sea para el bien común.

- Puede ser la hora en que los trabajadores cubanos dejemos de “hacer como si trabajáramos” y de que el Estado deje de “hacer como que nos pagan”. Y los salarios y otras prestaciones sociales le permitan vivir de su trabajo de verdad.

- Puede ser la hora, y lo estamos viendo, en que los intelectuales y artistas cubanos den paso, por ellos mismos y con su estilo y códigos, a una cultura del debate abierto, de la discrepancia fecundante y purificadora de la memoria histórica y del quehacer intelectual. Y que nada ni nadie dé por zanjado el espacio de debate, ni por cerrada la oportunidad al protagonismo de las conciencias críticas y plurales.

- Puede ser la hora en que las Iglesias en Cuba tengan la oportunidad de ser ellas mismas, en igualdad de condiciones con sus hermanas de aquí y de fuera, y que no tengamos que explicar más a nuestros hermanos y superiores del mundo entero que Cuba tiene unas “condiciones diferentes” al resto del mundo y “unas restricciones especiales” con relación a los demás. Es decir, que nada ni nadie confunda más la libertad de culto con la entera libertad religiosa, ni confundan más la dimensión social del servicio de la Iglesia con una forma de hacer política partidista.

- Puede ser la hora en que las relaciones internacionales de Cuba tengan la oportunidad de normalizarse, es decir, en que nuestro País asuma, en la práctica cotidiana y perseverante, el concepto de relaciones internacionales que coloca a



la persona de los ciudadanos, su dignidad y sus derechos todos, civiles y políticos, culturales, económicos y sociales, por encima de razones de políticas, ideologías, ideas religiosas o estrategias económicas. No solo entre Cuba y los Estados Unidos, si no también en América Latina y la Unión Europea, en Asia y África, en todas las regiones de este planeta se necesita dar una oportunidad a la diplomacia de un humanismo integral y solidario que abandone los anacronismos de los bloques ideológicos, de los intereses económicos y comerciales por encima de los derechos humanos y de las hegemonías internas y externas; por encima de culturas y soberanías.

- Esta puede ser la hora en que los que tienen las más altas responsabilidades de gobierno abran cada vez más, de forma gradual y pacífica, las oportunidades de participación para todos los cubanos y cubanas, de modo que se adecue el marco legal a mayores espacios de responsabilidad democrática. Y todos sabemos que muchas de las oportunidades mencionadas anteriormente dependen de esta apertura legal y de su amplitud plural e incluyente.

Tenemos la impresión de que una cantidad muy significativa de cubanos intuye o ve claro este momento histórico y que, además desearían que todo fluyera de la forma más ordenada, más participativa y más ágil que se pueda. El futuro próspero, feliz y democrático de Cuba dependerá de las actitudes y decisiones que tomemos cada uno de los ciudadanos y cada uno de los que prestan su servicio al País desde las posiciones de la más alta responsabilidad.

Si dejamos todos pasar esta hora decisiva y sosegada, incierta pero esperanzadora, quizá lo tengamos que lamentar durante mucho tiempo por venir.

Una vez más lo decimos, con toda confianza y esperanza, creemos que el pueblo cubano, por sí mismo, puede y «debe ser el protagonista de su propia historia», y que nuestra mayor fortaleza para esta hora histórica, que pudiera ser de grandes oportunidades para todos, es el capital humano, el potencial emprendedor, la capacidad de recuperación y el carácter solidario y fraterno de la Nación cubana, toda ella, siendo ella misma mestiza y plural, unida en la propia diversidad y con los demás pueblos y Estados en relación respetuosa de sus respectivas soberanías y culturas.

Tenemos también la impresión de que a esta altura de la historia, ningún pueblo de la tierra, ninguno, desearía violar o lesionar siquiera, nuestra soberanía y la integridad nacional. Nadie con responsabilidad lo desea y no lo toleraríamos nosotros, ni ninguno de esos pueblos, incluido, por supuesto el hermano pueblo de Estados Unidos.

Entonces bastaría con la voluntad política y con la participación y responsabilidad cívica de los cubanos para abrir la puerta y responder al reto histórico de esta hora de oportunidades para Cuba.

No la defraudemos.

Pinar del Río, 25 de febrero de 2007
Aniversario de la muerte del Padre Félix Varela.



Nota importante del consejo de redacción de *Vitral*:

“Por falta de recursos, el consejo de redacción de *Vitral* informa a sus lectores que no podrá garantizar más la salida de la revista.”

8 de abril de 2007

El Domingo de la Resurrección de Jesucristo





Índice

<i>Presentación a la primera edición</i>	7
<i>Nota a la tercera edición</i>	9
<i>Prólogo de José Prats Sariol</i>	11
<i>La Libertad de la Luz</i>	19
<i>Irse del País, solución o problema</i>	21
<i>No a la violencia</i>	25
<i>Navidad: Fiesta de utopías</i>	29
<i>No cerremos la puerta a la esperanza</i>	33
<i>Buscando la verdad en carne viva</i>	37
<i>Primer aniversario: Espacio y Proyecto</i>	41
<i>La fuerza de lo pequeño</i>	45
<i>ONU, 50 años: Convivencia y Tolerancia</i>	49
<i>No sólo de pan vive el hombre</i>	51
<i>No a la cultura del individualismo</i>	55
<i>Sin trabajo no hay país</i>	59
<i>Segundo aniversario: Moderación y Diálogo</i>	63
<i>Cultura: ¿ajiacó o caldosa?</i>	65
<i>El agua y la luz</i>	69
<i>Navidad: Celebración Pública</i>	73
<i>La visita del Papa a Cuba</i>	77
<i>Vivir en la verdad</i>	81
<i>Atentos a los signos de los tiempos</i>	85
<i>Relaciones Iglesia y Estado</i>	87
<i>La causa de Dios es la causa del Hombre</i>	93
<i>Navidad: una gran alegría para todo el pueblo</i>	99



<i>Cuba después de la visita</i>	105
<i>La Educación: el derecho de elegir cómo ser</i>	111
<i>IV Aniversario: la libertad de expresión</i>	117
<i>La Responsabilidad: para que no se apague la esperanza</i>	121
<i>La Virgen de la Caridad y la Patria</i>	125
<i>Navidad: fiesta del pueblo</i>	127
<i>Un año después: ser protagonista de nuestra propia historia</i>	131
<i>La cultura de la vida</i>	135
<i>El inmovilismo: un callejón sin salida</i>	141
<i>Hacia la reconciliación nacional</i>	145
<i>Cuba y las relaciones internacionales</i>	149
<i>Abrir las puertas a la redención</i>	153
<i>2000: desafíos y esperanzas</i>	155
<i>Vivir en tránsito</i>	159
<i>Cultura, confianza y espacio para crear</i>	163
<i>La magnanimidad</i>	167
<i>Creemos en un solo Dios</i>	171
<i>Feliz Navidad: ¡Las puertas se abrirán!</i>	175
<i>La solución pacífica de los conflictos</i>	181
<i>La libertad de conciencia</i>	185
<i>De la confrontación al consenso</i>	189
<i>Cultura y religión</i>	193
<i>No a la pena de muerte</i>	197
<i>Navidad en Cuba ¿apertura o aislamiento?</i>	201
<i>El derecho a un nivel de vida digno</i>	203
<i>El desorden social</i>	207
<i>El Centenario de la República</i>	211
<i>Todo pasa</i>	215
<i>El transporte</i>	219



<i>Navidad: celebrar entre todos la convivencia pacífica</i>	225
<i>¿Hacia dónde va la Iglesia en Pinar del Río?</i>	229
<i>Una confusión lamentable</i>	235
<i>Quien cierra el paso al cambio en paz</i>	241
<i>abre la puerta a la violencia</i>	247
<i>La emigración</i>	247
<i>La libertad</i>	253
<i>Navidad: ¿qué estamos haciendo con nuestras vidas?</i>	257
<i>La corrupción</i>	261
<i>La violencia cotidiana</i>	267
<i>La salud pública</i>	271
<i>El descanso, la recreación y el tiempo libre</i>	277
<i>Que cesen los ruidos</i>	283
<i>Navidad: la vida tendrá la última palabra</i>	289
<i>La gobernabilidad</i>	293
<i>Juan Pablo II: el Magno</i>	299
<i>La fraternidad</i>	303
<i>Ética y economía</i>	309
<i>Repudio no, respeto a la pluralidad y a la reconciliación</i>	315
<i>Cuba 2006: verdad, justicia y reconciliación</i>	321
<i>El derecho a viajar libremente</i>	325
<i>Vitral cumple 12 años</i>	333
<i>La apertura fortalece la identidad</i>	337
<i>El daño antropológico</i>	343
<i>La soberanía es hoy ciudadanía</i>	349
<i>Navidad 2006: Entre la incertidumbre y la novedad</i>	355
<i>Tender puentes ¿Hacia dónde y hacia quiénes?</i>	359
<i>Cuba: Hora de oportunidades</i>	365